

NICK BROWN



EL ESTANDARTE
IMPERIAL

SPQR

Lectulandia

Año 272 d. C. El emperador romano Aureliano ha derrotado a la reina Zenobia y ha aplastado la rebelión de la ciudad de Palmira. El sagrado estandarte de Faridun, mítico rey de Persia, ha caído en manos romanas. Ahora tiene que ser devuelto a los persas como parte de un histórico tratado de paz, pero en la víspera de la firma el estandarte desaparece. Reclamado desde Siria, el agente imperial Casio Córbulos recibe la misión de recuperarlo. Acompañado por su fiel sirviente Simo y por su guardaespaldas, el exgladiador Indavara, Casio debe viajar a través del peligroso desierto sirio hasta las igualmente amenazadoras calles de Antioquía. El grupo se enfrentará a bandoleros despiadados, cultos misteriosos, asesinos inmisericordes y multitud de intrigas en cada recodo de su camino. La caza ha comenzado...

Lectulandia

Nick Brown

El estandarte imperial

Agente de Roma - 2

ePub r1.0

epubdroid 15.08.16

Título original: *The Imperial Banner*
Nick Brown, 2012
Traducción: Aurora Echevarría Pérez
Ilustración de cubierta y rótulos: Calderón Studio

Editor digital: epubdroid
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

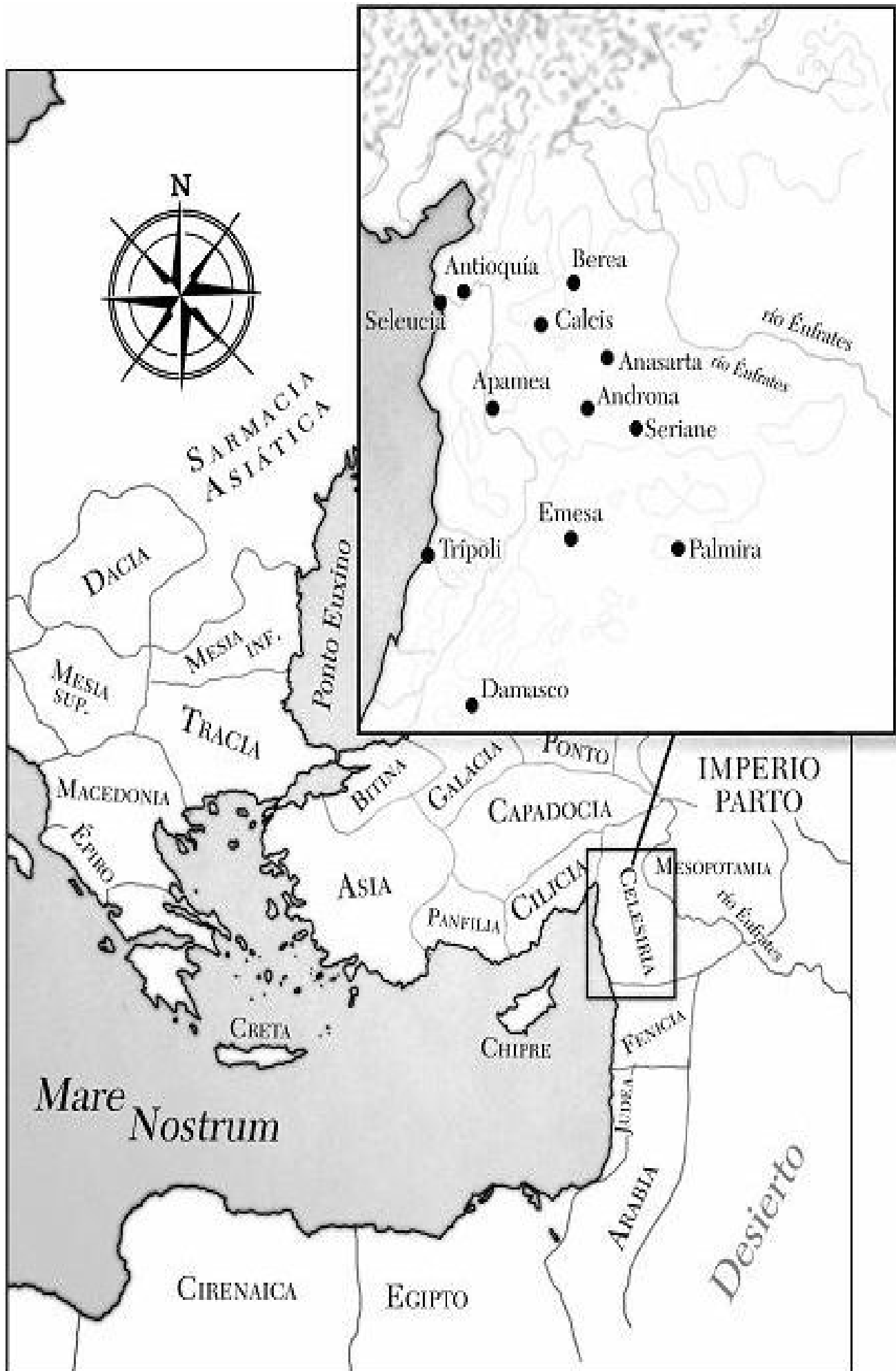
NICK BROWN

EL ESTANDARTE
IMPERIAL

Para Anne

Mapas







1. Palacio imperial; 2. Hipódromo; 3. Foro/Basilica; 4. Villa de Abascantio; 5. Villa de Casio; 6. Casa de los Delfines; 7. Mercado de oro y plata; 8. Fábrica de vidrio; 9. Vivienda de Nabor; 10. Villa de Octobriano; 11. Burdel; 12. Cofradía de los Hijos de Antioquia; 13. Casa iglesia; 14. Torre prisión; 15. Vivienda de Pitió; 16. Casa de la Moneda; 17. Puente de Adriano; 18. Baños de Julio César



DINERO

Cuatro sestercios (moneda acuñada en bronce) equivalían a un denario.

Veinticinco denarios (moneda acuñada parcialmente en plata) equivalían a un áureo (moneda acuñada parcialmente en oro).

HORAS DEL DÍA

Los romanos dividían el día y la noche en períodos de doce horas cada uno, de modo que la duración de una hora variaba según la época del año.

En otoño, la hora primera del día en Siria habría correspondido aproximadamente a las 06.15.

La hora séptima del día siempre empezaba al mediodía.

La hora primera de la noche habría sido a aproximadamente las 18.45.

Colonia Julia Pietas, abril de 271 d. C.

Indavara estaba listo cuando fueron a buscarlo. Acababa de concluir sus últimos ejercicios, y se notaba los músculos flexibles y la mente despierta. Tenía que estar preparado; no habría mucho tiempo una vez que lo llevaran arriba.

Oyó el chasquido de un candado y la puerta se abrió hacia él, y vio aparecer a Capito con toda su redondez. Sobre su enorme cabeza ovalada lucía una ridícula peluca negra. Detrás de él su ramera más reciente —una belleza rolliza— miraba con curiosidad, jugueteando con un collar. Capito guiñó el ojo a Indavara y esperó a que entraran los guardias en la celda. Estos, inclinando la cabeza y bajando sus porras de madera nudosa, se apostaron a los lados de la puerta. El de más edad, Bonoso, era cuñado de Capito así como el jefe de su guardia personal. Indavara reparó, no por primera vez, en las motas de sangre seca que había en el extremo de la porra. Capito tuvo que ponerse de lado para introducirse en la celda.

—¿Preparado, muchacho?

A Indavara le llegó su perfume. Guardó silencio.

—¿No te dije que sería fiel a mi palabra? Te prometí que en veinte combates estarías fuera. Y lo has hecho tú solo. Me siento orgulloso de ti, Indavara. ¿Me crees? —Sabiendo que no habría respuesta, prosiguió—: Echaré de menos nuestras pequeñas charlas, aunque hayan sido en una sola dirección. ¿Sabes? Pase lo que pase hoy, es muy probable que no volvamos a vernos.

Indavara lo miraba fijamente con el rostro carente de expresión.

—Supongo que te gustaría matarme —añadió Capito antes de volverse con expresión interrogante hacia Bonoso—. A él también, seguro.

Indavara se cuidó de no exteriorizar ninguna reacción.

—Esos ojos tuyos, llenos de cólera fría... Son la encarnación del mismísimo Marte. —De forma teatral Capito se llevó una mano a la oreja—. ¿Los oyes, Indavara? Te esperan. Han venido a millares. Esta vez te tengo preparado algo especial. Realmente especial. ¡Vamos!

Indavara echó una última mirada a la celda, su hogar durante los seis últimos años. Aunque aborrecía ese lugar, sabía que lo echaría de menos. Junto al camastro desvencijado con su escuálido colchón de paja estaban los escasos objetos que podía considerar suyos: un cuenco de madera, una cuchara, una palangana, una túnica de repuesto y dos mantas. Lo único que faltaba era la estatuilla de mármol de la diosa Fortuna que le había lanzado una mujer tras su décimo combate. Él se la había colocado dentro del cinturón y desde entonces la había llevado allí en todos los asaltos. Creía que le había dado buena suerte.

Bonoso, Capito y la joven desaparecieron por una escalera de piedra húmeda. Dos guardias más se unieron al que iba detrás de Indavara mientras este cruzaba a grandes zancadas el pabellón. No prestó atención a los gritos y cantos que llegaban de arriba, pero agradeció las palabras de aliento que sus compañeros combatientes le susurraban de pie junto a las puertas de sus celdas, con el rostro apretado contra los barrotes.

Saludó a cada uno con la cabeza, pero estaba más interesado en ver a quién más habían llevado arriba. Ese mismo mes Capito había comprado cuatro gladiadores de las provincias del norte, e Indavara escudriñó el rostro de los tres que permanecían en sus celdas. Se le revolvió el estómago al percatarse de que estaban todos menos Aucto, una enorme bestia que combatía con la clásica combinación de tridente y red. Su reputación había precedido varias semanas su llegada a Julia Pietas, y se rumoreaba que había salido victorioso de más de treinta combates. Indavara agradeció la única merced que parecía haberle concedido Capito: no tendría que luchar con un hombre al que conociera.

Uno de los guardias se le adelantó y subió la empinada escalera que conducía a la puerta del sur. Mientras lo seguía, Indavara recordó todo cuanto había averiguado acerca de Aucto a través de sus compañeros gladiadores, los cinco consejos que había memorizado: *Paciente. Es rápido de pies. Usa la red sobre todo para distraer. Nunca la arroja. Con el tridente va derecho a la cabeza.*

Los cuatro hombres salieron a un amplio túnel cuadrado situado unos cinco metros detrás de la gran puerta de hierro. Allí montaban guardia dos legionarios de expresión adusta, armados con largas lanzas.

Indavara flexionó los brazos y se dio unas palmadas en el pecho. Entre los legionarios divisó una figura inconfundible que aguardaba de pie bajo el sol de primavera. El centurión Maesa era de los pocos hombres con porte y autoridad suficientes para dirigirse a la multitud. Últimamente actuaba como anfitrión y árbitro. Su voz sonora y retumbante tenía un claro tinte marcial.

—¡Silencio! —Maesa giró sobre las puntas de los pies para volverse hacia la arena—. ¡Silencio he dicho!

Capito se acomodó sobre un cojín con un brazo alrededor de la amplia cintura de su joven acompañante. Su asiento se hallaba justo encima del podio, donde un grupo de celebridades rodeaba al gobernador y sus subordinados.

La arena de Julia Pietas empezó siendo una construcción de madera tres siglos atrás, pero sus actuales muros de piedra caliza lo habían convertido en uno de los anfiteatros más grandes fuera de Roma. A pesar de los ciento veinte metros de largo y los noventa de ancho, su tamaño era apenas la mitad del del Coliseo. Se entraba por cuatro puertas principales y once túneles, y daba cabida a veinte mil espectadores.

Capito sonrió complacido al contemplar a la multitud. No se veía casi ningún asiento libre, y alrededor de él había una ecléctica mezcla de espectadores: jóvenes todavía resacosos de las fiestas previas al combate, burócratas de la ciudad que se relajaban tras una larga mañana de trabajo, mercaderes acaudalados acompañados de su familia y amigos y un séquito de parásitos. Por último estaban las clases más bajas, los que habían recibido las entradas gratuitamente y disfrutaban de unas inusitadas horas de ocio por cortesía del gobernador.

Apartando con un brusco gesto la copa de vino que le ofrecía la joven, Capito se preguntó cuándo llegarían por fin a un acuerdo las autoridades de la ciudad con los marineros que solían encargarse del sistema de toldos del tejado de la arena y que en esos momentos se negaban a trabajar. Su mirada se cruzó con la de un esclavo que agitaba una hoja de palmera a poca distancia.

—¡Más brío, muchacho!

Secándose el sudor de las cejas, al final decidió aceptar la copa.

Dos filas más abajo, un hombre alto y parcialmente calvo vestido con una toga inmaculada se volvió y lo saludó con una mano. No parecía afectarle el calor.

—¿Qué será entonces? Espero que lobos de nuevo..., ¿una manada quizá?

Capito se encogió de hombros. Había dejado escapar algún comentario para aumentar aún más la expectación en torno al combate.

—No, esta vez es un felino gigante —replicó otro hombre—. Alguien ha visto cómo lo descargaban.

Capito levantó las manos.

—¡Todo se sabrá a su debido tiempo!

Su jovial sonrisa se desvaneció rápidamente. Le había costado una pequeña fortuna organizar la compra y el traslado de la bestia. Esta había sido capturada una semana atrás y no le habían dado nada de comer, solo le habían ofrecido una celda llena de ropa de los prisioneros ejecutados para que se habituara al olor de la sangre humana.

Capito notó en la nuca una ráfaga de aliento caliente.

—Todo ha sido dispuesto de acuerdo con tus instrucciones.

Se volvió y sonrió de nuevo, dejando creer a cualquiera que los observara que se alegraba de ver a la figura achaparrada sentada a su espalda.

—Te dije que no vinieras hoy por aquí —siseó, intentando pasar por alto el pedazo de carne incrustado en la barba del hombre.

—Solo quería asegurarme de que se cumple lo prometido. No puedo permitirme que algo salga mal.

Capito logró retener la sonrisa en los labios, consciente del mar de rostros que había detrás de él. De haber podido, habría utilizado a alguien más discreto, pero el traficante de esclavos se encontraba en un apuro económico desesperado y se había prestado de buen grado a colaborar. El plan era muy simple. La gente de Julia Pietas había apostado una suma enorme a que Indavara sobreviviría y obtendría la libertad

(«los sentimentales», los llamaba Capito), lo que había repercutido en las posibilidades de ganancia. A través de cinco apoderados, el traficante y él habían apostado una cantidad muy elevada a que Indavara moría. Si ganaban, se embolsarían más de diez mil denarios limpios cada uno.

—No te preocupes —respondió Capito—. Todas las cosas buenas se acaban, y esta en concreto pronto hallará su final.

—Más te vale, gordo. Más te vale.

Capito nunca había percibido tanta malicia en su voz, ni había prestado mucha atención a la curvada daga que le asomaba del cinto. Forzando una última sonrisa, se volvió hacia la arena.

Maesa acababa de concluir las formalidades: saludar a los invitados de honor y dedicar unas palabras de agradecimiento a varios dioses por bendecir la ciudad y a sus habitantes. El centurión iba ataviado con todas sus galas militares: una túnica blanca ribeteada de galones dorados, un casco adornado con un penacho y una capa rojo escarlata.

—Y ahora, el gran acontecimiento del día. Durante seis años este hombre ha luchado una y otra vez por su vida dentro de estos muros. Ha demostrado gran coraje, aptitudes e ingenio. Ha dado muerte a innumerables adversarios, ya fueran hombres o bestias. Y hoy obtendrá la libertad o morirá. Es indudable que, pese a su condición de esclavo, este hombre ejemplifica las virtudes romanas de la fuerza, la inteligencia y el triunfo sobre la adversidad. Estoy seguro de que, si sale airoso, disfrutará plenamente de los beneficios de la victoria.

Maesa saludó con la cabeza a un grupo de mujeres que estaban sentadas junto al podio, lo que provocó gritos agudos y un débil rumor de risas de los hombres. Tradicionalmente las mujeres eran desterradas a las gradas superiores, pero los predecesores del gobernador se habían divertido tanto viendo cómo se relacionaban con los combatientes que era costumbre en esa arena dejar que un centenar de las más locuaces ocupara un pequeño enclave rodeado de un muro bajo.

—Hoy nuestro guerrero se dispone a enfrentarse con su destino. ¿Morirá como un perro o saldrá de esta arena victorioso y con la cabeza bien alta como un hombre libre?

El estruendo empezaba a ser ensordecedor. Unos aplaudieron o corearon algo, otros se pusieron a batir tambores de fabricación casera o se quitaron las sandalias y las golpearon contra el suelo de piedra.

La puerta del sur se abrió, y los guardias y los legionarios se apartaron. Vitruvio era uno de los empleados de Capito más sensatos, un joven desgarbado con una alborotada mata de cabello castaño. Asintió y dijo algo que a Indavara se le escapó por el bullicio.

Uno de los guardias más entrado en años se ofendió por lo que había dicho Vitruvio y le propinó un manotazo en el cogote. El otro guardia también lo insultó, pero cuando los dos se volvieron, el joven articuló de nuevo las palabras con los

labios, y esta vez Indavara las entendió.

Buena suerte.

—Vencedor de diecinueve combates, ha acabado con treinta y seis hombres. El gobernador Actio Lucio Vana y nuestro estimado organizador de los juegos, Gayo Salvio Capito, les presentan a... ¡Indavara!

Alrededor de la arena sonaron trompetas estridentes, y más de veinte mil personas contemplaron cómo la figura fornida y maciza salía sin prisas a la luz del sol. Los espectadores asiduos habían advertido los cambios operados en su físico desde su primera aparición como adolescente. Los hombros anchos y el cuello grueso de Indavara siempre habían indicado una propensión a la corpulencia, y esta se había visto reforzada por un sinfín de horas de entrenamiento y platos de gachas de cebada que agregaron una capa de grasa protectora. Pero incluso los que solo lo habían observado luchar una vez sabían que el aura de inmovilidad que lo rodeaba no era más que una impresión. Aunque nunca llegaría a ser un gran corredor, su fuerza bruta y su sorprendente agilidad iban acompañadas de una insólita rapidez mental que invariablemente le daba ventaja sobre un adversario más ligero y más hábil. A los observadores también les sorprendía siempre el aire casi sobrenatural de quietud y serenidad que irradiaba el joven. Se ocupara en lo que se ocupase, ya fuera el paseo más rutinario como la lucha más desesperada, proyectaba una solidez elemental e inquebrantable.

Apenas un centímetro de la piel oscura de Indavara había sobrevivido incólume. Aparte de la marca hecha con hierro candente del hombro que lo identificaba como propiedad de Capito, en las manos, las muñecas y los antebrazos presentaba una maraña de cicatrices, verdugones y moratones en diferentes fases de sanación.

En varias ocasiones se había fracturado las muñecas y los tobillos. También se había roto el brazo en un punto próximo al hombro y la pierna justo por debajo de la rodilla; pero, gracias al cirujano de Capito, ninguna de esas fracturas había tenido secuelas a largo plazo. Indavara había perdido la cuenta de las costillas que se había roto, y lo único que sabía era que en el aire frío del invierno o al respirar hondo sentía punzadas de dolor en el pecho. Su única lesión permanente la había contraído en su tercera pelea: el tajo oportunista de un largo sable de caballería que le había arrancado la mitad de la oreja izquierda. Recordaba haber visto primero el brillante chorro de sangre que le corría por el pecho y a continuación el pedazo de carne destrozada caído a sus pies. Su adversario también había resultado gravemente herido y el gobernador había declarado empatado el combate. Ambos hombres vivían para luchar otro día.

Desde entonces Indavara se había dejado crecer su abundante cabello negro, y sobre sus grandes ojos verde pálido colgaba un flequillo largo. Tanto Capito como quienes conocían a hombres de su clase estaban familiarizados con el tono desvaído y

sin vida de esos ojos. Indavara también los había visto recientemente, reflejados en el espejo metálico que utilizaba el cirujano. Apenas podía creer que le pertenecieran a él.

Se detuvo unos diez metros más allá de la puerta y se inclinó en las cuatro direcciones. Aún no tenía ningún arma que blandir, por lo que se limitó a sostener en alto un puño.

Los jóvenes gritaban, vitoreaban y daban saltos, pegándose unos a otros o entrechocando los puños. Otros llevaban pancartas con consignas de apoyo o retratos de un parecido sorprendente. Las mujeres lo llamaban y le tiraban besos.

Capito observó cómo los aristócratas se frotaban las manos con regocijo y sonreían emocionados. Nunca cesaba de sorprenderle el profundo apoyo que suscitaba Indavara, porque nunca se había topado con un combatiente menos dispuesto a actuar para la galería. Al principio su estilo directo y eficiente no le había granjeado la simpatía del público. No eran para él los ademanes ostentosos que empleaban muchos combatientes para ganarse a los espectadores. Durante sus siete u ocho primeros combates había sido blanco de abucheos, y una facción todavía profesaba una obstinada aversión a su método enérgico y funcional.

Pero poco a poco, conforme pasaba el tiempo e Indavara sobrevivía combate tras combate burlando y rechazando todo lo que arrojaran contra él, fue conquistando a la multitud. Con tenaz determinación e implacable resistencia se había asegurado un estatus.

Capito tenía que reconocer que echaría de menos días como ese.

Indavara examinó la escena que tenía ante sí. De un extremo a otro de la arena había extendidas dos gruesas cuerdas dividiéndola en tres secciones. Justo delante de él había un barril, otro en la segunda sección y otro más en la tercera.

En vista de los grandes recursos demostrados por Indavara, Capito había decidido —«en aras de la diversión»— que él no seguiría los pasos del gladiador profesional, especializándose en una combinación específica de armadura, equipamiento y armas. De hecho, en los ocho últimos combates no se había dado a conocer el arma asignada a Indavara hasta que este salía a la arena. En el interior de cada barril encontraría un arma diferente para cada fase del combate.

En mitad de la primera sección había una estructura cuadrada de madera que medía diez metros de largo y cinco de ancho. Sobre ella se extendía un estrecho y desvencijado puente hecho de cuerda y tablones pequeños al que se accedía por unas escalerillas situadas a ambos extremos. La «caja» era una de las atracciones preferidas de Capito. Al verla, Indavara se sintió casi aliviado; sospechando que el viejo canalla se decantaría por ella, había logrado incorporar a su entrenamiento

varias sesiones de prácticas.

La segunda sección de la arena estaba completamente vacía. En la tercera —la más cercana al podio— se encontraba la trampilla de la plataforma elevadora. Esta era accionada por una cuadrilla de doce esclavos y podía levantar cargas de hasta quinientos kilos. En ella, sin embargo, no había nada aparte del cadáver de un ciervo que se habían olvidado de retirar tras una de las cacerías del espectáculo de la mañana.

Maesa alzó de nuevo la mano y esperó a que se hiciera el silencio. A continuación señaló con un gesto la puerta oriental.

—A continuación entrarán nuestros primeros contrincantes. Dos ejemplos de la clase de escoria y vileza que los patriarcas de la ciudad querrían desterrar de nuestras calles. Estos desalmados fueron detenidos hace dos días. Uno robó a un ciudadano respetable y lo dejó desangrándose en la calle, y el otro sustrajo varios objetos de valor de un templo.

Meneó la cabeza mientras la multitud desahogaba su desdén.

—Esperemos que nuestro combatiente se encargue de hacer justicia.

Azizados por las espadas cortas de los legionarios, los dos criminales entraron arrastrando los pies en la arena, donde los recibieron con silbidos y abucheos. A ambos los sorprendió una lluvia de monedas de poco valor, botellas y productos alimenticios. Solo unas palabras afiladas de Maesa y la pronta acción de algunos soldados en las gradas lograron restaurar el orden. Escoltaron a los criminales hasta el otro extremo del puente, dejándolos justo delante de Indavara. El más joven y más alto de los dos era un individuo barbudo de complexión fornida. En vista de su aspecto, Capito había decidido caracterizarlo como un bárbaro, equipándolo con una pesada hacha de madera con doble hoja. Esperó desafiante, sacudiendo el puño en el aire y maldiciendo a la multitud. El otro hombre ya parecía derrotado. Huesudo y ligero, apenas podía levantar la vista del suelo. Arrastraba por la arena la lanza de hierro que tenía en las manos. Indavara los bautizó Hacha y Lanza.

Una débil ovación precedió la aparición de Bonoso y de tres de sus guardias. Todos llevaban la armadura militar completa y pesados cascos de bronce, e iban provistos de lanzas de caballería de dos metros de longitud. Con semejantes armas y protección los cuatro podían enfrentarse a cualquier animal o gladiador, así como desalentar cualquier ocurrencia de fuga.

Indavara había decidido no hacer tal intento. Aun en el improbable caso de que lograra salir de la arena, su rostro era tan conocido dentro de la ciudad que en unas horas volverían a detenerlo. No pensaba perder energía mental ni física en falsas esperanzas; sabía cómo funcionaba la mente de Capito, y también sabía que ese día iba a hacer frente a su mayor desafío hasta la fecha. Había aceptado su destino.

Bonoso se adentró en su campo visual e hizo un gesto hacia el barril. Indavara miró hacia Hacha y Lanza, que en esos momentos estaban absortos en una conversación al otro lado del puente. Hacha era el que más hablaba. A juzgar por el

lenguaje corporal de ambos, no se conocían. Eso era una ventaja. Indavara se acercó al barril y atisbó en su interior, y al principio pensó que estaba vacío. Solo cuando se inclinó sobre el borde e introdujo una mano en las tenebrosas profundidades descubrió que había algo en el fondo. Resultó ser una pequeña daga, poco más que una cuchilla de siete centímetros encajada entre dos listones de madera. Parecía el tipo de arma casera que llevaría un niño.

Bonoso no se molestó en ocultar su regocijo cuando Indavara se quedó mirando con incredulidad la hoja. A continuación el jefe de la guardia dijo por señas a los criminales que levantaran las armas. Lanza logró sostener la suya en el aire con dificultad. En cambio, Hacha la blandió con aplomo. Bonoso le indicó a Indavara que era su turno.

Meneando la cabeza, Indavara sostuvo en alto la daga sin saber si los espectadores alcanzarían a verla.

El coro de abucheos que siguió le dio a entender que la habían visto. Bonoso y los otros guardias retrocedieron hasta colocarse alrededor de la caja. Maesa hizo un gesto a Indavara y articuló con los labios: *¿Preparado?* Indavara asintió.

El centurión hizo caso omiso de los criminales y se detuvo delante del podio.

—¡Ha llegado el momento! ¡El momento del primer enfrentamiento de este combate! ¡Que empiece la lucha!

Hacha y Lanza contemplaron al hombre que tenían que matar y a continuación se miraron.

Indavara se acercó a la caja y comprobó que no la habían cambiado por dentro. En el fondo había cientos de objetos puntiagudos clavados a unos doce centímetros unos de otros. Entre ellos había hojas de espadas y puntas de lanza, fragmentos de vidrio y clavos curvados hacia arriba. Indavara había visto a varios hombres morir al caer del puente, y todos lo habían hecho lentamente. Cerca de la base de la caja de madera había huecos para dejar salir la sangre.

Examinó de nuevo la daga. Pese a su tamaño ridículo, estaba bien hecha. Si conseguía acercarse lo suficiente, podría matar con ella. Bonoso mandó a dos de sus hombres hacia Indavara, aunque a él no le hacía falta que lo animaran a actuar; sabía que la experiencia estaría a su favor si se subía al puente. Dos zancadas y un salto limpio, y aterrizó en lo alto de las escalerillas, lo que fue recibido con una gran ovación.

Bonoso y otro de sus hombres avanzaron hacia Lanza. Parecía listo para protestar, pero en ese preciso momento Hacha se colocó delante de él. Tras dirigir unas palabras a Lanza, trepó al puente con el arma en una mano. La reacción del público fue muy diversa. Unos elogiaron su valentía, otros se mofaron de su arrogancia. Lanza se apresuró a escabullirse por la izquierda de Indavara, rodeando la caja.

De modo que esa iba a ser la estrategia: atacar por dos flancos. Indavara empezó a

caminar sobre el puente, sabiendo que debía calcular cuidadosamente la velocidad de su avance. No quería parecer muy diestro, pero tenía que desplazarse lo suficiente para que Lanza se subiera al puente detrás de él.

El puente empezó a moverse, un balanceo impredecible que lo ayudó a concentrarse. Hacha blandía el arma ante él, avanzando muy despacio con pasos cautelosos.

Indavara se detuvo cerca del centro del puente y miró por encima del hombro cuando la multitud le advirtió a gritos del peligro. Lanza acababa de subirse a la caja. Fingiendo indecisión, Indavara miró a uno y a otro mientras ellos avanzaban hacia él. Hacha ya estaba a tres metros de distancia. Le gritó a Lanza que se diera prisa. Indavara se volvió de nuevo y vio que Lanza había dado dos pasos temblorosos sobre el puente, colocándose justo donde él quería verlo.

Giró sobre sus talones y retrocedió a través del puente tan raudo como el valor se lo permitió, con los brazos abiertos para mantener el equilibrio.

Lanza se quedó paralizado, con los ojos como platos.

—¡No te vuelvas! —gritó Hacha—. ¡Mantén la lanza en alto y no te vuelvas!

Pero Lanza ya se había dado la vuelta. Uno de los pies se le quedó atascado entre dos maderas. Liberándolo con una sacudida, alcanzó el borde de la caja justo cuando Indavara se arrojaba contra su espalda con el pecho por delante.

El hombre más menudo se vio lanzado por el aire y estampado contra el suelo. Sin aliento e indefenso, apenas había levantado la cabeza cuando Indavara le hundió dos veces la daga en un lado del cuello. A continuación Indavara la dejó caer al suelo y agarró la lanza. Era un arma pesada que no había sido diseñada para ser lanzada, pero la distancia era corta y tenía que alcanzar a su segundo adversario antes de que este se pusiera a salvo.

Hacha seguía retrocediendo tambaleante hacia el borde de la caja cuando Indavara le arrojó la lanza. La cabeza de esta lo alcanzó en el flanco; le dio de refilón, pero bastó para que perdiera el equilibrio. Hacha cayó hacia atrás y su pesado cuerpo quedó atravesado por los objetos cruelmente afilados que había debajo.

Indavara se volvió de forma instintiva, pero no tenía por qué preocuparse. Lanza se apretaba el cuello, intentando en vano detener la hemorragia. Indavara tardó un instante en limpiar el cuchillo en la túnica del hombre y se alejó, dejándolo allí. Pasó por el lado de la caja, pero no miró dentro. Sin embargo, sabía que Hacha todavía estaba vivo; lo oía gimotear.

Aunque los dos hombres morirían sin duda de sus heridas y no era necesario que el gobernador interviniera dando un veredicto, la tradición establecía que Indavara se inclinara ante el podio después de la victoria. Sin embargo, se limitó a acercarse al segundo barril. Aquel día él impondría las reglas.

El clamor de la multitud perdió intensidad mientras los hombres de Bonoso remataban a los criminales. Retiraron los cuerpos y las armas. Maesa reapareció por la puerta oeste. Aplaudió de forma exagerada a Indavara y esperó a que se hiciera

algo parecido al silencio.

—¡Qué inteligencia! ¡Cuánta destreza! Aun así, el enemigo no estaba a la altura. Ahora nuestro combatiente deberá enfrentarse a un adversario gigante con una reputación temible. Procedente de la lejana Germania, lucha con tridente y red, y tiene un historial de cuarenta y un combates ganados. Julia Pietas da la bienvenida a... ¡Aucto!

El norteño no podía haberse preparado de ninguna manera para la andanada de insultos que lo recibió mientras salía con paso resuelto de la puerta oeste. Mantuvo la cabeza erguida y una expresión neutral mientras le caía una lluvia de pan y fruta. Afortunadamente, enseguida quedó fuera del alcance del público con su larga zancada, y cuando la oleada de ruido se apagó, incluso se oyeron unas cuantas aclamaciones, algunas bastante estridentes.

Aucto difícilmente podría haber tenido un aspecto más distinto que Indavara. Quince centímetros más alto, de extremidades largas, cabello rubio y ojos azules, con los pómulos altos y pronunciados y mandíbula angular, llevaba el hombro y la parte superior del brazo izquierdos envueltos con una gruesa protección acolchada que a su vez estaba cubierta por una sección de la armadura de escamas de bronce que le comenzaba en el cuello y le llegaba hasta el codo. En la mano izquierda sostenía en alto el tridente: un astil de madera de casi dos metros de longitud rematado en tres puntas afiladas de hierro. En la derecha llevaba la red. Indavara se había mofado la primera vez que había visto utilizar una, pero ahora sabía lo mortales que podían ser. De dos metros y medio de ancho, la red solía llevar un ribete de pesos de plomo o, como en ese caso, de piedras pulidas. Indavara había visto atrapar con ella espadas, hacer tropezar a un hombre a veinte metros de distancia e incluso arrancarle un ojo. Se preguntó cuál sería el arma inadecuada que le proporcionaría esta vez Capito. Le bastaría con cualquier tipo de lanza o espada, cuanto más larga, mejor.

Aucto acababa de reparar en el público femenino. Avanzó despacio hacia el enclave blandiendo lánguidamente la red por encima del hombro, como si quisiera atrapar a las mujeres. Eso fue demasiado para una joven que se lanzó contra el parapeto y a quien tuvieron que refrenar sus amigas. Con una leve sonrisa, el norteño regresó hasta la cuerda y se introdujo de nuevo en la segunda sección.

Indavara alcanzó el segundo barril. Como no estaba en la sombra, se veía fácilmente lo que había en el fondo. Comprendió que había subestimado la determinación de Capito de verlo morir. El barril estaba vacío.

Maesa se colocó en medio de los dos combatientes. Vio cómo Indavara daba la espalda al barril y bajaba la mirada hacia la pequeña daga.

—¡Una cruel jugada del destino! —gritó.

—¡Cruel! ¡Cruel! —respondieron miles de voces.

Otros abuchearon indignados a Capito al percatarse de lo improbable que era que de pronto ganaran sus esperanzadas apuestas. Él rechazó con un ademán el bullicio y los insultos, y esquivó un racimo de uvas que le lanzaron a la cabeza. A medida que

cesaban los silbidos, advirtió algo que un oído inexperto pasaría por alto. Por debajo de la indignación visceral se percibía el rumor de conversaciones animadas. En el fondo la multitud quería ver a Indavara contra las cuerdas; averiguar si sobreviviría a ese desafío o no.

Maesa llevó a cabo un examen rápido del equipo de Aucto y enseguida pasó a Indavara. Solo tenía que verificar la daga. El centurión le levantó la muñeca para mostrar la daga una vez más al público, lo que suscitó más abucheos. Aucto se acercó despacio a Indavara, acortando la distancia que los separaba a unos cinco metros, y se detuvo.

—Y ahora nuestro combatiente deberá enfrentarse a su segunda prueba. ¿Quién triunfará? ¿Quién saldrá derrotado? ¡Indavara contra Aucto! ¡Que empiece la lucha!

El norteño sostenía el tridente a la altura de la cintura, agarrándolo por la mitad del asta. Indavara observó las venas nudosas que le subían por el antebrazo. Sostener la pesada arma en alto con una sola mano era difícil, y blandirla durante la lucha el tiempo que fuera requería gran fuerza. El germano reunió las cuerdas de la red en la mano derecha y echó una ojeada de profesional al pequeño cuchillo, apenas visible por encima del puño de su adversario.

Dieron vueltas uno alrededor del otro hasta que Indavara se encontró mirando el podio. Se precipitó hacia delante, obligando a Aucto a retroceder un paso y a aflojar la sujeción de la red, listo para lanzarla si su adversario se abalanzaba sobre él.

No obstante, al no llegar nunca el ataque, le correspondió al germano avanzar. Indavara se quedó donde estaba y adoptó una postura de lucha, preparado para mover cualquiera de las manos. Aucto apuntó el tridente y volvió a lanzarse hacia delante, dirigiendo las tres púas hacia el cuello de su enemigo. Indavara no se movió ni siquiera cuando el norteño soltó los pliegues de la red.

Solo los separaban tres metros cuando Aucto realizó su primera arremetida con el tridente. Indavara dio un paso a la izquierda y se agachó para esquivar la embestida. Vio cómo Aucto daba vueltas a la red en el aire, pero fue tan rápido que lo cogió por sorpresa. Una piedra lo alcanzó en plena espinilla; un golpe punzante que habría detenido a un hombre no acostumbrado a ignorar el dolor.

Aucto recuperó la red y al instante volvió a cubrir la distancia. Indavara se encontraba junto a la cuerda, el límite de la zona de combate. Si la cruzaba estaba seguro de que Bonoso lo atizaría con la lanza para que se adentrara de nuevo en la segunda sección. De modo que se escabulló hacia la derecha y retrocedió hasta el centro, y el germano lo siguió con cautela. Indavara vio que iba a ser difícil desconcertarlo. Aucto dominaba las nociones básicas y siempre mantenía el cuerpo y las armas correctamente alineados.

Con la excepción de unos cuantos alborotadores, la multitud guardaba un silencio expectante. Era un encuentro entre campeones para fanáticos.

Aucto volvió a tomar la iniciativa y clavó la mirada en su adversario mientras avanzaba con determinación hacia él. Indavara se balanceó sobre las puntas de los

pies y esperó. Sus opciones eran limitadas; necesitaba tiempo para ver qué iba a hacer Aucto antes de intentar algo.

El germano volvió a arremeter con el tridente al mismo tiempo que lanzaba la red a la altura de las rodillas de su enemigo.

Indavara se echó hacia atrás, evitando así los dos ataques.

Aucto siguió avanzando y repitió la acometida. Indavara dio un salto hacia la izquierda, seguro de esquivar el tridente y la red.

Pero Aucto torció la muñeca y lanzó la red hacia arriba. Indavara sintió el roce de la cuerda en el cuello, seguido de un crujido estremecedor cuando una de las piedras le dio debajo de la barbilla.

Ante sus ojos vio un destello de un blanco cegador. Se tambaleó hacia atrás mientras el dolor afloraba más arriba. Al recobrar la vista, advirtió cómo bajaba sobre él la cabeza del tridente.

Se apartó hacia la derecha, haciendo una limpia voltereta doble que lo alejó del peligro. Levantándose de nuevo de un salto, miró hacia arriba mientras el germano avanzaba hacia él, gritando en un idioma que nadie más en la arena comprendía.

Indavara se dio cuenta de que con el golpe se había mordido la lengua. Tenía en la boca el pedazo del tamaño de una uña que se había arrancado del mordisco. Lo escupió junto con un gargajo de saliva mezclada con sangre.

Sosteniendo en alto el tridente con el brazo doblado, Aucto describió círculos cada vez más amplios con la red por encima de él.

Indavara retrocedió, dejando las marcas de los talones en la arena. Tenía en mente una maniobra, pero para llevarla a cabo era preciso frenar el brazo de la red. Atento a la cuerda y a los hombros de Bonoso agazapados a su espalda, se movió bruscamente hacia la derecha y echó a correr.

Aucto sujetó la red por el centro y con un rápido giro de la muñeca la arrojó dando vueltas a los pies de Indavara. Golpeó el suelo justo cuando este saltó, pero rebotó hacia atrás atrapándole un pie. Indavara cayó de bruces en el polvo.

Las mujeres gritaron. Los hombres vocearon advertencias.

Sin mirar una sola vez al norteño que corría hacia él, Indavara maldijo los supuestos consejos de sus compañeros gladiadores —¡conque nunca arrojaba la red! — y se incorporó. Llevó una mano a la cuerda con la piedra que le presionaba el pie. Esta se desprendió fácilmente, dejando solo dos cuerdas rígidamente entrecruzadas. Tiró de ellas y finalmente levantó la vista.

Aucto se encontraba a cinco pasos de distancia.

La cuerda por fin cedió e Indavara se levantó, tambaleante. De no haber tenido tan cerca la cabeza del tridente, se habría llevado consigo la red.

Aucto acercó el arma al cuello de su adversario.

Indavara se echó hacia atrás retorciéndose para apartarse del tridente.

Lo alcanzó una sola púa, haciéndole un corte en el hombro.

Aucto aminoró la velocidad, giró en redondo y recogió la red del suelo antes de

que Indavara pudiera reaccionar.

La herida era pequeña, pero profunda. Debajo de la tela rasgada de la túnica se alcanzaba a ver el tejido oscuro y pálido. Indavara se preguntó si Aucto mantenía sus armas limpias. La herida no lo mataría, pero tal vez sí una infección.

La multitud gritó la tradicional consigna:

—¡Así! ¡Así!

El germano no estaba de humor para entretenerse. Se detuvo apenas un instante para sacudir la arena de la red y, asiendo con fuerza el tridente, avanzó una vez más con determinación hacia su compañero gladiador.

Indavara tuvo cuidado de moverse muy despacio, haciendo una mueca de dolor con cada movimiento de hombro. Se pasó la daga a la mano izquierda un momento para limpiarse el sudor de la derecha. Al devolverla a la izquierda, cayó en la cuenta de que tal vez había una forma de frenar esa red.

Aucto abrió los brazos como si fueran dos grandes alas y cercó una vez más a su presa.

La multitud volvía a guardar silencio; su hombre estaba en un apuro.

Indavara escupió más sangre e, intentado pasar por alto el dolor punzante del hombro, aguardó a su adversario.

Aucto daba bandazos de un lado a otro repartiendo estocadas y fintas inacabadas. Balanceó la red hacia atrás antes de lanzarla, y esta pasó silbando junto al tobillo izquierdo de Indavara. A continuación el tridente salió disparado.

Estocada y balanceo. Estocada y balanceo. Aucto sonreía y hablaba; parecía estar disfrutando.

Otra estocada.

Indavara tiró la daga al suelo.

La confusión comenzaba a reflejarse en el rostro de Aucto cuando blandió de nuevo la red. Hizo que se moviera más despacio.

Indavara salió como una flecha hacia la izquierda y logró atrapar el extremo de la red.

Aucto tiró de ella, pero Indavara no pudo resistirse y lanzó el borde que tenía en las manos hacia arriba y hacia la derecha. La red se elevó en el aire y aterrizó sobre la cabeza del tridente, atrapando dos púas.

Pasando por debajo de la maraña formada, Indavara se abalanzó sobre Aucto.

Con las manos ocupadas, el germano estaba indefenso cuando el brazo derecho de Indavara lo alcanzó debajo de la mandíbula, haciéndole perder el equilibrio. Se desplomó hacia atrás, llevándose consigo a Indavara junto con la red.

Apenas habían aterrizado en el suelo cuando Indavara se escabulló de la red y bajó el puño, rompiéndole la nariz. Pese a que la mitad del rostro de Aucto se transformó en una carnosa amalgama de carne y hueso, el norteño logró seguir funcionando. Buscó a tientas el tridente y lo empuñó.

Indavara no tenía ninguna intención de renunciar a su ventaja. Apoyando todo el

peso del cuerpo, clavó los codos en las axilas del germano y le rodeó el cuello con las manos. Había utilizado antes esa llave de estrangulamiento y sabía que era enormemente difícil zafarse de ella.

Eso no impidió que Aucto lo intentara. Con la mano libre le dio un puñetazo a Indavara en la cabeza, y le clavó las uñas en el cabello y el cuello, pero no logró infligir suficiente dolor para aflojar los nudillos que se le hundían en la garganta. El germano contrajo espasmódicamente la espalda, pero no consiguió apartar a su adversario.

Indavara había bajado la cabeza para evitar el aluvión de golpes y cuando volvió a levantarla Aucto había recuperado el tridente. Un dolor palpitante le recorrió el hombro mientras canalizaba toda su fuerza hacia las manos y apretaba con mayor intensidad el cuello. No podía soltarlo a estas alturas.

Aucto levantó el brazo todo lo posible, sosteniendo el tridente por encima de la espalda de Indavara. Este lo sacudió para que soltara el arma, pero Aucto sabía que era la última oportunidad que le quedaba. Apretando los dientes, Indavara aumentó aún más la presión. Aucto reaccionaba bien para un hombre que no podía respirar.

La multitud le alertó del peligro en un único grito.

Aucto clavó el tridente entre los omóplatos de Indavara. Las afiladas púas cortaron fácilmente la túnica, se hundieron en la piel y desgarraron la carne mientras el asta se inclinaba hacia atrás.

Indavara seguía gritando cuando le soltó la garganta y se levantó de un impulso. El tridente cayó al suelo.

Aucto tenía el rostro y el cuello rojo escarlata, y le sobresalían las venas de la frente. Pero con las manos libres intentó agarrar el cuello de su adversario.

Indavara le apartó las manos de un manotazo y, clavándole el codo derecho en la frente, le presionó la cabeza contra el suelo. Algo crujió.

La multitud bramó.

Sin saber si Aucto todavía estaba vivo, Indavara se puso en pie y recogió el tridente.

Bonoso y sus hombres se acercaron rápidamente a él para asegurarse de que esta vez el gobernador dictaba la sentencia.

Pero Indavara, más interesado en los dolorosos rasgones que tenía en la espalda y en el hombro que en las convenciones, hundió de una sola acometida el tridente en el pecho de Aucto y observó cómo se le abría la boca y se le ponían los ojos en blanco.

La multitud guardó silencio. Bonoso miró alrededor con aprensión; no había cumplido con su deber. Esta segunda brecha en el protocolo hizo que todas las miradas se volvieran hacia el podio. Con buen criterio, el gobernador esperó. Los gritos de aprobación iniciados por los más fervientes admiradores de Indavara se convirtieron rápidamente en un clamor. El gobernador y los que lo rodeaban no

tardaron en aplaudir también.

Capito, de pie contra el parapeto, indicó con un gesto a Bonoso y a los otros guardias que siguieran a Indavara hasta la tercera sección. Le habría gustado estar más cerca y averiguar lo malherido que estaba su combatiente. Siempre era difícil saberlo con los especímenes poco comunes como Indavara; los que no solo encajaban los golpes sino que continuaban luchando cuando la mayoría de los hombres ya se habrían desmayado o rendido.

Capito no pudo resistir el impulso de volverse. El traficante de esclavos se había trasladado a un asiento libre situado a pocos metros de él. Tenía una mueca pétrea en los labios.

Llegó un esclavo adolescente.

—¿Estás listo para la plataforma, señor?

—Subidla.

Indavara se llevó una mano a la espalda. Las hendiduras que le había dejado el tridente en la piel tenían más de un centímetro de profundidad, y de cada uno manaba de forma ininterrumpida un fino chorro de sangre. Torció el cuerpo de un lado a otro, y lo dobló hacia adelante y hacia atrás. El dolor no había ido a más; los daños no parecían graves.

Mientras cruzaba la segunda cuerda, un admirador con iniciativa y dotado de brazos fornidos le lanzó una vasija de calabaza llena de agua que aterrizó a sus pies. Indavara la recogió del suelo, quitó el tapón y bebió la mitad, y se echó el resto sobre el hombro y la espalda. Los vítores alcanzaron un punto máximo cuando levantó la vasija hacia el admirador.

El mensajero había llegado a las entrañas de la arena y se dio la orden de accionar la plataforma elevadora. Cayó arena por los bordes del hueco de cinco metros cuadrados que apareció al abrirse la trampilla. A continuación comenzó la lenta y chirriante tarea por parte de los esclavos de accionar los cabrestantes.

A Indavara le habría gustado ahorrarse mirar en el interior del tercer barril para no darle una satisfacción a Capito, pero no tuvo otro remedio. Como era de esperar, no había nada. Furioso, le propinó una patada firme y recta que lo volcó. No era lo mismo enfrentarse a un hombre que vérselas con una bestia salvaje armado únicamente de semejante daga.

Vio cómo las celebridades del podio se ponían en pie, tan ansiosas como el resto del público por ver lo que saldría de la trampilla. La jaula se elevó por delante de él cubierta con una enorme sábana gris. Bonoso y sus hombres la rodearon. Cuando la plataforma alcanzó el nivel de la arena, clavetearon unos tablones para fijarla. Volvía a reinar el silencio en la arena. Indavara alcanzó a oír la respiración jadeante de los esclavos que se encontraban abajo. Bonoso se acercó a la jaula y colocó una mano sobre la sábana.

Maesa comenzó su último discurso.

—¡De nuevo nuestro combatiente ha sobrevivido contra todo pronóstico! ¡De nuevo ha salido triunfador! Pero ahora se enfrentará al reto final. La bestia que se encuentra dentro de esta jaula es todo lo que se interpone entre él y la libertad.

Guardó silencio un momento, esperando que cesaran los vítores.

—¿Y qué se sabe de este animal? Lo capturaron hace una semana en las altas montañas de Dalmacia. Una bestia de casi tres metros de longitud que pesa más de doscientos kilos. Tiene cuarenta dientes y, en cada pezuña, unas garras de siete centímetros de largo. He aquí...

Bonoso retiró la sábana.

—¡... el oso!

El clamor de la multitud se elevó y a continuación osciló al ver a lo que Indavara debía enfrentarse.

El enorme animal apenas podía moverse. Se había visto forzado a sentarse sobre sus cuartos traseros, pues no había espacio para que se sostuviera sobre cuatro patas. Indavara no acertaba a imaginar cómo habían logrado meterlo en la jaula, aunque las pequeñas manchas de color rojo brillante en su pelaje marrón claro le ayudaron a hacerse una idea. El oso babeaba y no cesaba de golpearse la cabeza contra los gruesos barrotes de madera; con tanta fuerza, de hecho, que uno de ellos se desprendió. La bestia sacó el morro con los brillantes orificios dilatados mientras olfateaba el aire. Los otros osos que Indavara había visto en la arena habían sido de la mitad de tamaño: jóvenes o viejos, débiles o enfermos. Sin embargo, este parecía hallarse en plena forma, con sus enormes extremidades recubiertas de gruesas capas de carne.

Indavara miró la daga con desesperación. Nuevos abucheos y mofas se extendieron por la arena.

Capito se sentó para no ponerse tan a tiro: los proyectiles dirigidos a él eran cada vez más grandes y más sólidos. Dos jóvenes intentaron abrirse paso hasta él y tuvieron que ser refrenados por legionarios. Incluso algunos de los nobles lo insultaban a voz en cuello. Capito se encogió de hombros.

Indavara se encontraba a unos cinco metros de la jaula. El lado que tenía ante él estaba sujeto con bisagras y funcionaba como una puerta. No tenía cerradura, solo una gruesa cadena enrollada alrededor de los barrotes. Bonoso ordenó a dos de sus hombres que la retiraran. Mientras estos se acercaban con cautela, el jefe de la guardia proporcionó al público una distracción introduciendo la lanza por el lado de la jaula y atizando al oso.

El animal gruñó en señal de advertencia e intentó en vano darse la vuelta. Dio

zarpazos a uno de los barrotes, arrancando virutas de madera con las garras. Los guardias nerviosos tenían dificultades en aflojar la cadena.

Indavara fue presa de un terror repentino. Los acontecimientos lo habían superado. Los legionarios estaban cerrando todas las salidas excepto la puerta del norte, la ruta de escape que debían utilizar Bonoso y los guardias una vez que el oso estuviera suelto. El único lugar que podía servir para cubrirlo era la caja, pero se encontraba a unos buenos treinta metros.

La cadena cayó por fin al suelo y los hombres la soltaron. Siguiendo la orden que Bonoso les bramó, abrieron la puerta y se apresuraron a alejarse. Con una última estocada, él se volvió y corrió tras ellos.

El animal dio un zarpazo en el lado de la jaula, aplastando uno de los barrotes. Se sacudió hacia atrás y, dándose cuenta de que estaba libre, medio cayó en la arena.

Indavara retrocedió. Quería que la multitud hiciera tanto ruido como fuera posible, pero esta se había callado hasta el punto de que alcanzó a oír a Bonoso gritar órdenes mientras se acercaba a la puerta.

El oso se irguió, deslizó el morro por el polvo y levantó la vista. Sus ojos redondos y brillantes se posaron en Indavara. Luego caminó muy despacio hacia él, balanceando sus enormes paletas por encima de la cabeza.

Indavara se quedó totalmente inmóvil.

Mostrando los dientes con labios temblorosos, el oso soltó un rugido y salió a la carga.

Indavara se volvió y cruzó a todo correr la segunda sección mientras otra oleada de ruido envolvía la arena. No sabía a qué velocidad se movía el oso. Él se dirigía al otro extremo de la caja.

Vio aparecer la sombra del oso a su derecha.

Había quince metros hasta la esquina.

Moviendo los brazos y las piernas, corrió a lo largo de la caja.

Diez metros. Cinco.

El ruido era ensordecedor. Indavara se preparó para girar a la izquierda y volvió a mirar hacia la derecha. Una enorme forma oscura se dirigía hacia su sombra. Nunca lo conseguiría.

Se cubrió la cabeza con las manos y cayó al suelo.

El animal no pudo frenar a tiempo. Golpeó con una pata delantera a Indavara al tiempo que tropezaba, y salió volando por encima de él. Aterrizó pesadamente en la arena, raspando el suelo con las garras a medida que se deslizaba más allá de la caja.

Indavara se levantó rápidamente. Había recibido un fuerte impacto en la espalda, pero solo sentía el ardor causado por las heridas del tridente. Tras comprobar que todavía tenía la daga, se retiró detrás de la caja, viendo cómo el oso rodaba por el suelo, se sacudía y se levantaba poco a poco. Atisbó dentro de la caja para ver si encontraba algo que pudiera utilizar como arma pero no había nada; ni siquiera una cabeza de lanza suelta.

El oso se abrió paso olfateando hasta el lugar donde había muerto Lanza.

Indavara miró hacia el extremo norte de la arena y al instante comprendió que tenía que volver allí. Corrió hacia atrás, con los ojos clavados en la caja; luego pasó a la segunda sección y se desplazó hacia la izquierda en dirección al muro oriental.

Era vagamente consciente de que la gente gritaba su nombre; otros voceaban palabras de aliento y consejos, pero ese ruido no lo registró. Se arrodilló ante el cadáver del ciervo. Había visto suficientes animales muertos para saber que habría algo en él que podría serle útil. En el preciso momento en que agarraba una de las patas traseras, la gran cabeza del oso salió por detrás de la caja.

Aguantando todo lo que se atrevió sin levantar la vista, utilizó la daga para hacer una incisión por encima del hueso del tobillo del ciervo. Hurgó alrededor hasta que apareció el tendón e hizo un profundo corte justo por debajo de la parte posterior de la rodilla.

El oso avanzaba pesadamente hacia él, con el morro pegado al suelo.

Indavara agarró el tendón y lo separó de la carne, e intentó arrancar la pálida y fibrosa tira de la pata. Luego se irguió y cortó tranquilamente más piel y pelo mientras retrocedía hacia la jaula.

El oso cambió de dirección para seguirlo. Lo que más temía Indavara era otra embestida. A sus espaldas no había más que tierra abierta; la jaula estaba demasiado lejos.

Pero la bestia había reconocido el olor del ciervo y avanzó torpemente hacia el muro. Lanzando una breve mirada a Indavara, olisqueó la pata y lamió parte de la sangre.

Sin dejar de retroceder, Indavara acabó de arrancar el tendón. Medía veinte centímetros de longitud, y no era tan resistente como cuando se dejaba secar durante días, pero esperaba que fuera lo bastante fuerte. Se lo deslizó dentro del cinto junto con la daga.

Mientras el oso hundía el morro en el vientre del ciervo, Indavara llegó a la jaula. El barrote que el animal había golpeado había quedado inservible. Sin embargo, el de al lado se hallaba en buenas condiciones. Mejor aún, se había desprendido por la parte superior; todo lo que tenía que hacer era soltarlo por abajo. Lo agarró con ambas manos y lo retorció a un lado y a otro, y haciendo palanca lo liberó de los clavos que lo fijaban.

El golpe que había cercenado la mitad superior de la oreja de Indavara le había afectado no solo el oído sino también el sentido del equilibrio. Con el tiempo este de alguna manera se había corregido, pero el oído seguía dañado. Distinguía sonidos a su izquierda, pero a menudo eran confusos y apagados.

Así que cuando alguien arrojó por encima del parapeto una botella y golpeó al oso en la espalda, y este se abalanzó a toda velocidad sobre el blanco viviente más cercano para desahogar su rabia, Indavara no oyó el atronador impacto de las enormes patas. A pesar de que casi todos los espectadores que se hallaban en la arena

vieron al animal arremeter, la velocidad que este alcanzó logró enmudecer a muchos. Solo unos pocos lograron advertir a Indavara a tiempo. Le salvaron la vida.

Casi había arrancado el barrote cuando se volvió. Con un último tirón, cayó al suelo al tiempo que el oso daba un salto.

La bestia hizo un intento tardío de alcanzarlo de un zarpazo, pero no pudo frenar su impulso. Se estrelló de cabeza contra la jaula, aplastando la mayor parte de los dos lados y volcando toda la estructura. Sin apenas darse por enterado, se levantó cuan alto era sobre sus patas traseras, alzándose por encima de Indavara. Su cuerpo entero se estremeció mientras soltaba otro rugido.

Indavara se puso rápidamente en pie. Agarró el barrote con las dos manos y lo sostuvo delante de él.

El oso cayó sobre sus cuatro patas y avanzó pesadamente hacia él, gruñendo y babeando.

Indavara bajó el barrote y lo sostuvo a la altura de la cabeza del oso. Retrocedió despacio, blandiéndolo en la cara del animal mientras este lo seguía. Pero volvió a cogerle por sorpresa la velocidad del oso cuando golpeó de un zarpazo el barrote. Desesperado por no soltarlo, Indavara fue derribado al suelo.

El oso se abalanzó sobre él y con dos de sus garras le rasgó la piel de la pantorrilla derecha. Gritando, Indavara se levantó de un salto y echó a correr.

Pero con cada paso que daba sentía una sacudida en la pierna herida. Las posibilidades que tenía de correr más que el oso se habían reducido drásticamente hasta ser casi inexistentes, de modo que tomó la única opción que le quedaba. Corrió hacia el barril que poco antes había volcado de una patada y se metió en él, arrastrando consigo uno de los extremos del barrote.

La multitud se quedó confundida. Unos aplaudieron el ingenio de su héroe, otros abuchearon lo que le parecían cobardía o se llevaron un chasco al ver que su hombre parecía vencido.

El oso también parecía perplejo. Dio vueltas alrededor del barril, volviendo de vez en cuando la cabeza para lamerse las heridas del cuello.

Durante esos momentos de inactividad los espectadores se sentaron y empezaron a hablar. Bonoso abrió la puerta del norte y salió al frente de sus guardias. Se apostaron detrás de lo que quedaba de la jaula y observaron cómo el oso se acercaba al extremo abierto del barril, lo olfateaba y miraba con recelo su interior. Retrocedió un momento y a continuación dio unos ligeros zarpazos al barrote. No había rastro de Indavara. Con un fuerte cabezazo el oso dio la vuelta al barril. Otra embestida lo envió rodando hacia el muro. El oso trotó después de él.

Cientos de espectadores se apiñaron en el parapeto mientras el barril colisionaba suavemente con la pared. Los legionarios se abrieron paso hasta la parte de delante para detener cualquier otra intervención.

Deslizándose el morro por los resquicios entre las duelas del barril, el oso gimió y acto seguido gruñó, frustrado al no poder alcanzar a su presa. Se levantó de nuevo

sobre sus patas traseras y de un zarpazo desprendió uno de los zunchos de hierro que mantenía las tablas unidas. Golpeó el barril una y otra vez, con una fuerza tan prodigiosa que en cuestión de segundos desprendió otro zuncho y el barril comenzó a desintegrarse.

A los legionarios que estaban en las gradas les estaba costando dominar a la masa de espectadores, muchos de los cuales estaban dispuestos a correr el riesgo de recibir un golpe con el pomo de una espada si con ello podían lanzar algo al animal y ayudar a su héroe.

El oso caminó despacio hasta el extremo abierto del barril e introdujo la cabeza en él.

La base de madera del otro extremo se desplomó sobre la arena. Apareció un pie y luego una pierna. Indavara se retorció para liberarse de lo que quedaba del barril y salió, arrastrando consigo el barrote.

Solo que ya no era un barrote lo que tenía en las manos. Con la daga sujeta a un extremo con el tendón, se había convertido en una lanza improvisada.

Los primeros que lo advirtieron fueron los espectadores situados justo arriba. Los vítores recorrieron la arena.

Indavara avanzó de lado hasta que el sol estuvo directamente encima de él. El oso trotó hacia adelante, receloso del barrote que oscilaba de un lado a otro. Indavara esperó hasta que el animal pareció traspuesto y acto seguido sostuvo el barrote en alto. Siguiendo con la vista la brillante hoja hacia arriba, el animal se quedó momentáneamente cegado por la luz del sol.

Indavara aprovechó la oportunidad. Asiendo el barrote por abajo, dio dos pasos hacia adelante y clavó la lanza improvisada en el pecho del oso. La daga se hundió hasta la empuñadura, y la bestia chilló y se encogió hacia atrás.

Indavara arrancó el barrote. El oso se recuperó y avanzó pesadamente. Indavara no cedió terreno y esta vez intentó alcanzarlo entre los ojos con la pequeña daga. No lo consiguió pero le hizo un corte en el centro de la amplia cabeza que oscureció el pelaje con la sangre. El oso se detuvo y acto seguido se precipitó de nuevo hacia adelante. Las curvadas garras rascaron la parte inferior del barrote, pero el arma resistió.

Indavara se mantuvo alerta, cambiando constantemente de posición a través del deslumbrante resplandor del sol e intentando confundir aún más al oso.

Esta vez utilizó el otro extremo del barrote como una porra para atestar dos golpes en el costado de la cabeza del oso. Lo alcanzó en una oreja y por un instante el animal pareció aturdido. Indavara dio la vuelta al barrote y le pasó una vez más la lanza improvisada por la cara, atravesando la piel lisa del hocico. Vio cómo la sangre se le metía en los ojos y le goteaba de la nariz.

Furioso, el oso salió a la carga. Aunque Indavara había olvidado el dolor de la pierna lesionada, esta se dobló debajo de él. Tropezó y apenas tuvo tiempo para levantar el barrote delante de él cuando el oso se lanzó sobre su garganta.

Las mandíbulas del animal se cerraron alrededor del barrote, partiéndolo en dos. El oso se retorció en el aire y con una gran garra golpeó a Indavara en el pecho, derribándolo al suelo.

El gladiador cayó mal sobre el hombro herido y supo que se había roto un par de costillas. El extremo del barrote donde estaba atada la daga había aterrizado cerca de él, pero descubrió que apenas podía moverse. Los puntos doloridos del cuerpo que hasta entonces habían estado aislados se fundieron en una insistente capa de dolor que de pronto lo abrumó. En cualquier momento sentiría cómo los dientes se le hundían en el cuello, lo sabía con absoluta certeza. Por primera vez ese día distinguió voces individuales en la multitud. Le imploraban que no se rindiera, que se moviera. Se preguntó si todavía tenía la estatuilla en el cinto. Se preguntó si la mujer que se la había dado se encontraba entre el público.

No podía moverse.

Entonces se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados. Y cuando los abrió se encontró mirando al oso, tendido sobre la arena a pocos metros de distancia. El animal no podía verlo. Por la cara le caía tanta sangre que formaba charcos en la arena. Parpadeaba y se hurgaba en vano las heridas, y olfateaba con el morro con la intención de localizarlas.

Indavara recobró la esperanza y con ella un poco de fuerza. Inhaló todo el aire que pudo y se levantó. Desprendió la daga de la cuerda que la sujetaba al barrote y asió la pequeña empuñadura con ambas manos. Plantando los pies cerca del oso, le hundió la hoja en la parte superior de la cabeza.

La bestia gimió. Tenía los ojos vidriosos e inmóviles.

Él volvió a hundir la hoja donde calculó que estaría el cerebro y la retorció. Se le partió la hoja en la mano y se desplomó una vez más sobre el suelo.

Permaneció allí sentado; al lado de la enorme mole que tenía a su lado se le veía pequeño. De haber habido otra arma cerca habría vuelto a arremeter contra la cabeza de la bestia; le habría hundido otra hoja en el cráneo, y cortado la boca, los ojos, el corazón.

Pero el momento pasó. Y cuando la gran cabeza cayó finalmente sobre el polvo, la rabia se había disuelto. Y experimentó una especie de afinidad hacia esa pobre y magnífica criatura, obligada a luchar por su vida para entretenimiento de otros. También sintió algo que nunca había sentido después de despachar a un contrincante humano. Arrepentimiento.

Capito estaba aturdido por el ruido. Alrededor de él la gente gritaba, lloraba y daba brincos. Se volvió buscando un rostro en particular. El traficante de esclavos lo señaló e hizo el gesto de rajarse la garganta, luego desapareció entre la multitud.

Indavara era vagamente consciente de que Bonoso y los otros guardias estaban alrededor de él. Intentó ponerse de nuevo en pie. Parpadeando a la luz del sol, se volvió hasta que vio la puerta norte. Luego buscó a tientas dentro de la túnica. La estatuilla seguía allí. La sacó y la sostuvo firmemente en la mano.

Los guardias se apartaron al verlo acercarse a la puerta cojeando. La multitud empezó a lanzar dinero. Monedas de bronce, plata y oro llovieron sobre la arena.

Indavara apenas se daba cuenta. Un solo pensamiento ocupaba su mente: *Llegar a la puerta. Salir a la luz.*

El centurión Maesa ya estaba junto al podio, reuniendo a los legionarios para refrenar a los cientos de espectadores que se precipitaban hacia el parapeto por encima de la puerta norte.

El joven Vitruvio esperaba a Indavara junto al túnel con vendas que había hecho cortando a tiras una sábana. El gladiador pasó por su lado sin detenerse, pero el guardia logró echarle sobre los hombros los restos de la sábana, que se le pegaron al cuerpo empapado en sudor y sangre.

A lo largo de los fríos muros de piedra del túnel se había congregado un pequeño grupo: más legionarios, vendedores ambulantes que esperaban a la multitud que salía, encargados de la limpieza que hacían tiempo antes de entrar... Vitruvio se adelantó y le dijo al portero que abriera la segunda puerta. Más allá de esta se extendían las calles de la ciudad.

Por un instante Indavara olvidó el dolor. Contempló el dorado resplandor que tenía ante sí. Esa luz parecía diferente a la que acababa de dejar atrás. Era más brillante. Más cálida.

Vitruvio abrió la puerta de par en par.

Indavara no se detuvo ni un instante. Las lágrimas le corrían por su rostro sucio y ensangrentado mientras cruzaba las rejas de hierro.

A través de la puerta. Hacia la luz.

I

Septiembre, 272 d. C.

—Maté tres elefantes y una jirafa un día en la arena, y morí a manos de un gladiador que me estranguló en la bañera.

—CÓmodo, señor.

—Noto cierto aire de aburrimiento. Quizá te has cansado de jugar a «Adivina qué emperador es».

—En absoluto. Me toca a mí. Una vez hice servir seiscientas cigüeñas para comer y me comí yo solo todos los sesos con un pequeño alfiler de oro.

—Eso está tirado. Nuestro viejo amigo Heliogábalo.

—Exacto, señor.

—Mira, una luz. Debe de ser eso.

Casio Quintio Córbulos y su siervo Simo llevaban desde primera hora de la mañana cabalgando hacia el sur. La noche había llegado con un frío helado y los dos se habían envuelto bien en sus capas. Era un camino ancho y muy transitado, bordeado de bajos bancos de piedras. A su izquierda se extendía la lúgubre aridez de la estepa siria; a su derecha, un lago cuya superficie iluminada por la luna se prolongaba en la distancia. Había pocas aldeas por allí, y solo alguna casa construida cerca de la orilla, generalmente con un par de botes pequeños. Aparte del suave sonido de los cascos de los caballos y del golpeteo y el ruido metálico de las sillas de montar cargadas, lo único que se oía era el melódico gorjeo de algún pájaro invisible.

Aquella cabalgata no era sino una etapa más de un viaje agotador de tres semanas. La carta en la que se solicitaba el regreso de Casio a Siria había dejado claro que se requería su presencia de inmediato. Partiendo de Cícico, situada en la costa septentrional de Asia Menor, Casio se había abierto paso a través del extremo oriental del Mediterráneo en dirección a Seleucia Pirea, la ciudad que servía de puerto a la capital de Siria, Antioquía. Un mensajero había estado esperándolos en el muelle con una segunda carta que los conminaba a dirigirse al sur. Habían alquilado caballos y se habían puesto en camino dejando atrás las ciudades de Apamea, Larisa y Epifanía, y alojándose en una serie de posadas de lo menos salubres.

Al acercarse a la ciudad de Emesa al sexto día de su partida de Antioquía, se dirigieron al este y pasaron por en medio de un campo de batalla. Allí, tres meses atrás, el emperador Aureliano se había puesto al frente de sus legiones para luchar contra setenta mil palmiranos, hasta acabar finalmente con el poderío militar de la reina Zenobia. Su ejército había marchado hacia el este y sitiado la misma ciudad de Palmira. Esta se hallaba en esos momentos en manos romanas mientras la reina rebelde regresaba a Roma encadenada.

La esposa de un comerciante, una mujer de ademanes bastante histriónicos, había dicho a los dos viajeros que hasta donde alcanzaba la vista la arena del campo de

batalla estaba manchada de rojo, y que durante kilómetros a la redonda una misteriosa sensación de terror impregnaba la tierra. Casio y Simo no habían percibido nada. Los vencedores o los lugareños oportunistas ya habían reclamado todos los objetos de valor. Lo único que quedaba eran los esqueletos en descomposición de los miles de caballos palmiranos que seguían proporcionando alimento a una colonia de buitres.

Dos jornadas más a caballo los habían dejado en medio de la estepa desolada. Las indicaciones que daba la segunda carta los dirigía al sur de la carretera de Palmira, en dirección al lago y a una posada aislada, que era su destino final.

Casio y Simo desmontaron y se llevaron los caballos de la carretera. Casio hizo una mueca de dolor al caminar. Se notaba las nalgas y los muslos doloridos, y la parte inferior de la espalda insoportablemente rígida. Estaba seguro de que más tarde le saldrían cardenales purpúreos en los muslos, así como verdugones donde la arena le había restregado la piel. Nunca había recorrido a caballo tanta distancia en tan poco tiempo.

Los dos hombres se detuvieron. La luz se había desplazado. Pronto cayeron en la cuenta de que era un farol y que era transportado a gran velocidad hacia ellos. Los caballos tiraron nerviosos de las riendas a medida que el portador del farol se aproximaba. Resultó ser un individuo de aspecto desaliñado y tez morena que escudriñó a los recién llegados con ojos inyectados en sangre.

—Tu nombre. —Su griego tenía un acusado acento local.

—Córbulo.

—Venid conmigo.

El hombre dio media vuelta y se encaminó apresuradamente hacia la posada.

—Una calurosa acogida —murmuró Casio mientras lo seguían.

Nada más cruzar la puerta, el sirio giró a la izquierda y se dirigió a un edificio de dos plantas construido con ladrillos de barro. Justo delante había un establo. En el interior los caballos se agitaron, perturbados por los recién llegados. De la oscuridad salió tambaleante un muchacho limpiándose sus ojos legañosos. Cerró la puerta, se acercó y les cogió las riendas de las manos.

—Cuidado —lo advirtió Simo—. Están cansados.

Una luz tenue salía de la puerta donde se encontraba el sirio, quien les hizo un gesto para que entraran. Casio así lo hizo, seguido de Simo, que iba tres pasos detrás de él como era su costumbre, y, agachándose bajo una viga baja, ambos se encontraron en una sala llena de humo.

Pasando junto a una escalera de piedra, llegaron a un amplio mostrador surtido de todo tipo de botellas y ánforas. Ahí sentado dormitaba un hombre corpulento y calvo, presumiblemente el tabernero, cuya papada reposaba tranquilamente sobre el pecho mientras roncaba.

Frente a la escalera había una chimenea rodeada de mesas y taburetes. Una adolescente de cabello negro azabache arrojaba al fuego leños de una cesta tejida. Se

volvió para mirar a los hombres que entraban y Casio divisó un rostro pálido, si bien algo rústico. Tras asegurarse de que el tabernero —su padre— dormía, la joven les dedicó una sonrisa de bienvenida.

—Creo que iré a calentarme las manos —dijo Casio, acercándose al fuego.

El sirio le cerró el paso.

—Él está arriba. No dispone de toda la noche.

—No estoy seguro de si me gustan mucho tus modales.

—Son sus órdenes, no las mías.

Casio miró al hombre con furia, luego retrocedió hasta las escaleras.

—Tú no.

Casio se volvió y vio que esta vez había sido a Simo a quien el vigoroso brazo del sirio había detenido.

Le dio unos golpecitos en la espalda al rufián.

—Se me ha acabado la paciencia, amigo. ¿Quién te da derecho a decir a un ayudante mío adónde puede o no ir?

Antes de que el hombre pudiera contestar, resonó una voz grave y autoritaria desde lo alto.

—En realidad he sido yo —dijo la voz en griego—. Te ruego que disculpes a Shostra. Todavía tiene que dominar el tacto social. ¿No subes? Hay un tazón de vino caliente esperándote.

Casio dudó por un instante y a continuación se encogió de hombros.

—Descansa un rato junto al fuego, Simo.

—Creo que ayudaré al mozo con los caballos, señor.

—Como quieras.

Simo se retiró. Casio lanzó al sirio una última mirada furiosa antes de subir al primer piso. A la izquierda, un estrecho pasillo conducía a dos habitaciones más. A la derecha, en cambio, había una habitación similar al salón de abajo, pero con dos reservados de madera empotrados en la pared en lugar de un mostrador. El único cliente estaba sentado en el reservado del fondo, con el cuerpo inclinado hacia el fuego.

Era el hombre que había hecho volver a Casio a Siria; un hombre del que solo conocía su nombre y su reputación.

Mientras entraba, Aulo Celato Abascantio se levantó para saludarlo. Era de mediana estatura, pero de anchura considerable, sobre todo el rostro picado de viruela. El cabello, de una curiosa mezcla de castaño y gris, le clareaba. Aparentaba unos cincuenta años, pero podría haber sido una década más joven. Mientras se asían por los antebrazos, Casio reparó en su túnica y sus sandalias extraordinariamente raídas.

Costaba creer que el hombre que tenía ante sí fuera el mandamás de los Servicios de Seguridad Imperial en Siria. Casio sabía que el agente era visto como una especie de inconformista, pero no esperaba que se asemejara tanto a un comerciante

provinciano.

Abascantio posó una mirada igual de intrigada sobre el joven que tenía delante. Aun después de casi una semana sobre la silla de montar, Casio sospechaba que gozaba de buen aspecto. Gracias a Simo, su túnica rojo intenso, hecha del más fino algodón egipcio, estaba limpia esa mañana. Calzaba unas botas flamantes, compradas a propósito para el viaje. El grueso cinturón militar y la correa más delgada con que sujetaba la espada en bandolera también estaban en buen estado, sobre todo esta última, pues casi no la había utilizado. Llevaba su cabello castaño claro bien cortado, y tenía la tez clara y perfumada. De las numerosas cualidades que Casio valoraba de Simo, una de las más importantes era su capacidad para mantener altos los niveles de servicio en circunstancias difíciles.

Abascantio se sentó de nuevo y señaló el banco situado frente a él. Casio no tenía ningún deseo de sentarse cerca de ese individuo, pero antes de que hubiera doblado su larguirucho cuerpo debajo de la mesa casi se rozaron las rodillas.

—¿Qué será, latín o griego?

A Casio le extrañó la pregunta. Su griego era fluido, pero los oficiales del ejército romano rara vez hablaban en una lengua que no fuera el latín.

—Lo que tú digas.

—Creo que latín. Necesito practicar. —Abascantio cambió de idioma—. Tal vez he estado demasiado tiempo aquí.

Levantó una olla de hierro que había cerca del fuego y llenó un gran tazón de madera de vino humeante. Casio lo cogió mientras Abascantio se llenaba el suyo. Las especias olían bien.

—Bueno, joven Córbulu, he tardado bastante en localizarte.

Casio tenía preparada la respuesta.

—Soy consciente de lo que puede parecer, señor, pero después de lo ocurrido en Alauran, el general Navio me ofreció un puesto. Me quedé con sus hombres cuando lo trasladaron a Cícico.

—Es interesante que hayas escogido la palabra «trasladar». Tal vez sería ser más apropiado decir que lo degradaron.

—No estoy al corriente de las complejidades de la situación, señor. —Casio trató de no mirar el cúmulo de lunares pálidos que tenía Abascantio en el párpado izquierdo.

—Pero estarás al corriente de lo que ha acontecido en esta provincia desde tu partida.

—Por supuesto.

—¿Y en ningún momento se te ocurrió informar al Servicio de tu nuevo cargo o de tu paradero?

—Sí se me ocurrió, señor. Pero en Antioquía no había a nadie a quien presentarme después de la revuelta. Tú mismo estabas...

Abascantio se inclinó sobre la mesa. Casio se echó hacia atrás, no solo por el olor

a carne que le desprendía el aliento.

—Mi paradero no era, ni es, de tu incumbencia. ¿Sabes de cuántos hombres dispone el Servicio a este lado de Chipre? Once, contándome a mí. Once hombres para proteger los intereses del Imperio y del emperador. Once, cuando deberíamos haber sido doce. ¡Y todo porque decidiste retirarte a la soleada y tranquila ciudad de Cícico!

Mucho antes de que finalizara la acalorada perorata, Casio había decidido guardar silencio. Le pareció que no valía la pena mencionar que los palmiranos se habían acercado peligrosamente a Cícico. En ese momento la humildad parecía la mejor opción.

Abascantio lo miró un rato más con dureza, luego la expresión se suavizó. Se levantó con el tazón en la mano y derribó la mesa, derramando parte del vino de Casio. Bajó la mirada hacia el fuego y su sonriente rostro se iluminó con el resplandor anaranjado.

—He esperado mucho tiempo para decir esto. Pero debo admitir que no puedo evitar admirar tu cinismo. Dudo que de aquí a Roma haya muchos hombres de tu rango que hayan escapado de la acción en los dos últimos años. Sospecho que aquella semana en el desierto fue más que suficiente para un joven caballero como tú.

Casio bajó la vista al suelo mientras Abascantio continuaba.

—No obstante, fue todo un triunfo. La noticia se extendió por toda la provincia. Cinco contra uno, y todo se redujo a un duelo entre un guardia y una espadachín maestro de Palmira. ¡Vaya historia!

Casio se encogió de hombros.

—Al final apenas importó, señor. A los pocos meses el enemigo tomó la fortaleza de todos modos.

—Pero lograste levantar la moral, Córbulu. Navio y sus compinches se beneficiaron enormemente de tu victoria. Me atrevería a decir que gracias a ella ganó un par de semanas más. Es evidente que quedó agradecido.

—No niego que me alegrara de encontrar una forma de salir de Siria, señor.

Abascantio inclinó su tazón hacia el pecho de Casio.

—Te dieron la medalla de plata, ¿verdad? ¿Por qué no la llevas?

Casio se apresuró a responder.

—Esa batalla fue ganada por hombres mejores y más valientes que yo. Yo tengo la medalla, pero les pertenece a ellos, no a mí.

Esta vez le tocó a Abascantio encogerse de hombros. Apuró el vino y se sirvió un poco más.

—Tengo otra pregunta para ti. ¿Ella valía tanto la pena?

—¿Quién, señor? —preguntó Casio, aunque lo sabía muy bien.

—La hija del magistrado.

Casio notó que se sonrojaba.

—Lo siento —se disculpó Abascantio con poca convicción—. Acabas

insensibilizándote en las provincias. —Guardó silencio unos minutos, tamborileando con los dedos en el tazón—. Seguro que sabías que al final volvería con Navio.

En efecto, Casio siempre fue consciente del enorme riesgo que corría aquella noche en el jardín del gobernador. Aun así, pensaba en ello casi a diario y no era capaz de condenar su decisión. Había encontrado a Marta sola y totalmente apartada del resto de los asistentes a la fiesta. Le había ido detrás desde su llegada a Cícico. Era una joven más atractiva que hermosa, elegante y voluptuosa a la vez, una combinación que Casio nunca había podido resistir. Realmente debería haber tenido más juicio; era la segunda vez que un devaneo imprudente desencadenaba una serie de acontecimientos que lo llevaban a Siria y al peligro. Bajó la vista con tristeza hacia el vino.

—Navio te protegió —continuó Abascantio—. En cuanto averigüé dónde estabas, le escribí varias veces, pero él nunca me contestó. Debiste de serle muy útil.

—Tal vez.

—No tengo la menor duda. Él no es la única persona de Cícico a la que escribí.

Abascantio cogió un atizador y removió los troncos.

—Dejando a un lado tu faceta de mujeriego, allí estabas bien considerado. Algunos veían en ti un toque de afectación e incluso de arrogancia, pero desempeñaste bien tus obligaciones. Rechazaste las ofertas de varios clientes y no hiciste ningún esfuerzo por granjearte el apoyo de una facción en particular.

Casio volvió a sonrojarse. Las fuentes de Abascantio eran alarmantemente precisas.

—Y cuando el general te llamó para encomendarte una... misión especial, la llevaste a término de forma ejemplar. Eso lo sé por él, por cierto. Solo cuando mancillaste tu reputación con la joven él mostró buena disposición ante la perspectiva de tu partida.

Abascantio se paseaba frente a la chimenea con el atizador aún en la mano.

—Oficialmente estabas a cargo de la adquisición y pago de las provisiones, pero en tres ocasiones distintas resolviste unos temas bastante espinosos para él: un agujero en las cuentas que llevaba hasta las altas esferas de la tesorería; un pirómano al que echaste el guante en menos de un día y un asesino al que lograste identificar después de entrevistar personalmente a todos los pilluelos de las calles de la ciudad. Todo un investigador.

—Solo hice lo que se me pidió, señor.

—Lo cierto es que tengo a mis órdenes a varios hombres capaces; hombres astutos, duros y desagradables. Pero todos son exlegionarios. No puede decirse que tengan madera de académicos. Cuando hace dos años me enteré de que me habían mandado a un joven bobo y cobarde solo porque su padre quería evitar que se metiera en apuros, me mostré menos que entusiasta. De hecho, me sentí inclinado a enviarte a la legión más cercana disponible como soldado de a pie. Pero parece que no solo no eres tonto del todo, sino que tienes el don de llegar al fondo de las cosas. Mejor aún,

tu cara no es conocida en estos parajes. Puedo hacer un buen uso de ti.

—No sé lo que tienes en mente, pero...

—Ya llegaremos a eso. —Abascantio titubeó un momento y agitó el atizador hacia Casio—. Parecía que ibas a protestar, Córbulu. Te aconsejo que no lo hagas. Te has ausentado más de un año y medio del Servicio. Nuestro superior Pulcher sabe que te he encontrado, pero de mí depende cómo se le presenta tu hoja de servicios. Una versión podría ser un error administrativo: órdenes extraviadas, una mala comunicación quizá, no estabas con nosotros, pero aun así cumplías con tu deber... Sucede todo el tiempo. Es perfectamente factible. Al fin y al cabo, estábamos en guerra.

Ladeó la cabeza en uno y otro sentido.

—Otra podría ser, simple y llanamente, una deserción a la vieja usanza. El abandono intencionado de los deberes a los que presta juramento todo soldado. También sucede todo el tiempo. —Devolvió el atizador a la chimenea, regresó a la mesa y se detuvo junto a Casio—. ¿Cuál de las dos será?

—La primera parece preferible, señor.

—Yo diría que inmensamente preferible. —Abascantio se acercó aún más—. ¿Sabes cómo he pasado los dos últimos años, Córbulu? A lomos de un caballo. Los palmiranos nos obligaron a retroceder un millar de kilómetros y luego los hicimos retroceder nosotros. Las líneas podían cambiar en cuestión de días, incluso de horas. Y durante todo ese tiempo alguien tenía que mantener informados a los gobernadores, los generales y el emperador de lo que estaba sucediendo. Y acto seguido cumplir sus órdenes, aunque se mostraran más en desacuerdo que de acuerdo. Y todos los días había una persona a la que recibir, una tarea que atender, un lugar al que acudir. Siempre a lomos de un caballo. Me hago viejo, y cada vez tengo la tripa más gorda y el trasero más huesudo, así que no me gusta cabalgar.

Señaló a Casio.

—Estás en deuda con el Servicio, Córbulu. Y conmigo. Deberías estar agradecido de que se te ofrezca una oportunidad de redimirte.

Casio se levantó del banco. Aun durante los períodos más relajados y tranquilos en Cícico siempre había sabido que llegaría ese momento. Se estiró la túnica y asintió formalmente a Abascantio.

—¿Qué se requiere de mí, señor?

—Ya llegaremos a eso. Comamos primero.

II

Era pasada la medianoche cuando Casio terminó de cenar. La comida, sencilla pero sabrosa, había consistido en cordero frío con pan y queso y unas peras secas y pistachos, una de las pocas cosas agradables que asociaba con Siria. Abascantio lo había engullido todo y había desaparecido escaleras abajo. La joven subió más leña para la chimenea, pero Casio se sentía demasiado taciturno para entablar conversación. Simo llegó más tarde con las alforjas. Anunció que los caballos estaban preparados para pasar la noche, y a continuación se dedicó a acondicionar los aposentos reservados para ellos; las dos alcobas situadas al otro lado de las escaleras.

Casio apartaba el plato cuando Abascantio regresó con un morral de cuero y un objeto largo envuelto en tela. Dejó caer ambos sobre la mesa con estrépito mientras tomaba asiento frente a Casio.

—Volviendo al asunto que tenemos entre manos, debes tomar lo que voy a decirte como algo sumamente confidencial. En alguna ocasión te verás obligado a revelar alguna parte y entonces tendrás que hacer uso de tu propio criterio. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—El último día de este mes debo reunirme en Antioquía con el mariscal Marcelino y los cuatro miembros del Consejo de la ciudad. Como la mayoría de nuestros estimados militares, Marcelino desprecia al Servicio y, por motivos diversos, a mí en particular. Se le ha otorgado plena autonomía sobre las provincias orientales y solo tolerará que yo me involucre porque el emperador me ha encomendado un importante cometido.

A Casio le resultaba difícil imaginar a Aureliano confiando alguna misión al personaje desaliñado sentado frente a él, pero se recordó que Abascantio había vivido más de una década en Siria. Había servido bajo cuatro emperadores y sobrevivido a tres gobernadores. Quizá su aspecto jugaba a su favor; resultaba difícil sobrestimarlos.

—Aureliano partió hacia Roma en cuanto concluyeron las negociaciones del tratado con los persas. Se intercambiaron obsequios y se acordaron unas cláusulas; todo marchó sobre ruedas. Ahora que ya nos hemos ocupado de los palmiranos, lo último que necesitamos es otro problema con nuestros antiguos adversarios del este. Como tal vez sepas, el emperador se llevó consigo casi todos los tesoros de Zenobia, unos treinta carros cargados, según tengo entendido. Lo único que quedó en Palmira fue un alijo de joyas, bisutería, plata y oro destinado para las arcas provinciales de Antioquía. Debía ser devuelto en un carro grande, dentro de barriles. Pero en uno de los barriles iba algo más valioso que todo el botín junto. Es una bandera, pero no una común y corriente. ¿Te dice algo el estandarte de Faridun?

—La bandera imperial persa.

Abascantio asintió en señal de aprobación.

—Exacto.

—Uno de mis vecinos en Cícico tenía una buena biblioteca, con varios tomos traducidos sobre los gobernantes de Oriente.

—¿Qué más sabes?

—Poco más. Faridun fue un antiguo rey. Un héroe que encarnaba las virtudes del coraje, la justicia, la nobleza y demás. La historia de siempre.

—En efecto. Y una historia sagrada para los persas, que creen que el estandarte representa su destino, su sino. Nunca lo he visto, pero al parecer es un gran rectángulo de una seda finísima de color morado con piedras preciosas incrustadas del tamaño de manzanas. Ha ido al frente de su ejército desde la época de Ardashir I. Pero cuando las fuerzas de Odenato de Palmira invadieron Ctesifonte diez años atrás, sus ejércitos saquearon la ciudad y se llevaron el estandarte.

Abascantio se interrumpió para tomar otro trago de vino.

Casio asintió.

—Deja que adivine. La devolución del estandarte constituye una parte del tratado.

—Una parte crucial, además de secreta. Tengo entendido que solo unos pocos allegados de la familia real saben que se lo llevaron los palmiranos. Sin él no puede ratificarse el tratado. Creemos que podrían haber estado utilizando una réplica; la gente no está al corriente de la pérdida, como es natural. El joven emperador Hormisd está desesperado por recuperarlo. Su posición dista de ser segura, y está paranoico por que se descubra la verdad. Hay prevista una ceremonia cerrada al día siguiente de mi reunión. Marcelino deberá entregarle el estandarte en mano al mismo Hormisd. Sin él, los persas no firmarán el tratado.

Abascantio miró hacia el techo y chasqueó la lengua.

—Imagino que el estandarte no está donde debería —dijo Casio.

—El carro debería haber salido de Palmira hace doce días. Al mando iba mi hombre Gregorio acompañado de diez legionarios escogidos a dedo por mí, y se disponían a viajar con vestimenta local como un grupo de mercaderes más que se dirige a Antioquía. Hay una buena carretera, pero tenían previsto ir por caminos menos transitados. Deberían haber tardado ocho días. Pero no hemos tenido noticias de ellos, nadie los ha visto y no nos ha llegado ningún parte. Los hombres, el tesoro y el estandarte han desaparecido.

Casio se echó hacia atrás y exhaló.

—No es necesario que te pregunte qué esperas de mí.

—Inicialmente tenía otra misión para ti, pero parece que los dioses te han traído a mí en un momento providencial.

—No sé qué te hace pensar que soy apto para tal misión. Seguramente tú mismo...

Abascantio levantó una mano, interrumpiéndolo en mitad de frase.

—La pérdida del estandarte es responsabilidad mía. Y créeme que cumpliré con mi parte. Pero tienes que entender cómo están las cosas aquí. Mi rostro es conocido

en todas las calles, las mesones y los cuarteles que hay de Seleucia a Dura. Los legionarios me llaman «cara picada» y, al igual que muchos de los lugareños, preferirían comerse su propia mierda antes de facilitarme alguna información que me sea útil. Por otra parte, a un joven de rostro desconocido y de fuera de la provincia como tú debería irle mucho mejor.

Dio unos golpecitos en el morral.

—También te traigo una autorización firmada por nuestro superior Pulcher. Y esto.

Sacó un objeto envuelto y retiró el paño. Lo que dejó encima de la mesa podría haberse confundido fácilmente con un arma: era una vara de plata maciza de casi un metro de longitud coronada por una cabeza de lanza, con dos círculos debajo sujetos con hilo de oro. Justo debajo de los círculos había una placa cuadrada de hierro con el emblema del gobernador de Siria.

—Todos los agentes del Servicio llevan esta cabeza de lanza. Identifica a su portador como miembro del personal del gobernador, y le otorga ciertos privilegios. Mientras estés en posesión de ella tendrás un rango equivalente a un centurión; podrás utilizar los albergues militares y el correo imperial sin coste alguno, así como requisar tropas cuando las necesites. Existen menos de un centenar de este tipo. Esta en concreto pertenece a Gregorio. Me la entregó él.

Casio tomó la cabeza de lanza y la dejó encima de la mesa.

—Espero tener oportunidad de devolvérsela.

—Cuídala y no tengas miedo de usarla. Te sugiero que evites mencionar mi nombre y que, en la medida de lo posible, finjas que te envía directamente nuestro superior de Roma, Pulcher.

—¿Está al corriente del robo el mariscal Marcelino?

—Aún no, aunque tendré que informarle en algún momento.

Casio podía entender su renuencia. El representante del emperador seguramente se alegraría de contar con un motivo fácil para desacreditar a Abascantio. Los emperadores llevaban años utilizando al Servicio para espiar al ejército, lo que explicaba que la mayoría de los militares miraran con desdén a sus agentes. Si bien la solidez de los lazos existentes entre Aureliano y Marcelino eran bien conocidos, el hecho de que el emperador hubiera recurrido a Abascantio para esa misión reforzaba una verdad histórica: el historial de lealtad del Servicio hacia los emperadores romanos era mucho mejor que el del ejército.

Abascantio suspiró audiblemente.

—Creo que la clave del enigma podría estar en Antioquía, de modo que volveré allí mañana mismo. Aparte de mí, de Gregorio y del prefecto Venator, que aportó a los legionarios, los únicos hombres que sabían de la existencia del carro eran el mismo Marcelino y los cuatro miembros del Consejo. Les hizo prometer que guardarían el secreto, so pena de muerte, si le conozco bien, pero estoy casi convencido de que uno de ellos está involucrado de algún modo.

—¿En un robo de propiedad imperial?

—Cosas más extrañas se han visto. Puede que al Consejo le moleste mi interés en sus asuntos personales, pero en momentos como estos resulta extremadamente útil.

—¿Y qué hay de Gregorio? ¿No es posible que le...?

Abascantio negó con la cabeza con vigor.

—Ni hablar. Su lealtad está fuera de toda duda. Además, ha trabajado a mis órdenes el tiempo suficiente para conocer las consecuencias de la traición.

—¿Qué valor tenía el cargamento de ese carro?

—Sin contar el estandarte, más de cinco mil áureos.

Casio resopló. Era una suma astronómica; lo bastante elevada para comprar un ejército o una flota.

—Suficiente para exponerse a las consecuencias de la traición.

—No conoces a Gregorio. Yo sí, y sé que habría tomado todas las precauciones necesarias. Nunca me ha defraudado.

—¿Qué hay de los legionarios a quienes utilizó? ¿No podrían haber decidido desembarazarse de él y quedarse con el tesoro?

—Le di instrucciones estrictas de seleccionar a desconocidos de diferentes cohortes que no se conocieran entre sí. Todos debían ser veteranos italianos, condecorados y recomendados personalmente por sus centuriones. No, la respuesta no está allí.

—¿Y los lugareños? ¿Los forajidos? Todavía debe de haber soldados palmiranos desperdigados por Siria.

—Debían viajar solo por la noche y... —Abascantio interrumpió abruptamente su explicación y, golpeando la mesa, gritó—: ¿Crees que no he considerado todo esto? ¿Te piensas que nací ayer? —Miró a Casio fijamente, con los ojos muy abiertos e inyectados en sangre.

—Por supuesto que no, señor. Mis disculpas.

Abascantio tomó aire varias veces. El impacto del golpe había enviado el morral al otro extremo de la mesa, cerca de la ventana. Lo deslizó de nuevo hasta él, alisó los bordes y lo colocó cuidadosamente frente a Casio hasta que quedó paralelo al lado de la mesa.

—No me jacto de ser infalible. Haces bien en plantear todas estas preguntas. Y ahora debes buscar las respuestas.

—Señor, debo hacerte saber que no me considero un hombre de acción. He combatido en batallas, es cierto, y resolví algún que otro caso criminal para el general, pero cualquier grupo que esté lo bastante bien informado y organizado para llevar a cabo semejante robo supone una amenaza considerable. ¿Qué debo hacer si llego a localizarlo?

—En primer lugar te pondrás en contacto conmigo, pero eso llevará tiempo. Recuerda que puedes tomar el mando de cualquier unidad cercana si lo consideras necesario.

—Ese derecho suena muy bien sobre papel, señor. Pero la realidad puede ser algo diferente.

—También voy a proporcionarte ayuda adicional: un guardaespaldas profesional de fuera de la provincia como tú. Es un poco duro de entendederas, pero sabe desenvolverse. Lo mandé al norte para hacer un trabajo, pero ya debe de haber vuelto. Te reunirás con él pasado mañana en una taberna llamada Pata de Cabra. Se encuentra en el pueblo de Galanea, al sur de Palmira, y la regenta un viejo exlegionario. No muy lejos se encuentra el campamento de la cuarta legión, que está estacionada allí para sofocar cualquier intento de levantamiento. Te sugiero que acudas directamente al prefecto Venator.

—¿También sabe lo del robo?

—Todavía no. Tendrás que decírselo tú.

Casio se frotó la frente.

—Relájate. Venator es un aristócrata de la vieja escuela. Estoy seguro de que os llevaréis bien. Dudo que Gregorio le contara sus planes, pero utilizó a sus hombres, de modo que podría habersele escapado algo. Tienes que empezar por algo. Como dice nuestro superior Pulcher, siempre hay alguien que sabe algo.

Abascantio deslizó el morral de cuero hacia Casio.

—Aquí encontrarás información. Si tienes más preguntas, tendrás que madrugar. Partiré poco después del amanecer. Te sugiero que hagas lo mismo, ya que tienes por delante otro largo viaje.

Se levantó. Recorrió la habitación con una mirada pensativa y a continuación se deslizó una mano por el estómago.

—Dentro de dieciocho días se celebrará la ceremonia de entrega. No quiero ni pensar en las consecuencias de que Marcelino no tenga nada que entregar. Buenas noches, Córbulos.

—Buenas noches, señor.

Casio permaneció inmóvil en su silla mientras Abascantio se retiraba y bajaba por las escaleras que crujían. Vio el morral y se apoderó de él un deseo casi irresistible de arrojarlo a los rescoldos de la chimenea. Una corriente de aire fresco entró silbando por las ventanas y se le coló por la nuca. Se estremeció y meneó despacio la cabeza. Estaba abrumado, sin poder reaccionar ante lo que había escuchado.

Había tenido tiempo para acostumbrarse a la idea de regresar a Siria y trabajar para el Servicio; pero nada lo había preparado para la magnitud del cometido que le habían encomendado. Cuánto le habría gustado no haber oído nunca el nombre de Abascantio. Habría sido mucho más oportuno que ese hombre deleznable hubiera fallecido durante la revuelta de los palmiranos. Él era el responsable de la pérdida del estandarte, y, sin embargo, esperaba que Casio deshiciera el desastroso entuerto. Si no lo lograba, Abascantio no sería el único en sufrir, de eso estaba seguro. ¿Y con qué ayuda contaría? Con un guardaespaldas bruto que estaba seguro de que detestaría.

Con un codo apoyado en la mesa y una mano apuntalando la barbilla, Casio tomó

una profunda bocanada de aire e intentó abrirse paso a través de la maraña de pensamientos sobre lo que le aguardaba; pero su mente cansada y confundida no tardó en rendirse, y cerró los ojos en la oscuridad.

Se trasladó mentalmente al idílico atrio de su villa de Cícico, situada en las afueras de la ciudad, donde a menudo miraba más allá de las higueras de corteza gris, y observaba a la gente ir y venir de un pozo. Procuraba concluir la mayor parte de su trabajo a la hora de comer y pasaba las tardes allí con los libros de la biblioteca de su vecino. Él mismo se había introducido de nuevo en las obras de los grandes oradores y estaba resuelto a reanudar su abortada carrera legal si alguna vez lograba regresar a Italia.

La villa había sido su refugio, muy por debajo del nivel de la vivienda familiar de Rávena, pero refugio al fin. Y cuando no leía a Cicerón, Catón o Plutarco, se ocupaba de la correspondencia familiar. Las cartas de su madre y sus hermanas siempre eran bien recibidas; eran las misivas de su padre las que abría rasgando el sobre, ansioso por ver señales de que se había atenuado su ira. Últimamente había habido algún indicio de que empezaba a perdonar las indiscreciones de Casio, pero nada hacía pensar que fuera a librar a su hijo del servicio militar revocando su petición de que sirviera cinco años.

Casio siempre había sabido que era muy improbable, pues su padre no era de los que faltaban a su palabra. Hombre compasivo y amoroso, era también un auténtico patriarca romano que gobernaba con mano de hierro a su familia. Y cuando Casio mancilló su reputación yéndose con la sierva de su tía, Córbullo padre actuó de forma rápida y decisiva. Su único hijo errante serviría —como él— en el ejército, donde aprendería el valor de la disciplina y la importancia primordial del cumplimiento del deber.

Recientemente se había hablado de una visita a su hogar, sobre todo su madre, pero Casio sabía que una vez que pusiera un pie en suelo italiano no se vería con ánimos de volver a partir; lo que significaría una deshonra aún mayor.

Había resuelto limitarse a vivir día a día, sobrellevando las semanas y los meses lo mejor posible. Toda su familia y sus amigos estaban al corriente de lo que había hecho, y del precio que había tenido que pagar; si deseaba regresar y recuperar su respeto, tendría que aguantar los cinco años. Todavía faltaban dos y medio.

Lo cierto era que, al escapar de la muerte durante el asedio de Alauran, Casio había tenido la suerte de evitar durante mucho tiempo un peligro mayor. Experimentó una extraña sensación de alivio cuando lo descubrieron. Regresar a su hogar solo con historias acerca de la vida holgada que había llevado en Cícico comportaba una clase particular de vergüenza. Su familia sabía muy poco de lo ocurrido en Alauran; él había intentado una docena de veces escribir una crónica de esos acontecimientos, pero las palabras sencillamente nunca llegaron.

Casio se levantó. La oscuridad de pronto parecía opresiva. Recogió el morral y la cabeza de lanza, y bajó la vista hacia las brasas incandescentes. Había pequeños

trozos de madera carbonizada debajo de un gran tronco que por alguna razón no había podido prender. Cuantos más minutos transcurrían, más se consumían las brasas que sostenían el leño, hasta que este cayó ruidosamente, esparciendo carbón y polvo de la rejilla, y apagando la llama.

III

Casio no había dormido bien desde su partida de Cícico, y aquella noche en particular no pegó ojo. Por si las revelaciones de la tarde no bastaran para ocuparle la mente, había suficientes ruidos extraños para mantenerlo despierto. No era el débil resuello de los ronquidos de Simo —estaba acostumbrado a él—, sino la brisa nocturna lo que producía un inquietante silbido al soplar a través de los juncos y salpicar de agua la orilla. Peor aún, Shostra y el posadero se quedaron levantados toda la noche bebiendo, cantando y riendo. Casio quizá los habría hecho callar de haber creído que tenía alguna posibilidad real de conciliar el sueño.

Se levantó poco después de que saliera el sol y decidió que lo mejor que podía hacer era dedicarse a examinar los materiales que le había dado Abascantio. Sabiendo que necesitaría a Simo en buena forma los próximos días, optó por dejarle dormir. Dejó las botas a los pies de la cama, se puso la túnica y bajó por las escaleras con el morral. No había nadie más levantado.

Encontró un rincón agradable detrás de la posada, donde un sendero discurría cerca del agua, y se recostó contra la pared trasera, mirando hacia el lago. Era increíblemente ancho por allí; no se alcanzaba a ver la otra orilla. Entre los juncos que tenía justo delante había atracado un barco de fondo plano. Un pato y cuatro polluelos comían algas verdes desde el casco.

Casio abrió el morral. Primero sacó un legajo de papiros sujetos con un cordel. En el primero encontró la supuesta dirección de Abascantio en Antioquía. El segundo consistía en unas notas sobre Gregorio: el nombre completo, una descripción física y una palabra cifrada que él reconocería. El tercer papiro era la carta de autorización del superior de Roma, Pulcher, junto con su sello personal. El cuarto daba el nombre del guardaespaldas e instrucciones acerca de su paga. Casio debía entregarle una moneda cuando lo conociera y Abascantio le daría el resto más tarde. El quinto papiro era un inventario de lo que transportaba el carro: una lista de los abalorios y las joyas, y el número de lingotes de oro y plata. Casio hizo cálculos y tomó nota mentalmente. En el sexto papiro había un boceto del estandarte persa, y en el séptimo, unas representaciones de unas piezas específicas del tesoro.

El octavo pliego, de un papiro más grueso y duradero, estaba doblado en dos. Era un mapa de Siria —uno de los mejores mapas, de hecho, que había visto Casio—, con todos los principales asentamientos y caminos marcados. En una esquina había una fecha; el mapa solo tenía unos meses y llevaba el emblema de la oficina de cartógrafos militares. Como en la mayoría de los mapas del ejército, los accidentes geográficos aparecían representados con iconos junto a las carreteras principales y nunca eran vistos como impedimentos para las rutas romanas. Utilizando el pulgar como escala, Casio calculó que Palmira se encontraba a unos setenta kilómetros de

distancia.

También había un papiro más pequeño: un recibo con un espacio en blanco para que Casio escribiera su nombre. En él se establecía que en la pesada bolsa que había en el fondo del morral había cincuenta denarios de plata. Casio la sacó y la sostuvo en la mano. El dinero sin duda le sería útil, pero le preocupaba viajar con él por las extensiones del sur de Siria sin más compañía que la de Simo. El galo corpulento no carecía de coraje, pero —al igual que Casio— no tenía madera de guerrero. No había animal o ser humano vivo al que no socorriera si lo veía en apuros. Casio había advertido incluso el ánimo abatido que se apoderaba de él los días que tenía que matar un pollo para cenar.

Guardó el dinero y los papiros en el morral y lo puso a un lado. Sonriendo a los patitos que anadeaban alrededor del barco detrás de su madre, descansó la cabeza contra la pared y cerró los ojos. Al cabo de un rato oyó voces procedentes del patio: Shostra y el posadero, y a continuación Simo y Abascantio. Los escuchó. Escuchó hasta que tuvo que admitir ante sí mismo que no solo escuchaba; se estaba escondiendo, y ese pensamiento lo impulsó a ponerse en pie. Ya se había escondido demasiado tiempo.

Encontró a Abascantio desayunando con el posadero. Estaban sentados en un banco bajo, picando fruta de las fuentes y observando lánguidamente cómo el mozo del establo limpiaba una silla. Una línea recorría el patio dividiéndolo en sol y sombra.

Casio acababa de enviar a Simo a preparar el equipaje. Entregó el recibo firmado a Abascantio, quien lo guardó en una pequeña bolsa que llevaba al cinto.

—Señor, tengo un par de preguntas más.

Abascantio tocó el brazo del posadero y señaló con la cabeza los establos. El sirio se retiró obedientemente.

—¿Y bien?

—¿Dónde dijiste que estuvo guardado el estandarte antes de que Gregorio se hiciera cargo de él?

—Lo tuvieron escondido en la cripta de un templo abandonado. Por lo visto, lo encontró un centurión.

—Y ese carro... —Casio escogió con cuidado las palabras, aunque el posadero ya no podía oírlo—. Lo que transportaba... sería inusualmente pesado. ¿Estás seguro de que Gregorio tenía previsto utilizar solo ese vehículo?

—Sí, estoy seguro. Pero tienes razón, tendría que ser más bien grande. Podrías empezar por ahí.

—¿Y si te presiono para que me des tu opinión sobre quién crees que es responsable?

Abascantio se disponía a comerse un dátil, pero lo dejó y se apoyó contra la pared.

—Tengo algunas ideas, pero no las compartiré contigo por el momento. No quiero condicionar tu trabajo. Un buen investigador debe abordar estas cuestiones con la mente abierta. ¿Algo más?

—Por ahora no, señor.

Abascantio desapareció en el interior de la posada. Se oyó el ruido de los cascos sobre las losas del patio cuando el mozo sacó de los establos un gran semental. Simo salió de la posada con las alforjas.

—Señor, he preparado algo de comer y agua para el trayecto. —Señaló el morral con un gesto—. ¿Me lo llevo también?

—No, lo llevaré yo. —Casio se echó al hombro la gruesa correa de cuero—. ¿Has pagado?

—No es necesario —dijo el posadero pasando por su lado—. El señor Abascantio se ha ocupado de ello.

—Entiendo. ¿Puedo pedirte tu opinión?

El posadero siguió sumisamente a Casio hasta un rincón del patio bañado de sol. Este sacó el mapa del morral y lo sostuvo contra la pared.

—¿Dónde estamos exactamente?

El posadero señaló el límite septentrional de un gran lago sin nombre.

—Aquí.

Casio se apartó un poco del pasadero para evitar rozar su protuberante estómago.

—¿Y cuál es la mejor ruta hasta Palmira?

—Bordead el lago durante tres kilómetros y a partir de allí enfilad hacia el nordeste, y no tardaréis en volver a tomar la carretera principal. Hacia el mediodía deberíais haber cruzado la línea fronteriza.

—¿Fronteriza con qué?

—Con los territorios de Palmira y Emesa. Solo es una hilera de piedras que se extiende de norte a sur, pero es un buen indicador. También hay mojones.

—¿Crees que podríamos llegar a Palmira antes de que se ponga el sol?

El posadero movió la cabeza de un lado a otro.

—No ha llovido mucho últimamente y tenéis dos buenos caballos. Supongo que sí.

—¿Y el alojamiento?

—Hay posadas, así como unos cuantos albergues militares. Aunque no sé si están funcionando.

Casio y Simo habían dejado atrás varios albergues desde su partida a Antioquía. Solían ser viviendas o mesones con establos reconvertidos que regentaban unos cuantos legionarios y esclavos. Su principal función era facilitar el correo imperial, pero algunos ofrecían hospedaje para oficiales y viajeros de paso. Casio había visto algunas incendiadas y otras asaltadas y cubiertas de pintadas. Solo unas pocas habían sido ocupadas de nuevo.

Pese a la derrota de Zenobia, el control de la provincia por parte de los romanos

distaba de ser completo. Las grandes ciudades volvían a estar bajo control, pero llevaría meses restablecer del todo el orden, el transporte, el comercio y las comunicaciones.

—¿Algo más? —preguntó al posadero.

—No.

Shostrá y el mozo del establo tenían dos caballos ensillados y listos para partir. No era difícil ver cuál era el de Abascantio; el semental era alto y robusto, con el pelaje negro brillante.

Su dueño regresó. El posadero y él contemplaron con admiración al caballo mientras intercambiaban unas palabras en arameo. Abascantio llevaba sobre la túnica una prenda ligera con capucha y había algo bastante desconcertante en el modo que esta le enmarcaba el rostro ancho e hinchado.

—Esta es tu última oportunidad. ¿Alguna pregunta más? —le preguntó a Casio mientras Shostrá sujetaba la última de las alforjas y el mozo abría la puerta.

—Solo una, señor. ¿Y si no llego a ninguna conclusión? ¿Qué pasará si no averiguo nada?

—Ten un poco de confianza en ti mismo, Córbuló. Eres el héroe de Alauran. Empieza comportándote como tal.

Con una sonrisa irónica Abascantio tomó las riendas del mozo del establo y se montó con sorprendente agilidad. Hizo un gesto a Shostrá para que saliera primero y miró de nuevo a Casio.

—Si necesitas un incentivo añadido, tal vez debería recordarte que el Servicio también se encarga de llevar las prisiones militares. Tengo entendido que hay una vacante en una cantera cerca de Tesalónica. Dos mil quinientos godos viven y trabajan allí custodiados por una guarnición de apenas tres centurias. El último gobernador murió asesinado en una revuelta. Nuestro superior Pulcher está buscando a alguien joven y con empuje para reemplazarlo.

Casio asintió.

—¿Te sientes más inspirado ahora?

—Sí, señor.

—Bien. Solo faltan dieciocho días para la entrega. No pierdas un momento.

Sonriendo con efusión al posadero, Abascantio golpeó con los talones los flancos del caballo y salió del patio.

El sendero que rodeaba el lago era de tierra compacta y uniforme, y Casio y Simo hicieron rápidos progresos. Los insectos se cernían sobre los juncos y el agua, y de vez en cuando pasaban por su lado o seguían un rato a los caballos. Hacía la temperatura perfecta para montar; los dos hombres vestían solo la túnica y notaban en la piel el frescor de la fina bruma de la mañana.

Sus monturas parecían haber renovado las fuerzas después del descanso nocturno.

Eran dos hermosos especímenes que habían alquilado a un precio considerable. La de Casio era más grande y esbelta, de color gris; la de Simo, más rechoncha y castaña. Ambas eran yeguas y parecían llevarse bien; de vez en cuando se empujaban mientras caminaban una al lado de la otra.

Casio miró a Simo. Aunque trabajaba todo el día y nunca parecía comer mucho, el galo era un hombre pesado, y había engordado varios kilos durante su estancia en Cícico. Casio estaba convencido de que ya había perdido alguno, al igual que durante su último viaje al interior de Siria. Se preguntó cuánto se debía al esfuerzo físico y cuánto al nerviosismo.

Como todos los esclavos, Simo era experto en ocultar sus sentimientos, y desde su partida no había dado una sola muestra de la profunda decepción que debía de sentir al tener que dejar su vida asentada en Cícico, ni había revelado sus temores acerca de lo que podía significar ese repentino cambio de fortuna.

—Parece que una vez más debes compartir mi mala suerte, Simo.

El galo iba un poco más alto en su silla y apartó una mosca que le zumbaba alrededor de la cabeza. Guardó silencio.

—Te dije que los buenos tiempos no podían durar, ¿no?

—Sí, señor.

—Echas de menos la villa, ¿verdad? Y a los otros miembros del personal. La vida que llevabas allí.

Simo se colocó bien la manga de la túnica y sonrió de manera insulsa.

—Cuando me compraste al amo Trimalquio entendí que compartiría contigo tanto la fortuna como el infortunio, señor. Tal es la suerte de un esclavo.

—Siempre tan diplomático, Simo. Siempre tan diplomático.

La compra de Simo el invierno anterior había dejado a Casio casi en quiebra — además, había tenido que pedir prestada una considerable suma a su padre—, pero creía que la inversión había valido la pena. Podía perdonar que el galo desapareciera de vez en cuando sin dar explicaciones, así como su extraña obsesión por ayudar a los demás, porque cuidaba de él extraordinariamente bien. Los esclavos diestros, inteligentes y leales no eran fáciles de encontrar.

Aunque nunca lo admitiría, Casio se sentía un poco culpable de todo lo que Simo había tenido que soportar. El galo había sido un representante respetable de su primer amo, una parte valorada de su negocio de mercader, pero todo había terminado cuando Trimalquio se lo había prestado generosamente al errante hijo de un viejo camarada. Pocos días después Simo se encontraba en un fuerte situado en medio de un desierto remoto, enfrentándose a cientos de rebeldes palmiranos junto a Casio y el resto de la guarnición.

Aparte de esos días terribles, una vez que llegaron a Cícico con la comitiva del general Navio, la vida había sido agradable. En los últimos tiempos, sin embargo, habían retrocedido bastante respecto del punto de partida. El galo estaba al corriente de la indiscreción que había llevado a Casio a alistarse en el ejército, pero este no

estaba particularmente impaciente por explicarle que un «momento de debilidad» similar los había conducido a ese nuevo aprieto.

—Por si te hace sentir mejor —continuó—, estoy muy familiarizado con el concepto de que el destino venga dictado por el capricho de otros.

—Supongo que todos debemos cumplir con nuestro deber, señor.

—Exacto.

—Imagino que nos dirigimos a Palmira, señor.

—Así es. Nuestro cometido puede resumirse en lo siguiente: nos disponemos a embarcarnos en una búsqueda del tesoro.

Hacia el mediodía habían dejado atrás los mojones de la carretera de Palmira. Muchos de ellos habían sido crudamente pintarrajeados, primero por los triunfantes guerreros de Zenobia y más recientemente por legionarios que pasaban, ansiosos por señalar el territorio que acababan de recuperar. Como iban bien de tiempo Casio decidió parar para comer algo.

—Por aquí hay un poco de sombra, Simo. Puede que también encontremos un abrevadero para las yeguas.

Logró que su montura se apartara del camino y bajara por una pendiente hacia una granja destartada. Echándose hacia atrás en la silla mientras la yegua descendía con recelo, vio que el asentamiento estaba compuesto por dos edificios de ladrillos de barro. La parte trasera del más pequeño estaba medio derrumbada. De debajo de las vigas de madera salió una cabra sobresaltada que desapareció rápidamente por una esquina.

Casio y Simo siguieron al animal hasta un patio. El edificio desvencijado era un establo. Junto a él había una estructura más amplia y más larga. El establo estaba vacío, pero había dos caballos ensillados atados a las puertas y un tercer caballo amarrado a un carro. Este estaba lleno a medias de sacos cubiertos de polvo.

—Trigo, señor.

Casio asintió. En la parte trasera del carro había una placa metálica que lo identificaba como propiedad de la segunda cohorte de la cuarta legión. Casio miró otra vez el establo vacío y a continuación el hilo de tender que se extendía en un rincón del patio.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó Simo.

Escucharon lo que parecía alguien dando patadas a una puerta. Siguió un grito de mujer que enseguida fue silenciado.

Los dos hombres contemplaron el edificio que tenían ante sí. Por las ventanas bajas solo se veían sombras. De las dos puertas, una estaba cerrada y la otra, ancha y hecha de tablas delgadas, entreabierta.

Casio hizo una señal y desmontaron sin hacer ruido. A la derecha estaban los restos de un arado que llevaba mucho tiempo abandonado. Casio hizo un gesto a

Simo para que lo siguiera, luego condujo su yegua hasta él y enrolló las riendas alrededor de una pesada barra de hierro. Ajustándose la correa portaespadas, señaló con un gesto una de sus alforjas.

—Trae la cabeza de lanza —susurró—. Y no apartes la mano de la daga.

Casio examinó de nuevo todas las ventanas antes de encaminarse hacia la puerta abierta. Todo el patio estaba cubierto de polvo de trigo. Ante él vio una maraña de huellas. Se encontraba a cinco metros de la puerta cuando esta se abrió de par en par. Salió un joven legionario sonriente.

—¡Buenos días! —exclamó dando tumbos mientras la funda de la espada le golpeaba la pierna—. Buenos días, señor —añadió al advertir el color de la túnica de Casio—. ¿Cómo estás?

Casio miró más allá de él hacia la penumbra.

—Tu nombre.

El hombre apenas podía sostenerse en pie. Parpadeando bajo el sol, se manoseó su cara húmeda.

—Dame tu nombre, soldado.

Simo apareció al lado de Casio. El legionario desplazó lentamente la mirada al galo y volvió a posarla en Casio.

—Tu nombre.

El legionario negó con la cabeza.

Casio indicó a Simo por señas que lo vigilara antes de pasar por delante de él.

—¡Eh!

Antes de que el legionario pudiera moverse, Casio rugió:

—¡No te muevas!

Aunque no había tenido un alto rango en Cícico, contaba con dos años de experiencia en tratar con tropas juveniles y había perfeccionado un tono imperioso y grave para tales ocasiones. Imaginó que su profesor de teatro en Rávena se habría sentido orgulloso.

El legionario obedeció.

Casio entró en el edificio. En el interior oscuro y frío había una prensa de grano: una gran losa de piedra con un rodillo montado a un lado. A su izquierda había una puerta cerrada. Percibió movimiento entre las sombras a su derecha. Asió la empuñadura de la espada, pero no la desenfundó.

—Sal de ahí inmediatamente.

Primero apareció una anciana menuda que medía poco más de metro veinte. Iba descalza y envuelta en ropajes polvorientos, y recibió un fuerte empujón en la espalda de la segunda figura, un legionario de más edad a quien le clareaba el cabello y tenía una barba poblada. La anciana cayó de rodillas y comenzó a lamentarse en arameo.

—Sal de aquí —ordenó Casio—. Ahora mismo.

El legionario lo miró fijamente antes de reunirse despreocupadamente con el otro hombre.

La anciana, todavía de rodillas, seguía lamentándose. Casio echó otro vistazo antes de salir. Al pasar por delante de los hombres, reconoció el olor a vino que desprendían. Se detuvo de nuevo junto a Simo.

—¿Vas a decirme cómo te llamas?

El segundo soldado logró por lo menos formular una respuesta.

—César. Julio.

El hombre más joven soltó una risita.

—¿Qué hacéis aquí?

—Requisando grano.

El legionario, que se había llevado una mano al cinturón, le tendió a Casio un papiro rudimentario. En efecto, era una orden garabateada por un optio llamado Rulo.

—Ahora que ya sé el nombre de tu legión, cohorte y optio, puedes darme también tu nombre.

El legionario entrado en años tomó aire antes de contestar.

—Nenio.

Entonces el joven habló.

—Yo me llamo Papo.

—Ya tenéis el grano. ¿Por qué no os habéis puesto aún en camino?

—Solo estábamos tomándonos un pequeño descanso antes de emprender el regreso. Ya sabes cómo son estos asuntos. —Nenio le ofreció lo que a todas luces creía que era una sonrisa cautivadora.

—Dile a tu amigo que salga.

—¿Señor?

—Tu amigo. Sois tres.

Nenio miró los caballos.

—No, señor. Esa es la montura de repuesto.

Casio señaló el edificio.

—He visto las huellas ahí. Está detrás de esa puerta, a la izquierda. Imagino que con la hija. —Casio señaló el otro extremo del patio—. Esta anciana no ha podido tender la ropa en esa cuerda tan alta.

—Te equivocas, señor.

—Lo comprobaremos.

Casio dio dos pasos antes de que Nenio lo detuviera. Papo se colocó detrás de él, con una mano en el pomo de la espada.

—Insisto en que te equivocas, señor —repitió Nenio.

—¿Sabéis lo que es eso, legionario? —preguntó Casio, señalando a Simo con un pulgar.

El galo sostuvo en alto la cabeza de lanza. Nenio tardó un rato en procesar ese nuevo avance. Se volvió hacia Papo. El joven se encogió de hombros.

—Veo que lo sabéis —continuó Casio—. Mañana me reuniré con el comandante de tu legión, el prefecto Venator. Estoy seguro de que mostrará mucho interés en este

encuentro. Al igual que el optio Rulo.

Esta vez Nenio desplazó la mano hacia la espada.

Casio decidió cambiar de enfoque rápidamente.

—Sin embargo, si los tres os subís a los caballos y os marcháis inmediatamente, este asunto no tiene por qué llegar tan lejos.

Nenio dejó escapar un suspiro nervioso y se volvió una vez más. Papo, consciente de que estaba demasiado borracho para tomar una decisión, volvió a encogerse de hombros.

Después de lo que pareció una eternidad, Nenio asintió despacio y se rascó la nariz.

—¡Sal, Vulso!

Casio oyó el ruido de una puerta abriéndose en el interior y a continuación unos pasos suaves. El legionario alto y de largas extremidades que apareció en el umbral llevaba las botas en la mano, y los cinturones y las armas en la otra. Su estado de embriaguez era similar al de los otros dos. En el cuello y la cara tenía pálidos rasguños.

—Buenos días —lo saludó Casio sin alterarse. En los dos últimos años también había aprendido el valor de la formalidad cortés incluso al tratar con soldados de infantería.

Casio habría preferido enfrentarse a los otros dos que a Vulso solo. A pesar de su condición, advirtió el estado impecable del cinturón y de la funda de la espada. Parecía amar sus armas, y a los hombres que amaban sus armas a menudo les encantaba usarlas.

—Supongo que estuvisteis combatiendo —les preguntó Casio.

Silencio.

—¿En Emesa? ¿Immae?

—En los dos —respondió Nenio.

—Y con toda la razón os sentís con derecho a recibir una pequeña recompensa. Me parece justo. Pero para eso están los burdeles. Estoy seguro de que en Palmira hay unos cuantos.

Vulso señaló con la cabeza el edificio.

—No la has visto.

—Para el vencedor el botín, señor —ofreció Nenio.

—El botín de guerra no comprende la violación indiscriminada. Al menos no entre los ejércitos de Roma. Pero si os marcháis ahora, os doy mi palabra de que vuestros superiores no serán informados de esto.

Nenio y Vulso se miraron y se encogieron de hombros. Vulso se inclinó para ponerse las botas, y Nenio y él se encaminaron hacia el establo.

—¿Y mi turno? —preguntó Papo.

—Ni siquiera yo lo he tenido —respondió Vulso por encima del hombro—. Todo se me ha ido en tumbar al suelo a esa zorra peleona.

Los tres legionarios tardaron lo que pareció una eternidad en montar. Cada vez que se cruzaban unas palabras, Casio temía que uno de ellos señalara que eran dos contra tres, y que terminaran fácilmente con el joven oficial y su siervo, y a continuación hicieran lo que se les antojara y ocultaran las pruebas de sus crímenes.

Pero tras mirar con cautela a Casio, salieron por fin del patio.

En cuanto el carro desapareció en la distancia, Simo entró con prisas en el edificio. Casio condujo a las dos yeguas a un abrevadero de piedra situado junto al establo. Sudaba profusamente. Se miró el algodón húmedo de debajo de los brazos. Aborrecía sudar.

Una vez que las yeguas hubieron bebido hasta saciarse, tomó un trago de su cantimplora y fue a buscar a Simo. Detrás de la puerta había un almacén vacío. Encontró a la anciana arrodillada junto a la chica y a Simo al lado de ella. Era una joven realmente agraciada, aunque no debía de tener más de trece o catorce años; y Casio comprendió que era en realidad la nieta de la anciana. Tenía marcas alrededor de la boca y la nariz ensangrentada. Lloriqueaba; y al ver a Casio levantó las rodillas para cubrirse la barbilla y se rodeó las piernas con los brazos.

—Ven, Simo —dijo Casio.

—Necesita ayuda, señor.

—Su abuela la ayudará.

—Solo un momento, señor.

—No. Ni un momento más.

Simo pronunció unas palabras más en arameo y se levantó. Casio casi había llegado a la puerta cuando la anciana corrió tras él. Se arrojó de nuevo a sus pies y le agarró la túnica. Simo le puso una mano en el hombro y le habló, pero la anciana no se movió, retorciendo la tela entre las manos y mirando fijamente a Casio mientras suplicaba.

—Simo, dile que no podemos hacer nada más por la muchacha. Debemos...

—No habla de la chica, señor. Te pide que recuperes el grano. Esas bolsas son todo lo que tienen. Meses de trabajo. No sabe cómo sobrevivirán. Ellos...

Casio no podía creer que Simo se molestara en traducir cada palabra de la anciana.

—¡Apártala de mí, maldita sea!

Simo agarró a la anciana por los hombros, pero ella se aferraba con una fuerza sorprendente. Casio trató de liberar las piernas, pero ella siguió sin moverse. Solo logró apartarse cuando le cogió las manos y se las apartó.

—¡Por los dioses!

Casi arrancó la puerta de las bisagras de una patada. Esta rebotó y estuvo a punto de alcanzarlo mientras salía.

—Móntate, Simo. Nos marchamos.

Avanzó con firmeza hacia su yegua y se sentó de un salto en la silla. Después de un par de pasos el animal giró a la izquierda, ganándose una patada feroz.

—¡Nunca sabré por qué tengo que verme envuelto en esta clase de miserias! — gritó.

Simo corría hacia su propio corcel, seguido a pocos pasos de la anciana.

Casio reparó en la joven. Estaba de pie en el umbral y se agarraba a la puerta para sostenerse. Casio no se había fijado antes, pero sobre la entrada había tres piedras talladas; iconos religiosos que se colocaban allí para proteger el hogar y a quienes allí vivían.

—Los dioses os han fallado —murmuró con amargura.

Tiró de las riendas y golpeó fuertemente con los pies. El corcel rodeó a todo correr el establo y subió la ladera.

IV

Cruzaron la línea fronteriza a media tarde. Casio sabía hacía rato que no llegarían a Palmira a tiempo cuando empezó a oscurecer alrededor de ellos. Con la excepción de unos pocos palmiranos que se dirigían al oeste, el camino seguía estando inquietantemente tranquilo y el único viajero con el que se cruzaron fue un mensajero imperial. Había aparecido a galope por una curva, levantando polvo con las patas de su corcel, y solo frenó al ver los frenéticos gestos de Casio. Deteniéndose unos instantes, les aconsejó con voz entrecortada que buscaran alojamiento en un albergue militar que se encontraba a unos quince kilómetros al oeste de Palmira.

Mientras apremiaban a sus cansadas monturas colina arriba, Casio confió en que la luz difusa que se veía ante ellos saliera de ese mismo edificio. Se volvió hacia Simo. Poco antes la yegua del galo se había golpeado un casco con una piedra y subía la ladera cojeando. Simo se había desmontado y tiraba de ella por las riendas. Casio se irguió en su silla y, asiendo las riendas con más fuerza, se concentró en mantener a la suya lejos del borde del camino.

Los últimos momentos del viaje fueron interminables, y cuando finalmente desmontó, dejó escapar un gran suspiro.

—Gracias a Júpiter que se ha acabado.

El albergue estaba construido con bloques de piedra caliza lisa. A cada lado de una puerta de madera de aspecto sólido había una ventana con postigo. De un gancho colgaba un farol que proyectaba un débil resplandor amarillo.

Casio arrojó las riendas sobre la silla y se acercó a la puerta, maldiciendo cada paso que daba a causa del dolor. Llamó y esperó. Se abrió un ventanuco y en el cuadrado apareció un rostro joven y estrecho.

—¿Quién anda ahí?

Simo sostuvo en alto la cabeza de lanza mientras su amo hablaba.

—Casio Quintio Córbulos, de la oficina del gobernador. Debo reunirme con el prefecto Venator de la cuarta legión mañana y busco alojamiento para esta noche.

Aparecieron unos dedos haciéndole señas para que se acercara, de modo que Simo llevó la cabeza de lanza hasta la puerta. Después de examinar la insignia, el hombre emitió un sonido neutro y se retiró. Se descorrieron dos cerrojos y la puerta se abrió.

El legionario que tenían ante ellos era un individuo flaco con un cinturón que le colgaba suelto. Arrastraba por el suelo los cordones de una de sus botas cuando pasó por su lado para dirigirse al centro de la carretera. Miró hacia el este y luego hacia el oeste.

—Lo siento, señor. Toda prudencia es poca aquí fuera. Legionario Gerardo, primera centuria de la quinta cohorte de la cuarta legión.

—¿Estás solo, soldado?

—No, señor. Dentro se encuentra Durio, pero está fuera de circulación con mal de tripa. Debemos esperar aquí otros dos días hasta que llegue el reemplazo. Antes de nada, nos ocuparemos de los caballos. El establo está detrás.

Gerardo tomó las riendas de la montura de Casio.

—¿Quieres entrar, señor?

Casio se quedó momentáneamente sorprendido por tanta amabilidad y eficacia.

—Ya lo creo.

—Por favor, cierra la puerta con los cerrojos.

Gerardo rodeó el edificio con la yegua y Simo lo siguió.

—¿Qué pasa? —preguntó una débil voz cuando Casio entró y echó los cerrojos detrás de él.

Se acercó al hombre que estaba tumbado bajo una manta junto a la chimenea. A pesar del amplio tiro, el fuego bien abastecido soltaba mucho humo.

—Tú debes de ser el legionario Durio.

Con una expresión de pánico al ver la túnica de Casio, Durio apartó la manta.

Casio levantó una mano.

—Quédate donde estás, hombre. Ya veo por el color de tu cara que no estás para muchos trotes.

—Gracias, señor.

Casio miró a su alrededor y se dio cuenta de que el alojamiento de esa noche sería básico. No había un solo mueble y el suelo de tierra estaba cubierto de una fina capa de juncos. En una esquina había una colección de cazuelas oxidadas y un poco de leña. Apoyadas contra la pared detrás de la puerta, había dos lanzas. Los legionarios habían dejado el resto de su equipo sobre una capa extendida: una sierra, un pico y varias bolsas de piel de cabra para transportar agua. Al menos había orden. Casio bajó la vista hacia una olla de hierro que había junto al fuego.

—¿Hay algo para comer?

Le parecía que habían transcurrido siglos desde que Simo y él se habían sentado a un lado del camino para disfrutar con prisas de un almuerzo tardío.

—Sí, señor. Hemos cocinado alubias con cebada para cenar. Ha sobrado mucho.

—Suenan deliciosos.

Tras atender las caballerías y despejar una zona en el cuarto trasero para que los viajeros durmieran en ella, Gerardo y Simo se reunieron con Casio y Durio junto al fuego. Como no había sillas, el galo le llevó a Casio una silla de montar para que se sentara en ella. A pesar de las especias que Simo echó de su suministro portátil, el guiso tibio continuó siendo obstinadamente insípido.

—¿Qué te ha parecido, señor? —preguntó Gerardo cuando Casio dejó el cuenco vacío.

—Lo mejor que puede decirse de él es que ha llenado un hueco. Os sugiero que sigáis sirviendo como soldados y hagáis planes de encontrar una buena esposa que se ocupe de los asuntos relacionados con la cocina.

Gerardo se rio afablemente. Parecía decidido a quedar bien. Casio supuso que no pretendía solo adularlo. Con su compañero incapacitado, el soldado se alegraba de tener un poco de compañía. Ya había deleitado a los visitantes con toda clase de pormenores sobre los ataques a las unidades del ejército. Aunque nadie lo sabía con certeza, solía darse por sentado que los irregulares palmiranos eran responsables. En una ocasión los legionarios habían logrado rechazar a los invasores sin bajas; en otras tres, había habido muertos y heridos. Casio agradeció que Gerardo pasara a otro tema más trascendental: el asedio de Palmira.

—¿Así que ambos estuvisteis allí?

—Desde el primer día hasta el último, señor. Pidieron a la legión que estaba en Zeugma que fuera muchos meses atrás. Tres cohortes se dirigieron al oeste para reunirse con el emperador. Llegamos justo cuando la tropa principal se acercaba a la ciudad. ¡Qué espectáculo, señor!

Casio asintió mientras pasaba la taza vacía a Simo, quien al instante volvió a llenarla. Detrás del albergue había una cisterna que proporcionaba un buen suministro de agua fresca.

—Cinco legiones. Imagínate. Habían perdido a miles de hombres en Immae y Emesa, y a cientos más en asaltos en esa misma carretera, pero ¡qué espectáculo! Nunca he visto más rojo escarlata y oro en un solo lugar, e hilera tras hilera de arqueros persas; todos los auxiliares de todas las provincias que se te ocurran; y, los más temibles de todos, los palestinos con cachiporras. Grandes bestias con armas tachonadas con toda clase de clavos y púas.

—¿Y ese cuento del defensor palmirano bocazas? ¿Es cierto?

—Lo vi con mis propios ojos, señor. Un hombre gritó en griego desde la muralla de la ciudad, insultando al emperador. Uno de los arqueros le preguntó a este si quería hacerlo callar y él asintió. Varios legionarios cubrieron al persa cuando avanzó hasta detenerse a unos noventa metros. El palmirano había seguido vilipendiando al emperador, pero fue silenciado para siempre... cuando el arquero le clavó una flecha en la boca. ¡Qué rugido se elevó de nuestras líneas! En ese momento supe que la ciudad sería nuestra, señor.

Casio tenía la sensación de que Gerardo ya había contado esa historia muchas veces. Durio se volvió y comenzó a roncar.

—¿Y qué hay de Zenobia? ¿Llegaste a ver a la reina?

Gerardo chasqueó la lengua.

—Ni rastro de ella. Dicen que nuestros soldados de caballería la capturaron durante la noche mientras cabalgaba hacia territorio persa. Al parecer, esperaba persuadir al rey para que acudiera en su auxilio. Cuando los habitantes de la ciudad se enteraron de que había desaparecido, la lucha perdió sentido para ellos. Unos días

más tarde terminó todo. Me he enterado por un amigo que es cocinero y que conoce a un explorador que es primo de uno de los soldados de caballería. Él sí que llegó a verla. —Se encogió de hombros—. Nada especial.

—Qué decepción —dijo Casio—. Uno esperaría que una mujer que ha causado tantos conflictos poseería al menos algún rasgo que la redimiera. Imagino que ya ha vuelto todo a su cauce.

—Supongo que sí, señor. Hubo un gran éxodo de la ciudad, pero una vez que comprendieron que solo Zenobia y sus compinches serían duramente castigados, muchos decidieron quedarse. Hemos visto incluso a unos cuantos regresar.

—Y, aparte de estas redadas, ¿hay tranquilidad en la ciudad?

—En su mayor parte, señor. El prefecto ha empezado a enviar a hombres de vuelta a Zeugma. La tercera cohorte partió la semana pasada para poner orden antes de que regrese el resto de la legión.

—¿Y qué hay de los legendarios tesoros de Palmira? Apuesto a que tanto tú como los demás estabais ansiosos por echar mano al botín.

—Qué va —repuso Durio, de repente despierto, recostándose contra la pared—. Repartieron unas monedas de oro entre los oficiales. Nada más.

Casio decidió indagar un poco más.

—Cabría esperar algo un poco más exótico, con todas esas victorias palmiranas en tierras extranjeras.

—Todo se fue al oeste con el emperador —dijo Gerardo.

—Imagino que el gobernador no quedó demasiado impresionado —respondió Casio—. Sin duda la provincia merecía una parte.

—Tú deberías saber más que nosotros, señor —observó Durio.

El comentario pareció recordar a Gerardo la posición de su invitado. Los dos guardaron silencio. Era fácil que un oficial de la oficina del gobernador perteneciera a los Servicios de Seguridad, y los legionarios sabían lo suficiente para no revelar demasiado a un frumentario.

Casio prefirió no tentar al diablo, sobre todo porque parecía poco probable que les sonsacara algo más que le fuera útil.

—Voy a echar otro vistazo al camino —se excusó Gerardo dirigiéndose a la puerta.

—Y yo me retiraré a descansar —anunció Casio—. Simo, prepara el agua, ¿quieres?

Envolviéndose la mano en un paño, Simo retiró una gran olla que colgaba sobre el fuego y la llevó a la otra habitación.

—Dime, Durio —dijo Casio levantándose—, ¿has oído hablar de una taberna llamada Pata de Cabra?

El legionario sonrió.

—Por supuesto, señor.

—Está en un pueblo pequeño, ¿no?

—Así es, señor. En Galanea, justo al sur de Palmira.

—Un albergue pequeño y tranquilo, imagino...

Durio soltó una risotada.

—No exactamente, señor. Es la taberna más peligrosa a este lado de Antioquía.

—Ah.

—No es lugar para un caballero, señor.

—Estupendo.

Mientras Durio volvía a acomodarse debajo de su manta, Casio siguió a Simo a la habitación contigua.

—Voy a disfrutar esto —dijo descolgándose la correa portaespadas y dejándola en el suelo.

A continuación se quitó una de las botas, el cinto y la túnica. Se quedó de pie lejos de las mantas amontonadas a modo de catre y vio cómo Simo humedecía un paño.

—Me siento sucísimo.

—Me lo imagino, señor —respondió Simo mientras le pasaba el paño por el pecho—. Puede que encontremos unos baños mañana.

—Vivo con esa esperanza. El incidente de esta mañana ha sido desagradable.

Era la primera vez que Casio mencionaba lo ocurrido con los tres legionarios. Simo —que en esos momentos frotaba los hombros de su amo— se tomó su tiempo para responder.

—Perverso, señor. Simplemente perverso.

—Este tipo de cosas son de esperar en momentos como estos. Aun así, no es el tipo de trato que vaya a conquistar a los lugareños.

—No atino a comprender lo que se apodera de la gente para cometer semejantes actos, señor.

—Bueno, tú eres de los que siempre piensan lo mejor del prójimo, Simo, pero el ejército no siempre atrae a los individuos más sanos, y no todos comparten tu preocupación por el bienestar del prójimo. Ya te he hablado de ello antes, y aun así persistes en intentar ayudar a todos los pobres desafortunados que nos cruzamos. Volveré a recordártelo: la caridad es para los judíos y los orientales.

—¿Puedo hablar libremente por un momento, señor?

—Siempre que te des prisa. Estoy cogiendo frío.

—Señor, acudiste en auxilio de esas mujeres sin pensártelo dos veces. ¿Tan diferentes son nuestras actitudes?

—¿Sabes lo que debería haber hecho, Simo? Pasar de largo. Me ocupa una misión imperial. Podríamos haber acabado mucho peor parados con esos tres matones. ¿Y quién habría salido beneficiado?

—Hiciste lo correcto, señor. Estoy seguro.

—Bueno, me alegra saber que lo apruebas, Simo, pero piensa en ello. Una hora más y nos habríamos ahorrado todo. ¿Y quién nos dice que no encontraron a otra

pobre muchacha en otro lugar?

Simo desechó el paño mojado y cogió uno nuevo.

—¿No crees que podrías haber logrado que entraran en razón con tus palabras, señor?

—Tu ingenuidad resulta entrañable, Simo. Escucha esto: la vida es dura. Creo que ambos hemos visto lo suficiente para saberlo. El mundo es demasiado grande y demasiado cruel para que las acciones bien intencionadas de los hombres supongan una gran diferencia.

—Tus superiores tal vez habrían puesto a esos hombres en el buen camino, señor. Supongo que ahora no es posible.

—¿Lo dices porque les di mi palabra de que no los denunciaría?

Simo no vio sonreír a su amo. Estaba de rodillas, frotándole vigorosamente las piernas para arrancar el barro endurecido.

—Sabes que no soy de los que hacen promesas a la ligera, pero las circunstancias han cambiado, Simo. Ahora trabajo para el Servicio de Seguridad Imperial y, por lo tanto, todos esperan que sea un sinvergüenza embustero y taimado. No quiero decepcionar a nadie.

V

Resultó verdaderamente asombroso recorrer a caballo una tierra prácticamente yerma durante más de una semana y contemplar de pronto la verde y exuberante alfombra de palmeras que rodeaba Palmira.

Desde su elevada posición en el filo de un cerro, Casio distinguió enseguida la puerta de Damasco, por la que entraban en la ciudad los viajeros procedentes del sur o del oeste. Más abajo, a la izquierda, se veía el camino de acceso dominado por más torres funerarias donde Simo y él habían encontrado una patrulla de legionarios. Los hombres les habían asegurado que la ruta más rápida para llegar al pueblo de Galanea era seguir el filo del cerro.

Desde la puerta de Damasco, una majestuosa avenida porticada describía una curva hacia el este embellecida por grandes arcos y tetrapilas. En la mitad de la avenida, por el lado septentrional, se erguía un edificio alto e imponente soportado por torres rematadas en cúpula. Casio supuso que era el palacio de Zenobia. Más al este había un edificio aún más grande que reconoció de una ilustración que había visto en uno de los libros de su vecino. El enorme templo de Bel rendía homenaje a un dios babilónico adorado durante mucho tiempo por los palmiranos. Seguramente era el edificio más grande de la ciudad. Aunque rodeado de un patio enorme, su voluminosa estructura angular eclipsaba las demás viviendas cuyo tamaño disminuía según su proximidad a la avenida principal. Más allá del templo había un lago de un kilómetro y medio de ancho, donde las aguas subterráneas que abastecían a la población rompían la superficie.

—Impresionante —murmuró Casio, aunque Simo estaba demasiado lejos para oírlo. Se volvió hacia el sur—. Casi tan impresionante como eso.

El campamento de la cuarta legión era enorme. Aunque sabía con exactitud cómo se montaba y organizaba un asentamiento de esas características, y lo rápidamente que podía dismantelarse, nunca había visto un campamento del tamaño de una legión sobre el terreno. En momentos como ese se sentía orgulloso de ser romano.

A un kilómetro y medio de la ciudad se encontraba el perímetro norte del campamento, una profunda zanja reforzada por un terraplén. A cada lado de la plaza había una entrada estrecha, y entre el muro y las primeras hileras de tiendas de campaña, un espacio de sesenta metros. Ese espacio —un tampón defensivo que protegía del alcance de proyectiles incendiarios todo lo que tenía valor— estaba vacío, con la excepción de unos cien caballos que pastaban en la poca hierba que quedaba. El centro del campamento era extraordinariamente uniforme; hileras de tiendas grandes y pálidas divididas por anchas avenidas. Más allá del perímetro oriental una unidad de caballería entrenaba sus monturas.

Como si estuviera impaciente por compartir las vistas, la yegua de Casio le clavó

el hocico en el hombro. Él se apartó y miró hacia el sur, más allá del campamento. Un amplio camino marcado por tierra más oscura comunicaba el campamento romano con el pueblo. Se veía a gente desplazarse en ambas direcciones.

Resoplando ruidosamente, Simo arrastró su yegua herida hasta la cima de la colina. Casio echó un vistazo al animal.

—¿Llegará hasta el pueblo?

—Sí, señor.

—¿Y tú?

—Por supuesto, señor —respondió Simo, irguiéndose e intentando controlar la respiración.

—Bien, porque tenemos que seguir avanzando.

Entrecerrando los ojos bajo el sol, Casio emprendió el sinuoso descenso hasta Galanea.

De no haber sido por la yegua coja, habrían recorrido un buen trecho esa mañana. A pesar de la sencillez de la cama hecha de mantas, Casio había dormido bien y al despertarse habían encontrado al legionario Durio levantado y en mucho mejor estado. Se sentó con los demás para desayunar y ayudó a Gerardo y a Simo con las monturas. Casio no hizo ningún otro intento de sonsacarles información, y ellos se mostraron cordiales —si bien reservados— hasta que sus visitantes reemprendieron su camino.

Desde que se habían separado de Abascantio, se habían encontrado con dos grupos de legionarios de la cuarta legión. Casio confió en que los de Palmira se parecieran más al segundo que al primero. Al llegar a las afueras del pueblo pasaron por delante de unas casuchas construidas con barro y ocupadas solo por niños que jugaban a la guerra. Casio se había desorientado de algún modo y tuvieron que abrirse paso a través de cimientos abandonados y de toda clase de escombros antes de dar con la calle principal. Esta estaba bordeada de grandes edificios de dos plantas de piedra cementada. De un callejón a su izquierda salieron dos mujeres cubiertas con velo que llevaban cestas tejidas. Se apresuraron a pasar en silencio, cabizbajas. Un trío de lugareños ocupados en reconstruir el muro de un patio interrumpió su trabajo para observar a los recién llegados.

—Buenos días —dijo Casio en griego—. ¿Hay por aquí alguna taberna..., Pata de Cabra?

Uno de los hombres pareció que iba a contestar, pero se volvió hacia los demás y dijo algo en arameo. Todos se rieron y continuaron trabajando.

Casio se encogió de hombros y siguió andando. La calle se ensanchaba hasta desembocar en una plaza donde había unos cuantos legionarios y lugareños. Los comerciantes habían expuesto sus mercancías alrededor de una gran palmera datilera que se inclinaba de forma alarmante. Más allá de esta había dos caminos, uno hacia el este y el otro hacia el sur. Casio se detuvo al lado de un árbol más pequeño y enrolló las riendas alrededor de una rama. Simo hizo lo propio y aguardó jadeando, con las

manos en las caderas.

—Al menos los dos estaremos mucho más en forma después de esta misión —dijo Casio sacando la cantimplora—. Descansa un rato. Yo intentaré encontrar esa maldita taberna.

Haciendo caso omiso de las miradas intrigadas que lo recibieron mientras caminaba hacia los comerciantes, Casio bebió de la cantimplora y saludó con la cabeza a los legionarios que lo seguían con la mirada. Aunque no estuvieran de guardia, se les reconocía enseguida, con el pelo al rape, los gruesos cinturones militares y las botas con tachones.

Fuera cual fuese la actitud de los lugareños ante los ocupantes romanos, era evidente que no tenían reparos en sacar provecho del comercio con los soldados. Además de comida y ropa, había vidrio y cerámica fina, herramientas para la construcción, leña, mantas, sábanas, cojines, arcos de caballería y las omnipresentes baratijas locales e iconos religiosos asequibles. Varios legionarios estaban inmersos en interminables regateos. Uno de los mirones era un soldado con dos sábanas dobladas que comía un panecillo.

—Buenos días, legionario —lo saludó Casio.

—Señor.

—¿Puedes decirme dónde puedo encontrar la taberna Pata de Cabra?

—¿Estás seguro de que quieres ir allí, señor?

—Sí.

—Porque es un local para soldados, señor. No para oficiales.

—Solo dime dónde está.

El legionario señaló la carretera del sur.

—Al pie de la colina, señor.

Casio emprendió el descenso e indicó por gestos a Simo que lo siguiera con las yeguas. Solo había seis edificios en la calle, tres a cada lado, y enseguida se adentraron en un camino polvoriento y rodeado de palmeras. La taberna era sin duda la estructura más grande: de tres plantas y con un portón en forma de arco. A ambos lados había murales de aficionados que representaban vasijas y muchachas envueltas en hojas de parra.

Casio vislumbró unos ojos que lo observaban desde una ventana y en unos instantes apareció en el umbral una mujer desgredada de unos cincuenta años.

—Hola, guapo. ¿Andas buscando un poco de hospitalidad?

—Tal vez.

Casio se detuvo y esperó a que Simo lo alcanzara.

La mujer se hizo a un lado para dejar salir a un hombre fornido de cabeza grande que bajó los escalones y se cruzó de brazos. Dentro del cinto llevaba un voluminoso garrote.

—No le hagas caso —dijo la mujer, pasándose al latín.

—Eres toda una lingüista —observó Casio.

—Reconozco a un oficial romano cuando lo veo. No es que vengan muchos por aquí. Mi marido era legionario. ¿Por qué no entras y te lo presento? Tenemos bailarinas y la mejor selección de vinos de este lado de la ciudad.

—Un momento, mujer. ¿Tu hombre podría vigilarnos las yeguas?

—Los establos están cerrados. Y tendrás que dejar las armas con tu siervo o en la puerta. Además, es obligatorio pedir por lo menos una copa. —Señaló una hoja de papiro que había en un marco—. Reglas de la casa.

Casio se volvió hacia Simo y meneó la cabeza mientras se descolgaba la correa portaespadas.

—Los encantos de las provincias. No tardaré mucho, Simo. Si el hombre con el que debo reunirme está allí dentro, partiremos enseguida. Si no, le dejaré un recado y nos dirigiremos al campamento.

Se llevó una mano a la túnica justo por encima del cinturón para comprobar que seguía allí la pequeña bolsa de dinero que había contado esa mañana. El resto de las monedas estaban en su alforja.

—Tal vez deberías esperar allí —le sugirió. Más allá de la última casa había un descampado donde Simo estaría seguro, oculto a la vista de extraños.

—De acuerdo, señor. Mucha prudencia ahí dentro.

Casio se quitó la daga y se la entregó a Simo junto con la espada. Tras recibir una sonrisa de la mujer y una expresión ceñuda del portero, cruzó la puerta. No muy lejos había un gran arcón de madera con unas cuantas espadas y dagas dentro de sus fundas. En la pared había apoyados cuatro arcos demasiado largos para que cupieran en el arcón, junto con cuatro aljabas. La mujer se apresuró a adelantarse y apartó una cortina pesada. Aunque alcanzaba a oír voces, Casio se sorprendió al encontrar la habitación vacía. Aparte del mostrador no había ningún mueble.

—Están al fondo. Por el fuego. —La mujer señaló la chimenea. La mayor parte de la pared y el techo estaban cubiertos de vetas de hollín negro—. ¿Me llevo tu capa?

Casio hizo un gesto de negación mientras él mismo se desabrochaba el broche de la capa y la dejaba caer sobre el brazo.

—Por allí. —Ella señaló una puerta abierta, luego regresó a la ventana y cogió de nuevo su costura.

Casio cruzó con cautela la puerta. En el interior vio dos grupos. Delante de él en la barra había reunidos seis hombres de tez oscura y cabello moreno y largo. Auxiliares, supuso Casio; probablemente cilicios o gálatas. Hablaban con el hombre entrado en años que había detrás de la barra. Un par de ellos lanzaron una mirada a Casio y volvieron su atención de nuevo a la conversación.

A la derecha había cuatro hombres sentados junto a una chimenea vacía, demasiado ocupados con las tres mozas que servían para reparar en el recién llegado. Todos eran rubios y anchos de pecho y de hombros; sin duda los dueños de los arcos. También auxiliares, celtas quizá.

Casio esperó un momento para ver si alguien se le acercaba, pero ninguno de ellos le prestó atención. En cualquier caso, estaba seguro de que todos eran soldados. Comprobó las mesas a la izquierda; estaban vacías.

Siguió andando hasta la barra, bien lejos de los auxiliares, y se sentó en un taburete. De una trampilla llegó una voz clara y nítida en arameo. El camarero saludó con la cabeza a Casio mientras cogía dos platos de madera humeantes. Sirvió la comida a los hombres, luego volvió junto a Casio y golpeó la barra con las palmas. Tenía un rostro rubicundo y curtido, y una marca singular en la barbilla que Casio no habría sabido decir si era un hoyuelo o una cicatriz.

—Buenos días, señor. Nunca te hemos visto por aquí.

—Acabo de llegar.

—¿A qué cohorte perteneces?

—A ninguna. Trabajo para el gobernador.

—¿En serio? Me llamo Telesino y soy el dueño de este local.

—Ah, sí. He conocido a tu mujer.

—¿Todavía está fuera?

—Sí.

—¿No la ha alcanzado un rayo?

—No —respondió Casio con una sonrisa intrigada—. ¿Por qué?

—Llevo veinte años implorando a los dioses... Tendrá que pasar algún día.

Casio se rio; y se preguntó cuántas veces al día soltaba esa broma Telesino.

—¿Qué quieres beber?

—Bueno, no tengo tiempo en realidad, pero supongo que hay que seguir las reglas de la casa. Mitad y mitad. Algo decente. Y caliente.

—Enseguida.

Telesino se secó las manos en el delantal y seleccionó una botella de vino de un estante largo, y sirvió un poco en un tazón de madera. Al ver la trampilla sin atender, introdujo una mano y acabó de llenar el tazón de agua caliente.

—Aquí tienes, señor. Un gallego ligero. ¿Salchichas? Van bien con el vino.

Casio examinó el plato que Telesino había sacado de detrás de la barra. La carne parecía comestible, pero su política siempre era dejar que Simo preparara o eligiera su comida.

—No, gracias. Escucha, debo reunirme con alguien aquí. ¿Ha venido algún forastero?

—Solo tú —respondió el dueño con una sonrisa, alejándose.

Aunque no quería dejar solo a Simo mucho tiempo, Casio se relajó un momento para disfrutar de no estar en movimiento. Probó el vino. Amargo, pero pasable. Luego miró a los auxiliares y vio en uno de sus tazones una leyenda grabada en griego: «¡Llévalo otra vez!». A juzgar por su incapacidad para formar frases coherentes, Telesino los había complacido. Casio notó un ligero toque en el hombro y al volverse encontró a una de las mozas.

—Hola —lo saludó en griego. Tenía una voz suave y un acento pronunciado.

—Hola.

Casio la miró de arriba abajo. Tenía más o menos su edad, era delgada y guapa, y vestía una túnica lo suficientemente corta para dejar ver un par de piernas bien moldeadas y lo suficientemente ajustada para resaltar unos bonitos senos. De no ser por las uñas sucias y el leve olor a sudor que desprendía, Casio la habría encontrado bastante atractiva. Ella le deslizó un dedo por el antebrazo.

—Soy Sabina. ¿Cómo te llamas?

—Casio.

Gracias a uno de sus tíos de espíritu más libre, Casio tenía algo de experiencia en esa clase de tabernas, así como con las jóvenes que trabajaban en ellas. Estaba seguro de que ella le ofrecería más que sus servicios como moza de mesa si le pagaba el precio correcto. Sabina lo rozó con el seno izquierdo.

—Hueles bien, Casio. Y me gusta tu pelo.

—Seguro que tengo un aspecto lamentable. Llevo cabalgando desde el desayuno.

—Yo te veo bien.

A pesar de la punzada de culpabilidad que sintió pensando en lo que diría su madre si lo viera, Casio tenía que admitir que era agradable tener un poco de compañía femenina.

—¿Cuánto mides? —le preguntó Sabina.

Él se encogió de hombros.

—Bastante.

Casio miró por encima del hombro de ella y vio cómo uno de los auxiliares daba un codazo a su amigo. Este pareció enfadarse.

—¡Oye! Te he dado una buena propina, y ahora te vas y me dejas.

Sabina puso los ojos en blanco.

—¡De eso hace una hora! —respondió sin volverse.

—¡Vuelve aquí, zorra descarada, o no recibirás otra!

Casio inclinó un poco la cabeza para que el celta no pudiera verlo hablar.

—Y luego dicen que los norteños son burdos...

Sabina se rio y le deslizó una mano por la rodilla.

—¿Qué ha dicho? —exigió saber el auxiliar.

Casio se echó hacia atrás y se puso serio mientras bebía más vino.

—No está mal —dijo a Telesino, tendiéndole el tazón.

—¡Será mejor que te des prisa, nena! —bramó el celta.

Casio apartó la mano de Sabina y señaló con la cabeza a los auxiliares.

—Tal vez sea mejor...

—¡Me quedo aquí! —gritó ella, volviéndose con una desafiante mano en la cadera—. ¡Para hablar con este agradable romano!

El celta, cuyas facciones cinceladas estaban rodeadas de una rebelde mata de cabello castaño, la fulminó con la vista.

Casio se cruzó con su mirada y se encogió de hombros.

—¡Bah! —Con un gesto desdeñoso, el celta se volvió de nuevo hacia la mesa y volvió a llenarse el tazón.

Sabina sonrió alegremente.

—Bien. Ahora podemos hablar. ¿Me invitas a un agua con limón?

—Está bien.

Sabina se inclinó sobre la barra y pidió.

—Con miel, por favor.

Telesino cogió un vaso limpio.

Casio señaló de nuevo a los celtas.

—Parece que ha renunciado a ti. ¿Sabías que esos arqueros tienen las muñecas extraordinariamente fuertes? Supongo que si no consigue encontrar placer contigo, podrá complacerlo uno de sus amigos.

La ronca risa de Sabina sonó tan teñida de burla que Casio supo al instante que había cometido un error.

Las patas del taburete rechinaron cuando el celta se puso rápidamente de pie.

—¿Qué ha sido esta vez? —preguntó, acercándose a zancadas a la barra—. ¿Qué has dicho, romano?

—Cálmate, Estan —terció Telesino.

Casio se volvió hacia el celta, que se había detenido a un metro de la distancia. Era realmente corpulento; tan alto como él, pero con el pecho muy fornido y el cuello grueso. Por los antebrazos le serpenteaban intrincados tatuajes verde oscuro.

—Has dicho algo sobre mí. Admítelo.

—No —replicó Casio con lo que esperaba que fuera una sonrisa apaciguadora—. Por favor, deja que te invite a una copa.

Estan se echó hacia delante y clavó los ojos en Casio.

—Dime qué has dicho.

—Un chiste vulgar: hay un griego, un cartaginés y un...

El celta le dio un golpecito a Sabina en el hombro.

—Dímelo tú.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Estan sacó un denario de plata de la bolsa que llevaba al cinto y la sostuvo delante del rostro de la joven. Detrás de él se habían reunido los otros celtas y las mozas. Hasta los seis borrachos se habían callado. Sabina miró la moneda y se volvió hacia Casio.

—No lo hagas —lo advirtió él.

—Mantén la boca cerrada —le ordenó Telesino a la joven, rodeando la barra.

Sabina se encogió de hombros y cogió la moneda, y a continuación repitió al celta lo que había dicho Casio.

Los auxiliares de tez oscura prorrumpieron en carcajadas.

—Zorra estúpida —replicó Casio.

Estan inhaló bruscamente por la nariz y se irguió cuan largo era. Uno de sus compañeros escupió a los pies de Casio.

—No, espera —dijo Casio. Pero antes de que pudiera moverse, Estan golpeó con una bota el taburete alto.

Mientras este salía volando, Casio cayó pesadamente, golpeándose la cabeza con la barra y aterrizando pesadamente en el suelo. Frotándose la cabeza, se puso en pie y retrocedió hacia los otros auxiliares...

—Soldados, soy oficial del ejército romano. Debéis ayudarme.

Uno de ellos se levantó e hizo el saludo militar.

—¡Enseguida, señor!

Casio se disponía a colocarse detrás de él cuando el hombre se sentó de nuevo y soltó una carcajada. Los demás se rieron con él.

Casio se señaló la túnica.

—Soy oficial. Es vuestro deber asistirme.

Uno de los hombres inclinó su tazón hacia los celtas.

—A ellos los conocemos. A ti no. No somos romanos.

—¡Os ordeno que me ayudéis!

—¿Alguien ha oído algo?

—Yo no.

—Esto no va a quedar así —insistió Casio.

—No estarás en condiciones de decir nada —replicó uno de los celtas.

Telesino se colocó frente a Casio y empujó a Sabina, que lloraba, hacia donde estaban las otras mozas.

—Ya es suficiente, Estan. Si... —No terminó la frase.

Apartándolo, Estan se precipitó hacia delante, y apoyó las manos en el pecho de Casio y lo lanzó cinco metros hacia atrás. A Casio se le doblaron las piernas al golpear una mesa, pasó volando por encima de ella y aterrizó como un muerto junto a la pared. Aunque el hombro le ardía de dolor, se obligó a levantarse enseguida. Tenía que sostenerse en pie como fuera; si lo pillaban en el suelo estaría acabado. Buscó instintivamente la daga, pero recordó que no la llevaba encima.

¿Por qué había hecho esa broma estúpida? ¿Por qué?

Miró hacia la puerta.

—No lo hagas.

Uno de los celtas le cortó el paso.

Casio levantó las manos.

—Te pido disculpas sin reservas. Ha sido una broma inofensiva.

—Cómo os gusta a los romanos burlaros de nosotros —declaró Estan—. Somos lo suficientemente buenos para matar y morir por vosotros, pero no para ganarnos vuestro respeto.

Telesino intervino una vez más.

—Basta, Estan. Ya te has divertido.

—Aquí el flaco parece muy interesado en saber lo fuertes que somos. Creo que es hora de hacerle una pequeña demostración.

Casio decidió echar a correr hacia la puerta. Apenas había dado un paso cuando Estan le agarró el brazo izquierdo y lo arrojó contra la pared. El celta dio una orden en su propio idioma y dos de los otros se precipitaron hacia adelante y sujetaron a Casio. Con una sonrisa astuta, Estan se agachó y recogió la capa de Casio del suelo. La extendió, la dobló en dos y empezó a retorcer los extremos. Casio intentó zafarse, pero tenía los brazos inmovilizados contra la pared.

—Tengo dinero —dijo, señalando con la cabeza el cinturón.

—Yo también. No quiero tu dinero. Lo que quiero es que entiendas las consecuencias de insultar a los hombres de Caledonia. Cuando hayamos terminado, creo que lo entenderás.

Estan había acabado de enroscar la capa, y a continuación la enrolló alrededor de la cabeza de Casio y cruzó los extremos delante del cuello. Los otros dos hombres asieron un extremo cada uno y pusieron una mano en los hombros de Casio.

Casio supo que tenía que pedir socorro a gritos mientras que todavía pudiera.

—¡Simo! ¡Simo!

Estan asintió. Los hombres tiraron más de los extremos y el algodón se clavó en el cuello de Casio. Trató de respirar, pero no le llegaba aire. Intentó agarrar la capa, pero Estan le dio un puñetazo en la muñeca derecha. Casio habría gritado de haber podido.

Estan habló de nuevo. La presión disminuyó.

—Ahora escucha. Hay algo que quiero que digas: «Me llamo Flaco. Soy romano y soy una nulidad».

En medio del miedo y el dolor, Casio se sorprendió de su propia reacción.

—Por Marte que pagarás por esto. Soy un oficial del ejército imperial y estoy aquí para...

Estan bajó la cabeza y los dos hombres tiraron de nuevo de los extremos.

—No, no y no —replicó el celta—. Eso no es lo que he dicho. Debes repetir exactamente: «Mi nombre es Flaco. Soy romano y soy una nulidad».

La capa volvió a aflojarse.

—Estoy aquí para hablar...

Estan lo abofeteó.

—Puede que tenga que cambiar tu nombre por «Estúpido».

Casio tosió. Le caía saliva de la barbilla. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

Los celtas se rieron mientras Telesino les imploraba de nuevo que se detuvieran. Estan les ordenó que tiraran más fuerte de las puntas.

Casio notaba cómo la capa le cortaba la piel. Era como si le metieran una piedra por la garganta. Se asfixiaba.

¿Por qué había entrado solo?

Iba a morir allí. La capa le quemaba el cuello. Una bruma negra le emborronaba

la visión. Se ahogaba.

—¿Tienes mi dinero?

Casio no lo entendía. *No querían dinero, ¿no?*

—¿Eres Córbulu? ¿Tienes mi dinero?

Era una voz diferente, otra voz. *¿Quién sabía su nombre allí?* Casio quería hablar, pero no podía.

—¿Eres Córbulu?

La bruma negra dio paso a una nube. Toda la luz se había apagado. Asintió.

—¿Tienes mi dinero?

Casio asintió de nuevo. La presión que sentía en el cuello se aflojó. La luz le inundó de nuevo los ojos.

Detrás de Estan había un hombre joven y musculoso con lo que parecía ser la mitad de una oreja.

El cuarto celta cayó rápidamente en la cuenta de que debía ver al intruso como un enemigo y atacó enseguida. Se colocó a su altura y trató de alcanzarlo con la bota.

Girando a la izquierda, Indavara esperó a que la bota pasara inofensivamente por delante de él para agarrar el talón y tiró de él, haciendo perder el equilibrio al celta. Este cayó sobre sus posaderas al suelo de piedra lisa. Indavara le pisoteó con fuerza la ingle, retorciendo la bota para mayor seguridad.

El grito agudo que siguió bastó para atraer a la esposa de Telesino y al portero. Telesino les advirtió que no se acercaran mientras Estan se volvía para encararse con Indavara. Los otros dos soltaron a Casio y se colocaron detrás de su cabecilla.

Los extremos de la capa seguían pegados al cuello de Casio. Estaba tan ocupado arrancándosela y tomando aire que apenas advirtió lo que sucedía a continuación.

Indavara se había resistido a dejar sus armas en la puerta, pero no tardó en improvisar. Mientras los tres hombres lo cercaban, retrocedió y cogió un taburete pequeño pero macizo que sostuvo con la mano derecha.

Estan murmuró algo; los tres celtas avanzaron.

Blandiendo el taburete por encima del hombro, como si se dispusiera a defenderse con él, Indavara lo balanceó hacia atrás antes de lanzarlo contra el hombre situado a la derecha de Estan. Le dio en la frente con un fuerte crujido. El celta se tambaleó por un momento con la boca abierta y cayó como un árbol talado, derribando varios estantes.

Tras echar un vistazo a sus camaradas caídos, Estan cogió una silla resistente y la lanzó a través de la estancia.

Indavara levantó las manos y la cogió en el aire.

En honor a la verdad, Estan no dejó que esta hazaña lo desalentara, y se abalanzó sobre él.

Indavara arrojó la silla de nuevo a los tobillos del celta. Este tropezó, se tambaleó y se dobló por la cintura mientras corría hacia delante. Indavara dio un solo paso y levantó la rodilla hasta el rostro del celta, dándole en plena barbilla. La cabeza de

Estan se aplastó por un lado y todo él se desplomó en el suelo, con el cuerpo inerte.

El otro celta bajó la vista hacia sus tres compañeros caídos y huyó.

Todas las mozas lloraban, cubriéndose el rostro con las manos. Telesino, su esposa y el portero aguardaron en hilera observando a Indavara. La mujer miró a Estan.

—Por todos los dioses, lo ha matado, ¿no?

Lanzando una mirada cautelosa a Indavara, Telesino se arrodilló junto a Estan. Le puso una mano en el pecho.

—Todavía respira.

Casio se dio impulso en la pared para levantarse mientras la segunda víctima de Indavara se arrastraba de nuevo contra ella. El hombre lo miró sin comprender y se examinó la mano que acababa de llevarse a la cabeza. La tenía manchada de sangre.

Indavara pasó junto a su primera víctima, que se retorció en el suelo agarrándose la ingle y gimiendo con los dientes apretados.

Indavara miró Casio e hizo un gesto hacia la puerta.

Casio asintió, y se marcharon.

VI

Casio caminó hacia el campamento cabizbajo, sin prestar atención a los legionarios y los lugareños que se cruzaban por el camino, totalmente concentrado en intentar determinar el daño que le habían infligido en el cuello. Se lo notaba totalmente constreñido y sentía un dolor áspero al hablar. Pese a la presencia de ese guardaespaldas (que por lo menos parecía bien entrenado para el trabajo), Casio no se sentiría seguro hasta que llegaran al campamento. No podía creer que hubiera ocurrido semejante escena teniendo la base de una legión tan cerca. Se sentía furioso y estúpido; y le temblaban las manos sin cesar.

Unos metros atrás, Simo e Indavara caminaban uno al lado del otro llevando los caballos.

—¿Qué pasa con mi dinero? —preguntó Indavara por segunda vez.

Casio lo había oído la primera, pero había optado por pasarlo por alto. Esta vez se volvió.

—Hombre, has incorporado un nuevo significado a la palabra «mercenario».

Indavara se encogió de hombros.

Casio se volvió hacia Simo.

—No ha acudido en mi auxilio hasta que se ha asegurado de que tenía su plata. Se ha quedado ahí tan pancho viendo cómo me estrangulaban. —Y, dirigiéndose a Indavara—: Se te pagará dentro de una hora. ¿Es lo suficientemente pronto?

El gladiador volvió a encogerse de hombros.

—Asunto zanjado entonces.

La entrada trasera del campamento era estrecha; no tenía más de seis metros de ancho. A ambos lados ondeaban de altos mástiles los estandartes de la cuarta legión, rectángulos de paño negro con la leyenda y una cabra (el símbolo de la legión era Capricornio) bordadas en oro. Debajo montaban guardia cuatro legionarios.

Casio hizo un alto justo antes de la entrada, donde los comerciantes locales tenían autorización para montar paradas de bocadillos y refrescos. Simo ya había sacado del morral la cabeza de lanza y le tendió a Casio el casco.

—El penacho no está recto.

—Lo siento, señor.

—Vamos, Simo. Estoy a punto de reunirme con un prefecto del ejército romano. Debo procurar tener un aspecto al menos presentable.

Casio bajó la vista hacia su túnica. Seguía sucia, al igual que la capa, tras su caída al suelo. Mientras Simo se peleaba con el casco, Casio miró al guardaespaldas.

—¿Cómo te llamas?

—Indavara.

—Es poco corriente.

Indavara dejó el caballo y se alejó para echar un vistazo a la comida de los puestos.

Casio advirtió lo desgastados que estaban su montura y los arreos. El caballo tenía las comisuras de los labios cortadas y doloridas, un signo inconfundible de que era mal jinete. La silla en sí era antigua y estaba mal cuidada; en varias partes se había desprendido la cubierta de la madera. De un lado colgaba una bolsa de cuero. Del otro, una cantimplora, una funda de arco con una aljaba y un bastón de combate de metro y medio de longitud.

Al salir de la taberna, Indavara había reclamado su arma principal, una espada corta que llevaba en bandolera dentro de una funda. Cuando se acercó a los comerciantes, un grupo de lugareños se abrió para dejarlo pasar. Casi todos eran más altos y tenían más años que él, pero su reacción fue instintiva. Casio había estado demasiado distraído para fijarse, pero de pronto se dio cuenta de que había algo innegablemente impresionante en ese hombre. No era demasiado corpulento ni excepcionalmente musculoso; era algo en su manera de conducirse. Casio había conocido a muchos hombres como él, la mayoría de ellos soldados, pero no recordaba haber visto nunca a uno tan joven.

Indavara regresó. Se había comprado un gran bollo cubierto de nueces y miel, y lo devoró a gran velocidad mientras recorría con la vista el campamento. Casio fingió volverse, pero continuó examinándolo. El rostro, atractivo al estilo de un hombre de campo, estaba marcado y lleno de cicatrices. Los ojos parecían poseer una cualidad inexpresiva y casi inocente. Casio sospechó que era algo obtuso. Al menos eso lo haría más dócil. Descerebrado pero duro, no era una mala combinación para un guardaespaldas.

—¿Qué pasará? —preguntó Indavara con la boca llena de bollo.

—¿Cómo? —replicó Casio irritado.

Indavara señaló hacia atrás, en dirección a Galanea.

—A esos hombres. ¿Qué les pasará?

—A ti, nada. Son ellos los que deberán apechugar con las consecuencias. Ah, ya va siendo hora.

Casio se alisó el cabello antes de ceñirse el casco y se estiró la túnica.

—¿Qué tal estoy? —preguntó a Simo.

El galo titubeó.

—Tienes marcas moradas en el cuello. Y la cara muy roja.

Casio lo miró con el ceño fruncido y alzó la mirada hacia el cielo.

—Creo que necesitaré otra copa al final del día.

Casio nunca había estado dentro de un campamento militar de ese tamaño, pero sabía

que todos se construían con los mismos planos, y no tuvo ninguna dificultad en orientarse. Las dependencias de los prefectos se encontrarían en el centro o cerca; tradicionalmente era el punto a partir del que los topógrafos del ejército trazaban el resto del campamento.

El trío giró a la izquierda en la entrada y siguió andando por una amplia avenida en dirección al norte. No vieron un solo legionario desocupado. En el interior de un pequeño calabozo un escuadrón vigilaba a más de dos docenas de presos palmiranos de aspecto taciturno. Luego pasaron por una zona de establos, donde una hilera de soldados de caballería esperaba a que los veterinarios reconocieran a sus monturas. Casio le pidió a Simo que memorizara la ubicación. En otra plaza del campamento había grandes mesas de madera en las que unos especialistas reparaban armas, piezas de recambio de vehículos y toda clase de equipamiento.

Un joven e inteligente tribuno, identificable por la estrecha orla purpúrea de su túnica, pasó con determinación por el otro lado de la avenida. El oficial caminaba tan deprisa que los dos legionarios que lo seguían se esforzaban por no rezagarse. Llevaba una capa larga y la fusta de montar le golpeaba la pierna al caminar. Tenía tres o cuatro años más que Casio, y lo saludó con un grácil movimiento de la cabeza.

—Por fin en la civilización —anunció Casio. Después de dar unos pasos más por el suelo compacto, se volvió hacia Indavara—. Nunca entenderé por qué a Abascantio le pareció sensato que me reuniera contigo en esa maldita taberna. Debería haberte pedido que vinieras aquí.

Indavara siguió andando cabizbajo.

—No eres muy hablador, ¿verdad? A no ser que la conversación trate de dinero.

Indavara alzó la vista.

—¿Cómo?

—Digo que no eres muy hablador.

Indavara se dio unos golpecitos en la oreja mutilada.

—No siempre oigo bien.

—Ah.

Fuera de la tienda del prefecto dieciocho personas hacían cola. Casio lo sabía porque, tras una hora de espera, las había contado tres veces. No había mucho más que hacer. Se había mostrado resuelto a saltarse la cola, pero un oficial de rango superior lo interceptó y lo llevó aparte. Tras examinar la cabeza de lanza y la autorización de Casio, el oficial le prometió que informaría al prefecto de su llegada. Casio tuvo una fugaz visión de Venator en el interior de la tienda: un hombre alto y delgado estudiando con detenimiento un mapa, rodeado de su personal.

Los palmiranos que hacían cola parecían una mezcolanza de sacerdotes, administradores y comerciantes, todos esperando pacientemente y hablando en griego o arameo. El cielo se había tornado gris y lloviznaba. Los que tenían siervos y

sombrillas hicieron uso de ellos mientras los demás se guarecían bajo el toldo de la parte delantera de la tienda.

El oficial reapareció. Sorteó educadamente a los palmiranos y, rehuyendo la mirada de Casio, se encaminó hacia la puerta principal. Casio rodeó corriendo la cola y lo alcanzó.

—Disculpa. ¿Alguna novedad?

El oficial se volvió.

—El prefecto te recibirá más tarde. Ahora no tiene tiempo. Yo me voy a comer, si no te importa.

—Lo cierto es que sí me importa. Estoy aquí por un asunto de crucial importancia. Limitate a mencionarle el nombre de Gregorio. Te aseguro que se enfadará si se entera de que estás poniendo obstáculos.

La cuestión del rango era compleja. El oficial del Estado mayor —un hombre de unos treinta y cinco años— estaba muy por debajo de un tribuno, pero su estrecha relación con el prefecto le otorgaba considerable autoridad. Casio era joven, pero la cabeza de lanza —y su posición en el Servicio— le agregaba estatus. Decidió replegarse haciendo gala de una cortesía anticuada.

—Por favor. Sabes que el Servicio no se ocupa de asuntos triviales.

El oficial arqueó una ceja al oírlo, pero pareció apreciar el cambio de tono.

—Le mencionaré el nombre. Será el prefecto Venator quien decida la importancia del asunto.

Entró de nuevo en la tienda. Casio retrocedió hacia donde esperaban los demás. Meneó la cabeza al ver a Indavara contando con disimulo las monedas que le había dado. Simo examinaba la pata herida de su yegua.

—No tiene mucho sentido que te quedes aquí. ¿Por qué no vas a los establos y te encargas de que examinen tu montura?

Simo alzó la vista y se golpeó las manos para limpiárselas.

—Sí, señor.

—Puedes utilizar la cabeza de lanza si no se muestran cooperativos.

—¡Córbulo!

Casio se volvió y vio que el oficial de Estado mayor le hacía señas para que se acercara. Se apresuró a regresar, y se disponía a entrar en la tienda cuando el oficial se hizo a un lado y el prefecto Venator en persona apareció. Saludó a Casio con un breve movimiento de la cabeza y a continuación se volvió hacia los palmiranos.

—Buenas tardes a todos —dijo en un griego impecable—. Pido disculpas por haberos hecho esperar. Por favor, entrad para guareceros de la lluvia. Aquí hay refrescos para todos. Mis hombres responderán cualquier duda urgente que tengáis. Yo volveré enseguida.

Con una sonrisa de político fija en los labios, Venator permaneció a un lado mientras los palmiranos entraban en fila india en la tienda. Junto a él apareció un joven siervo que comenzó a abrir una gran sombrilla. Venator la rechazó con un

ademán.

—No la necesito. —Se volvió hacia Casio—. ¿Tienes tu caballo?

—Sí, señor.

—Daremos una vuelta.

Casio decidió que el prefecto era un personaje impresionante. Rondaba como mínimo los cuarenta años de edad, era innegablemente apuesto y la incongruente combinación de pobladas cejas negras y cabello blanco y fino reforzaba de algún modo su porte autoritario. No llevaba espada e iba envuelto en un manto largo y rojo con reborde dorado.

Otro siervo se adelantó tirando de una yegua grande y pálida. El primer asistente puso una caja en el suelo justo a tiempo para que el prefecto la utilizara de escalón. Venator montó, luego se volvió y fulminó a Casio con la mirada.

—¿A qué esperas?

—Perdón, señor.

Simo se acercó con la yegua de Casio. Cuando hubo montado, el prefecto ya se había puesto en camino.

—Te veo aquí más tarde, Simo —le dijo Casio. Condujo a la yegua a la carretera y una vez allí la urgió a trotar hasta alcanzar a Venator.

El prefecto lo miró.

—Dicen que te estás haciendo mayor cuando los legionarios empiezan a parecerte jóvenes. Lo mismo puede decirse de los frumentarios. ¿Eres uno de los hombres de Abascantio?

Casio no sabía qué responder. Todo dependía de la opinión que tuviera el prefecto del agente. Dudaba de que fuera particularmente favorable.

—No exactamente, señor. Estoy bajo las órdenes del superior Pulcher.

—¿De veras? Entonces debo tener cuidado con lo que digo.

—En absoluto, señor —respondió Casio, procurando sonar humilde.

—¿Cómo está el viejo bribón? ¿Sigue llevando todos esos anillos espantosos?

Casio titubeó; no quería que lo pillara en una mentira.

—No lo sé, señor. En realidad nunca lo he conocido. Me trasladaron de Cícico. Creo que la idea es utilizar a un investigador de fuera de la provincia.

—Un investigador. Y algo relacionado con Gregorio... Estás a punto de empeorar un día ya malo, ¿no es cierto?

—Me temo que sí, señor. Nadie le ha visto a él, ni a los hombres ni al... cargamento desde que partieron de aquí.

Venator apartó una mano de las riendas y comenzó a frotarse la nuca. Llegaron a un cruce. Un tribuno dejó a un grupo de legionarios cargando un carro y se acercó corriendo al prefecto.

—Señor, ¿tienes un momento?

—Ahora no —respondió Venator con aspereza. Mientras el tribuno se alejaba por la cuesta, condujo su caballo a través de la avenida—. ¿Lo sabe Marcelino?

—Aún no, señor.

Venator soltó un largo suspiro.

Casio no había pensado realmente en la situación del prefecto, pero, como parte del plan de Abascantio, él también podía contar con sufrir las consecuencias si no se encontraba el estandarte. Los hombres de su rango solían utilizar su cargo al mando de una legión como un trampolín para hacer carrera en el Senado. Una conexión, por minúscula que fuera, con semejante desastre podría significar un gran retroceso en sus ambiciones políticas.

El prefecto detuvo su caballo ante otra hilera de tiendas de campaña. No había nadie cerca.

—¿Qué has averiguado?

—Todavía nada, señor. Abascantio se dispone a regresar a Antioquía para ver si puede hacer progresos allí.

—Supongo que da por sentado que el ejército está involucrado de algún modo.

—No hizo ningún comentario al respecto, señor. Creo que solo quiere encontrar el tesoro y el estandarte.

—De eso estoy seguro. Marcelino estará bien cogido por los huevos si no consigue resolver este lío. Yo también, ahora que lo pienso. Y tú.

El dolor que sentía Casio en la nuca pareció multiplicarse por dos de golpe. Era alarmante ver a ese hombre noble y poderoso rebajarse a hacer tales declaraciones. Venator miraba sin ver un gran charco que había junto a su caballo mientras seguía lloviendo.

—Recuerdo que una vez oí a unos prisioneros persas hablar del estandarte de Faridun. Significa tanto para ellos como para nosotros un estandarte de legión. Más aún. Dioses, si no se puede recuperar... —Venator meneó la cabeza—. Abascantio. Debí pensármelo mejor antes de ayudar a ese gordo seboso. —Echó una mirada cautelosa a Casio como si lamentara sus palabras.

Casio dio cuenta de que él aún no apreciaba el alcance ni la reputación del Servicio. Si un prefecto actuaba de ese modo en su presencia, no era de extrañar que los legionarios comunes se mostraran tan recelosos.

—¿Qué opinas de tu superior? —le preguntó Venator.

—Es todo un personaje, señor. Supongo que «gordo seboso» representa un cambio respecto a «Cara picada».

Venator sonrió con tristeza. Miró bien a Casio.

—Debo decir que no pareces en absoluto del Servicio, Córbulos.

—Es una larga historia, señor.

El caballo de Venator se sobresaltó por algo y se salió de la carretera. El prefecto lo controló rápidamente, y habló al animal con suavidad, acariciándole el cuello.

—¿Qué necesitas de mí, Córbulos?

—Todo lo que sabes. Del tesoro y el estandarte, de los hombres reclutados, de los planes de Gregorio.

—En los dos primeros puntos puedo ayudarte. En el tercero, no. Eso se lo debes a tu paranoico amigo Abascantio.

El intendente de la legión se hallaba en la cúspide de su realización como soldado romano. Los típicos militares de carrera con veinte años a la espalda solían ocupar rangos de responsabilidad que se encontraban únicamente por debajo del prefecto. Tomaban cientos de decisiones diarias y respondían de una organización con una población más grande que la mayoría de las ciudades, y con un presupuesto acorde. Eran al mismo tiempo el corazón y la columna vertebral de una legión, pero, además de la cima de la carrera de un legionario, también constituían el límite.

Solo los hombres de familia aristocrática podían aspirar a convertirse en tribunos o prefectos. Y aunque rara vez eran partidarios entusiastas del Servicio de Seguridad Imperial, los oficiales eran animales políticos y comprendían las razones de su existencia; tal vez incluso lo veían como un mal necesario.

Los intendentes —como la mayoría de los soldados de carrera— generalmente eran de otra opinión. Veían el Servicio y a sus agentes como poco más que unos estafadores mentirosos y sin principios, figuras misteriosas que no valoraban mucho los principios militares de la unidad, la dedicación y la lealtad. A los pocos minutos de conocer al intendente Lolio de la cuarta legión, Casio supo que no era de los que rompían con la tradición.

—Córbulo —anunció Venator—. Pertenece al Servicio de Seguridad Imperial.

—Buenas tardes —lo saludó Casio asiendo al intendente corpulento por los antebrazos. Estaba preparado para el apretón, pero se esforzó por no hacer una mueca cuando los dedos gruesos se le hundieron en la piel. Ya había habido bastante maltrato por un día.

—Cooperarás plenamente con él y le prodigarás todas las atenciones —añadió Venator.

—Por supuesto, señor —respondió Lolio con frialdad.

Se encontraban en el interior de una tienda amplia y sofocante próxima a la entrada principal. Al encontrar allí a Lolio, Venator había ordenado a la media docena de empleados que salieran para disfrutar de un poco de privacidad. Lolio había tenido trato directo con Gregorio, de modo que Venator quería que le diera todas las respuestas que él no podía facilitarle.

Los tres hombres estaban rodeados de mesas, casi todas cubiertas de papeles y artículos de escritura. Venator buscó una silla de respaldo alto y se sentó. Casio y el intendente se acomodaron cada uno en un taburete.

—Comienza —dijo Venator, agitando una mano hacia Casio.

Un poco sorprendido, Casio cayó en la cuenta de que debería haber hecho una lista de preguntas o por lo menos haberle pedido a Simo que tomara notas. Señaló con la cabeza un montón de papiros en blanco.

—¿Puedo?

Venator asintió.

Casio tomó una pluma de junco y dos papiros, y se acercó a una tabla de madera para apoyarse. Hubo un momento incómodo cuando intentó que fluyera la tinta a la punta de la pluma. Mientras la sacudía, advirtió que Lolio lo miraba con desdén. Tenía la pupila del ojo izquierdo rodeada de rojo en lugar de blanco. Casio hizo un esfuerzo por mirar para otro lado.

Por fin cayó una gota de tinta de la punta. Casio se recordó que no debía apresurarse; tal vez no se le presentara nunca más una oportunidad así.

—En primer lugar, señor, ¿cómo y cuándo llegaron a sus manos el tesoro y el estandarte?

—Ninguno de los dos viajó al oeste con el emperador porque no se hallaban con el resto del botín del palacio —respondió Venator, y se desplomó hacia un lado en la silla—. Hay un gran templo abandonado al sur de la puerta de Damasco que los palmiranos usaban como arsenal. Lo tomamos después de la rendición, pero no encontramos el tesoro hasta un par de semanas después, pues estaba escondido en una cripta secreta. Después de la partida de Aureliano. ¿Cuándo fue eso, Lolio?

El intendente consultó un grueso tomo encuadernado en cuero: el libro de registro de la legión.

—El 15 de agosto.

—Si tú lo dices... —dijo Venator—. Estabas allí cuando Tarquinio lo encontró, ¿verdad?

Lolio asintió.

—Buscábamos un lugar de almacenamiento fuera de la ciudad.

Venator se volvió hacia Casio.

—Tarquinio es un centurión de la tercera cohorte. Un hombre bueno además de sensato.

—Me gustaría ver esa cripta, si es posible —pidió Casio.

—Lolio te la enseñará más adelante.

El intendente se mostró menos entusiasta al respecto.

—¿Y qué pasó luego, señor? —preguntó Casio.

—Se lo notifiqué a Marcelino inmediatamente mediante una carta codificada que incluía una lista de todo lo que encontramos y una descripción del estandarte. Luego cerramos la cripta y apostamos a ocho hombres allí para que montaran guardia de forma permanente. Ninguno de ellos sabía qué vigilaba.

—Necesitaré hablar también con Tarquinio.

—No es posible —respondió Venator, enderezando la orla dorada de su manto—. Su cohorte ha vuelto a Zeugma.

—¿Tiene aquí al menos una copia de su libro de registro?

—No. Deben de estar en Zeugma.

—Me temo que tendré que investigar cualquier eventualidad —murmuró Casio.

La lista de los posibles sospechosos seguía aumentando. Entre ellos figuraban Lolio, Tarquinio y el mismo Venator.

—Ayer recibí una nota de Tarquinio —dijo el prefecto— confirmando que él y su cohorte habían llegado sin percances.

—¿Y hace cuánto que no tienes noticias de Marcelino?

Lolio comprobó de nuevo el libro de registro.

—Recibimos una respuesta el 24 de agosto.

—Había averiguado qué era el estandarte y había hablado de ello con el emperador —continuó Venator—. Dijo que el Servicio debía ocuparse de recuperar el estandarte y el tesoro. En la misma bolsa había instrucciones de Abascantio diciendo que un tal Gregorio se dirigía hacia allí.

—¿Y cuando llegó Gregorio?

—El último día de agosto —respondió Venator.

Lolio asintió sin consultarlo en el libro.

Casio lo apuntó, como había hecho con todas las fechas importantes.

—¿Ocurrió algo extraño en el período transcurrido entre la llamada a Antioquía y la llegada de Gregorio?

—Casi con seguridad, ya que estamos en Palmira —respondió Venator, echándose hacia atrás y cruzando los brazos—. Pero, que yo recuerde, no hubo nada relacionado con este asunto. Cambiamos la guardia con regularidad. No se permitió entrar a nadie más. —Se encogió de hombros—. Yo estuve lejos en el este la mayor parte del tiempo.

—Seguimos al pie de la letra las instrucciones del mariscal —dijo Lolio—. Un par de días antes de que Gregorio llegara, Tarquinio y yo envolvimos todo el botín y lo guardamos en pequeños barriles. Por encima esparcimos monedas de escaso valor y claveteamos las tapas. Nos llevó un día entero.

—¿Solo vosotros dos, señor?

—Me habría gustado delegar en algún muchacho, créeme, pero nos dijeron que no debían intervenir más hombres de los estrictamente necesarios.

—¿Cuántos barriles había?

—Dieciocho —declaró Lolio, frotándose el ojo rojo, que de repente le lloraba.

—¿Y qué pasó cuando llegó Gregorio?

—Llegó por la mañana temprano y hablé con él de inmediato —respondió Venator—. Estaba desesperado por ver el estandarte, del que tenía un boceto. Lo llevamos al templo y confirmó que era el auténtico. Entonces nos comunicó que quería partir esa misma noche. Dijo que él pondría el transporte, pero que necesitaría a diez de nuestros mejores hombres. Lolio, aquí presente, no se mostró particularmente satisfecho, pero Gregorio tenía una autorización.

—Tengo entendido que te basaste en ciertos criterios para elegir a los diez legionarios —lo presionó Casio.

—Y los cumplimos con exactitud —respondió Venator—. No debían ser amigos

entre sí, y tenían que ser italianos, veteranos y demás. Fue más difícil de lo que puedas imaginar.

—¿Y los elegiste tú personalmente, señor?

Venator hizo un gesto a Lolio para que respondiera.

—Hablé con diez centuriones en una reunión matinal, les comuniqué los requisitos y les pedí que me dieran un nombre a la hora de comer. Los nombres llegaron enseguida, los hombres tardaron más.

—¿Y no se les informó de nada?

—Solo de que estarían bajo el mando de ese tal Gregorio y que estarían fuera alrededor de un mes.

—Necesito ver sus expedientes, señor. Y me gustaría hablar con esos centuriones. Tal vez incluso con amigos de sus tropas, si hay tiempo.

—Seguramente podemos arreglarlo, pero no quiero que se arme alboroto. Mandamos continuamente a hombres en misiones especiales, pero casi nunca son de distintas centurias. Ya habrá dado bastante de que hablar. Si empieza a llamar a todos para interrogarlos, mañana lo sabrá la legión entera y pasado mañana los auxiliares.

—Entiendo, señor. Seré muy discreto. ¿De dónde salió el carro?

—De la ciudad —respondió Lolio—. Gregorio no me lo dijo. Del patio de un comerciante, a buen seguro. Era un trasto grande.

—¿Lo viste?

—Acompañé a los diez hombres hasta el templo. Gregorio me dijo que esperara al anochecer para hacerlo. Entonces todavía había toque de queda. Los ayudé a cargar y...

—Lo siento —lo interrumpió Casio—. ¿Qué impresión te causó Gregorio?

—Nervioso. Pero también lo estaba yo, a cargo de toda esa operación. —Lolio se rio entre dientes—. Incluso me hizo firmar.

—¿Y los hombres?

—No creo que ninguno estuviera muy satisfecho ante la perspectiva de emprender una marcha como esa, pero sabían que les triplicarían la paga.

—Fue idea de Abascantio —añadió Venator.

—Caminé con ellos hasta la puerta de Damasco —continuó Lolio.

—¿Y qué pasó con el piquete de guardia? ¿Con los centinelas?

—Los interrogué al día siguiente —respondió Lolio—. Pasaron por delante de nuestros centinelas un par de horas más tarde con rumbo al nordeste..., una zona de grandes haciendas que son propiedad de algunos de los palmiranos más ricos.

—¿Tienes los nombres de los centinelas?

—Puedo conseguirlos.

—Tal vez podamos establecer con más exactitud la dirección que tomaron.

—Yo no estaría tan seguro —replicó Venator—. Gregorio podría haber seguido cientos de caminos: las rutas de los nómadas, los senderos de los pastores...

—Pero el carro llevaba un cargamento muy pesado, señor. Tal vez dejó un rastro.

¿Ha llovido mucho desde entonces?

—No —respondió Lolio—. Pero se esperan lluvias pronto.

A Casio no se le ocurrieron más preguntas.

Venator se levantó.

—Debo irme. Si necesitas algo más, pídeselo al intendente. También te buscará alojamiento. Ven a verme al caer el día. —Dio medio paso y se detuvo—. Una cosa más, Córbulos. ¿Qué te ha pasado en el cuello?

VII

Sus aposentos resultaron ser una tienda amplia que había sido ocupada previamente por los escribanos de la tercera cohorte ya ausente. Había dejado de llover y Simo abrió las portezuelas de lona de ambos extremos para disipar la humedad del aire. Una cuadrilla de esclavos acababa de llegar con tres pequeñas camas y tres colchones rellenos de paja. Las camas estaban sólidamente construidas, pero tenían las patas cortas; unos cinco centímetros demasiado cortas, para Casio. En esos momentos se encontraba sentado en una, con los pies descalzos sobre el suelo arenoso y un montón de tablillas de madera en el regazo.

El intendente Lolio había cooperado, aunque de mala gana. Había hablado con un escribano de alto rango y este había logrado hacerse con los expedientes de seis de los diez legionarios. Por lo visto, los demás tardarían más en llegar; el administrador andaba corto de personal y la mayoría de sus hombres se encontraba en la ciudad redactando nuevas leyes tributarias con un tribuno. Sin embargo, había prometido tener el resto de los expedientes al día siguiente. A continuación, Lolio mandó recado a los centuriones que conocían mejor a los hombres de que al día siguiente los interrogarían.

En cada una de las tablillas de madera constaban los datos personales de tres o cuatro legionarios: nombre, fecha y lugar de nacimiento, estatura, marcas distintivas y nivel salarial. Casio ya había revisado a tres de los reclutados y no había encontrado nada de utilidad para Gregorio. Todos eran, en efecto, veteranos de origen italiano con una década de servicio por lo menos y numerosas condecoraciones. Casio había decidido copiar él mismo la información en un papiro. No quería pasar nada por alto. Al terminar con el tercer expediente, decidió tomarse un breve descanso y copiar los otros tres antes reunirse con Lolio; este había accedido a enseñarle el templo y la cripta antes del anochecer. Dejó a un lado la pluma de caña y se quedó mirando a una hilera de legionarios embarrados que pasaba por delante.

—Me pregunto si ya los ha encontrado.

—¿A quiénes, señor? —respondió Simo, que estaba ocupado extendiendo las mantas.

—A los hombres de la taberna. El prefecto Venator me dijo que los tendría con grilletes antes de que acabara el día.

—¿No es eso lo que quieres, señor?

—Sí, claro. Solo me gustaría saber qué harán con ellos.

—El optio Rulo y el centurión ya han sido informados. Ellos también serán castigados.

Casio se levantó y se llevó una mano al cuello.

—No te lo toques, señor —dijo Simo—. Tengo que ponerle más crema.

—Sí, sí, lo sé.

Venator también se había ocupado de que el cirujano jefe de la legión atendiera a Casio. El anciano griego le había examinado la espalda y la cabeza y había dictaminado que eran «simples moratones». El daño que se había hecho en el cuello era «puramente superficial», pero le había dado un tarro de unguento para aliviar el dolor donde la capa le había cortado la piel.

—Me alivia un poco. Aunque apesta.

—Debe de ser el vinagre, señor.

Casio miró a Indavara, que estaba de espaldas, vaciando las pocas posesiones de su bolsa.

—Viajas realmente ligero de equipaje.

Indavara no reaccionó.

—Supongo que debo darte las gracias. Literalmente me salvaste el cuello.

Indavara lo miró brevemente por encima del hombro y asintió.

Casio miró a Simo y puso los ojos en blanco. Le intrigaba saber qué trabajos había hecho exactamente ese hombre para Abascantio. Antes de que pudiera preguntárselo, Indavara recogió el arco y la aljaba.

—¿Me necesitas aquí? —preguntó.

—No. Pero lo haré dentro de una hora más o menos. ¿Vas a alguna parte?

Indavara levantó el arco.

—Hay un campo de tiro cerca de aquí. Parecía vacío.

—¿Tienes algún documento de Abascantio? ¿Una autorización o algo así? En caso de que alguien te pregunte quién eres.

Indavara hurgó en la bolsa. Sacó medio pliego de papiro desgastado y se lo entregó. Era una simple declaración escrita confirmando que era guardaespaldas y estaba al servicio de la oficina del gobernador de Siria. Llevaba un pequeño sello y la firma de Abascantio.

—¿Eres bueno al tiro? —le preguntó Casio.

—No soy malo.

—Asegúrate de ello. Creo que ya hemos tenido bastantes emociones por un día.

Indavara se marchó sin decir una palabra más.

—Por Marte, qué duro es tratar con él —exclamó Casio—. He mantenido conversaciones más fluidas con el gato de mi abuela.

Simo asintió mientras seguía vaciando las alforjas. A Casio siempre le sorprendía ver todo lo que el galo era capaz de meter en ellas. Además de sus túnicas, una toga, pantalones de montar, capas y capuchas, había paños para lavarse, toallas, sábanas, una almohada; sandalias de repuesto, zapatillas de fieltro y una caja de aceites y lociones que Casio consideraba esencial.

—Es bastante callado, señor.

—¿No has podido sonsacarle nada?

—No mucho.

—¿Has visto el estado en que se encuentran la boca de su caballo y su silla?

—Sí, señor. No creo que tenga mucha experiencia montando a caballo. Me ofrecí a ayudarlo, pero no pareció muy interesado.

—Parece un poco bobo, Simo. Pero es bueno con los puños. Se ocupó de esos tres celtas corpulentos con bastante facilidad. Por el momento tendremos que soportar su compañía.

Se acercó al pequeño montón de ropa que Indavara había dejado encima de su camastro. Se inclinó y la olió.

—¡Por los dioses! Y el hedor que desprende. Pensé que era el mejunje que llevo en el cuello. Simo, asegúrate de ventilar bien. Y aleja más mi camastro del suyo..., hay espacio. Y no te olvides de perfumar el ambiente esta noche antes de que nos retiremos.

El cuarto occidental del cielo resplandecía de color naranja y rosa al ponerse el sol sobre Palmira. Casio y el intendente Lolio enfilaron por el centro del camino que comunicaba el campamento con la puerta de Damasco, con Indavara y Simo a unos pocos pasos detrás.

A Casio le resultaba difícil conciliar la escena que tenía ante sí con la imagen del gran asedio evocado por el legionario Gerardo en la posada. El extremo meridional de Palmira estaba protegido únicamente por un muro de ladrillos de barro de metro ochenta de altura con muchas secciones dañadas; y no había torres ni puertas fortificadas.

—¿Las defensas eran esas cuando llegaron nuestras fuerzas? —preguntó Casio.

—Más o menos —respondió Lolio. Pero su reina tenía decenas de miles de guerreros dentro de ellas. La ciudad es grande y diseminada, y muchas personas se quedaron. Si hubiéramos ido de casa en casa, habría habido derramamiento de sangre. El emperador lo hizo bien. Una victoria sin librar batalla es la mejor victoria de todas.

Lolio señaló con la cabeza a la derecha y los cuatro descendieron por un camino más estrecho que corría paralelo a las murallas de la ciudad. Al final de este había un templo de grandes dimensiones. Dos legionarios montaban guardia. Un tercero disparó a sus pies cuando sus compañeros lo alertaron.

—Ya lo creo —dijo Casio—. La política de clemencia del emperador parece sensata.

—Y esta vez incluso perdonó la vida a los perros.

—¿Cómo fue eso, señor?

Aunque la cuestión de los rangos volvía a ser compleja, a Casio le pareció prudente demostrar a Lolio el máximo respeto.

—La primera ciudad que se resistió a él fue Tiana de Capadocia —explicó el intendente—. El emperador se enfureció al enterarse de que los habitantes se habían puesto del lado de los palmiranos y juró que no dejaría un perro con vida. Pero luego

entablaron las negociaciones de rigor y acabó perdonando a la ciudad, tal como había hecho aquí. Los hombres quedaron decepcionados; habían contado con un buen saqueo. De modo que anunció que iba a cumplir su promesa y dio órdenes de matar a todos los perros. Ellos se lo tomaron con buen ánimo y así lo hicieron.

—Supongo que es una manera de mantener las calles limpias.

Delante del templo había un patio amplio. Estaba cubierto de hierba y maleza, y en ciertas partes habían arrancado los ladrillos del muro. En el centro había un gran altar en el que habían tallado unos canales para drenar la sangre de animales sacrificados.

—Sea cual sea el dios al que se consagró, parece haber caído en desgracia —comentó Casio.

—No recuerdo el nombre —respondió Lolio—. Hay muchos por aquí, y todos me suenan igual. He oído decir que los adoradores pertenecían a un grupo que ofendió de algún modo a la reina. No se ha utilizado en mucho tiempo aparte de como arsenal.

Pese al mal estado en que se encontraba, el templo conservaba una imponente grandeza; las paredes estaban hechas de enormes bloques de piedra caliza; la fachada se hallaba dominada por cuatro columnas gruesas y gastadas por los elementos, y unos escalones altos y anchos conducían a una gran puerta de madera. En la base se encontraban los tres legionarios, con los brazos a los costados.

Lolio se quitó del cuello una llave colgada de una cadena y se la lanzó al de más edad.

—Abre la puerta.

El intendente miró entonces al hombre que había tardado en levantarse.

—¿Nombre?

—Decio Herio Fausto, señor.

—Fausto, ¿eh?... el afortunado.

El legionario hizo una mueca; sabía lo que se avecinaba.

—No por esta noche. Si quieres haraganear como un andrajoso habitante del este, te encontraré una ocupación útil.

Lolio miró hacia atrás en el patio.

—¿Sabes lo que hace mi mujer cuando vengo de permiso? Me pone a arrancar todas las malas hierbas del patio. Hasta el último brote. El dolor se me concentra en el trasero y al cabo de un rato también en la espalda. Pero eso no debería ser un problema para un muchacho como tú, sobre todo después de haber descansado a gusto. ¡Manos a la obra! No quiero ver nada verde en este patio.

El legionario apoyó la lanza en la columna más cercana, se quitó el casco y se dobló frente al matojo de hierbajos más cercano.

Después de tres intentos fallidos, el legionario de más edad por fin había logrado girar la llave en la rígida cerradura de hierro. Empujó la puerta chirriante para abrirla.

Lolio cogió la lámpara de aceite que había dado a Simo para que la llevara y entró.

—Esperad aquí —dijo Casio a Simo y a Indavara.

Con solo una hilera de pequeñas aperturas en lo alto para dejar entrar la luz, el interior del templo estaba casi completamente oscuro, y Casio permaneció cerca de Lolio mientras este avanzaba a tientas por el corredor central y sus pasos resonaban sobre las losas. Casio había esperado encontrar un espacio voluminoso, pero bajo la luz que la lámpara proyectaba en el interior vio que cada lado del templo estaba dividido en pequeñas cámaras. Todas estaban llenas. Había barriles repletos de lanzas y espadas, cascos y armaduras; incluso enormes bolas de piedra en el otro extremo de un patio: munición para las máquinas de asedio.

—Parte de ello ya estaba aquí —comentó Lolio—. El resto se lo arrebatamos a los palmiranos tras la rendición.

Al final del pasillo había unas escaleras empinadas por las que se subía a una amplia plataforma. A la derecha de esta había una puerta que comunicaba con una cámara grande. Casio había visto anteriormente esa distribución en las provincias orientales. Allí era donde se guardaba la imagen de culto; los devotos no deseaban que se viera el objeto sagrado desde el exterior. Mientras subía los escalones —todavía pisándole los talones a Lolio—, Casio reparó en los hoyos que habían dejado las rodillas de los devotos en la piedra.

Las paredes de la cámara estaban salpicadas de nichos vacíos, y en mitad del suelo había un espacio cuadrado con tierra debajo, seguramente los restos de un altar. Casio siguió a Lolio hasta la esquina izquierda. Allí habían amontonado una docena de bloques de piedra junto a una puerta baja con forma de arco. Más allá de esta había una escalera que descendía.

—Aquí había una pared falsa —señaló Lolio.

Casio lanzó una mirada interrogante hacia los bloques de piedra caliza. No eran tan grandes como los de los muros exteriores, pero seguían siendo muy pesados.

—¿Cómo habéis...?

—Levanta uno. Tal vez te sorprendas. —Lolio sostuvo la lámpara sobre el bloque más cercano—. Adelante, inténtalo.

Casio lo agarró con ambas manos y descubrió que podía desplazarlos con facilidad.

—¡Qué diablos!

Mientras devolvía el bloque a su sitio, Lolio desenfundó la daga y la clavó en la piedra.

Casio saltó hacia atrás.

—Calma, frumentario —dijo Lolio, retorciendo la hoja para arrancarla—. ¿Lo has visto? Es madera. Pero la han enyesado o pintado de manera que pueda pasar por piedra caliza.

Casio se echó hacia adelante para examinar las virutas de madera en la hoja de la daga.

—Hábil, ¿verdad? —continuó Lolio—. Lo vio Tarquinio; el color es un poco

diferente si lo miras de cerca. Había visto algo parecido en el norte durante la caza del tesoro.

—Señor, no quiero ser impertinente, pero ¿realmente crees, y esperas que yo crea, que un soldado que se mostró tan hábil desenterrando un botín encontró una cripta llena y se limitó a informar a sus superiores sin llevarse absolutamente nada?

Lolio se encogió de hombros.

—Personalmente, yo podría haber hecho lo mismo. A mi edad uno tiene que pensar en jubilarse.

Casio se quedó mirándolo. Entonces el intendente sonrió. Casio se dijo a sí mismo que debía relajarse; en el gran esquema de las cosas no tenía importancia si él o ese tal Tarquinio había hurtado un poco de plata u oro.

—¿Podemos entrar en la cripta?

—Sí. Sabe Júpiter las veces que casi me he roto la espalda allí dentro.

Lolio le pasó el farol.

—Adelante, estoy seguro de que no te pasará nada. No ha habido terremotos esta semana.

—¿Terremotos? —Casio se detuvo en lo alto de la escalera.

—Solo temblores. Son suficientes para derribar este viejo lugar, pero esta semana no ha habido nada. A veces eso solo significa que se avecina otro, pero... Estoy seguro de que no te pasará nada.

Convencido de que el intendente mentía, Casio descendió los nueve escalones hasta la cripta. Se respiraba un ambiente húmedo y mohoso, y en una esquina caían gotas de agua. Casio casi podía erguirse.

Caminó a lo largo de las cuatro paredes de la cámara —medía ocho pasos por cinco— estudiando el suelo a medida que avanzaba. La luz del farol se reflejó en algo. Se agachó y recogió una pequeña moneda de bronce. La sostuvo cerca del farol. El anverso estaba tan gastado que no se reconocía el retrato imperial que seguramente había representado en la moneda. El reverso mostraba lo que parecían ser dos espadas entrecruzadas y el final de una palabra que no supo leer. Lanzó una última mirada a la cripta y retrocedió hasta las escaleras. Encontró a Lolio sentado sobre uno de los bloques.

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó.

—Una moneda vieja. ¿Es una de las que utilizasteis para cubrir el tesoro?

Lolio examinó la moneda y se encogió de hombros.

—Probablemente.

—¿De dónde las sacasteis?

—Había un montón en una de las otras cámaras. Hoy día casi no tienen valor. Creo que las utilizamos todas..., nos aseguramos de que los barriles estaban llenos hasta arriba.

—¿Todas eran como esta?

—No tengo ni idea. Nos limitamos a arrojarlas dentro.

Casio devolvió el farol a Lolio y salió de la cámara detrás de él.

—¿No hay otra manera de entrar o salir?

Lolio hizo un gesto de negación.

—No.

Se abrieron paso por las escaleras y a lo largo del corredor.

—¿Así que llevasteis los barriles a la cripta, los llenasteis, los cubristeis con las monedas y los dejasteis allí?

—Sí. Y la noche que Gregorio y los hombres se marcharon, los sacamos al carro que aguardaba en el patio.

Casio se detuvo poco antes de llegar a la puerta para que los soldados no pudieran oírlo. Habló en voz baja.

—¿Y has dicho que los acompañaste un rato?

—Sí. La última vez que los vi se dirigían al valle de las tumbas. Supongo que es un mal presagio.

—Me gustaría seguir la ruta que tomaron, ir más allá de donde los vio ese centinela por última vez.

Lolio suspiró.

—Está bien, frumentario. Saldremos mañana a primera hora. También vendrá con nosotros el centinela. Ahora debes acudir al prefecto. Casi todas las noches toma una copa con los tribunos y no te querrá cerca para eso. Demasiadas preguntas incómodas.

Casio lo siguió hasta el patio. Se encontraron con la extraña visión de Simo e Indavara ayudando a arrancar malas hierbas al legionario Fausto. Los tres se detuvieron al darse cuenta de que los observaban.

Lolio frunció el ceño.

—¿Por qué lo ayudáis?

—Sí —añadió Casio—. ¿Por qué lo ayudáis?

—Es un trabajo duro, señor —respondió Simo con tono inexpresivo.

—Me gusta mantenerme ocupado —repuso Indavara, encogiéndose de hombros.

Lolio meneó la cabeza y se alejó por el patio.

VIII

—No dejes que se caliente mucho el vino —ordenó Venator.

Un criado anciano se acercó con prisas al brasero y apartó la olla. Casio estaba de pie en una esquina con las manos a la espalda, esperando a que el prefecto terminara de revisar unos papeles. Vio cómo el siervo regresaba al lecho del prefecto y continuaba haciéndolo con sábanas de algodón recién lavadas. La cama era enorme, con postes de madera ornamentados en cada esquina; y en el interior de la tienda había otros muebles voluminosos. Casio se preguntó cuántos carros se necesitarían para transportar las pertenencias del prefecto.

Venator dejó caer la pluma, se recostó y bostezó. Luego se levantó y se acercó a los tres sofás que había colocados en una U. Casio lo siguió hasta allí y esperó mientras se quitaba las sandalias de un puntapié y se acostaba, colocándose un cojín rojo debajo de la cabeza.

—Siéntate, Córbulos, siéntate —dijo Venator con impaciencia.

Casio se sentó en mitad de un sofá situado frente a él y trató de parecer relajado. Guardaron silencio mientras el siervo colocaba dos mesas a poca distancia y llevaba una copa de vino a cada uno. El prefecto tomó un sorbo largo y lento.

—Ah. Este es mi único y verdadero placer del día. ¿Y bien? ¿Tienes algo de lo que informar?

—He empezado a revisar los expedientes de los legionarios, señor, pero aún no he sacado nada en limpio. El intendente Lolio acaba de enseñarme el templo, y por la mañana me llevará a la carretera de Antioquía con el centinela que vio por última vez a Gregorio y a los legionarios.

—¿Alguna idea de lo que podría haber sucedido?

Casio ya había decidido ser franco con Venator. Aunque todavía existía la remota posibilidad de que él o uno o más de sus hombres estuvieran involucrados de alguna manera en el robo, su ayuda material podía resultar crucial; y su experiencia y su posición lo convertían en una importante fuente de asesoramiento.

—Tal como yo lo veo, señor, hay tres posibilidades. La primera es que alguien que estaba al corriente de la existencia del estandarte y el tesoro se encargara de organizar una emboscada al carro. El motivo podría ser simple ganancia monetaria o ventaja política, si conocía la importancia del estandarte.

Venator asintió.

—Continúa.

—La segunda, que les sobreviniera un destino inesperado al toparse con palmiranos, bandidos o lugareños, ¿quién sabe? Y la tercera, que alguien del grupo fuera el responsable.

Casio sabía cómo habría reaccionado el intendente Lolio ante la última de las tres

alternativas, pero Venator se mostró bastante circunspecto. Se irguió un poco más y se pasó los dedos por su suave cabello blanco.

—No trago a Abascantio, pero no es necio. Me cuesta creer que asignara semejante tarea a un hombre que no fuera de plena confianza. En cuanto a los legionarios, bueno, tengo tantos bribones en mis filas como cualquier prefecto, tú mismo puedes atestiguarlo, pero entre ellos no están los diez que dimos a Gregorio. Aunque uno o dos se enteraran de lo que había dentro de esos barriles y tramaran un plan, no veo cómo podrían haber derrotado a los demás. Estos hombres son veteranos. Héroe.

—¿Hasta qué punto son peligrosas las tierras que hay de aquí a Antioquía, señor?

—Son más seguras de lo que han sido en varios años, pero todavía hay palmiranos irregulares desperdigados por ahí, por no hablar de alguna que otra banda de bandidos entre ciudades. Gregorio podría haber tenido problemas, pero te aseguro que habría sido necesario un ejército fuerte y bien organizado para salir victorioso. Lo que nos deja con tu primera alternativa.

Casio asintió y bebió vino.

—Alguien enterado de antemano de la operación —añadió el prefecto—. Marcelino y los miembros de su Consejo. Aparte de Lolio, de Tarquinio y de mí, naturalmente.

Casio decidió que pocas conclusiones podían sacarse de la frialdad con que el prefecto se había nombrado a sí mismo como sospechoso.

—Y del Servicio, naturalmente. No estoy seguro de si Abascantio ha involucrado a alguien más aparte de a Gregorio y a mí. Luego está el correo imperial. Quería preguntarte hasta qué punto crees que es seguro.

—Bueno, por lo general se utiliza un código para las comunicaciones importantes.

—¿Cómo funciona exactamente?

—Eres realmente nuevo en todo esto, ¿verdad? ¡Amandio! —El esclavo se acercó a ellos arrastrando los pies—. Tráeme la caja más grande del estante superior. —Venator se volvió de nuevo hacia Casio—. Hay un libro de cifrado estándar con alrededor de doscientos códigos diferentes en él.

Casio había oído hablar de esos libros, pero nunca había visto uno.

—En una de las primeras ocasiones que me reuní con Abascantio acordamos verbalmente el método de cifrado que utilizaríamos —continuó Venator—, pero no dejamos constancia de ello por escrito. Desde entonces, cualquier información que uno de los dos consideráramos delicada se escribiría en ese código. Una práctica común.

Cuando el siervo volvió con la caja de madera, Venator señaló a Casio. El siervo dejó la caja en el suelo y abrió la tapa. En el interior había un libro encuadernado en cuero. Casio lo cogió y lo abrió. En cada página había un código diferente: algunos utilizaban números asignados a letras, otros utilizaban una fórmula o símbolos.

—¿Todos esos libros son iguales?

—Sí. Llegan de Roma.

—Pero cualquiera que tenga una copia podría consultar los códigos si quisiera descifrar una carta.

—Sí, pero son muy difíciles de obtener. Además, el ejército y el Servicio de Seguridad investigan y vigilan muy de cerca a los mensajeros. Ha habido incidentes en el pasado, naturalmente, pero ninguno en esta provincia, que yo recuerde.

Casio devolvió el libro a la caja y el siervo se la llevó.

—Señor, se me ocurre otro punto de vista. Alguien del círculo de Zenobia debía de estar al corriente de lo que había en la cripta. Si alguno todavía anda suelto, podría ser el responsable.

Venator reflexionó unos momentos sobre ello.

—La reina guardaba consigo casi toda su riqueza, y una buena parte fue capturada en Emesa. El hecho de que dejaran aquí el estandarte y el resto del tesoro podría indicar que no sabía nada.

—O que lo sabía, y lo mantenían en un lugar seguro y secreto, como una herramienta de negociación para lidiar con los persas.

—Es posible.

—¿Y qué hay de los cortesanos, señor? ¿Los ministros? ¿Los asesinaron a todos?

—El asesor de más confianza de la reina era Casio Longino. Creo que Zenobia intentó culparlo a él y a los otros de instigar la rebelión. Todos fueron juzgados y ejecutados.

—Pero alguien que supiera de la existencia del estandarte podría haber sobrevivido o pasado esa información a otra persona.

—Si ya lo sabían, ¿por qué no recuperaron el estandarte y el tesoro antes?

Casio se encogió de hombros. Más preguntas. Ninguna respuesta.

—Señor, ¿queda alguien en la ciudad que pueda ayudarnos con esto?

—Algunos de los que colaboran con nosotros eran altos cargos en la administración de la reina. Mañana haré indagaciones.

Las lámparas de aceite titilaron y sisearon cuando alguien entró en la tienda. Casio y Venator se volvieron y vieron a Lolio bajar una portezuela de lona. Se le veía triste y acalorado.

—¿Los tienes? —preguntó Venator.

Lolio asintió.

Venator se levantó y se puso las sandalias.

—Amandio, mi capa.

Meneando la cabeza con impaciencia mientras el anciano forcejeaba con un cajón, Venator cruzó rápidamente la tienda y cogió él mismo la capa. Se la echó sobre los hombros y apuró el vino.

—Vamos, Córbulos.

Se detuvo cerca de la entrada y seleccionó una larga fusta de cuero de una caja

cilíndrica de madera. Casio podía hacerse una idea de lo que los aguardaba fuera y sintió náuseas. Al salir de la tienda detrás del prefecto y de Lolio, vio cómo un centurión alto despedía a seis legionarios. Quedaron cuatro soldados colocados en hilera detrás de tres prisioneros. Los celtas estaban de rodillas, con grilletas en las muñecas y los tobillos.

Estan alzó la vista hacia Casio y clavó sus ojos pálidos llenos de pura rabia en los de él. Tenía la barbilla amoratada y un lado de la mandíbula parecía colgarle en un ángulo extraño.

—Creía que eran cuatro —dijo Venator.

—Uno de ellos se ha desmayado cuando lo hemos sacado de la cama —explicó Lolio—. Parece ser que el guardaespaldas lo golpeó con un taburete en la cabeza. Está en la enfermería bajo observación.

—Parece que tienes un buen hombre contigo, Córbulos —dijo Venator—. Claro que no deberías haber tenido que protegerte de hombres que reciben un sueldo de los cofres imperiales. ¿Son ellos?

Casio sabía que jamás olvidaría el rostro de Estan, pero escudriñó dos veces los rostros de los demás para cerciorarse.

—Sí, señor.

Venator se volvió hacia el capataz.

—¿Y qué hay de los otros que estaban en la taberna..., los auxiliares que se mantuvieron al margen?

—Se está investigando, señor.

Estan murmuró algo.

Venator lo atizó en el hombro con la fusta.

—Ni una palabra, perro. ¡Ni una maldita palabra!

La saliva de Venator cayó en el rostro de Estan y en el brazo de Casio. Estan inclinó la cabeza. La fusta le había rasgado la túnica dejándole un pálido verdugón en la piel.

Venator se volvió hacia Casio.

—Esta misma semana los llevarán ante un tribunal como es debido. Imagino que los flagelarán. Pero no quería que perdieras una oportunidad de resarcirte.

Casio asentía, pero en lo único que podía pensar era qué entendía exactamente el prefecto por «resarcirse».

—Supongo que sois caledonianos —continuó Venator, paseándose despacio frente a ellos—. Bueno, este hombre es un oficial del ejército romano. Lo que significa que vale por diez de vosotros. Y que si os encontráis alguna vez con él, o con cualquier otro oficial, no mostraréis más que deferencia, obediencia y lealtad. ¿Está claro?

Los otros dos celtas asintieron. También los habían golpeado en el rostro.

—Hablad.

—Sí, señor —respondieron los hombres en latín.

Estan permaneció callado e inmóvil, con la mirada perdida.

—Por Marte que este es terco, ¿verdad, Lolio?

—Como una mula, señor. Como una estúpida mula caledoniana.

—Bueno, tenemos que oírsele decir a él también. Vamos a ver si se le puede persuadir.

Venator entregó a Casio la fusta. El mango estaba caliente.

Casio lo cogió, pero tenía una excusa preparada.

—Señor, prefiero dejar que la justicia militar siga su curso. Gracias por tomar esta iniciativa en mi nombre, pero me...

—¿En tu nombre? No, Córbulos, no me has entendido. Esto tiene que ver con la disciplina. Mejor dicho, con la indisciplina. Se les ha de hacer entender que han obrado mal. Hay que darles castigos ejemplares. —Venator agitó una mano hacia los celtas—. Adelante. Intentaron asesinarte, hombre.

Casio miró a Lolio, quien esbozó una sonrisa mientras se secaba el ojo lloroso. El centurión alto también observaba con atención. Casio se acercó a Estan.

—A ese lo dejaremos para el final —ordenó Venator.

Casio se acercó a uno de los otros celtas, que inclinó la cabeza. Trató de pensar en la taberna y en lo que le habían hecho en ella, en el dolor. Trató de canalizar toda la ira y la frustración del día, y de repente se encontró arremetiendo contra el hombre, y golpeándole la cabeza y los hombros.

—¡Vamos! —gritó Lolio—. ¡Apuesto a que azotas a tu caballo dos veces más fuerte!

El siguiente golpe de fusta que propinó Casio dio al hombre en el brazo.

—Derrama un poco de sangre al menos —replicó Venator.

Casio impartió un último golpe en la cabeza del hombre. El celta gritó.

—Mejor, mejor —aprobó Venator.

Casio bajó la fusta. No podía soportar mirar al hombre.

—¿Ya has terminado? —le preguntó Venator cuando pasó por delante de Estan.

—Es suficiente, señor.

Venator se inclinó ante el primer celta.

—Oigamos entonces una disculpa del oficial.

—Lo siento, señor —dijo el auxiliar.

Casio se aseguró de poner suficiente ímpetu en el siguiente ataque para acabar pronto. Golpeó al hombre con fuerza tres veces, una en toda la cabeza y dos en el hombro. Al tercer golpe el celta cayó de lado con un gemido. El centurión lo irguió agarrándolo por el cabello.

Casio sintió cómo una bilis espesa le subía por la garganta. Tosió para despejarla. El centurión se rio.

—Creo que se está poniendo verde.

Lolio se rio entre dientes, al igual que un par de legionarios.

Venator levantó un dedo y los hizo callar en un instante. Bajó la vista hacia el

auxiliar.

—Bueno, esto es una cuarta parte de lo que yo te haría, pero supongo que tendrá que bastar. —Pegó al celta una bofetada en la nariz y señaló a Casio—. Tu turno.

—Lo siento, señor —dijo el auxiliar.

—Bien. Ya podéis llevaros a estos dos a la prisión. Dejadnos a este.

El centurión asintió y ordenó a sus hombres que levantaran a los presos, y los siete se alejaron por la avenida.

—Ahora, Córbulos —continuó Venator—, no vas a parar hasta que también obtengamos una disculpa de este.

Después de lo que había visto de Estan, a Casio le aterró pensar lo que podía ser necesario hacer para que cooperara.

—Por favor, mira al hombre. No estoy seguro de para qué sirve todo esto.

Venator frunció el ceño.

—Deberías estar agradecido, Córbulos. Hoy nos has causado considerables inconvenientes.

Casio hizo una inclinación.

—Gracias, señor. Lo estoy.

—Ya sé que no eres un verdadero oficial del ejército, pero tienes que enfrentarte a algunas duras realidades. El campamento no es un lugar para las medias tintas. Este hombre ha intentado matarte. ¿Qué pensabas que haríamos?

—No lo sé, señor.

—Obtendremos esa disculpa. Hay otros métodos a nuestra disposición. ¿No es cierto, intendente?

—Métodos probados, señor —repuso Lolio, dando unos golpecitos en la empuñadura de la daga con el pulgar.

—Parece que eres más dado a hablar que a actuar, Córbulos. ¿Por qué no intentas convencerlo?

Casio aún no podía creer que el prefecto pudiera mostrarse tan considerado y cortés y acto seguido tan chulesco y cruel. Tomó aire y miró a los ojos a Estan.

—Dilo, hombre. Ahórrate el suplicio. Solo discúlpate.

—A ti no, Flaco. Nunca.

Lolio se rio; Venator también.

Casio azotó al celta en toda la cabeza, dándole justo por encima de la oreja. Estan cerró los ojos un momento, pero luego alzó la vista y sonrió. Casio levantó el brazo y bajó la fusta con fuerza en el cuello. Continuó pegándole allí, hasta que Estan volvió la cabeza. Casio se desplazó hacia la izquierda y le dio con la fusta en plena cara. El celta levantó de golpe la cabeza y Casio desató una andanada de golpes contra él, sin importarle dónde lo alcanzaba siempre que pusiera hasta la última gota de sus fuerzas en cada golpe. Solo se detuvo al oír a Estan gruñir de dolor.

Casio se quedó allí de pie, sudoroso e intentado pensar a través del rítmico martilleo que sentía en la cabeza. Agarraba con tanta fuerza la fusta que se le

clavaron las uñas en la palma de la mano.

Estan tenía el cuello y el rostro muy marcados, y se le había abierto la piel en varios lugares. Ya no sonreía.

—No está mal, no está mal —dijo Venator. Bajó la vista hacia Estan—. Bueno, ¿estás listo para hablar?

Estan escupió en la túnica de Casio.

Venator chasqueó con la lengua.

—Eres un cabrón duro, ¿eh? Ahora sé por qué nunca logramos conquistar Caledonia.

Hizo una señal a Lolio con la cabeza, y este golpeó con la rodilla la espalda de Estan, arrojándolo de bruces al lodo. Luego colocó la misma rodilla entre los omóplatos del celta, inmovilizándolo. Bajó la mano y trató de asir el brazo izquierdo con grillete, pero Estan forcejaba.

—Ayúdalo, Córbulu —ordenó Venator—. Pisa el brazo.

—¿Cómo?

—Dirígete a mí con corrección, maldita sea. Ya me has oído, pisa el brazo.

Lolio había desenfundado la daga.

—¡No dejes que se mueva! —ordenó el intendente.

Venator empujó a Casio hacia ellos. Lolio dobló el brazo de Estan para tener la mano de este a su alcance. Casio le pisó el antebrazo con la bota.

—¡Ponte encima! —gritó Lolio.

Casio aumentó la presión. El barro rezumaba por debajo del brazo de Estan, que todavía forcejeaba.

Venator chasqueó de nuevo con la lengua, luego se le acercó y plantó el pie sobre el otro brazo de Estan.

—Date prisa, Lolio. —Luego gritó a su siervo—: Amandio, ve a buscar más vino. Mis tribunos estarán aquí dentro de nada.

Estan tenía el rostro aplastado sobre el barro y vuelto hacia Casio.

Lolio sujetó la muñeca de Estan con la mano libre.

—Solo dilo —dijo Casio a Estan—. Dilo.

—¿En qué dedo, señor? —preguntó el intendente.

—¿A quién le importa? Solo date prisa.

Di que te arrepientes. Solo di que te arrepientes.

Lolio hizo fuerza hasta que los dedos del celta se abrieron en el barro. Apoyó el filo de la daga en el meñique. Estan seguía forcejeando para liberar la mano. Lolio se hincó de una rodilla.

—No te muevas, maldita sea.

Presionó de nuevo la hoja contra el dedo.

Casio cerró los ojos con fuerza.

Dilo, dilo, dilo.

Lolio comenzó a cortar el dedo justo por debajo del nudillo.

—¡Lo siento! —gritó Estan—. ¡Lo siento!

Lolio dejó de cortar y Casio se apartó.

—Justo en el hueso —dijo Lolio bajando la vista hacia el dedo—. Podrás conservarlo, celta.

El intendente se puso de pie.

Lo primero que hizo Estan fue agarrarse el dedo mutilado con la otra mano. Luego cayó de rodillas con la mitad del rostro cubierto de barro.

Casio se llevó una mano al cinto y sacó el pañuelo que Simo insistía en darle todas las mañanas. Se lo entregó a Estan, quien lo aceptó y se envolvió el dedo con él.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad? —preguntó Venator—. Llévatelo de vuelta a la prisión, intendente. Y te pido disculpas por ocupar tanto tiempo de tu tarde.

—Señor.

Lolio ayudó a levantar a Estan tirándolo de la túnica y se lo llevó a la avenida, donde giraron a la izquierda. El celta se alejó cojeando, frenado por los grilletes. Lolio lo siguió sin dejar de provocarlo.

Venator clavó en Casio una mirada imperiosa.

—Deja la fusta en la entrada de la tienda. Amandio la limpiará más tarde.

Casio así lo hizo. Cuando volvió a salir, Venator señaló con la cabeza al celta que se marchaba.

—Esto ha sido una lección para ti, Córbulo. No durarás mucho en el Servicio si no tienes estómago para los asuntos crudos. ¿Cómo crees que tu amigo Abascantio obtiene las respuestas cuando las necesita? A su lado Lolio y yo somos principiantes en las oscuras artes de la coerción.

—Sí, señor.

—Piensa en ello. Ahora puedes retirarte.

Venator entró en la tienda. Casio se quedó un momento allí parado, escuchando el débil siseo de las lámparas de aceite y contemplado el entramado de hoyos y líneas que había dejado Estan al forcejear por el barro. Luego salió a la avenida, giró hacia la derecha y emprendió el regreso a su tienda.

Vaya día llevaba. Un día espantoso y lleno de violencia. Y sabía que lo que permanecería en su memoria no sería el recuerdo de los celtas intentado estrangularlo. Sería la visión de sí mismo —como si se observara a través de otros ojos— fustigando a un prisionero arrodillado y esposado hasta hacerlo sangrar.

Al acercarse a un cruce vio aparecer por la esquina a cuatro tribunos. Para evitar un encuentro incómodo, se escondió rápidamente entre las sombras de un carro lleno de lonas para tiendas de campaña.

Los tribunos se dirigían de buen humor a tomar su copa vespertina con el prefecto. Casio esperó inmóvil a que pasaran y escuchó con atención su conversación. Hablaban sobre arte.

IX

Sin llegar a ser tan verdes como las de Palmira, las tierras situadas al noroeste de la ciudad eran lo bastante fértiles para cultivarlas. La carretera que conducía a Antioquía viraba hacia el norte a partir de la puerta de Damasco, y estaba rodeada de campos, huertos y viñedos. Era una de las carreteras mejor mantenidas de Siria; de casi cuatro metros de ancho y construida con losas de piedra, estaba bordeada por ambos lados de un estrecho camino de grava para peatones. Después de recorrer más de una hora esa carretera, Casio solo había visto a un puñado de personas, la mayoría en las proximidades de una de las grandiosas y desperdigadas villas que habían dejado atrás. Solo unos pocos campos estaban debidamente atendidos; algunos de los cultivos se habían estropeado y otros todavía tenían que cosecharse. Incluso ese rincón tranquilo y pródigo del Imperio palmirano había sufrido los efectos de la guerra.

El intendente Lolio cabalgaba solo diez metros por delante. Tras los acontecimientos de la noche anterior se mostraba aún más desdeñoso con Casio y no había dicho ni una palabra desde que partieran del campamento al amanecer. Casio montaba junto a Indavara y al centinela que había visto a Gregorio y a su grupo, un joven legionario entusiasta llamado Mico. Simo había vuelto al campamento. Uno de los veterinarios de la legión había dictaminado que su yegua no iba a recuperarse rápidamente y se había visto obligado a buscar una nueva montura.

Casio observó al nutrido grupo de personas que desfilaba por el camino lateral en dirección a la ciudad.

—Seguidores de Bel —anunció Mico.

A la cabeza de la procesión iban cuatro sacerdotes con altos sombreros cilíndricos decorados con imágenes entrelazadas de las estrellas, el sol y la luna. Los silenciosos adoradores que los seguían tenían entre seis y sesenta años, y entre ellos había tantas mujeres como hombres. Ni uno de ellos reconoció la presencia de los jinetes que los observaban.

Habían recorrido casi un kilómetro de distancia cuando Lolio viró hacia la izquierda y los condujo entre los terrenos de las dos villas. Sortearon una amplia zanja y llegaron a una pequeña choza de piedra. Lolio gritó algo y aparecieron dos legionarios, que permanecieron rígidamente en posición de firmes mientras los cuatro hombres desmontaban y ataban los caballos a una valla. Lolio pasó junto a los dos centinelas. Casio y Mico lo siguieron.

—¿Qué hacéis? —preguntó el intendente—. Voy a orinar. Haríais falta los dos para sostenérmela, pero después de tantos años de práctica puedo arreglármelas yo solo.

Mico y los otros legionarios esperaron a que Lolio desapareciera detrás de la cabaña para echarse a reír. Casio se apartó de ellos y miró hacia el oeste. Tras un par

de kilómetros el mosaico de campos se convertía en una estepa llana y polvorienta.

—¿Es ese el borde del piquete de guardia?

—Sí, señor.

Justo al sur se encontraba la frontera de la ciudad; todavía se veían las cimas de las torres funerarias. Hacia el norte, a unas diez leguas de distancia, se sucedían las colinas onduladas.

—Cuéntame lo que viste.

—Era la tercera hora de la noche. Yo estaba aquí con Colias. —Mico se volvió para comprobar que Lolio no podía oírlos—. Se suponía que teníamos que permanecer despiertos, pero nos turnamos, como siempre. Yo hice el primer turno. Vi unas luces que llegaban del sur, paralelas a la carretera. Cuando se acercaron desperté a Colias y fuimos a echar un vistazo. Era algo insólito, con el toque de queda y demás.

—Así que debieron de abandonar la carretera principal antes que nosotros.

Mico asintió.

—Había una docena de ellos, así como un carro. Reconocí algunas caras.

—¿Llevaban antorchas?

—Dos en la parte delantera y dos en la trasera. Un hombre se acercó y nos enseñó sus papeles. Nos extrañó un poco, pues no llevaban el uniforme, pero al ver el sello del prefecto les dejamos seguir su camino.

Lolio salió de detrás de la cabaña abrochándose el cinturón. Se quedó de pie junto a ellos, secándose el ojo con un paño.

—Esto es de suma importancia —dijo Casio—. Intenta recordar la dirección exacta que tomaron.

Regresaron a la cabaña para que Mico se orientara.

—Estábamos sentados aquí dentro, mirando por la ventana. Creo que fue por ahí.

Casio siguió con la mirada la dirección del brazo extendido y levantó la vista hacia el sol.

—El nordeste. ¿Durante cuánto tiempo tardasteis en perder de vista las antorchas?

—Una hora tal vez.

—Tenemos que localizar el camino.

Lolio llamó a los dos centinelas y señaló a Casio.

—Haced lo que os pida este oficial. Yo me encargaré de guardar vuestro puesto. ¿Tenéis algo de comer?

—Solo el almuerzo, señor —ofreció uno de los hombres con tono reverente.

—Bastará.

Mientras Lolio regresaba a la choza, Casio formuló una última pregunta.

—¿Qué distancia calculas que habría entre las ruedas del carro?

Lolio respondió por encima del hombro, sin detenerse.

—Unos dos metros y medio.

Casio esperó a que entrara el intendente en la caseta para volverse hacia Mico.

—¿Estás de acuerdo?

—Sí, señor. Era grande e iba muy cargado. Habría dejado surcos profundos.

Casio llamó a Indavara. Tras lanzar una mirada preocupada hacia las nubes grises que llegaban del oeste, condujo a los cuatro hombres hasta el final de los campos.

—Así que hablaste con ellos en este lugar, Mico.

—Diría que fue exactamente aquí, señor.

Casio clavó la punta de la bota en el suelo. Había una capa de arena mezclada con guijarros sobre la tierra firme. El carro seguramente había dejado rastro..., pero las únicas huellas que se distinguían eran de animal.

—Cabras, señor —apuntó Mico—. Los lugareños las traen aquí continuamente para que pasten en los campos más crecidos... Podrían haber tapado los surcos.

—Tenemos que mirar bien. Estamos buscando huellas de carro..., surcos de unos dos metros y medio entre sí. Dos caballos tiraban de él y varios hombres caminaban al frente, detrás o a los lados. Avisad si veis algo.

Casio se situó en el centro, con Indavara y Mico a la izquierda, y los dos centinelas a la derecha. Colocó a los hombres a diez pasos unos de otros y les ordenó que siguieran avanzando rumbo al nordeste.

Al cabo de media hora se encontraban a más de un kilómetro y medio del piquete de guardia. Casio reunió a los hombres. Los cinco habían visto múltiples senderos hechos por cascos de caballo o por botas, pero no había señales de carros. O bien ya se habían borrado las marcas o simplemente las habían pasado por alto. Mientras las nubes se desplazaban por encima de ellos, Casio puso de nuevo a los hombres a trabajar.

Antes de que hubieran cubierto otro kilómetro, tenían los ojos enrojecidos de tanto mirar el suelo. Unos momentos atrás Indavara había llamado a Casio para mostrarle un camino de carro. Las marcas de las ruedas habían sido nítidas y tal vez incluso lo bastante amplias, pero solo iban acompañadas de un par de cascos de caballo. No podían ser del grupo de Gregorio.

Casio volvió a hacer un alto y meneó la cabeza mientras los demás se reunían con él.

—Tuvieron que pasar por aquí.

—Estoy seguro, señor —respondió Mico.

—Regresaremos y volveremos a reconocer el terreno. Cuanto más nos alejemos, más probabilidades habrá de que nos desviemos del camino.

—Señor, tengo una idea. —Mico señaló una vivienda situada a un kilómetro y medio al norte. De una chimenea salía humo—. El cabrero vive allí. Es un buen hombre..., le compramos leche la semana pasada. Apuesto a que se conoce esta zona como la palma de la mano. No hay nada malo en preguntar si vio algo.

—Adelante.

Seguían sin haber visto una sola huella nueva, y Casio estaba a punto de renunciar cuando Mico regresó con buenas noticias.

—Estamos de enhorabuena, señor. Hace un par de días el cabrero estuvo en uno de los antiguos caminos de los nómadas... y vio huellas. Se fijó porque nunca había visto a nadie utilizarlo. Dice que las marcas de las ruedas se ven tan claras como el día. Tres kilómetros al este de aquí.

—¿Nos las enseñará?

—Viene hacia aquí. Querrá que le paguemos algo.

Casio vio una pequeña figura alejarse rápidamente de la vivienda. El sirio los saludó con una mano.

—A los caballos —dijo Casio, ya corriendo.

Mandaron a los dos centinelas de vuelta a su puesto, y un Lolio rezongante se unió a Casio, Indavara y Mico cuando cruzaban a caballo la llanura al encuentro del pastor de cabras. El anciano había cubierto la distancia a una velocidad admirable. Estaba agachado a un lado de un sendero estrecho, pero al ver llegar a los romanos se levantó e hizo una inclinación. Tenía el costado izquierdo del cuerpo, de la oreja al tobillo, cubierto de una brillante erupción rosada. Señaló el suelo.

La huella de una rueda se distinguía con toda claridad, la otra no tanto. Casio desmontó y se acercó rápidamente a ellas.

—Parecen del tamaño adecuado.

—Todo apunta a que las has encontrado, frumentario —dijo Lolio, dando la vuelta al caballo.

Casio miró a lo largo del camino. Se extendía hasta donde le alcanzaba la vista en dirección al norte del nordeste.

—Tiene que serlo —se dijo. Le cayó una gota de agua en la mano. Levantó la vista y dos gotas más le salpicaron la cara—. Por César.

Encorvado y apretando los muslos contra la silla de montar, Casio asió las riendas con fuerza cuando su yegua emprendió el galope a través del palmeral. Ya había sorteado un par de raíces prominentes con las que podría haber tropezado, y cuando la ruta describió un brusco giro alrededor de un árbol, esquivó por los pelos a un lugareño que llevaba un barril sobre la cabeza. Podría haberlo arrollado fácilmente, pero no hubo ningún gesto o grito de protesta. Casio sonrió; ser un oficial del ejército romano tenía sus ventajas.

Cabalgar hacia el este de la ciudad para reunirse con Venator le permitió disfrutar al menos de unos momentos de respiro en un día cada vez más frustrante. No paraba de llover, ligera pero insistentemente, y Casio se encontró mirando al cielo cada

pocos minutos, esperando desesperadamente que se despejara.

La decisión de seguir el sendero fue fácil; el breve período que había permanecido en Palmira no había proporcionado nada particularmente prometedor y siempre podía regresar si las huellas de carro conducían a un callejón sin salida, ya fuera literal o metafórico.

Simo e Indavara estaban ocupados preparando el equipaje. Como no tenían ni idea de cuánto tiempo estarían en el desierto o adónde los conduciría el sendero, Casio le había pedido al galo que comprara suficiente comida y agua para toda una semana. Lolio pareció aliviado de no tener que seguir velando por él, e incluso accedió a procurar una montura al anciano sirio, que enseguida se había brindado a actuar de guía. Parecía muy preocupado por lo que haría con sus cabras, pero había prometido reunirse con ellos de nuevo en el sendero al mediodía. Casio había estado la última hora buscando a Venator. Nadie parecía saber dónde estaba, y solo después de preguntar a un tribuno averiguó que se encontraba en las murallas orientales de la ciudad, supervisando unas obras. También logró encajar una visita al escribano, quien le prometió transcribir los expedientes de los cuatro legionarios restantes en papiro.

Las palmeras eran cada vez más escasas. Casio aminoró la velocidad y se salió del camino para esquivar a un par de caballos que tiraban de vigas de madera. A su izquierda estaba el extremo suroriental de la muralla de la ciudad, tal vez aún menos impresionante que el occidental. Más adelante, una enorme cuadrilla de esclavos estaba ocupada cavando; trescientos hombres por lo menos, desperdigados a lo largo de una zanja marcada con postes y cuerdas. Allí también había capataces blandiendo largas varas mientras patrullaron la zanja. Los únicos romanos a la vista eran oficiales: cuatro centuriones y dos tribunos de pie alrededor de una mesa cubierta de papiros. Escuchaban con atención al séptimo hombre sentado a la mesa: el prefecto Venator.

Casio dio bandazos sobre su yegua en una y otra dirección entre bloques de basalto, luego se detuvo y desmontó. Los oficiales levantaron la mirada mientras se acercaba. Venator —cuyas manos estaban plantadas sobre un mapa— dejó de hablar y se giró en redondo.

—¿Es importante? —preguntó. Al levantar las manos de la mesa, la hoja de papiro se enroscó y cayó de la mesa.

Casio se sonrojó cuando los tribunos y los centuriones se quedaron mirándolo.

—Sí, señor.

Venator se dirigió a sus oficiales.

—Id a revisar vuestras secciones. Nos reuniremos de nuevo dentro de una hora.

El prefecto se dirigió a uno de los bloques de basalto y se sentó. Casio ató el caballo a una palmera y se apresuró a acercarse.

—¿Y bien?

—Hemos localizado el camino, señor. He contratado a un guía, y lo seguiremos hasta donde sea posible.

—Debéis daros prisa. Se acerca la lluvia.

—Partiremos dentro de una hora, señor.

—¿Qué hay de los expedientes?

—Los tendré todos antes de partir, señor.

—Bien. Mientras tanto, intentaré averiguar todo lo posible acerca de lo que hablamos ayer: el templo, los palmiranos, quién sabe qué...

—Gracias, señor. Y si descubres algo importante, lo que sea...

—Te mandaré recado a la dirección de Abascantio en la capital. Utilizando el código habitual..., el treinta y dos.

—El treinta y dos, señor.

Venator soltó un largo suspiro e hizo un gesto hacia los trabajadores.

—Qué tarea la mía. Marcelino me insta a mantener a los palmiranos débiles, pero el emperador quiere fortalecer las defensas de la ciudad ahora que vuelve a ser una posesión romana. Si algún día acabamos de levantar los nuevos muros, cuento con recibir órdenes al mes siguiente de derribarlos.

Se mesó los cabellos. Casio se preguntó cuándo se habían vuelto blancos.

—Bueno, señor, supongo que debo...

—Un momento, Córbulu. Ayer por la noche..., los auxiliares. Imagino que te cogió por sorpresa. —Venator sonrió—. Me tenías por un caballero.

—Ha sido todo un honor conocerte, señor.

El prefecto rechazó el comentario con un ademán.

—Nada de adulaciones, muchacho. Ya recibo bastantes de mis tribunos. Vosotros, los frumentarios, no gozáis de muchas ventajas. Una de ellas es no tener que ascender en el escalafón.

—He hablado con sinceridad, señor. Con respecto a lo de anoche, la culpa fue enteramente mía.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno, señor.

—Solo tienes tres años más que mi hijo mayor. —El prefecto cruzó los brazos—. Lo que vi anoche fue a un hombre joven luchando consigo mismo. Conozco esa lucha. Todos los oficiales que han llevado alguna vez un penacho la conocen. Pero así es la vida, un trabajo sucio tras otro, y en el Servicio te encargarán los más sucios de todos. Recuerdo lo que solía decirme mi antiguo prefecto..., aunque en aquellos tiempos todavía se llamaban legados: «Eres un oficial romano. Y un oficial romano no puede ser un solo hombre. Tiene que ser dos, tres o cuatro». Hay mucha verdad en eso. ¿Crees que el hombre que viste anoche es el mismo que vuelve al lado de su familia de permiso? ¿Que va al teatro con su esposa y tiene una pequeña charla con sus amigos respetables? ¿Que pasa horas negociando con los malditos palmiranos? ¿O el mismo incluso que se dirige a ti ahora? Yo tampoco soy muy entusiasta del hombre que visteis anoche. No simpatizo mucho con él. Pero sé que lo necesito. Al igual que tú necesitas al hombre que le dio una buena paliza a ese celta.

Casio miró al suelo. Todavía se sentía avergonzado al pensar en ello.

—No, no. Con la cabeza alta, muchacho. Acéptalo. Necesitas a ese hombre para llevar esta clase de vida. Debes tener cuidado de no convertirte en él, pero lo necesitarás. Si quieres encontrar ese maldito estandarte, por Júpiter que lo necesitarás. No tengas miedo y haz lo sea preciso. Por mi parte, estaré en deuda si resuelves este asunto.

—Haré todo lo posible, señor.

—Pues buena suerte. Y mantén cerca a ese guardaespaldas.

Tras haber reunido los expedientes recién copiados por el escribano, Casio encontró a Simo y a Indavara esperándolo frente a la entrada principal del campamento con sus monturas cargadas de cantimploras de cuero, bolsas de comida, leña y forraje para los caballos. Atado a la parte trasera de la silla de montar de Simo había un poni de aspecto plácido que muy pronto se convertiría en la montura del pastor de cabras.

Las alforjas de Casio estaban en el suelo. Desmontó y sostuvo las riendas mientras Simo se dedicaba a colocarlas.

—¿Tienes todo?

—Sí, señor —gruñó Simo mientras levantaba una de las bolsas.

—¿La cabeza de lanza?

—Sí, señor.

—¿El dinero?

—Sí, señor.

—¿Todos mis papeles?

—Sí, señor.

Una pequeña columna de caballería entró trotando en el campo, e Indavara miró más allá de ella y meneó la cabeza.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Casio.

—Anoche tuve un sueño —respondió el guardaespaldas con el entrecejo fruncido.

—Felicidades.

—Había animales.

—Qué emocionante.

Casio sabía adónde quería ir a parar; Indavara parecía la clase de hombre que atribuía funestas consecuencias a sus fantasías nocturnas.

—Déjame adivinar. Búhos.

—¿Cómo lo sabes?

Casio puso los ojos en blanco.

—Soñaste con búhos, así que tendremos tormentas en nuestro viaje. Tonterías. Tal vez haya y tal vez no. Tus sueños no tienen nada que ver con eso. Es la voluntad de los dioses o lo que sea que controla estas cosas. Mi tía se pasa un mes sin viajar si sueña con estatuas en movimiento. Pero ella es una anciana boba. ¿Cuál es tu excusa?

Indavara frunció el ceño.

—Creía que los búhos significaban que nos asaltarán bandidos.

—Ah, nunca he oído esa versión, pero al menos es un poco más realista. Sí, es posible que nos asalten bandidos, así que ten el arco a mano y la espada afilada.

—Deberíamos esperar al menos hasta mañana —insistió Indavara.

Casio se volvió hacia Simo.

—Por Marte, habla en serio.

Indavara se encogió de hombros.

—Pensé que debía decírtelo.

—¡Eh, tú!

Casio e Indavara alzaron la vista hacia un soldado de caballería que se había detenido y señalaba a Indavara con la cabeza.

—Tú eras gladiador, ¿verdad?

Indavara se apartó del camino sin decir una palabra. Mientras manoseaba su silla de montar, el jinete lo examinó un instante más, luego se volvió y gritó a un amigo que iba uno de los últimos de la columna:

—¡Ven, Sita! ¡Tenemos a un gladiador famoso aquí!

Sita acercó su montura a la de su amigo.

—Lo recuerdo... Lo vimos en Julia Pietas, ¿verdad? Hace un par de años.

Sita asentía.

—Tienes razón, Ruso. Es él. Recuerdo la oreja.

Indavara fingió ignorar a los hombres, aunque sin mucho éxito. De hecho, parecía enfadarse por momentos.

—¿Cómo dices que se llama, amigo? —preguntó Ruso.

—Indavara —respondió Casio.

El guardaespaldas lo fulminó con la mirada.

—¡Eso es! —exclamó Ruso, dando una palmada a la silla—. Multipliqué por dos el dinero de mi apuesta gracias a él. Un cabrón duro. ¿Qué haces aquí, amigo?

Indavara se encogió de hombros.

Se reunió con ellos otro soldado de caballería.

—¿Has dicho Indavara? Todo el mundo al otro lado de Bizancio ha oído hablar de él. Ganó veinte combates y su libertad. Mató a un alemán de más de dos metros de estatura y luego a un oso... solo con una daga. Mi hermana lo vio.

—Vaya, vaya —dijo Casio.

Simo también escuchaba.

—Eh, amigo, haznos una pequeña demostración —le pidió Sita.

—No, él no es de esos —dijo el tercer legionario—. Solo es duro y rápido, además de astuto.

Indavara tomó las riendas de su caballo, le dio la vuelta y se alejó por el camino.

—¡Vamos, solo un truco! —gritó Ruso.

—Canalla miserable —murmuró Sita cuando Indavara no podía oírlo.

El tercer legionario dirigió su atención a Casio.

—¿Es tu guardaespaldas, señor?

—Así es.

—Debió de costarte una fortuna.

Sita sonrió con picardía.

—Nunca te pongas a malas con él, señor.

Casio y Simo miraron hacia la carretera. Indavara se volvió un instante hacia ellos y siguió alejándose.

X

Seguir el rastro resultó sorprendentemente fácil. Gregorio no se había apartado del camino y las huellas de las ruedas solo se volvían confusas sobre suelo duro y seco. Simo sabía suficiente arameo para comunicarse con el cabrero, quien parecía emocionado de montar un poni, y mantuvo un buen ritmo durante todo el día.

Al caer la tarde, las huellas bordearon una montaña; el flanco occidental de una cordillera que se extendía unos sesenta y cinco kilómetros al este. Los abruptos lados del risco estaban surcados de franjas horizontales amarillas, marrones y negras, y la cima, que parecía cortada a pico, formaba una gran escarpa.

Casio alzó la vista hacia un par de águilas de alas anchas que describían círculos a cien metros de altura. Sabía por el mapa que el camino de Antioquía se abría paso a través de las montañas y viraba hacia el norte en dirección a la ciudad de Seriane. Al acortar entre esa cordillera y otra más pequeña al oeste, Gregorio había tomado la ruta más directa posible.

Como su decisión de seguir el sendero parecía haber sido acertada, Casio estuvo toda la tarde animado. Incluso le dio tiempo de leer los expedientes de los otros cuatro legionarios; varios de los hombres que habían recorrido ese camino apenas dos semanas atrás. De nuevo, no encontró en ellos nada excepcional. Cuatro veteranos italianos más con muchas condecoraciones y ningún motivo para dudar de su honradez y lealtad.

—Bueno —dijo él, volviéndose hacia Simo—. Llegaron hasta aquí.

—En efecto, señor.

Casio solo les había contado a Simo y a Indavara lo esencial. Ellos no sabían nada del estandarte, únicamente que seguían a un grupo que había escoltado un cargamento de gran valor.

—¿Quieres la capa, señor? Está refrescando.

—No, no. Estoy bien.

Casio miró hacia el sol.

—Quedan otras dos o tres horas de luz. Si pasamos por otro edificio en condiciones, nos detendremos para pasar la noche en él.

A pesar de que en esos momentos se estaban adentrando en el profundo desierto sirio, siempre parecía haber a la vista alguna construcción. Ya habían dejado atrás tres aldeas y varias casas de piedra aisladas que habían sido abandonadas hacía mucho. No habían tenido tiempo para procurarse tiendas de campaña y tampoco habían contado con espacio para transportarlas; uno de esos viejos edificios tendría que servirles de refugio para pasar la noche.

Casio asintió por encima del hombro.

—Creo que nuestro amigo exgladiador no está disfrutando mucho.

Aunque ya habían advertido su escasa facilidad para montar, solo entonces se percataron de lo incómodo que parecía sobre la silla. Continuamente reprendía al caballo, sin llegar nunca a azuzarlo, y a menudo se le veía retorciéndose, incapaz de encontrar una posición cómoda. Ambos le ofrecieron unos consejos, pero era evidente que nadie le había enseñado a montar como era debido, por lo que en esos momentos Indavara iba a pie, tirando de las riendas del caballo y arrastrando los pies, cabizbajo.

—Es bastante común que los gladiadores se conviertan en guardaespaldas —continuó Casio—. Eso explica muchas cosas.

—¿Te refieres a las cicatrices, señor?

—No solo eso, Simo. Su semblante. Probablemente lo capturaron como prisionero de guerra o..., si todavía no nos ha abandonado la mala suerte, como delincuente. Esos hombres se mantienen con vida solo para combatir. Son tratados brutalmente. Y no hace tanto tiempo que lo soltaron. Ese soldado ha dicho que lo vio en la arena hace dos años. No es de extrañar que le vengan grandes las sutilezas de la vida cotidiana.

—Supongo que debe de haber matado a muchos hombres.

—No es una suposición. Y con gran eficacia, a juzgar por lo que vi en la taberna. Por los dioses, y pensar que vamos a pasar noches enteras aquí solos con él...

—¿Realmente lo temes? Ayer te ayudó.

—Solo cuando supo que recibiría su dinero. Esconde bien las monedas, Simo. Y no bajas la guardia en su presencia. Puede que parezca tranquilo e incluso tímido, pero no te olvides de qué es.

Una repentina ráfaga de viento sopló alrededor de la base de la montaña. Casio se estremeció.

—Creo que me pondré la capa.

El sol se hundía cerca del horizonte cuando el rastro de las huellas los llevó a una pequeña granja. Sus paredes irregulares estaban hechas de bloques de basalto oscuro. Tan pronto podría haber tenido veinte años como cien. Mientras Casio, Simo y el sirio desmontaban, el galo tradujo las palabras del anciano.

—Dice que también se pararon aquí.

Casio examinó la tierra removida frente a la puerta.

—Ya se ve.

Recordando que Gregorio había partido al atardecer (y tenía previsto viajar únicamente durante la noche), Casio supuso que habían parado al amanecer; la oscuridad y el carro habrían frenado su avance. Los dos grupos habían recorrido la misma distancia en la primera etapa de su viaje.

Se adentró distraído en la granja. En una esquina, cerca de la única ventana, se veían los restos de una pequeña fogata. El suelo polvoriento estaba cubierto de

huellas que se entrecruzaban. Casio imaginó que habían tenido que apretujarse para caber todos allí dentro. Pese a la penumbra, Casio se tomó su tiempo para inspeccionar cada palmo de suelo mientras todavía hubiera suficiente luz. Solo encontró unas pocas cortezas de pan.

Fuera, el sirio repartía forraje entre los caballos. Simo se había llevado la montura de Casio y la suya, y vaciaba las alforjas delante de la granja. Indavara llegó, tirando aún del caballo. Soltó las riendas, dejó al animal allí mismo y se sentó debajo de la ventana para desabrocharse las botas.

Después de tanto hablar del pasado violento de su guardaespaldas y de la preocupación que este le inspiraba, Casio decidió que se sentiría más tranquilo si lograba al menos entenderse con él.

—Tendré que enseñarte a montar.

Indavara se quitó una bota y examinó una desagradable hilera de ampollas en el talón.

—Hablo en serio —añadió Casio, deteniéndose junto a él—. Te necesito en buenas condiciones, y tenemos muchos kilómetros por delante. Tendrás que aprender en algún momento.

—Ahora no.

—Por supuesto que ahora no.

—Quiero decir que no quiero hablar de esto ahora. —Indavara se quitó la otra bota.

Casio se encogió de hombros y entró de nuevo en la granja.

—Bueno, puedo tolerar tener un guardaespaldas grosero, pero no uno cojo.

Cogió dos mantas y se tumbó en una esquina mientras Simo trasladaba todos los bártulos al interior de la granja. Pensó de nuevo en los legionarios. Todos tenían expedientes impecables. Pero ¿y si habían averiguado qué era lo que protegían? Habían muerto muchos hombres en los últimos meses. La campaña contra los palmiranos había sido difícil y costosa, y en el estado en que se encontraba el Imperio, pocos legionarios podían esperar llevar una vida pacífica en los próximos años. ¿Alguno de ellos había visto una oportunidad para huir? ¿Y qué había de Gregorio? ¿Había sido él quien se había dejado tentar o coaccionar para cometer un acto de traición? Tal vez todos eran inocentes, víctimas de un asalto imprevisto.

A pesar de esos pensamientos oscuros, Casio estaba cansado y enseguida se durmió. Solo se despertó al oír el ruido metálico de las cacerolas.

Fuera había oscurecido. Los otros tres estaban en el interior: Simo había encendido una lámpara de aceite y sacaba comida de un saco; Indavara y el sirio preparaban los lechos.

—Ah, ya estás despierto, señor —dijo el galo—. ¿Te parece bien que hagamos un fuego? Sería agradable tomar algo caliente. Tengo un guiso aquí. Y puedo calentar también un poco de vino.

—No veo por qué no. El otro grupo lo hizo.

—Quizá ese fue su primer error —observó Indavara.

—Adelante, Simo —dijo Casio—. Hace horas que no nos cruzamos con nadie.

Simo asintió e introdujo una mano en la alforja donde guardaba los utensilios para encender un fuego.

El anciano dijo algo, se levantó y salió.

—Ha ido a ver a los caballos —explicó Simo mientras colocaba hierba seca y pedazos de corteza en un círculo al lado de la leña.

—Dile que se asegure de que están bien atados —dijo Casio.

Mientras el galo lo hacía, Indavara recogió su aljaba y se acercó a la lámpara de aceite. Seleccionó una flecha y empezó a comprobar el asta y las plumas. Casio se sentó junto a él.

—Esos hombres han dicho que te vieron pelear en Julia Pietas. ¿Es allí donde obtuviste la libertad?

—Sí.

—¿Cómo fue? —preguntó Casio, observando cómo Simo envolvía un extremo de una piedra de sílex tallada con un pedazo de tela carbonizada.

—Prometieron que el gladiador que sobreviviera veinte combates sería puesto en libertad.

—Veinte son muchos, ¿no?

Casio no sabía gran cosa acerca de los juegos; su familia más bien los desaprobaba. Él compartía la opinión de que eran una práctica bárbara, pero siempre le había intrigado lo que ocurría en la arena.

—Lo son.

Simo sacó el atizador, un instrumento de hierro en forma de C.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Casio.

—Hace un año y medio.

—¿Y cómo has venido a parar a Siria?

Indavara le sostuvo por fin la mirada.

—¿Por qué me haces tantas preguntas?

Simo se preparó y golpeó el atizador contra el pedernal. Obtuvo una buena chispa, pero la tela carbonizada no era ligera y fueron necesarios cinco intentos para conseguir una llama. Con delicadeza prendió fuego a la hojarasca y fue añadiendo los primeros pedazos de madera.

—Me parece que vamos a pasar mucho tiempo juntos —respondió Casio—. Tal vez sería agradable que supiéramos un poco los unos de los otros. Puedes hacerme preguntas si lo deseas.

Indavara reflexionó unos momentos sobre ello. Deslizó dos dedos por las plumas de la flecha para enderezarlas.

—¿Por qué te atacaron esos hombres ayer en la taberna?

—Hubo un malentendido.

Indavara frunció el ceño.

—Debió de ser muy grande.

—Es complicado —respondió Casio, sabiendo que si le daba una verdadera explicación de lo ocurrido parecería muy necio.

Simo estaba colocando las varillas de hierro que sujetarían el espetón sobre el fuego.

—Pueden entrañar un gran peligro —dijo Indavara.

—¿Quiénes? ¿Los celtas?

—No. Las tabernas.

—A veces.

—Por eso tuve que irme de Pietas.

—¿Qué quieres decir?

—Por las tabernas.

Exasperado, Casio levantó las manos.

—Deja de hablar con acertijos, hombre. Explícate.

Indavara frunció el entrecejo y se frotó la nuca, pero continuó:

—Las tabernas. Cada vez que entraba en una, alguien quería pelear conmigo.

—Ah, ya veo. Para probarse a sí mismos y ponerte a prueba. Te cansaste de eso.

—Sí. Y maté a un hombre.

Casio logró con gran esfuerzo no mirar a Simo.

—Sigue.

—No era mi intención, pero eran cuatro. Yo estaba en un rincón. Nadie salió en mi auxilio. Los demás apostaron dinero sobre quién ganaría. Después, los hombres del juez salieron a buscarme.

—¿Así que te fuiste a Oriente?

—Utilicé todo el dinero que tenía para llegar a Bizancio.

—¿Y qué pasó?

—Un hombre me reconoció de los tiempos en que combatía en la arena. Dijo que tenía un trabajo para mí.

—¿Abascantio?

—No, otro. Trabajé unos meses para él. Fue él quien me recomendó a Abascantio. De Bizancio fuimos a Tarso y luego a Alepo. Tenía que proteger a un hombre y a su esposa en su villa. Cuando el trabajo terminó, me enviaron a buscarte.

—¿Qué te parece este trabajo?

—Por lo general es fácil.

—Excepto cuando tienes que montar a caballo.

Indavara se encogió de hombros. Guardó la flecha en la aljaba y sacó otra.

—¿Cómo es que nunca has aprendido a montar? —le preguntó Casio—. ¿Qué ocurrió antes? ¿Te tomaron prisionero?

Indavara guardó silencio.

—Supongo que así fue como llegaste a ser gladiador...

Indavara deslizó los dedos a lo largo de la flecha.

—¿Y bien?

—¿Tenéis mucha hambre? —les preguntó Simo—. ¿Señor?

Casio se apartó de Indavara, que sostenía la flecha a solo unos palmos de su rostro. Simo le mostró un gran tarro de cristal lleno de guiso.

—¿Qué hay dentro?

—Cordero con verduras, señor. De ayer.

—Es suficiente para mí.

Simo se volvió hacia Indavara.

—¿Señor?

—No tienes que llamarlo señor, Simo. Para ti es Indavara.

Indavara no parecía nada interesado en cómo se dirigían a él; miró fijamente el guiso.

—Comeré lo mismo que tú.

Simo vació el tarro en una olla profunda y la colgó sobre el fuego.

Casio volvió a mirar a Indavara. Consideró retomar el interrogatorio, pero decidió no hacerlo. Al menos ya sabía algo.

—¿Qué tal si te doy una clase de montar por la mañana?

Indavara enrollaba hilo alrededor del extremo de la flecha. Al cabo de un rato asintió.

Una sed repentina despertó a Casio en mitad de la noche. Se le cayeron las mantas al suelo cuando se levantó para ir a beber algo. El fuego casi se había apagado; solo quedaban unos leños humeando en la oscuridad. Pasó por delante del sirio que roncaba y vio al lado de Simo una calabaza llena de agua. La cogió, y se disponía a beber de ella cuando advirtió que Indavara no estaba.

Luego oyó los caballos. Muchos caballos que avanzaban a gran velocidad.

Salió, pero no vio nada. El suelo arenoso estaba frío y duro bajo sus pies descalzos cuando cruzó la puerta. El ruido parecía provenir del oeste. Se apresuró a asomarse por la esquina y miró hacia la llanura. Había cuatro manchas de luz: antorchas que se movían de norte a sur. Los cascos parecían retumbar cada vez más fuertes; le sorprendió que los demás pudieran dormir con tanto estruendo.

No había rastro de Indavara.

Luego el ruido de los caballos empezó a desvanecerse. Siguió viendo las antorchas hasta que no oyó nada en absoluto. Solo entonces regresó de nuevo a la puerta. Se encontró con Simo sosteniendo una lámpara de aceite.

—Aquí estás, señor.

—Caballos por el oeste. Se están yendo.

—¿Dónde está Indavara, señor?

—Buena pregunta. Será mejor que compruebes si todavía está el dinero, Simo.

—¿Está su caballo?

—¿Se lo llevaría?

Casio entró y se dirigió al rincón donde Indavara había estado durmiendo. La manta seguía allí, pero no vio ninguna de sus otras pertenencias.

—Dioses, también han desaparecido sus bártulos. El dinero, Simo. ¡Rápido!

El pastor de cabras se había incorporado y murmuró algo.

—Tu dinero está seguro —se oyó una voz fuera.

Indavara se materializó en la oscuridad y cruzó a zancadas la puerta. Tenía las botas puestas y llevaba el arco y la aljaba en la mano. Se quedó mirando a Casio, con el cabello negro casi cubriéndole los ojos.

—Ah, Indavara. Todavía estás aquí.

—Estaba vigilando a los jinetes. No soy un ladrón.

—No, no. Solo... me he despertado y he oído a los caballos. Y tus cosas...

Indavara se arrodilló y levantó una de las mantas que Casio había apartado.

—... están aquí.

—Ah.

—No soy un ladrón.

Indavara empezó a trasladar sus pertenencias y las dejó junto a la puerta, lo más lejos posible de Casio.

XI

Casio pasó gran parte del día siguiente observando las nubes y volviendo la vista hacia las montañas. Hasta el anochecer no tuvo realmente la impresión de que habían avanzado de forma considerable a través de la llanura, y calculó que estaban a unos cincuenta kilómetros de Palmira. Pero poca satisfacción pudo obtener, porque entonces se puso a llover.

El aguacero los sorprendió a la intemperie. La carretera de Antioquía se veía al este, pero el único asentamiento a la vista era una aldea situada a unos ocho kilómetros al norte. No había posibilidad alguna de llegar a él antes del anochecer; de cualquier modo, Casio no quería apartarse tanto del camino. Aquella tarde las huellas de las ruedas se habían desviado de él. El sirio había logrado seguirlas, pero la lluvia pronto cambiaría eso.

Al final fue el anciano quien sugirió un plan de acción; conocía una cueva en el otro extremo de una cumbre situada a un kilómetro y medio de distancia. Para consternación de Casio, la cueva resultó ser diminuta, lodosa y húmeda, y se apretujaron en ella para pasar una noche terrible, solo animada por una comida de cerdo con pimienta y manzanas secas. Acostado sobre su manta, observando cómo el suelo a su alrededor se convertía en barro, Casio maldijo a Gregorio y a Abascantio, luego pasó al general Navio, al mariscal Marcelino y a todo el ejército romano antes de llegar a su padre.

Con la primera luz del día dejó de llover. Casio decidió volver a tomar el sendero, aunque sabía exactamente lo que encontrarían. Una vez allí, desmontó y examinó el suelo. El sirio había dejado una rama para señalar las marcas de las ruedas. Estaba rodeada de un pantano de lodo grisáceo.

—Aún peor de lo que me pensaba.

—Los búhos —dijo Indavara.

—¿Cómo? —replicó Casio irritado. Aunque lamentaba las conclusiones precipitadas que había tomado en la granja, el guardaespaldas había seguido poniendo a prueba su paciencia el día anterior yendo a pie la mayor parte de la tarde y resistiéndose a los intentos de Simo de tratarle las ampollas.

—Mi sueño de los búhos. La tormenta.

—Por Marte, tu idiotez no conoce límites. No ha sido una tormenta. En una tormenta hay truenos y relámpagos. Ruido estrepitoso y rayos en el cielo. Solo ha sido un aguacero. ¡Por César! Y aquí me tienes hablando del tiempo...

Casio apartó la rama de un puntapié. Solo quedaba una opción, en realidad, pero no podía soportar la idea de volver a Palmira. Aparte de las tribulaciones que había

soportado allí, dudaba de que se pudiera avanzar mucho más. Tal vez lograra averiguar algo más sobre los legionarios, pero sin tener una pista sobre el paradero de Gregorio, ¿adónde iba a dirigirse a continuación? Probablemente merecía la pena investigar a ese tal Tarquinio, pero tanto Lolio como Venator estaban convencidos de que no estaba involucrado; y viajar a Zeugma parecía que sería malgastar el escaso tiempo de que disponía. Solo contaban con catorce días para devolver a los persas el estandarte desaparecido.

—¿De vuelta a la ciudad, señor? —preguntó Simo.

—¿No quieres echar antes un vistazo a la aldea? —preguntó Indavara.

—Si quiero tu opinión, guardaespaldas, te la pediré —replicó Casio.

—Pero el sendero se dirigía más o menos en esa dirección. Podrían haberla cruzado o pasado muy cerca.

—¿Y qué si lo hicieron? ¿Supones que contaron sus planes al primer aldeano que vieron? Porque, a no ser que hicieran exactamente eso, ahora ya no tenemos otra forma de seguirlos.

Indavara se encogió de hombros.

—Podría haber llovido menos hacia el norte. Puede que encontremos de nuevo las huellas.

Eso hizo que Casio se parara a pensar. Titubeó, sopesando la distancia que tenían por delante.

—Supongo que no está tan lejos. Y de todos modos no llegaremos a Palmira en un día. —No quería parecer indeciso, pero el guardaespaldas por una vez tenía razón—. Solo perderemos unas horas. Y al menos podremos secarnos. Si no encontramos nada, nos pondremos en marcha por la tarde. Hacia el norte.

Simo se acercó al sirio y señaló la aldea.

—Me alegro de que hoy estés más comunicativo, Indavara —dijo Casio mientras montaba por sí solo en su yegua—. Es hora de darte tu primera lección de equitación.

Dos horas más tarde, bajo un cielo despejado, los cuatro jinetes andrajosos condujeron sus caballos colina abajo a través de un olivar. Debajo de este, en un valle en forma de cuenco, se encontraba el centro de la aldea. El asentamiento no daba muestras de planificación: del camino principal salían múltiples senderos y todas las casas estaban orientadas en una dirección distinta.

Se detuvieron frente a una choza pequeña. Excavada en un afloramiento de rocas cercano había una losa ancha y plana: una prensa de aceite. Sobre ella había cientos de aceitunas verdes desparramadas.

Un hombre corpulento de unos cuarenta años de edad salió de la choza con un palo. Tenía una espesa mata de cabello negro azabache y una barba igual de oscura, y saludó a los forasteros con una mirada intrigada que rápidamente se convirtió en una sonrisa atractiva.

—Esto sí que es un espectáculo insólito —dijo en latín—. Un oficial romano en la humilde Ethusa. —Apoyó el poste contra la prensa—. ¿Qué te trae por aquí, señor?

—En realidad estoy buscando a alguien. Mejor dicho, a un grupo. Es posible que pasara por aquí hace unas dos semanas. Once hombres escoltando un carro grande. ¿Recuerdas algo?

El hombre negó con la cabeza.

—Hemos recibido muy pocas visitas desde el Festival del Sol. Un par de sacerdotes errantes, unos cuantos buhoneros y ahora vosotros. ¿Os ha alcanzado la lluvia?

—Muy observador —respondió Casio con tono amargo. Parecía que habían perdido aún más tiempo.

—Mi nombre es Dacien —se presentó el aldeano—. Anteriormente, optio Dacien de la primera centuria de la quinta cohorte de la decimosexta legión.

Casio decidió ser un poco más educado.

—Oficial Córbulu, del personal del gobernador.

—¿Alguien que no paga sus impuestos?

—Los impuestos no son de mi competencia. Solo me interesan esos hombres. ¿Hay alguna otra forma de pasar por aquí?

Dacien puso un pie en una roca.

—¿Desde el sur?

—Sí.

—Un par de senderos, pero no son lo suficientemente anchos para que pase un carro.

—¿No tienes noticia de que hayan llegado forasteros a estos parajes?

—No. Pero hay gente con animales y propiedades desperdigadas por estas tierras. Alguien podría haber visto algo.

—¿Hay alguna posada por aquí? ¿Un lugar donde podamos secarnos y comer algo caliente?

—No pasa suficiente gente por aquí para tener una posada. Lo que más hay son soldados retirados y familias. —Dacien examinó a los cuatro hombres una vez más y luego asintió—. Pero mi esposa podrá ofreceros comida caliente y un fuego. Por un par de monedas, por supuesto.

—¿Queda cerca tu casa?

Dacien miró hacia el pueblo.

—Allí mismo. Es todo lo que hay en Ethusa, por cierto.

Casio señaló la colina.

—Tú primero.

La casa de Dacien resultó ser una de las viviendas más grandes, junto a la carretera principal. Fuera dos niños jugaban con un cachorro cerca de un charco.

—¿Tan pronto de vuelta, padre? —gritó el muchacho mayor en latín.

—Tenemos visita, muchachos —anunció Dacien—. Están un poco mojados...

necesitan secarse.

Dacien, Simo y el anciano sirio llevaron a los cuatro caballos detrás de la casa. Casio miró en torno a él. Entre los que observaban a los forasteros había un par de ancianas sentadas en un banco y un trío de muchachas lavando ropa en un barril.

Los niños perdieron interés en el cachorro. El menor se escondió detrás de los otros mientras miraban fijamente a Casio y a Indavara. Al cabo de unos momentos se armaron de valor para dirigirse a Casio. A él no le gustaban los niños, y, por lo tanto, no les prestó atención. Los chicos pasaron por su lado con recelo.

Mientras se acercaban a Indavara, él hizo un amago de abalanzarse sobre ellos en un ataque simulado. Los muchachos saltaron hacia atrás, gritando y riéndose, y uno de ellos cayó en el charco. Indavara lo ayudó a levantarse y por primera vez desde que lo había conocido, Casio lo vio sonreír.

—Pasad —gritó Dacien desde una ventana de la planta baja—. Por detrás.

En la parte trasera de la casa había una escalera de piedra. Casio se abrió paso hasta una cocina grande y bien equipada donde la esposa de Dacien desplumaba un pollo. Miró a los forasteros con curiosidad.

—Vino caliente para nuestros huéspedes —le dijo Dacien en griego.

Mientras su esposa trabajaba, el exlegionario ofreció una silla a Casio. Este se sentó y le dio a Dacien un denario. Antes de que Dacien tuviera oportunidad siquiera de cogerlo, su esposa se lo arrancó de la mano. Dacien se encogió de hombros de buen humor. El anciano sirio se rio, y Simo e Indavara se sumaron a las risas. Hasta Casio logró sonreír.

—Dadnos vuestra ropa mojada y la secaremos lo mejor que podamos —dijo Dacien, acercando un perchero a la chimenea.

Mientras los demás se dedicaban a quitarse las prendas exteriores, Casio reparó en que los dos muchachos miraban desde la puerta.

—Me alegra ver que los estás educando bien.

Dacien sonrió.

—Hablo latín con ellos, griego con mi esposa y, cuando no tengo a ninguno de ellos alrededor, utilizo el arameo..., vaya lío. —Se sentó en un taburete frente a Casio y señaló el suelo con la cabeza—. Quítate las botas si quieres, señor, y caliéntate los pies.

Casio comenzó a desatarse los cordones.

—No es preciso que me llames señor. Tus días en el ejército terminaron.

—Ya sabes lo que dicen. Una vez legionario...

Casio acercó más su silla a la chimenea.

—¿Cumpliste los veinticinco años de servicio?

—Ya lo creo. Obtuve la parcela de tierra y la casa hace cinco años. Hubo bastante tranquilidad hasta que los palmiranos empezaron a armar alboroto.

—¿Te alegraste de que se marchara la reina?

—Claro. Es bueno tener a un verdadero hombre del ejército como emperador.

Estabilidad..., eso es lo que necesitamos. Aunque mi esposa me llevaría la contraria si entendiera lo que estoy diciendo.

—¿Ella estaba a favor de los palmiranos?

—Creo que solo le gustaba la idea de que una mujer tuviera el poder.

Casio se echó hacia delante y extendió las manos hacia el fuego.

—Los hombres a los que estamos buscando podrían haber pasado por el norte de aquí. ¿Hay alguna propiedad en esa dirección?

—Ocupadas no. Pero tienes suerte, en cierto modo, de estar hoy aquí. Los ancianos celebrarán una reunión al mediodía... para tratar asuntos de la aldea. Será aburrida, como siempre, pero todos los hombres estarán allí. Tal vez alguno viera a los tipos que buscas. No puedo asegurarte que todos se presten a ayudar a un oficial romano, pero gozo de buena reputación aquí. Puedo hablar por ti.

—Te lo agradezco. Estoy más que dispuesto a recompensar a cualquiera que nos facilite información.

—Asunto zanjado entonces.

Casio estaba acostumbrado a que lo miraran. Era más alto y más apuesto que la mayoría de los hombres, y tenía la tez tres tonos por lo menos más clara que casi todos los que vivían al este de Roma. Además, a menudo se requería de él que llevara el casco con penacho escarlata de oficial y, en los últimos tiempos, una cabeza de lanza ceremonial de casi un metro de longitud. Aunque aquel día no se le veía ninguno de los dos, siguieron mirándolo mucho después de que hubiera comenzado la reunión.

En algunas ocasiones el boato de la autoridad podía resultar de gran utilidad. La opulenta y colorida vestimenta llamaba la atención e impresionaba a las clases más bajas; y los provincianos en particular se quedaban a menudo asombrados al ver algo que se asemejara a un bastón o un báculo, asociándolo como lo asociaban con la divinidad. Pero aquel día Casio quería parecer lo más accesible posible, y se esforzaba por poner una expresión franca y afable.

Había contado con que Dacien hablara de inmediato, pero los ancianos de la aldea —un cuarteto de cabellos grises que parecía exponer sus consideraciones a medio gas— insistieron en esperar a los que llegaban con retraso. A continuación se embarcaron en una discusión en torno a las cuestiones que se debatirían, y esta solo estaba llegando a su fin porque a todos se les había permitido dar su opinión.

Al menos medio centenar de personas —en su mayoría hombres— se había apiñado en el patio de una casa que se encontraba a dos puertas de la de Dacien. Los ancianos estaban sentados en sillas frente al resto de los aldeanos. Casio y Dacien se colocaron de pie a su izquierda y esperaron su turno. Simo, Indavara y el guía estaban apoyados contra la pared del fondo.

Finalmente dieron la palabra a Dacien, quien se adelantó un paso y empezó a

hablar.

Casio no hizo ningún esfuerzo por entender el arameo y se limitó a observar la reacción de los lugareños. Hubo un montón de ceños fruncidos y miradas interrogantes en torno a él, así como muchas conversaciones en voz baja. Cuando Dacien terminó de hablar, algunos de los hombres menearon la cabeza o se encogieron de hombros. Nadie levantó la mano ni dijo nada. El exlegionario esperó un rato más y regresó al lado de Casio.

—Es posible que nadie quiera hablar aquí. Pero podrían acudir más tarde a nosotros.

—O quizá nadie vio nada —respondió Casio con tono agrio.

—¿Estás seguro de que no quieres que te lleve al norte para buscar el sendero?

Casio señaló con la cabeza un gran charco que había en la esquina del patio.

—¿Después de todo lo que ha caído? No ha parado de llover en toda la noche. La tierra estará empapada a kilómetros a la redonda.

—Volvamos a la casa. Os llevará un poco de tiempo recoger vuestros bártulos. Nunca se sabe, alguien podría venir.

—Los hombres que buscamos procuraron pasar inadvertidos —respondió Casio—. No me sorprendería nada que lo hubieran conseguido.

Dacien y él pasaron junto a las hileras de aldeanos sentados. Indavara, Simo y el viejo sirio los siguieron por debajo de la arcada que daba a un área pavimentada pegada a la casa. Allí había cuatro muchachos sentados jugando a ver quién hacía girar una moneda más tiempo. Cuando Casio pasó, dos de las monedas entrechocaron. Una se alejó rodando y quedó atrapada, pero la otra se detuvo junto a la bota de Casio. Tardó un momento en registrar el hecho de que había visto dos espadas cruzadas. Dio otro paso antes de pararse.

Los demás se quedaron inmóviles mientras él recogía la moneda. Era delgada y de bronce, y le resultó muy familiar.

—Enseñadme las otras —les pidió a los muchachos.

Dacien lo tradujo, luego recogió las monedas y se las entregó a Casio. En ninguna de ellas había espadas entrecruzadas. Casio hurgó en la pequeña bolsa de tela que llevaba al cinto. Tardó un rato en dar con la moneda que había encontrado en el suelo de la cripta; estaba sepultada bajo denarios más grandes y más pesados. La comparó con la moneda del muchacho. Eran aproximadamente del mismo tamaño; pero así eran la mayoría de sestercios.

El anverso de la moneda volvía a estar extraordinariamente gastado, con solo un esbozo del cuello y la barbilla del emperador visibles. Pero por encima de las espadas del reverso podía verse un fragmento de una palabra. Las espadas entrecruzadas simbolizaban claramente una batalla victoriosa, pero ese símbolo era común a las denominaciones de muchos períodos. Casio necesitaba saber qué batalla conmemoraba.

La sostuvo a la luz. Gran parte de las letras estaban gastadas, pero tanto la

primera como la última eran A. La quinta letra era una X.

—Artaxata..., capital de Armenia. Se libraron varias batallas allí. Pero ¿cuál?

Miró de nuevo la moneda de la cripta. Al brillante sol de mediodía logró distinguir las dos últimas letras del nombre del emperador.

—U y S. —Se la enseñó a Simo—. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, señor. U y S.

—¿Intentas averiguar de qué emperador se trata? —le preguntó Dacien.

Casio no respondió. Buscaba en la memoria, recordando las clases de historia y una hoja de papiro cubierta de fechas y nombres de emperadores.

—Esta moneda tiene al menos cincuenta años de antigüedad —continuó Dacien—. ¿Tal vez Macrino? ¿Pupenio? ¿Balbino? Podría ser cualquiera de ellos.

—Podría ser —coincidió Casio—. Pero creo que sé cuál de ellos es. —Volvió a sostener la moneda en alto—. Mirad lo pequeñas que son la U y la S, y lo lejos que están del canto de la moneda. Es un nombre largo. Marco Aurelio.

Luego sostuvo en alto las dos monedas.

—Estas monedas tienen en realidad más de cien años de antigüedad. Conmemoran la conquista de Artaxata bajo Marco Aurelio. Y cuando las acuñaron eran idénticas.

—¿Y qué? —preguntó Indavara—. Creía que íbamos tras unos hombres, no tras unas monedas.

—Llevaban algunas de estas monedas consigo —respondió Casio—. Muchas, en realidad. Dacien, pregunta a los muchachos de dónde han sacado esta.

El más joven habló.

—Dice que del río —tradujo Dacien momentos después—. Pero se refiere al antiguo canal de agua.

—¿Dónde está?

—Al nordeste del pueblo.

—¿Y cuándo la encontró?

—Ayer. Dice que debió de traerla la lluvia.

—¿Está muy lejos ese canal?

—A tres o cuatro kilómetros.

Casio agitó las monedas para que tintinearan, luego miró Indavara y sonrió.

—Me alegro de haberte hecho caso.

XII

Con el joven corriendo por delante, Casio y sus tres compañeros subieron un risco bajo y descendieron hasta el nivel del suelo. Habían recogido rápidamente el equipaje y solo los retuvo brevemente el padre del muchacho, que exigió dinero a cambio de la ayuda de su hijo. Solo unas palabras ásperas de Dacien habían disuadido al resto de los jóvenes de seguirlos fuera de Ethusa. Casio se quedó un poco rezagado para observar a Indavara. Esa mañana le había dado unas cuantas recomendaciones, y aunque había recibido con un gruñido casi cada instrucción, ya se sentaba más erguido en la silla de montar y manejaba con más soltura las riendas.

El canal se veía con toda claridad. Describía una línea de norte a sur a través de la llanura que se extendía ante ellos. Tres kilómetros al norte había un pequeño puente; hacia el sur, el canal recorría un trecho semejante antes de desaparecer bajo una gran estructura con la mitad de los muros derruidos. Según Dacien, en otro tiempo había sido una pequeña fortaleza de los legionarios y llevaba más de un siglo abandonada. Cuando llegaron al pie de la pendiente, el muchacho habló y señaló el canal.

Dacien llamó a Casio.

—Por aquí. No sabe exactamente dónde.

—Ya puedes mandarlo a casa —le dijo Casio.

El muchacho pareció decepcionado cuando lo despidieron, y pasó por delante de ellos cabizbajo y arrastrando los pies.

Casio detuvo su montura a pocos metros del canal. Medía cerca de dos metros de ancho y más de un metro de profundidad, y estaba bordeado de ladrillos de barro. Por el centro corría un hilillo de agua.

—Lo que nos interesa está corriente arriba —dijo a los demás—. Hacia el puente. Estamos buscando cualquier pista, por pequeña que sea..., podría ser incluso otra moneda. Simo, tú e Indavara id por este lado. Díselo también al anciano. Dacien y yo cubriremos el otro lado.

Indavara frunció el entrecejo.

—¿Qué harás para...?

—Qué alumno más aplicado eres —respondió Casio—. Ya estás ansioso por aprender la lección número dos. ¡Mira bien!

Con un bramido, Casio golpeó con los pies los flancos del caballo. Mientras este se alejaba corriendo, le azotó en la cabeza con las riendas, sintiendo el silbido del viento en los oídos. A pesar de la tierra mojada, estaba seguro de que el animal era fuerte y se mantendría firme sobre las patas. Tiró de las riendas hacia la izquierda.

Las patas del animal abandonaron el suelo a dos metros de distancia del borde del canal y lo cruzaron de un salto limpio. El caballo aterrizó sin perder el equilibrio y siguió galopando antes de disminuir la velocidad.

—Así se hace.

Casio acarició el cuello del animal mientras lo guiaba de nuevo hacia el canal, luego dejó que caminara y examinó el suelo.

Habían cubierto un kilómetro y medio por lo menos cuando vio algo digno de ser investigado. Desmontó y bajó al canal. Por allí corría algo más de un dedo de agua y en la superficie flotaban pequeñas láminas de algo negro. Tocó una con la mano y se le pegó al dedo. Seguía examinándola cuando los demás lo alcanzaron.

—Paño u otro material... carbonizado. —Esperó un rato, pero no flotaba nada más corriente abajo—. Probablemente no sea nada. Toma mi yegua, Dacien.

Casio siguió andando por el canal, lo que no solo le permitía tener una mejor perspectiva del agua. También le proporcionó un respiro muy necesario después de pasar tanto tiempo cabalgando.

Otro kilómetro y no habían visto nada aparte de unas cuantas láminas negras más. Fue Indavara quien encontró la moneda.

—¡Allí!

El guardaespaldas bajó de un salto, la recogió y se la lanzó a Casio. Los dos lados estaban relativamente intactos. El diseño era diferente y había sido acuñada bajo el emperador Séptimo Severo. En el anverso había una efigie del emperador y, en el reverso, la proa de un barco.

—No es tan antigua, pero podría haber hecho el mismo recorrido. —Casio guardó la moneda en la bolsa mientras pasaba junto a Indavara—. Buen ojo.

Apretó el paso. Vio flotar más láminas negras antes de llegar a un obstáculo. Probablemente los niños de la aldea habían llenado con ramas una sección del canal. Casio se detuvo y esperó a los demás, que estaban unos veinte metros atrás. Miró hacia el norte. El puente se encontraba a menos de un kilómetro de distancia y vio que había algo más en el canal justo delante de él. Las ramas lo habían ocultado hasta entonces.

Protegiéndose con una mano los ojos de un sol de pronto radiante, Casio siguió caminando sin apartar la mirada de lo que había visto. Era una forma oscura y desigual, y lo suficientemente grande para llenar el canal entero. La luz del sol se reflejaba en algo metálico.

Casio regresó corriendo hasta Dacien y tomó las riendas de su yegua sin decir una palabra. Se montó de un salto y la lanzó al galope. Mientras avanzaban raudos hacia el norte, no apartó un momento la mirada de la forma. A pesar del viento causado por la velocidad, un olor dulzón y nauseabundo fue cobrando intensidad. Cuando por fin llegó al puente y desmontó, ya no miraba una forma, sino muchas.

Habían arrojado al canal los cadáveres calcinados y en un avanzado estado de descomposición de una docena de hombres como mínimo. Yacían unos sobre otros, con las extremidades hinchadas y obscenamente entrelazadas. Debajo había unas maderas apiladas, de las cuales solo la mitad se había quemado en un intento fallido de incinerar los cadáveres. Un rápido vistazo al pelo corto y la complexión musculosa

de los hombres fue toda la confirmación que Casio necesitaba.

—Por los dioses, qué olor —exclamó Dacien cuando llegó.

Simo e Indavara se quedaron mirando fijamente a los cadáveres amontonados. El anciano sirio se alejó.

—¿Adónde va? —preguntó Casio.

El pastor de cabras murmuró algo.

—Está asustado —tradujo Dacien—. Quiere irse.

—Puede que todavía lo necesitemos.

—Conozco esta zona mejor que él. ¿Por qué no dejas que se vaya?

El sirio siguió alejándose, llevándose el poni consigo. A juzgar por el estado fangoso del terreno, la lluvia había sido igual de intensa en esa área. Las posibilidades de volver a distinguir el camino eran insignificantes.

—Está bien. Dile que se quede la montura a cambio de lo que queda de la paga.

Una vez informado, el guía asintió hacia Casio y partió.

—Dacien, si estás dispuesto, voy a necesitar tu ayuda aquí. Un trabajo muy truculento, me temo.

—He visto lo suficiente para saber que eres un hombre que recompensa a quienes lo ayudan. Haré lo que necesites.

Casio se pellizcó la nariz entre el índice y el pulgar, como si con ello pudiera disminuir el olor. Hizo un gesto a Simo y a Indavara para que se adelantaran.

—Como sabéis, estos hombres escoltaban un cargamento valioso. Eran legionarios. Y los acompañaba un hombre del Servicio. Utilizaron las monedas para cubrir el cargamento que transportaban en barriles en el carro. Es evidente que los asaltaron. Debemos averiguar cómo y quiénes lo hicieron, ¿entendido?

Los tres hombres asintieron.

—Manos a la obra entonces. Simo, ata a los caballos y tráeme las notas que tomé en Palmira.

Casio sacó el pañuelo y se lo ató alrededor del cuello para cubrirse la nariz y la boca. A continuación condujo a Indavara y a Dacien hasta los cadáveres.

—Por Júpiter —exclamó Dacien—. Al menos podrían haberlos incinerado como es debido. Esto es brutal.

—En realidad es una suerte que no lo hicieran —repuso Casio—. Hay que sacar todos los cuerpos de aquí y dejarlos allá arriba. Yo los examinaré uno por uno.

Los cadáveres de encima estaban casi a la altura del borde del canal. Indavara se descolgó la correa portaespadas, la dejó cuidadosamente en el suelo y asió el tobillo ennegrecido del cadáver más cercano.

—Que alguien me ayude.

Casio se quedó aliviado cuando Dacien dio un paso adelante, pero se recordó que él mismo había visto un montón de hombres muertos antes. Los había recogido y subido a carros, y los había enterrado. Podía aguantar esto.

Indavara y Dacien agarraron cada uno una pierna y tiraron del cadáver. Se deslizó

sobre otro abriendo una amplia raja en el costado del legionario muerto. La carne se rasgó, liberando una rezumante masa de gusanos blancos.

Casio se apartó tambaleándose y vomitó. Dos años de pronto parecían mucho tiempo.

Simo se acercó despacio al canal con el morral de Casio. Al ver todo el horror que se desplegaba ante él, se tapó la boca con la mano y desvió la mirada. Mientras Casio bebía de su cantimplora, lo oyó recitar una oración en voz baja.

—Un poco tarde para eso —le dijo—. Pon el morral ahí. Me temo que luego tendrás que ayudar.

—No estoy seguro de que pueda, señor.

—Cuanto antes lo hagamos, antes saldremos de aquí.

Con la ayuda de Dacien, Indavara sacó a rastras el cadáver del montón.

—No hay nada que temer de un hombre muerto —afirmó sin alterarse.

—Vamos, Simo. —Casio se agachó y agarró la túnica del legionario por el hombro—. Cógelo tú por el otro lado.

Apartaron el cadáver arrastrándolo y lo tendieron sobre una superficie plana. Indavara y Dacien ya estaban con el siguiente cadáver.

—Pobres desgraciados —comentó Dacien—. Parece que nunca se enteraron de quién los atacaba.

Casio introdujo una mano en el morral. Estaba casi seguro de poder identificar a cada legionario, pero ¿qué había de Gregorio? ¿También estaba allí su cuerpo?

Desdobló el papiro con la descripción del agente.

«Estatura: 1,80 m. Constitución: delgada. Ojos: verdes. Cabello: negro, a la altura del hombro. Marcas: una larga cicatriz que recorre en diagonal la parte posterior de la rodilla izquierda».

El hombre que tenía delante parecía medir más de un metro setenta, pero llevaba el cabello demasiado largo para ser un legionario. Además, no podía describirse como delgado; tenía las pantorrillas y los antebrazos abultados de un soldado romano. Por otra parte, podía haber cambiado de constitución desde que se redactó el expediente. Casio le levantó la pierna izquierda. No había ninguna cicatriz. Comprobó la pierna derecha para estar seguro. Nada.

Entre Simo y él arrastraron al siguiente legionario.

—Por Marte.

El lado del rostro había sido abrasado por las llamas, y casi todo el cabello estaba carbonizado. Era de la estatura adecuada, y tenía un ojo cerrado y el otro rojo, como el intendente Lolio. Casio no habría sabido decir de qué color eran. Buscó de nuevo la cicatriz. No había ninguna.

Cuando terminaron de sacar todos los cuerpos del canal, incluso Indavara jadeaba. Casio les dio las gracias a Dacien y a él, y les pidió que fueran a buscar un poco de agua.

—¿Qué opinas? —le preguntó el exlegionario, señalando con la cabeza una hilera de doce cadáveres.

Casio los había examinado uno por uno y había llegado a algunas conclusiones básicas.

—El hombre del Servicio no está aquí. Ninguno de ellos coincide con su descripción. Nueve casi seguro que son legionarios. Pelo corto, barba poco poblada, musculosos y con tatuajes militares. Además, algunos llevan aún las botas militares. El cuarto, el quinto y el undécimo seguramente no lo son. Vamos a echarles un vistazo.

Se reunieron los tres delante del cuarto cadáver.

—¡Mira esto! —exclamó Casio, agachándose y señalando un rectángulo de piel más clara en la base del cuello—. Aquí llevaba su placa de identificación.

Dacien asintió.

—Este es nuestro último legionario —añadió Casio—. Ahora el quinto y el undécimo.

El quinto cadáver era, con diferencia, el más alto de la hilera. Llevaba unas sandalias de cuero ligero y una túnica ensangrentada y con el bajo carbonizado. Había muerto de un profundo tajo en el cuello.

—Cabello largo. Delgado. Sin tatuajes, sin la marca de la tabla de identificación —enumeró Casio en voz alta—. Enemigo.

Se trasladó hasta el undécimo. Era más bajo, y por debajo del pecho tenía el cuerpo completamente calcinado. Pero alcanzaron a ver la abolladura en el cráneo causada por un golpe fatal.

—Cabello largo. Sin tatuajes. Sin la marca de la tabla. Enemigo.

Casio bajó la vista hacia la maraña de ceniza, leños, ropa y armas que había en el fondo del canal.

—Todo eso también hay que sacarlo.

Decidió que podía hacerse cargo por lo menos de eso. Bajó de un salto y comenzó a revolver entre los escombros. Era un trabajo sucio, y al cabo de un rato tenía la túnica manchada de gris y negro. Simo no tardó en acercarse para ayudar. Dacien e Indavara también arrimaron el hombro y terminaron rápidamente dejando solo un espeso charco de lodo sanguinolento cubierto de ceniza. El olor seguía siendo hediondo.

Casio bebió de la cantimplora mientras todos examinaban los artículos recuperados. Para empezar, había un montón de espadas. Dacien ya las había clasificado.

—No es mucho lo que se puede averiguar de ellas, pero yo diría que se trata de un asunto militar.

Casio se agachó y examinó algunas de ellas. Todas tenían un toque personalizado que las distinguía, pero Dacien no iba desencaminado. De todos modos, no estaba seguro de qué podía averiguarse de una espada. A su lado estaban los cinturones parcialmente quemados que se habían soltado y acabado en el fondo.

—Aquí tampoco hay gran cosa —apuntó Dacien.

Casio se acercó a las cuatro botas sueltas que habían encontrado.

—Conque un asunto militar, ¿eh?

El exlegionario asintió.

El último montón eran objetos más pequeños como talismanes, amuletos y tres bolsas con unas pocas monedas.

—Ahora nos tomaremos un tiempo para reflexionar sobre todo esto.

Casio se los levó del canal y solo se detuvo cuando dejaron de oler a carne en estado de putrefacción. En las ocasiones en que había actuado como investigador para el general Navio en Cícico, había descubierto que era provechoso discutir sobre la situación aunque solo fuera con Simo. Aunque el galo a veces decía algo útil, en realidad le bastaba con expresar en alto sus pensamientos para ver las cosas de otro modo o hacer alguna conexión que anteriormente se le había escapado. Señaló hacia el este.

—Supongamos que los legionarios llegaron por allí, bien lejos de la aldea. El hombre del Servicio conocía la zona, así que imagino que se dirigía al puente. Debemos recordar que viajaban por la noche. Fueran quienes fuesen los asaltantes sabían que iban a pasar por allí porque les habían preparado una emboscada; era el único lugar en varios kilómetros a la redonda donde el carro podía cruzar el canal.

—Y debieron de prepararla admirablemente —añadió Dacien—, porque solo sufrieron dos bajas.

—Lo que induce a pensar que atacaron en un número considerable. Todos esos legionarios eran veteranos. Aun contando con el factor sorpresa, diría que los asaltantes tuvieron que ser veinte por lo menos, dos contra uno, para que los derrotaran con tanta facilidad. Probablemente se escondieron en el canal.

—Incluso debajo del puente —dijo Indavara.

—Es posible... Deberíamos echar un vistazo. Pero el hombre del Servicio no está aquí. Lo que significa que se lo llevaron consigo, probablemente con vida.

—Tal vez él sabía lo que les esperaba —sugirió Dacien.

Casio arqueó una ceja. Venator parecía haber tenido razón acerca de la fiabilidad de los diez legionarios. Pero ¿había acertado también Abascantio acerca de Gregorio?

—Así que prendieron fuego a los cadáveres, pero lo hicieron de pena, lo que da a entender que tenían prisa. Posiblemente querían llegar a algún sitio antes del amanecer. ¿Adónde fueron?

Dacien se encogió de hombros.

—Antes de la lluvia cualquier ruta habría sido fácilmente transitable.

Casio soltó un suspiro. Recorrió con la mirada los rostros sucios y sudorosos de los demás, y pensó que debía de tener un aspecto igual de cansado. ¿Había sido realmente en vano el trabajo de las dos últimas horas?

—Echaremos otro vistazo a esos dos enemigos —dijo dirigiéndose hacia el canal.

—Yo iré a mirar debajo del puente —se ofreció Indavara.

Casio fue derecho al cadáver undécimo.

—Ayúdame a darle la vuelta, Dacien.

Cuando acabaron, Casio se arrodilló y examinó las piernas del combatiente. Vio lo que le pareció que era un tatuaje, pero enseguida se dio cuenta de que solo era carne carbonizada. A continuación inspeccionó la túnica del hombre, o más bien lo que quedaba de ella. De algodón fino y barato, podría haber sido de cualquier lugar.

Indavara salió de debajo del puente. Le lanzó una bota a Casio y tomó impulso para salir del canal.

—La he encontrado cerca de ese lado. Debió de caer por allí.

Casio examinó la bota. Tenía un tamaño inusitado y emparejaba con la del quinto legionario. Se acercó al cadáver y la dejó caer junto al pie desnudo, y aterrizó de lado. La suela estaba cubierta de una espesa capa marrón con motas de color blanco. La cogió de nuevo y se la llevó a la nariz.

—Puaj.

—¿Excrementos? —preguntó Dacien.

—Buen trabajo. Y yo que me las daba de investigador...

—¿De qué tipo?

Casio frunció el ceño.

—¿De qué tipo? ¡No estamos hablando de un buen vino!

Dacien cogió la bota y la olió.

—De cabra —afirmó antes de devolvérsela.

—Bueno, me alegro de que lo hayamos aclarado. Así que la única pista es un hombre que en un momento determinado pisó un excremento de cabra. Eso reduce las posibilidades. —Desenfundó la daga y rascó la suela de la bota—. Sin embargo, esta mierda sí podría ser un poco más ilustrativa. —Bajo el lodo había una delgada capa de una sustancia blanca. La olió. Tenía un olor ligeramente amargo. Se arrodilló y rascó la otra bota, y de nuevo encontró la misma capa blanca—. Bueno, carezco de tu experiencia en cuanto a excrementos, Dacien, pero conozco ese olor.

El exlegionario tomó la bota y la olió.

—¿Qué es?

—Cal viva. Se utiliza en minería.

—¿Qué tipo de minería?

—Hierro y cobre, sobre todo.

—¿Cobre? Justo al norte de aquí hay unas minas de cobre. El mismo nombre de la ciudad...

—Calcis —lo interrumpió Casio.

—Pero hay muchas minas por ahí.

—Sí, pero es un punto de partida. Y hace un momento no teníamos ninguno. Este hombre no hace mucho que debió de estar cerca de una mina. Y no se me ocurre un lugar mejor para esconder un carro grande o para utilizar de base de operaciones de algún plan criminal. ¿Dónde están las minas?

—No lo sé exactamente. Creo que la mayoría están entre Calcis y Androna.

—¿A qué distancia queda Androna de aquí?

—A un día a caballo tal vez.

—¿No podríamos llegar antes de que anochezca?

—Sí..., por el camino de Antioquía.

Casio asintió.

—Me gustaría que volvieras a la aldea y te trajeras a un par de hombres que sepan mantener la boca cerrada. Estos legionarios se merecen un entierro decente. —Luego señaló con la cabeza las bolsas de dinero—. Puedes quedarte con todo eso como forma de pago.

—Me parece justo.

—Vámonos ya. Sé que puedo confiar en que obrarás como es debido con esos hombres.

—Sí, señor.

—Gracias por todo —añadió Casio mientras se asían por los antebrazos.

Dacien se despidió de Indavara y de Simo, y emprendió el regreso a Ethusa. Casio lanzó un último vistazo a los cadáveres y luego bajó la vista hacia sus manos sucias.

—Vosotros dos, venid conmigo. Personalmente, estoy más que harto de este lugar. Nos dirigimos al norte.

XIII

—Un sestercio.

El posadero negó con la cabeza.

—Dos.

—No, señor.

—Tres.

—No, señor.

A Casio le sorprendió la falta de sentido comercial del sirio. Por mucho que fueran altas horas de la noche, la cantidad que le ofrecía estaba muy por encima de lo que él podía ganar.

Los tres viajeros habían llegado al extremo meridional de Androna, donde cuatro vigilantes que custodiaban la carretera les habían indicado cómo llegar a la posada. El posadero les abrió la puerta, encargó a dos muchachos que se ocuparan de los caballos y enseñó a los recién llegados sus habitaciones. Se mostró cordial e incluso hospitalario, pero se estaba oponiendo con firmeza a la petición expresa de Casio de darse un baño.

Frunció los labios.

—No es solo una cuestión de dinero, señor —respondió en un susurro para no molestar a sus otros huéspedes. Se encontraba fuera de la habitación de Casio y Simo, en lo alto de las escaleras del segundo piso—. El fuego de los baños no está encendido. Llevará más de una hora calentar agua suficiente.

—Como si lleva dos —replicó Casio—. No puedo acostarme en este estado. —Señaló con la cabeza su túnica mugrienta, ensangrentada y hedionda.

Del interior de la habitación llegó un sonoro bostezo. Indavara ya se había desvestido y estaba en la cama.

—Está bien —continuó Casio—. Un denario.

El posadero se frotó la frente.

—No tengo intención de regatear, señor.

—Está bien, olvídate del dinero —replicó Casio, sin molestarse en bajar la voz—. No sé si estás al corriente de los últimos acontecimientos, pero Siria vuelve a ser una provincia de Roma. Pertenezco a la oficina del gobernador y estás obligado por ley a atenderme.

El posadero soltó un suspiro y bajó las escaleras.

—Terco. Intransigente. Obstruccionista. Y, según veo ahora, con propensión a la exageración. Dudo que hayan pasado más de tres cuartos de hora y mírame..., limpio.

El posadero guardó silencio mientras echaba agua de una humeante jarra de bronce.

Casio se recostó contra el borde de la bañera y se frotó los antebrazos. De rodillas, Simo le frotaba los hombros con una esponja.

—Tienes un agradable rincón aquí.

La casa de baños era un edificio abovedado de ladrillo que ocupaba un lado del patio de la posada. La bañera tenía un metro ochenta de ancho y casi uno de profundidad, y estaba rodeada de hoyos con fuego. El sirio tenía dos encendidos y cada uno calentaba una caldera.

—Ya tienes todo lo que necesitas, señor —dijo, dejando la jarra y encaminándose hacia la puerta.

—Quédate un rato —le pidió Casio—. Necesito un poco de información.

El posadero se detuvo.

—¿Cómo te llamas?

—Adra.

—¿Cuánto tiempo hace que vives en Androna, Adra?

—Toda mi vida.

—Excelente. Los vigilantes me dijeron que hay un oficial del ejército con un escuadrón de legionarios. Y también un administrador imperial.

Adra asintió cansinamente.

—Llegaron el mes pasado.

—Supongo que eso de ahí son aceites. —Casio señaló con la cabeza una hilera de vasijas de barro alineadas en un estante—. Tráeme uno. Algo fuerte.

Una vez que Adra lo complació, Casio habló con Simo por encima del hombro.

—Dioses, qué olor. Creo que aún no me lo he sacado de encima.

—Quizá sea yo, señor —respondió Simo.

—Ah, claro. Podrías meterte en la bañera después de mí, Simo.

—Gracias, señor.

Casio extendió las manos y el sirio vertió un aceite amarillo del estrecho orificio del tarro. En cuanto consideró que era suficiente, Casio asintió y se lo esparció por el pecho.

—¿Dónde puedo encontrar a ese oficial?

—En esta misma calle. Se han alojado en otra posada.

—Estupendo. Ahora dime qué sabes sobre la minería del cobre.

Adra se secó el sudor de la frente mientras se apoyaba en la pared de la casa de baños.

—Solo soy un posadero, señor.

—Pero por estas tierras se extrae cobre.

—Más bien en Calcis..., al norte.

—¿Quién podría entender de tales asuntos en Androna? ¿Los comerciantes? ¿Los orfebres? ¿Alguien de aquí?

Mientras Adra reflexionaba sobre ello, Simo frotó el cabello de Casio con un poco más del aceite perfumado.

—Está Karacha, el proveedor de algunos de mis accesorios. Es un anciano fundidor de hierro. Probablemente él podrá decirte algo más. Vive fuera del borde oriental de la ciudad.

—Es un comienzo. Ya nos dirás mañana cómo llegar a su casa.

Casio cerró los ojos mientras Simo le enjuagaba el cabello.

—¿Eso es todo? —preguntó Adra.

—Sí. Buenas noches.

—Antes de subir, apaga el fuego —le pidió Adra a Simo.

Mientras se retiraba, Casio se levantó y salió del baño utilizando unas escalerillas a su izquierda. El techo era tan bajo que tuvo que inclinar la cabeza mientras Simo lo secaba con una toalla.

—Otra pesadilla de día. Empezaba a preguntarme si algún día llegaríamos.

—No creo que olvide nunca lo que hemos visto en las afueras de ese pueblo, señor.

—Desde un principio temí que no encontráramos con vida a esos pobres legionarios. Por lo menos ahora tengo algo de lo que informar a Abascantio.

Simo le pasó por la cabeza la túnica de dormir sin mangas y a continuación le deslizó en los pies unas sandalias ligeras.

—Aquí tiene, señor. Ya está todo listo.

—Espero que nuestra habitación esté bien ventilada. Nunca entenderé cómo un hombre puede acostarse en ese estado. Mañana habrá que postergar los asuntos imperiales por uno de mayor urgencia. El primer orden del día será un baño para Indavara.

—Ahora no me digas que no te sientes mejor —dijo Casio cuando el guardaespaldas se reunió con ellos en el patio a la mañana siguiente para desayunar.

Indavara salpicó agua del cabello sobre la mesa al asentir y se abalanzó sobre un plato de panes.

—Lo siguiente que hay que trabajar son los modales en la mesa.

A modo de respuesta, Indavara dejó de lado los cubiertos que tenía delante y cogió con la mano un puñado de queso blanco.

—Dioses, deberíamos haberte llevado con los caballos. Es una suerte que la mayoría de los huéspedes hayan terminado.

Casio había decidido que se merecían dormir hasta tarde, y solo había otra mesa ocupada: un comerciante de mediana edad y su esposa. El sol de la mañana había calentado agradablemente el patio y el perro guardián de Adra, una bestia de pelaje greñudo color arena, estaba tumbado de lado a los pies de Simo. El posadero había hecho un gran esfuerzo por evitar a Casio, pero el galo había logrado sonsacarle

indicaciones para llegar al taller de orfebrería.

Indavara bebió directamente de la jarra de agua y eructó. Casio meneó la cabeza.

—Creo que no puedo soportarlo más. Coge lo que quieras de comer, guardaespaldas, nos vamos...

El mismo Casio se levantó del banco. Como Simo tenía que llevarle la capa y el casco, guardó la cabeza de lanza en el morral y se lo echó al hombro. Indavara cogió dos panes más antes de salir detrás de los demás por la puerta trasera que daba a una calle lateral. Giraron a la derecha y luego a la izquierda y se adentraron en la calle principal.

Teniendo en cuenta los acontecimientos más recientes, Androna y sus habitantes parecían haber prosperado bastante. La calzada y la acera se hallaban en buenas condiciones y, a pie o a caballo, por ellas pasaba una saludable mezcla de esclavos, artesanos y ricos. Aunque había varias viviendas de madera y ladrillo de barro con un aspecto un tanto destartado, la mayoría de los edificios que daban a la calle estaban contruidos con bloques de basalto macizo. Algunos incluso tenían puertas con columnas y ventanas de vidriera. En una cerca entre dos de las villas más imponentes había una estatua de un león de arenisca fina.

—Descansa. Me llamo Córbulos y soy miembro del personal del gobernador.

—Legionario Getha, señor. Primera centuria, segunda cohorte, decimosexta legión.

Casio sabía que mientras la cuarta legión de Venator era responsable de vigilar la frontera oriental y Palmira, tres cohortes de la decimosexta legión habían sido divididas y enviadas a los principales asentamientos de Siria central. Su tarea era doble: en primer lugar, obtener información sobre la situación en que se hallaba cada localidad; y, en segundo lugar, restaurar la ley romana.

—¿Quién es su superior?

—El optio Surex, señor. También tenemos un secretario de la oficina del gobernador, Lucano.

—¿Y ninguno de ellos se encuentra aquí ahora?

—El optio Surex ha salido de patrulla al amanecer con un escuadrón, señor. No estoy seguro de cuándo volverá.

—¿Y el tal Lucano?

—Está aquí, señor.

—Bien, llévame hasta él.

Casio dio un paso hacia la puerta, pero Getha no se movió.

—¿Cuál es el problema?

—Verá, señor...

—¿Está todavía en la cama? ¿Borracho? ¿Con una mujer?

Getha asintió.

—¿Cuál de las tres opciones?

—En realidad las tres, señor.

—Por Marte, qué situación. Dile a ese tal Lucano que volveré antes del mediodía para hablar con él. Y más vale que se haya levantado... o informaré a sus superiores. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Por cierto, no sabes nada sobre minería del cobre, ¿verdad?

—No, señor.

La vivienda del fundidor de hierro se hallaba al final de un camino de tierra polvoriento, y más allá de él se extendía el desierto. En medio del rectángulo de tierra cercado había una casa pequeña con un taller adosado y cubierto. De un poste situado junto a la puerta colgaba torcido un letrero pintado: «Hierro».

En cuanto Casio puso la mano en la puerta, dos perros salieron como locos de la casa y cruzaron corriendo la arena. Casio retrocedió mientras los perros patinaban hasta detenerse. Eran bestias mestizas, feas y de mandíbula grande. Una ladró y la otra gruñó.

Del taller salió un hombre barbudo que rondaba los sesenta años. Hizo visera con un mano para examinar a los forasteros y se apresuró a acercarse lo más rápido que le llevaron sus piernas arqueadas. Iba con un grueso delantal de cuero sobre la túnica, y, a medida que se acercaba, Casio reparó en sus brazos nervudos y ennegrecidos. El sirio dio una patada a uno de los perros en los cuartos traseros. Sorprendentemente, bastó para que los dos se calmaran.

—¿Karacha?

El herrero asintió.

—¿Hablas griego?

—Sí.

—Soy el oficial Córbulos, de la oficina del gobernador. —Casio se estaba acostumbrando a la expresión de temor y aversión que invariablemente provocaba esa afirmación—. No tiene nada que ver contigo. Solo necesito información. Me dijeron que tú podrías saber algo sobre las minas de cobre de esta área.

El sirio reflexionó unos instantes.

—¿Me...?

—¿Si te pagaremos? Por supuesto. Bastará con un par de piezas de bronce, ¿verdad?

Karacha abrió la puerta y les hizo un gesto para que entraran. Lo siguieron en dirección al taller, mirando con recelo a los perros.

—Debo ir a apagar un fuego —dijo Karacha, dirigiéndose rápidamente a la parte trasera del edificio.

Casio señaló con la cabeza una gran mesa de madera.

—Despejad uno de los extremos.

Indavara empujó hasta el otro extremo la maraña de clavos, manijas, bisagras y

hebillas toscamente forjados, y a continuación Simo limpió el grueso de la porquería. Casio introdujo una mano en el morral y sacó el mapa, que extendió sobre la mesa. Señaló en él Androna y a continuación Calcis.

—Están a unos sesenta y cinco kilómetros al noreste de aquí.

Karacha regresó y extendió la mano.

Casio le dio un sestercio.

—El resto, cuando termine contigo. Primera pregunta. La cal viva se utiliza en minería, ¿verdad?

Karacha escondió los pulgares en el amplio bolsillo del delantal.

—Así es. Lo viertes en las grietas y luego lo humedeces. Se expande y abre fisuras en la roca.

—Se utiliza en la minería de hierro y cobre sobre todo, ¿no es cierto?

—Normalmente.

—Pero nada de todo eso se hace aquí.

—Así es. En realidad no conozco una sola mina de hierro en toda Siria. Todo lo que ves aquí llega de las afueras de la provincia.

—Pero hay minas de cobre... cerca de Calcis, ¿no? ¿Dónde?

El sirio clavó un dedo mugriento en el mapa. Casio lo apartó de un manotazo.

—No lo toques, hombre. ¿Sabes cuánto cuesta uno de estos? ¿Al sur de la ciudad?

—Y al oeste.

—¿Alguna de ellas está cerca de la carretera de Antioquía?

—Sí. Hay un camino de tierra que pasa al oeste de esta, unos dieciséis kilómetros antes de llegar a Calcis. Un viejo y sinuoso camino que tenía que pasar por todas las minas.

—Para el transporte.

Karacha asintió.

—¿Sigue siendo transitable?

—El comercio prácticamente murió durante la guerra, pero creo que sí.

—¿Entonces algunas tal vez han sido abandonadas?

—Eso seguro. Allá arriba hay pozos más viejos que yo. Nadie los ha tocado en décadas.

Casio levantó la vista del mapa.

—Es perfecto. Un lugar remoto y tranquilo pero no muy lejos de la carretera principal.

Sacó una segunda moneda de la bolsa de dinero y se la entregó.

—Gracias, Karacha. Has sido de gran ayuda.

Encontraron a Lucano sentado a una larga mesa en el salón de la taberna. Saludó con un breve movimiento de la cabeza mientras Casio tomaba asiento en el extremo

opuesto de la mesa y se quedaba mirándolo. El secretario no podía tener más de dieciocho años. Tenía un rostro pálido y sudoroso, y apestaba a vino. Antes de que Casio pudiera decir algo, una joven bajó por las escaleras y sacó la cabeza por la puerta.

—Adiós —dijo antes de escabullirse.

Lucano miró a Casio tímidamente y acto seguido a la cabeza de lanza que acababa de dejar sobre la mesa.

—¿Ha sido una gran noche? —preguntó Casio.

—Ojalá me acordara de algo.

—Ah, los placeres de la vida en las provincias... Simo, tal vez quieras traer un poco de agua para el joven señor Lucano.

Simo se acercó a una mesa de una esquina de la sala. Llenó un tazón y se lo dio al secretario.

—Yo tomaré vino —pidió Casio.

Lucano se estremeció solo de oír mencionar la palabra. Casio disimuló una sonrisa.

—Aparte de beber e ir con ramerías, ¿qué haces exactamente aquí, joven?

Lucano tomó una bocanada de aire y se recostó en la silla.

—Cuento. Dedico todo mi tiempo a contar. Cuánta gente, cuántos comercios, cuántos kilómetros de carretera decente, cuánta madera, cuánto grano. Lo que quieras.

—Entonces podrías serme de cierta utilidad. Estoy buscando a un grupo de hombres que podría haber pasado por aquí. Unos veinte, con un gran carro cargado de barriles.

Lucano se encogió de hombros.

—No ha habido mucho movimiento.

—Pero si alguien hubiera venido y comerciado con plata y oro, o...

La pesada puerta de madera que daba a la calle se abrió bruscamente y un legionario irrumpió en el salón empuñando una espada. Echó un rápido vistazo a los otros tres hombres que se hallaban allí y agarró a Lucano por los hombros.

—Ve a buscar al médico. Están trayendo a dos heridos.

—¿Cómo?

—El médico de aquí. Ve a buscarlo.

Lucano salió detrás del legionario.

Casio apuró el vino y casi había llegado a la puerta cuando otro soldado entró corriendo. Era alto y musculoso, y llevaba en el casco el penacho de plumas de oficial.

—¿Quién eres tú? —inquirió.

—Córbulos, de la oficina del gobernador. Tú debes de ser el optio Surex.

Surex asintió y lo empujó al pasar.

—Despejad esa porquería de la mesa.

Simo recogió las copas y la botella de vino.

—Pero no te lleves el agua, que vamos a necesitarla —añadió el optio.

La puerta del salón era estrecha, y Surex y sus legionarios tardaron en introducir al primer herido y tenderlo sobre la mesa. La mitad superior de la flecha que le sobresalía del brazo derecho ya había sido arrancada. No manaba mucha sangre, pero la cabeza se le había hundido unos cinco centímetros en la carne.

—Que alguien le sirva un poco de vino —dijo Surex tras examinar la herida.

Simo tocó el brazo de Casio e hizo un gesto de negación.

—Debe mantenerse despierto. Por doloroso que sea, es mejor mantenerlo consciente.

Casio había aprendido a confiar en el juicio de Simo en asuntos médicos. Después de sus experiencias con soldados heridos de dos años atrás, había desarrollado un gran interés por el tratamiento de las enfermedades y las lesiones; y había reunido una pequeña biblioteca sobre el tema. Cuando necesitaba dinero para libros, Casio siempre se lo daba de buena gana; le parecía que revertía en su beneficio. Dio unos golpecitos al optio en el hombro.

—Surex, deja que mi hombre lo atienda.

—¿Crees que nunca me he enfrentado con una herida de flecha?

Por lo que Casio había visto, los conocimientos médicos de los soldados eran, en el mejor de los casos, básicos, y, en el peor, muy peligrosos.

—Confía en mí..., sabe lo que hace.

Simo dio un paso hacia adelante.

—¿Me permites?

Surex miró a Simo un instante y se apartó.

El galo le preguntó al hombre cómo se llamaba y le dio un poco de agua. A continuación le pidió a uno de los otros soldados que abriera las cortinas para dejar entrar más luz y examinó la herida.

—Apartaos —ordenó Surex—. Dejad espacio al hombre para trabajar.

—Una saeta larga —dijo Casio, señalando la flecha—. ¿Palmirana?

Surex lo miró de arriba abajo. Casio sabía exactamente lo que el optio estaba pensando: otro frumentario ignorante que había conseguido ascender alejado de la realidad y que, sin embargo, todavía se creía con derecho a entrometerse.

—¿Entiendes del tema, oficial?

—En realidad, más de lo que crees.

XIV

Cuando Lucano regresó con el cirujano, Simo habló con él y se pusieron de acuerdo sobre el plan que iban a seguir. Una hora más tarde la flecha había sido extraída y el legionario estaba vendado y descansaba. No habían podido ayudar al otro soldado herido. Le habían alcanzado dos veces en el pecho, y cuando los legionarios aparecieron con él, ya había fallecido.

Casio y el optio Surex se quedaron en la calle, viendo cómo dos hombres se llevaban el cuerpo envuelto por el pasillo en dirección a otra sala. El posadero y su mujer observaron horrorizados. Casio se volvió y vio a la gente del pueblo. Poco antes se había congregado una pequeña multitud intrigada, y aunque esta ya se había dispersado, seguía respirándose la inquietud. Se preguntó dónde estaban las lealtades. ¿En Palmira? ¿En Roma? Posiblemente en ninguno de los dos lugares.

Surex se paseaba nervioso de un extremo a otro haciendo crujir los nudillos. Había enviado pequeños escuadrones de refuerzo a ambos extremos de la ciudad para apoyar a los centinelas y proteger a sus habitantes de nuevas incursiones.

—¿Entonces fue una emboscada? —preguntó Casio.

—Estábamos patrullando a unos tres kilómetros al este de la ciudad. Ellos se escondían detrás de un promontorio rocoso a un centenar de metros de nosotros. Simplemente no pudimos acercarnos a ellos.

—¿Arqueros?

—Y hombres con espadas también. De haber estado a menos distancia podríamos haber luchado, pero no había ningún lugar donde ponernos a cubierto. Fue una suerte que no tuvieran caballos.

—Hiciste bien volviendo con tan pocos heridos.

—He tenido a los muchachos entrenando duro, y hemos logrado dejarlos atrás aun llevando escudos. —Surex meneó la cabeza y se arrancó un poco de tierra endurecida que le cubría el borde de la túnica—. No hay suficientes hombres aquí. Cualquiera habría pensado que la guerra había terminado, ¿no?

—¿Crees que hay más hombres allá fuera? ¿Los suficientes para atacar el pueblo?

—No tengo ni idea.

—¿Qué hay de la gente de aquí? ¿Te ayudarían?

—Algunos sí. Tenemos bastante buena relación con el Consejo.

—¿Y refuerzos?

Surex se tiró de uno de los gruesos pelambres que le cubrían la barbilla.

—En Calcis hay dos centurias.

—Es posible que vaya para allá. Podría llevarles un mensaje de tu parte.

—¿Vas a arriesgarte a salir a la carretera después de lo ocurrido?

—No tengo muchas opciones. ¿Podría pedirte un favor?

Surex asintió.

—¿Puedes preguntar a tus hombres por un carro grande que podría haber pasado por aquí durante las dos últimas semanas? ¿Con un grupo de unos veinte hombres?

—Les preguntaré a los que están aquí ahora.

—Gracias.

Casio entró detrás de Surex. Mientras el optio se dirigía al salón, él continuó andando hasta el patio de la posada. Allí encontró a Simo y a Indavara con Lucano. Este último estaba sentado en un banco, con la barbilla apuntalada en la mano y los ojos cerrados. Casio dio una patada al banco, y a Lucano se le cayó la cabeza y se despertó sobresaltado.

—Creo que necesitas realizar alguna actividad, joven. Tengo un trabajo para ti. Y para vosotros dos también.

Indavara ya tenía consigo el bastón, el arco y la aljaba.

—Puedes dejarlos aquí.

—¿Y qué hay de esos palmiranos?

—Dudo que entren en la ciudad. Si vas por ahí con todas esas armas, solo lograrás preocupar a los lugareños, y ya va a costarnos lo nuestro conseguir que cooperen después de lo ocurrido. Coge solo la espada.

—No te quejes luego si las cosas se tuercen.

—Si es cierto que mataste a un alemán de más de dos metros de estatura y a un oso solo con una daga, no puedes estar muy preocupado por unos cuantos miembros de una tribu provinciana.

Indavara meneó la cabeza y guardó las armas debajo de la mesa. Casio condujo a los demás a través de la posada.

—Córbulo —lo llamó Surex saliendo del salón—. Nadie de este grupo recuerda nada. Pero preguntaré a los demás cuando los vea.

—Hazlo, por favor. Tengo que hacer algunas averiguaciones en la ciudad. No nos alejaremos mucho.

Habiendo observado a cientos, probablemente a miles de sirvientes con los años, Casio sabía lo afortunado que era de contar con Simo. Además de sus modales impecables y de sus amplios conocimientos prácticos, el galo poseía otro atributo útil: tenía don de gentes. Con su carácter amable y afectuoso y su rostro agradable, parecía capaz de ganarse a prácticamente cualquier persona en un período muy corto de tiempo.

Casio se había aprovechado de esa facultad en varias ocasiones durante sus investigaciones en Cícico, reconociendo que Simo era capaz de sonsacar información que a él nunca le revelarían. Aunque no fuera uniformado, la voz y la actitud de Casio lo señalaban instantáneamente como un caballero, y las clases más bajas a menudo recelaban de hablar abiertamente con cualquier persona con autoridad. Por

otra parte, él se mostraba reacio a depender exclusivamente de sobornos y amenazas; Simo le proporcionaba una alternativa útil.

Apoyándose en el borde de un pozo, Casio observó cómo el galo hablaba con un par de campesinas que vendían verduras; esa era la décima conversación de esa clase que mantenía en una hora. Lucano volvía a estar en la carretera principal preguntando a los transeúntes si habían visto a los hombres, el carro o su cargamento.

Mientras tanto, Indavara se dedicó a explorar la plaza del mercado buscando nuevos productos alimenticios que degustar. Casio reparó en un grupo de muchachas que lo seguían sin que él se diera cuenta a una distancia prudencial, parloteando y riéndose. Tenían un aire pueblerino; sirvientas que se habían escabullido quizá una hora. Las ropas raídas y los rostros sucios recordaron a Casio a esa ramera boba llamada Sabina. No obstante, no logró sacudirse la molesta sensación de decepción por no ser él el centro de atención.

—¿Has averiguado algo? —le preguntó a Simo cuando volvió.

—Sobre todo chismes, señor. Pero uno de sus maridos tiene un puesto de baratijas y cosas por el estilo. Hoy está enfermo y se ha quedado en casa, pero su mujer dice que no se ha enterado de nada raro o poco corriente. Y si alguien sabe algo es él, o eso afirma ella.

—Bien. Empiezo a pensar que evitaron entrar en la ciudad. Iremos a ver si Lucano ha descubierto algo y luego volveremos a la posada. Tenemos preparativos que hacer.

Casio estaba parado junto a la ventana de la casa de Adra, observando cómo una de las mozas limpiaba unas mesas en el patio. No era ninguna belleza, pero tenía el cabello negro asombrosamente lacio y brillante, y se movía con una grácil desenvoltura que no solía asociarse a su posición. Volcó un tazón y utilizó el paño que llevaba al cinto para recoger el agua. Casio se permitió fantasear por un instante con que la llevaba a una habitación, cerraba la puerta y pasaba la tarde bajo las sábanas. El momento enseguida se desvaneció.

—¿Servirá esto, señor? —le preguntó Simo, que había regresado a la habitación con un cinturón fino.

—Veamos.

Casio levantó los brazos mientras Simo se lo probaba.

Como era de esperar, las indagaciones de Lucano tampoco habían sido fructíferas, por lo que no había motivos para pernoctar en Androna. En cuanto Simo acabara de recoger el equipaje partirían, y Casio había decidido viajar disfrazado.

Simo e Indavara se quedarían como estaban, y él solo tendría que hacer unos pequeños arreglos. Prescindiría de su grueso cinturón militar y cambiaría su túnica roja por una blanca. Así la cabeza de lanza, el casco y la capa ceremonial roja quedarían bien resguardados de cualquier mirada indiscreta.

El cinturón le iba bien.

—Iré a pagar al amo Adra por esto, y por la comida y el agua —se ofreció Simo. Indavara estaba tendido en la cama, mirando al vacío.

—¿Ya has recogido todo?

El guardaespaldas asintió.

—Entonces vamos a repasarlo de nuevo.

Indavara puso los ojos en blanco.

—Habla. No tienes nada más que hacer.

Indavara respondió con tono cansino:

—Eres Casio Oranio Crispio. Un hombre de...

—Recia.

—Un hombre de Recia que busca invertir dinero en minería ahora que la guerra ha terminado. Estás recorriendo el sur de Calcis para comprobar el estado de las minas y ver qué está pasando. Has estado en Siria durante tres semanas y has viajado hacia el norte desde Palmira donde estabas, hummm...

—Revisando el comercio de caravanas. No está mal.

—¿Por qué tengo que saberlo? Nadie pregunta nada a los guardaespaldas.

—Escucha, si nos topamos con un grupo de forajidos o de palmiranos, necesitaremos una coartada. Y recuerda, soy recio, no romano. No soy romano.

—Está bien. No soy estúpido. ¿Y yo? ¿De dónde soy yo?

—Por Marte, tienes el don de la ironía, Indavara. No quieres decirme de dónde eres pero pretendes que me invente una procedencia imaginaria para ti. No te preocupes. Como tú mismo has dicho, nadie pregunta nada a los guardaespaldas.

Indavara metió una mano en un saco de provisiones y sacó un puñado de albaricoques secos.

—¿Alguna vez dejarás de comer?

—¿Y por qué atacaron esos palmiranos a los legionarios? —preguntó Indavara antes de hincar el diente en la fruta—. Creía que la guerra había terminado.

—Ha terminado y ellos estaban en el bando perdedor. El ejército de nuestro emperador ha derrotado a su amada reina y se la ha llevado de vuelta a Roma encadenada. Su sueño de desbancarnos aquí en Oriente ha terminado. De modo que nada les gustaría más que desquitarse atacando a cualquier soldado romano que se encuentren por el camino. Esa es la razón por la que ahora debemos viajar de incógnito pese a que supuestamente volvemos a estar a cargo de la provincia.

—A esos palmiranos les gusta utilizar arcos entonces.

—Y de forma muy eficaz, además. Lo he experimentado en carne propia.

El intento de Indavara de disimular una sonrisa con la mano no fue del todo exitoso.

—Veo que dudas de mí.

Indavara se encogió de hombros y dio otro mordisco a la fruta.

Casio miró por la ventana.

—Bueno, no pretendo pasar por un gran guerrero, pero cuando los palmiranos se levantaron por primera vez contra Roma dos años atrás, me encontraba no muy lejos de aquí. Y te aseguro que he visto suficiente acción para toda la vida.

Miró más allá de la expansión desorbitada de la ciudad hacia la línea oscura y recta que recorría el norte a través de la árida llanura.

—Créeme, preferiría no exponerme a salir a la carretera. Pero tenemos el tiempo en contra y cada día que pasa el rastro de los hombres que buscamos se vuelve más difuso. Hay que correr riesgos.

Oscureció mientras cruzaban las afueras de Androna. Ya habían recogido la ropa tendida de los patios, los niños habían entrado en las casas y las puertas estaban atrancadas. De las casas salía humo y olores a comida cocinándose mientras unos rostros inquietos y curiosos contemplaban la insólita visión de tres viajeros tomando la carretera hacia el norte en medio de la oscuridad.

Al llamar en la segunda posada, Casio se enteró de que Surex había salido a supervisar a los centinelas del norte, y se cruzaron con los legionarios a menos de un kilómetro y medio de la última de las viviendas de Androna.

Los soldados se habían apiñado alrededor de un brasero y bebían vino humeante de sus cantimploras. Iban bien equipados con arcos y jabalinas, y bien surtidos de comida y agua. Habían apostado a dos vigías, uno a un kilómetro al este y el otro al oeste. Surex acudió al encuentro de Casio mientras él desmontaba.

—He estado hablando con todos y nadie recuerda haber visto pasar por aquí a un grupo de hombres. Ni un carro grande.

—¿Y un carro cualquiera?

—Solo pequeños y tirados por burros. De los lugareños. —Surex señaló con la cabeza la túnica de Casio—. Veo que has prescindido de la indumentaria romana.

Casio se encogió de hombros.

—Me ha parecido más prudente, dadas las circunstancias.

—Ni que lo digas.

Uno de los hombres se acercó y entabló una conversación con Simo. Resultó tener una gran amistad con el hombre herido, y él y otros cuantos hombres querían darle las gracias. Mientras hablaban, Casio y Surex hicieron un aparte. El optio se sacó del cinto un papiro.

—Mi carta. El centurión al mando en Calcis es Volcacio Ario.

Casio lo guardó en su morral.

—Si no consigo llegar allí, miraré de enviarlo de alguna otra manera. ¿Sabes si hay alguna carretera que se bifurque hacia el este a unos dieciséis kilómetros de Calcis? Al parecer, pasa junto a las minas del sur de la ciudad.

—Lo recuerdo. Nunca había ido por ahí, así que tracé mi propio mapa.

—¿Había tráfico o algún signo de actividad?

—No, pero la carretera estaba en buenas condiciones..., era transitable.

—Eso sería a unos sesenta y cinco kilómetros de aquí, ¿verdad?

—Más o menos. Hay mojones durante todo el trayecto.

—Entonces podemos contar con llegar mañana hacia esta hora.

—Si os dais prisa. Probablemente algo más tarde.

—¿Y hay posadas o albergues por el camino?

—Te los mostraré.

Surex lo condujo cerca del brasero, se llevó una mano a la túnica y sacó un mapa rudimentario y manchado de carbón. Se arrodillaron uno al lado del otro e Indavara se acercó para escuchar.

—El primer albergue se encuentra a veinte kilómetros de aquí. El segundo, a cuarenta. Pero ninguno está ocupado. Escasea la fuerza de trabajo.

—¿Y posadas?

—Hay varias, pero también están vacías. Es demasiado arriesgado volver para hacerse cargo de ellas con los palmiranos todavía sueltos por ahí.

Casio miró hacia el norte.

—Podría ser un viaje muy desagradable.

—Al menos el camino es ancho y llano. Podréis cabalgar sin necesidad de un farol. Pero si tenéis que abandonar el camino, no os alejéis mucho. Esa zona está plagada de malditos canales de agua subterráneos, con pozos verticales que descienden hasta ellos. No se ven de noche..., y son perfectos para romper la pata de un caballo.

—Qué gran noticia.

Los dos oficiales se asieron por los antebrazos.

—Te deseo éxito —dijo Surex.

—Lo mismo digo.

XV

El frío aire nocturno le helaba las manos y la cara hasta el punto de que se le entumecieron los dedos y se le adormecieron las mejillas. Y con la luna que solo iluminaba las raras ocasiones en que se abría un resquicio en las nubes, Casio tuvo la sensación de que estaban siendo arrastrados por un túnel negro e interminable que se estrechaba con cada kilómetro que recorrían. El camino era realmente llano, y los caballos podía avanzar uno al lado del otro, pero parecían inquietos a causa de la oscuridad. Y cada tintineo metálico o golpe de los cascos parecía reverberar hacia fuera, anunciando su presencia a todo el que hubiera decidido enfrentarse a la noche del desierto.

Se les había pasado por alto el octavo mojón. Resuelto a ver el noveno, Casio se colocó a la izquierda de la calzada. Simo tenía en el regazo el reloj de arena de Casio; esa misma tarde lo había ajustado para que midiera los días más cortos y las noches más largas de otoño. Aprovechando un instante de claro de luna, Simo lo había consultado. La mitad superior estaba vacía.

—Es la cuarta hora —anunció dándole la vuelta.

Casio se restregó los ojos.

—¿Dónde está esa maldita piedra? No puede estar lejos.

Sin una palabra de advertencia, Indavara tiró de las riendas. El caballo se salió de la carretera con un resoplido de protesta. Casio y Simo detuvieron sus monturas.

—¿Qué haces? —preguntó Casio.

—¡Mira más adelante! —Indavara señalaba hacia el norte.

A lo lejos se veían pequeñas manchas de luz anaranjada.

—¡Por los dioses! —exclamó Casio—. Deben de moverse rápido, porque no se veían hace un momento.

—Deberíamos abandonar la carretera mientras podamos —sugirió Indavara.

—¿No te acuerdas de lo que nos dijo Surex acerca de esos canales? —repuso Casio.

—¿Qué quieres que hagamos entonces? ¿Esperarlos?

Casio miró de nuevo hacia el norte. ¿Estaban más cerca las luces?

—Simo, espera aquí con los caballos —ordenó, desmontando—. Intentaremos buscar un camino seguro.

En cuanto Indavara desmontó y se quedó de pie junto a su montura, Casio se escabulló hacia la derecha de la carretera y bajó la pendiente poco pronunciada.

—Deja unos metros entre nosotros y avanza con paso firme y seguro.

El guardaespaldas hizo lo que se le ordenaba. Cuando Casio hubo contado cincuenta pasos sobre terreno llano, se volvieron y regresaron corriendo al camino. Casio apartó la mirada mientras tomaba las riendas. Había tres antorchas a menos de

un kilómetro y medio.

La montura de Indavara empezó a sacudir la cabeza y a resoplar.

—Más vale que esta maldita criatura se esté quieta —dijo Casio—. Sígueme y no te alejes de mí.

Tras lanzar una última mirada a las antorchas que oscilaban arriba y abajo, se situó al frente del grupo. Habían dado cincuenta pasos cuando dio la vuelta con delicadeza a su montura. Los otros hicieron lo mismo, Indavara a su derecha y Simo a su izquierda. El caballo del guardaespaldas seguía tirando de las riendas inquieto y contagió su nerviosismo a la yegua de Casio. Él le sujetó la cabeza y le acarició el cuello. Indavara soltó una palabrota mientras su montura tiraba de él.

Ya se oía a los jinetes; el sonido percusivo de los cascos de los caballos amplificadas por las piedras de debajo.

La montura de Indavara empezó a relinchar y resoplar.

—Esa condenada bestia va a acabar con nosotros —siseó Casio—. Simo, cógela tú..., puede que eso la tranquilice.

Casio murmuró una oración a Epona, la diosa de los caballos, y sostuvo las riendas mientras Indavara y el galo cambiaban de montura. Uno o ambos métodos parecieron funcionar, porque a los pocos minutos los tres animales estaban silenciosos.

—Así —murmuró Casio—. Solo un poco más.

Permanecieron en hilera mirando el camino en la oscuridad.

Los jinetes se acercaban. El primer hombre iba un poco por delante de los demás, con la antorcha en alto.

El caballo de Casio comenzó a arrastrar los cascos y se apartó de la carretera.

El primer jinete estaba delante de ellos. Había cuatro más detrás de él, dos con antorchas.

—Sigue avanzando, sigue avanzando —susurró Casio.

De repente Simo se esforzaba por controlar el caballo de Indavara, y Casio se vio arrojado de su propia montura. Volvió a rezar. Los tres caballos resoplaban, pero el ruido que llegaba de la carretera era más fuerte. De pronto, el caballo de Indavara soltó un relincho agudo.

Uno de los jinetes gritó y detuvo su montura. Los demás hicieron lo propio, y finalmente el hombre que iba al frente también se detuvo. Sin el ruido de los cascos se hizo un silencio repentino.

—No, no, no —repetía Casio en voz baja.

El caballo de Indavara relincho de nuevo y el de Simo lo imitó.

Los jinetes miraron con cautela hacia la oscuridad y se bajaron de un salto de sus monturas, hablando en un susurro apremiante. El último en desmontar fue el cabecilla. Cuando se reunió con los demás, los tres empuñaban las espadas y uno insertaba una flecha en el arco. El cabecilla desenfundó su propia espada y en la pulida superficie se reflejó una llama. Habló, y un hombre guardó la espada para

hacerse cargo de los caballos. Los otros tres se colocaron detrás de él. Con la antorcha en una mano y la espada en la otra, él dejó con confianza la carretera.

—¿Qué hacemos, señor? —imploró Simo.

Indavara se acercó a Casio.

—Toma —dijo, sosteniendo en alto las riendas del caballo de Simo.

—¿Cómo?

—Me voy. Seguid escondidos. Si las cosas se tuercen, los cogeré por sorpresa.

—¿Cómo? No, nosotros...

—Puede que esté a cierta distancia, así que, si quieres que ataque, llévate la mano a la boca y tose fuerte. ¿Entendido?

—Espera...

—¿Entendido?

—Sí, pero ¿cómo explicamos que haya un caballo de más?

—Tú eres el que tiene labia. Piensa en algo.

Indavara dejó las riendas en las manos de Casio, y cogió el arco y la aljaba de su silla de montar. Sin apartar la vista de los hombres, retrocedió en silencio hacia la oscuridad.

Casio decidió que ya no había nada que ganar escondiéndose.

—Ven, Simo.

Entregó al galo las riendas del caballo de Indavara e hizo avanzar a su propia montura.

—Hola —dijo en griego.

Los hombres se detuvieron. Casio continuó andando hasta que estuvo a solo unos metros de ellos. El cabecilla era el más entrado en años; un hombre barbudo, de tez oscura y musculoso, sonrió cuando vio a lo que él y sus compañeros se enfrentaban. Llevaba un pequeño escudo redondo atado al brazo izquierdo. Casio los había visto antes. Palmiranos. El arquero levantó el arma. El arco era inusualmente largo, al igual que la flecha, que apuntaba directamente a la cabeza de Casio.

—¿Hablas griego? —le preguntó Casio, sin poder evitar que le temblara la voz.

El cabecilla asintió. Sostuvo la antorcha y la espada en alto, enmarcando su rostro angular y demacrado.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Nos estamos escondiendo. Nos dijeron que la carretera era peligrosa.

El rostro del palmirano dejó traslucir un atisbo de humor.

—Puede serlo, puede serlo.

Casio señaló con la cabeza al arquero.

—¿Puedes pedirle a tu amigo que apunte a otra parte?

—Tienes tres caballos, pero solo sois dos.

—Uno es de repuesto.

—Está ensillado.

—Lo he utilizado esta noche. El mío estaba cansado.

El cabecilla habló con el arquero. El palmirano mantuvo la cuerda tensa, pero apuntó la flecha al suelo.

—¿Quiénes sois? —le preguntó a Casio—. ¿Y qué hacéis en la carretera?

—Mi nombre es Oraniano y soy de Recia. Tengo interés en las minas que hay al norte porque estoy buscando oportunidades comerciales. Tengo varias reuniones en Calcis, pero voy con retraso, de ahí que viaje de noche.

—Recio, ¿eh? ¿Seguro que no querías decir romano?

—Totalmente seguro.

—¿Y él? —preguntó el cabecilla, volviéndose hacia Simo.

—Es mi siervo.

El cabecilla pasó a escasos centímetros de Casio. Los caballos se habían calmado, pero volvieron a mostrarse asustadizos al ver que se acercaba la antorcha encendida. Los palmiranos miraron las sillas y los arreos. El cabecilla dijo algo en arameo a los demás y regresó hasta ellos. Casio no entendió nada y se volvió hacia Simo, pero este miraba fijamente a los cuatro guerreros.

—Hay un impuesto por el uso de esta carretera —anunció el cabecilla.

—Entiendo. ¿Cuánto es?

—Va de unas pocas monedas a... todo lo que uno posee.

Casio advirtió que los otros hombres no reaccionaban ante esa ocurrencia. Ellos no hablaban griego.

—Puedo ser razonable —respondió— si nos permites seguir nuestro camino tranquilamente.

El cabecilla señaló a sus compañeros.

—No veo que tengas mucho margen para negociar. Tienes buenas alforjas y sillas de montar. ¿Quién sabe qué encontraremos?

Se dirigió a sus hombres. El arquero levantó de nuevo el arma. El cabecilla y los dos espadachines se adelantaron.

Casio no tenía muchas dudas acerca de lo que ocurriría si descubrían la cabeza de lanza o el casco de oficial.

—Te daré veinte denarios —se apresuró a decir—. Estoy seguro de que esta será una de tus noches más rentables.

El palmirano se detuvo a medio metro de distancia. Casio notó en la cara el calor de la antorcha, y el hombre sonrió.

—Veinte, ¿eh? Apuesto a que tienes por lo menos el doble escondido en algún lugar.

Casio retrocedió un paso y entregó las riendas a Simo.

—Treinta. Ni uno más.

—Ahora empiezo a estar realmente interesado —dijo el palmirano—. Creo que tienes como mínimo un centenar. —Apuntó con la espada a Casio—. ¿Dónde guardas esas monedas?

Casio ya había decidido la máxima cantidad que podía ofrecer para sobornar. En

la parte superior de una de las alforjas había cuatro bolsas preparadas, cada una de veinte denarios. Las sacó y caminó hacia el palmirano. El cabecilla clavó la vista en el dinero.

—Cuarenta —dijo Casio—. Y das media vuelta con tus hombres y sigues tu camino.

El palmirano escupió al suelo.

—No eres nadie para decirme lo que debo hacer.

Uno de los otros hombres habló. El cabecilla rechazó el comentario con un movimiento de la espada.

Casio podría haber dado la señal en ese momento, pero le pareció que todavía había una última oportunidad para evitar el derramamiento de sangre.

—Veo que no eres de los que atiende a razones. Tal vez este dato te haga cambiar de opinión. He mentido. Esta montura no es de repuesto. Pertenece a mi guardaespaldas. —Casio movió la cabeza por encima del hombro—. Está ahí fuera con un arco. Y me sorprendería que en este preciso momento no te estuviera apuntando.

Casio tenía razón.

Indavara se encontraba a treinta pasos de distancia. Mantenía el arco a medio tensar y empezaban a dolerle las puntas de los dedos. Tenía el ojo abierto cerca de la cuerda. Apuntaba la flecha al pecho del cabecilla. Cada vez que los hombres se movían, Indavara también se movía, para asegurarse de que aún mantenía en ángulo al cabecilla y al arquero. La luna seguía tapada por las nubes, y confió en que continuara así. Con la oscuridad y el factor sorpresa a su favor, tenía muchas posibilidades de alcanzar al menos a dos de ellos antes de que se dispersaran. Entonces tendría que salir tras el hombre del camino, pues no podía dejar que escapara y regresara con refuerzos.

Córbulo y Simo tendrían que correr riesgos.

El cabecilla dio un paso adelante.

Indavara tiró otros dos dedos de la cuerda. Empezaba a temblarle la mano. Si el hombre hacía un solo movimiento, dispararía sin esperar a que Córbulo le diera la señal.

—Te estás marcando un farol —le dijo el palmirano.

—No —replicó Casio—. Hace poco que lo tengo conmigo, pero el día que lo conocí acudió en mi auxilio y liquidó a tres hombres de una forma tan poco agradable como tu aspecto, y todo sin soltar una gota de sudor.

El cabecilla miró más allá, traspasando con la mirada la negrura impenetrable que los rodeaba.

—Pero vosotros sois cinco —continuó Casio—. Creo que uno o dos podríais lograrlo.

Otro de los palmiranos se dirigió al cabecilla, pero él no le hizo caso.

—Mi oferta sigue en pie —Casio—. Cuarenta. Podéis dar media vuelta y marcharos con un buen botín para una noche.

El palmirano se volvió para mirar a los hombres y de nuevo se volvió hacia la oscuridad.

—Acéptala —insistió Casio—. No hay por qué derramar sangre. Todos podemos salir bien librados de esto.

El cabecilla entrecerró los ojos.

Casio se preparó para moverse si era necesario.

El palmirano señaló con la cabeza las bolsas.

—Me quedo con los cuarenta.

—Deja que te los dé. Te aconsejo que no hagas movimientos bruscos. Mi hombre puede ser un poco impetuoso.

El cabecilla le pasó la antorcha a otro hombre y tomó las bolsas de manos de Casio. Uno de los otros palmiranos sonrió y soltó una carcajada. Lanzando una última mirada a Casio, el cabecilla dio media vuelta y se alejó. El arquero pareció protestar y señaló de nuevo los caballos, pero el cabecilla le replicó algo y apuntó la antorcha hacia la carretera. Después de unos pocos pasos abrió las bolsas y mostró a sus compañeros lo que había en ellas. Los dos espadachines vitorearon.

Casio y Simo se quedaron repentinamente solos en la oscuridad.

—Así se hace, señor —dijo el galo.

Casio tomó las riendas de su yegua mientras observaba cómo los palmiranos montaban y se ponían rápidamente en camino. La yegua de Casio relinchó.

—Sí —dijo—, ahora puedes hacer todo el ruido que quieras.

Indavara apareció delante de él.

—¿Qué ha pasado?

—Le he ofrecido cuarenta denarios, pero quería registrar nuestras alforjas, así que le he dicho que estabas ahí fuera apuntándolo con un arco.

—¿Cómo? ¿Le has confesado que teníamos ventaja?

—Hay alternativas a la violencia, ¿sabes?

—Has tenido suerte.

—Tal vez. Bueno..., ya era hora que tuviera un poco.

—Loco —murmuró Indavara.

Casio tomó de las manos de Simo las riendas del caballo de Indavara y se las lanzó.

—Loco es el que mata a gente sin un motivo de peso. Ha funcionado, ¿no?

Al amanecer, cuando el sol por fin empezó a teñir de colores el cielo, llegaron al

segundo albergue. Todas las puertas colgaban de los goznes y habían saqueado el interior llevándose todo lo que tenía valor, pero en los establos había suficiente paja para que tanto los jinetes como las monturas descansaran con comodidad. Los caballos estaban agotados, y Casio pensó que tal vez Epona había velado por ellos, después de todo; era asombroso que ninguno se hubiera lesionado durante la noche.

Reacio a abusar del favor de la diosa, dio a los animales cuatro horas para que descansaran antes de ponerse una vez más en camino. Según sus cálculos, todavía tenían tiempo para llegar a las minas antes de que anocheciera; no podían exponerse a que la noche volviera a sorprenderlos en la carretera.

Estuvo toda la tarde mirando hacia el oeste con la esperanza de ver alguna forma angular entre la carretera y las colinas de piedra caliza, pero no había rastro de la fortaleza ni de Alauran. Sabía por el mapa que tenían que estar cerca, pero prefirió no decir nada a Simo. Y en parte se alegraba de no verlos. Ese lugar y esa época parecían existir enteramente en su propio espacio, y le parecía que revisar cualquier parte disminuiría de algún modo su valor. Recordaba esos días con tanta nitidez que quería mantener los recuerdos intactos. Había hecho las paces con ellos porque sabía que siempre lo acompañarían.

Era difícil saber quién estaba más cansado. Según pasaban las horas y los kilómetros, Casio se sorprendió encorvándose más sobre la silla, y perdió la cuenta de las veces que había visto a Simo erguir la cabeza tras quedarse unos instantes dormido. Entretanto, Indavara había pasado más tiempo andando que cabalgando. Incluso él parecía agotado, maldiciendo a su caballo y tropezando con sus propios pies.

No era solo agotamiento físico. El encuentro con los palmiranos los había llenado de inquietud, y la escasez de viajeros por el camino era un signo claro de que cruzaban territorio peligroso.

Pasaron junto a varios montones de piedra junto a la carretera y Casio le explicó a Indavara que se llamaban los «Montes de Mercurio» y que eran ofrendas honoríficas al dios de los caminantes. Donde no había un altar o una estatua bastaba con añadir una piedra a un túmulo. Indavara empezó a arrojar una a cada montón que dejaban atrás y Casio —cuando se tomaba la molestia— lo imitó.

Quedaba menos de una hora de luz cuando por fin llegaron a su destino. La carretera estaba señalizada por medio de una colección de letreros pintados que indicaban cómo llegar y las distancias que había hasta varias minas: la Mina de Oro, la Mina Grande, la Mina Larga, la Mina de Druso, la Mina de los Orfebres de Antioquía.

—¡Gracias a los dioses! —exclamó Casio—. Por fin hemos llegado.

Más adelante en la carretera vieron un rótulo colgado de un poste y un montón de escoria desperdigada que resultó ser la Mina Larga, pero en cuanto dejaron atrás el rótulo un anciano salió como un vendaval de una casucha y corrió hacia ellos,

gritando en arameo y agitando las manos. Iba descalzo, y llevaba solo una túnica raída y una manta alrededor del cuello. Su barba pelirroja estaba salpicada de canas, y tenía el rostro más gastado que arrugado. Casio no supo ponerle edad; podría haber tenido cincuenta o setenta años. A juzgar por la expresión feroz de sus ojos y de sus desvaríos virulentos, estaba bastante loco.

Simo intentó hablar con él, pero el anciano no callaba.

—Dice que esta mina le pertenece. La ha reivindicado como suya. No podemos poner un pie en su propiedad.

—Dile que...

El anciano gritaba cada vez más fuerte.

—Dile que se calle.

Casio continuó en latín antes de que Simo pudiera traducirle.

—¡Calla!

Pero el anciano solo se detuvo cuando una daga se incrustó por sí sola en el suelo entre sus pies. Indavara clavó en él una mirada implacable y se llevó un dedo a los labios. El anciano lo observó en silencio mientras desmontaba.

—Simo —continuó Casio—, dile que si no se está callado le diré a Indavara que lo ate a ese poste de ahí y lo utilice para practicar el tiro.

Simo lo tradujo. El anciano se apartó de la daga y asintió.

—Explícale que no queremos hacerle ningún daño y que no tenemos ningún interés en su mina. —Casio señaló una segunda casucha de madera—. Solo necesitamos un lugar donde pasar la noche. Partiremos por la mañana. Y ahora pregúntale por el grupo de hombres y el carro.

En cuanto Simo empezó a hablar, Casio desmontó y miró hacia la carretera. Viraba hacia la derecha bordeando el montón de escoria y desaparecía. Si era correcto su presentimiento de que la partida de jinetes se había dirigido hacia el norte, tal vez estaban cerca de obtener algunas respuestas. Si estaba equivocado, los esfuerzos y las penalidades del día y de la noche habrían sido en vano.

—Señor, dice que permitirá que nos alojemos aquí, pero si ve a alguien acercarse a la entrada de la mina lo tumbará sin titubear.

Indavara sonrió mientras arrancaba la daga del suelo.

—Aterrador —dijo Casio—. ¿Ha visto algo?

—La semana pasada pasaron por aquí cuatro jinetes, pero no se detuvieron. Poco antes sí que vio a unos hombres con un carro grande. Cree que eran traficantes de esclavos.

—¿Por aquí? Lo dudo.

Simo se encogió de hombros.

—No me tomaría muy en serio sus palabras, señor.

—¿Cuántos eran?

—Veinte o más.

—¿Qué le hizo pensar que eran traficantes de esclavos?

Casio esperó impaciente la traducción.

—A uno de ellos lo llevaban atado del cuello con una sogá.

—Un prisionero —respondió Casio—. Por los dioses, podría haber sido Gregorio.
¿Era alto ese prisionero?

—No se acuerda.

—¿De qué color tenía el pelo?

—No recuerda nada de él. Solo era un hombre, dice.

—Muy bien. Una última pregunta. ¿Qué dirección tomaron?

Esta vez no hizo falta ninguna traducción. El anciano señaló el camino que conducía a las otras minas.

—Otro escenario saludable —comentó Casio mientras extendía una manta en un extremo de la casucha.

Indavara estaba sentado frente a él, afilando la daga con una piedra. Detrás de él había un montón de herramientas de minería oxidadas.

—Supongo que es todo un privilegio trabajar para el viejo Abascantio, ¿no?

Indavara no respondió.

—Guardaespaldas, te estoy hablando. Tal vez podrías tener la cortesía de responder.

—¿Cómo? Oh, no me importa mucho. Me gusta estar a la intemperie. El espacio abierto.

—Debo decir que me ha sorprendido que no hayas oído hablar de los Montes de Mercurio; y desde que te conozco no te he visto rezar o hacer una ofrenda ni una sola vez. ¿Quiénes son tus dioses?

—Solo tengo uno.

—¿Eres cristiano? ¿Judío?

Indavara meneó la cabeza, como si esas palabras no significaran nada para él.

—Qué raro —continuó Casio—. ¿Quién es ese dios único?

—Fortuna.

Casio se rio.

—Todo el mundo reza a esa diosa. Eso se da por hecho. Debes de tener otros.

Indavara miraba fijamente la daga mientras golpeaba el pedernal a lo largo de la hoja.

—De acuerdo entonces —continuó Casio—. ¿Por qué solo Fortuna?

Indavara sacó la estatuilla y se la enseñó, pero no dijo nada.

—Es más bien pequeña. Si solo rezas a Fortuna, podrías mostrarle un poco más de respeto.

Indavara consideró esas palabras.

—Supongo que no te dejaban tener muchas posesiones.

—Me la lanzó una mujer después de un combate.

Casio se apoyó sobre un codo.

—Ah, sí..., las mujeres. Aman a los gladiadores, ¿no es cierto? Toda esa carne desnuda mezclada con sangre. He oído decir que las más audaces acuden a las mazmorras a altas horas de la noche. Imagino que tuviste bastantes visitas.

Indavara bajó la mirada al suelo.

Casio se rio entre dientes.

—Relájate, guardaespaldas. No voy a pedirte detalles.

Indavara se guardó cuidadosamente la estatuilla en el cinto y volvió a coger la piedra de afilar.

—¿Qué hay de los dioses de tu gente? Después de todo por lo que has pasado, ¿nunca les pediste ayuda?

Al toparse de nuevo con el silencio, Casio llegó a su propia conclusión.

—Tal vez tienes la impresión de que te han abandonado. Que te han dado por un caso perdido.

Indavara dejó de afilar la hoja un momento y reflexionó sobre ello. Luego asintió.

Casio decidió que podían pasar sin montar guardia, y que lo mejor para todos era dormir una noche entera. Indavara accedió a regañadientes, pero insistió en colocar varias botellas vacías en lugares estratégicos alrededor de la cabaña.

El «minero loco», como lo habían bautizado, se calmó bastante cuando Simo le dio algo de comer, e incluso se acercó para darles las buenas noches.

Se tumbaron en un triángulo alrededor de unas piedras que Simo había calentado en el fuego e Indavara se instaló cerca de la puerta. Casio observó cómo sacaba el brazo derecho de la manta y apoyaba dos dedos en la empuñadura de la daga.

—Bien, mañana tendremos que mirar en todas las minas de esa carretera. Si nos encontramos con alguien, nos ceñiremos a nuestra coartada y seguiremos nuestro camino. Tomaré nota de la ubicación y si es necesario regresaremos con legionarios de Calcis. Si no, entraremos y buscaremos cualquier posible rastro de nuestra presa. Partiremos al amanecer y nos aseguraremos de estar en un lugar seguro antes del anochecer. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondió Simo.

Indavara soltó un ronquido gutural por toda respuesta.

—¡Por Marte! —exclamó Casio—. Es como un perro. Cuando no come, duerme.

XVI

Ni en la segunda ni en la tercera minas encontraron nada. Casio había esperado llevarse una impresión mejor, pero eran poco más que hoyos en el suelo rodeados de arena, tierra, escombros y roca. Uno de los pozos estaba cerrado con tablones cruzados y otro se había derrumbado unos metros más allá de la entrada.

A mitad de camino de la cuarta mina vieron en la arena un letrero caído. En él había escritas dos palabras en pintura blanca: «Mina Grande», y cuando llegaron al pozo en sí constataron que el nombre era apropiado. Rectangular de forma y excavada en la tierra en un ángulo poco profundo, era la mina más grande que habían visto hasta entonces. Más allá del pozo había un enorme montículo de escoria que formaba dos grandes brazos que rodeaban la carretera y dos edificios de piedra, uno de los cuales se había derrumbado.

Desmontaron, y una vez que se aseguraron de que estaban solos, Indavara fue a comprobar el edificio intacto mientras Casio examinaba el suelo delante de la mina. Había signos de actividad, pero la lluvia había borrado cualquier rastro evidente de pisada o huella de rueda. Sin embargo, vio vetas y manchas blancas desperdigadas. Rascó con la daga el polvo blanco de aspecto familiar.

—¿Cal viva, señor?

Casio la olió y asintió.

—Ata a los caballos. Y prepárame una antorcha.

Descendió la breve pendiente que conducía a la mina. Fuera de la entrada oscura había baldes y asas de pico amontonados. Era imposible ver más allá de unos cuatro o cinco metros de profundidad, pero Casio siguió avanzando, derecho hacia una telaraña. Mientras se apartaba del rostro los delicados filamentos, sintió el frío aliento de una brisa subterránea. El aire olía a tierra y a rancio. Casio nunca había estado en una mina.

Subió de nuevo el camino y se reunió con Indavara.

—Nada —le dijo el guardaespaldas—. Solo una casucha vacía.

Casio señaló de nuevo la entrada de la mina.

—Eso parece más interesante. Debe de tener seis metros de ancho y tres de alto.

—Más que suficiente para un carro grande.

—Justo lo que estaba pensando.

Simo tardó un rato frustrantemente largo en encender el fuego. Lo achacó a que los pedazos de paño carbonizado estaban húmedos, pero Casio empezaba a maldecirlo cuando finalmente enrolló una piel de cabra untada en aceite alrededor de una de las asas de pico y la prendió.

—Quédate aquí haciendo guardia, Simo —le dijo Casio cuando los tres se detuvieron delante del pozo—. Indavara, tú ven conmigo.

El guardaespaldas no respondió. Miraba con los ojos muy abiertos la oscuridad.

—¿Qué ocurre?

—Nunca he estado en un lugar así.

—Yo tampoco —replicó Casio cogiendo la antorcha que le ofrecía Simo—. Y no sé qué vamos a encontrarnos allá abajo, así que te necesito a mi lado.

—¿Qué hay de los espíritus?

—Si tanto te preocupan los espíritus, más vale que reces a tu apreciada Fortuna.

Suspirando, Indavara desenfundó la espada.

—Podrías necesitar la capa, señor —sugirió Simo.

—No estaremos tanto tiempo allá abajo para coger frío.

—Estas minas pueden prolongarse durante kilómetros, señor. ¿Cómo te orientarás?

—Si los hombres que buscamos utilizaron este lugar, no tuvieron por qué adentrarse más allá del túnel principal. Tú esconde los caballos y vigila el camino. Si alguien se acerca, llámanos enseguida.

—Sí, señor. Ten cuidado.

Simo se alejó rápidamente ladera arriba.

—¿Ya has rezado?

Indavara negó con la cabeza.

Casio estaba totalmente resuelto a no prestarle atención y ponerse en camino, pero se preguntó si no era una buena idea dedicar unas pocas palabras a Fortuna. Al fin y al cabo, Epona había cuidado de los caballos, y podía enfrentarse a numerosos peligros en las próximas semanas. Nunca había sido muy dado a adorar, pero la vida había sido más fácil antes. No tenía nada que perder.

—Permíteme. —Juntó las manos y, cerrando los ojos, empezó a decir—: Gran Fortuna, diosa de las alturas, te pedimos que veles por nosotros, dos humildes viajeros, mientras nos adentramos en este lugar oscuro. Te pedimos que recuerdes todas las ofrendas y plegarias que te hemos presentado en el pasado, y prometemos demostrarte el afecto que te profesamos la próxima vez que tengamos ocasión de hacerlo. Este hombre solo te adora a ti, para él eres sagrada. Nuestra tarea es noble; se nos ha encomendado una misión que podría traer paz a esta tierra. Te rogamos que nos concedas tu favor, gran diosa. Te rogamos que nos concedas tu favor.

Casio abrió los ojos. Los de Indavara todavía estaban cerrados. Casio le dio un golpecito en el hombro.

—Debes repetir la última parte.

Indavara así lo hizo.

Apenas se habían adentrado unos pasos cuando divisaron unas huellas de carro. Casio midió a pasos la distancia.

—Dos metros y medio. Podrían ser las que buscamos. Vamos.

La antorcha crepitó mientras avanzaban hacia la oscuridad, y el resplandor no tardó en mostrar las vaporosas guirnaldas de su aliento frío. Casio movía la antorcha alrededor, y tan pronto la bajaba para iluminar el suelo como la sostenía en alto para ver el techo.

Se detuvo y volvió la mirada hacia la entrada. Habían recorrido treinta metros escasos y ya se veía alarmantemente pequeña.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Indavara.

—Nada. Pensaba que a estas alturas habría túneles laterales o curvas. Sigamos.

Casio continuó andando encorvado, con los ojos clavados en la huella izquierda de la rueda. De vez en cuando se detenía para comprobar las paredes, pero solo encontró pequeños nichos para lámparas que hacía tiempo que habían descolgado. Indavara se quedaba un par de pasos detrás de él.

La huella de la rueda de repente giraba a la derecha. Casio giró con ella.

—Qué extraño. —Se preguntaba a qué se debía el brusco cambio de dirección, y si tal vez caminaba demasiado rápido, cuando el pie izquierdo se le resbaló por el borde de un pozo vertical—. Dioses.

El pie no aguantó y se cayó. Pero la pierna derecha se le dobló y aterrizó sobre una rodilla, con la bota izquierda suspendida aún en el aire. Indavara lo agarró por el cinturón y lo apartó del borde.

La antorcha cayó al suelo y chisporroteó sobre la tierra húmeda. Casio la recogió mientras las llamas temblaban. Indavara se arrodilló a su lado.

—¿Estás bien?

—Sí. Por muy poco. Gracias. —Casio sostuvo la antorcha sobre el borde del pozo—. Me ha faltado poco para caerme. Pensé que los túneles se abrirían hacia los lados, no hacia abajo.

Se levantó y rodeó con cuidado el pozo. Medía casi dos metros de ancho y estaba pegado a la pared izquierda. Había pequeños asideros excavados en la tierra, así como los restos de una cuerda.

—Bien. Más despacio esta vez.

Quince metros más adentro el túnel se dividía en dos. El camino principal continuaba descendiendo en una pendiente aún más pronunciada mientras un segundo pozo, más estrecho, se curvaba hacia la derecha. Casio reparó en que las huellas de rueda eran dobles y que ambas continuaban a lo largo del túnel más pequeño.

—Entraron y salieron de nuevo —susurró.

Lanzando una última mirada a la entrada, tomaron la curva, sin levantar la vista del suelo. Cuanto más descendían y se alejaban, más blando y mojado estaba este y más visibles eran las huellas de ruedas y de pisadas; y a medida que el túnel se ensanchaba en una caverna, la tierra se convirtió en un pantano de barro.

—Estate quieto un momento —dijo Indavara, antes de atravesar dos veces el ancho de seis metros de la caverna—. Podrían haber cubierto las pisadas, pero no hay más marcas de rueda más allá de este punto. Creo que se detuvieron aquí.

—Mira.

Indavara señaló la pared del túnel que Casio tenía a sus espaldas. En una estructura de hierro clavada a la pared había una antorcha. Casio la examinó.

—Diría que se ha utilizado hace bastante poco.

Encontraron seis antorchas más y consiguieron encender cuatro de ellas. Indavara guardó la espada y cogió una. La luz parecía rebotar alrededor de la caverna, y vieron el espacio con toda claridad. Más adelante se estrechaba convirtiéndose una vez más en un túnel, pero antes había dos pequeñas cuevas, una a cada lado.

Primero comprobaron la del lado izquierdo. En el interior encontraron una gran mesa de madera con una pata rota apoyada sobre una losa de piedra. También había sillas, taburetes y un arcón, así como varios baldes de hierro y dos barriles llenos de agua verde pútrida. Indavara abrió la tapa del arcón. La madera podrida se desintegró y lo que había en su interior se desparramó: gruesos rollos de cuerda de cáñamo. Casio se arrodilló junto a las sillas y examinó el suelo debajo de la mesa.

—Se sentaron aquí. Tal vez para contar el tesoro.

—Así que eso era lo que había en los barriles —dijo Indavara.

—Entre otras cosas, sí. No parecen haber dejado atrás nada.

—Dejaron esto. —Indavara hundió la punta de la espada en el suelo fangoso y desenterró una moneda de bronce.

Casio la recogió y rascó el barro en el borde de la mesa. Antes de que terminara, Indavara encontró dos más. Todas tenían el mismo diseño; eran idénticas a la del templo palmirano.

—Descuidados —dijo Casio—. Muy descuidados.

—Tal vez pensaron que no tenían por qué preocuparse, porque nadie los seguiría hasta aquí.

—Es posible. Pero todo lo que hemos hecho habrá sido en vano si no encontramos nada más aquí dentro. Esas huellas de carro desaparecen fuera. No, hay que seguir buscando.

No encontraron nada más en la primera cueva. En la segunda había más baldes, un montón de pieles de cuero podridas y un voluminoso barril de mercurio. Cada uno se encargó de una mitad de la cámara y examinaron el suelo, las paredes, incluso el techo; pero no encontraron nada que pudiera servirles. La piel de cabra de la antorcha de Casio casi se había consumido, de modo que la reemplazó por una de las que había en la cueva.

—Por aquí.

Casio tuvo que inclinar la cabeza para avanzar por el estrecho túnel. A la luz de las dos antorchas, al menos podían ver a mayor distancia y caminar más deprisa, y muy pronto la luz de la caverna pasó a ser un débil resplandor detrás de ellos. Las paredes eran más bien de roca y la temperatura había descendido drásticamente.

Indavara se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Casio.

—Me ha parecido oír algo.

—Te lo estás imaginando. Todo lo que oigo yo son mis dientes castañeteando. Sigamos avanzando.

—¿Y si eran los espíritus?

—Cálmate, guardaespaldas. Aún no hemos visto ninguno, ¿no?

—Pero siento su presencia. Su aliento en mi piel.

—Es el aire frío, eso es todo.

—Quizá están enfadados y no nos quieren aquí dentro.

—Entonces no deberíamos entretenernos.

Casio había contado cuarenta pasos cuando llegaron a una especie de encrucijada donde un túnel más ancho se cruzaba en perpendicular con otro.

—Nos separaremos. Tú irás por el de la izquierda. Ten cuidado, aquí también podría haber pozos verticales.

Ese presentimiento enseguida resultó ser correcto; al cabo de unos metros Casio encontró uno.

—Aquí hay uno.

—Y aquí —respondió Indavara.

A Casio le intrigó saber lo profundo que era el pozo, y arrancó una de las ramas de la antorcha y la tiró. Cayó tan lejos que no sabía si había aterrizado en el fondo o sencillamente se había apagado la llama.

—Cuidado, Indavara. Son muy profundos.

—Este no. Creo que allá abajo hay algo.

Casio se acercó rápidamente a él.

—¿Qué quieres decir?

—El olor. Se parece al de antes.

Casio se arrodilló a su lado. El guardaespaldas tenía razón. Era el terrible e inconfundible olor a carne humana podrida.

Casio arrancó otra rama de la antorcha encendida y la tiró en mitad del pozo. Aterrizó unos cinco metros más abajo en lo que parecía suelo sólido. Solo vieron tierra antes de que se extinguieran las llamas. Casio arrancó varias ramas a la vez y se aseguró de que todas estaban bien encendidas antes de tirarlas. El manojito pareció rebotar en algo antes de tocar el suelo.

—Oh, dioses. Mira allí..., ¿lo ves?

—Un pie —respondió Indavara.

Llegaron a distinguir incluso los dedos de los pies antes de que se apagara la llama. Casio se sentó.

—Por Marte. Otro horror. Te digo que no sirvo para este trabajo.

—¿Ahora qué?

—Uno de nosotros tendrá que bajar allí. Vamos a necesitar la cuerda que hemos encontrado en la caverna.

—No cuentes conmigo. Si hay espíritus en alguna parte, será allí abajo.

—¿No fuiste tú el que dijo «No hay nada que temer de un hombre muerto» en el canal de agua?

Indavara elevó la antorcha hacia el techo.

—Eso era arriba, a la luz del día. —Meneó la cabeza—. No pienso hacerlo.

—Para ser un empleado, hablas con mucha rotundidad sobre lo que harás o no harás. ¿No deberías hacer lo que yo te diga?

—No soy tu criado ni tu esclavo. Me pagan para protegerte. Nadie dijo nada acerca de esto.

Casio miró hacia la oscuridad. Habían llegado hasta allí. No podía flaquear ahora.

—Está bien. ¿Traerás al menos la cuerda?

Casio habría preferido sujetar la cuerda a algo sólido, pero Indavara estaba seguro de que podía aguantar su peso. El guardaespaldas probó la cuerda, se ató un extremo alrededor de la cintura y dejó caer el resto al pozo. Luego cavó dos hoyos con la bota, encajó los pies en ellos y se sentó.

—Preparado —dijo, agarrando la cuerda con las dos manos—. Tendrás que dejarla aquí —añadió, señalando la antorcha de Casio—. Te la tiraré cuando llegues abajo.

Casio se frotó la frente.

—Dioses, necesito un trago.

Indavara había clavado su antorcha en el suelo a un lado del túnel y Casio hizo lo mismo. Se puso de rodillas, con una pierna a cada lado de la cuerda y los pies colgando del borde del pozo, y agarrando la cuerda con ambas manos, introdujo una pierna. La pared del pozo era de tierra compacta, pero cedió lo justo para que buscara un punto de apoyo. Dejó que los brazos soportaran el peso de su cuerpo. La cuerda se deslizó cinco centímetros.

—¿Qué pasa? —gritó.

—He agarrado la cuerda mejor. Continúa. Vas bien.

—¿Ah, sí? No me digas. Gracias.

Asegurándose de que tenía los pies firmes cada vez que movía las manos, Casio descendió poco a poco. Indavara mantuvo la cuerda asombrosamente constante sin que pareciera hacer un gran esfuerzo. Cuando la cabeza de Casio estuvo por debajo del borde del pozo, había roca lisa bajo sus botas.

Mientras continuaba descendiendo, la combinación de la oscuridad total y el olor cada vez más hediondo se volvió casi irresistible. Le pasaron por la cabeza imágenes de la cuerda resbalando entre los dedos y de él cayendo sobre un montón de cadáveres fétidos que lo recibían calurosamente. Agarrando la cuerda con fuerza, se detuvo.

—¿Estás bien? —le gritó Indavara.

—Sí.

—No puedes estar muy lejos ahora.

Casio tenía el pie izquierdo en plano contra la pared de roca y el derecho suspendido, y rozó algo con este. Bajó aún más y tocó suelo firme.

—Lo he conseguido.

Casio bajó el pie izquierdo. Aterrizó en algo blando. Algo triturado. De haber estado en condiciones de preocuparse de esas cosas, se habría avergonzado del sonido que brotó de sus labios, una curiosa combinación de gemido y grito.

—¿Qué pasa? —gritó Indavara.

Casio guardó silencio. Se apretó contra la pared fría sin atreverse a moverse.

—¡Tira la antorcha!

—¿Dónde estás?

—¡Tú solo tírala, maldita sea!

—No quiero que te caiga encima.

—¡Tírala, imbécil! Estoy pegado a la pared.

La antorcha aterrizó en el centro del pozo junto a un rostro hinchado y ennegrecido vetado de venas azuladas. Tenía la boca espantosamente hinchada y los labios semejantes a babosas oscuras. Afortunadamente, los ojos estaban cerrados. El pelo del hombre comenzó a soltar humo. La antorcha le había prendido fuego.

Haciendo una mueca, Casio rodeó el cadáver hasta que estuvo lo suficientemente cerca para recoger la antorcha; pero el cabello ya estaba en llamas. Tuvo que frotar la bota contra la cabeza para apagarlas.

Tapándose la nariz, bajó la antorcha y se obligó a mirar el cuerpo. El muerto estaba desnudo, por lo que no había ropa que ayudara a identificarlo, y el vientre y los muslos habían adquirido un tono verdoso. Tenía desgarros en la garganta. El cabello que no se había quemado se veía pálido e incoloro; no había forma de saber si había sido negro. Casio no pudo acercarse a los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó Indavara.

—Espera.

Casio sostuvo la antorcha sobre el cadáver intentando calcular la estatura. ¿Metro setenta? Quizá. ¿Y que había de la cicatriz? Se suponía que estaba detrás de la rodilla. Casio se arrodilló junto a las piernas. La luz parpadeante iluminó los caparazones negros y pulidos de los insectos en movimiento. Habían horadado el cadáver. Le dieron arcadas y notó que le ardía el estómago.

Irguiéndose, descubrió las marcas rojas en la pared de roca donde había permanecido de pie. Lo primero que pensó fue que podía haberlas hecho él y se miró las manos buscando sangre. Pero no había.

Rodeó de nuevo el cadáver y sostuvo la antorcha cerca de la pared. Las marcas habían sido hechas con un dedo empapado en sangre; y no eran simples marcas, sino palabras.

A. Gregorio Malio.

Me ha matado este hombre.

Debajo de la última frase había un crudo dibujo de una mano. Le faltaban el pulgar y dos de los dedos.

Casio no fue capaz de tocar el cuerpo, pero registró minuciosamente el hoyo y no encontró nada más. Una vez que trepó con la cuerda, decidió que al menos podían dar alguna clase de sepultura al agente muerto. Con las dagas cavaron en la tierra compacta y arrojaron suficientes puñados para cubrirlo.

Después de apagar las antorchas de la caverna, se apresuraron a regresar a la entrada, y en cuanto dejaron atrás el pozo donde Casio por poco había muerto, Indavara corrió el resto del camino. Casio consiguió resistir el impulso de unirse a él, pero una vez fuera tomó largas y profundas bocanadas de aire; nunca le había sabido tan bien el aire fresco. Sacó la cantimplora que llevaba sujeta a la cintura y bebió mientras Indavara le contaba a Simo lo que habían encontrado.

Allí parado se dio cuenta de que estaba alimentando un odio genuino hacia el misterioso grupo de hombres que habían seguido por el desierto de Siria. Era la forma en que habían tratado a los legionarios, y a Gregorio en particular, lo que más lo enfurecía. Ese hombre solo había estado cumpliendo con su deber bajo las órdenes del emperador; pero lo habían capturado y arrastrado como a un perro, y lo habían dejado morir allí abajo, desnudo y mutilado. Casio se estremeció al pensar en las últimas horas que había pasado solo en ese hoyo. ¿Tenía familia? ¿Había una pobre esposa, o hijos incluso, esperándolo?

Casio también se sentía culpable. Había cuestionado la lealtad del hombre, pero la fe inquebrantable de Abascantio parecía haber estado justificada. Aun mientras yacía agonizando, Gregorio había registrado un dato fundamental que podía ayudar a capturar a sus asesinos. En una provincia donde uno de cada dos hombres manejaba la espada, no era algo insólito tener solo dos dedos, pero sí un rasgo inconfundible, algo fácil de recordar. A. Gregorio Malio no había fallecido totalmente en vano.

Dejaron el camino de las minas a unos kilómetros al sur de Calcis con la idea de tomar la carretera a Antioquía hacia el oeste. Desde que tenían el desierto detrás, el paisaje estaba cambiando. Ante ellos se alzaban las colinas de piedra caliza y las pródigas y fértiles tierras del noroeste de Siria. Con la elevada carretera visible a lo lejos, cruzaron campos desatendidos e invadidos por maleza descontrolada.

Entre dos de esos campos encontraron un rectángulo de poco más de quince metros de largo y seis de ancho tallado en el suelo. Los caballos se pusieron nerviosos mientras avanzaban por la superficie de pizarra. Al fondo a la izquierda se erguía una oscura roca de una forma curiosa, y desperdigados alrededor de ella había

restos de animales y flores marchitas.

—Un altar —dijo Simo mientras desmontaba del caballo.

—Veo una cara en la roca —observó Indavara caminando hacia ella.

—Ah, sí —respondió el galo—. He oído hablar de ellas. Mira, ahí está la nariz.

Casio sabía que había muy pocos santuarios que no contaran con un suministro de agua, y no quedó decepcionado. Detrás de la roca había una pileta de piedra llena casi hasta arriba.

—Gracias a los dioses. Y a este en particular.

Desde que habían salido de la mina estaba desesperado por lavarse como era debido, pero solo habían tenido el agua de las cantimploras para echársela a las manos. Descolgándose la correa portaespadas, se arrodilló junto a la pileta. Se disponía a arrojarle agua a la cara cuando Simo llegó con dos cantimploras vacías.

—Por favor, señor. Este lugar es sagrado. No creo que debas lavarte en él. Pero podemos llevarnos un poco de agua.

Casio se detuvo. No tenía sentido enfurecer a ningún dios, aunque fuera local, si podía evitarse.

—Tienes razón. Hazlo.

Casio cogió su morral y se sentó en el borde del altar que podía servir de banco. Habían soltado a los caballos para que pastaran. Indavara se había tumbado cerca y dormitaba.

En cuanto Simo terminó de lavarle las manos, los brazos y el rostro, Casio sacó el mapa y lo desplegó sobre las rodillas. En teoría podían haber sacado el carro y su preciado cargamento de la mina y haberlo llevado a cualquier lugar, pero Abascantio parecía seguro de que alguien en Antioquía había facilitado el robo. Además, ese parecía el destino obvio para cualquiera que quisiera enviar, vender o entregar el tesoro o el estandarte. De todas formas, necesitaba comunicarle al agente lo que había descubierto. Utilizando como escala un dedo, calculó la distancia que quedaba hasta la capital. Unos noventa y cinco kilómetros.

Aquel día cubrieron cuarenta de esos kilómetros. El avance fue lento al principio —al sur de Calcis corría el río Calos, y desperdiciaron dos horas buscando una tortuosa ruta por la que cruzar un pantano—, pero hacia el mediodía estaban en la carretera de Antioquía y se dirigían hacia la capital. Comieron en una taberna y Casio pagó a uno de los hombres del tabernero para que llevara la carta de Surex a Calcis. Confió en que el optio recibiera la ayuda que necesitaba.

Al enterarse de que esa sección de la carretera se consideraba por lo general segura y que a cada pocos kilómetros había posadas abiertas, Casio decidió seguir ruta hasta el anochecer. Después del vapuleo que habían recibido en las nalgas y las piernas, incluso Simo y él fueron un par de horas andando con Indavara.

Cuando finalmente se acostaron esa noche, Casio tenía motivos para sentirse

satisfecho en su agotamiento, porque cuando Simo apagó la lámpara no pudo evitar pensar en fríos y oscuros túneles, y en el destino que había corrido el pobre Gregorio.

XVII

Partieron poco después del amanecer por la llanura de Calcis, a través de un mosaico de campos y olivares delimitados por bajos muros de piedra. No había tierras sin cultivar por esos parajes; ya habían recogido todo el trigo, y los recolectores de aceitunas cuidaban con esmero de la cosecha. La carretera también estaba muy transitada; el trío se cruzó con sacerdotes y comerciantes, buhoneros y mendigos. Habían perdido la cuenta de los cabreros y los pastores que encontraron, y se acostumbraron al sonido de los cencerros que ataban al cuello de sus animales.

Poco después del mediodía se cruzaron con una centuria de la decimosexta legión que marchaba hacia Calcis. El centurión, un veterano de cabellos grises que blandía un bastón largo, se mostró reacio a parar, pero cuando Casio le habló de la difícil situación de Surex ordenó a los hombres que descansaran y lo escuchó con atención, presionándolo para que le diera un informe completo de la situación en Androna. Resultó que conocía bien a Surex y que su centuria había recibido órdenes de acudir a Calcis de refuerzo. Esperó a que sus hombres recogieran un poco de agua y partió con ellos hacia el este a un ritmo prodigioso.

Casio se volvió varias veces hacia la columna que se alejaba. De niño le había fascinado ver desfilar las tropas. La sensación de poder y finalidad que transmitían le parecía tan embriagadora que había deseado formar parte de ellas. La actitud ambigua de su padre en ese momento lo había confundido; Córbulos padre se enorgullecía de los anhelos de su hijo, pero se mostraba reacio a animar a su heredero y único hijo varón para que se alistara a las legiones. Pero, al hacerse mayor, la fascinación de Casio por el ejército menguó, y fue reemplazada por un interés por la erudición y el sexo débil. Fueron las circunstancias (o mejor dicho, sus propias fechorías) las que lo habían llevado a prestar el juramento después de todo. El período de instrucción había sido aborrecible, y el recuerdo que conservaba de aquellos pocos días en Alauran era espantoso; luego sirvió en Cícico y ahora trabajaba para Abascantio; en realidad nunca se había sentido como un auténtico soldado.

Casio estaba un poco avergonzado por ello, pero se conocía lo bastante bien para reconocer que no tenía estómago para enrolarse en las legiones. Podría haber pasado como un tribuno —al igual que los jóvenes que había visto con Venator en Palmira—, pero en general había salido mejor parado en el Servicio. Un soldado podía verse inmerso en una batalla en cualquier momento, y su destino podía decidirse por una tirada de dados o por el capricho de los dioses. Casio no podía vivir así. Ya tenía claro que trabajar para Abascantio casi nunca iba a dejar de ser algo difícil y peligroso, pero al menos gozaba de cierta autonomía. Tendría que aprender rápido y tendría que comportarse, pero si conseguía hacerse útil había una posibilidad de que sobreviviera el resto de su período en el exilio. Y entonces podría comenzar una

nueva vida.

Cuando aquella tarde llegaron al borde de la llanura, la carretera se prolongaba hacia el oeste a través de colinas bajas y ondulantes. A poca distancia se encontraba Immae, donde Aureliano se enfrentó por primera vez con las fuerzas de Zenobia en verano, tan solo unas semanas antes de la decisiva batalla de Emesa. El emperador había derrotado a las fuerzas del general palmirano Zabdas, y su astuta táctica ya se había convertido en leyenda. Enterado de la temible reputación de la caballería palmirana, Aureliano había dado instrucciones a sus escasamente armados jinetes de simular una retirada, envolviendo así los palmiranos en una larga persecución. El enemigo, que iba fuertemente armado, no tardó en agotarse, y cuando la caballería romana finalmente atacó, apenas pudo oponer resistencia. Muy pocos de los guerreros de Zenobia sobrevivieron.

En la carretera solo quedaba un indicio de la batalla que se había librado a tan poca distancia: un joven comerciante que vendía espadas, cascos y armaduras palmiranos. Indavara echó un vistazo al puesto, pero no compró nada.

A medida que la tarde daba paso a la noche, el camino descendió a través de viñedos y más olivares hasta el río Orontes. Aunque fue un alivio llegar allí, Casio se quedó bastante decepcionado con lo que vio. Había un impresionante puente de ocho arcos, pero solo fluía agua por uno de ellos.

Delante del puente había dos posadas grandes, una a cada lado de la carretera, y ambas estaban llenas de viajeros que buscaban alojamiento para la noche. Simo se apresuró a reservar una habitación en una de ellas mientras Casio e Indavara aguardaban con los caballos.

Observaron cómo un hombre cruzaba el puente encendiendo lámparas. En el margen occidental un grupo de pescadores recogió sus aparejos y echó a andar por el lecho del río. Más allá, una hilera de altos cedros se mecía en la brisa.

—Ya estamos cerca —anunció Casio—. Solo hay unos quince kilómetros hasta la capital. —Se volvió hacia su montura. Tenía la cabeza inclinada y los ojos entrecerrados: la viva imagen de la tristeza—. Pobre. Se siente como yo.

Indavara asintió cansinamente.

—El tuyo en cambio parece un poco más contento ahora que no le haces pedazos la boca —continuó Casio—. Veo que has mejorado.

Simo regresó enseguida.

—Una está llena, señor, pero en la otra quedan tres pequeñas habitaciones individuales libres en la planta superior. Aunque es bastante cara.

—No importa —respondió Casio. Dejó el caballo a Simo y pasó por su lado en dirección a la posada—. Una habitación cada uno, cortesía de Abascantio y del Servicio de Seguridad Imperial.

En cuanto acomodaron los caballos en el establo, Simo e Indavara se llevaron los arreos a las habitaciones. Casio fue derecho al salón delantero, que daba a una ladera cubierta de hierba frente al río. Se sentó a la única mesa libre y llamó la atención de una sirvienta de mediana edad. Esta tuvo que abrirse paso a través de una multitud de hombres bien ataviados, todos con tazones de madera personalizados. Mientras se acercaba, Casio procuró no mirar sus enormes pechos caídos.

—Tenéis mucho trabajo, ¿eh? —le preguntó en griego.

La mujer chasqueó la lengua.

—La cofradía de los fabricantes de bolsas de piel de cabra. Será una noche larga. ¿Qué puedo ofrecerte?

—Una botella de algo caro. Y agua. Y tres copas.

—¿Copas?

—Tendrás alguna, ¿verdad?

—Sí, señor. Enseguida vuelvo.

La mujer regresó con el vino, y antes de que dejara la jarra de agua en la mesa, Casio ya se había servido una copa hasta arriba. Cuando Indavara y Simo bajaron, iba por la segunda copa y se sentía mejor de como se había sentido en semanas.

Sin duda había terminado la parte más dura de la misión que les había sido encomendada. Probablemente Abascantio le encontraría algo más que hacer en Antioquía, pero en adelante la responsabilidad recaería en él.

Simo observó atónito mientras Casio les servía vino a Indavara y a él.

—No pasa nada, Simo. Sabes que puedo birlar alguna que otra botella. Brindemos por que podría haber sido peor; hemos logrado salir del desierto sirio incólumes.

Los otros dos levantaron su copa.

—Y por la gran diosa Fortuna, por supuesto —añadió, guiñándole un ojo a Indavara.

—Es un buen vino, señor. Muchas gracias. —Simo sonrió y miró hacia el otro lado del río.

—Supongo que querrás ir a ver a tu padre.

—Si pudieras prescindir de mí un par de horas, te estaría muy agradecido. Muy agradecido.

—Por supuesto. Y no solo un par de horas.

Simo dejó el vino e inclinó la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Indavara mirando con curiosidad a Simo, que estaba lloroso.

—El pobre lleva dos años sin ver a su familia —explicó Casio—, en gran medida por mi culpa. Tiene derecho a derramar unas lágrimas.

Indavara continuó mirando a Simo. Como siempre, su expresión no era fácil de leer, pero no había rastro de compasión en ella.

—¿Cómo? ¿Tú no echas de menos a tu familia? —le preguntó Casio—. ¿Nunca piensas en tu madre y en tu padre?

Indavara desvió la mirada.

—Déjame beber tranquilo.

—Será un placer —respondió Casio, decidido a no permitir que nada le estropeará su estado de ánimo—. Yo haré lo mismo. Y luego... comeremos.

Cenaron copiosamente, empezando con pan fresco, aceite de oliva y queso de cabra, y continuando con gruesas salchichas negras servidas con un imaginativo surtido de verduras. Cuando les llevaron una fuente de fruta innecesariamente grande, Casio y Simo estaban tan llenos que se contentaron con unos pocos dátiles, sabiendo que Indavara daría cuenta del resto. Como era de esperar, así lo hizo.

Mientras se pulían la segunda botella, Casio y Simo comenzaron una sesión ampliada del juego «Adivina qué emperador es». A pesar de la firmeza con que exponían los actos singulares que les atribuían, Indavara se resistía a creer que pudieran ser ciertos, aunque el abrigo de piel de foca que Augusto había utilizado para protegerse de un rayo le pareció que «probablemente no era una mala idea».

Del juego pasaron a la poesía y Casio se puso a recitar unos versos de Varrio Rufo que le parecieron apropiados. Simo —a quien nunca se le podría camelar estando sobrio— respondió con tres versos completos de Valerio Flaco. Aunque rara vez se lo permitía, el hombre corpulento aguantaba bien la bebida y, como de costumbre, no cometió una sola equivocación. Casio continuó con un poema de Estacio, pero enseguida se dio cuenta de que había ido demasiado lejos y lo interrumpió por el segundo verso, esperando que Simo no se hubiera dado cuenta.

Cuando oscureció llevaron lámparas a todas las mesas y los miembros de la cofradía entonaron una canción. Incapaz de seguir el ritmo de Casio y Simo, Indavara se pasó al agua y los miró hoscamente mientras daban cuenta de una tercera botella. Rodeando con el brazo el hombro del galo, Casio intentó cantar con los fabricantes de bolsas. Un hombre se acercó tambaleante hacia ellos y se sentó pesadamente en el banco junto a Indavara, delante de Casio.

—¿Te diviertes? —le preguntó Casio en griego.

El cofrade de rostro rubicundo alzó el tazón.

—El negocio de las bolsas de piel de cabra debe de ser próspero —continuó Casio—. Me sorprende que quede algo de vino en la posada.

—Venimos aquí todos los meses de septiembre, llueva o truene. En plena guerra y en tiempos de paz. —Al tercer intento logró abrir la bolsa que llevaba al cinto. Sacó un puñado de monedas de plata y las contó—. Excelente. Me queda algo para la semana que viene.

—¿Qué pasa la semana que viene?

—Vuelven a abrirse el hipódromo y la arena.

—Ya veo. ¿Qué equipo defiendes?

—Los Verdes, naturalmente.

Un hombre que andaba cerca lo oyó.

—¡Los Verdes! ¡Los Verdes! —gritó antes de alejarse tambaleándose.

El cofrade y Casio se rieron.

—No son lo que eran, porque al mejor lo asesinaron durante la revuelta, pero aún tienen posibilidades de obtener el título.

—¿Y qué hay de los juegos?

Al hombre se le iluminaron los ojos.

—El gobernador ha prometido un centenar de hombres solo el primer día..., prisioneros de guerra palmiranos. Al público le encantará. Y luego nuestro campeón local se enfrentará con un gran nubio.

—¿En serio? —Casio señaló con la cabeza a Indavara—. Mi amigo era gladiador. Mató a un alemán de más de dos metros y a un...

Indavara golpeó la mesa al ponerse de pie y volcó la botella de vino. Mientras Simo la enderezaba, el guardaespaldas echó a andar hacia la posada.

—¿Adónde vas? —le preguntó Casio.

Indavara se detuvo y respondió sin volverse.

—A la cama. Es tarde.

—No, no. Pero si estamos de celebración. Siéntate.

Indavara siguió andando.

—¡He dicho que te sientes!

Cuando desapareció por la puerta, Casio se encogió de hombros.

—No sabe divertirse..., ese es su problema.

El seguidor de los Verdes regresó y agarró a su compañero del brazo.

—Ven, nos vamos al río.

El cofrade cogió el tazón y se levantó. Al concentrar todo el peso en un extremo, el banco cayó hacia atrás tirando al suelo a Casio y a Simo junto con varios platos, la botella y las copas.

—¡Vaya! —exclamó Casio.

—¿Es hora de dormir, señor? —dijo Simo, apartando un plato del pecho de su amo.

—Es hora de dormir.

XVIII

—Este es el aspecto que debe tener la muralla de una ciudad.

Casio miraba hacia el extremo norte de Antioquía, pasando por alto la aglomeración de gente que tenía delante. El muro medía siete metros de altura y había sido construido con bloques gigantes de piedra caliza, algunos de ellos revestidos de piezas triangulares de ladrillo. A la izquierda de la puerta de Berea los muros se extendían un kilómetro hasta dar paso a las tiendas y viviendas improvisadas que cubrían las faldas del monte Silpio, el pico de cuatrocientos cincuenta metros de altura que daba sombra a la ciudad. A la derecha de la torre de entrada los muros se prolongaban doscientos metros antes de confluir con el Orontes. Por allí el río se dividía y rodeaba a una isla que estaba comunicada al resto de la ciudad mediante cinco puentes.

—Ojalá las murallas de alrededor estuvieran en tan buenas condiciones —observó Simo.

—Eso se lo debemos a los persas, que insisten en invadirnos cada pocos años.

El papel de Casio en una misión que podía contribuir a evitar futuras incursiones procedentes de Oriente sobrepasaba su mente confusa por el vino, por lo que se limitó a reprender a los dos esclavos que manejaban el carro que tenían delante. Estaba lleno de estiércol y no parecía importarles que cada movimiento de los caballos arrojara una nueva capa sobre la carretera. Entretanto, Simo se había prometido a sí mismo no volver a permitir que su amo le sirviera vino. Casio ya lo había oído antes.

—Veinte por lo menos —dijo Indavara—. Veinte carros entre nosotros y la puerta.

—No por mucho tiempo —respondió Casio—. Sígueme.

La carretera de acceso pasaba por una calzada elevada que atravesaba la llanura pantanosa y propensa a inundaciones en dirección al este de la ciudad. Casio condujo el caballo por una breve pendiente hasta el suelo mojado y continuó por el lado derecho de la carretera. Muchos de los que esperaban lo fulminaron con la mirada, pero no se atrevieron a decir nada. Casi todos eran plebeyos; era el mediodía, y la mayoría de los comerciantes y granjeros que tenían algo que vender debían de haber llegado hacía horas a la ciudad. Sin embargo, Casio vio dos carros pesados que transportaban losas de mármol rosa y uno cargado de grandes barriles tapados. ¿Había cruzado las puertas un vehículo semejante en los últimos días? ¿Había entrado su preciado cargamento en la ciudad inadvertidamente?

La carretera se estrechaba al pasar por debajo del gran arco de la torre de entrada. Sobre el techo había una representación en piedra de Rómulo y Remo amamantados por la loba. La puerta en sí —una monstruosa rejilla de hierro con púas— colgaba de cadenas de dos centímetros y medio de ancho. Sobre cada una de las torres de la

puerta de entrada había una estatua de plata de tamaño natural de la diosa local Tique, que para los antioqueños simbolizaba la fortuna, así como su ciudad. Vestida con largos ropajes y una corona alta, tenía un racimo de uva en una mano y una gavilla de trigo en la otra.

Casio desmontó cerca de la torre occidental. Mientras esperaba a que Simo e Indavara lo alcanzaran, se puso el casco y sacó la cabeza de la lanza. La multitud congregada estaba sorprendentemente silenciosa y ordenada; en gran medida se debía a la docena de hombres fornidos que patrullaba frente a ella. Casio reparó en la especie de porra que blandían como arma: un haz de varas de madera atadas entre sí. Eran los sargentos del magistrado municipal, responsables de hacer cumplir la ley y mantener el orden. Más allá de ellos había ocho escribanos sentados ante mesas, interrogando a los que entraban y recaudando tributos. También había legionarios. Uno de ellos vio a Casio y apartó a algunos lugareños.

—Por aquí, señor.

—Que pasen también mis hombres.

Simo e Indavara, ligeramente avergonzados, condujeron los caballos por el lado de la carretera más allá de la multitud. Un centurión entrado en años salió a zancadas de la torre de entrada. El brazo izquierdo le colgaba sin fuerzas al costado.

—Buenos días —saludó Casio.

—Yo más bien diría buenas tardes. Mi nombre es Turpo y soy el responsable.

—Córbulo, de la oficina del gobernador.

—Eso ya lo veo. Ven, tienes que registrarte. Tus hombres pueden entrar directamente. ¡Sanga!

El legionario Sanga escoltó a Simo e Indavara más allá de los sargentos mientras Casio se agachaba para entrar en la torre de entrada. En el interior de la estrecha habitación había un escritorio cubierto de papiros y libros encuadernados en cuero. Uno de los libros estaba abierto y junto a él había una pluma de caña en un soporte de bronce.

—Nombre, rango, fecha y propósito de la visita —dijo Turpo—. Ah, y la hora. Es la séptima hora.

Mientras Casio se registraba en el libro, un escribano entró por otra puerta e intercambió con Turpo unas palabras que rápidamente derivaron en una discusión crispada sobre la tasa de impuestos que debía imponerse a las prostitutas que eran llevadas a la ciudad. Casio dejó en blanco la sección «Propósito de la visita» y esperó a que Turpo despidiera al empleado.

—Centurión, ¿registras todo el tráfico que entra y sale..., como los carros y otros vehículos?

—Solo los que transportan mercancías. Hay una tarifa fija para los comerciantes: por caballo, por carro o por lo que sea. —Apuntó la puerta con un pulgar—. Pero eso se debe a que el Consejo quiere mantener a todos en el camino recto hasta que se calme la situación. Los palmiranos cambiaron todas las tarifas y peajes, pero poco a

poco estamos volviendo a la normalidad.

—¿Entonces no lleváis un registro de los cargamentos particulares?

—Por regla general, no. Solo el dinero recibido. A no ser que se trate de algo fuera de lo corriente o sospechoso.

—¿Podría revisar los registros de las últimas semanas? Estoy interesado en un carro en concreto que podría haber entrado en la ciudad.

—Sí, siempre que tengas la debida autorización.

—¿Y de quién puedo obtenerla?

—Del tribuno Bonifacio.

—Bonifacio. ¿Y que hay de las demás rutas de acceso a la ciudad?

—Están la puerta del Puente y la puerta de Dafne, al sur de la ciudad. Y algunos caminos que cruzan la montaña, pero un carro pesado no podría utilizarlos.

—Muy agradecido.

Al otro lado de la torre de entrada Casio se encontró en un extremo de la avenida de Herodes y Tiberio, la impresionante vía porticada que atravesaba de noreste a suroeste el corazón de Antioquía. La imponente doble hilera de pórticos soportados por columnas que había a cada lado cubría una pasarela casi tan ancha como la calle.

De no haber sido por una cuadrilla de esclavos que aporreaba con martillos la base de una columna, la calle habría estado bastante silenciosa. Las horas más ajetreadas del día ya habían pasado, y muchos de los habitantes estaban en sus casas, comiendo y descansando tras una dura mañana de trabajo. Una segunda cuadrilla de esclavos de piel oscura salió de una calle lateral. Escoltados por cuatro capataces armados, adelantaron a Casio y desaparecieron por debajo de la torre de entrada. Indavara y Simo emergieron de las sombras detrás de ellos, el galo con un juego de riendas en cada mano. Sonreía. Casio se quitó el casco mientras se acercaba a ellos.

—Veo que te alegras de estar de vuelta.

—Oh, sí, señor. Ya lo creo.

—Ve tú primero entonces.

Casio se había propuesto llegar a la ciudad hacia el mediodía con la esperanza de encontrar a Abascantio en casa. Ya le había dado a Simo la dirección del agente; el galo había vivido toda su vida en la ciudad antes de entrar al servicio de Casio, y no titubeó ni una sola vez. Se dirigieron al este —hacia el monte Silpio— y cruzaron almacenes y graneros, panaderías y pensiones. Allí los que no podían permitirse el lujo de disfrutar de una tarde de descanso continuaban trabajando.

Las vías se ensancharon y adquirieron aceras según se adentraban en una zona residencial. Llegaron a una gran fuente con un estanque ornamental y caños tallados en piedra destinada al uso público. Pero no salía agua de ellos, y en el estanque solo había unos dedos; tendrían que transcurrir varias semanas hasta que los acueductos que abastecían la ciudad funcionaran plenamente.

La villa de Abascantio era un palacete de una sola planta construido en piedra que tenía la fachada estrecha, pero se alargaba bastante por detrás. Estaba rodeada de una

hilera de altos álamos y de un muro de dos metros y medio, y la entrada estaba protegida por una verja de hierro. Junto a ella había una campana de bronce colgada de una cuerda. Casio le pidió a Simo que llamara.

Mientras esperaban, Indavara contempló las villas bien mantenidas y silenciosas, y las empinadas laderas que se alzaban por encima. Casio se apoyó en las rejas y atisbó la avenida que conducía hasta la villa. No se veía a nadie, y unos voluminosos arbustos de flores moradas ocultaban la entrada. Todas las circunstancias eran muy extrañas. Había esperado que Abascantio contara con un amplio personal de servicio; sin duda suficientes hombres para proteger la verja de su propia casa.

Oyeron el chasquido de una puerta al abrirse y a continuación ruido de pasos. Casio reconoció al instante el cuerpo achaparrado y el semblante sombrío de Shostra.

—Ah. Al menos hemos llegado al lugar adecuado.

Sin pronunciar una palabra de bienvenida, Shostra examinó a los tres hombres a través de la verja, deteniéndose particularmente en Indavara. Luego giró sobre sus talones y entró de nuevo en la casa.

—¡Eh! —gritó Casio tras él. Se volvió hacia Simo—. No me gusta nada ese hombre.

Oyeron voces amortiguadas. Shostra regresó al cabo de unos momentos. Se sacó una llave del cinto y abrió la puerta.

—El amo quiere que yo y tu hombre vayamos a donde vais a alojaros y nos ocupemos de acomodar a los caballos en el establo y de preparar la casa. Tú puedes entrar.

—Muchas gracias —respondió Casio—. Adelante, Simo.

En cuanto Indavara retiró las armas de su silla de montar, Shostra se alejó con Simo y los caballos por la calle. Casio e Indavara se encaminaron hacia la villa. Como era de esperar, no salió nadie a recibirlos. Mientras recorrían el pasillo, Casio bajó la vista hacia el mosaico de múltiples colores que había bajo sus pies: «Bienvenido». Dio un codazo a Indavara y lo señaló con la cabeza.

—Hasta ahora no mucho.

Indavara frunció el entrecejo.

—¿Sabes leer? —le preguntó Casio.

—¡Ah, ahí estáis! Pasad, pasad. —Abascantio había aparecido al final del pasillo—. Os veo a los dos muy tiesos —comentó mientras avanzaban hacia él—. No me sorprende, después de todo lo que habéis cabalgado. No me digas que te has paseado con esto en la mano por toda la ciudad, Córbulos.

Casio miró la cabeza de lanza; la había tenido en las manos desde que habían entrado por la puerta.

—Por los dioses, no me serás de mucha utilidad aquí si todo el mundo sabe quién eres. Gracias a Júpiter es bastante tarde. Al menos no la habrá visto nadie importante.

A Casio no le gustó particularmente el comentario; al parecer, Abascantio ya estaba pensando en darle más trabajo.

Se encontraban en un gran atrio en el que se respiraba un aire de grandeza deslucida. Debajo del rectángulo abierto que había en el centro de la estancia había una pileta circular llena de agua de lluvia cuyos lados habían adquirido un color verdoso. Los pocos muebles que había parecían nuevos, pero en dos de las paredes había frescos muy necesitados de una nueva capa de pintura, y a un singular mosaico de un trío de pavo reales le faltaban una tercera parte de las piezas.

Abascantio miró a Indavara de arriba abajo.

—¿Y cómo va nuestro amigo monosilábico?

—Continúa siendo monosilábico —respondió Casio—. Vamos a tener que educarlo en las sutilezas de cabalgar, comer y dar conversación. Pero ha hecho bien su trabajo.

—Bien, bien. Entonces lo mantendremos de momento. —Abascantio se dirigió a Indavara—: Más tarde nos ocuparemos de tu paga. Espera aquí ahora. Sígueme, Córbulu.

El agente estaba aún más grueso de lo que recordaba Casio. Mientras rodeaba la pileta detrás de él en dirección al otro extremo del atrio, miró los pliegues de carne que le sobresalían del cinturón y las pantorrillas peludas y cubiertas de lunares. Era un hombre extraordinariamente poco agraciado.

Recorrieron un pasillo con unas cuantas salas más pequeñas a cada lado y salieron a un patio amplio. Más allá había un huerto de manzanos cuidado y la verja trasera. En medio del patio había una gran fuente sin agua, y, en el centro de esta, una estatua de bronce de un dios barbudo y contemplativo.

—¿Hermes o Dionisio? —preguntó Casio.

—Es palmirano —se mofó Abascantio—. Desde que llegué estoy queriendo derrumbarlo.

—¿Entonces no llevas mucho tiempo aquí?

—Un mes o algo así. El anterior residente prosperó con la ocupación. Entregó a dos de mis mejores agentes a los palmiranos. Lo hice... desalojar.

—Entiendo.

Frente a la fuente había una mesa de mármol y dos bancos de madera. Abascantio cogió una botella de vino, acabó de llenar su copa y le sirvió una a Casio.

—Entonces la política de clemencia del emperador tiene sus límites —observó Casio sentándose.

Abascantio le tendió la copa.

—Siempre hay excepciones.

En uno de los bancos, cuyo extremo tocaba con el muro de la fuente, había dos cojines. Abascantio se sentó en él con la copa en la mano.

—Puedes comenzar. No te dejes nada.

Casio tardó casi una hora en exponer los acontecimientos de los nueve últimos días. Omitió, sin embargo, el incidente con los celtas en Palmira. Tomó nota mentalmente de pedirle a Indavara que le guardara el secreto. Abascantio escuchó

con atención, presionándolo en ocasiones para obtener más detalles. Su ancho y devastado rostro permaneció en gran medida impassible hasta que Casio le describió lo que habían encontrado en la mina. Maldiciendo, se levantó y dio una patada a la silla. Se resbaló por las baldosas y aterrizó en la hierba. Se quedó inmóvil unos instantes, luego se apoyó en la fuente con las manos en el borde.

—Pagarán por ello —susurró entre dientes—. ¡Por Júpiter que pagarán!

—¿Por qué crees que lo mantuvieron con vida, señor?

Abascantio se apartó de la fuente.

—Parece ser que los legionarios lucharon como un solo hombre, pero Gregorio sabía lo importante que era que él conservara la vida..., y esperó la oportunidad para escapar y hacerme llegar un mensaje. Además de hábil, era un hombre de recursos.

—Es posible que aun así nos haya ayudado, señor.

—Ya lo creo.

—¿Tenía esposa?

—No. Tampoco hijos, gracias a los dioses. Pero vivía con una mujer. Tendré que comunicárselo. —Abascantio bajó la mirada hacia Casio mientras se deslizaba el pulgar por la barbilla—. Bien mirado, has hecho un buen trabajo, Córbulo.

Casio estaba de acuerdo; pero hizo lo posible por mostrarse magnánimo.

—Si me lo permites, tengo algunas ideas sobre qué investigar a continuación. El hombre de los dos dedos, obviamente. Y la torre de entrada..., a veces registran el tráfico que entra. O bien los mercados de oro y plata. Podríamos ver si...

Abascantio levantó las manos.

—Un momento. Estoy de acuerdo en que habría que investigar esos asuntos. Pero olvidas el Consejo, es decir, los únicos hombres que estaban al corriente de la misión de Gregorio.

—Los únicos hombres aparte de Venator, Lolio y el tal Tarquinio.

—Quien probablemente se llevó su parte..., todo lo que pudo cargar y mantener en secreto. —Abascantio se encogió de hombros—. Le deseo buena suerte. Y a Lolio también, si hizo lo mismo. Pero es imposible que Venator estuviera involucrado; lleva diez años en pos de un escaño en el Senado y pertenece a la octava o novena familia más rica de todo el Imperio.

—Señor, no creo ni por un momento que Venator tuviera algo que ver con ello. Tampoco Lolio, con franqueza. Pero el primer hombre que se olió que se trataba de un tesoro...

—Suponiendo por un instante que un oficial romano permitiría la muerte de diez de sus compañeros, ¿cómo lo organizaría?

—No tengo ni idea. Pero un botín de estas características sería un gran incentivo. Y atraería a unos cuantos cómplices.

Abascantio no parecía convencido.

—Si el tal Tarquinio hubiera estado realmente detrás del saqueo, habría desaparecido hace tiempo. El mismo Venator te dijo que había regresado a Zeugma.

Me temo que se te está escapando algo, Córbulo. No se trata de las alhajas o de la plata y el oro, sino del estandarte. Debemos concentrarnos en quién maneja los hilos. Solo hace un par de días que he vuelto y mis recursos no son lo que eran, pero he hecho algunos avances. Seguiremos a los miembros del Consejo día y noche si es necesario, y no dejaremos piedra sin mover.

—¿Quién pertenece exactamente al Consejo?

Abascantio miró pensativo a Casio.

—¿Tienes una buena toga?

—Sí. ¿Por qué?

—Podrás verlo tú mismo, actuando como mis ojos y mis oídos. No pongas esa cara de preocupación, Córbulo. Después de todos esos días en el desierto, estoy seguro de que disfrutarás de una refinada velada entre los grandes y poderosos de Antioquía.

—¿Señor?

—Vas a asistir a una cena de gala.

La villa en la que iban a alojarse era otra de las viviendas liberadas de uno de los «desalojados» de Abascantio. Casio sabía que no debería haberle sorprendido oír hablar al agente de tales cuestiones con un tono tan desapasionado, pero le perturbaba pensar en lo que ese hombre era realmente capaz de hacer.

Antes de despedirlos a él y a Indavara, Abascantio llamó a varios mensajeros y los envió a varios rincones de la ciudad. Le dijo a Casio que se reuniera a la décima hora con él junto al puente de Adriano y que procurara acudir lo más presentable posible.

Situada a un kilómetro al sur de la de Abascantio, la villa estaba más cerca del centro de la ciudad, pero en una zona igual de anodina. A medida que Casio e Indavara caminaban por las calles, Antioquía parecía despertar de nuevo tras el silencio del mediodía. Al mirar a la derecha entrevieron a las multitudes y los magníficos edificios del corazón de la ciudad.

—¿Dónde está esa gran mansión entonces? —preguntó Casio.

De acuerdo con las instrucciones de Abascantio, encontrarían la villa justo delante de una talla inconfundible en la ladera del monte Silpio. Al salir a una amplia calzada que bajaba hacia la avenida de Herodes y Tiberiades, la pregunta de Casio quedó contestada.

—Ah. Impresionante.

La ciudad estaba dominada por una gran talla en piedra de un rostro masculino con una figura más pequeña al hombro. La escultura parecía estropeada o inacabada.

—Debe de ser esa —dijo Indavara señalando hacia delante.

La villa era de menores dimensiones que la de Abascantio, pero también se hallaba bien protegida por un muro alto y una verja sólida. A lo largo del lado sur

corría un río más pequeño, el Parmenios, que se extendía del monte Silpio hasta el Orontes.

La verja estaba abierta. Encontraron a Simo barriendo el camino.

—Bienvenido, señor. —El galo meneó la cabeza mientras seguía a Casio hasta la puerta—. Hay mucho que hacer, señor. Tendré que buscar leña y utensilios de cocina, y no hay agua corriente, Ah, y...

—Relájate, Simo. Tienes el resto del día para ocuparte de todo eso. Por lo menos tenemos un lugar habitable que utilizar de base.

En el interior de la villa había unos pocos muebles básicos, pero no se veían ornamentos de ninguna clase.

—Está terriblemente desnuda, señor.

—Así habrá menos que limpiar. ¿Dónde están los caballos?

—En el establo del final de la calle. Shostra dijo que el dueño es de toda confianza. Podemos ir y venir cuando queramos.

Del atrio salían cuatro pequeñas habitaciones, de las cuales tres eran dormitorios. Casio ocupó el más espacioso y le indicó a Indavara que se instalara en el más cercano a la puerta. Simo pidió al guardaespaldas que lo ayudara y él pareció encantado de echar una mano.

Las alforjas de Casio ya estaban en su habitación, encima de una cama de madera baja pero ancha. El otro único mueble era una gran estantería. Casio apartó las alforjas de la cama y se tumbó. Por el camino había oído a un esclavo anunciar el comienzo de la novena hora, así que decidió que tenía tiempo para echar una cabezada. Estaba cansado y resacoso, y no se veía con fuerzas de enfrentarse a las exigencias de la sociedad civilizada sin antes descansar. Oyó a Simo pedir a Indavara que fuera a comprar agua. Antes de irse, el guardaespaldas preguntó a Simo acerca de la talla de piedra.

—Es carontiana —respondió el galo—. Tiene más de cuatrocientos años. La construyeron bajo las órdenes de Antíoco, el rey de la antigüedad que dio nombre a la ciudad. Durante su reinado hubo una plaga y una vidente le aconsejó que creara una gran imagen de Caronte, el dios del inframundo, para aplacarlo e impedir que futuras pestes azotaran la ciudad.

—¿Funcionó? —preguntó Indavara.

Casio no oyó la respuesta. Se había dormido.

XIX

Casio llegó al puente de Adriano antes que Abascantio, lo que le permitió unos momentos para poner orden en sus pensamientos. Las dos horas de sueño solo parecían haber agotado sus fuerzas, y estaba preocupado ante la perspectiva de la noche que tenía por delante. No estaba seguro de cómo se era admitido a una cena sin conocer al anfitrión, y se preguntó qué esperaba el agente de él.

Con los brazos cruzados, se apoyó contra la tosca pared del puente, una amplia estructura arqueada que se extendía treinta metros sobre el Orontes. No le pareció necesario asistir a una cena con un guardaespaldas, de modo que le dijo a Indavara que se quedase a ayudar a Simo.

Era extraño —y desconcertante, de hecho— estar rodeado de gente después de todos esos días en el desierto. Contempló la aglomeración de transeúntes y carros que se movían en ambas direcciones. Era evidente que había unas obras de gran envergadura en alguna parte, porque la mayoría de los que regresaban de la isla parecían obreros. Vio a más hombres del magistrado municipal asegurándose de que los peatones se mantenían a un lado de la carretera y dispersando a los vagabundos con palabras ásperas y algún que otro golpe de porra.

Casio se volvió y bajó la vista hacia el río, donde muchas bateas y lanchas se disputaban el espacio con los barcos más grandes sobre las aguas tranquilas y oscuras. Algunas de esas embarcaciones más grandes eran accionadas por seis u ocho esclavos que remaban con ímpetu mientras los amos haraganeaban con sus amantes en la parte trasera. Varios de esos barcos confluían en un muelle del extremo sudoccidental de la isla. Allí había una gran galera amarrada. En ella, dos muchachos trabajaban colgados del mástil mayor mientras el resto de la tripulación restregaba con vigor las velas extendidas sobre la cubierta.

Más allá del muelle había una villa enorme y desperdigada, rodeada de jardines, varias fuentes, un establo y unos baños. Parecía haber otras residencias privadas muy cerca, pero la mayor parte de la isla estaba ocupada por edificios públicos: teatros, baños, oficinas cívicas y, en el otro extremo, la ovalada mole del hipódromo y los imponentes muros del palacio imperial.

—No te vuelvas. Debemos procurar que no nos vean juntos.

Abascantio y Shostra aparecieron de pronto junto al muro de la derecha.

—Ya empiezan a llegar los invitados. Tendremos que darnos prisa.

Casio señaló con la cabeza la gran villa.

—¿Es allí a donde voy?

—Así es. La Casa de los Delfines. Pero antes deja que te enseñe a los miembros del Consejo. Acaban de interrumpir su reunión en el foro, así que no tardarán en aparecer. Al llegar al otro lado del puente, tuerce a la derecha; verás un teatro junto a

la villa. Entra y espera. Me encargaré de que alguien vaya a buscarte. Vete ya.

Casio esperó a que se abriera un hueco en el tráfico para lanzarse a través de él, y se alejó con paso resuelto por el puente.

Las altas puertas de madera de la parte delantera del teatro estaban abiertas. Casio entró y se encontró en una espaciosa sala de recepción con bancos alrededor. Delante de la entrada había otras puertas, probablemente las del auditorio y el escenario. A ambos lados de la sala había una escalinata que ascendía. Dos mujeres limpiaban el suelo de rodillas.

Casio se acomodó en uno de los bancos. No llevaba mucho rato allí sentado cuando un niño que no tendría más de ocho o nueve años bajó corriendo por las escaleras de la derecha. Miró con curiosidad a Casio, le hizo un gesto para que lo siguiera y regresó por donde había aparecido.

La escalera ascendía en espiral a un segundo piso alto donde un palco ofrecía una excelente vista del escenario, que en esos momentos estaba oculto tras unos cortinajes rojo escarlata. El chico señaló una habitación en el lado izquierdo del palco y desapareció. En la puerta estaba Shostra dando unas monedas a un hombre de edad avanzada y bien vestido. Despidió al hombre y señaló con la cabeza el interior de la habitación. Estaba llena de mesas, bancos y sillas.

—Por aquí —dijo Abascantio, sacando la cabeza por encima del batiburrillo de muebles.

Casio se abrió paso procurando no ensuciarse la toga. Abascantio estaba sentado en una silla frente a una pequeña ventana con celosía. Junto a él había un taburete vacío. Mientras Casio se sentaba, el agente lo examinó.

—Muy elegante.

Era una tarde cálida, y, aunque la toga de Casio era fina, la lana le irritaba la piel. No se la había puesto desde que se marchó de Cícico y se sentía algo cohibido. Simo le había bañado y afeitado, le había cortado las uñas y arreglado el cabello.

Abascantio hizo una mueca.

—Aunque eres bastante bien parecido. Además de alto. No es lo ideal.

—Mi madre discreparía contigo.

—No trabajas para tu madre.

Abascantio señaló la calle. Debajo de ellos estaba la Casa de los Delfines. Los invitados iban llegando a las amplias escalinatas que arrancaban del vestíbulo principal. Casio arrastró el taburete para acercarlo a la ventana y ver la estructura a escala completa. Era verdaderamente enorme, con cuatro atrios y tres patios separados.

—Tu anfitrión se llama Kaeso Escauro y es uno de los hombres más ricos de Antioquía. Es la primera fiesta que da tras la liberación de la ciudad. No es que él y los de su clase sufrieran particularmente, pero la mayoría de ellos se sienten aliviados

de haberse librado de los palmiranos. Las fiestas de Escauro son infames; unos cuantos de los invitados buscarán una excusa para escapar. Debería ser una gran velada.

—¿Estás invitado?

—¿Yo? —Abascantio se rio con amargura—. No. Mi presencia estropearía el ambiente festivo, les quitaría el apetito a los invitados. Ah, ahí está el hombre en cuestión.

Casio miró a través de la rejilla. Por las escaleras bajaba corriendo un individuo achaparrado con un ostentoso manto dorado y púrpura. Tenía el rostro redondo y rubicundo, y una abundante mata de cabello negro y rizado. Cuando dos señoras de aspecto particularmente decoroso se bajaron de un carruaje abierto, Escauro hizo una profunda reverencia y les besó la mano. Volvió su atención hacia sus acompañantes, sonriendo radiante y asiéndolos por los antebrazos con visible entusiasmo.

—Sigue esforzándose demasiado —observó Abascantio—. ¿Nunca aprenderá?

—¿Tiene algo de arribista?

—Es la definición por antonomasia. Hijo de judía y legionario. Ha hecho su fortuna como traficante de esclavos y prestamista. Lleva años intentando comprar un cargo en la asamblea provincial. No parece comprender que a menos que se case con una mujer de una familia escogida entre un puñado o que se granjee el favor de Marcelino, esas puertas siempre permanecerán cerradas.

—¿Ostentan el poder las mismas personas? ¿Aun después de la ocupación?

—La mayoría fueron lo bastante prudentes para bajar la cabeza, cerrar el pico y esperar a que pasara la tormenta. A los antioquenos se les da bastante bien. Unos pocos tuvieron problemas, por supuesto, pero dudo que la lista de invitados de hoy sea muy diferente de la de un par de años atrás.

Acababan de llegar a la villa tres hileras de soldados de caballería con lanzas. Entre ellos había una figura diminuta a lomos de un caballo gris pálido.

—Ahí va el primer miembro de nuestro Consejo. El general Julio Ulpiano, prefecto de la guarnición de Antioquía.

De una veloz patada Escauro mandó a un niño esclavo hasta el general con un pequeño taburete para ayudarlo a desmontar. Mientras otro esclavo sujetaba las riendas, Ulpiano descendió del caballo. Escauro le tendió una mano, pero el general la rechazó. Un legionario africano muy corpulento acompasó el paso al suyo mientras subía las escaleras detrás de él. Ulpiano se quitó el casco dejando ver un cabello gris que clareaba y un rostro correoso y surcado de arrugas.

—Es viejo incluso para ser general —observó Casio.

—Tendrá unos sesenta y cinco. En realidad ha sido un cargo nominal los últimos años. Los palmiranos dejaron que se quedara, pero retiraron hasta la última centuria. Aunque ahora vuelve a tener una cohorte completa.

—¿Un sospechoso?

—Es posible, pero improbable. Ha tenido que mirar por sí mismo desde un

desagradable incidente que ocurrió hace unos años. Se obsesionó con la esposa de uno de sus tribunos y no fue muy sutil. Le hicieron varias advertencias, pero él no pudo reprimirse. Finalmente envió al tribuno lejos en una misión disparatada mientras él iba a la casa y violaba a la joven.

—Dioses.

—Trató de encubrirlo, pero acabé enterándome. Le pasé un informe a mi superior Pulcher, quien, a su vez, informó al emperador. Claudio decidió que Ulpiano conservaría el cargo con la condición de no meterse en líos hasta que se retirara. Que yo sepa, así lo ha hecho.

—Tuvo suerte.

—No fue solo suerte. Es un héroe de guerra. El mejor comandante de caballería de la provincia en su época. Luchó en las dos guerras contra Sapor.

—Entonces debe de odiar a los persas. —Casio echó un vistazo a Abascantio—. ¿Lo suficiente para impedirnos firmar un tratado con ellos?

—No lo veo. Como bien dices, es viejo. Dudo que tenga energía para intrigas criminales. Probablemente estará más interesado en acostarse con tantas mujeres como pueda antes de caer redondo.

La comitiva de invitados parecía interminable. Algunos hombres llegaban solos a lomos de su montura y los esclavos de Escauro se ocupaban rápidamente de sus corceles. De carruajes abiertos tirados por mulas bajaban mujeres, parejas o grupos. Otros salían de literas transportadas por cuatro o seis esclavos, y una anciana llegó en un lujoso carruaje cerrado con pequeñas columnas de mármol que soportaban un dosel morado.

Justo delante de la villa se había congregado una multitud de invitados que observaban la llegada de otros invitados. Escauro levantó las manos en un gesto de consternación y los acorraló de nuevo para que entraran. Uno de sus siervos le avisó de que se había detenido otro carro, y él regresó con prisas a la calle, recogiendo los pliegues del manto con una mano mientras descendía una vez más los peldaños.

—Ese debe de ser alguien importante —dijo Casio.

Abascantio se echó hacia adelante cuando un hombre alto y delgado se apeó con desenvoltura antes de volverse para tender una mano a su compañera.

—Nuestro estimado gobernador, nada menos. Te presento a Tito Fabio Gordio. Político entre los políticos.

—¿Cómo es eso?

—No muchos hombres habrían logrado ser gobernadores antes, durante y después de una ocupación. De alguna manera él se las arregló para allanar el camino con los palmiranos y proteger los intereses de sus electores.

—Un hombre inteligente, entonces.

—Mucho más brillantes no los hay. Se dice que utilizó sus encantos para que Zenobia hiciera un sinfín de concesiones y que ella se despidió cortésmente de él antes de huir de la ciudad. Y ha sido capaz de ocultar a su mujer durante más de una

década el hecho de que está enamorado de su secretario. No estoy seguro de cuál de los dos logros es más impresionante.

Gordio aceptó la pronunciada reverencia de Escario y tomó a su esposa de la mano. La elegante pareja subió los escalones saludando con la cabeza a los demás invitados.

—¿Podría estar involucrado?

—Hasta hace un par de días habría respondido que no, pero ha salido a la luz nueva información.

Abascantio se mostró visiblemente reacio a explicar más.

—Pero después de sobrevivir durante tanto tiempo —dijo Casio—, ¿qué motivos podría tener para poner en peligro el tratado?

—No se me ocurre ninguno. Pero ¿qué ocurre si otros lo están manipulando por motivos personales?

—¿Chantaje?

—Por el momento solo es una hipótesis. —Abascantio se recostó y dejó escapar un suspiro—. A menos que haya pruebas, no me atrevo a hacer un solo movimiento en su contra. Está muy unido a Marcelino, y ya nos hemos enfrentado otras veces en el pasado. —Volvió a señalar la calle con la cabeza—. Allí está el número tres.

A continuación subió las escaleras un joven de unos treinta años. Iba solo, y vestía con modestia con un manto verde pálido sobre la túnica. Parecía un poco fuera de lugar; estudioso y reservado.

—Parece bastante inofensivo.

—El procurador Galio Novio Octobriano.

—Debe de haberle ido bien para que lo hayan nombrado procurador a su edad. ¿Él también sobrevivió a la ocupación?

—A todas luces prosperó. Acababan de nombrarlo procurador adjunto cuando empezó la revuelta. Si la información que me han dado es cierta, no tardó en sacar provecho de la situación. Los palmiranos confeccionaron una lista de alborotadores, es decir, de aquellos sujetos que no acatarían su autoridad bajo ninguna circunstancia. He oído decir en más de una ocasión que Octobriano los ayudó a confeccionarla. Uno de los primeros nombres de la lista era el de Dócilo, el anterior procurador. El superior inmediato de Octobriano.

—Qué conveniente.

—Exactamente. Muchos de los otros hombres de esa lista no reaccionaron a tiempo y acabaron echándolos de sus cargos o asesinandolos. Dócilo tuvo suerte. Se marchó una semana antes de que tomaran la ciudad. Un par de días antes que yo, si no recuerdo mal.

Casio se volvió hacia Abascantio, quien asintió.

—Yo también figuraba en la lista. Imagino que de los primeros.

Casio miró de nuevo la villa. Octobriano había desaparecido en el interior.

—¿Entonces podría tener todavía conexiones con los palmiranos?

—Es posible.

—¿Cómo se explica que semejante individuo siga encargándose de las finanzas de la ciudad? Entiendo la actitud del emperador de comenzar de nuevo y demás, pero si eso es cierto Octobriano se merece la horca.

—No seré yo quien te lo rebata. Pero la palabra clave es «si». Me ha llegado esa información de tres fuentes diferentes; pero ninguna está dispuesta a hablar abiertamente de ello, y no hay más pruebas. Cubrió muy bien las huellas. Otro superviviente.

—Suponiendo por un momento que todavía está conchabado con ellos, ¿quién queda de los líderes palmiranos? Zenobia está camino de Roma y todos sus lacayos han sido ejecutados.

—Es cierto. Y yo he pasado gran parte de los últimos meses desmantelando operaciones de inteligencia. Pero podría haber individuos cuya existencia desconozco en Palmira o incluso aquí.

—¿Qué ganarían entorpeciendo la firma del tratado?

—Puede que simplemente quieran recuperar el estandarte porque les da un gran poder sobre los persas como herramienta de negociación. Y, a largo plazo, una alianza entre las grandes potencias a ambos lados de ellos poco ayuda para promover su causa. ¿El objetivo final? Podría ser el restablecimiento del dominio palmirano. Mira, me encantaría ver a ese maldito Octobriano colgado de una soga, créeme, pero todavía no hay nada sólido contra él. —Abascantio se encogió de hombros e hizo un gesto hacia la villa—. También debes entender que es mi deber averiguar todos los trapos sucios. Uno puede volverse un poco paranoico..., creyendo que todo el mundo está ocultando algo. Pero estas personas son ambiciosas. ¿Qué fue lo que dijo Aristófanes? «Debajo de cada piedra se esconde un político».

—Señor, te pido disculpas si mi pregunta está fuera de lugar, pero ¿no debería el emperador deshacerse de todos ellos? Me da la impresión de que todos son culpables de colaboracionismo.

Abascantio lo señaló.

—Está fuera de lugar, Córbulos, pero responderé con tal de abrirte los ojos a unas cuantas realidades políticas. Los llamas colaboracionistas. Pero ¿acaso no lo son en menor o mayor grado todos los romanos que se quedaron aquí? ¿Deberíamos expulsarlos a todos de la ciudad? No olvides que los palmiranos ejercían el dominio aquí mucho antes de que decidieran anexionar la provincia. La gente tuvo que tomar partido, tuvo que pensar en su familia, en su futuro. Y no es que Zenobia diera órdenes de violar y saquear. Se podría argumentar incluso que ella solo deseaba gobernar el Imperio, no erradicarlo. ¿Tan diferente era a cualquier otro usurpador? —Abascantio cambió de postura en la silla—. En cualquier caso, y a pesar de lo que piense la gente, el Servicio no actúa únicamente basándose en rumores y conjeturas. Buscamos pruebas, y tenemos que investigar todas las alternativas posibles. —Se volvió hacia la ventana—. Ah, ahí está.

—¿Quién?

—Tu acompañante.

—¿Mi acompañante? ¿Dónde?

—Espera. Ahí va el número cuatro. Quarto, el magistrado. Míralo, es el tipo corpulento de allí.

«Corpulento» era quedarse corto; a su lado Abascantio era esbelto. Era un hombre barbudo, alto y de hombros anchos, con una enorme tripa que se bamboleaba bajo su túnica. Llevaba un manto ribeteado con hilo de plata y empuñaba una versión ceremonial de la porra que llevaban sus sargentos.

—¿Qué sabes de él?

—Es un matón deshonesto.

—¿Sospechoso?

—No es probable. Es nuevo en la ciudad. Marcelino lo nombró hace tres meses. No es ningún genio, pero es astuto; y una buena opción para mantener a los plebeyos en orden.

—Pero si es deshonesto no hay que descartarlo del todo, ¿no?

—Es deshonesto en el sentido en que lo son todos los magistrados. Birla lo que puede de los impuestos del mercado y ayuda a sus amigos a obtener contratos. Pero ha servido en tres ciudades distintas sin suscitar muchas críticas, y antes de eso sirvió durante una década de legionario.

Quarto y Escauro acababan de abrazarse, y el anfitrión invitó a entrar al magistrado en la casa con una afectuosa palmada en la espalda.

—Míralos. Como viejos amigos. Tengo entendido que han forjado una relación mutuamente beneficiosa.

—¿Entonces no le estás prestando mucha atención a Quarto?

—No. Pero podría resultar entorpecedor. Ya he tenido un par de encuentros desagradables con él. Es el típico exlegionario; odia el Servicio más que la mayoría de ellos. Tendré que sacar unos cuantos trapos sucios sobre él para mantenerlo apartado.

Casio reflexionó sobre lo que había visto: los hombres a los que Marcelino había confiado el gobierno de Antioquía y podía decirse que los cuatro hombres más poderosos de Siria.

—Tenemos entonces —dijo— un general, un gobernador, un fiscal y un magistrado.

—Y uno de ellos traiciona a Roma.

—O uno de sus empleados. O una esposa, una amante o un esclavo. Por ahora hay un elevado número de personas que podrían conocer la existencia del estandarte y el tesoro.

—En teoría. Pero Marcelino les hizo jurar que guardarían el secreto, lo que no es algo que se tome a la ligera dada su reputación. Si uno de ellos rompiera su juramento, tendría una buena razón para hacerlo.

Casio bajó la vista hacia la villa.

—¿Qué quieres exactamente de mí, señor?

—En primer lugar, no hagas nada que llame la atención sobre ti. Si te preguntan, di que eres miembro del personal del gobernador, nada más.

—¿Gordio sabe que estoy aquí?

—Por supuesto que no. Técnicamente debería avisarle, pero él procura tener el mínimo contacto posible conmigo. Intenta no pensar en el Servicio como parte del ejército, o incluso como parte de la Administración provincial. Funcionamos en solitario, al margen de todo eso. Es lo que nos hace únicos.

Abascantio se apoderó del hombro de Casio y lo volvió hacia la ventana.

—Ahora escúchame bien. Ten cuidado con esos cuatro, especialmente con Gordio y Octobriano. Observa su comportamiento: con quién hablan, a quién rehúyen, cuánto beben, si parecen nerviosos o relajados, si se quedan hasta tarde o se retiran temprano. Tu acompañante estará ahí para ayudarte.

Casio asintió.

—¿Y dónde está ella?

—¿Ves el carruaje en doble fila?

Casio solo alcanzó a ver una bonita cabellera recogida con una diadema de plata.

—La señora Antonia. Me ha sido de gran utilidad con los años. Cobra mucho por sus servicios, pero hasta la fecha nunca me ha decepcionado.

El carruaje se detuvo junto a la escalera y la señora Antonia se bajó. Era una mujer elegante y bien proporcionada, pero, de pronto, se le vio el rostro. Era mayor..., ¡cuarenta por lo menos! Casio hizo un esfuerzo por ocultar su decepción.

Abascantio se rio.

—Típico de la juventud..., subestimar el valor de una mujer con experiencia.

—No me digas que tenemos que pasar por pareja... Seré el hazmerreír.

—En realidad no serías el hombre más joven que la toma del brazo, pero no, eres un primo suyo que acaba de llegar a la ciudad para ocupar su puesto. Debéis poneros de acuerdo en los pormenores. Date prisa..., ella tiene tu invitación.

Casio se volvió.

—Un momento. —Abascantio se llevó una mano al cinto y sacó un broche en forma de arco—. Préndetelo en la toga. Te reconocerá por él.

XX

Casio había visto bastantes villas de lujo, muchas en Cícico y en su Rávena natal, y unas cuantas incluso en Roma; pero nada lo preparó para la Casa de los Delfines.

Justo detrás de la puerta principal había una sala de recepción de enormes dimensiones y desvergonzado esplendor. Las altas paredes estaban revestidas de un granito egipcio rosado que proyectaba en toda la estancia un resplandor rojizo. Los invitados —más de doscientos, por lo menos— se movían entre estatuas de tamaño natural forjadas en bronce y plata. Entre las paredes y el centro de la estancia había senderos de mosaicos perfectos, en su mayoría peces u otras criaturas marinas. Los senderos confluían en un alto pedestal sobre el que se erguía un espectacular busto de Afrodita en mármol blanco inclinándose hasta tocar un delfín saltando.

La señora Antonia dio un codazo a Casio y señaló la bandeja que le tendía un siervo. En ella había copas de vino. Ella ya tenía una en las manos.

—Es bueno para los nervios.

Casio cogió una copa y se encogió de hombros.

—¿Qué nervios?

Antonia sonrió. Se había reunido con él fuera con un convincente «Hola, sobrino» antes de cogerle del brazo y subir con prisa los escalones. Fueron los últimos invitados en entrar, y cerraron las puertas justo detrás de ellos.

—Ven conmigo. —Antonia lo condujo a lo largo de uno de los senderos de mosaico.

Fuera cual fuese su origen, saltaba a la vista que no era siria. Tenía la tez tan clara como la de Casio y el cabello de un rubio oscuro. Medía un metro sesenta, justo lo que él consideraba la estatura perfecta para una mujer. Se perfilaba los ojos y el negro del kohl hacía resaltar un verde que solo era un tono más oscuro que las esmeraldas incrustadas en la víbora de bronce que rodeaba la parte superior de su brazo derecho. Llevaba una larga y amplia *stola* con un ribete morado en el cuello. Asombrosamente esbelta para su edad, también estaba dotada de unos senos altos y de un trasero respingón. Debía de haber sido muy hermosa en su juventud. Era una pena que tuviera la misma edad que su madre.

Antonia se detuvo junto a la estatua de Afrodita, uno de los pocos espacios libres que había en la estancia. Tenía una media sonrisa plácida en el rostro, y analizó la sala mientras hablaba.

—Abascantio se muestra cada vez más inventivo al elegir a sus agentes. Tienes todo el aspecto de un joven caballero apuesto.

—¿Es totalmente imposible que lo sea?

Antonia bebió de su copa y lo miró de arriba abajo.

—Apuesto..., sin duda. Y joven, desde luego. Pero ¿caballero? ¿Al servicio de

ese sapo? Lo veo poco probable.

Casio optó por no señalar que ella también trabajaba para el sapo.

—Entonces haré todo lo posible para convencerte.

—Estoy impaciente. Tú solo deja que yo lleve el peso de la conversación. A partir de ahora.

—¿Cómo...?

—¡Antonia, querida!

Casio se volvió y vio anadear hacia ellos a un hombre muy grueso flanqueado por dos siervos de rostro lozano.

—Festo. Cuánto tiempo. —Antonia sonrió cuando él le besó la mano y a continuación desplazó la mirada hasta Casio—. ¿Y quién es este apuesto joven?

—Te presento a Casio Córbulos. Acaba de llegar para incorporarse al personal del gobernador.

—Encantado. ¡Eh, aquí! —Festo detuvo a un esclavo que pasaba con una bandeja. En ella había varios cuencos de diferentes tipos de frutos secos y frutas. Cogió uno lleno de almendras y se lo ofreció a Casio y Antonia—. Por lo visto evitan que te emborraches. Mi hermano tiene una fe ciega en ellas.

En el otro extremo de la sala sonaron las estridentes notas de unas trompetas. Los invitados guardaron silencio conforme el cuarteto se entregaba a la triunfal fanfarria más propia de un desfile imperial que de una cena.

Escauro irrumpió con paso resuelto en la sala de recepción, con la cabeza bien alta y los brazos cogidos a la espalda. Se había quitado la capa dejando ver una toga de un blanco deslumbrante. Mientras los invitados se separaban para dejarle pasar, él se subió a una tarima. Casio advirtió que su cuerpo parecía compuesto de dos mitades diferenciadas: un rostro angelical y un pecho fornido que contrastaba con unas piernas delgadas y casi esmirriadas.

Los trompetistas terminaron. Escauro indicó a sus invitados por señas que se acercaran hasta que se vio rodeado.

—Nuestro venerable anfitrión —murmuró Festo—, tan modesto como siempre.

Casio, Antonia y él se encontraron detrás de la multitud que observaba. Escauro aguardó a que se hiciera un silencio absoluto, con los brazos aún a la espalda. Casio reparó en otro busto de mármol blanco junto a la pared del fondo: era del mismísimo anfitrión.

—Gobernador, amigos, bienvenidos una vez más a la Casa de los Delfines.

Los invitados prorrumpieron en aplausos espontáneos. Escauro devolvió el gesto y a continuación los hizo callar.

—Cuánto he esperado para pronunciar esas palabras. Los nubarrones que se cernían sobre esta ciudad finalmente se han desvanecido. Nuestro apreciado y querido emperador, Lucio Domicio Aureliano, nos ha liberado de la tiranía de los ocupantes palmiranos. Ahora es el momento...

El discurso de Escauro continuó por esos derroteros durante lo que Casio calculó

que era un cuarto de hora. En por lo menos tres ocasiones tuvo que recurrir a uno de sus siervos para que le recordara la frase siguiente. Casio supuso que el siervo —que casi seguro que era griego— había escrito todo el texto. La declamación de Escauro era de aficionado: acartonada y monótona; pero el lenguaje era hermoso y los sentimientos de liberación y renovación tuvieron una respuesta entusiasta. El anfitrión concluyó el discurso anunciando que en una hora comenzaría la cena de gala. Hasta entonces los invitados eran libres de deambular por donde quisieran; estaban en su casa.

—¿Estáis invitados a la cena? —preguntó Festo.

—Por supuesto —respondió Antonia.

El hombre corpulento parecía bastante decepcionado.

—Tendrás que disculparnos, Festo. Necesito tomar un poco de aire.

Antonia agarró del brazo a Casio y lo levó a rastras hacia la muchedumbre que salía detrás de Escauro de la sala de recepción. Parando solo para llenar de nuevo las copas, cruzaron tres estancias espaciosas más, cada una de un mármol de distinto color. Como era un día soleado, la mayoría de los invitados gravitaron hacia la gran pradera que se extendía entre la villa y el río. En los extremos opuestos del césped había dos músicos sentados; un arpista y un flautista. Un grupo de jóvenes se acercó al muelle para inspeccionar la galera de Escauro. Casio se fijó en la gran placa de bronce que había en la popa de la embarcación: *Radianes*.

Casio casi derramó la copa cuando un hombre lo empujó para evitar a Escauro, que acababa de salir de la villa seguido de cuatro etíopes altos y de aspecto delicado con tambores. Hizo que se colocaran en una hilera frente al río y les pidió que tocaran. Los otros músicos se vieron obligados a parar y los invitados que habían estado disfrutando con la música se volvieron.

Escauro aplaudió e intentó que los demás aplaudieran con él. Pero solo lo hicieron su séquito y unos cuantos individuos animados. Sin inmutarse, se colocó de un salto frente a los tambores y con una sonrisa en los labios se puso a bailar. Algunos de los invitados simplemente se rieron, otros no sabían hacia dónde mirar. El gobernador Gordio y su grupo hicieron lo posible por pasar por alto las payasadas de su anfitrión.

—Quizá es demasiado temprano —dijo Escauro, poniendo fin a su actuación afortunadamente breve—. ¡Luego bailaréis todos conmigo! —Cogió una copa de una bandeja y desapareció en el interior de la casa.

Los etíopes se miraron y al cabo de un momento dejaron de tocar. Los invitados comenzaron a deambular hacia el río o hacia los otros músicos.

—Todo un personaje —observó Casio.

Antonia señaló con la cabeza al gobernador.

—Toleran su vulgaridad solo por lo que ha hecho por la ciudad. Sin sus esclavos y sus donaciones, la mitad de los edificios no habrían podido reconstruirse después de la última ocupación persa.

—Y tengo entendido que codicia un cargo más alto...

—Me pregunto si todavía lo hace. Con despliegues como este probablemente arruinará todas las posibilidades. De todos modos, ¿no es mejor que me digas de qué va todo esto? ¿Qué haces aquí?

—No puedo hablar de ello, pero estamos interesados en cuatro miembros del Consejo de Marcelino, concretamente en el gobernador y el procurador. A Abascantio le gustaría ser informado de cualquier comportamiento extraño o sospechoso.

—Eso suena decepcionantemente prosaico.

—En absoluto. Es un asunto de suma importancia.

—Será mejor que nos separemos. Iré a ver qué puedo averiguar sobre Octobriano. Tal vez tú podrías concentrarte en el gobernador.

—¿Cómo? No conozco a una sola persona aquí.

Antonia se movió para que Casio pudiera mirar por encima de su hombro.

—¿Ves a las dos chicas gemelas?

—Sí.

—Son las hijas de Gordio. Me encargaré de que alguien te las presente. Tal vez te enteres por ellas de algo que guarde relación.

A Casio no le preocupaba hablar con las jóvenes, pero la perspectiva de acercarse al gobernador le puso nervioso.

—Supongo que puedo intentarlo. No estoy acostumbrado a este tipo de cosas.

—Eso ya lo veo. Anda con pies de plomo. Me has asegurado que eres un caballero. Ahora es el momento de demostrarlo.

La señora Antonia no era de las que perdían el tiempo. Reclutó de inmediato a una amiga llamada Drusila y le dijo que Casio tenía interés en conocer a las jóvenes. Luego entró dejando que Drusila escoltara a Casio a través del jardín. Las hijas de Gordio y una tercera chica escuchaban al arpista. Drusila alentó a Casio al comentar que los jóvenes solteros de su clase escaseaban. A la mayoría los habían reclamado el servicio militar u obligaciones administrativas fuera de la capital. Las muchachas estarían encantadas de hablar con él.

Tenía toda la razón; al poco rato Casio se encontraba de pie junto al banco de piedra donde estaban sentadas las tres chicas, deleitándolas con anécdotas de su travesía por el Mediterráneo. Drusila escuchó un rato y luego se marchó.

Las gemelas —Julia y Junia— debían de tener unos quince años y eran como dos gotas de agua. Desafortunadamente, eran igual de rollizas e insulsas, pero Casio no permitió que eso lo distrajera. Como muchas de las jóvenes poco agraciadas que había conocido, compensaban la falta de belleza con una personalidad arrolladora, y enseguida se encontró a sí mismo relajándose en una conversación cordial. Era un placer volver a estar entre jóvenes, y se divirtió mirándoles el escote y sacando idénticos rubores de sus mejillas redondeadas. Su amiga Clara era unos años mayor.

Ella tampoco era muy agraciada y hablaba muy poco, pero sus contadas contribuciones revelaron que era una joven prudente y bien informada. Casio se mostró cauteloso y esperó mucho antes de desviar la conversación hacia el gobernador.

Él habló a las gemelas de lo difícil que debía de ser desempeñar el cargo de su padre y de que había llegado a Roma su incomparable reputación. Las jóvenes aceptaron los cumplidos educadamente. Casio continuó rumiando en voz alta sobre las presiones y complicaciones que entrañaba el cargo, pero no logró sonsacar nada remotamente útil a las jóvenes, que solo respondieron con generalizaciones fútiles. Al ver que se estaba convirtiendo en una conversación en un solo sentido, Casio cambió de tema.

Preguntó por Zenobia, y las tres jóvenes se animaron de golpe. Se turnaron para contarle lo que habían visto de ella, y aunque tuvieron cuidado de no dar a entender abiertamente ninguna clase de admiración, se hizo evidente que la belleza y el carisma de Zenobia habían causado una impresión duradera en todas ellas. Cuando la conversación recayó sobre su destino, guardaron silencio, casi tristes, y —no por primera vez— Casio lamentó no tener la oportunidad de ver a la reina caída en carne y hueso.

Por interesante que fuera todo eso, Casio no había hecho ningún progreso. Miró alrededor buscando a Antonia y estaba a punto de excusarse cuando un esclavo anunció la cena.

Para unos dos tercios de los presentes el anuncio señalaba el final de la velada. Un gran número de siervos de Escauro los condujeron a la puerta mientras el resto de invitados —un centenar— se congregaba fuera del comedor.

Fingiendo interesarse en una pared llena de cuernos y colmillos, y a continuación en un enorme mosaico de delfines de múltiples colores, Casio se separó de las jóvenes, evitando así un encuentro con el padre. Una vez que el grupo del gobernador estuvo a salvo en la sala del comedor, se puso a la cola. Justo delante estaba la enorme mole del magistrado Quarto. Parecía jovial; riendo y bromeando con los hombres que tenía alrededor.

Escauro pasó corriendo por su lado, tirando de un leopardo sujeto con correa, reprendiendo a varios siervos que le iban a la zaga e intentando que el gran felino no se acercara demasiado.

Casio sintió de pronto que algo se le clavaba en el brazo izquierdo. Miró hacia abajo y vio una cabeza de serpiente de bronce.

—Lo siento —se disculpó Antonia—. ¿Algún progreso?

Casio habló también en susurros.

—No. ¿Y tú?

Antonia sacó un pequeño espejo del bolso y se revisó el maquillaje.

—Es posible. Te lo contaré cuando nos hayamos sentado.

El encargado conocía a Antonia de vista y los escoltó rápidamente a sus asientos. El mármol que cubría el suelo del comedor y las paredes presentaba vetas verde mar. No muy lejos de la puerta había otra estatua enorme, una representación en plata de la diosa Tique. Más allá habían colocado tres hileras de mesas para formar una U frente a la estatua. Antonia y Casio estaban sentados a la derecha de la U, no muy lejos de una puerta por la que salían esclavos sudorosos con fuentes de comida procedentes de las cocinas.

Casio empujó la silla de respaldo alto de Antonia hacia la mesa y a continuación tomó asiento. Le pareció ver un panecillo en el suelo, pero enseguida se dio cuenta de que formaba parte de un mosaico diseñado para parecerse a alimentos abandonados. Toda la vajilla que había sobre la mesa era de plata, incluso las copas con incrustaciones de rubí que había para cada comensal. Le llegó una ráfaga del perfume de Antonia cuando ella se inclinó hacia él. Era delicioso.

—El tal Octobriano es bastante enigmático. El hermano de la lavandera de Drusila trabaja en sus establos. Por lo visto, ha rechazado tres propuestas de matrimonio en los últimos años.

—Tal vez no le gustan las mujeres.

—Al contrario..., no hay una doncella en su villa a quien no haya puesto las manos encima.

Mientras hablaban, Casio y Antonia se lavaron las manos en la palangana de agua aromática que tenían ante ellos.

—¿Algo más?

—A menudo sale solo de noche y no regresa hasta casi el amanecer.

Casio prefirió no mencionar las posibles conexiones del procurador con los palmiranos. Si Antonia hubiera sabido algo, seguramente lo habría dicho.

—Siempre son los discretos —observó Antonia, recorriendo la sala con la mirada. Octobriano estaba sentado casi delante de ellos. Recostado en su silla, dictaba a un ayudante que estaba arrodillado cerca y asentía continuamente mientras este escribía.

—Trabaja duro —observó Casio.

—Qué pretencioso —se mofó Antonia—. Probablemente es una lista de la compra. —Señaló con la cabeza a las hijas gemelas de Gordio—. Parece que has causado una buena impresión a las jóvenes.

Estaban sentadas junto a su padre, a quien habían colocado cerca del centro de la mesa central al igual que al general Ulpiano. Las jóvenes saludaron con la mano. Casio les devolvió el saludo. Afortunadamente Gordio estaba ocupado hablando con su esposa.

—Debo admitir que parecen convencidas de tu caballerosidad —dijo Antonia con una sonrisa.

—¿Y tú?

—Te lo diré al final de la velada.

Tras deshacerse del leopardo, Escauro regresó con determinación al comedor con una gran copa en la mano. Un siervo que estaba en su camino se apartó rápidamente, dejando caer la pesada fuente de bronce que llevaba. Estaba vacía, pero se estrelló contra el suelo con gran estrépito. El criado la recogió rápidamente. Antes de que pudiera escabullirse, Escauro le puso una mano en el hombro.

El muchacho debía de tener unos quince años. Casio había visto muchas veces expresiones congeladas como la que él tenía en la cara; era el rostro neutral de quien no está seguro de cómo es mejor reaccionar y opta por no reaccionar en absoluto. El muchacho era alto y Escauro tuvo que estirarse para cogerlo por la nuca y volverlo hacia los invitados. Todos dejaron de hablar mientras los demás siervos se quedaban inmóviles.

—Este zoquete inepto estuvo a un tris de tirarme encima una palangana de agua caliente ayer. ¿Qué hacemos con él?

Nadie respondió.

—¿Tal vez debería dárselo de comer a mis lampreas?

Varios hombres, entre ellos el magistrado Quarto, se echaron a reír.

—No —continuó Escauro, suavizando el tono—, me gusta pensar en mis esclavos como hijos. No solo hay que disciplinarlos, sino educarlos y cuidar de ellos. —Ahora acariciaba el cabello del esclavo con los dedos—. Vete —le susurró—. Y la próxima vez ten más cuidado.

El joven se alejó con los hombros rígidos a causa del miedo.

—Mis queridos invitados, dentro de nada disfrutaremos de más entretenimientos, y beberemos y brindaremos como nunca lo hemos hecho. —Extendió las palmas hacia las mesas—. Pero he tenido a mis cocineros ocupados durante semanas, y la comida se está enfriando. ¡Así que a comer todos!

Después de haberse alimentado durante el mes pasado de comida sencilla, Casio descubrió que había perdido el gusto por la comida succulenta, pero no tenía ninguna duda de la calidad de lo que se ofrecía. Pasando por alto las infinitas variedades de marisco, jamones, embutidos e hígado engordado, optó por un plato de huevos revueltos con queso salado. También probó uno de los panes idénticos al alcance de cada invitado. Encima de cada pan, escritas en glaseado blanco, se leían las palabras: «Incólume, inquebrantable».

—¿De qué va? —le preguntó a Antonia.

—Es el lema de la ciudad. Durante el reinado de Calígula hubo un terrible terremoto aquí. Un vidente llamado Deborio creó un talismán para proteger la ciudad de futuras catástrofes: una columna de pórfido en cuya base escribió esa frase. En la época de Domiciano un rayo alcanzó la columna y quedó destruida, pero la base aguantó.

—Imagino que te alegras de que haya acabado el último desastre.

Antonia, que casi no había probado bocado, cogió una alita de cigüeña y dejó en el plato parte de la carne fina y pálida.

—Recuerdo a los persas. A su lado cualquiera podría no haberse enterado siquiera de que la ciudad estaba ocupada. Confieso que disfruté viendo a su arrogante reina derribada de su pedestal, pero deberíamos alegrarnos de que huyera en lugar de intentar resistir.

Los siervos empezaron a retirar el primer plato mientras otros llenaban apresuradamente las copas. Era un vino que apenas había sido rebajado con agua y Casio se obligó a beber despacio; tenía que mantenerse despejado. Antes de que sirvieran el segundo plato Escauro hizo entrar a los tambores en el comedor. Los colocó frente a la estatua de la diosa Tique y se dirigió una vez más a sus invitados.

—Tal como os he prometido, aquí tenéis un poco más de entretenimiento. Creedme cuando digo que no vais a dar crédito a vuestros ojos. Una advertencia, Quarto. ¡No te levantes de tu asiento y ten las manos quietas!

El magistrado se rio junto con el resto de los invitados, y los rollos de grasa se le ondularon bajo la túnica. Escauro se volvió hacia una antesala.

—Os presento... ¡a las bailarinas de Cádiz!

En medio del rítmico martilleo de los tambores entró en la sala un grupo de jóvenes de tez morena y medio desnudas. Era evidente que habían sido escogidas por su figura curvilínea, y llevaban muchas más joyas que ropa. Sonriendo con los ojos muy abiertos, se colocaron en fila frente a los tambores y comenzaron a moverse. Escauro, que seguía el ritmo con palmadas, observó alegremente las reacciones de sus invitados masculinos. Pasando por alto el gesto desdeñoso de Antonia, Casio observó traspuesto cómo las jóvenes se movían al compás de los tambores, balanceando las caderas y dibujando formas en el aire con los dedos. Escauro se acercó a la joven más cercana.

—¡Mi favorita! —gritó por encima del estruendo de los tambores.

Bajó la vista hacia sus voluminosos y oscilantes senos, y a continuación se precipitó hacia adelante y le lamió uno de sus pezones marrón oscuro. La joven se rio animosamente, aunque no tenía mucha elección.

Varios de los invitados vitorearon o aplaudieron. Muchas personas, entre ellas Casio y Antonia, se volvieron rápidamente para ver la reacción del gobernador. Gordio se cuidó de no exteriorizar nada. Su esposa parecía consternada.

El alarde de Escauro sentó la pauta del resto de la velada. Tal como había dado a entender Abascantio, los antioquenos parecían realmente dispuestos a divertirse. Los comensales dejaron sus asientos y se mezclaron; y a medida que se encendían las lámparas y los faroles, el sonido de la conversación alegre y apremiante se elevó hasta convertirse en un estruendo. El anfitrión alternó los tambores con los otros músicos, y arrojó comida a su leopardo antes de que sirvieran el quinto y último

plato. Consistía en trufas, cuya llegada dio pie a la habitual discusión acerca de lo que eran en realidad. El invitado sentado a la derecha de Casio era un firme creyente de la teoría de Plutarco según la cual estaban hechas de barro cocido por un rayo.

Poco después de que un esclavo anunciara la tercera hora de la noche, Escauro — que casi no se tenía en pie— se detuvo junto a la estatua. Mientras frotaba la pierna de la diosa Tique y se apoyaba en ella, Casio advirtió más de unas cuantas miradas de desaprobación. A continuación, el anfitrión hizo una serie de brindis, entre los que incluyó una mención a Marcelino y a Gordio. Al gobernador ahora solo le acompañaba su esposa; las gemelas se habían ido después del tercer plato. El magistrado Quarto pronunció entonces un discurso breve y mal articulado elogiando a Escauro que fue recibido con una calurosa ovación.

El último brindis fue para el emperador. El anfitrión hizo que sus invitados se levantaran y fue de mesa en mesa para asegurarse de que todos tenían la copa llena, y anunció que tomarían un sorbo para cada letra del nombre del emperador. Lucio Domicio Aureliano tenía nada menos que veintiuna, y los bebedores más comprometidos tuvieron que llenarse de nuevo la copa para acometer debidamente la tarea. Después de eso, Escauro anunció que habían terminado las formalidades de la velada. Llamó a un individuo corpulento vestido con sencillez y lo presentó como el hombre más gracioso que jamás había conocido.

—Un comediante —dijo Casio a Antonia con disimulo—. Qué original.

—Considérate afortunado. Todavía recuerdo el año que nos leyó algunos de sus poemas.

Escauro se sentó con el magistrado Quarto y enseguida se les sumó el general Ulpiano, quien también parecía estar disfrutando de lo lindo. Entretanto Octobriano hablaba con otro hombre con la expresión neutral que había exhibido toda la velada. El gobernador Gordio volvía a hablar con su esposa.

Casio pensó en lo que Abascantio le había pedido que observara. ¿El hecho de que tanto Quarto como Ulpiano parecieran tan relajados daba a entender que no estaban involucrados en el robo del estandarte? A Gordio y a Octobriano se les veía —en comparación, al menos— más tensos y preocupados. ¿Significaba eso que ellos sí estaban involucrados? ¿O la conducta de cada hombre era un mero reflejo de su naturaleza? Casio se preguntó si era posible averiguar algo mediante la simple observación de unos hombres. Abascantio parecía ser de esa opinión.

El comediante comenzó con unas cuantas bromas vulgares, varias de las cuales fueron a expensas de las mujeres mayores promiscuas, lo que provocó aún más ruiditos de desaprobación de Antonia. Luego pasó a burlarse de los palmiranos, y de Zenobia y de sus lacayos en particular, y los invitados respondieron con cierto celo. Cuando se quedó sin material relacionado y las risas cesaron, Escauro se levantó de un salto y le susurró algo al oído.

Los siguientes chistes fueron dirigidos en su totalidad a Quarto y giraron en gran medida sobre su peso. El comediante se mostró cauteloso, pero era evidente que le

preocupaba aún más contravenir los deseos de su empleador. En cualquier caso, el magistrado parecía demasiado borracho para ofenderse, y se rio alegremente. Luego hubo un chiste sobre el gobernador centrado en la aparente imposibilidad de echarlo de su cargo. Fue bastante inocuo —casi elogioso, de hecho—, pero los invitados no estaban muy seguros de cómo responder. Incluso el anfitrión pareció desconcertado por el violento silencio que se hizo.

—Escauro ha ido demasiado lejos —susurró Antonia.

El gobernador Gordio recorrió con la mirada el mar de caras, sonrió benignamente y levantó la copa, lo que fue recibido con aclamaciones y una larga salva de aplausos. Gordio tomó un sorbo y pasó el brazo alrededor de los hombros de su esposa. Ella parecía emocionada por el modo en que él lo había manejado.

—Es popular —comentó Casio.

—Ya lo creo —respondió Antonia sin dejar de aplaudir—. ¿Y por qué no? Todo el mundo quiere a los supervivientes.

Escauro entendió la indirecta y despidió al comediante. Él y sus secuaces —entre ellos, Quarto y Ulpiano— se embarcaron en un enrevesado concurso de beber. Al cabo de un momento Gordio y su mujer se marcharon, deteniéndose solo para dar brevemente las gracias a Escauro. Muchos de los invitados de más edad lo tomaron como una señal para retirarse. Antonia dio un codazo a Casio y señaló con la cabeza el otro extremo de la habitación. Octobriano ya estaba saliendo.

—Un acuerdo previo quizá —sugirió.

Casio sofocó un bostezo.

—No creo que vayamos a averiguar mucho más aquí esta noche —continuó Antonia.

—Estoy de acuerdo. ¿Nos vamos?

—Iré a dar las buenas noches a Escauro. Me reuniré contigo en la puerta.

Casio asintió, se despidió de los demás comensales y recorrió de nuevo la villa. Se detuvo junto a una ventana y miró el río. Un par de tribunos habían llevado hasta allí a las bailarinas y todos chapoteaban en el agua. Si no hubiera estado resacoso o tenido instrucciones de no llamar la atención, tal vez habría considerado unirse a ellos. Antonia lo alcanzó y le cogió el brazo mientras cruzaban de nuevo la sala de recepción.

—¿Y bien? —preguntó él.

—Están borrachos.

Al dirigirse a la puerta pasaron junto a varias parejas entrelazadas en la penumbra. Una señora parecía estar disfrutando enormemente.

—Antioquía es una ciudad llena de vida.

—Deberías asistir al Maiuma —respondió Antonia.

—¿El qué?

—El Maiuma. El antiguo festival de culto. Se celebra cada tres años y el próximo es en primavera. Viene a ser una orgía.

—Debo acordarme de obtener el permiso con tiempo.

Antonia sonrió mientras bajaban las escaleras hacia la calle. A su derecha los carros estaban colocados en filas. Un individuo bien vestido divagaba incoherentemente mientras sus asistentes lo subían a pulso a su litera. Antonia hizo un gesto a su cochero y este, tras una gran maniobra, detuvo el carruaje delante de la escalera.

—Cielos, aquí fuera está oscuro como el Hades —exclamó ella—. Pensaba que a estas alturas Gordio ya habría hecho encender de nuevo todas las farolas.

—Ah, sí, las famosas luces de Antioquía.

—Al parecer, al precio del aceite de oliva —repuso Antonia—. ¿Quieres que te lleve a casa?

—Muchas gracias.

Sin la protección de Indavara, Casio no tenía ningún deseo de caminar solo por la ciudad oscura.

Ayudó a Antonia a subir a su carruaje y tomó asiento junto a ella.

—La *stola* de la señora, por si refresca —le dijo el conductor por encima del hombro.

—Sí, gracias, Vedrix. Ya lo tengo.

A pesar de que había varias capas de cojines, las llantas de hierro de las ruedas combinadas con los baches hicieron ruidoso e incómodo el trayecto. Para asombro de Casio, Antonia se durmió apoyada en su hombro poco después de que cruzaran el puente de Adriano.

Nunca había conocido a una mujer como ella. Parecía confiada y segura de sí misma, además de ingeniosa. Esos no eran atributos típicamente femeninos, y en realidad no le sorprendió que no estuviera casada. Aun así Casio admitió que le gustaba y comprendió por qué Abascantio la tenía en tanta consideración.

La villa de Antonia estaba cerca, prácticamente a tiro de piedra del margen oriental del Orontes. Ella se despertó cuando el conductor se detuvo.

—¿Ya hemos llegado?

—Sí.

El conductor se bajó y esperó de pie junto a los caballos, sutilmente fuera de la vista.

Antonia se incorporó y comprobó que todavía tenía la diadema en su sitio.

—Bueno, joven. Debo admitir que pareces todo un caballero. Es evidente que no todas las personas que trabajaban para Abascantio son tan desagradables como él. Recuérdale al cerdo que me pague puntualmente esta vez, ¿quieres?

—Así lo haré.

Antonia sostuvo el mentón de Casio con una mano y lo levantó.

—Tienes un perfil maravilloso.

—Gracias.

Ella se apretó contra su cuerpo.

—Si alguna vez necesitas relajarte y distanciarte de algún trabajo horrible, ven a verme. Te ayudaré a distraerte.

Esa perspectiva, que a Casio podría haberle parecido bastante desagradable al comienzo de la velada, de pronto era casi atractiva.

—Lo tendré presente.

Antonia le asió de nuevo el rostro y lo volvió hacia ella. Lo besó de lleno en los labios y le deslizó la lengua en la boca.

—Buenas noches, Casio.

—Buenas noches, señora Antonia.

—Vedrix te llevará a casa.

XXI

Llegó una nota a la mañana siguiente mientras Casio se vestía. Abascantio pasaría a verlo a la décima hora para hablar de la noche anterior, y le sugería que dedicara el día a investigar todo lo que considerara una prioridad. Casio cogió una manzana de un frutero al salir al atrio, donde encontró a Simo y a Indavara. El galo barría el polvo de las esquinas e Indavara hacía ejercicio; llevaba solo un taparrabos y hacía flexiones a una velocidad francamente ridícula.

—Buenos días —los saludó Casio.

Indavara asintió mientras se ponía en pie de un salto y empezaba una serie de estiramientos.

—¿Qué tal fue la cena, señor? —preguntó Simo.

—Bastante entretenida, en realidad: tambores de Etiopía, bailarinas de Cádiz. Y la comida... —señaló a Indavara con la cabeza—, bueno, tú habrías disfrutado de lo lindo.

Indavara meneó la cabeza.

—Tengo que comer menos. Estoy engordando.

—Eres fornido, eso es todo.

—Estoy más gordo. Y también más débil.

—¿Débil? Por los dioses, a mi lado pareces tallado en roca.

Indavara continuó haciendo estiramientos mientras hablaba.

—Cuando estaba en Julia Pietas, todo lo que hacíamos era entrenar, comer y descansar. Cada día que pasa estoy más gordo y más lento. No tengo a nadie con quien practicar, no tengo manera de mantenerme en forma. —Parecía genuinamente deprimido.

—Bueno, puedes empezar vistiéndote y trayendo tu espada —dijo Casio—. Nos espera una mañana ajetreada.

Indavara asintió y entró.

—Simo, cuando hayas terminado aquí puedes tomarte el resto del día libre. Estoy seguro de que estás impaciente por ver a tu padre. Me llevaré las llaves de repuesto, solo asegúrate de cerrar todo bien y de estar de vuelta al anochecer.

El galo sonrió y se puso a barrer con renovado vigor.

Casio tenía tres pistas en mente, y esperaba realizar las indagaciones preliminares sobre cada una de ellas antes de reunirse con Abascantio. La primera parada fue la basílica de Antioquía. Se hallaba en el extremo oriental de la plaza central de la ciudad, donde la avenida de Herodes y Tiberio se cruzaba con la otra calle porticada que se extendía hacia el oeste hasta el puente de Adriano. La plaza era ovalada, medía

doscientos metros en su punto más ancho y albergaba también el foro, la sala de reuniones de la asamblea provincial y el teatro más grande de la capital. En un área abierta situada a un lado del foro, un grupo de estudiantes adolescentes sentados en bancos escuchaba con atención a su profesor.

El centro de la plaza estaba dominado por tres enormes estatuas: una de la amada diosa Tique, otra de Tiberio y la tercera de César. La de la diosa Tique estaba rodeada de lugareños que rezaban de rodillas o dejaban ofrendas en el pedestal. También había puestos de mercado, aunque Casio advirtió que todo estaba muy reglamentado y vigilado por una docena de sargentos de Cuarto.

Indavara y él subieron corriendo la amplia escalinata y cruzaron el portal abovedado de la basílica. Los dos legionarios que flanqueaban la entrada saludaron con un respetuoso movimiento de la cabeza a Casio, que iba ataviado con el uniforme completo, así como con el casco y la capa escarlata. Sin duda era una ocasión para la formalidad.

En el interior del vestíbulo rectangular y bien iluminado había muchos administradores trabajando en mesas a ambos lados del pasillo central. Se respiraba en el ambiente una callada sensación de apremio; unos pocos altos cargos con toga se paseaban de un lado a otro mientras los escribanos se encorvaban sobre sus pliegos. El primer hombre al que Casio se acercó se ofreció amablemente a ayudarlo, indicándole dónde se encontraba la oficina de registros militares de Antioquía; se albergaba en la antesala número dieciocho, situada en la parte trasera de la misma basílica. En la puerta había apostado un único legionario que echó un vistazo a la cabeza de la lanza y una mirada aún más larga a Indavara antes de dejar entrar a Casio. Indavara tuvo que esperar fuera.

La habitación se hallaba en completo caos. A lo largo de tres de las paredes había cientos de estanterías de madera vacías y el suelo de baldosas estaba cubierto de cajas, tablillas de escritura y rollos de papiro amontonados. Sentado en medio de todo ello, de espaldas a Casio, estaba el secretario de guardia.

—Buenos días.

El empleado se volvió en redondo y se levantó. Tenía unos treinta años; un hombre delgado de cabello oscuro y ondulado, y un mentón angular.

—Córbulo, de Seguridad Imperial.

—Petronaco. Archivista.

—Con mucho que archivar, según veo.

—Es un desastre. Los palmiranos metieron aquí a su gente y movieron todo de sitio. Nada está en el lugar que le corresponde y no recibiré ninguna ayuda hasta la próxima semana. ¿En qué puedo ayudarte, señor?

—Es una posibilidad remota, pero busco a un hombre al que le falta el pulgar y dos dedos de la mano derecha. Se me ocurrió que si era legionario podría estar registrado en alguna parte.

Petronaco hizo una mueca.

—Es posible, señor, pero si resultó herido habría dejado el servicio.

—Pero algunos heridos se quedan si son capaces de realizar otras tareas. Y si lo declararon inválido podría haber constancia de la lesión.

—Es cierto.

—¿Qué registros tienes aquí?

—Tengo entendido que todo lo que hay aquí es de la tercera y la decimosexta legiones..., de los veinte últimos años.

—¿Y debería haber un expediente de cada legionario?

—En teoría sí. Pero unos oficiales son más concienzudos que otros. Es probable que conste el nombre de cada soldado en alguna parte: fecha en que lo reclutaron, si le dieron misiones especiales, cuándo se retiró o lo mataron... Pero para encontrar algo sobre lesiones o marcas distintivas necesitarías tener su expediente personal.

—¿Y están aquí?

—Algunos. Pero la mayoría son copias. Los originales se quedan con la legión. Estos son para el gobernador y la Administración provincial. —El secretario señaló una tablilla de madera semejante a las que Casio había visto en Palmira—. Generalmente en una de esas.

—Debe de haber miles.

—Decenas de miles, en realidad. Al lado hay otra sala llena.

—¿Y qué orden siguen?

—Por cohorte y por centuria.

—Entonces tendría que revisarlas una por una.

—Me temo que sí.

Casio se quedó mirando la montaña de tablillas y papeles. Notó los ojos de Petronaco clavados en él. Cuando se volvió de nuevo hacia él, el secretario desvió la vista.

—Está bien, no creo que tenga mucho sentido continuar con esto por el momento. Solo hazme un favor: separa los archivos personales del resto. Podría volver para revisar lo que tienes aquí.

—Por supuesto, señor.

—Gracias.

—Ha sido un placer —dijo Petronaco con una sonrisa bastante sugerente.

Esa no era la primera vez que Casio tenía semejante encuentro, y dudaba de que fuera la última. ¿Qué importaba si el empleado le encontraba atractivo? Bien podría volver a necesitar su ayuda.

La segunda parada fue la puerta de Berea. Tras hacer algunas averiguaciones más en la basílica, Casio descubrió que el tribuno Bonifacio —el oficial con autoridad para permitirle revisar los registros de la torre de entrada— tenía su oficina en la puerta contigua al foro. Allí lo encontró Casio, sepultado bajo papeles. En cuanto vio la

cabeza de lanza, garabateó apresuradamente la autorización sin molestarse siquiera en preguntar por el propósito de la investigación.

Mientras se marchaban por la avenida de Herodes y Tiberio, Indavara dijo que tenía hambre y se compró unos dátiles.

—Creía que estabas cuidando la línea —comentó Casio siguiendo al guardaespaldas, que se abrió paso a través de un corro de curiosos que miraban a un malabarista.

—La fruta es buena —respondió él, volviéndose.

Al mirar de nuevo al frente golpeó a un hombre en la cabeza con el bastón que llevaba colgado a la espalda. Por desgracia, era un sargento municipal.

—¡Ten cuidado, idiota!

Era un individuo corpulento con nariz y brazos de boxeador.

—¿Cómo has dicho? —le preguntó Indavara tranquilamente mientras la gente se apartaba.

—He dicho que tengas cuidado —gruñó el sargento—. ¿O tal vez no me has oído? —Se quedó mirando la oreja mutilada de Indavara y sonrió.

Alguien en medio del gentío se rio. El sargento golpeó la porra en la mano libre.

Casio siguió andando, pero antes de que pudiera decir nada, otro sargento —un hombre entrado en años— se abrió paso a empujones a través de la multitud.

—Ya basta, Libo. No vale la pena.

Casio se dio cuenta de que el aspecto de Indavara había movido al sargento a contener a su amigo. Libo era una bestia y tenía unos diez años más que el guardaespaldas, pero Indavara no mostró la menor preocupación. Se quedó mirando al hombre, masticando un dátil.

—Vamos —dijo el segundo sargento, poniendo una mano sobre el hombro de su compañero.

Libo bajó la porra con un gruñido lleno de frustración.

—Muy juicioso —dijo Casio al pasar por su lado.

El sargento estaba a punto de replicar cuando se percató de que era un oficial del ejército quien hablaba.

Indavara seguía mirando a Libo a los ojos.

—Vámonos —le dijo Casio.

Se aseguró de que lo seguía y se apresuró a alejarse sonriendo para sí. El guardaespaldas era un pobre diablo y un pésimo conversador, pero había algo tranquilizador y reconfortante en tener a su lado al duro exgladiador.

El centurión Turpo no estaba de guardia. El hombre a cargo en la torre de entrada era un joven optio que se mostró cooperativo. Leyó la autorización, ofreció una silla a Casio y señaló la montaña de libros de registros.

—Todo lo de los últimos meses está aquí, señor.

Casio se sentó y miró a Indavara, que merodeaba alrededor de la puerta comiendo aún dátiles.

—No sabes leer, ¿verdad?

—No.

Casio examinó el registro de septiembre.

—¿Ni en tu propio idioma?

Indavara meneó la cabeza.

—¿Qué tal es tu griego, por cierto?

—Me las arreglo.

—¿Y tu aritmética? ¿Sabes contar?

—Creo que sí.

—¿Cuánto son cuatro más nueve?

Indavara dejó de masticar un momento y reflexionó. El optio y otro legionario observaban.

—Lo tomaré por un no —dijo Casio. Se dirigió a los soldados—. Preferiría hacer esto en privado, si no os importa.

El optio asintió y salieron. Indavara se apoyó de nuevo contra la pared y tiró al suelo un dátil malo.

—Te gusta ponerme en ridículo, ¿verdad?

—A veces, pero esta no era una de ellas —respondió Casio.

—No tengo la culpa. Nadie me ha enseñado.

—No he dicho que lo fuera. —Casio estaba examinando las primeras páginas del registro, pero vio con el rabillo del ojo que Indavara todavía sacudía la cabeza.

—No seas tan sensible. Todos tenemos puntos fuertes y puntos débiles. Yo puedo recitar cientos de declamaciones que aprendí hace cinco años, pero soy una vergüenza con la espada.

—¿Qué es una declamación?

—Muchas veces es un inútil ejercicio de repetición y pretensión, si tanto te interesa.

—Puedo ayudarte con la espada.

—Agradezco el ofrecimiento —respondió Casio, levantando la mirada—, pero nunca me he sentido cómodo cerca de objetos afilados; seis meses de entrenamiento y dos años en el ejército no han servido de mucho, así que dudo mucho que puedas hacer algo.

Casio volvió a concentrarse en el libro. Ya había calculado las fechas que quería comprobar. Gregorio y los legionarios se habían marchado de Palmira el 31 de agosto por la noche, lo que significaba que los habían asaltado el 1 de septiembre. Consultando el mapa y teniendo en cuenta lo que habían tardado ellos en hacer el viaje, le parecía imposible que el estandarte hubiera llegado a Antioquía antes del día 7, por lo que empezó por esa página.

Cada entrada diaria del libro de registros estaba dividida en seis columnas: hora,

mercancías, descripción, nombre, importe recaudado y comentarios especiales. En general solo se habían rellenado las columnas de la hora y del importe recaudado. Como había señalado Turpo, solo se registraban los cargamentos que se salían de lo corriente. El día 7 se había completado la columna con unas cargas de granito tebano, pescado salado y algo llamado «mercancía no específica». En ninguna parte se mencionaba los barriles llenos de monedas de escaso valor.

Casio revisó con atención el dinero recaudado. La cantidad recibida siempre eran dos o tres sestercios, o sus múltiplos. Abrió el libro de registros por la primera hoja y vio que había un pequeño papel pegado. La tasa más baja correspondía a un cargamento sobre un burro o un caballo, la tasa más alta a un carro. No hacía distinciones de tamaño.

Consultó todos los registros hasta el día anterior, el 22. Entre cincuenta y cien carros habían entrado en la ciudad cada día. De nuevo no aparecían mencionados los barriles de monedas y Casio advirtió que no había constancia de los cargamentos que salían de Antioquía; solo se gravaban las mercancías y el tráfico entrantes. Cerró el libro y miró la pared con expresión perpleja.

El joven optio apareció en la puerta.

—¿Tienes lo que necesitabas?

—La verdad es que no. Ven un momento. —Casio se dio la vuelta en su silla para mirar al hombre—. Dime, ¿recuerdas haber visto u oído hablar de un carro muy grande, probablemente con un gran grupo de hombres? El carro transportaba barriles, seguramente llenos de sestercios de escaso valor.

—No. Lo siento, señor.

El optio miró por encima del hombro antes de acercarse a Casio.

—Por supuesto —susurró—, eso no significa que no pasara por aquí.

—Eso está claro. Parece que casi nunca comprueban los cargamentos.

—No me refiero a eso, señor.

—¿Estás insinuando que a veces dejan entrar cargamentos sin revisarlos o gravarlos?

El optio se encogió de hombros.

Casio bajó a su vez la voz.

—¿Por la cantidad de dinero adecuado en la mano adecuada?

El joven oficial se cuidó de no reaccionar de forma categórica.

—Tranquilo —dijo Casio—. Aun cuando tuviera tiempo para denunciarlo, estate seguro de que no te mencionaría.

—Gracias, señor. —El optio salió.

Casio se puso en pie y echó un vistazo a Indavara.

—Un legionario confesándolo todo a un hombre del Servicio. Debo disfrutar de este momento..., tal vez nunca vuelva a suceder.

Indavara señaló con un gesto el libro.

—¿Nada útil?

—Puede que el carro pasara por aquí, pero es imposible estar seguro. Esperemos que la tercera parada de la mañana sea un poco más productiva.

El mercado de oro y plata no era en realidad un mercado; consistía más bien en una serie de establecimientos grandes y distinguidos situados en el lado sur de la avenida de Herodes y Tiberio. Allí no se veían buhoneros, entretenedores ni mendigos. De hecho, cualquiera que se detuviera y no ofreciera el aspecto de un cliente en potencia corría el riesgo de ser azuzado sin contemplaciones por el forzado contratado que acechaba fuera de cada tienda. También había tres parejas de sargentos municipales patrullando. Una cuadrilla de limpiadoras frotaba con ahínco unas pintadas de una columna. Las dos únicas palabras que Casio pudo distinguir fueron «gobernador» y «perro».

Casio entró en la primera tienda con la cabeza de lanza en la mano. Había otro guardia apostado cerca del dueño, que estaba recostado sobre cojines en una esquina leyendo un libro. Las sólidas estanterías que cubrían todas las paredes estaban llenas de objetos de plata, una especialidad de Siria. Detrás del mostrador había dos vitrinas llenas de lingotes de oro de distintos tamaños y calidades. De la pared colgaba un largo papiro con los tipos de cambio en griego; al parecer, el dueño también era cambista. Al ver la cabeza de lanza se levantó con prisas y arrojó el libro a un lado.

—Buenos días, señor —dijo, estirándose la túnica manchada de vino—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Soy el oficial Córbulos, del Servicio de Seguridad Imperial. Solo unas preguntas. ¿Cómo te llamas?

—Galio Barrio Bula.

Bula entrelazó las manos a la espalda y sacó el pecho como dando a entender que no tenía nada que ocultar.

—¿Te han ofrecido lingotes de oro o plata en las últimas semanas?

—No.

—¿Nada en absoluto?

—Puedo revisar el libro, pero estoy seguro de que no me han ofrecido nada desde la primavera. Todos siguen aferrándose a lo que tienen. Los precios han fluctuado mucho con toda la incertidumbre.

Casio no sabía si creerlo, pero tenía una cierta lógica.

—Dime, si uno quisiera deshacerse rápidamente de un buen montón de plata y oro, ¿cómo lo haría?

—No sería fácil. Tendría que fraccionar la venta para evitar suscitar una atención no deseada. ¿De qué cantidad estamos hablando?

—Muy grande.

—No mucha gente dispone de esa cantidad de monedas hoy día. Supongo que podría cambiarlas por piedras preciosas.

Casio introdujo una mano en el morral y sacó los bocetos de las joyas palmiranas.

—¿Y esto? ¿Ha visto algo parecido en la ciudad?

Bula estudió con atención los bocetos, uno por uno.

—Por desgracia, no. Pero son unas piezas muy hermosas. Esperábamos que apareciera algún objeto palmirano, pero el emperador parece haber arramblado con todo.

—Bien, eso es todo por el momento.

Había seis tiendas más en las que preguntar, pero le llevó poco tiempo, porque todos los comerciantes respondieron lo mismo. Casio sabía que tenían muchos motivos para no desvelar sus verdaderas transacciones a un agente del Servicio; pero todos habían expresado su decepción por el escaso botín que había llegado a Antioquía procedente de Palmira, y Casio se inclinaba a pensar que decían la verdad.

—Otro callejón sin salida —murmuró mientras regresaban por la avenida.

—Disculpa —dijo una voz. Se volvieron y encontraron a un joven detrás de ellos. Casio lo reconoció: era el esclavo que había estado limpiando joyas en la quinta tienda en la que habían entrado.

—¿Podemos hablar un momento, señor?

—Adelante.

El joven adelantó a dos transeúntes y se adentró en un callejón estrecho. Se detuvo detrás de una montaña de verduras podridas y les hizo un gesto para que se acercaran.

—Un poco más adelante, si no te importa —le dijo Casio, tapándose la nariz.

Se detuvieron a seis metros de la avenida.

—¿Puedo ver esos bocetos? —preguntó el esclavo, secándose el sudor del labio superior.

Casio introdujo una mano en el morral y sacó el papiro.

Después de unos momentos el esclavo señaló un collar.

—Este..., el de las perlas y los broches de oro en forma de espigas.

—¿Se lo ofrecieron a tu jefe?

—No, pero he visto uno igual. —El joven miró hacia el final del callejón, nervioso.

—¿Dónde, hombre?

—Te lo diré, señor. Pero con dos condiciones. La primera es que mi maestro no debe enterarse de que he hablado contigo. Y segunda, quiero cuatro denarios.

—Eres un despreciable pedigüeño, ¿eh?

—Sé lo valiosa que puede ser la información, señor.

—Está bien, pero solo te pagaré dos denarios.

—Necesito cuatro, señor.

—Dos o pediré a mi amigo exgladiador que te sonsaque a golpes la información.

El esclavo miró a Indavara.

—Está bien, dos. Pero los quiero ahora.

Casio sacó las monedas de la bolsa de dinero que llevaba al cinto y se las entregó. El joven se inclinó y se las guardó en la parte posterior de las sandalias.

—Empieza a hablar.

—Vi un collar igual que este hace dos noches en una taberna junto a la muralla de Tiberio. Un borracho se lo enseñaba a su amigo. Yo sabía lo que era, pero él negó que el collar fuera palmirano. Dijo que era árabe o algo así. Cuando le pregunté por él, lo guardó y se marchó.

—¿Conocías a ese hombre?

—No. Pero me dio su nombre una de las mozas que servían. Se llama Nabor. Pensé en volver para ponerme en contacto con él y arreglar un encuentro con mi amo.

—¿Dónde vive ese tal Nabor?

—Ella no lo sabía. Pero trabaja en la fábrica de vidrio que está al sur de la puerta de Dafne.

—¿Algo más?

El esclavo negó con la cabeza.

—Está bien. Puedes irte.

—¿Me prometes que no se lo contarás a mi amo?

—No hago promesas a la gente como tú. Y recuerda que sabemos dónde trabajas.

El joven echó a correr por el callejón.

—Al final no ha sido una mañana del todo perdida —comentó Casio—. Vamos, parece que nos espera una buena caminata.

XXII

—Deberíamos haber ido a caballo —dijo Indavara con poca energía mientras Casio y él avanzaban penosamente por el lado de la carretera.

—Ya te he dicho que no pienso subirme a un caballo al menos en otra semana. De todos modos, pensé que querías hacer algo de ejercicio.

La ciudad empezaba a aquietarse por la tarde, pero en las fábricas y los talleres situados al sur de la puerta de Dafne todavía había movimiento. Habían dejado atrás a los fundidores de hierro y bronce, a los tejedores de esteras y a los limpiadores de lana, a los curtidores, los abatanadores de paños y los alfareros. De la izquierda de la carretera salía un sendero que conducía a una gran fábrica de tintado. Por lo menos doscientos trabajadores —en su mayoría mujeres— sumergían sábanas en cubas de tinte rojo y naranja o las colgaban a secar sobre armazones de madera.

—¿Por qué estos lugares están tan lejos de la ciudad? —preguntó Indavara.

—Para empezar, por el mal olor. También por el riesgo de incendio. —Casio señaló las laderas del monte Silpio, donde un acueducto alto corría paralelo a la carretera—. Además, aquí pueden conseguir mucha agua; bueno, al menos cuando vuelvan las lluvias.

En el otro extremo de la fábrica de tintado había una zanja y más allá una extensión de terreno abierto salpicado de hoyos y montañas de arena; y en medio del caos reinante, una fábrica grande construida en piedra. El edificio miraba a la carretera, y al pasar por delante Casio alcanzó a ver el resplandor de varios hornos en el interior.

—Parece que hemos llegado.

Indavara se apretó el cinturón. Al enterarse de que quizá tendrían que prender al tal Nabor, había insistido en llevar consigo el arco, así como la espada y el bastón.

—Ahora escúchame bien —continuó Casio—. Si Nabor está aquí, tendremos que interrogarlo primero para asegurarnos de que tenemos al hombre adecuado. Pero estate preparado, porque podría intentar huir.

Se adentraron en un sendero cubierto de cristales rotos y virutas de madera. Delante de ellos un muchacho llevaba dos caballos a un establo. Estos habían tirado de un carro grande que en esos momentos reposaba frente a la fábrica. Dos trabajadores recogían con palas los cristales de la parte trasera y los arrojaban a unos barriles que había colocado debajo. Se quedaron mirando a los forasteros.

Casio había dejado en la villa el casco y la capa de oficial, y llevaba un simple manto ligero sobre la túnica. Había envuelto la cabeza de lanza, aunque un extremo salía del morral. Se recordó que no debía permitir que Indavara se cargara de armas en el futuro; llamaba demasiado la atención.

Rodeando la leña menuda amontonada, llegaron a la fábrica en sí. A la sombra

había un hombre robusto de mediana edad acucillado, leyendo una tablilla encerada.

—Oficial Córbulos, de la oficina del gobernador. ¿Cómo te llamas?

El hombre se irguió y dejó escapar un largo respiro antes de responder.

—Juba. Soy el capataz.

—Excelente. Estoy buscando a un hombre llamado Nabor que por lo visto trabaja aquí. No es nada grave. Solo quiero hacerle unas preguntas.

—Nabor no ha venido. Hace tiempo que no lo veo.

La respuesta de Juba fue demasiado rápida y contundente, para el gusto de Casio.

—Entiendo.

Casio dio unos pasos hacia la fábrica y atisbó en el interior. Indavara lo siguió con Juba. Había ocho hombres sentados en taburetes frente a pequeños hornos de arcilla en forma de cúpula, intensamente concentrados en su trabajo. Todos llevaban gruesos guantes de cuero y delantales, y les brillaba la piel por el sudor. El obrero más próximo a ellos se levantó y sacó con cuidado del horno un tubo de hierro. Sujeto al extremo había un pedazo de masa de vidrio derretido del color del sol naciente. El obrero se llevó el tubo a la boca y sopló. El vidrio tembló y a continuación comenzó a inflarse. Casio había oído hablar del procedimiento, pero nunca lo había visto. Indavara se acercó más, visiblemente fascinado.

—¿Sabes cuándo volverá? —preguntó Casio volviéndose hacia el capataz.

—No nos lo dijo.

—¿Tienes su dirección?

—Creo que no.

—¿No tienes la dirección de uno de tus empleados?

—¿Por qué debería tenerla? Viene, trabaja, le pago y se va.

Después de soplar el vidrio hasta que se convirtió en un globo de unos doce centímetros, el obrero se acercó despacio al otro extremo del horno. Retiró el globo del tubo con una segunda varilla y lo dejó con delicadeza en otra cámara.

—No te importa si hablo con otros obreros, ¿verdad? —dijo Casio, señalando con la cabeza la fábrica—. Por si alguno sabe decirme dónde encontrarlo.

—No puedes entrar aquí. Es peligroso.

—Engañar al personal del gobernador puede ser igual de peligroso —replicó Casio.

Indavara y él observaron cómo el obrero retiraba otro globo de la segunda cámara y lo colocaba en un estante de madera con otras docenas.

De repente en cada globo de vidrio apareció el reflejo en miniatura de Juba gesticulando a alguien. Cuando Casio e Indavara se volvieron, el capataz se quedó inmóvil e hizo un gesto de indiferencia. Llegó de la fábrica un estruendo metálico. Uno de los sopladores de vidrio del fondo había dejado caer un tubo. Se arrancó el delantal y se alejó a todo correr hacia las entrañas del edificio.

—¡Vamos! —gritó Casio, soltando el morral.

Se le llenó la nariz de humos acres mientras corría detrás de Indavara. En cuanto

dejaron atrás a los sopladores de vidrio, llegaron a un tabique de madera. Indavara ya tenía la espada en la mano. Casio desenfundó la suya y lo siguió a través de la puerta ancha.

En un lado de la segunda sección había cajas llenas de cuentas de vidrio, en el otro carretones llenos de arena. Acababa de entrar otro hombre arrastrando una carretilla vacía. Se apartó rápidamente cuando Casio e Indavara pasaron por su lado con las espadas en alto.

La última sección de la fábrica estaba llena de largas y altas estanterías repletas de toda clase de objetos de vidrio. Más allá del estrecho pasillo central se veía una extensión de terreno abierto y, a lo lejos, la fábrica de tintado. La luz rebotaba por la habitación medio cegándolos cuando se precipitaron hacia delante. No había señales de Nabor.

Casio vislumbró un movimiento a su derecha y de repente uno de los estantes se desplomó sobre ellos. Indavara se detuvo e intentó retroceder, pero Casio chocó contra él. Antes de que pudieran dar otro paso, les llovieron objetos de vidrio encima. Los dos hombres levantaron las manos para cubrirse la cabeza, pero el estante les cayó encima y los derribó al suelo. No era lo suficientemente pesado como para causarles mucho daño, pero aterrizaron en un suelo que ya estaba plagado de cristales rotos.

Casio gritó. Levantó el brazo izquierdo buscando un fragmento triangular de color azul que le sobresalía un par de centímetros de las venas de la muñeca. Alzó la vista y vio fuera a un hombre delgado y moreno dándose a la fuga.

Indavara asió con ambas manos el estante y lo apartó. A continuación recogió la espada del suelo y salió a todo correr del taller detrás de Nabor.

Casio se puso en pie y se arrancó el pedazo de vidrio, derramando un riachuelo de sangre. Tenía otros fragmentos más pequeños incrustados en las manos, los brazos y las piernas. Con una mueca de dolor salió corriendo. Nabor ya estaba a cien metros de distancia: había saltado la zanja y se dirigía a la fábrica de tintado.

Indavara se detuvo en la zanja. Se llevó una mano al hombro y se descolgó el arco de la espalda. Con los ojos todavía clavados en la figura que huía, sacó una flecha de la aljaba.

—¡Indavara! ¡No!

Casio se dio cuenta con retraso de que había perdido la espada, y echó a correr hacia la zanja.

Indavara sostuvo el arco delante de él e insertó la flecha en la cuerda.

Casio cruzó un charco salpicando alrededor.

—¡Indavara! ¡No!

El guardaespaldas ladeó la cabeza y tensó la cuerda.

Nabor había llegado a la fábrica de tintado. Corría entre dos hileras de mujeres que habían dejado de trabajar y lo miraban fijamente.

Casio golpeó a Indavara en el codo en el preciso momento en que este soltaba la

cuerda. Con una fuerte vibración, la flecha salió disparada hacia el cielo. Indavara se volvió.

—¿Qué haces? —bramó, echando fuego por los ojos.

—¿Qué demonios haces tú?

—¡Ha intentado matarnos! —Indavara apuntó el arco hacia la fábrica de tintado. Nabor acababa de desatar un caballo y se montó en la silla de un salto.

—Lo necesitamos vivo.

—Quería darle en las piernas.

—¿Desde aquí? Seguro que has alcanzado a una de esas mujeres.

—Imposible.

Observaron cómo Nabor apartaba de una patada a un hombre que intentaba detenerlo y azotaba al caballo con las riendas, conduciéndolo hacia la carretera principal. Al llegar a ella giró a la derecha en dirección a la ciudad y en unos instantes el jinete había desaparecido con su montura.

Casio reparó en un pedazo de vidrio verde esmeralda que le sobresalía a Indavara del cuello justo debajo de la oreja. Se movía hacia arriba y hacia abajo con cada respiración. Lo señaló.

—Eh, tienes un...

Indavara se llevó una mano al cuello y retorció el cristal hasta arrancarlo llevándose un pedazo considerable de piel. Manó sangre de la herida.

Casio miró hacia la fábrica. Juba y otros cuantos hombres se habían reunido en el almacén.

—Estoy seguro de que el capataz sabe dónde vive Nabor. Si conseguimos sonsacarle la dirección y requisar un par de caballos, podremos llegar a su casa antes de que lo perdamos para siempre.

Indavara asintió y regresó al taller con el arco en la mano.

—Recuerda..., no hay que excederse —lo advirtió Casio corriendo tras él.

Había ocho obreros alrededor de Juba. Todos observaron cómo Indavara se acercaba. Sin detenerse, golpeó el brazo de Juba con un extremo del arco. El capataz gritó mientras caía al suelo. Todos los obreros se dispersaron excepto uno: un hombre corpulento que todavía tenía en la mano un tubo de hierro.

—Juba es mi hermano —dijo mientras se movía frente a Indavara—. Tendrás que pasar por encima de mí.

Con un despreocupado segundo giro del arco, Indavara lo atizó en el lado de la cabeza, dándole de pleno en la oreja. El sirio cayó de rodillas. La expresión de su rostro traslució incredulidad ante la intensidad del dolor que experimentaba.

—¡Mi oreja! —chilló—. ¿Por qué me golpeas en la oreja, pedazo de bárbaro?

—Porque duele —respondió Indavara, antes de propinarle una patada en el pecho. El hombre cayó de espaldas y los otros se lo llevaron a rastras.

Casio recuperó la espada y se interpuso entre los obreros e Indavara. El guardaespaldas agarró a Juba por la túnica, lo levantó a rastras y lo sacó a empujones.

El capataz tropezó en el terreno irregular y cayó de nuevo. Indavara bajó el arco sobre su cabeza y lo torció hasta clavarle la cuerda en el cuello.

Casio salió detrás de ellos, pero sin apartar la mirada de los obreros.

—Necesitamos esa dirección, Juba.

El capataz se volvió para mirar a su hermano y apretó los dientes.

—Vete al infierno.

Indavara torció más el arco.

El rostro del capataz cambió de un color rosado a un rojo intenso. Trató de agarrar la cuerda.

—¡Danos la dirección! —gritó Indavara inclinándose sobre él y torciendo el arco con una mano.

El capataz abrió mucho los ojos. Empezó a temblarle la mandíbula y luego toda la cabeza.

Casio pensó en Estan la noche de Palmira.

—Está bien. Ya es suficiente —le dijo a Indavara agarrándole el brazo.

El guardaespaldas dejó de torcer el arco a regañadientes. Casio le liberó el cuello y le quitó el arco por la cabeza.

—Habla rápido o dejaré que vuelva sobre ti.

El capataz lanzó una mirada de odio a los dos antes de hablar.

—El barrio judío. Un edificio de pisos junto a la fuente de Tiberio. Creo que es el número veinticuatro.

Casio ayudó al capataz a levantarse.

—Así está mejor. Y ahora que te muestras más cooperativo, no te opondrás si tomamos prestados un par de sus caballos para esta tarde.

Con una mano todavía en la garganta, Juba agitó la otra en un gesto de rendición.

—Muy bien.

La judería, que se hallaba justo al norte de la puerta de Dafne, era un enclave de casi un kilómetro de ancho. Encontraron la fuente y dejaron a los caballos en un establo cercano. El edificio solo tenía cuatro pisos de altura, pero con los desvencijados balcones de la fachada parecía casi inclinado sobre la calle de debajo. Muchas de las habitaciones de la planta baja eran escaparates.

—La gente de este barrio es como cualquier otra gente —observó Indavara mientras buscaban la entrada—. ¿Qué son los judíos de todos modos?

—Nunca he estado muy seguro. Hay un montón de ellos por aquí porque Jerusalén no queda muy lejos. Se parecen un poco a los cristianos, aunque no parecen llevarse muy bien con ellos. Un solo Dios y demás. Tal vez debería considerar convertirme.

Indavara frunció el entrecejo.

—¿Por qué?

—A pesar de que son buenos fabricando armas, su religión les prohíbe trabajar un día a la semana, por lo que están exentos del servicio militar.

—Ah.

—Así podré evitar que me estrangulen con mi propia capa, que me hagan compartir pozos subterráneos con cadáveres o que me tiren encima estantes llenos de cristales.

Casio se miró los brazos, en los que todavía tenía trozos de vidrio de múltiples colores, incrustados en la piel. No había tenido tiempo para arrancárselos todos.

—Creo que ya hemos llegado —anunció, deteniéndose en una estrecha escalera de piedra que conducía al primer piso.

Fuera había una anciana sentada ante una impresionante variedad de utensilios de cocina.

—¿Se llega por aquí al número veinticuatro? —le preguntó Casio.

—Gira a la derecha al llegar a lo alto de las escaleras.

Indavara se llevó una mano a la espada.

—Tal vez el bastón —le sugirió Casio—. Me gustaría evitar heridos, si es posible.

Siguió a Indavara por la oscura y húmeda escalera, que apestaba a orina.

—Por los dioses, qué sordidez.

Al llegar a lo alto, un perro pasó corriendo junto a ellos, seguido de cerca de dos niños. Indavara se pegó a la pared y se asomó por la esquina antes de salir al pasillo. Casio lo siguió. Era un espacio estrecho, de poco más de metro cincuenta de ancho, y el techo estaba a unos cinco centímetros por encima de su cabeza. En una de las habitaciones una pareja se profería insultos subidos de tono en griego, lo que los cubrió oportunamente. Las endebles puertas de madera estaban increíblemente cerca unas de las otras, y algunas estaban numeradas con cifras romanas pintadas o de bronce. En muchas había figurillas clavadas en la pared de encima.

El veinticuatro estaba casi al fondo del pasillo. En la puerta no había ningún número. Indavara, que no había podido seguir la cuenta, estaba a punto de pasar de largo cuando Casio lo agarró por la túnica. El guardaespaldas giró en redondo.

—Es esta —articuló Casio con los labios, antes de señalar la parte inferior de la puerta. Entre ella y el suelo había un par de centímetros. Si Nabor observaba desde el interior, vería sus sombras.

Casio no quería que el morral y la cabeza de lanza le entorpecieran la marcha, así que se los quitó y los dejó con cuidado contra la pared. Indavara se descolgó el bastón del hombro. Era una vara de madera de metro y medio de longitud, envuelta en cuero por el centro y los dos extremos.

La puerta tenía una cerradura de bronce en apariencia sólida, pero el marco parecía endeble. Casio señaló el bastón y acto seguido un punto intermedio entre las bisagras. Indavara se detuvo bien alejado de la puerta, agarrando el bastón con ambas manos. Lo alineó y arremetió con él hacia delante.

La puerta se desprendió limpiamente de las bisagras con el golpe y cayó en mitad

de la habitación. Indavara entró de un salto detrás de ella. Casio lo siguió con una mano en la empuñadura de la espada.

El piso estaba vacío. Consistía en una sola habitación de siete u ocho metros de ancho con una ventana que daba a la calle. Debajo de esta había una estrecha cama deshecha. Junto a la cama, un arcón y un bacín. A la izquierda de la puerta, un conjunto de estantes con ropa y algunos objetos de vidrio.

Casio miró en el arcón. La tapa estaba abierta, pero no había nada dentro.

—Parece que se ha ido. A ver si podemos encontrar algo.

Había poco más que registrar. Una vez que comprobaron los estantes y las cuatro esquinas de la cama, se quedaron allí parados, mirándose con cara inexpresiva.

El ruido llegó súbitamente: órdenes gritadas en griego, seguidas de fuertes pisadas de un grupo de hombres que avanzaba por el pasillo.

—Saca la espada —le dijo Indavara mientras él cogía el bastón.

Casio acababa de desenfundarla cuando tres sargentos municipales irrumpieron en el piso. Llevaban cotas de malla y cascos de bronce, y blandían sus porras.

—Bajad las armas —les ordenó el más bajo y más veterano de los tres.

Llegaron dos hombres más que entraron en la habitación detrás de ellos.

—Vosotros primero —gruñó Indavara.

Uno de los sargentos se le había acercado demasiado para su gusto, por lo que hizo ademán de golpear la porra con el bastón. Las armas apenas se tocaron, pero los hombres se desplegaron y avanzaron.

—Sal de mi vista —gruñó el exgladiador.

Casio enfundó la espada y levantó las manos.

—Muy bien, ya es suficiente. Ahora bajaremos todas las armas.

El hombre entrado en años se volvió hacia Casio.

—¿Quién eres tú para decirnos lo que tenemos que hacer, muchacho?

—Córbulo, de Seguridad Imperial.

—Demuéstralo —ordenó el hombre con tono agrio.

—He dejado la cabeza de lanza al otro lado de la puerta. ¿Me permites?

—Quédate donde estás. —El sargento ordenó a uno de sus hombres que fuera a buscar el morral. Se lo arrebató de las manos e inspeccionó personalmente el contenido. Luego le devolvió el morral a Casio—. Está bien. Descansad.

Sus hombres bajaron las porras a regañadientes.

—Soy el jefe de los sargentos, Congrio. Mis hombres y yo trabajamos para el magistrado.

—Sé para quién trabajáis.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy buscando a un hombre llamado Nabor. Vivía aquí.

—Bueno, pues no necesitas buscar más. Acaban de encontrarlo. Muerto.

Casio y Congrio marcharon por la calle con Indavara y dos de los otros sargentos a la zaga. El resto de los hombres se habían quedado atrás para registrar el piso y montar guardia.

—Alguien lo conocía de vista —dijo Congrio—. Nos ha dicho dónde vivía. Cuando hemos llegado al edificio, la vieja del piso de abajo nos ha dicho que ya estabais allí.

—No me extraña que imaginas lo peor —respondió Casio.

—¿A qué se debe el interés del Servicio?

—Me temo que no puedo hablar de ello. ¿Lo conocías?

—No lo he reconocido de rostro ni de nombre. Aparecen cadáveres todo el tiempo. —Congrio señaló un recinto cercado lleno de árboles y maleza situado al otro lado de la calle.

Un grupo de mujeres —traperas con cestas de paja entretrejida al hombro— se apartó cuando Congrio entró con prisas y echó a andar por un camino de grava. Pasaron junto a un estanque ornamental que ya no era muy decorativo. Casio estaba seguro de que no había corrido agua en el pequeño santuario en años; probablemente lo había mandado construir un generoso benefactor que había fallecido o caído en desgracia.

Alrededor del cadáver se había formado un corro de niños y niñas. Algunos treparon a una fuente para mirar por encima del hombro de los sargentos de Congrio. Los niños, y en menor medida los otros cuatro sargentos apostados allí, se veían empequeñecidos junto a la enorme figura del magistrado Quarto. Congrio apretó el paso cuando vio a su superior allí. Quarto se volvió y clavó sus ojos inyectados en sangre en los recién llegados.

—Ah, aquí estás, Congrio.

La barba y las múltiples papadas de Quarto le ocultaban por completo el cuello.

—Aún no he enviado a un mensajero, señor. ¿Cómo...?

—Estaba en la avenida y uno de esos críos pasó por mi lado parlotando sobre ello.

—Este caballero trabaja para Seguridad Imperial, señor. Lo hemos encontrado en el piso del difunto.

Quarto dio un paso hacia ellos. Casio medía más de un metro ochenta, pero el magistrado se elevaba por encima de él. Parecía tener una permanente sonrisa burlona en los labios.

—¿Entonces eres uno de los hombres de Cara Picada?

Habida cuenta de su físico, a Casio no le pareció que el magistrado estuviera en posición de señalar defectos ajenos.

—Si te refieres al oficial Abascantio, la respuesta es no. Trabajo directamente para su superior, Pulcher, aunque de vez en cuando actúo de enlace entre él y

Abascantio.

—¿Qué te preocupa? ¿Qué hacías en el piso de este hombre?

—Lo estaba buscando.

Quarto se rascó la barba.

—¿Por qué?

—No puedo hablar de ello.

Los ojos del magistrado se encendieron por un instante de ira. Pero enseguida se encogió de hombros.

—Entonces no recibiréis ninguna clase de ayuda de mi oficina. Si Cara Picada tiene alguna objeción, que venga a verme.

—¿Puedo al menos echar un vistazo al cadáver?

—Tienes tiempo hasta que llegue el carro.

Quarto se volvió hacia Congrio.

—¿Alguien ha visto algo?

Congrio negó con la cabeza.

—Lo encontraron los niños.

—Tú estás al mando; resuelve este lío cuanto antes. —El magistrado se alejó tranquilamente de la fuente con los pulgares en el cinto.

Casio vio que lo esperaba un siervo con un caballo enorme en el otro extremo del santuario.

Se acercó al cadáver. Nabor yacía de espaldas con los brazos y las piernas abiertas junto a una hilera de arbustos sin flor. Casio reconoció el cabello oscuro y el cuerpo desgarrado. Tenía los ojos cerrados y los labios curvados en una enigmática sonrisa. La sangre había empapado la mayor parte del cuello y la parte superior de la túnica. Al cinto llevaba una daga todavía enfundada. Casio bajó la vista hacia las heridas: dos perforaciones irregulares en la garganta.

Indavara y Congrio se reunieron con él.

—De daga, probablemente —observó Indavara.

—¿Habéis encontrado algo más aquí? —le preguntó Casio a Congrio.

—Se supone que no debo cooperar contigo.

—Créeme, me gustaría ser franco contigo, pero tengo las manos atadas.

Congrio miró a Casio por un instante, luego se volvió hacia uno de los sargentos e hizo un gesto. El hombre recogió una pequeña bolsa sujeta con un trozo de cuerda. Se la entregó a Congrio, quien se la mostró a Casio.

—Solo esto. Ropa. Sin dinero ni nada.

—¿La habéis encontrado así?

—No, la ropa estaba desperdigada por el suelo.

—Gracias.

Casio e Indavara se alejaron del cadáver y se detuvieron bajo las ramas de un albaricoque.

—Buscaban el collar —dijo Indavara.

—Sí, y espero que lo encontraran. ¿Cuánto hace que nos hemos marchado de la fábrica? Dos horas como máximo. No han perdido mucho tiempo, ¿no? Me imagino que él pensó que lo ayudarían. Fue la última equivocación que cometió.

XXIII

El rostro de Abascantio parecía reflejar ira y consternación en igual medida. Se rascó la cabeza, mirando el techo.

Casio e Indavara estaban sentados en un sofá situado frente a él. Shostra acababa de llevarles paños y agua caliente, e Indavara se extraía fragmentos de vidrio de la pierna y a continuación se lavaba las pequeñas heridas.

—Esto podrías haberlo evitado —lo reprendió Abascantio, señalando a Casio— si lo hubieras capturado con vida en la fábrica. Cuando te dispongas a detener a un sospechoso en un edificio, apuesta siempre un hombre en la parte trasera. Es elemental, Córbulos.

—Sí, señor.

Casio sabía que se había portado como un estúpido, y en consecuencia había muerto un hombre. Era muy desagradable saber que sus acciones habían precipitado un hecho así, pero se negaba a sentirse culpable. No tenía tiempo ni energía para ello; sin duda tampoco para un ladrón necio que había sido traicionado por los de su calaña. Observó cómo Indavara se arrancaba de la espinilla otro trozo de vidrio azul.

—¿Estás seguro de que ese collar procedía del carro? —continuó Abascantio.

—No puedo estarlo al cien por cien, señor, pero, por lo que dijeron los comerciantes, no se han visto piezas así en el mercado. Es poco probable que sea una coincidencia.

Abascantio tamborileó con los dedos en el lado del sofá.

—Bueno, es innegable que hoy has hecho progresos. Esta muerte es un contratiempo, pero tienes que seguir adelante. Necesitamos averiguar más acerca del tal Nabor. No tengas miedo de repartir un poco de dinero. Bueno, ¿y qué hay de anoche?

Una vez más, Casio expuso todo menos un incidente, en esta ocasión el beso de Antonia. Abascantio mostró mucho interés en lo que habían averiguado sobre Octobriano y se sorprendió al enterarse del comportamiento de Escauro. Al oír la pulla que había lanzado el cómico, silbó y pidió a Casio todos los detalles acerca de la reacción del gobernador.

—Escauro tuvo suerte —observó el agente—. En circunstancias normales, Gordio se habría ofendido por semejante afrenta. Es evidente que le preocupan otros asuntos. —Abascantio se echó hacia delante—. Han visto a un hombre entrar en su casa a primera hora de esta mañana..., el segundo incidente de esta índole en esta semana. Nada menos que un persa.

—¿Qué crees que significa, señor?

—Gordio siempre ha sido ambicioso. Aureliano está muy lejos en estos momentos. Y Marcelino no se encuentra en la ciudad.

—¿No lo crearás capaz de hacer algo contra el emperador?

—Alguien tiene el estandarte. Y ese alguien tiene ahora mucha influencia.

Abascantio levantó la vista cuando Shostra apareció de nuevo con la capa de su amo. Le acompañaba un hombre de constitución robusta y cabello entrecano de unos cincuenta años, armado con una larga espada y un garrote de madera que llevaba sujeto a la cintura.

—Acaba de llegar un mensaje, señor —dijo Shostra—. Se reunirá con nosotros según lo previsto.

—Bien.

Abascantio se levantó y señaló al desconocido.

—Este es Mayor, por cierto. El guardaespaldas que de vez en cuando me acompaña.

Mayor saludó con un movimiento de la cabeza casi imperceptible.

—¿Has hecho algún otro progreso? —preguntó Casio mientras él e Indavara se levantaban.

—Más rumores e hipótesis. Estoy investigando los asuntos de los hombres más poderosos de esta ciudad. Cada uno tiene bastantes enemigos; hay muchas personas con motivos sobrados para incriminarlos.

Abascantio se presionó la frente con los dedos y se frotó los ojos.

—Está oscureciendo. Volved a casa y aseaos. Quiero que volváis al barrio judío al amanecer. —Se acercó a Casio y le dio unos golpecitos en el pecho—. Y no vuelvas por aquí a no ser que tengas algo consistente. ¿Entendido?

Mientras regresaban andando a la villa, Casio sintió la necesidad de distraerse: no solo del dolor persistente en las manos, los brazos y las piernas, sino también de la creciente presión de la investigación. Bien mirado, Abascantio se había mostrado indulgente. Encontrar a Nabor había sido un golpe de suerte; perderlo se había debido a simple ineptitud.

Como había pocas probabilidades de que el guardaespaldas entablara conversación, Casio mencionó un tema que le había ocupado espacio mental desde la noche anterior.

—Dime, ¿cuál es tu límite máximo en cuanto a las mujeres?

Indavara se encogió de hombros.

—No lo sé, creo que más de dos es un poco estúpido. Otro gladiador que conocí solía decir que con tres o más chicas un hombre necesita dos...

—No, no, no me has entendido. Me refiero a la edad. ¿Cuál sería el límite superior de edad de la mujer con la que te acostarías?

—No estoy seguro.

—Bueno, ¿cuántos años tienes?

Indavara se encogió de nuevo de hombros.

—Dioses, los números no son tu punto fuerte, ¿verdad? Debes de tener mi edad. Así que ¿cuál sería el tope de edad de la mujer con la que te acostarías?

—Treinta, quizá.

—Sí, treinta. Eso es lo que yo suelo decir.

—¿Por qué?

—Digamos que estoy pensando en revisar mi límite superior.

Indavara de repente se rezagó y se escondió a la sombra de un muro cubierto de hiedra.

—¿Qué te pasa?

Indavara hizo señas a Casio para que se acercara y señaló el otro lado de la calle. Por la ladera bajaba un grupo de hombres. Dos legionarios iban delante y dos detrás, y en medio la pequeña figura del general Ulpiano, seguido de su guardaespaldas africano. El legionario le sacaba un par de palmos al general, y aun a esa distancia Casio alcanzó a verle los marcados músculos de los brazos y las piernas. El grupo desapareció tras un templo en dirección al centro de la ciudad.

Indavara exhaló ruidosamente.

—No pensé que volvería a verlo.

—¿Al africano? ¿Lo conoces?

—No exactamente.

—¿Pero lo has visto antes?

—Sí. En la arena hace varios años. Es el hombre que me arrancó la oreja.

Simo no salió a recibirlos cuando llegaron a la villa; Casio supuso que todavía no había vuelto. Como tenía sed e Indavara estaba hambriento, fueron derechos a la cocina. Allí encontraron a Simo. Estaba sentado a la mesa, de espaldas a ellos y con la cabeza inclinada. Lloraba.

—Espéranos fuera —le dijo Casio a Indavara. Mientras este se retiraba al atrio, se detuvo junto a Simo—. ¿Qué pasa?

Simo se secó la cara con un pañuelo y se levantó.

—Lo siento, señor.

Casio le puso una mano en el hombro. Nunca había visto al galo tan afectado, e imaginó que había recibido malas noticias. Había tenido poco contacto con su familia durante su estancia en Cícico. Solo había recibido un par de cartas de su hermano, un liberto que se había trasladado con su familia a Tarso justo antes de la ocupación palmirana. La madre del galo había fallecido hacía mucho. En la ciudad solo se había quedado su padre, pero era analfabeto, por lo que Simo no había tenido forma de mantenerse en contacto.

—Siéntate y cuéntame todo.

Casio esperó a que Simo se sentara y ocupó una silla a su lado. Simo volvió a secarse los ojos.

—Te lo diré, pero hay algo que debo decirte primero..., algo sobre mí.

Casio estaba seguro de saber lo que iba a oír.

—Eres cristiano.

Simo pareció sorprenderse; luego asintió.

Casio se recostó en la silla.

—Creo que hace tiempo que lo sé. No es precisamente un gran misterio. Nunca te he oído pronunciar el nombre de Marte, Júpiter o Fortuna. Supongo que en tus ausencias inexplicables en Cícico ibas a uno de tus templos.

—Sí, señor. A la iglesia.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? Creo que me conoces lo suficiente para saber que no tienes nada que temer.

—Honestamente, no estoy seguro, señor. ¿Por qué nunca me lo has preguntado?

Casio se encogió de hombros.

—Tal vez ambos pensamos que era más conveniente no decir nada. Pero ¿qué tiene que ver esto con tu padre? ¿Él también es cristiano?

Simo asintió.

—¿Está vivo entonces?

—Creo que sí. He ido a su casa y la he encontrado vacía. Uno de sus vecinos me ha dicho que lo tienen en la prisión.

—¿Por qué?

—¿Has oído hablar del obispo Pablo, señor?

—Por supuesto.

Aunque pocas personas podrían haber tenido menos interés en los asuntos religiosos que Casio, la reputación del cabecilla cristiano de Antioquía se había difundido por todas partes. Pablo de Samosata había sido el obispo de la ciudad durante más de una década, pero había adquirido fama de narcisista ávido de fama que disfrutaba rodeándose de hermosas jóvenes. También había contado con el apoyo de Zenobia, pero poco después de la derrota de esta su cargo de obispo había sido cuestionado por las autoridades de la Iglesia. Aureliano había otorgado a estas poder para decidir por sí mismas y Pablo había sido depuesto.

Simo miró el suelo mientras hablaba.

—Mi padre y otros cuantos hombres se encontraban en la residencia del obispo cuando llegaron los sargentos municipales. Intentaron oponer resistencia y los detuvieron. Los tienen encerrados mientras el gobernador decide qué hacer con ellos.

—¿Y qué noticias hay? ¿Lo ha visitado alguien?

—No lo sé, señor. Pero me he enterado de que esta noche hay una reunión en una casa iglesia. Un anciano... que es amigo de mi padre estará allí. Tal vez él sepa algo.

—Entiendo. —Casio se levantó—. ¿Cuándo es la reunión?

—A la segunda hora de la noche, señor.

—Iré contigo. Y haré todo lo posible para que puedas entrar en esa cárcel. La cabeza de lanza ayudará.

Simo juntó las manos.

—Gracias, señor. De todo corazón. Solo deseo verlo. —Las lágrimas volvieron a aflorar.

—Está bien, Simo. Ya basta. Encontraremos una solución. No puedo tener a mi criado en este estado..., no servirías para nada.

A Casio le había enseñado su padre que un hombre sabio intentaba resolver los problemas de su esclavo, sobre todo si estos podían obstaculizar su trabajo. Pero esa no era la única razón por la que quería ayudar. El galo había hecho mucho más fácil el período más difícil de su vida. Se preocupaba genuinamente por su amo. Casio lo sabía y —aunque nunca hablaría de ello abiertamente— agradecía la oportunidad de saldar esa deuda.

Simo todavía se secaba los ojos.

—¿Por qué no te distraes un poco preparando algo para cenar? ¿Qué tal ese plato galo de callos y cebollas? No me vendría mal una buena comida. Pero antes necesito que me arranques unos cristales.

Simo frunció el entrecejo.

—¿Cristales, señor?

—No hagas preguntas.

La casa iglesia resultó ser el taller de un carpintero que se encontraba pegado a las murallas de la ciudad al oeste de la puerta de Berea. Simo no había estado nunca allí, y tuvo que preguntar varias veces cómo llegar. No se acercó a cualquiera; al parecer, había habido algunos enfrentamientos violentos entre los seguidores de Pablo y el obispo Domno, que de pronto era la cabeza oficial de la comunidad cristiana de Antioquía. Mientras caminaban por un callejón oscuro hacia la parte trasera del taller, Indavara se embarcó en lo que Casio consideró una serie de preguntas estúpidas y molestas, la mayoría de las cuales no supo responder.

—¿Entonces tanto los judíos como los cristianos creen en un solo dios?

—Sí.

—¿Es el mismo dios?

—Sí. Bueno, no. No estoy seguro. ¿Por qué me lo preguntas?

Indavara corrió tras Simo, que se había detenido cerca de una puerta de madera. Casio le interceptó el paso.

—Ahora no.

Simo llamó a la puerta. Al cabo de un rato se abrió una rendija y por ella se asomó un hombre de mediana edad con una vela en las manos. Miró por encima del hombro de Simo. Casio intentó poner una expresión afable. Simo le había sugerido con tacto que llevara una túnica normal y un cinturón; la reunión se celebraba en secreto, y era poco probable que un oficial del ejército romano fuera bien recibido.

Simo habló en susurros con el centinela y este volvió a cerrar la puerta. Cuando

regresó, lo acompañaba un hombre mayor que él. Sonrió con solemnidad a Simo y abrió la puerta de par en par para dejarlos entrar. El centinela la cerró detrás de ellos mientras el anciano conducía a los visitantes a un pequeño patio. Una gran parte del espacio estaba ocupado con tablas amontonadas y el resto con muebles. A través de una puerta abierta, Casio vio a un grupo de personas dentro de un taller.

—¿Quiénes son estos hombres, hermano?

—Este es mi amo —respondió Simo—. Casio Quintio Córbulos. Y su guardaespaldas, Indavara. —Señaló con un gesto al anciano—. Este el anciano Nura, señor.

—Buenas tardes —lo saludó Casio.

Nura seguía inspeccionándolos.

—Pareces preocupado —añadió Casio—, pero no tienes por qué. Estoy con el ejército, pero no tengo nada que ver con las autoridades municipales. Estoy aquí para ayudar a Simo.

Nura sonrió con recelo.

—El Señor nos dice que debemos buscar el lado bueno de todos los hombres. Pasad, hablaremos dentro.

Mientras el centinela permanecía en su puesto, Nura cogió otra vela y los hizo cruzar la puerta. En la pequeña sala había una docena de personas apretujadas, algunas sentadas en sillas, otras de pie, todas escuchando a otro anciano que leía en arameo de un pequeño libro. Casio se sorprendió al ver que había más mujeres que hombres. Fuera donde fuese donde Pablo de Samosata había encontrado a sus hermosas jóvenes, era evidente que no era allí, pues las que constituían el grupo eran poco elegantes y serias. Aunque nadie les dijo nada cuando pasaron, un par de los hombres parecieron reconocer a Simo.

La habitación contigua era una tienda con una gran ventana cerrada con postigos. Nura encontró unos taburetes y Simo lo ayudó a colocarlos alrededor de una mesa. Mientras los otros se sentaban, Nura encendió una lámpara de aceite. Era un hombre muy liviano de cejas tupidas y barba dispareja y entrecana.

—¿Has visto a tu padre? —le preguntó a Simo.

—No. Acabo de enterarme de lo ocurrido.

—Ojalá tuviera mejores noticias —dijo Nura mientras se sentaba con ellos—. La última vez que nos dejaron ver a los prisioneros fue hace casi dos semanas.

—¿Y cómo estaba?

—Lo habían golpeado varias veces en la cabeza durante el arresto, pero se le veía bastante bien y con buen ánimo.

—¿Has sabido algo más desde entonces?

—No. Tienen a diez de ellos allí y algunos se han declarado en huelga de hambre. ¿Te acuerdas del hermano Albar?

Simo asintió.

—Parece decidido a ofrecerse como mártir. —Nura bajó la voz—. Aunque a

veces me pregunto si realmente es la gloria de Dios lo que desea honrar. Fuimos a la prisión con comida, pero nuestras mujeres se pusieron histéricas, llorando y arrojándose contra los barrotes. No debería haberlas dejado ir. Los guardias nos echaron, y desde entonces han prohibido las visitas. Pensé en apelar al gobernador, pero sospecho que nos hemos convertido en un molesto inconveniente para él.

—¿Y el obispo Domno? —preguntó Casio—. ¿Podrás apelar a él?

Nura se volvió hacia él.

—No, señor.

—Es evidente que yo no entiendo de estas cuestiones —contestó Casio—, pero parece poco probable que se modifique un fallo del mismo emperador. Seguramente saldréis mejor parados si aceptáis a Domno como líder.

—Tengo miedo de que haya algo más que eso, señor —dijo Simo.

—No se trata de una simple cuestión de liderazgo —añadió Nura—. Domno predica ideas que no podemos ni queremos suscribir.

A Casio le pareció bastante ridículo que los seguidores de un culto que habían sido perseguidos en los últimos años —y podrían enfrentarse de nuevo a ello— no pudieran ponerse de acuerdo entre ellos.

—¿Como cuáles?

—Nosotros, los seguidores del obispo Pablo, sostenemos que nuestro Señor Jesucristo era un hombre, no un Dios.

—¿Qué es entonces? ¿Un sacerdote?

Nura hizo una mueca.

—¿Un oráculo?

—No exactamente.

—Es bastante complicado, señor —observó Simo.

Casio lo miró furioso.

—Haré todo lo posible. —Se volvió de nuevo hacia Nura—. Continúa.

—Cristo era el hijo de Dios, su representante divino, la esencia de Dios en forma humana. Sin embargo, él no era dios.

—Pero Cristo lleva doscientos años muerto. Si era tan poderoso y valioso para vosotros, ¿por qué no se le considera un Dios ahora?

—Es uno... con Dios —explicó Nura.

—Ah sí, el asunto de un solo dios. Se me olvidaba. Así que Domno no está de acuerdo con esto.

—Lo considera una herejía. Al igual que el resto de la Iglesia.

—¿No sería más sensato ceder? Habéis perdido a vuestro líder y parece que habéis perdido la discusión. Os estáis reuniendo aquí en secreto y la mitad estáis en la cárcel. ¿Por qué no os limitáis a cambiar vuestras creencias?

—Señor.

—La gente lo hace todo el tiempo, Simo —replicó Casio con impaciencia. Señaló con la cabeza la otra habitación—. ¿Acaso nacieron cristianos todos los hombres y

mujeres que hay allí?

—No —admitió Nura—. Yo tampoco.

—Cambiasteis de creencias. ¿Por qué no cambiar otra vez?

Nura se echó hacia adelante.

—¿Lo harías tú, señor?

—¿Si eso sirviera para evitar la cárcel o la muerte? Sin duda alguna.

Nura continuó, dando por sentado que Casio no hablaba en serio.

—El obispo Pablo nos enseñó que un hombre no puede aspirar a ser Dios. Pero nuestro Señor Jesucristo nos mostró cómo un hombre puede vivir la mejor vida posible, de tal modo que cuando se enfrente al juicio final se le permita reunirse con los justos en el reino del gozo eterno.

—Supongo que el obispo Pablo también llevaba una vida ejemplar y que todos los cuentos que he oído sobre él son meras calumnias.

—Mentiras maliciosas divulgadas por nuestros enemigos. Te aseguro que no existen las «meras calumnias» para un hombre que ostenta un cargo tan importante.

—¿Y dónde está él ahora?

—No lo sabemos. —Nura suspiró—. Pero rezamos para que vuelva con nosotros.

—Entonces parece que estáis solos.

—No. Nuestro Señor y sus ángeles están siempre con nosotros, incluso en nuestras horas más oscuras, cuando los demonios negros tratan de dividirnos y destruirnos.

Nura empezaba a sonar como uno de esos hombres que arengaba en las plazas a los transeúntes. Casio decidió que había escuchado suficiente.

—¿Dónde está la prisión?

—En el lado oriental de la isla, no muy lejos del hipódromo.

—Iremos mañana.

—Por favor, averigüad cómo están todos —les pidió Nura—. ¿Y podríais llevarles algo de comida? Puede que los guardias lo permitan.

—Llevaremos todo lo que podamos cargar —respondió Simo.

Se habían levantado. Nura apagó la lámpara, tomó la vela y los precedió de nuevo por el edificio. Los otros estaban hablando sobre el matrimonio. Se detuvieron cuando Nura dejó de andar.

—Hermanos y hermanas, aquí tenéis a Simo, hijo de Abito, y a sus amigos.

Todos los cristianos ofrecieron un saludo. Casio e Indavara inclinaron la cabeza hacia ellos.

Nura puso una mano en el brazo de Simo.

—¿Te quedas un rato a rezar con nosotros?

Simo miró Casio.

—Puedes quedarte.

Nura desplazó la mirada hasta Casio.

—¿Y tú, señor?

—Me temo que todo esto es un poco complicado para mi gusto.

—Como quieras. Rezaremos por ti también.

—No hace falta —dijo Casio con una sonrisa.

—Lo haremos. Oramos por todas las almas; por cada hombre, para que encuentre por fin la salvación. —Nura dio un paso hacia Indavara y levantó la vista hacia él—. ¿Y tú, hermano, buscas la luz? —Pareció tomar el silencio del guardaespaldas como una señal para continuar—. ¿Quieres reunirte con los justos en su reino? ¿Donde podamos morar para siempre en el calor y la luz con nuestros seres queridos? ¿Has perdido a alguien? ¿A quién te gustaría volver a ver?

Indavara miró a Casio, luego pasó bruscamente por su lado y se dirigió con prisas a la puerta.

XXIV

La segunda hora del día acababa de comenzar cuando Casio, Indavara y Simo regresaron a la judería. Encontraron la puerta del piso de Nabor abierta. En el interior estaba el casero esperando a una posible inquilina nueva. La única información que pudo ofrecer acerca del difunto era que siempre había pagado con puntualidad y que llevaba dos años viviendo en el piso.

Casio decidió comenzar a llamar a las puertas, pero muchos de los vecinos ya se habían ido a trabajar. Cuando por fin se abrió una puerta, Casio se preocupó rápidamente de identificarse, y le pidió a Simo que sostuviera en alto la cabeza de lanza; pero enseguida cayó en la cuenta de que el uniforme bastaba para obtener atención.

El olor a orina del pasillo del primer piso era aún más desagradable que el día anterior. Habían estado recogiendo el contenido líquido de los bacines, y aunque acababan de marcharse con un barril lleno, el hedor persistía. El humor de Casio no mejoró con las respuestas inútiles que recibió de las primeras cinco personas con las que habló. Sin embargo, la sexta —un joven que vivía en el número dieciséis— admitió haber conocido a Nabor. Era de la edad de Casio; un tipo de tez rubicunda y aspecto desaliñado llamado Valgo.

—¿Cómo lo conociste? —le preguntó Casio.

—No me acuerdo exactamente. Lo veía en las cuadrillas de trabajo o en algún festival, y de vez en cuando coincidíamos en la taberna.

—¿Qué taberna?

—La Rueda. Dos calles al sur. Aunque llevaba bastante tiempo sin verlo por ahí.

—¿Y esas fiestas? ¿Son para judíos?

Valgo meneó la cabeza.

—No, me refiero a las grandes fiestas..., las que se organizan para los muchachos. Las Saturnales y demás.

—¿Y en el trabajo?

—La última vez debió de ser hace bastante tiempo. Un par de años quizá. Portadores de agua. Formábamos una gran cuadrilla. Cincuenta, sin contar a los doscientos esclavos.

—¿Trabajaste con Nabor en algún otro trabajo?

—Creo que no. Después de eso entró en la fábrica de vidrio.

—¿Recuerdas algo más? ¿Parientes o amigos? ¿Alguna muchacha incluso?

Valgo frunció los labios.

—Verás, lo conocía de tomar algo o de pasar el día con él, pero no teníamos una relación estrecha.

Casio le dio dos sestercios.

—Gracias, señor —dijo Valgo cogiéndolos con un gesto humilde.

—Si se te ocurre algo más o sabes de alguien que sepa más, ven a verme.

—Muy bien, señor. ¿Dónde puedo encontrarte?

Casio tuvo que pensar sobre eso. No le pareció prudente dar la dirección de su villa o de la de Abascantio.

—Puedes contactar conmigo en la basílica. Allí trabaja un hombre llamado Petronaco. Puedes dejarle un mensaje. Petronaco..., ¿lo recordarás?

—Sí, señor. Que pases un buen día. —Valgo casi había cerrado la puerta cuando volvió a hablar—. Ah. Había una muchacha. Sé que él era dulce con ella... Recuerdo que un par de veces le compró flores. Pero no sé cómo se llamaba.

Las pesquisas llevadas a cabo en el resto del edificio de pisos no dieron más información relevante.

—¿Vamos a esa taberna, señor? ¿La Rueda? —preguntó Simo mientras dejaban la húmeda sombra de la escalera y avanzaban con el calor del sol matinal.

—Todavía no —respondió Casio con el casco bajo el brazo—. Nabor no tenía una estufa con que cocinar, no guardaba comida en el piso y llevaba tiempo sin pisar la taberna. Pero tuvo que comer en alguna parte.

Señaló con un gesto la calle, donde había cinco o seis vendedores de comida. El primero había instalado un mostrador de mármol y servía comida cocinada en una parrilla de carbón. Sus cuatro clientes masculinos, sentados en taburetes, comían salchichas.

—He oído hablar de ello —le dijo el vendedor cuando le preguntaron si estaba al corriente del asesinato.

—¿Lo conocías?

—No mucho. Era parco en palabras. Supongo que se cansó de mi comida... Hacía meses que no me compraba nada. Prefería los buñuelos de Marta.

El vendedor se limpió el polvo de carbón de las manos y señaló calle abajo.

El trío sorteó a una pandilla de niños que jugaban con palos y una pelota, y se detuvo en el siguiente puesto. El montaje era casi idéntico, pero lo atendía una mujer rolliza con una mata de rizos grises recogida en lo alto de la cabeza. Los clientes de Marta —diez en total— desayunaban en mesas y sillas. Ella pescó un buñuelo de una sartén ennegrecida y lo arrojó sobre un plato.

—Hierbas y queso —anunció.

Un hombre agarró el plato y regresó a su asiento.

Marta pareció sorprenderse al ver quién era su próximo cliente.

—Buenos días, señor. ¿Tienes hambre?

—No.

—Yo sí —respondió Indavara.

Pasándolo por alto, Casio habló en voz baja.

—¿Conocías a Nabor, el hombre al que asesinaron ayer?

—Sí. Pobre muchacho.

—¿Conoces a algún familiar o...?

Simo dio unos golpecitos en el hombro de Casio y señaló hacia la calle. Ahí de pie había una joven toqueteando nerviosa el collar de cuentas grandes que llevaba sobre su túnica harapienta. Estaba pálida y alarmantemente delgada.

—¿Eres tú el hombre que está preguntando por Nabor?

—Sí, soy yo —respondió Casio, acercándose a ella.

—Yo lo conocía. Lo conocía bastante bien.

Casio miró alrededor buscando algún rincón que les permitiera un poco de privacidad, pero era una calle muy transitada. Sin embargo, vio una habitación oscura detrás del puesto de Marta. Puso dos sestercios en el mostrador.

—¿Puedo utilizar un momento esa habitación?

—Por supuesto, señor.

Indavara dejó otro sestercio.

—Y yo tomaré unos buñuelos de queso.

Sin dejar de ignorarlo, Casio sonrió a la joven para alentarla.

—Podemos hablar allí dentro.

La habitación apenas tenía un metro y medio cuadrado, pero al menos había un par de taburetes. Casio ofreció uno a la joven, y ella se sentó y se colocó bien la túnica sobre las rodillas.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó él, sentándose a su lado.

—Bacara.

Casio tuvo cuidado de no acercarse demasiado. Tenía unas llagas rosas en los antebrazos y otras más pequeñas en los dedos.

—Bueno, Bacara, es mi tarea averiguar quién mató a Nabor. Espero que puedas ayudarme.

—Me pregunto si su familia lo sabe siquiera.

—¿Es de aquí?

Ella negó con la cabeza.

—Del desierto.

—¿Sabes algo acerca de ella?

—Solo eso. Hace meses que no la veo. Él era muy agradable. Solía cantar para mí y paseábamos por la orilla del río. Él decía que algún día tendría suficiente dinero para comprar mi libertad.

Casio suponía que era una promesa que se daba más veces de las que se cumplía.

—¿Qué hay de sus amistades? ¿De los hombres con los que trabajaba?

Ella se encogió de hombros.

—Solíamos estar los dos solos. Mi ama me decía los días que podía darme asueto. Pero estaba el hermano de él.

—¿Recuerdas cómo se llamaba?

—Silo. No era tan bien parecido.

Casio vio cómo Indavara atacaba sus buñuelos recién servidos. El guardaespaldas se quemó la boca dos veces antes de resignarse a esperar.

—¿Recuerdas algo de él?

—Trabajaba con Nabor antes de que entrara en la fábrica de vidrio. Eran guardias de un recaudador de impuestos, por si surgía algún problema. Nabor era fuerte y duro. No lo parecía, pero lo era.

—Ese recaudador de impuestos... ¿recuerdas cómo se llamaba?

Bacara meneó la cabeza.

—¿Cómo murió? —preguntó ella inesperadamente.

—Lo apuñalaron.

Bacara comenzó a jugar con el collar.

—¿No has visto a ese tal Silo últimamente?

—Lo veo de vez en cuando. Pero no tengo ni idea de cómo localizarlo. Ojalá pudiera. Él tiene que saber lo que ha sucedido.

—¿Llegaste a conocer a ese recaudador de impuestos? ¿Sabes qué aspecto tiene?

—No. Pero se portó bien con Nabor y Silo. Les pagaba bien; decía que eran muchachos de fiar. Mi ama dice que yo soy de fiar.

Casio se puso en pie.

—Bueno, gracias, Bacara.

Asegurándose de que Simo no miraba, sacó un denario de su bolsa y se lo dio. Bacara se quedó mirándolo con incredulidad por un momento y luego lo cogió.

—Gracias, señor, gracias. Vi una vez dónde vivía, por cierto.

—¿Quién?

—El recaudador de impuestos. Nabor me enseñó su casa en uno de nuestros paseos. Era un lugar muy bonito junto a las antiguas murallas. En el jardín había un gran roble.

—¿La localizarías de nuevo?

Bacara reflexionó durante un rato insoportablemente largo.

—Creo que sí.

Después de dos horas dando vueltas por el laberinto de calles al sur de la avenida de Herodes y Tiberio, Casio finalmente perdió la paciencia.

—¡Por César! —gritó, estampando una bota contra una pared mientras Bacara admitía por enésima vez que se había equivocado de calle.

Tenía ganas de abofetearla y exigir que le devolviera su denario. Pensó en abandonar la búsqueda y regresar al barrio judío; tal vez alguien en la taberna La Rueda supiera algo más.

Bacara no se atrevía a mirarlo; clavó la vista en el suelo, con el cabello lacio cubriéndole el rostro. Simo se acercó a ella y le habló en voz baja. Indavara bostezó

aparatosamente mientras miraba una colorida pintada en el pavimento. Casio levantó la mirada hacia los altos muros medio derruidos que daban sombra a la calle. Según Simo, se habían construido bajo las órdenes de Seleuco I, uno de los generales de Alejandro Magno y el hijo del mismísimo Antíoco; eso significaba que tenían más de seiscientos años de antigüedad.

Simo condujo a Bacara hasta Casio.

—Dice que reconocerá la calle cuando la vea. Si con ello te ayuda a encontrar a los hombres que mataron a Nabor, está dispuesta a seguir buscando. Lo que quieras, mi amo.

Casio carraspeó.

—Por supuesto que quiero.

Para conservar la cordura y proteger a la joven de sus arranques, Casio decidió quedarse a la sombra mientras el galo la acompañaba a la siguiente calle. Era una zona de villas de tamaño mediano en las que vivían profesionales como maestros, médicos o ingenieros.

Indavara se quedó mirando un cartel clavado a un árbol. Casio intentó imaginar que se sentía al no poder leer. El guardaespaldas solo veía los trazos de tinta; no sabía que era un aviso sobre un gato perdido. Casio de repente pensó en los últimos momentos en la casa iglesia.

—No pareció que tuvieras muchas ganas de quedarte con los amigos de Simo anoche.

Indavara mantuvo la vista clavada en el cartel mientras Casio continuaba:

—Supongo que es bastante hábil..., todas esas patrañas sobre el reino y sobre que volveremos a ver a los muertos. Todo el mundo ha perdido a alguien, después de todo. Quiero decir que es fácil ver el atractivo.

Indavara se volvió hacia él. Pero antes de que pudiera decir nada, Simo lo llamó. Casio e Indavara echaron a correr por la calle. Simo señalaba por encima de un muro bajo.

—El roble, señor.

En la parte trasera de la propiedad había un frondoso árbol de ramas gruesas que crecían descontroladas.

—¿Estás segura de que es esta? —preguntó Casio a la muchacha.

Bacara asintió.

Simo estaba apoyado en la pared.

—Disculpa.

Casio se reunió con él y vio que había un esclavo anciano regando flores. El esclavo dejó el balde y se acercó a ellos a lo que parecía ser su velocidad máxima.

—¿Sí? —graznó.

—¿Quién vive aquí? —le preguntó Casio.

—El amo Grato Celso, señor.

—¿A qué se dedica?

—Es arquitecto.

Casio miró a Bacara, que fruncía el entrecejo.

—¿Ha sido alguna vez recaudador de impuestos?

—No, pero lo era mi último amo. Verá, yo voy con la casa.

—¿Cómo se llama?

—Lo conocerás. Se ha ido para ocuparse de grandes cosas: Galio Novio Octobriano.

Ver a Abascantio sonreír era una visión bastante alarmante, todo dientes amarillentos y ojos risueños.

—Entonces nuestro estimado procurador está relacionado con un hombre asesinado al que se le ha visto con este collar robado. Por los dioses... Si está realmente conchabado con los palmiranos... Buen trabajo, Córbulos. Buen trabajo.

Shostra los había hecho pasar a la cocina, donde Abascantio estaba sentado a una mesa grande. Una sirvienta de mediana edad acababa de llevarle un tazón de sopa que despedía un olor fétido. El agente cogió una pizca de pimienta y la espolvoreó sobre el espeso líquido verde.

—Col. Mi médico me la ha prescrito como plato principal durante dos semanas. Para que me limpie el cuerpo por dentro, por lo visto. ¿Quieres?

—No, gracias, señor.

—¿Y tú?

Indavara se encogió de hombros y asintió.

Abascantio atrajo la mirada de la mujer y señaló a Indavara.

—Sopa para él. —Se volvió de nuevo hacia Casio—. ¿Le has sonsacado algo más a la joven?

—No. Pero le he dicho cómo puede ponerse en contacto conmigo si es necesario.

Abascantio hizo una mueca al probar la sopa.

—Necesita garo.

Mientras abría un frasco, Casio se preparó. El olor de la col no era nada comparado con el del garo, un condimento compuesto en gran medida de tripas de pescado en descomposición. Nunca había conseguido entender por qué lo comía la gente.

Alguien llamó a la puerta de la cocina. Shostra apareció con dos hombres detrás de él: el guardaespaldas Mayor y otro individuo.

—Esperad fuera. Enseguida estoy con vosotros —les dijo Abascantio. Mientras el trío se retiraba, continuó hablando—: De acuerdo con lo que Antonia descubrió sobre los hábitos nocturnos de Octobriano, es evidente que hay que vigilarlo.

Casio lanzó una mirada a la mujer. Seguramente Abascantio tenía demasiada confianza en sus sirvientes.

—No te preocupes por ella —dijo él—. Es sorda.

—Ah.

Casio resistió la tentación de taparse la nariz cuando flotó hacia él el olor a garo. Se recostó en su silla.

—Mis otros hombres están ocupados siguiendo a Gordio —dijo Abascantio—. Vosotros dos podéis averiguar qué se propone Octobriano exactamente con estas correrías nocturnas. Os daré su dirección. Vigíladlo a cierta distancia y seguidlo si sale. Simplemente no os acerquéis demasiado. ¿Entendido?

—Señor.

—Podrías tomaros esta tarde libre. Os necesito en forma y alerta..., podría ser una noche larga.

—Ya nos gustaría —respondió Casio. Y contó a Abascantio lo del padre de Simo.

La expresión intrigada del agente se llenó de humor cuando escuchó la defensa que había hecho Nura de Pablo de Samosata. Casio sentía curiosidad acerca de ese hombre. Había suscitado un gran odio del resto de la Iglesia y al tiempo una gran lealtad de sus seguidores. Sabía que Abascantio tendría algo que decir al respecto.

—Aun antes de que disfrutara del favor de la reina durante la ocupación, ya se hablaba de sus lazos con Palmira. Nunca me preocupó particularmente, pero recuerdo que ordené investigar sus asuntos. Desde luego, no es lo que uno entiende por un cristiano típico.

—Disculpa, señor —susurró Simo, y salió de la cocina.

Abascantio tomó una cucharada de sopa y señaló con la cabeza al galo que se iba.

—Son tan susceptibles como los judíos. Vi personalmente a Pablo varias veces en la ciudad. Siempre iba acompañado de un séquito de doncellas y aduladores. Hacía que las muchachas cantaran sus alabanzas antes de pronunciar un discurso. Algunas de ellas vivían con él. Vírgenes, al parecer. —Sonrió con suficiencia—. Quise averiguar algo de él por si podía necesitarlo más tarde. Mi hombre intentó que un par de esas fulanas le contara lo que realmente pasaba en esa gran villa, pero no soltaron prenda.

—Parece que es todo un personaje.

—También es un canalla atractivo. Viste como un príncipe. No puedes evitar preguntarte qué habría pensado de todo eso el sencillo hombre de Nazaret.

—Desde luego.

—Bueno, más vale que os pongáis ya en camino. Estarán levantando los puentes. Hay carreras esta tarde.

Abascantio tenía razón; les llevó casi una hora llegar a la isla. Tras una parada en un mercado para que Simo comprara comida, se dirigieron a la puerta de Berea y cruzaron el Orontes utilizando el más septentrional de los cinco puentes. Casio había oído decir que el hipódromo tenía cabida para cien mil espectadores, y parecía que cada uno de ellos estaba usando la misma ruta para llegar. Había una gran presencia

de sargentos municipales apostados en parejas o en grupos de tres en distintos puntos de las rutas principales, vigilando a los fanáticos alborotados que iban vestidos con los colores de sus equipos. Cuando los seguidores de los Rojos, los Verdes o los Azules se encontraban, volaban los insultos y estallaban pequeñas escaramuzas.

Casio detestaba las aglomeraciones de gente, y sintió un gran alivio cuando finalmente escaparon de las hordas, girando a la derecha desde el puente e internándose en la carretera casi desierta que rodeaba el extremo nororiental de la isla.

A su izquierda se alzaban los altos muros del palacio imperial y el hipódromo, eclipsando el resto de las estructuras cercanas. Sin embargo, el lado septentrional de la isla se asemejaba a una obra en construcción, con edificios en diversas fases de abandono e interminables pilas de cascotes. Simo señaló un edificio a la izquierda de la carretera. De tres pisos de altura y cien metros de largo, con grandes ventanales y puertas en forma de arco, en otro tiempo debió de ser una estructura imponente. Pero había sido abandonado: una sección se había derrumbado por completo y aquí y allá había boquetes en el ladrillo. Solo la torre adosada al lado derecho se veía en buen estado.

En esos momentos el convencionalismo entre amo y siervo había quedado olvidada, y el galo iba el primero, caminando a paso vivo hacia el edificio con una gran cesta de comida en el brazo. Conforme se acercaban a la torre y a los dos legionarios apoyados contra la pared exterior, Casio introdujo una mano en el morral y sacó la cabeza de la lanza. Los legionarios se irguieron.

Simo se detuvo para dejar pasar a Casio.

—Descansad —dijo Casio con naturalidad—. Córbulos, de Seguridad Imperial. Estoy aquí para interrogar a un hombre que está bajo vuestra custodia.

—Ya se ha hecho el interrogatorio, señor —respondió el mayor de los dos legionarios. Era un individuo rollizo y cuadrado, con la tripa de un hombre que pasaba demasiado tiempo montando guardia.

—Pues yo te digo lo contrario —replicó Casio en su tono más imperioso.

El legionario de más edad frunció el entrecejo y se volvió hacia su compañero.

—Se llevaron a unos cuantos la semana pasada. Y uno ha muerto, ¿no es cierto?

—Creo que sí —respondió el otro guardia.

—¿Cómo se llama el hombre? —le preguntó el de más edad.

Simo había palidecido visiblemente, pero consiguió hablar.

—Abito.

El guardia entró en el portal oscuro que conducía a la torre. Regresó con una tablilla encerada que recorrió con un dedo mientras leía. La espera se hizo interminable. Simo permaneció totalmente inmóvil, con los ojos clavados en el legionario.

—Está aquí.

Simo soltó un suspiro y miró hacia el cielo.

—Pero es uno de los cristianos —dijo el legionario—. ¿No quieres hablar con uno de los colaboracionistas?

—No —respondió Casio—. Con este tal Abito.

—¿Por qué?

—Recuerda tu rango. No estoy obligado a revelarte esta información. Ahora conducidnos dentro.

—Sé muy bien cuál es mi rango, señor. Soy optio y estoy a cargo de esta prisión. No pueden recibir visitas.

—De sus compañeros. ¿Acaso tengo aspecto de cristiano? Este hombre podría poseer información vital para el Servicio.

El optio miró la cesta de comida.

—Para soltarle la lengua, supongo.

Casio asintió.

—No puedes llevarla a las celdas. Casi no les dan de comer..., el olor a pan fresco los hará enloquecer.

—Buscadnos una habitación privada. Interrogaré a Abito en ella.

El optio titubeó visiblemente.

—No tengo todo el día —continuó Casio—. Si te hace sentir mejor, le pasaré una nota a tu superior hablándole de mi visita y absolviéndote de toda responsabilidad. ¿Cómo te llamas? ¿Y tu superior?

—Herminio. Y él es el tribuno Bonifacio.

—Ah, sí, lo conozco. Le haré llegar un mensaje dentro de una hora.

—Está bien, señor.

Dejando al otro guardia fuera, Herminio los dejó entrar en la torre y los hizo subir por la escalera de caracol. El interior se hallaba en mal estado: el suelo estaba cubierto de suciedad y polvo, y la pintura de las paredes se había desconchado. Dieron vueltas y vueltas a medida que subían, dejando atrás ventanucos con rejas. Casio calculó que se encontraban a unos dieciocho metros del suelo. Olieron la celda antes de verla; una nociva mezcla de orina y sudor rancio.

La parte superior de la torre había sido dividida en dos: habitaciones cerradas a la derecha y a la izquierda una celda solitaria, un espacio semicircular rodeado del suelo al techo de barras de hierro. Simo se precipitó hacia adelante para echar un vistazo a los ocupantes. Casio se adelantó sutilmente y señaló con la cabeza las habitaciones.

—¿Podemos utilizar una?

Herminio se dirigió a la segunda habitación y abrió la puerta. Casio alcanzó a ver una mesa y sillas en el interior.

—Bien. —Se volvió hacia Simo—. Lleva allí la comida.

Simo titubeó, pero hizo lo que se le pedía. Herminio condujo a Casio y a Indavara a través de los otros guardias en dirección a la celda. Allí el olor era aún más hediondo, y cuando Casio vio las condiciones en que se hallaban los presos, entendió por qué. Había al menos treinta de ellos, todos sentados o acostados, sin afeitar y tan

sucios como mugrienta estaba la ropa que llevaban. Casio se preguntaba qué utilizaban como letrina cuando descubrió un hoyo debajo de la gran ventana con rejas del fondo de la celda. Junto a él había un balde de agua.

Un hombre se levantó. Se acercó a los barrotes y miró con curiosidad a Casio y a Indavara. Parecía especialmente interesado en la cabeza de lanza que Casio tenía en las manos.

—Eres de la oficina del gobernador. ¿Ha tomado una decisión?

—Así es —dijo Herminio—. Van a soltarte.

Al hombre se le iluminaron los ojos de esperanza y aferró los barrotes.

—Te soltarán en la arena —continuó Herminio—, donde la multitud vitoreará mientras unos perros salvajes te desgarran, miembro por miembro.

Los otros guardias se rieron mientras Herminio daba una patada a los barrotes.

—¡Atrás, traidor! —Se volvió hacia Casio mientras el prisionero retrocedía cabizbajo—. Amante de los palmiranos. Espió al gobernador por la ramera de su reina.

Hizo un gesto a Casio para que lo siguiera.

—Tu cristiano está aquí.

Los hombres del lado derecho de la celda se encontraban en un estado mucho peor que los demás. Varios estaban acostados y no se movieron. Otros apenas lograron cobrar fuerzas para volverse y mirar a los visitantes. Cerca de los barrotes, dos hombres yacían sobre unas mantas finas y agujereadas. Uno era muy viejo, y estaba pálido y demacrado; parecía estar a las puertas de la muerte. El otro no tendría más de treinta años. Tenía el rostro mojado de sudor y divagaba en arameo, manoseando la manta. Entre ellos había un tercer hombre sentado con un paño húmedo en las manos.

—Nos alegramos cuando ese decidió dejar de comer —dijo Herminio, señalando con la cabeza al joven—. El muy cabrón nunca callaba. Creo que ese es Abito.

Por un instante desagradable Casio pensó que se refería al anciano, pero fue el tercer hombre quien alzó la vista. Casio vio inmediatamente que era el padre de Simo. Aunque era mucho más menudo, tenía el mismo cabello abundante de un color pizarra gris y los mismos ojos bondadosos. Se puso en pie.

—Este oficial necesita interrogarte —le dijo Herminio.

Uno de los guardias abrió la puerta del extremo derecho de la celda.

Abito miró a Casio, pero no dijo una palabra. En la frente tenía una desagradable herida rodeada de un moratón amarillo y púrpura. Caminó hasta la puerta y salió de la celda. Varios de los otros cristianos le hablaron.

—Fuerza, hermano.

—El Señor está contigo.

Herminio agarró a Abito bruscamente por el cuello y lo empujó hacia Casio.

—Es todo tuyo.

Casio cogió el brazo de Abito. Era delgado como el de un niño. Notó que el

hombre temblaba mientras lo conducía a la habitación. Al doblar la esquina le susurró:

—Soy amigo. He venido con tu hijo. No grites cuando lo veas.

Casio hizo entrar a Abito en la habitación e Indavara cerró rápidamente la puerta detrás de ellos.

Simo se abalanzó hacia su padre y lo abrazó sin darle siquiera la oportunidad de hablar. Casio e Indavara se retiraron cuando Abito estrechó la espalda ancha de su hijo.

—Mi muchacho. Mi hijo Simo.

Se echó a llorar, y las lágrimas le corrieron por la cara y cayeron en la túnica de su hijo. Al cabo de un rato Simo se separó y sujetó a su padre con el brazo extendido. Le besó una vez y examinó la herida que tenía en la cabeza.

—No es grave —dijo Abito.

Simo asintió.

—Dime que vas a comer algo.

—Con gusto.

El galo volvió a abrazar a su padre.

—Sabía que no te rendirías. Lo sabía.

—Se lo dije a los demás —anunció Abito, volviéndose hacia Casio e Indavara—. Mis hijos perdieron a su madre antes de que aprendieran a hablar. Siempre les prometí que no los dejaría solos.

Casio asintió, pero se llevó un dedo a la boca. Herminio o uno de los otros guardias podían estar detrás de la puerta escuchando. Indavara se volvió y se acercó a la ventana, y se quedó mirando el río meditabundo.

Simo señaló a Casio.

—Padre, este es mi amo. Casio Quintio Córbulos.

Abito se inclinó.

—Y este es Indavara, su guardaespaldas.

Abito se inclinó de nuevo, aunque Indavara siguió dándole la espalda.

Simo se acercó a la cesta y sacó pan, queso y una calabaza de agua.

—Siéntate, padre, siéntate —le dijo, sacando una silla.

Llegaban aplausos lejanos del hipódromo.

Simo extendió una tela sobre la mesa.

—¿Te dan de comer los guardias? —le preguntó Casio sentándose en la otra silla.

—No nos han dado nada en cinco días. Dijeron que era un desperdicio porque no queremos la comida.

—¿Todos los demás cristianos se han negado a comer?

—No todos. Otras tres personas y yo hemos intentado hacerles entrar en razón. Podríamos tener más posibilidades ahora que Albar está tan débil. Era el más resuelto.

Abito arrancó un pedazo de pan y se lo tragó. Luego cogió un trozo de queso.

—Despacio, padre —le aconsejó Simo.

—Debes mantener a tus semejantes con vida —continuó Casio—. Dejarlos morir solo le proporcionará al gobernador la solución más conveniente.

—Albar dijo que Gordio está bajo el poder de los demonios —respondió Abito—. Domno también.

Casio suspiró.

—Está bajo el poder del emperador. Esa es la razón por la que tuvo que actuar en contra de vuestro obispo. Estoy seguro de que no puede importarle menos Domno, Pablo o la escisión. Solo cumple con su deber... intentando mantener la paz.

Simo pasó a su padre la calabaza y se volvió hacia Casio.

—¿Crees que el amo Abascantio podría ayudar, señor?

—Aunque estuviera inclinado a hacerlo, cosa que dudo, no lo haría en un momento así.

—Entonces ¿qué podemos hacer?

Casio señaló al padre de Simo.

—Escribir una carta al obispo Domno jurando lealtad. Supongo que eso será suficiente.

Abito se irguió en su silla.

—No podemos, señor.

Casio meneó la cabeza y se volvió hacia Simo.

—¿Quieres ver morir aquí a tu padre? Habla con él.

Simo parecía estar a punto de hablar, pero se detuvo.

Casio golpeó la mesa con la mano y se puso en pie.

—Esta ridícula lealtad está fuera de lugar. —Se interrumpió, recordando que debía bajar la voz—. ¿Dónde está vuestropreciado Pablo ahora? ¿Dónde está cuando lo necesitáis?

Simo miró el suelo.

Abito sonrió.

—Vino a verme en un sueño. Me dijo...

—Ahórrate los detalles, por favor. —Casio se inclinó hacia el padre de Simo—. Es una decisión muy simple, Abito. ¿Qué es más importante para ti, tu fe o tu vida? Si es lo primero, no veo qué más puedo hacer.

Llegó otro clamor del hipódromo.

Casio dio unos golpecitos a Indavara en el hombro y señaló la puerta.

—Los dejaremos unos momentos a solas. Simo, piensa en lo que quieres decirle a tu padre. Puede que no vuelvas a tener otra oportunidad.

Indavara siguió a Casio hasta la puerta y la cerró detrás de ellos. Casio dobló de nuevo la esquina hacia donde Herminio esperaba con los otros guardias.

—¿Es cierto que no estáis dando de comer a los cristianos?

Herminio se encogió de hombros.

—¿Para qué, si no quieren la comida?

—¿Lo ha autorizado tu tribuno?

—No exactamente.

Casio clavó en él una mirada penetrante.

—No.

—Entonces da de comer a todos los hombres de esa celda. Si alguno no quiere la comida, otros la comerán. Y asegúrate de darles suficiente agua. Le mencionaré todo este asunto a Bonifacio. Asegúrate de hacer lo que te pido.

Herminio señaló a los cristianos con una sonrisa burlona.

—Hace dos semanas, al llegar las fiestas, les dimos más comida de la cuenta para que hicieran una ofrenda a Júpiter, pero nos la arrojaron. Me repugnan.

—Deberían arder en la hoguera, señor —agregó otro de los guardias—. Cada uno de ellos.

Casio retrocedió un paso y cuando habló se dirigió a los guardias en su conjunto.

—Haríais bien en recordar vuestra posición. No os corresponde a vosotros tomar decisiones que dependen de vuestros superiores.

Herminio asintió a regañadientes.

Casio se volvió hacia la celda.

—Esos hombres son unos fanáticos. Unos fanáticos idiotas y tercos, hay que reconocerlo, pero eso es todo lo que son. No son ladrones, ni asesinos, ni siquiera traidores. —Miró de nuevo a los guardias—. No lo olvidéis.

XXV

Casio estaba a punto de dormirse por tercera vez cuando Indavara le dio un fuerte codazo en las costillas. Se hallaban sentados en un banco entre dos arbustos en los jardines de un pequeño templo dedicado al dios de la montaña, Doliqueno. Casio había estado luchando por mantenerse despierto las dos horas de vigilancia frente a la casa de Octobriano, una villa sorprendentemente modesta que no quedaba muy lejos del puente de Adriano.

Miró al otro lado de la calle. Había aparecido un siervo con un farol. Oyeron girar la llave mientras este abría la puerta. Octobriano salió a la acera. Llevaba una larga capa con capucha y se la echó sobre la cabeza mientras se alejaba corriendo. Una vez más a Casio le impresionó el aspecto absolutamente anodino de ese hombre. Era menudo físicamente y su actitud no reflejaba el rango ni el poder que tenía en la ciudad.

Indavara saltó por encima del muro bajo y cayó sin hacer casi ruido a la calle. Casio hizo lo propio, sacudiendo la cabeza para tratar de despejarse. Vestía una túnica azul pálido ceñida con un cinturón no militar con hebilla de plata fina. Era una noche cálida y, sabiendo que tendrían que moverse rápido, no se había molestado en coger una capa o un manto. Él e Indavara iban armados solo con sus dagas.

Octobriano mantuvo un paso rápido. En el silencio de las calles las pisadas de Casio e Indavara parecían resonar con fuerza, por lo que mantuvieron las distancias. Casio de pronto comprendió que el procurador se dirigía al Orontes. A medida que se acercaban al río, la calidad de las viviendas disminuía, así como el ancho de las calles. En cierto momento pasaron junto a dos individuos de aspecto sospechoso que se escabulleron por un callejón. Indavara se llevó la mano a la daga y se aseguró de colocarse entre ellos y Casio, pero los hombres se quedaron en las sombras.

Finalmente llegaron a una calle que se curvaba hacia la izquierda y corría paralela al río. Al acercarse el procurador a la curva, una sombra oscura pareció levantarse del muro que había junto a él. Oyeron una voz. La voz de una mujer. Octobriano trató de apartarse, pero ella parecía tenerlo agarrado. Intentando zafarse, él se volvió para mirar.

—Sigue andando —le ordenó Casio a Indavara, esperando que el procurador escapara antes de que ellos lo alcanzaran.

La mujer le pedía dinero. Octobriano se llevó la mano a la bolsa y le dio una moneda. Ella lo soltó y él se apresuró a desaparecer por la esquina.

Casio e Indavara intercambiaron una mirada de alivio. Se mantuvieron a la derecha —bien lejos de la mendiga— cuando la calle desembocó en una amplia plaza separada del río por un muro bajo. Más allá del muro había un embarcadero de madera donde había pequeñas lanchas y botes de remos amarrados. En la otra orilla

del río había varias barcazas ancladas al borde de un gran pantano. Soplaban una fuerte brisa que agitó las velas y las cuerdas, y los barcos rebotaron contra sus amarres.

Aquí y allá había pequeños grupos de hombres sentados en los barcos o de pie en el embarcadero. La luna iluminaba lo suficiente para ver por dónde iban y se reflejaba en el vidrio de las botellas que algunos de ellos tenían en las manos. Otros seguían trabajando con afán, bajando barriles de los botes y llevándolos a la plaza.

Casio e Indavara se detuvieron junto al muro y siguieron vigilando a Octobriano, que avanzaba con paso resuelto hacia el otro extremo de la plaza, con el rostro oculto bajo la capucha. Había por lo menos diez establecimientos distintos en el paseo marítimo. Casio sabía que serían tabernas, burdeles o ambas cosas. Llegaban canciones, risas y murmullos de conversación procedentes de las ventanas.

El procurador saludó con la cabeza a un portero antes de entrar apresuradamente en un edificio de dos pisos con un llamativo símbolo sobre la puerta; el falo erecto tenía por lo menos medio metro de altura. Casio sonrió con expresión enigmática mientras se volvía hacia Indavara.

—Siempre los discretos, ¿eh?

—¿Cómo dices?

—¿Ves la imagen que hay debajo de la lámpara?

—Ah.

—Un antro de lobs. ¿Has probado las delicias de un lugar así?

—No.

—Bueno, gracias a mi tío yo sí. Así que haz lo mismo que yo.

—¿Por qué tenemos que entrar? Está claro para qué ha venido aquí.

—Es cierto. Pero esta clase de establecimiento a menudo sirve también de lugar de reunión. De todos modos, ¿por qué eres tan reacio? ¿No te pondrá nervioso la perspectiva de todas esas jóvenes bien dispuestas?

—No.

—Si alguien pregunta, seguiré con que soy el inversor recio Casio Oranio y demás..., pero procuremos tener la boca cerrada y los ojos bien abiertos.

—¿Vas a tomar a una chica?

Casio se encogió de hombros.

—Puede que tenga que permitírmelo para que no parezca que estoy fuera de lugar. En virtud del deber, por supuesto.

—¿Qué vais a querer esta noche, señores? —les preguntó la mujer que atendía el mostrador.

La brusquedad de la pregunta sorprendió a Casio.

—Hummm...

Indavara y él se encontraban en la pequeña sala de recepción que había en la parte delantera del burdel, vigilado por dos porteros armados con bastones. La mujer —que

era lo bastante entrada en años para ser abuela y no ocultaba particularmente bien el hecho— señaló con la cabeza la primera de las dos cestas tejidas que había sobre el mostrador. Dentro había fichas cuadradas hechas de corteza con unos dibujos sórdidos.

—Tenéis que comprar una ficha cada uno como mínimo y dársela a la joven cuando la hayáis escogido. Eso os da para una hora. Lo que hagáis con ella depende de vosotros. Por mí, podéis recitarle poesías. —Señaló la segunda cesta—. Estas fichas son especiales, para... gustos específicos.

—Tal vez en otro momento. Solo dos fichas normales, por favor.

—Ocho denarios.

Casio pagó.

—Es bastante caro, ¿no?

—Tenemos a las mejores chicas de Antioquía.

La anfitriona se acercó a una gruesa cortina roja y la apartó. Más allá había un estrecho pasillo iluminado por lámparas de pared.

—Que lo paséis bien.

Casio se volvió hacia Indavara mientras recorrían el pasillo.

—¿Qué querías que hiciera?

Indavara se encogió de hombros.

Casio le tendió una ficha.

—Quédatelas tú —respondió Indavara.

—De ningún modo. Tómala y haz con ella lo que quieras.

Indavara la guardó a regañadientes.

Casio se detuvo al llegar al final del pasillo, donde colgaba otra cortina roja.

—Ahora escúchame bien. Estamos vigilándolo, pero nadie tiene que enterarse. Actúa con naturalidad.

Casio apartó la cortina y se encontraron en una estancia grande y oscura. Para evitar el desagradable humo de las lámparas de aceite, el espacio estaba iluminado por velas que ardían en candelabros estratégicamente colocados. Alrededor de las paredes había mesas, sillas, sofás y cojines en el suelo. En medio de la habitación había otra estatua de la diosa Tique. Las velas de alrededor iluminaban el bronce bruñido de la estatua, dando la impresión de que las piernas de la diosa estaban envueltas en llamas. Era difícil saber cuántas personas había en la habitación. La mayoría de los hombres estaban sentados o recostados.

Una muchacha se acercó con una bandeja llena de vasos; sus ojos perfilados con kohl centelleaban en la oscuridad. Iba descalza y vestía una túnica que le ceñía la figura, y les dedicó una sonrisa seductora al pasar.

Casio dio un codazo a Indavara.

—Y solo son las mozas de mesa.

Una mujer de más edad salió de la oscuridad.

—Bienvenidos. ¿Dónde queréis sentaros?

Casio se encogió de hombros.

—En algún lugar donde se vea todo bien.

—Seguidme.

Los condujo por el borde de la habitación. Aunque buscaba a Octobriano con la mirada, Casio se cuidó de no prestar demasiada atención a nadie; no debían de verse muchos forasteros por allí. La mujer encontró una mesa pegada a la pared. Indavara se sentó mirando la entrada y Casio lo hizo frente a él.

—¿Y qué queréis beber?

—Mitad y mitad. Algo decente.

—Muy bien, señor. ¿Os gustaría ver a algunas chicas?

—Aún no.

Mientras la mujer se alejaba, Casio se volvió. En el otro extremo de la habitación había dos pasillos, uno en cada esquina. Del pasillo de la derecha salió un cliente abrochándose el cinturón.

Se oyó un grito agudo y un hombre corpulento pasó por delante de ellos llevando al hombro a una muchacha. Ella tiraba de la túnica, intentando desesperadamente bajársela, pero sus bamboleantes nalgas estaban a la vista de todos. Los acompañantes del hombre vitorearon y aplaudieron.

—Creo que te estás sonrojando, Indavara —observó Casio.

—Es la luz de las velas.

—Ah, claro. Quédate aquí. Iré a echar un vistazo.

Pasando por alto la expresión de pánico del guardaespaldas, Casio se dirigió al fondo de la habitación. Pasó junto a un grupo de hombres recostados sobre cojines. Entre ellos había tres muchachas con al menos una mano masculina en una parte íntima de su cuerpo. Ninguno de los hombres era Octobriano. Una cuarta joven estaba sentada de rodillas en una silla, con los brazos cruzados sobre el respaldo y la barbilla apoyada en las manos.

—Disculpa —dijo Casio, inclinándose hacia ella—, ¿dónde está el aseo de hombres?

—Sigue todo recto hasta el fondo.

Casio dejó atrás otros dos grupos de hombres antes de llegar al pasillo de la izquierda. Seguía sin haber señales de Octobriano. A cada lado del pasillo había pequeñas habitaciones privadas. Todas las puertas estaban cerradas menos una. Casio atisbó en el interior. Dos jóvenes salieron de las sombras y, tomándole cada una de un brazo, lo condujeron dentro.

—Hola, guapo —dijo una.

Las dos vestían diáfanos túnicas de algodón ceñidas con una sarta de cuentas de múltiples colores. Casio decidió rápidamente que sus atributos eran más o menos equiparables, pero una era bella de rostro mientras la otra lo era de cuerpo.

—¿Quieres pasar un buen rato? —le preguntó la segunda, tan cerca que le rozó el hombro con el cabello.

—Eso siempre. —Pero Casio decidió que debía localizar primero a Octobriano—. Aunque en realidad estoy buscando a mi amigo. Un tipo menudo y más bien reservado. Ha entrado poco antes que yo.

La joven más bella habló.

—Creo que suele irse con Helena...

La otra muchacha le pegó con delicadeza en el brazo y chasqueó con la lengua, y su amiga se llevó una mano a la boca.

—No debemos hablar de los clientes —le explicó la joven voluptuosa.

Casio apartó con esfuerzo la vista de las tirantes líneas de algodón que había entre sus grandes senos.

—Por supuesto. Y con razón. Puede que vuelva dentro de un rato.

Les plantó un beso a cada una en la mano y continuó recorriendo el pasillo.

—Antioquía —murmuró para sí, meneando la cabeza.

Como era cierto que necesitaba utilizar la letrina (y bien podía averiguar algo allí), abrió de un empujón la puerta de madera y entró. Había un solo ocupante en el interior, un hombre corpulento sentado en el banco. Como aún no habían llegado las lluvias, no corría agua por debajo para llevarse los desechos, pero la letrina estaba al menos bien perfumada.

—Buenas noches —lo saludó el hombre alegremente.

—Buenas noches.

Casio pasó junto al banco, se detuvo sobre el canal y se subió la túnica. Mientras hacía sus necesidades, el hombre se dirigió de nuevo a él.

—Disfruta de la juventud, joven, que a partir de los treinta años todo va de mal en peor.

—¿En serio?

—Llevo media hora aquí. Siempre me pasa lo mismo últimamente. Media hora dos veces al día es mucho tiempo perdido.

—Supongo que sí. Dime, amigo, ¿sabes si Helena trabaja esta noche?

—No la he visto. Aunque creo que suele utilizar las habitaciones del otro lado.

—Gracias. Iré a verlo. Espero que puedas escapar pronto.

El hombre asintió compungido mientras Casio salía.

Después de realizar algunas indagaciones sutiles en el otro pasillo, Casio estableció que Helena estaba efectivamente acompañada y era improbable que quedara libre en las próximas horas. Al no ver señales del procurador en el otro extremo de la habitación, llegó a la conclusión de que Octobriano estaba ocupado.

A Indavara lo habían rodeado tres muchachas. Una de ellas le suplicaba que flexionara el bíceps. Sin saber que Casio estaba detrás de él, el guardaespaldas la complació. Cada una de las jóvenes se turnaron en tocarle el brazo y él tardó un rato en darse cuenta de que lo observaban. Casio sonrió mientras se sentaba. Indavara

apartó los brazos y sacudió la cabeza irritado mientras otra de las chicas le toqueteaba el cabello.

—¿Podéis dejarnos un momento, chicas? —les pidió Casio.

Las jóvenes lo complacieron a regañadientes, y cada una se despidió de Indavara con una caricia en el cuello.

—¿Ya has elegido una? —le preguntó Casio.

Antes de que Indavara pudiera responder, uno de los porteros pasó con un candelabro y lo dejó en medio de la habitación. Una sirvienta se acercó corriendo a encender las velas y se unió a ella otra con una flauta. Algunos de los hombres dejaron su asiento y se apiñaron alrededor. A continuación una joven escultural se abrió paso con gracilidad a través del corro formado por los hombres. Se quitó el manto y se lo lanzó a la sirvienta. Debajo llevaba solo un delgado cinturón del que colgaban pequeñas cadenas. Tenía los pezones cubiertos de pintura de plata. La flautista se puso a tocar y la muchacha se balanceó con la música. Los hombres observaron en un silencio lujurioso.

Casio reconoció un par de rostros de la Casa de los Delfines, entre ellos la inconfundible y recién llegada figura del magistrado Quarto, que eclipsó a los hombres situados a cada lado de él. Casio le indicó a Indavara por señas que era hora de esconderse. Difícilmente podía calificarse de desastre que el magistrado los viera allí, pero era preferible que pasaran inadvertidos.

—¿Y bien? ¿Con cuál de ellas te quedas?

Indavara se encogió de hombros.

—¿No son de su gusto? «Cuando las velas se apagan, todas las mujeres son bellas», dijo Plutarco. Sabias palabras.

—No es eso. Son bonitas. Todas lo son.

—No me digas que es tu primera vez. ¿Qué hay de cuando eras gladiador?

Indavara prefirió beber a responder.

—Bueno —continuó Casio—, yo voy a gastar mi ficha. Tenemos que acabar antes de que Octobriano salga, así que, si tienes intención de hacer lo mismo, te sugiero que te des prisa.

Mientras Casio se levantaba, Indavara le asió la muñeca.

—Espera.

Casio le apartó la mano.

—Lo siento —continuó Indavara—. Es que...

Suspiró y se apartó el pelo del rostro con una mano. Casio se sentó de nuevo.

—Hubo mujeres. Pero todo era tan... precipitado. Nunca sabía cuándo vendrían. O quién vendría. Y luego desaparecían. Nunca tuve oportunidad...

—¿... de mejorar?

Indavara se encogió de hombros.

Casio lo rechazó con un ademán.

—Eso es natural. Requiere práctica..., como todo. Escucha, estas chicas son

profesionales. Estás en buenas manos. De todos modos, no te sientas obligado a ir hasta el final. Yo no lo haré. Por diosas que parezcan, pueden ser portadoras de todo tipo de enfermedades. Mi primo se llevó un susto terrible cuando... En fin, quizá es mejor no hablar de eso. Deja que lo ponga de esta manera. No hay necesidad de desenfundar la espada, pero eso no significa que no se pueda tocar la hoja. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Indavara asintió.

Casio se levantó de nuevo y se inclinó hacia él.

—No tardes mucho en elegir o las jóvenes a las que rechaces se enfadarán. Y no te olvides de disfrutar.

Casio aún no había tomado ninguna decisión, por lo que cuando llegó a la habitación y encontró a la joven voluptuosa sola, no le molestó demasiado. Estaba sentada delante de una lámpara, examinándose el rostro en un espejo. Casio sostuvo la ficha en alto. Ella sonrió y se acercó a él, y lo condujo de nuevo por el pasillo hasta otra habitación. En cuanto Casio entró ella se volvió y cerró la puerta con llave. La habitación era pequeña, y la mitad del espacio estaba ocupado por una gran cama cubierta de sábanas de algodón fino. Los otros dos elementos decorativos eran una alfombra de aspecto oriental y una mesa hexagonal de madera. Sobre la mesa había toallas limpias y una gran palangana llena de agua. Mientras la muchacha encendía una lámpara junto a la cama, Casio se agachó, se desató las botas y se las quitó. Ella lo condujo entonces a la mesa. Le sumergió las manos en el agua perfumada y comenzó a lavárselas. Él bajó la vista hacia ella y pensó que quizá la había juzgado con excesiva dureza. Su rostro era demasiado redondo para ser perfecto, pero era indudablemente hermosa, con unos labios gruesos y grandes ojos castaños. Ella lo miró y sonrió. Había terminado de lavarlo y ahora le examinaba los dedos.

—Te cuidan bien.

—Mi asistente.

—¿Atiende todas tus necesidades? —le preguntó ella con una sonrisa provocadora.

—No. Para eso necesito a una mujer. ¿Cómo te llamas?

—Atenea.

—¿Es tu verdadero nombre?

—¿Importa? —respondió ella, desabrochándole el cinturón.

Casio se encogió de hombros mientras ella lo dejaba sobre la mesa.

—¿Y tu nombre, señor?

—Casio.

Atenea le deslizó un dedo por el pecho.

—Bueno, Casio. ¿Qué vamos a hacer esta noche?

—Te lo diré. Te diré exactamente qué hacer y cuándo hacerlo. Puedes empezar

ayudándome a desnudarme.

Casio se echó hacia adelante. Atenea asió la túnica y se la quitó por la cabeza, dejándolo solo en taparrabos. Siempre usaba ropa interior si existía un riesgo de tener a mujeres atractivas cerca, para evitar protuberancias embarazosas debajo de la túnica. Atenea le quitó el taparrabos y lo dejó caer sobre la mesa con una sonrisa.

—Ahora ve y siéntate en el otro extremo de la cama —le ordenó Casio.

—¿Me quito la túnica?

—¿Te lo he pedido?

Atenea sonrió. Mientras se alejaba de él, Casio clavó la vista en la tela transparente que le ceñía el trasero. Esperó a que se sentara en la cama para reunirse con ella. Se tendió y colocó las almohadas hasta que estuvo cómodo.

—Ahora ven y siéntate sobre mi pecho.

Atenea se subió a la cama y se colocó a horcajadas sobre él. Se apartó del rostro la oscura cabellera.

—Bájate la túnica.

Atenea se la aflojó y se la bajó por los hombros, primero uno y luego el otro.

—Más.

Ahora la túnica describía una línea entre sus senos.

—Muy despacio.

Casio observó cómo descendía por su escote.

—Basta.

Alargó las manos y asió la tela con ambas manos, y la deslizó hacia abajo, dejando al descubierto el par de senos más hermosos y turgentes que había visto jamás.

—Ah, Antioquía.

Indavara volvió a la mesa poco después que Casio. Se desplomó en la silla con una botella de vino en la mano. Estaba casi vacía. Parecía más relajado y más a gusto consigo mismo de como lo había visto nunca.

—No hace falta preguntar, pero ¿qué tal ha ido?

Indavara meneó la cabeza y sonrió.

—Es tan encantadora... Tiene la piel tan suave...

Mientras hablaba, dos grupos de hombres que a Casio le había parecido que iban por separado se levantaron juntos y se dirigieron al fondo de la sala. Además del magistrado Quarto, debía de haber otros muchos. Desfilaron por el pasillo derecho, moviéndose deprisa y en silencio, como movidos por una extraña determinación.

Indavara miraba al vacío. Tomó un generoso trago de la botella de vino.

—¿Estás borracho?

El tiempo que tardó el guardaespaldas en enfocar los ojos de nuevo bastó para confirmárselo.

—No. Solo..., la piel de ella es...

—Sí, sí, muy suave. Ya te he oído la primera vez. —Casio cogió la botella de vino y la dejó en el otro extremo de la mesa—. Ya has bebido suficiente.

Indavara señaló con la cabeza el fondo de la sala.

—Allí está Octobriano.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Casio sin volverse.

—Estaba besando a una chica. Ahora viene hacia aquí. Creo que se va.

—Entonces intenta recuperarte, guardaespaldas, porque dentro de nada nosotros también nos iremos.

XXVI

Cuando salieron a la calle, Octobriano había desaparecido. Corrieron hasta la esquina. El procurador estaba ahí, a unos treinta metros de distancia, regresando rápidamente por donde había venido. Mientras lo seguían, Indavara dio un traspie.

Casio chasqueó la lengua.

—No me digas que voy a tener que enseñarte a beber.

—Estoy bien.

Octobriano dobló otra esquina. Ellos apretaron el paso, y casi habían llegado a ella cuando apareció un gran grupo de hombres más adelante en la oscuridad. Casio vio varias figuras bien vestidas y muchos asistentes y guardaespaldas detrás de ellas. Al igual que los hombres del burdel, también estaban demasiado silenciosos y parecían concentrados en llegar rápidamente a su destino.

Casio se metió en un callejón.

—Rápido. Por aquí.

—¿Qué estás...?

—Calla.

Se arrodilló mirando hacia la calle y se desató los cordones de una de las botas. Volvía a atárselos cuando el grupo pasó por su lado y tuvo oportunidad de echarles una buena mirada. Vio al enorme guardaespaldas africano de Ulpiano y al general en persona. Ninguno vestía ropa militar. Un par de guardaespaldas echaron una ojeada a Casio e Indavara, pero guardaron silencio. El grupo giró a la izquierda en una calle lateral que había detrás de la plaza.

—¿Era...?

—Sí. Ulpiano y tu amigo negro.

—Tenemos que darnos prisa... Octobriano.

—Lo más probable es que se vaya a casa. Me interesa más averiguar adónde se dirigen Ulpiano y sus amigos con tanta determinación a estas horas de la noche. Vamos. —Lo precedió por la calle lateral.

Los hombres acababan de llegar a la parte trasera del burdel, donde ya se había congregado el grupo del interior. Tras unos saludos susurrados, los veinte o más que componían el grupo partieron juntos.

—Qué curioso —murmuró Casio.

Indavara y él tuvieron que moverse con cuidado para seguirlos; contaban solo con la luz de la luna para iluminar el camino y en la calle había todo tipo de escombros que evitar. Casio se aseguró de que guardaban las distancias. Si los descubrían siguiendo al grupo de Ulpiano las consecuencias serían graves tanto para él como para Abascantio y la investigación.

Afortunadamente, no hubo que ir muy lejos. Tras cruzar dos calles más que

corrían paralelas al río, los hombres se detuvieron junto a la verja de una villa de muros altos. Casio e Indavara se acercaron todo lo que se atrevieron y se detuvieron a escuchar. Oyeron el sonido de una campana y a continuación unos murmullos. Un farol iluminó la puerta y los rostros de los veintiséis hombres que Casio había contado en el interior. El portador del farol salió a la calle y echó un vistazo antes de reunirse con los demás, cerrando la puerta con llave detrás de él.

—Es realmente curioso —dijo Casio—. Rodearemos los muros.

El lado izquierdo de la villa se extendía a lo largo de la calle que acababan de cruzar. Empezaron el ascenso de la suave cuesta y a unos doce metros a lo largo del muro encontraron una segunda verja. Siguieron andando hasta que llegaron a otra gran villa amurallada. A diferencia del primer edificio, estaba flanqueada por una hilera de álamos altos.

Oyeron carcajadas a sus espaldas, y al volverse vieron a dos hombres salir de un callejón. Las risas se apagaron rápidamente mientras los hombres cruzaban con prisas la calle en dirección a la verja.

Casio tiró de la túnica de Indavara y señaló los árboles. Se agacharon a través de las ramas rígidas y las suaves hojas para cubrirse. Casio retrocedió cuesta abajo rodeando con cuidado cada árbol. Indavara lo seguía, y justo cuando llegaron al último álamo, apareció una luz. Las sombras alargadas de los dos recién llegados se extendían a través de la calle.

—Cantad el número —ordenó una voz impasible desde el otro lado de la verja.

—Siete, seis, nueve, uno, tres, cinco.

—Pasad.

Las sombras desaparecieron, y a continuación lo hizo la luz. La verja se cerró con un sonido metálico. Indavara ya estaba susurrando para sí el número.

—Relájate —le dijo Casio en voz baja—. Yo lo tengo.

Regresaron de puntillas a la calle.

—Entonces... ¿vamos a entrar? —le preguntó Indavara.

—No podemos arriesgarnos.

—Pero sabemos el código. Ni siquiera les han preguntado el nombre.

—Tal vez conocen sus caras. Sea lo que sea lo que se está cocinando allí dentro, dudo que reciban bien a los invitados sorpresa.

—Yo puedo encargarme de los guardias.

—Estoy seguro. Pero luego, ¿qué? ¿Nos acercamos a la puerta principal y les preguntamos qué están haciendo? Además, tendremos que salir.

—Intentémoslo al menos —continuó Indavara—. No habrías caminado hasta aquí si no quisieras saber lo que está pasando.

—Te veo muy aventurero. Creo que todavía estás borracho.

—No es cierto.

—¿Y si entramos y algo sale mal? No podrás usar la daga.

Indavara levantó los puños.

—Está bien, pero escucha: si entramos allí, es para averiguar qué está tramando ese grupo, no para que te entrenes en romper cabezas. ¿Entendido?

Indavara asintió.

—Deja que hable yo. Si nos metemos en un lío..., haz lo que sabes hacer.

Al llegar a la verja, Casio miró a través de las rejas y vio una luz tenue detrás de unos árboles. En un hueco junto a la verja había una pequeña campana colgada de una cadena. La tocó. Indavara se colocó a su lado, pero Casio le indicó con un gesto que retrocediera.

Un hombre con un farol se abría paso a través de los árboles seguido por otro. Se detuvieron cerca de la puerta y examinaron a los recién llegados. Era evidente que ambos habían sido escogidos con la intención de intimidar; eran hombres corpulentos de un metro ochenta, cabello corto y poca barba. Incluso sin los tatuajes de la centuria en los antebrazos, Casio los habría reconocido como exlegionarios.

—Cantad el número.

—Siete, seis, nueve, uno, tres, cinco.

Uno de los guardias sacó una llave y la introdujo en la cerradura de la verja. Mientras abría el otro hombre, que era mayor que él, le susurró algo. El guardia de la llave se detuvo con la puerta entreabierta.

—¿Es incorrecto? —le preguntó Casio.

—No —respondió el joven.

—Tal vez tenéis dudas porque no me habéis visto nunca por aquí.

Los guardias guardaron silencio.

—Mi tío creyó que sería suficiente con el número. Pensaba que aquí no se daban los nombres por regla general. Bueno, estoy dispuesto a hacer una excepción, ya que es mi primera vez. Tito Rufo Ulpiano. ¿Os ayuda eso?

Los guardias se miraron. El más entrado en años se encogió de hombros y asintió. El joven abrió la verja y se hizo a un lado. Casio entró primero.

—Gracias.

Las ramas de los árboles formaban una barrera natural que impedía ver la villa desde la calle. Los guardias cerraron la puerta y apartaron las ramas para que Casio e Indavara pudieran pasar.

—Por allí está la puerta principal, señor —dijo el guardia mayor, señalando un sendero enlosado que se extendía a través de la explanada de hierba hasta la parte delantera de la villa.

Casio echó a andar primero con paso resuelto, mirando las luces tenues del interior de la villa que tenía a su izquierda. Solo cuando la oscuridad los engulló de nuevo, se salió del camino y se dirigió a una esquina del edificio. La puerta principal se encontraba a unos nueve metros de distancia y otros dos guardias merodeaban a la luz de un potente farol.

Casio se apoyó contra la pared.

—No puedo creer que se hayan tragado esa patraña.

—¿Y ahora qué?

—No podemos acercarnos a la parte delantera. Volveremos sobre nuestros pasos y probaremos a llegar por el otro lado. Despacio y con cuidado.

Casio se puso a cuatro patas y empezó a gatear por debajo de las ventanas a través de la maleza seca y espinosa. No volvieron a saber nada de los guardias de la verja ni oyeron nada del interior de la villa, y enseguida llegaron a la parte trasera del edificio. Casio se puso en pie, se limpió las manos en la túnica y se asomó por la esquina. Sobre una puerta en forma de arco colgaba de un gancho un solo farol encendido. Justo delante había una pequeña caseta exterior con una endeble puerta de madera asegurada con una cadena.

Casio se deslizó a lo largo de la pared de ladrillo. Debajo del farol había una placa en la que se leía: «Cofradía de los Hijos de Antioquía».

—¿Qué pone? —le susurró Indavara.

—Calla.

Manteniéndose bien alejado del farol, Casio pasó por delante de la puerta en dirección al otro extremo de la villa. No había señales de más guardias ni de otra entrada. Cubierto por la oscuridad, se abrió paso a través de la hierba hasta que tuvo una buena perspectiva del edificio y se volvió. Indavara lo alcanzó y permanecieron en silencio viendo lo que ocurría en el interior.

De las ocho ventanas, solo las cinco primeras estaban iluminadas. La mitad delantera de la villa parecía estar compuesta de una sola estancia con muy pocos muebles y escasa decoración. La puerta principal se cerró con un ruido metálico y entraron más hombres. Los siervos recogieron mantos y capas. Casio examinó los rostros. Hubo pocos saludos y aun menos sonrisas.

—¿Qué ponía en ese letrero? —le preguntó Indavara.

—Es una cofradía. ¿Recuerdas el grupo de la posada del río? Una especie de asociación de hombres del mismo oficio. Pero esta es de los Hijos de Antioquía. Algo bastante vago.

—¿Qué quieres decir?

Casio no respondió. Se dio cuenta de que los siervos no se limitaban a recoger mantos; también repartían otros. Más allá de las ventanas oscuras aparecieron luces. Los hombres se congregaron y siguieron a dos siervos hacia la parte trasera de la villa, dejando a los guardaespaldas y ayudantes en la amplia sala de recepción. Los hombres pasaron con prisas por delante de la sexta ventana, pero no aparecieron de nuevo en la séptima.

—¿Adónde se han ido? —susurró Indavara.

—Es un edificio de un solo piso, así que no es desatinado suponer que están abajo.

—¿Te refieres al sótano?

—Los Hijos de Antioquía son un grupo realmente interesante. Ven conmigo, echaremos un vistazo a la caseta. Sale una pequeña luz de ella.

Manteniéndose lejos de las ventanas y del farol, caminaron a través de la alta maleza hasta llegar a la puerta de la caseta. Al mirar más de cerca, vieron que la cadena solo estaba enrollada alrededor del picaporte. Casio miró hacia la puerta lateral.

—Tal vez deberíamos marcharnos.

—Suscitará sospechas —respondió Indavara—. Acabamos de llegar.

—Está bien. Retírala.

Indavara se acercó a la cadena, pero, pese al cuidado con que la desenrolló, Casio se estremeció con cada tintineo metálico. Una vez que la retiró del todo, Indavara abrió la puerta. En el interior no había más que una escalera de piedra oscura que descendía en ángulo recto respecto a la puerta y a continuación giraba hacia la villa. Le llegó una ráfaga de aire frío que a Casio le recordó la mina.

Indavara se llevó la mano a la daga.

—Yo iré primero.

—No, lo haré yo. Y si pasa algo..., echaremos a correr.

—¿Y los guardias?

—Somos nosotros los que estamos allanando una morada. Te lo repito, nada de armas.

Casio entró en la caseta y emprendió el descenso. Doce de los peldaños estrechos y resbaladizos lo llevaron a la curva y allí se detuvo. Acucillándose, se asomó por la esquina. Más allá del último peldaño había un pasadizo estrecho que conducía a un pasillo más amplio. De la pared colgaba una antorcha encendida. Casio siguió bajando hasta el final. Una vez allí alcanzó a oír a unos hombres moverse. Alguien comenzó a hablar, pero las palabras eran poco claras. Indavara apareció por las escaleras. Apenas había suficiente espacio para que los dos permanecieran uno al lado del otro.

Casio avanzó lentamente por el corto pasadizo hasta que pudo ver algo a lo largo del corredor. A su izquierda había un nicho lleno de leña. A su derecha dos puertas más, una frente a otra. Una conducía a una pequeña antesala situada a la derecha. A la izquierda había una cámara de dimensiones inesperadamente grandes donde se encontraban cuatro hombres. Estaban ahí parados mirando hacia el otro extremo de la cámara. Todos tenían en la mano unas pequeñas lanzas de unos quince centímetros de longitud.

Indavara se detuvo detrás de él y se apretujaron contra la pared junto a la antorcha. Miraron hacia la antesala y vieron una mesa cubierta de tazones, platos y cuencos de madera ornamentados con serpientes y pájaros talladas en ellas.

—¿Qué es este lugar? —susurró Indavara.

Casio no respondió, aunque ya tenía una idea bastante exacta de dónde se encontraba. De la gran cámara llegaba un fragante olor a madera. Más murmullos, y oyó a los cuatro hombres moverse hacia el otro extremo. Se acercó a la puerta y atisbó por la esquina. Los hombres caminaban por un pasillo central entre tres hileras

de bancos. La cámara era enorme; tenía por lo menos veinte metros de largo y seis de ancho. A cada lado había tarimas cubiertas de cojines. Las paredes y el techo abovedado parecían de roca, aunque las paredes exteriores de la cámara eran de tierra compacta. Casio decidió que debía de haber algún tipo de revestimiento de yeso que creaba la ilusión de roca. Unos braseros encendidos iluminaban las estrellas amarillas pintadas en las paredes y el techo pintado de azul celeste. El otro extremo de la cámara estaba más intensamente iluminado; y allí se encontraban todos los hombres, al menos una treintena, de pie en pulcras filas frente a una plataforma elevada con escalerillas a ambos lados. Casio reconoció los principales atributos de la gran escultura que había sobre el altar central; una figura envuelta en un manto y apoyada en el flanco de un toro, que echaba la cabeza hacia atrás mientras él le cortaba el cuello con un cuchillo. Se volvió hacia Indavara y habló en un susurro.

—Seguidores de un culto..., adoradores de Mitra.

—Conozco el nombre.

—Es una religión envuelta en misterio. Secreta.

Casio se volvió de nuevo y vio que había aparecido un hombre junto al altar. Sostuvo algo en alto y se puso a cantar.

—Ven, ahora podemos acercarnos más.

Indavara parecía menos interesado en entrar en la cámara.

—¿Qué es ese ruido? ¿Qué están haciendo?

—No lo sé..., muchos ropajes, palabras cifradas y otras tonterías; mi tío la abrazó durante un tiempo. Nada que temer. Pero necesito ver quién hay aquí.

Una vez que se cercioró de que todos los hombres miraban al frente, Casio se arrastró más allá de la puerta hasta que se vio envuelto en profundas sombras detrás de uno de los bancos. Indavara lo siguió, mirando con ojos como platos el otro extremo de la cámara. Casio se incorporó y examinó la figura junto al altar. El hombre levantó la mano una vez más y Casio se dio cuenta de que tenía un látigo largo.

—Bienvenidos, soldados. A continuación, yo, el Corredor del Sol, llamaré a los leones para que nuestra noble fraternidad aquí reunida pueda esperar al Padre conjuntamente.

Casio reconoció una voz que había oído muchos días atrás; y un segundo vistazo a los abundantes rizos negros, el rostro redondo y la figura corpulenta que la acompañaban le confirmó que el Corredor del Sol era nada menos que Kaeso Escauro. Este hizo restallar el látigo contra la tarima.

—¡Venid, leones!

Con esas palabras unos hombres envueltos en capas rojas salieron de la oscuridad que había más allá del altar y llenaron ambos lados. Casio distinguió inmediatamente más personalidades conocidas: el centurión Turpo con el brazo atrofiado; uno de los comerciantes de oro con quien habían hablado, y, por último —y el más inconfundible—, el magistrado Quarto. Este tuvo que agacharse al entrar en la

cámara, con las líneas del manto distorsionadas por su enorme tripa.

Indavara le dio un codazo a Casio.

—Lo sé —susurró él.

Una vez que los «leones» se hubieron acomodado, Escauro tomó el látigo con ambas manos y lo sostuvo ante sí.

—Ahora mostraremos nuestro respeto al Padre.

Hincó una rodilla. Los «soldados» y los «leones» hicieron lo propio. De detrás del altar salió un hombre más menudo envuelto en una capa negra y con un extraño tocado triangular. En una mano tenía un cuenco, en la otra un báculo. Por sus movimientos lentos y su postura encorvada, Casio dedujo que era bastante viejo. El Padre se acercó más al altar y las velas le iluminaron el rostro. Al principio Casio pensó que se estaba dejando llevar por la emoción debido a los otros rostros que había reconocido, pero no había ninguna duda al respecto: el Padre no era otro que el general Ulpiano.

Cinco rostros familiares. Pero ¿qué significaba?

—¡Corredor del Sol, leones y soldados, poneos en pie! —ordenó el Padre. Y golpeó el báculo contra la tarima mientras los demás se levantaban.

Escauro retrocedió y se situó junto al hombre de más edad.

—¡Salve, Sol Invictus Mitra!

—¡Salve! ¡Salve! ¡Salve! —repitieron los hombres al unísono, y sus gritos retumbaron en la cámara.

—¿Quiénes de los presentes han superado la más misteriosa y sagrada de las pruebas?

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!

—¿Quiénes de los presentes se han transformado para ser aceptados y unirse como uno solo a los hombres que se encuentran bajo tierra, siervos del todopoderoso Kosmokrator; Él, nacido de la Roca; Él, asesino del Toro, el Todopoderoso Sol Invictus Mitra?

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!

Había un poder innegable en ese intercambio rítmico, y el ardor en las voces de los hombres era inconfundible. Combinado con el irresistible aroma de lo que Casio reconoció como humo de pino y las titilantes sombras creadas por los braseros, el aire del interior de la cámara parecía crepitar con energía de otro mundo.

Casio se volvió en redondo. Indavara se quedó mirando un cuadro de la imagen del culto que colgaba en la pared opuesta. En ella, los perros y las serpientes lamían la sangre que goteaba del cuello del toro mientras Mitra le rajaba la garganta.

—¿Quiénes se conmoverán sobrecogidos —continuó Ulpiano— contemplando al Dador de vida mientras nos muestra su poder verdadero y eterno?

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!

Ulpiano volvió a golpear el suelo con el báculo. Silencio.

—¿Quién ha sido honrado con el privilegio de disparar el arco?

—Yo dispararé el arco.

Ulpiano hizo señas a un joven del fondo.

—Adelante.

Casio e Indavara se agacharon cuando otros cuantos se volvieron para ver al «soldado». Mientras este se encaminaba a la parte delantera, Escauro bajó el látigo y desapareció detrás del altar. El joven esperó frente a la tarima y Ulpiano bajó los escalones para colocarse junto a él. Escauro regresó con un arco pequeño en las manos que ofreció con cuidado al «soldado».

—¡Muéstranos tu poder, Señor! —continuó Ulpiano, mirando aún la escultura—. ¡Muéstranos el momento en que diste vida al mundo! ¡Muéstranos el milagro eterno de tu espíritu eterno!

Ulpiano y Escuro se apartaron cuando el joven levantó el arco y lo apuntó a la escultura.

—¡Muéstranos tu poder, Señor! ¡Muéstranoslo!

Los hombres cantaron al unísono, elevando cada vez más la voz.

—¡Muéstranoslo! ¡Muéstranoslo!

Detrás de la escultura y por encima del toro se veía la cabeza de una serpiente de piedra con las fauces abiertas. De pronto empezó a salir agua de estas.

Indavara inhaló aire bruscamente cuando los ojos de Mitra se encendieron. Se volvieron amarillos y luego de color naranja. El guardaespaldas se volvió hacia la puerta.

Casio le agarró del brazo.

—Ni se te ocurra —le siseó—. No es más que un truco de carbones encendidos, nada más.

Pero cuando Casio se volvió de nuevo hacia el altar, la intensidad de la luz que parecía brillar en todas las esquinas de la cámara le hizo dudar a él mismo y por un instante estuvo seguro de que iban a descubrirlos. Indavara se quedó donde estaba, pero Casio notó que le temblaba el brazo.

—¿Está aquí? —preguntó Ulpiano en voz susurrante que aun así llegó hasta el fondo de la cámara.

—¡Está aquí! —respondieron los hombres al unísono.

Los ojos brillaban más que las velas que los rodeaban. Un rojo deslumbrante y feroz.

Indavara se soltó y se acercó tambaleante a la puerta, golpeando sin querer un banco. El banco chocó contra un brasero y cayeron varios trozos de carbón al suelo. Los hombres de la última fila se volvieron.

—¡Mira! —chilló uno.

Casio se puso en pie de un salto y echó a correr. Los gritos reverberaban en la cámara.

—¡Maldito idiota! —gritó cuando encontró a Indavara de pie en el pasillo, mirando sin ver la caverna—. ¡Vamos!

Lo empujó hacia la escalera y corrió tras él. Se resbaló en uno de los escalones, golpeándose una rodilla contra la piedra implacable, pero utilizó las manos para darse impulso hacia arriba. A su espalda oyó a varios hombres acercarse cuando subió el último escalón.

Afortunadamente, Indavara parecía haber recobrado el juicio. Cuando Casio salió disparado de la caseta, cerró la puerta detrás de él. Recogió la cadena, la pasó a través del picaporte e hizo un nudo. La puerta se sacudió cuando alguien trató de abrirla.

Cruzaron a todo correr el jardín oscuro en dirección a la verja.

—Déjame a mí —dijo Casio, aminorando el paso cuando los guardias se acercaron.

—Ah —dijo intentado hablar con normalidad—. ¿Seríais tan amable de...?

Se oyeron gritos detrás de ellos.

—¡Intrusos! ¡Guardias, detenedlos!

Indavara pasó junto a Casio en el preciso momento en que el guardia más próximo se llevaba una mano a la espada. Sin dudarle un instante, golpeó con fuerza la tráquea del hombre más alto con el lado de la palma. El guardia soltó el farol y cayó junto a él, jadeando de asfixia.

Indavara ya estaba cercando al segundo exlegionario, pero este ya había desenfundado la espada. Casio hizo un tímido intento de agarrar el otro brazo del guardia cuando este se abalanzó sobre Indavara. La espada no se había desplazado muy lejos cuando Indavara agarró con las dos manos la muñeca del guardia. Le clavó una rodilla en el estómago y la retorció, forzándolo a soltar la espada, pero su adversario de algún modo continuó aferrándola. Mientras forcejeaban, Indavara señaló al hombre caído.

—¡La llave!

El primer guardia estaba de rodillas, agarrándose el cuello. El farol seguía encendido y Casio vio que le colgaba un llavero del cinto. Lo agarró, pero el guardia le apartó el brazo de un manotazo y desenfundó la espada.

Casio se llevó la mano a la daga, pero no llegó a tocarla.

Nada de armas, se dijo. No podía matar a ese hombre.

El guardia, sosteniéndose con una mano en el suelo, hizo oscilar la espada en un amplio arco. Casio saltó hacia atrás, e intentaba discurrir la manera de conseguir la llave cuando Indavara, arrastrando consigo al segundo hombre, le propinó una poderosa patada en la parte posterior de la cabeza al guardia. El golpe lo lanzó de bruces a los pies de Casio.

—¡Coge la maldita llave!

El exlegionario se quedó inmóvil. Casio se arrodilló y alargó la mano para coger la llave. Veía a varios hombres salir corriendo de la puerta principal de la villa y a los guardias iluminando con farolas el camino.

Indavara decidió dejar que el hombre conservara la espada. Liberó el brazo derecho y volvió a clavar el codo en el rostro de su adversario. Lo alcanzó entre los

ojos e hizo que retrocediera varios metros y chocara con un árbol. El guardia se escabulló entre las ramas inconsciente, pero aferrando todavía la espada.

Casio le arrancó el llavero del cinto y echó a correr a través de los árboles, seguido de cerca de Indavara. Encontró la cerradura a tientas, introdujo la llave y la giró. Entre los dos la abrieron y salieron a la calle. Casio echó a correr, y ya había llegado a los árboles cuando Indavara se volvió y cerró la puerta.

—¿Qué haces? —bramó Casio.

Indavara deslizó una mano a través de las rejas para coger el llavero. Tiró de él con tanta fuerza que golpeó la llave cerca de la cerradura. Dos guardias se precipitaron a través de los árboles. Derrapando hasta detenerse junto a la verja, introdujeron las manos a través de las rejas y las sacudieron, y les faltó poco para asir a Indavara, quien se volvió y se alejó corriendo.

Ya había más hombres doblando la esquina de la entrada principal cuando Casio e Indavara cruzaron los álamos. Agradecido de no llevar consigo la espada, Casio avanzó a un ritmo prodigioso, impulsado por el más puro miedo. Después de cómo había tratado Indavara a los guardias, sabía que la venganza sería violenta y rápida si los atrapaban. No llevaba encima ningún documento para demostrar su identidad, y habían violado el santuario de una secta secreta cuyo jefe era uno de los hombres más poderosos de Antioquía.

—¡No puedo creer que estés en el ejército! —gritó Indavara.

—¡Calla y corre!

Las calles estaban silenciosas, y Casio sabía que sus fuertes pisadas y los gritos de sus perseguidores pronto llamarían la atención. Confió en que no hubiera sargentos municipales cerca.

Con su zancada larga y su cuerpo larguirucho, siempre había sido un gran corredor, pero se sorprendió al ver cómo su fornido guardaespaldas no se quedaba atrás mientras avanzaban calle tras calle. Se dirigieron al este y pronto llegaron a las viejas murallas. Casio aminoró el paso. Se oían gritos, pero los guardias y cuantos se habían unido a ellos se encontraban por lo menos a un par de calles.

—No debemos dejar que nos acorralen contra los muros —dijo—. Por aquí.

Echó a correr por un camino sinuoso que habían recorrido esa misma mañana con Bacara. Atravesaba un boquete en las antiguas murallas y se cruzaba con una calle paralela a la avenida de Herodes y Tiberio.

Llegaron hasta un convoy de carros vacíos que salía de un patio y se dirigieron hacia la avenida. Casio se acercó rápidamente al último carro cuando tomaba la carretera. Gritó al hombre que llevaba las riendas y este detuvo el vehículo. Junto a él había un muchacho con una lámpara de aceite en el regazo.

—¿Adónde vas?

—¡Qué te importa!

Casio habría insultado al hombre si no le hubiera urgido que cooperara. Sacó dos denarios y los sostuvo junto a la lámpara.

—Necesito transporte. Total discreción.

—Estamos saliendo de la ciudad. Por la puerta de Berea.

—¿Nos dejarías en el río Parmenios?

El carretero asintió. Llegaron gritos del otro lado de los muros.

—¿Os persiguen?

Casio añadió dos denarios más. El muchacho se quedó mirándolo lleno de asombro. El carretero cogió las monedas.

—Meteos ahí. Lucio, pon la cubierta.

Antes de que Casio e Indavara rodearan el carro y subieran a la parte trasera, el muchacho ya había desplegado un grueso cuadrado de cuero. Lo agarraron mientras el carretero se ponía en marcha. Las tablas del carro estaban sucias de barro, pero se tendieron y extendieron la cubierta sobre sus cabezas. Indavara respiraba con dificultad.

—Estás jadeando, guardaespaldas.

—Eres rápido. Resulta práctico, teniendo en cuenta cómo peleas.

—Cierra el pico.

—¿De verdad estás en el ejército?

—He dicho que cierres el pico.

XXVII

Abascantio estaba ocupado con otras visitas cuando llegaron a la mañana siguiente.

El carretero había sido fiel a su palabra y los había dejado en el río, y desde allí regresaron a la villa, donde Simo, muy preocupado, los dejó entrar. Se desplomaron en la cama, pero apenas tres horas después el galo los despertó, obedeciendo órdenes de Casio. Tenía que ir a ver a Abascantio sin más tardanza.

Mientras esperaban en el atrio, entraron con paso resuelto dos jóvenes con toga y aire severo. Tras clavar una mirada despectiva en Casio e Indavara, pasaron rápidamente junto a ellos y salieron por la puerta delantera. Abascantio entró. Tenía el rostro colorado.

—Los hombres del gobernador Gordio —explicó—. Han venido a prevenirme. Los operativos que tengo vigilando su villa han sido descubiertos. —Señaló los sofás—. Pero parece que podemos borrarlo de nuestra lista.

—¿Cómo, señor? —preguntó Casio mientras se sentaban.

—Supongo que debería haberme acordado, pero ha pasado mucho tiempo. Durante la última invasión persa..., ¿cuánto hará, diez, once años? Sapor se llevó consigo a cientos de personas como rehenes, a todo el que le pareció interesante o consideró que podía serle útil. Uno de ellos fue el hermano del gobernador, un ingeniero de gran talento. Me imagino que Gordio hace mucho que lo dio por muerto. Pero con el cambio de régimen están permitiendo volver a algunas de estas personas. Ese misterioso visitante persa es amigo del hermano. Al parecer, podría ser capaz de negociar su regreso.

—Ya veo —respondió Casio.

Abascantio asintió.

—Pero debemos andar con más tiento aún. El gobernador está bastante emocionado. Al menos pensaron que yo vigilaba en nombre del emperador. Dioses..., si supieran el verdadero motivo...

Casio no estaba muy seguro de cómo iba a valorar Abascantio lo sucedido la noche anterior, pero dudaba que lo contemplara como «andar con tiento».

—¿Averiguaste algo útil anoche?

—Creo que sí, señor. Pero no se trata de Octobriano.

Mientras Casio le relataba lo sucedido, se encontró una vez más observando las expresiones cambiantes en el rostro de Abascantio. El agente abrió mucho los ojos mientras escuchaba el procedimiento de Casio para entrar en la cofradía, pero cuando llegó a la parte de la huida y del enfrentamiento con los guardias, frunció el ceño en un gesto pétreo.

—¡Joven necio! —exclamó cuando Casio hubo terminado.

—Pero, señor, hemos averiguado algo de gran utilidad...

—¿Ah, sí? ¿Qué hemos averiguado?

—Ulpiano preside una secta secreta cuyos miembros están perfectamente situados para ayudarlo a transportar y vender grandes cantidades de oro y plata. Como he dicho, vimos allí al comerciante, y también al centurión Turpo, para introducirlo y sacarlo de la ciudad, y a Escauro y a Quarto, para asegurarse...

—Hablas como si yo no supiera nada de esto. La mitad del ejército es seguidora de Mitra y un gran porcentaje de los hombres ricos e influyentes de la ciudad pertenecen a los Hijos de Antioquía. Admito que creía que no era más que un gremio comercial, no una tapadera para una secta, pero estas reuniones probablemente hace años que se celebran.

—Pero ¿por qué tanto secretismo?

—¡Todas las sectas mitraicas son secretas! —Abascantio dejó caer un puño en el sofá, luego suspiró y meneó la cabeza—. De acuerdo..., puede que no estén tramando nada bueno, pero no puedo ocuparme de ello ahora. Ese tal Nabor tenía una conexión material con lo que buscamos, y el que está vinculado con Nabor es Octobriano, no Ulpiano. A él es a quien tenías que vigilar.

—Se iba a su casa, señor. Estoy seguro de ello.

—Eso nunca lo sabremos, ¿no? —Abascantio se dio impulso para ponerse en pie con sorprendente agilidad. Deslizó el pulgar y el índice por los lados de la boca—. Y hacerte pasar por el sobrino del general... ¡Por los dioses!

Casio miró al suelo.

—En realidad tenía un sobrino, por cierto —continuó Abascantio—. Estaba muy encariñado con él. El muchacho murió con la peste.

Aunque se estremeció al oírlo, a Casio le pareció bastante obtuso por parte de Abascantio no reconocer la admirable rapidez mental que había demostrado.

—Tenemos suerte de que Quarto no esté llamando a la puerta ahora mismo.

—Estaba muy oscuro, señor —replicó Casio—. No creo que nadie nos viera bien.

—¡Más os vale! —prorrumpió Abascantio—. Porque sois una pareja bastante reconocible: un tipo duro con una sola oreja y otro larguirucho y repeinado que tiene todo el aspecto de ir todavía a la escuela. ¡Y Quarto te conoce! Algunos de los otros también. Por todos los dioses, Córbulos, se suponía que estabas aquí para ayudarme a resolver este problema, no para crear uno nuevo.

Abascantio de repente señaló a Shostra, que estaba escondido en una esquina.

—¿No sabes nada de mi estado de ánimo después de todos estos años? ¡Vino..., rápido!

Casio miró hacia Indavara, quien se encogió de hombros. En ese momento Casio habría roto uno de los jarrones de Abascantio en la cabeza del guardaespaldas sin pensárselo. Se armó de valor.

—Señor, no estoy seguro de que yo deba cargar con toda la culpa. Si Indavara no

fuera tan condenadamente crédulo, podríamos haber salido sin montar ese escándalo. Unos pocos trucos de un brujo y se echó a temblar como un crío.

Abascantio rodeó la mesa que había entre los sofás y se detuvo ante Casio. Señaló con un dedo a Indavara.

—A él se le paga por pelear, y parece que lo hizo extraordinariamente bien, como siempre. A ti te pagan por tomar decisiones. Tomaste una pésima decisión al seguir a esos hombres, otra aún peor al cruzar esa puerta y la peor de todas al bajar a esa cueva.

Casio se encendió. Podía aceptar que había sido imprudente, pero estaba convencido de que lo que habían descubierto era trascendental.

—Señor, pido disculpas. Pero creo que deberíamos volver nuestra atención hacia el general e incluso hacia Quarto. Al fin y al cabo, no hizo nada por ayudarnos a investigar a Nabor.

Abascantio arrebató de las manos de Shostra la copa grande de vino y tomó un largo sorbo antes de responder.

—¿Por qué iba a hacerlo? Ya te dije que no podíamos esperar nada de él. No..., seguiremos con Octobriano. Lo tendremos vigilado día y noche. Tarde o temprano cometerá un desliz.

—Pero, señor, el general Ulpiano luchó contra los persas. Seguramente eso es motivo suficiente para querer romper el tratado. El ejército..., o secciones de él, podrían no desear ver firmado ese tratado de paz.

—¿Y qué hay de Octobriano, un hombre que me consta que ya ha traicionado al Imperio antes?

—Vive en una villa pequeña y modesta, y viste como si todavía fuera recaudador de impuestos. No me parece la clase de hombre que organiza robos.

—¿Y si todavía estuviera trabajando para los palmiranos? Esto es una investigación, Córbulos. Seguimos pruebas, y las pruebas apuntan a Octobriano.

Abascantio se paseó por la habitación, bebiendo de su copa de vino.

—¿Qué quieres que haga, señor? —preguntó Casio por fin.

—En este momento no podría importarme menos. Mantente fuera de mi vista. Y no vuelvas a esta casa. Cuanto menos contacto tengamos, mejor.

—Señor, si pudiera al menos volver a la oficina de registros y revisar los expedientes para localizar al hombre de los dos dedos...

—Supongo que no podrás meterte en muchos líos allí. Si te necesito me pondré en contacto contigo. Pero hablo en serio, Córbulos. Si esos guardias os vieron bien, esas personas no tardarán en dar con vosotros. Estad alerta y no os separéis.

Casio había recorrido cuatro calles cuando la frustración pudo más que él.

—Felicidades. Creo que has logrado salir bastante airoso. Parece que a veces una política de silencio puede ser muy eficaz.

Indavara se encogió de hombros.

—Como él ha dicho, solo soy un guardaespaldas.

—Ya lo creo. Todavía estoy esperando descubrir en ti otras facetas.

—¿Qué quieres decir?

Casio se detuvo.

—Escucha..., en cinco días este asunto se habrá resuelto de un modo u otro. Serás un hombre libre y probablemente te irás a Tesalónica para ocupar mi puesto como director de prisión.

—¿Cómo?

—Personalmente, estaría encantado si cada uno siguiéramos nuestro camino a partir de ahora, e imagino que tú piensas igual, pero lo cierto es que podría estar en peligro después de lo de anoche. Así que vamos a aguantar unos días más. Ni siquiera tenemos que dirigirnos la palabra, basta con que cada uno haga su trabajo, y espero por el nombre de Hades que salgamos de esta ciudad con vida. Creo que podré tolerar tu compañía hasta entonces. ¿Podrás tolerar tú la mía?

Indavara asintió.

—Entonces asunto zanjado.

Siguieron andando hacia la villa.

—¿Qué querías decir antes? —preguntó Indavara al cabo de unos momentos—. ¿Qué es un brujo?

—En el rito mitraico de anoche, lo que creíste que eran manifestaciones, signos del dios..., el agua y los ojos brillantes...

—¿Sí? ¿Qué pasa con ellos?

—Eran trucos. Los ojos no eran más que carbones encendidos, como te dije. Probablemente los puso ahí el mismo hombre que sacaba el agua de la boca de la serpiente.

—¿Qué hombre?

—El que se escondía detrás del altar.

Indavara sacudió la cabeza.

—Era su dios. Le pidieron una señal y él se la dio..., llegó el agua.

—No hay que interpretarlo literalmente. En realidad ellos no creen que sea el mismo Mitra. Es más bien una... recreación.

—¿No lo creen? Entonces, ¿por qué estaban allí?

Casio levantó las manos.

—Está bien..., ¡fue Mitra! ¿Qué sé yo?

Indavara guardó silencio hasta que estuvieron cerca de la villa.

—¿Entonces crees que Abascantio está equivocado acerca de Octobriano?

—No necesariamente, pero temo que su obstinación en centrarse en el procurador le haya impedido ver otras posibilidades. Ulpiano y Quarto controlan a casi todos los hombres armados de la ciudad, y con este culto tan útil tienen todos los contactos que necesitan.

—¿Vamos a la basílica?

—Sí, pero antes haremos una parada en los baños. Tengo que pensar.

Simo se disponía a visitar al anciano Nura para contarle lo que habían visto en la prisión, pero antes de irse explicó a Casio cómo llegar a los baños de Julio César, situados a casi medio kilómetro de distancia de la villa, en las laderas del monte Silpio.

Sabiendo que por la tarde los baños estarían más concurridos, Casio se quedó encantado al encontrar poca gente. Cruzaron la entrada porticada y entraron en una sala de recepción estrecha pero de techos altos. Allí solo había una mujer sentada una mesa y un grupo de artesanos que trabajaban en un mosaico de César. Casio pagó a la mujer. Ella apuntó un pulgar por encima del hombro señalando la puerta situada detrás de ella.

Los baños eran relativamente pequeños, sin una sección para las mujeres, así que solo había un vestuario. En el interior había bancos y estantes donde los clientes podían dejar la ropa. Había dos puertas, una justo delante en la que se leía «Sala templada», y la otra a la izquierda con el rótulo de «Piscina fría». La única persona que había en el vestuario era un anciano escuálido que acababa de quitarse la túnica por la cabeza. Saludó con la cabeza a los recién llegados.

—Buenos días

—Buenos días —respondió Casio.

El anciano hizo una mueca.

—Ni un esclavo para cuidar de nuestra ropa.

—Supongo que es demasiado temprano.

—Probablemente ya está bien así. Todos y cada uno de ellos son unos ladrones de mierda. —El anciano abrió la puerta que daba a la sala caliente y el vapor se arremolinó en el interior antes de que la cerrara detrás de él.

Casio dejó en el banco la bolsa que Simo le había preparado. En ella encontró dos toallas y sus aceites. En circunstancias normales no habría pasado por la humillación de tener que cuidar de sí mismo, pero parecía justo que los cristianos supieran cómo les iba a sus compañeros encarcelados, aunque las noticias no fueran buenas. Casio aún no había preguntado a Simo qué le había dicho a su padre, pero temía que el galo hubiera desoído sus consejos.

Se sentó y se desató rápidamente las botas. Estaba impaciente por sumergirse en el agua. En Cícico había tomado la costumbre de ir nada menos que una hora al día a los baños del barrio. No se trataba solo del placer de desprenderse de la suciedad y el olor de la ciudad, sino de toda la experiencia. Un buen baño daba al cuerpo la oportunidad de recuperarse y a la mente la oportunidad de relajarse, y necesitaba desesperadamente ambas cosas.

Indavara todavía estaba parado en la puerta.

—¿No te desvistés?

—Pensaba que estaba de guardia.

—Y lo estás. Pero no puedes entrar allí vestido. Simplemente no está permitido. Puedes utilizar una de mis toallas para secarte después.

Indavara parecía desconcertado.

—¿Otra experiencia nueva?

Indavara asintió. Casio lo compadeció, no por primera vez. Tan capaz y poderoso en el reino de lo físico, y, sin embargo, tan ignorante de las costumbres del mundo. Era una combinación curiosa.

—Bueno, la nueva experiencia de anoche con las muchachas funcionó, ¿no? Puede que también disfrutes de esta.

Indavara se encogió de hombros y empezó a desatarse las botas.

Casio se quitó el cinturón y a continuación la túnica. Una vez desnudo, dejó la bolsa, las botas y la ropa en uno de los estantes. Tenía frío y se frotó los hombros.

—Vamos, quiero entrar en esa sala templada.

—Ve pasando —respondió Indavara mientras se desabrochaba el cinturón.

Casio meneó la cabeza.

—Puede que no guste, a mí desde luego no puede gustarme menos, pero no quiero que te separes más de cinco metros de mí en ningún momento durante los próximos días.

Indavara se quitó el cinturón y la espada y los dejó junto con las botas en otro estante. Luego se quitó la túnica.

Casio lo miró. Era realmente un espécimen impresionante, pero toda apreciación de su condición física quedó olvidada cuando vio las marcas que tenía. Ya se había fijado antes en la marca de hierro y en todas las cicatrices en los antebrazos y las piernas, pero de pronto vio en toda su magnitud los daños que había sufrido el joven cuerpo de Indavara. Entre los omóplatos vio tres círculos rojos idénticos. Y debajo, línea tras línea de verdugones, cicatriz sobre cicatriz.

—Por Marte, hay que ver todo por lo que has pasado.

Indavara se volvió hacia él.

—¿Cómo dices?

Casio le señaló la espalda.

—Te azotaban.

Indavara guardó silencio.

—Como si no fuera suficiente obligar a un hombre a luchar por su vida.

Indavara señaló con la cabeza la puerta situada detrás de Casio.

—Pensaba que tenías frío.

La sala templada era más bien pequeña, pero a Casio le pareció que la temperatura era adecuada. La caldera debía de estar situada justo debajo de la cámara siguiente —

la sala caliente—, pero parte de ese calor era redirigido a la sala templada, irradiando hacia arriba a través del suelo y las paredes, y preparando los cuerpos de los clientes para las altas temperaturas que los esperaban más allá.

Las paredes se habían descolorido de rojo a rosa pálido y había algunos mosaicos incompletos en el suelo. Solo el techo conservaba su grandeza original, con motivos de hojas y flores arremolinándose alrededor de las cuatro ventanas altas.

En el interior encontró al anciano sentado en un banco, y a un hombre corpulento tumbado boca abajo sobre una mesa, atendido por un trío de esclavos. Dos lo untaban de aceite y le frotaban su ancha espalda mientras el tercero le leía una carta dirigida a él.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Indavara cuando se sentaron en un banco.

—Esperaremos a entrar en calor e iremos a la sala caliente.

—¿Aquí sentados?

—Normalmente me untarían de aceite, pero como últimamente mi asistente pasa más tiempo atendiendo sus asuntos, tendré que esperar aquí sentado.

—Es muy aburrido.

—Todavía lo es más si un tonto inicia conversaciones sin sentido. Calla, he venido aquí para pensar.

Indavara puso los ojos en blanco y bajó la vista hacia el mosaico del suelo. El hombre corpulento empezó a dictar su respuesta a la carta. Parecía ser arquitecto. Casio intentó concentrar sus pensamientos en la investigación que tenía entre manos, pero no tardó en distraerse: el arquitecto apenas era capaz de hilar una frase con otra, pero insistió en desoír los consejos literarios de su esclavo.

—Como quieras, señor —le decía cada vez que su amo rechazaba una de sus sugerencias.

Al octavo «como quieras, señor», Casio se puso en pie.

—Vámonos de aquí.

Pasaron por la puerta abierta a la sala caliente. En su país solía haber un área de ejercicio contigua a esta, pero Casio sabía, por el tiempo que había vivido en Cícico, que en las provincias orientales hacían las cosas a su manera. No le preocupaba mucho, pues nunca había sido particularmente partidario de hacer ejercicio antes de un baño. No obstante, albergaba la esperanza de que la piscina fría fuera lo suficientemente grande para nadar a gusto.

—Ah, así está mejor —murmuró, disfrutando del calor relajante que se elevaba del suelo y que irradiaba de las paredes llenas de nichos.

Justo delante había una pila alta y redonda llena de agua humeante. Desde allí, bajando un tramo de anchos escalones situados a su izquierda, se llegaba a la piscina caliente. En los escalones estaba sentado un individuo de mediana edad y constitución ligera que había perdido las piernas por debajo de la rodilla. A su lado estaba sentado su esclavo, un joven fornido con la tez oscura de un egipcio.

Cuando Casio pasó por su lado para sumergirse en el agua, entró otro hombre en

la sala. Tenía el cabello revuelto y vestía la túnica de corte tosco de un esclavo. El inválido lo llamó, pero él desapareció en la sala fría.

—Es un inútil. No sirve para nada.

Casio recibió esas palabras con un breve gesto de la cabeza y acto seguido se sumergió él mismo en el agua hasta el cuello. No tenía ningún deseo de entablar conversación, pero no pudo resistirse a meterse en la piscina. Cerró los ojos sintiendo cómo el calor lo envolvía y entonces metió la cabeza bajo el agua. Cuando volvió a salir y se pasó las manos por el cabello, el hombre ya estaba hablando.

—... trece baños funcionando en Antioquía. Los ocho mejores se encuentran en la isla, y, de los cinco restantes, solo dos son peores que este. Lo utilizo porque está cerca. —El hombre se señaló con la cabeza los muñones de las piernas—. Tengo que mirar por ellas ahora.

Como parecía haber pocas posibilidades de rehuirlo, Casio respondió:

—¿Es reciente?

—El año pasado. Estaba en Dafne. Una serpiente asustó a mi caballo y caímos en una zanja, y la maldita criatura me aterrizó encima. Tuvieron que amputarme las dos. Por lo menos tengo dinero. Un hombre pobre no podría permitirse tener un esclavo que lo lleve todo el día a costas. —El hombre le tendió una mano.

Casio nadó alrededor de su corpulento siervo para estrechársela.

—Tito Plotio Otón.

—Casio Oranio Crispio. ¿Eres de aquí, Otón?

—Bueno, vine aquí de joven, pero de eso hace casi treinta años, así que supongo que ya lo soy.

Indavara todavía estaba lavándose el rostro en la pila. Casio se echó agua en los hombros. Decidió que la conversación no tenía por qué ser una completa pérdida de tiempo.

—¿Entonces conoces la vida social de la ciudad?

—No tanto como antes —respondió Otón con tristeza—. Pero sí, un poco.

—Tal vez te parezca un poco atrevido, pero necesito consejo. Soy nuevo en la ciudad. Me sería útil escuchar la opinión de alguien que lleva tiempo viviendo aquí. Sobre un asunto muy delicado.

—Habla, amigo. —Otón señaló con la cabeza al esclavo, que miraba el agua pensativo—. Mi muchacho sabe que no debe repetir una palabra de lo que oye.

—Estoy en el ejército, adscrito a la oficina del gobernador, y me ha llegado por varias fuentes que si deseo promocionarme mientras estoy aquí me convendría unirme a una de las sectas mitraístas locales.

—¿De verdad? Bueno, esas fuentes tal vez no andan muy desencaminadas. ¿Tienes algún reparo?

—No, en absoluto. Siempre me ha parecido una religión de lo más respetable.

—Entonces estás comprometido con otros dioses.

—Tampoco es eso. Solo es el secretismo que parece rodear a esta secta en

particular. Casi da la impresión de que disfrutaban creando un aire de misterio alrededor de ellos.

Otón asintió ligeramente, luego miró a Indavara, que acababa de sentarse en el otro extremo de los escalones y solo tenía un pie en el agua.

—¿Tu hombre también es digno de confianza?

—Absolutamente.

Otón miró por encima del hombro para asegurarse de que todavía estaban solos.

—Estás hablando de los Hijos de Antioquía.

Casio asintió.

—¿Crees que valdría la pena unirse?

—Yo diría que sí. Por lo que he oído, cada año son más cortas las ceremonias y más largas las conversaciones de negocios. Tal vez eso es consecuencia de fingir que no son más que una cofradía..., como una profecía autocumplida. Desde luego, no escasean los miembros respetables. ¿Sabes quién es su cabecilla?

—Sí.

—No es precisamente joven. —Otón sonrió—. Cuando deje su puesto, puede que los demás acaben del todo con el asunto religioso.

—¿Entonces él es..., a falta de una expresión mejor, un verdadero creyente?

—Por lo que he oído, sí. Puede que haya disfrutado de los beneficios de esa organización con los años, pero creo que él fue el fundador, o al menos uno de ellos.

Casio asintió.

—Es interesante. ¿Tú nunca lo has considerado?

—No. Mi madre era judía y nunca me lo habría perdonado. Y, con franqueza, no estoy seguro de si habría conseguido pasar el rito de iniciación. ¿Te he sido útil?

—Ya lo creo. Gracias.

De hecho, la información que le había facilitado Otón había hecho poco por aclarar las cosas. Al general lo tenían por un hombre verdaderamente devoto, pero bajo su liderazgo los Hijos de Antioquía habían llegado a funcionar más bien como una asociación comercial. ¿Había explotado alguien sus contactos dentro de la organización para llevar a cabo el robo? ¿El mismo Ulpiano? ¿Quarto? ¿Los dos? ¿Alguien más? ¿Y era significativo siquiera el hecho de que a esos hombres los uniera esa conexión? Abascantio tenía claro que no.

Casio daba vueltas a esas preguntas mientras charlaba con Otón sobre trivialidades, moviendo los brazos en pausados círculos alrededor de la pequeña piscina. El anciano entró en la sala caliente y se unió a ellos. Otón lo conocía y se lo presentó a Casio; se llamaba Tiburs, y los dos antioquenos enseguida se embarcaron en una conversación interminable sobre los méritos respectivos de los equipos que se presentaban en las carreras de carros de la ciudad.

A pesar de los ruegos de Casio, Indavara se negó a sumergirse más allá de las rodillas. Casio nunca había entendido a la gente a la que no le gustaba el agua, pero sabía que era común entre las clases más bajas. Salió de la piscina y se quedó en pie

en medio de la sala, justo encima del horno; quería sudar a base de bien antes de acabar en la sala fría.

Cuando Tiburs anunció su intención de dirigirse a la última sala, Casio e Indavara lo siguieron. Otón respondió que no tardaría. En el preciso momento en que salían entró con paso resuelto un hombre fornido de mandíbula cuadrada y cabello negro que empezaba a ralear. Tras lanzar una mirada a los demás, se acercó a la pila.

Casio maldijo a Simo por no haber puesto las sandalias en la bolsa. Con los pies mojados de agua y sudor se resbalaba por el suelo de piedra cuando caminó a través de un breve pasadizo hasta la cámara fría. Habían completado un círculo, o más bien un cuadrado, y la puerta a su izquierda conducía al vestuario.

La sala fría era tres veces más amplia que las otras cámaras y mucho más impresionante. De forma octogonal, estaba bien iluminada por cuatro ventanales en el techo alto. La pared del fondo, revestida de postigos de madera, ayudaba a regular la temperatura, y ese día estaban abiertos. Fuera había una hilera de árboles frondosos.

La piscina circular dominaba el espacio: medía seis metros de ancho y tenía escalerillas alrededor. El agua estaba un poco turbia, pero, teniendo en cuenta la estación del año, Casio sintió alivio al comprobar que había habido suficiente agua para llenarla.

Tiburs bajó con paso inseguro los escalones.

—Tengo hambre —dijo Indavara.

—Siempre tienes hambre. Es demasiado temprano para los vendedores callejeros.

—Está fría.

—¿Alguna queja más, abuela? Tiene que estar fría. Si no lo estuviera, no serviría.

Casio dio dos pasos y se zambulló en la piscina. Se dio cuenta de que sonreía al notar el impacto del agua helada en la piel. Permaneció sumergido y con unas pocas brazadas se desplazó al otro extremo de la piscina. Una vez allí, se apartó de la piedra fría y chapoteó por el centro. Los lados de la piscina describían una pendiente pronunciada; no alcanzaba a tocar el fondo.

Indavara se sentó en el escalón más alto. Sumergió la punta del pie en el agua, pero la sacó rápidamente. Casio sonrió y empezó a hacer largos. Aunque tenía que dar la vuelta antes de que pudiera alcanzar una buena velocidad, se sentía más tranquilo de como se había sentido en muchos días. Exceptuando las últimas semanas, por lo general le gustaba montar a caballo (también correr, en las circunstancias adecuadas), pero la natación era su ejercicio físico preferido. Siempre parecía aclararle las ideas, y confiaba en llegar a algo nuevo de la investigación.

Después de diez rápidos largos se detuvo y advirtió la presencia de dos recién llegados en la sala. El hombre de mandíbula cuadrada se sumergía en la piscina, y el esclavo de cabello rebelde también había vuelto y estaba de pie junto a la puerta del vestidor, con las manos a la espalda.

Tiburs, de pie en uno de los escalones con el agua hasta la cintura, lo llamó.

—¡Eh, tú! El amo Otón te llamaba y no has hecho caso. Entra y averigua si

necesita ayuda.

El esclavo se apresuró a entrar en la sala caliente.

Mandíbula Cuadrada se zambulló con gracia en el agua.

—¿Lo conoces? —le preguntó Casio a Tiburs mientras el desconocido estaba todavía bajo el agua.

—Nunca lo había visto. Un tipo fornido.

—Ya lo creo.

Indavara se puso de pie.

—Voy a cambiarme.

Casio le indicó por señas que esperara. Bajó la voz.

—No me pierdas de vista. ¿Entendido?

Indavara asintió y echó a andar hacia el vestidor. Tiburs salió de la piscina.

—Ha sido un placer. Que disfrutes del resto del baño.

—¿Ya te vas?

—A mi edad no aguanto mucho el frío. Que pases un buen día.

Casio miró por encima del borde de la piscina el vestuario. Indavara estaba de pie junto a la puerta, secándose el cabello con una toalla. Casio se volvió. Mandíbula Cuadrada hacía largos sin gran esfuerzo. El esclavo de cabello revuelto apareció de nuevo. Tenía una red en las manos y empezó a recoger las hojas que habían caído en la piscina de los árboles que había fuera.

Casio se apoyó contra los escalones y bajó la vista hacia el agua. Intentó ordenar sus pensamientos, pero descubrió que no podía concentrarse. Mandíbula Cuadrada se había detenido frente a él. Flexionó los hombros, luego tomó impulso y se deslizó a través de la piscina, con los ojos oscuros justo a ras del agua, clavados en Casio.

Casio puso un pie en el escalón superior, listo para moverse si era necesario.

Con un movimiento de pies, Mandíbula Cuadrada cambió de dirección. Esperó a tocar con los dedos el borde de la piscina y subió los escalones.

—Que pases un buen día —dijo con tono afable.

—Igualmente —respondió Casio, viendo cómo se alejaba.

Indavara seguía de pie junto a la puerta. Casio negó con la cabeza. Estaba dando rienda suelta a la imaginación; necesitaba nadar más.

Dando vueltas alrededor de la piscina, se concentró en sus movimientos fluidos, incluso en su respiración. El esclavo alargó la red para recoger las hojas del centro de la piscina, asegurándose de no acercarse a Casio.

Casio decidió hacer diez largos más, y, mientras los hacía, se puso a repasar mentalmente los acontecimientos ocurridos desde su llegada a Antioquía, empezando por su ajetreado primer día. Estaba tan abstraído recordando todos los incidentes que no advirtió la red hasta que estuvo casi dentro de ella. Aminó la velocidad hasta detenerse y se quedó flotando.

El esclavo se quedó inmóvil en el borde de la piscina. Era un hombre de aspecto extraño; además de la desgreñada mata de pelo, tenía el rostro surcado de arrugas, lo

que no encajaba con su constitución atlética. Y le sonreía. Casio se disponía a preguntarle qué era lo que le parecía tan gracioso cuando su mirada se posó en la mano que sujetaba el palo. Le faltaban dos dedos y el pulgar.

Antes de que Casio pudiera gritar o moverse, el hombre lanzó la red por encima de la cabeza. Casio se vio arrastrado hacia adelante y momentáneamente hacia abajo. Cuando salió a la superficie, Dos Dedos recogió el resto de la red suelta y retorció el palo, apretando las ásperas fibras en el rostro y el cuello de Casio. Volvió a bajar el palo.

Casio intentó respirar, pero tragó más agua que aire cuando le hundieron la cabeza por la fuerza. Sacudiéndose, cerró la boca y buscó desesperadamente un punto de apoyo con los pies. Rozó con las puntas el fondo de la piscina. Dio una patada y logró romper la superficie el tiempo suficiente para tomar aire. Dos Dedos lo hundió otra vez en el agua.

¿Dónde estaba Indavara?

Casio por fin logró agarrar el palo, pero su adversario lo mantenía en el centro de la piscina, y sin tocar el fondo con los pies, no podía aumentar la fuerza de su sujeción. Agitó las piernas con la intención de desplazarse hacia atrás y conseguir que el hombre perdiera el equilibrio. A través del agua espumosa vio a Dos Dedos bajar otro escalón. Tenía los brazos tensos por el esfuerzo, el rostro fijo en una mueca cruel.

Casio agarró la cuerda que le rodeaba el cuello e intentó arrancársela.

¿Dónde estaba Indavara?

Dos Dedos sacudió el palo. Casio no sabía si intentaba estrangularlo o solo quería obligarlo a abrir la boca. Cerró la boca con más fuerza y se mordió el labio. Reconociendo el sabor de la sangre, trató de tocar de nuevo el fondo con los pies, pero estaba más lejos, si cabía.

Solo flotaba. Forcejeaba. Se moría.

¡Indavara!

El asesino bajó otro escalón; empujó a Casio más lejos y lo hundió más en el agua. Volvió a agitar el palo. Casio notaba cómo la cuerda le aplastaba la nariz y le trababa el labio inferior. Le entró agua helada en la boca. Intentó no tragar, pero sintió cómo todo el cuerpo se le estaba desgarrando de lado a lado. El agua le supo amarga en la garganta. De repente sintió la imperiosa necesidad de expulsarla. Aunque estaba un palmo por debajo de la superficie, y sabía lo que eso significaba, en lo único en que podía pensar era en expulsarla.

¡No abras la boca! ¡No abras la boca!

Dejó de zarandearse. La brillante luz que entraba por las ventanas situadas por encima de la piscina se había fundido en un único resplandor amarillo. Parecía cálido. Invitador.

Indavara —que solo había tardado unos instantes en ponerse la túnica y ceñírsela con el cinturón— regresó a la puerta en el preciso momento en que el esclavo egipcio de Otón chocaba con el hombre de cabello revuelto que sostenía la red. Este dejó caer el palo y salió volando por los aires, y aterrizó a tres metros de distancia, donde se deslizó por suelo hasta estrellarse contra uno de los postigos.

El egipcio se disponía a salir corriendo tras él cuando su amo —postrado en el suelo— le gritó y señaló la piscina.

El hombre del pelo rebelde se levantó con esfuerzo y, tambaleándose, cruzó los postigos abiertos y se alejó entre dos árboles.

Indavara cruzó la sala fría mientras el egipcio bajaba las escalerillas de la piscina.

La oscuridad que Casio tenía ante los ojos se disipó y se encontró mirando unos azulejos rojos. Sintió un dolor agudo en el pecho cuando arrojó tosiendo lo que pareció un barril lleno de agua. Le retiraron del rostro las cuerdas de la red, y dos fuertes manos lo agarraron por debajo de los brazos y lo sacaron del agua. Volvió a arderle el pecho cuando lo dejaron boca abajo sobre los escalones.

—¡Golpéalo! ¡Golpéale la espalda! —gritó una voz.

Una de las manos lo golpeó. Más dolor. Pero no lo causó la mano, sino el agua que seguía expulsando por la boca. Era como si le hubieran cortado con vidrio toda la garganta y el pecho.

Finalmente miró hacia arriba y vio a Otón tendido a un lado de la piscina. Detrás de él, inmóvil y mirando a Casio boquiabierto, estaba Indavara.

XXVIII

Casio se despertó en su cama de la villa, recostado sobre dos almohadas y tapado con una sola sábana. La habitación estaba vacía y en la villa había tranquilidad. Miraba la pared que tenía delante, decidido a permanecer despierto y a disipar las imágenes que lo habían asaltado mientras yacía en un estado de semiinconsciencia.

El sombrío rostro del hombre de los dos dedos cuando se disponía a acometer su misión asesina.

El agua que borboteaba alrededor de él y que no paraba de tragar.

Los momentos. Así era como Casio pensaba en ellos.

Esos eran los más recientes; los que estaba condenado a revivir y aceptar. Había otros que sabía que nunca lo abandonarían del todo, aunque regresaran con menos frecuencia en los últimos tiempos.

Un solitario legionario descuartizado por un guerrero de tez oscura envuelto en una capa morada; ese mismo guerrero marchando hacia Casio, con la capa ondeando detrás de él mientras blandía la espada...

¡No te duermas!

Casio se incorporó. Tosió y sintió una punzada de dolor en la garganta. Se llevó una mano al cuello y tocó la venda envuelta alrededor de él. Recordó a Simo vendándolo justo después de desplomarse a través de la puerta y caer en sus brazos.

Había tardado bastante en recobrase en los baños. Le había dado las gracias a Otón y, rechazando su ofrecimiento de llamar a los sargentos municipales, había entrado de nuevo en el vestuario. Indavara lo había seguido pidiéndole una y otra vez disculpas por su error. Casio había hecho caso omiso de él y de su ofrecimiento de ayuda mientras se apresuraba a regresar a la villa, tosiendo y haciendo arcadas a cada paso del camino.

—¿Cómo te encuentras ahora, señor? —le preguntó Simo mientras entraba.

—¿Están cerradas con llave todas las puertas? ¿Has mirado fuera?

—Indavara está vigilando fuera, señor.

Casio resopló despectivamente.

—Me ha pedido que lo avise cuando te despiertes —continuó Simo—. Él...

—Simo, ya te lo he dicho. No quiero verlo. Que no se me acerque. ¿Qué hay de Abascantio?

—Aún no ha habido respuesta, señor.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que regresé?

—Unas cuatro horas, señor.

—Es evidente que tiene asuntos más urgentes que atender.

Simo revisó el vendaje.

—¿Te aprieta demasiado, señor?

—No. ¿Es grave?

—La piel todavía estaba tierna del incidente en Palmira, y tienes un par de cortes desagradables, pero nada serio. —Simo se sentó en un lado de la cama y le puso una mano en el brazo—. Pero has sufrido una gran conmoción.

—La última en un período cada vez más largo. —Casio notó que se le saltaban las lágrimas. Tosió de nuevo y apartó el brazo.

—Tal vez deberías beber algo, señor —sugirió Simo—. ¿Agua?

Casio lo fulminó con la mirada.

—Oh. Lo siento, señor.

—¿Hay algo de leche? Tal vez me resulte más fácil tragarla.

—Sí, señor. Iré a buscarla inmediatamente.

Simo se levantó y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo cuando Casio lo llamó.

—Espera. Tráeme mis figuritas. Están en esa pequeña caja de madera. —Casio señaló con la cabeza el estante donde Simo había colocado sus pertenencias.

El gallo le dio la caja y fue a buscar un vaso de leche. Casio abrió la tapa y acercó la caja todo lo posible para contemplar las doce pequeñas miniaturas dispuestas en dos hileras en el interior. Cada una representaba a los dioses del Olimpo más grandes: Júpiter, Juno, Marte, Venus, Apolo, Diana, Ceres, Vesta, Mercurio, Neptuno, Minerva y Vulcano. Había entrado polvo de algún modo en la caja y Casio lo quitó del rostro de las figuras.

No lograba recordar la última vez que las había mirado. Su madre le había regalado la caja al cumplir diez años y le hizo prometer que la guardaría siempre. Cuando partió para Siria, ella le dijo que se sentiría más feliz sabiendo que tenía a los grandes dioses consigo, para velar por él tan lejos de su hogar. En la última carta que ella le había enviado a Cícico, le preguntaba si había hecho un altar como era debido para poner las figuras en él. Él mintió y le contestó que sí, y se proponía hacerlo, pero entonces llegó otra carta —esta vez procedente de Siria— y no hubo tiempo.

Era un rasgo clásico del adorador voluble recurrir a los dioses solo en situaciones adversas o peligrosas, pero Casio lo sintió como un deber. Alguien quería verlo muerto. Si quería sobrevivir, iba a necesitar toda la ayuda que pudiera conseguir, especialmente porque era evidente que no podía confiar en Indavara. Casio guardó de nuevo las figuras en la caja cuando Simo regresó. Ofrecería una oración más tarde, cuando estuviera solo.

—Abascantio está aquí, señor —anunció Simo mientras le daba el vaso de leche a su amo.

En el umbral apareció el agente seguido de Shostra, Mayor e Indavara.

—Dejadnos —ordenó—. Todos.

Simo y los demás salieron. Abascantio cogió una silla, la acercó a la cama y se sentó.

—Estás mejor de lo que esperaba.

—Ojalá pudiera decir que es así como me siento, señor. Supongo que quieres

saber lo que pasó.

—En realidad me hago una idea con lo que me ha contado Indavara.

—Ah, sí, mi «guardaespaldas».

—Solo se ausentó unos momentos.

—Unos momentos bastante importantes, a mi modo de ver. Parece que tenías tú razón. No hay ninguna duda de que alguien nos identificó anoche. Y, por lo visto, los Hijos de Antioquía no reaccionan bien a las visitas no autorizadas.

Abascantio ladeó la cabeza.

—Supongo que podrían haber sido ellos. Pero querrían saber quiénes sois y qué hacíais allí. Además, si hubieran querido matarte, que lo dudo, no lo habrían hecho de un modo tan chapucero.

—A mí me pareció bastante profesional.

—Pero si Ulpiano está al corriente de tu identidad, ¿por qué no ha pedido simplemente a Quarto que te detenga? ¿O ha acudido a mí?

—No tiene motivos. A no ser que quiera evitar por completo el interés oficial.

Abascantio no parecía convencido.

—Lo único que sabemos con certeza es que el desgraciado de los dos dedos mató a Gregorio y ahora ha intentado matarte a ti.

—Misión que alguien ordenó unas horas después de lo ocurrido en la cofradía.

—Pero ¿y si llevaban un tiempo detrás de ti y tu ida a los baños se les ofreció como una buena oportunidad?

Casio bebió la leche. Le dolió menos la garganta de lo que había esperado.

—¿Has hecho algún progreso, señor?

—Han desaparecido dos empleados de Octobriano más. Quizá ellos también tomaron su parte y desaparecieron. O, como Nabor, se volvieron más problemáticos de la cuenta. También estamos intentando ganarnos a uno de los escribanos de la oficina del procurador; lleva dos años a su servicio y se ocupa de la mayoría de sus papeles, así que seguramente lo conoce mejor que nadie.

—Señor, ¿y si lograra descubrir un vínculo entre Ulpiano y Dos Dedos?

Casio esbozó una sonrisa torcida.

—Sigues creyendo que estoy equivocado, ¿verdad?

Casio se irguió en la cama.

—Me pediste que mantuviera una actitud abierta. Si Dos Dedos era un legionario, tal vez sirvió a las órdenes del general. ¿En qué legión sirvió Ulpiano antes de que lo nombraran prefecto de la guarnición?

—Era comandante de caballería de la decimosexta.

—Regresaré a la oficina de registro.

—¿Estás dispuesto a exponerte a los peligros de las calles aun después de lo ocurrido esta mañana?

—Nada más lejos, señor. Pero en la basílica debería estar a salvo. En cualquier caso, todo indica que no podré considerarme fuera de peligro hasta que resolvamos

este asunto.

Abascantio se puso en pie.

—Más vale acostumbrarse a ese sentimiento. He pasado casi dos décadas preocupado por quién podía estar acercándose a mí por detrás.

Casio sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda cuando escuchó esas palabras; sin embargo, sirvieron para reafirmar su determinación. Apartó la sábana y cogió la túnica limpia que el galo le había dejado a los pies de la cama. Abascantio se acercó tranquilamente a la ventana y miró el cielo.

—Si no hemos recuperado el estandarte antes de que vuelva Marcelino, entonces tendré que acudir a él y decirle la verdad. Dioses, qué desastre.

Casio se puso la túnica.

—Entonces no hay tiempo que perder, señor.

—Así me gusta. Pero deberías tomar un carruaje. Y controlar a Indavara.

Casio meneó la cabeza.

—Señor, no quiero tenerlo cerca. ¿No puedes buscarme a otra persona? ¿Alguien de fiar? Pagaré lo que sea. He hecho todo lo que me has pedido, y continuaré haciéndolo. Pero no voy a volver a poner mi vida en sus manos.

Abascantio suspiró.

—No tengo tiempo para esto.

—Lo sé, señor, y lo siento. —Casio se había abrochado el cinturón—. Pero hoy casi muero en la piscina.

—Tengo una solución. Mayor está esperando fuera. Cambiaremos de guardaespaldas. Él irá contigo y yo te quitaré a Indavara de encima.

—¿Es bueno?

—Se está haciendo viejo, pero es todo lo espabilado que puede ser un guardaespaldas.

—Perfecto —respondió Casio mientras se deslizaba la daga en el cinto.

—Me pondré en contacto contigo más tarde —dijo Abascantio—. Y correré la voz acerca de Dos Dedos ahora que sabemos que está en la ciudad. A mí no me suena de nada, pero alguien podría saber de él. —Abascantio sacó un papiro de la bolsa que llevaba al cinto y se lo enseñó a Casio—. Indavara me ha dado una buena descripción de él. ¿Tienes algo que añadir?

Casio lo leyó.

—No. Todo es exacto.

Se echó la correa de la espalda al hombro mientras seguía a Abascantio hasta la puerta. Simo se reunió con él allí.

—¿Estás bien, señor?

—Busca un carruaje cubierto. Y luego trae algo de comida.

Abascantio le dio unos golpecitos en el hombro con el puño.

—Creo que estás redescubriendo parte de ese viejo espíritu de Aularan, Córbulos.

—No, señor. Pero quienquiera que esté detrás de esto parece considerarme una

amenaza. No es momento para replegarse. Prefiero encontrarlo yo a esperar que me encuentre.

A pesar de esas palabras, Casio se sintió inmensamente aliviado cuando llegó a la oficina de registros sin incidentes. Solo tardó media hora en llegar, pero era difícil dejar de pensar en quién, exactamente, intentaba matarlo, qué sabía y cuándo volvería a intentarlo. Al menos la presencia de Mayor le inspiraba confianza. El veterano parecía capaz y meticulado, y le había hecho varias preguntas acerca de la naturaleza de la amenaza a la que podían enfrentarse y sobre el hombre de los dos dedos en particular. Dejando al guardaespaldas en la puerta, Casio y Simo se apresuraron a entrar en la oficina. La habitación estaba bastante más ordenada, con senderos a través de las cajas y las tablillas amontonadas.

—Buenas tardes —respondió Petronaco, saliendo de detrás de un estante—. Empezaba a pensar que no volvería a verte.

—He estado bastante ocupado —respondió Casio, pasando por encima de una caja mientras se acercaba.

Petronaco miró el vendaje.

—¿Estás bien?

—No es nada.

—Gracias a los dioses, no ha sido en tu cara.

—¿Qué hay de esos registros?

—No hemos hecho más que rascar la superficie, pero he separado todos los expedientes personales tal como me pediste. —Señaló los dos montones distintos que había cerca de la puerta.

—Supongo que no tienes nada sobre el general Ulpiano...

—Los expedientes de los altos cargos los tenemos en la oficina del gobernador.

—Estoy interesado en alguien que podría haber servido en la decimosexta legión.

Petronaco asintió y condujo a Casio hacia los montones.

—Esto es lo que hay clasificado hasta ahora de la decimosexta. Los expedientes más recientes tienen dos años, y los más antiguos... —examinó una pequeña hoja de papiro pegada al montón— veinte.

—Ulpiano era soldado de caballería. Comenzaremos por ellos.

—Los de caballería están en la caja de encima.

Casio miró alrededor.

—¿Hay algún rincón donde podamos trabajar?

—Hay una mesa despejada en la habitación contigua. Ve y ponte cómodo, te traeré las cajas.

—Gracias, Petronaco.

El secretario sonrió; parecía disfrutar oyendo a Casio pronunciar su nombre.

Mientras Mayor montaba guardia fuera del segundo almacén, Casio y Simo se sentaron uno frente a otro ante una mesa amplia. Apilados frente a ellos, estaban todos los expedientes del destacamento de caballería de la decimosexta legión. Petronaco había logrado averiguar que Ulpiano había dejado su puesto como comandante de caballería diez años atrás. Casio inicialmente pensó en descartar todos los expedientes recopilados a partir de esa fecha, pero si el hombre de los dos dedos había servido con Ulpiano, podían haberle dado la baja por invalidez después de que su superior abandonara el cargo.

—Soldado Eborio —leyó el galo en voz alta de un papiro—. Baja por invalidez..., lesiones. No especifica cuáles, señor. Estatura: metro setenta y siete.

Después de calcular que Dos Dedos debía de medir entre metro sesenta y cinco y metro setenta y dos, Casio había decidido descartar a cualquier candidato en potencia que no encajara en ese parámetro.

—Nada.

Tardaron un rato en que uno de ellos encontrara otro expediente de interés.

—Soldado Junco —dijo Casio, leyendo de una tablilla de cera—. Baja por invalidez. Lesión en la mano. No aparece la estatura, pero sí la edad... Ahora tendría cuarenta y dos años.

Con ese extraño rostro tan surcado de arrugas, era difícil poner edad a Dos Dedos; Casio admitía que podía tener entre treinta y cinco y cincuenta años.

—Entra dentro de lo posible.

Dejó la hoja en el montón más reducido que había junto al principal.

Al cabo de un rato un esclavo anunció el comienzo de la undécima hora en la sala principal de la basílica. Según Petronaco, al final de la duodécima se cerraría todo el edificio.

—Puedes empezar a copiar los datos de los expedientes que hemos apartado, Simo. Sobre todo las direcciones, cuando las haya.

Simo asintió y agitó el tintero que Petronaco les había llevado. No era habitual encontrar direcciones en los expedientes de los legionarios, con la excepción de los que eran dados de baja por lesión, para retribuirles con una pensión militar.

Mientras Simo empezaba a escribir, Casio se preguntó qué haría con la lista de nombres una vez la terminaran. Podrían comprobar las direcciones, pero ¿qué había de los legionarios que no tenían? ¿De qué otro modo podía rastrearse a antiguos soldados? Tal vez en las tiendas que suministran equipamiento y armas. Muchos legionarios tenían cuentas en ellas. Probablemente, los soldados de caballería harían lo mismo.

Continuaron trabajando en silencio. Casio revisó otros veinte expedientes y no encontró nada de interés.

—Anoche había treinta personas en la casa iglesia, señor —comentó Simo de pronto—. Oraron por los que están en la prisión. El anciano Nura está seguro de que nuestro Señor atenderá nuestras plegarias.

—Sigue escribiendo, no te quedes atrás —le dijo Casio mientras descartaba otro expediente—. Casi todo el mundo diría que un creyente debe demostrar su compromiso con un dios. ¿No deberíais mostrarlo vosotros de algún modo... con un sacrificio o algo así?

—Nuestro Señor siempre nos escucha —respondió Simo, sin levantar la mirada.

—Pero no os hace mucho caso.

Simo se detuvo por un instante y continuó escribiendo en silencio.

—Lo que quiero decir es que no está en vuestras manos —añadió Casio—. A menos que tomarais el curso de acción más prudente y pusieran en libertad a cada uno de esos hombres. ¿Qué dijiste a tu padre cuando te dejé a solas con él?

Simo dejó de escribir.

—Consideraré lo que me dijiste, señor..., sobre que jure lealtad al obispo Domno. Y puede que tengas razón. Podría funcionar. Pero no puedo pedirle eso a mi padre. Fue él quien me inició en la fe. No me corresponde a mí cuestionarlo ni aconsejarlo sobre cómo hacer. Pensé que tú lo entenderías, señor.

A Casio no le gustó particularmente el tono de ese último comentario, pero no era propio de Simo dirigirse a él de tal modo y lo dejó pasar. Y, habiendo optado por callar, sabía que amonestarle más tarde solo denotaría falta de carácter. Pero había otra razón detrás de ese silencio. Simo tenía razón. Lo entendía.

Continuaron hasta que tuvieron que irse; para entonces tenían trece nombres en la lista. Mientras guardaban los papeles, cerraban las puertas y salía el último de los empleados, Casio bajó corriendo por las escaleras de la basílica con Mayor a su lado. Había enviado a Simo por delante a buscar al cochero y el carruaje los aguardaba, uno de una larga hilera de vehículos que se habían detenido a recoger a los burócratas que salían tarde de trabajar. A la izquierda se había formado un pequeño corro alrededor de un par de tambores y a la derecha había un ruidoso grupo de jóvenes vestidos con toga, estudiantes tal vez. Mayor se pegó a Casio mientras pasaban entre los dos grupos. Casi habían llegado al carruaje cuando oyeron una voz femenina.

—Señor Córbulos...

La voz parecía provenir de la izquierda, pero, cuando miró hacia esa dirección, Casio solo vio a un hombre fornido acercarse con prisas hacia él. Llevaba en el cinto un puñal grande. Mayor se colocó frente a Casio y sacó el cuchillo.

A continuación salió una chica de detrás del hombre. Bacara.

—Tranquilo, Mayor —dijo Casio—. La conozco.

—¿Y a él? —le preguntó el guardaespaldas.

Bacara adelantó a su amigo.

—Maestro Córbulos, este es Silo, el hermano de Nabor. Él sabe quién lo mató. Y sabe todo sobre el oro y la plata.

Casio tardó un momento en asimilar lo que acababa de decir la joven. Miró

alrededor sin saber muy bien qué hacer. Solo sabía que no era prudente permanecer mucho tiempo en ese lugar abarrotado y abierto.

Silo tenía unos treinta años y se movía con cierta arrogancia; no parecía preocuparle mucho el hombre corpulento del cuchillo que se había parado tres pasos delante de él.

—Baja el cuchillo, Mayor —le ordenó Casio.

El guardaespaldas así lo hizo.

—Tenemos que hablar —dijo Casio a la joven.

—Aquí no —dijo Silo.

—De acuerdo. Simo, siéntate con el conductor. Volvemos a la villa. —Casio se volvió hacia Bacara y Silo—. Vosotros dos, subid.

Abrió la portezuela del carruaje. Silo ayudó a Bacara a subir y luego se acomodó él. Mayor hizo un gesto a Casio para que subiera primero y él lo hizo a continuación. El carruaje estaba diseñado para cuatro pasajeros, pero con tres hombres corpulentos apiñados en el interior había poco espacio. Con un grito el cochero puso en marcha a los caballos, y el carruaje se alejó dando tumbos por la calle.

—Bueno, hablad —dijo Casio, mirando primero a Bacara y luego a Silo.

—Como ella ha dicho, sé quién mató a Nabor, y sé quién tiene todo ese tesoro y dónde se encuentra.

Casio intentó mantener una expresión neutral, pero la emoción se apoderó de él. Después de todos los caminos, callejones sin salida e hipótesis, ¿era esa la revelación que tan desesperadamente necesitaban Abascantio y él?

—Te contaré lo que sé porque quiero vengarme por lo de mi hermano —continuó Silo—. Pero con condiciones.

—Adelante.

—Yo participé en ello. Quiero una garantía por escrito de que no se me castigará por estar involucrado.

—Tendré que...

—Eso no es todo. Una vez que te cuente todo lo que sé, me dejarás ir y me darás tu palabra de que no intentarás localizarme. Estaré en peligro y tendré que irme de Antioquía. La chica también.

—Si realmente sabes todo lo que dices, estoy seguro de que podemos arreglarlo; pero yo no puedo autorizar nada de todo eso.

—Entonces llévame ante alguien que pueda.

XXIX

Abascantio no estaba en casa. Shostra los había dejado pasar, y en esos momentos se encontraba de pie en una esquina del patio, mirando a Silo y Bacara, que estaban sentados en uno de los bancos de piedra, susurrándose de vez en cuando algo. Simo deambulaba por el huerto, inspeccionando los árboles. Mayor había cogido una manzana y la cortaba con el puñal.

Casio había sido incapaz de calmarse; primero se sentó, luego se paseó de un lado para otro, y se disponía a presionar a Silo para que le contara lo que sabía cuando Abascantio finalmente regresó. Shostra salió a su encuentro y su amo salió directamente al patio.

—Bueno, ¿quiénes son estos? —le susurró el agente, mirando por encima del hombro de Casio.

—La muchacha se llama Bacara y es la que nos condujo a la villa de Octobriano. El hombre es el hermano de Nabor, Silo. Dice que lo sabe todo sobre el oro y la plata, que él también formó parte del plan.

Abascantio abrió mucho los ojos, pero, antes de que pudiera dar un paso más, Casio levantó una mano.

—Señor, lo hará con ciertas condiciones.

Abascantio asintió.

—Veamos qué tiene que decir.

Silo y Bacara se levantaron cuando Abascantio se acercó, pero él les indicó con un ademán que se sentaran de nuevo.

—Quedaos quietos. Estaremos aquí un rato. —Dejó caer la capa en el otro banco y se sentó al lado.

Indavara apareció en la puerta y miró hacia el patio. Ignorándolo, Casio se sentó junto a Abascantio, quien señaló a Simo y a Mayor.

—Vosotros dos, entrad en la casa. Y tú también, Indavara. —Esperó a que el trío desapareciera y se echó hacia adelante, con las manos entre las rodillas.

—¿Me conoces?

Silo negó con la cabeza.

—¿Sabes cómo me llamo? Soy Aulo Celato Abascantio.

Silo asintió.

—Entonces sabes el poder que tengo. Si todo lo que me dices es cierto, haré todo lo posible por ti. Si, lejos de hacerlo, me engañas, las consecuencias serán graves.

—Muy interesante, señor, pero soy yo quien pondrá las condiciones aquí.

Abascantio frunció el entrecejo, pero escuchó las exigencias de Silo antes de responder.

—Han muerto varios hombres. Hombres buenos. ¿Admites haber participado en

este plan y aun así esperas que me comprometa a dejarte libre de acusación o castigo?

—No tengo las manos manchadas de sangre. El único difunto que conozco es mi hermano. Y yo no he robado el tesoro. Solo ayudé a descargarlo.

—¿Está aquí? ¿Se encuentra todavía en la ciudad?

—Te estás adelantando —respondió Silo tranquilamente—. Necesito un acuerdo por escrito antes de que vayamos más lejos.

—Este se cree muy astuto, ¿verdad, Córbulos? —señaló Abascantio—. Vamos a ver si sabe tanto como nos asegura. ¿Cómo se ha almacenado todo ese tesoro?

—Si respondo correctamente, ¿me darás lo que te pido?

—Tienes mi palabra.

—En dieciocho barriles pequeños.

Abascantio pidió a gritos a Shostra papiro y una pluma de junco. Los cuatro esperaron en silencio a que apareciera el asistente con una tablilla de escritura que puso sobre la mesa. Mientras Abascantio colocaba la hoja sobre la tablilla, Shostra tendió a Casio dos hojas enrolladas y atadas con cordeles.

—Se me olvidaba, señor. Ha llegado esto. Uno anoche y el otro esta mañana.

La primera de las cartas estaba sellada, y, aunque la mayor parte del lacre se había desprendido, Casio supuso que era del prefecto Venator; nadie más sabía que podía ponerse en contacto con él en esa dirección. La abrió y —olvidando momentáneamente el código— se quedó desconcertado al ver la serie de palabras escritas aparentemente al azar. Lo dejó a un lado por un instante.

Mientras tanto, Abascantio había escrito una simple declaración firmada aceptando todas las condiciones de Silo. Sonrió con picardía cuando se lo entregó.

—¿Te lo leo?

—Sé leer bastante bien.

Mientras el joven lo comprobaba, Casio se preguntó qué peso legal podía tener ese documento; o si Abascantio se sentiría vagamente obligado siquiera a cumplirlo. El agente se echó hacia delante de nuevo.

—Ahora dime, ¿quién lo tiene?

Silo miró brevemente a Bacara, luego levantó la vista hacia el cielo que oscurecía y por último se volvió hacia Abascantio.

—El procurador Octobriano. Los dieciocho barriles se encuentran pulcramente apilados en un almacén situado en la parte trasera de la Casa de la Moneda imperial.

Por un instante, Abascantio no dijo nada, en apariencia incapaz de comprender que el hombre de quien sospechaba era realmente quien estaba detrás del robo. Se rascó la barbilla.

—¿Estás seguro?

—Tengo que acudir allí de nuevo esta noche para otro trabajo.

—¿Viste algo que se pareciera a un estandarte..., una bandera grande con piedras preciosas?

—No.

—Empieza por el principio.

—Nabor vino a verme y me dijo que Octobriano nos quería para un encargo especial, aunque hacía años que no trabajábamos para él. Estaba bien pagado, así que acepté.

—¿Cuándo fue eso?

Silo se encogió de hombros.

—Hace unas dos semanas.

Abascantio se volvió hacia Casio. Este ya había hecho cálculos; debió de ser una semana después de que tendieran la emboscada al carro. Asintió.

—Continúa —lo alentó Abascantio.

—Nos reunimos con él en su villa a medianoche y los tres fuimos a buscar ese carro. Estaba detrás de un almacén de las colinas. Allí nos esperaba un hombre.

—¿Averiguaste algún nombre?

—No. Pero tenía un aspecto raro. Como envejecido antes de tiempo.

—¿Tenía la cara arrugada? —lo interrumpió Casio—. ¿Y el pelo greñado?

Silo asintió.

Abascantio sonrió con tristeza.

—¿Y las manos? —preguntó el agente—. ¿Le faltaba algún dedo?

—No me fijé. Era de noche, y, en cuanto nos hicimos cargo del carro, se marchó.

—Continúa.

—Conduje yo el carro. Octobriano nos seguía a cierta distancia a caballo. Nos dijo que si nos encontrábamos con algún sargento municipal debíamos guardar silencio y dejar que él manejara la situación, pero no nos cruzamos con nadie. No quedaba muy lejos de la Casa de la Moneda. Él abrió la puerta y llevamos el carro a un almacén de la parte trasera. Luego empezamos a descargar los barriles. Eran pequeños, pero pesados, muy pesados. Solo podíamos levantarlos entre los dos. Al principio, Octobriano observaba, pero al cabo de un rato fue a vigilar la puerta. Una de las tapas de los barriles se cayó y vimos las monedas antiguas en la parte superior. Nabor echó un vistazo a lo que había debajo..., y fue entonces cuando cogió el collar. Había otro barril que se estaba abriendo, y vimos la plata y el oro, aunque nos aseguramos de que Octobriano no se enterara. Cuando acabamos de descargar los barriles, nos pagó veinte denarios a cada uno y dijo que volvería a necesitarnos pronto para otro trabajo. Nos advirtió de lo que nos esperaba si se lo contábamos a alguien. Nos marchamos. Le dije a Nabor que había sido idiota, pero, como de costumbre, no me hizo caso. Llevaba unos días sin verlo cuando me encontré a Bacara y me contó lo que le había ocurrido.

Silo tomó aire y sacudió la cabeza. Bacara le puso una mano en el brazo.

—Octobriano debió de enterarse —continuó—. Al parecer, el tonto de mi hermano había enseñado el collar en media docena de tabernas. Ayer recibí una nota de él en la que preguntaba si Nabor y yo podíamos ir a la Casa de la Moneda hoy para hacer ese otro trabajo, y dónde estaba Nabor, como si no lo supiera. Decía que en

realidad solo me necesitaba a mí, que podía cobrar por los dos. Me atrevería a decir que tiene previsto liquidarme una vez que le haya hecho el trabajo.

—¿Cuándo se supone que tienes que estar allí?

—En la segunda hora de la noche.

—¿A qué te dedicas?

—En estos momentos atiendo un horno, como Nabor.

Abascantio se volvió hacia Casio, que asentía.

—Las marcas de hierro palmiranas —dijo el agente—. Pretende que las borren de los lingotes para venderlas. Dioses, podremos pillarlo con las manos en la masa. Cabrón astuto..., la Casa de la Moneda no se ha usado desde la ocupación.

—¿Hay algo más? —le preguntó Casio a Silo.

—No. ¿Qué pasará con él?

—Morirá en la horca. O en la hoguera —respondió Abascantio.

—¿Es una promesa?

—Una garantía.

—¿Podemos irnos ahora?

—Podéis iros. —Abascantio se puso en pie—. Shostra, acompáñalos a la puerta y ve a buscar mi espada. Y haz pasar a Indavara y a Mayor.

Bacara y Silo se fueron detrás del siervo.

—No te preocupes —le dijo Abascantio a Casio en voz baja—. Haré que lo sigan para estar seguro. —Bajó la vista hacia la carta—. ¿De quién era?

—Del prefecto Venator —respondió Casio—. Pero necesito un libro para descifrarlo.

—Yo no.

Abascantio cogió la carta, se sentó de nuevo y la estudió atentamente. Casio desenrolló la segunda carta. Esta no estaba codificada y la enviaba el secretario jefe de la cuarta legión estacionada en Zeugma, siguiendo las instrucciones del prefecto Venator. Debajo del breve mensaje había una copia transcrita de un expediente personal. Casio reconoció el nombre.

—Tenías razón —anunció Abascantio—. El centurión Tarquinio desapareció de Zeugma hace seis días. —El agente miró a través de la huerta, dándose golpecitos en la pierna con la carta—. Debe de trabajar para Octobriano. Y el tipo de los dos dedos también. ¿Qué es eso?

—El expediente de Tarquinio.

Casio lo miraba fijamente, pero estaba demasiado aturdido para desentrañar lo que ponía. Se obligó a concentrarse en las palabras. Tarquinio llevaba en el ejército veintidós años, de los cuales cinco había pertenecido a la infantería. Había iniciado su carrera como soldado de caballería y pasado diecisiete años en el destacamento de la tercera cohorte de la decimosexta legión.

Casio abrió la bolsa y sacó la lista que habían empezado a confeccionar en la basílica. Abascantio miró por encima del hombro mientras leía. Solo había un

soldado de caballería de la tercera cohorte al que hubieran cesado por invalidez, y este se había enrolado mucho después de que el general Ulpiano se hubiera marchado.

Sin embargo, había servido al mismo tiempo que Tarquinio. Los destacamentos de caballería eran relativamente pequeños; los hombres se habrían conocido. Justio Pitión era el nombre del soldado de caballería; y la descripción de la lesión que lo había obligado a abandonar el servicio cuatro años antes era muy precisa: «Pérdida de dedos de la mano derecha».

Incluso había una dirección, un piso en el sureste de la ciudad.

Abascantio dio una palmada en la hoja. Casio y él hablaron a la vez.

—Dos Dedos.

Abascantio pasó la siguiente media hora repartiendo órdenes a un ritmo prodigioso. Shostra recibió instrucciones de enviar recado a tres operativos de que se armaran y se reunieran dentro de una hora con Abascantio en una taberna situada cerca de la Casa de la Moneda. A un cuarto hombre se le encargó que siguiera a Silo. Tenía que observar cualquier contacto que hiciera y detenerlo de inmediato si parecía estar saliendo de la ciudad. A Indavara se le pidió que fuera a buscar la espada y esperara en la puerta.

—¿Y yo, señor? —preguntó Casio—. ¿Llevo también la espada?

Abascantio le puso una mano en el hombro.

—Probablemente es una buena idea, pero no vendrás con nosotros. Tienes que ir tras nuestro amigo de los dos dedos. Empieza por esta dirección.

Casio no podía creer lo que estaba oyendo.

—Pero lo hemos encontrado, señor. Hemos encontrado la plata y el oro, y probablemente también el estandarte.

—No daré nada por sentado hasta tener ese maldito estandarte en las manos. Si los dioses están con nosotros, puede que tengas razón, pero, si algo se tuerce, no quiero tener todos los huevos en una sola cesta. Dos Dedos no fue con ellos la última vez, así que probablemente tampoco lo hará ahora. Si se entera de que los hemos descubierto, se dará a la fuga. ¿Es que quieres que se escape?

—Por supuesto que no. Pero quiero ser testigo del desenlace final, señor. He recorrido la mitad de esta provincia siguiendo esos malditos barriles. Quiero estar allí.

Shostra había regresado con la espada y el cinturón de Abascantio. La espada era una pieza cara, con la empuñadura tachonada con gemas azules.

—Entiendo, muchacho —respondió el agente mientras Shostra le deslizaba la correa sobre el hombro—. Pero no hay tiempo para discutir. Llévate a Mayor y envía un mensaje a Shostra si lo encuentras. Te mandaré a alguien. O incluso podríamos servirnos de los sargentos municipales ahora que sabemos qué buscamos.

—Pero, señor, esa dirección es de hace cuatro años.

—Si no está allí, haz lo que has estado haciendo tan bien hasta ahora: averigua su paradero. Tiene que estar en algún lugar de esta ciudad.

A Casio no se le ocurrió qué más decir. Todavía se estaba haciendo a la idea de que Abascantio había tenido razón desde un principio. De pronto se preguntaba por qué se había obstinado a pasar por alto los indicios de la implicación de Octobriano que él mismo había descubierto.

Abascantio deslizó la espada dentro y fuera de la funda un par de veces y recogió la capa.

—No creas que no te estoy agradecido, Córbulu. No habríamos llegado a este punto sin ti.

Casio asintió inexpresivo y entró en la villa detrás de él.

Abascantio se acercó con prisas a Mayor y señaló la puerta.

—Ve a pedir un coche.

—¿Cubierto? —le preguntó el guardaespaldas con su voz profunda y áspera.

—No. Algo rápido.

Abascantio se volvió hacia Casio y sonrió.

—Está oscureciendo, pero ahora ya no tienes por qué esconderte. El cazador se ha convertido en presa.

Volvió a asir a Casio por los hombros.

—Nos veremos aquí más tarde. Buena suerte, Córbulu.

Shostra había aparecido de nuevo con la cabeza de lanza de su amo. Era idéntica a la de Casio, con la excepción de unas hebras de hilo de oro que colgaban de la parte superior. Abascantio la tomó y se encaminó con decisión a la puerta principal. Indavara esperó a que pasara y, tras lanzar una breve mirada a Casio, salió detrás de él.

El edificio de pisos se encontraba a casi medio kilómetro de la puerta de Dafne. Tuvieron que dejar el carro a tres manzanas de distancia. Era la fiesta de Apolo y miles de personas se habían echado a las calles para celebrarlo. La tradición mandaba sacrificar halcones y otras aves, y muchos antioquenos los llevaban ensartados en el extremo de palos afilados. Como si eso no fuera suficiente riesgo, el arco era el arma que más se asociaba con Apolo, y las flechas errantes disparadas por juerguistas ebrios contribuían a convertir ese día en uno de los más peligrosos del año.

Casio había pasado por la villa para recoger su espada. También había dejado el casco y la cabeza de lanza allí y se había puesto una túnica sencilla.

El edificio de pisos tenía un aspecto bastante más respetable que el de Nabor; el interior recién pintado estaba débilmente iluminado con lámparas de aceite y solo olía a comida. Buscaban el número ciento tres, y lo encontraron en el tercer piso, cerca de las escaleras.

Mayor se detuvo delante de la puerta, con Casio y Simo a la derecha. Casio flexionó los dedos y se recordó que debía actuar con rapidez si llegaba el caso. Mayor sacó el garrote que llevaba sujeto a la cintura.

—Ahora —susurró Casio.

El corpulento guardaespaldas levantó la mano izquierda. Antes de que pudiera llamar, se abrió otra puerta del pasillo. Salió una joven. Era bastante atractiva, y llevaba una sencilla túnica y sandalias, tenía una figura de reloj de arena y una brillante cabellera de color castaño oscuro. Miró con curiosidad al trío mientras se acercaba a las escaleras. Casio se llevó un dedo a los labios. Ella sonrió al pasar por su lado.

Reprendiéndose a sí mismo por distraerse aunque solo fuera un instante, Casio se volvió y asintió una vez más. Mayor llamó a la puerta. Oyeron pasos lentos y cautelosos. Casio levantó la espada. Indicó a Simo por señas que se apartara para dejarle más espacio.

—¿Quién es? —La voz era de una mujer; una anciana.

Casio levantó una mano antes de que Mayor pudiera responder.

—Somos de la oficina del magistrado. Solo serán unas preguntas.

Dudaba de que la mujer hubiera oído hablar del Servicio, pero casi toda la ciudad conocería a Quarto y a sus hombres. El picaporte se levantó y se abrió la puerta. Casio vio cabellos grises, un rostro curtido y un ojo verde lleno de curiosidad.

—¿Dónde están vuestras porras entonces?

Mayor golpeó el garrote contra la puerta cerca del rostro de la mujer.

—¿Te sirve esto?

—Abre, por favor —dijo Casio—. Como he dicho, solo serán unas preguntas.

La puerta se abrió unos dedos. Mayor deslizó la mano por el resquicio y la abrió por la fuerza. Entró y agarró limpiamente la puerta cuando rebotó hacia él. La anciana, que se había retirado a una velocidad impresionante, lo insultó. Mayor la ignoró y miró alrededor.

—Está sola, señor.

Casio y Simo entraron detrás de él. El gallo cerró la puerta a su espalda y fue a hablar con la mujer.

El piso era bastante grande, pero estaba lleno de muebles, barriles y sacos. Frente a la puerta había una ventana con rejas, y apenas a unos metros de distancia se veían las paredes de otro edificio de pisos. A la izquierda había una puerta cubierta con una cortina estropeada. Mayor se apresuró a comprobar la segunda habitación.

Simo ya había obrado su magia y la anciana había bajado su voz. Dio unos golpecitos a Casio en el brazo.

—Es sobre mi miserable hijo, supongo...

—Si su nombre es Justio Pitión, sí.

Mayor reapareció.

—Nadie.

La mujer suspiró y se sentó.

—Ha vuelto a hacer de las suyas, ¿verdad?

—Se podría decir que sí —respondió Casio mientras enfundaba su espada—. ¿Sabes dónde está?

—¡Ja! Él nunca me cuenta nada.

Casio se acercó más y se inclinó sobre la mujer.

—El magistrado Quarto ve con malos ojos a quienes entorpecen las investigaciones.

—Se fue hace un par de horas, y se llevó consigo un gran bolso de viaje. Quién sabe cuándo volverá...

—¿No tienes idea de dónde podría estar? ¿Qué lugares suele frecuentar?

La anciana se llevó un dedo al lado de la nariz y se despejó una fosa nasal.

—¡Come, duerme y se larga! Te digo que no lo sé. Nunca ha tenido un empleo desde que dejó el ejército, pero siempre se las arregla para juntar unas cuantas monedas. Solo los dioses saben de dónde las saca. Espero que lo atrapes. Una buena azotaina tal vez lo haga entrar en razón.

Casio se preguntó qué habría dicho la madre de Pitió de haber sabido las verdaderas consecuencias a las que se enfrentaba su hijo. Aun dejando de lado sus otros crímenes, al intentar matar a un oficial del ejército romano, se había asegurado su propia muerte si lo cogían. El testimonio de Casio solo bastaría para verlo ejecutar.

Señaló la cortina.

—¿Ese es su cuarto?

—Así es.

—Me gustaría registrarlo.

La anciana se despejó la otra fosa y se encogió de hombros.

Casio hizo un gesto a Simo para que se uniera a él y acto seguido llamó la atención de Mayor.

—Tú vigila la puerta.

Apartó la cortina y entró en la pequeña habitación que había al otro lado. De nuevo las paredes estaban revestidas de toda clase de objetos; había recambios de ejército: mochilas, correas, botas, incluso una silla de montar; y cajas de detergentes baratos y de iconos religiosos producidos en serie. Debajo de la única ventana había un catre bajo.

—Tendremos que registrar todo —dijo Casio con aire taciturno.

Era difícil no pensar en Abascantio entrando en la Casa de la Moneda, arrojando a Octobriano poniéndole esposas y grilletes y reclamando el estandarte. Lo que más le molestaba era que Indavara y los otros hombres de Abascantio formaran parte de la operación. ¿Qué habían aportado ellos exactamente?

—¿Buscamos algo específico, señor?

Casio se encogió de hombros y se acercó a la ventana. No muy lejos había un grupo de hombres cantando una canción ensalzando al equipo de los Blancos; al

parecer, ese día habían salido victoriosos del hipódromo. Casio miró la pared que había encima de la cabecera de la cama. Habían martilleado unos clavos en el yeso y de ellos colgaba una variedad de armas y herramientas. Había varios puñales, dos hachas pequeñas, picos, varas y una sierra. De dos de los clavos no colgaba nada. La luz del sol había descolorido la pintura dejando el revelador contorno de los objetos que faltaban. Uno era una espada larga y estrecha, tal vez la antigua arma de sus tiempos de soldado de caballería. El otro tenía forma de lanza, pero era demasiado pequeña para resultar práctica; solo medía veinte centímetros de longitud.

—Mujer. ¡Ven aquí! —Casio señaló el contorno en cuanto ella cruzó la cortina—. ¿Qué sabes de la pequeña lanza que suele colgar allí?

—Oh, se la ha llevado, ¿no? Debe de estar en una de sus reuniones. Tal vez regrese, después de todo.

—¿Qué reuniones?

—No tengo ni idea, pero creo que es una especie de club. Va todos los miércoles.

Casio miró de nuevo el contorno. El día anterior había sido miércoles.

Se apresuró a salir a la sala principal. Mayor estaba en la puerta, vigilando el pasillo.

—¿Conoces la ruta más rápida para ir al río desde aquí?

El guardaespaldas asintió.

—Vamos, Simo, no hay tiempo que perder.

Haciendo caso omiso de las súplicas de la anciana de que no hicieran daño a su hijo, Casio se dirigió con prisas a las escaleras.

XXX

Grisés y densos nubarrones cubrieron la ciudad oscura, y cayeron dispersas gotas de lluvia que enseguida dieron paso a una llovizna. Indavara se separó de la pared de piedra fría y se apartó el cabello mojado de los ojos.

Estaba en un rincón justo detrás de los demás. Habían esperado en la taberna a que llegara el último de los agentes de Abascantio y habían marchado todos juntos por las calles de la ciudad en dirección a la parte trasera de la Casa de la Moneda. Indavara solo reconoció a uno de los hombres de la casa del agente donde había comido la sopa. Era casi tan grueso como Abascantio y se llamaba Salviano.

La Casa de la Moneda era un amplio edificio de ladrillo rojo con varias chimeneas altas y rodeado de una muralla sólida. Delante de él había una estrecha puerta de hierro. En cuanto Abascantio le dio un golpecito en el hombro, uno de ellos cruzó corriendo la calle y se encorvó sobre la cerradura. Abascantio se abrió paso a empujones y se acercó a Indavara.

—No tardará. Tú entra el último y cúbrenos por detrás. Ten la espada preparada.

El agente regresó al otro lado de la calle. Indavara desenfundó la espada y, golpeándose despreocupadamente la pierna con la punta de esta, se acercó a él y se detuvo a su lado.

Pensó en que el día siguiente sería el último que pasaría en Antioquía. No estaba muy seguro de lo que sucedía, pero era evidente que el desenlace era inminente. Estaba contento porque una vez que le pagaran podría decidir qué hacer a continuación.

Le parecía que era mejor no establecerse en ninguna parte; por un lado, porque cada vez que se quedaba demasiado tiempo en un lugar las cosas tomaban un giro hacia lo peor, y, por el otro, porque quería ver más mundo. Viajando hacia el este, las tierras solo parecían ser más calientes, más secas y más inhóspitas. De todo el territorio que había visto desde que había dejado Julia Pietas, lo que más le atraía eran los campos verdes, los ríos y las colinas; transmitían una sensación de tranquilidad, de permanencia. Partiría hacia el norte o regresaría al oeste.

Pero antes gastaría un poco de dinero en esa muchacha. Se llamaba Gala y había pensado en ella a menudo desde que habían estado juntos. La invitaría a dar un paseo con él; eso era lo que parecían hacer los hombres y las mujeres que se gustaban. Y si ella no quería, al menos le preguntaría dónde creía que debía ir.

También podría preguntárselo a Simo cuando fuera a recoger sus cosas a la villa. Simo le caía bien. Parecía amable y no hacía preguntas todo el tiempo. Indavara pensó que incluso lo echaría un poco de menos.

En cambio, al amo de Simo no lo echaría en absoluto de menos. Indavara sabía que había cometido un error en los baños, y no le extrañaba que Córbulos se hubiera

enfadado; era razonable. No era eso lo que le molestaba, sino su carácter. A Indavara le resultaba difícil respetar a alguien que no sabía luchar, que no era capaz de valerse por sí mismo.

Córbulo era, además, arrogante. Indavara podía ver que era inteligente; tenía mucho mundo, hablaba bien y a veces plantaba cara a Abascantio, aunque era el hombre de más edad quien daba las órdenes. Pero no parecía tener tiempo para cualquier otra persona. A veces escuchaba a Simo, pero a Indavara le daba la impresión de que solo se debía a que habían estado juntos mucho tiempo.

Córbulo probablemente había tenido una vida fácil, una familia que había cuidado de él, y dinero para pagarse una educación y todas esas ropas caras. No sabía nada de todo lo que había vivido Indavara; lo que había soportado solo para obtener la libertad y estar libre de cadenas, de muros y de los caprichos de un hombre como Capito.

Indavara había visto a hombres como Córbulo en los juegos. Ricos y satisfechos consigo mismos. Para ellos alguien como él solo servía de entretenimiento o para protegerlos. Indavara no quería trabajar nunca más para hombres como él. Tendría que buscar otra manera de ganar dinero. Era un hombre libre..., libre de elegir las compañías que guardaba.

Pero era una lástima, porque Simo realmente le parecía alguien con quien podría hacer buenas migas. Sí, probablemente lo echaría de menos.

Del otro lado de la calle llegó un silbido alegre.

—Ahora.

Abascantio desenfundó la espada y encabezó el grupo que cruzó la calle. Indavara miró a izquierda y derecha, y los siguió hasta la verja. No había indicios de que alguien se acercara. El forzador de cerraduras esperó junto a la verja a que los demás pasaran y la cerró sin hacer ruido detrás de él. Uno de los hombres llevaba un farol cerrado y abrió unos dedos la pantalla mientras avanzaban hacia la parte trasera de la Casa de la Moneda. El forzador de cerraduras pasó rápidamente junto a Indavara en dirección a una segunda puerta y de nuevo se puso a trabajar.

Indavara se volvió. Por encima de los muros alcanzó a ver varias ventanas iluminadas en las plantas superiores del foro y la basílica. Oyó a un perro gruñir. Parecía estar cerca, como si se encontrara al otro lado del muro. Luego ladró. Abascantio se acercó y se detuvo junto a él, mirando la puerta. No se veía nada, pero oyó otro ladrido y a continuación a un hombre maldecir. Siguió un largo silencio. Cuando el perro ladró por última vez, fue a cierta distancia.

Abascantio exhaló con fuerza y regresó a la puerta, y unos momentos después se abrió. Indavara fue el último en entrar. La fría estancia estaba oscura, pero se veía que era un espacio amplio. Abascantio tomó el farol y, abriendo un poco más la pantalla lateral, lo apremió para que se internara más en el edificio. El aire estaba viciado. A Indavara se le metió polvo en la nariz. Se la apretó y logró no estornudar. Se adentraron en un pasillo estrecho y se detuvo. Miró por encima del hombro del

hombre que lo precedía; más adelante había luces.

Con Mayor encabezando el grupo y Simo detrás de él, Casio se abrió paso a empujones a través del denso torrente de juerguistas que abarrotaba la pendiente en dirección al río. Le cayó en el hombro un pedazo de piel animal en llamas de una antorcha. Lo apagó maldiciendo mientras se encaminaba a la relativa seguridad de la calle que llevaba a la cofradía.

Aunque todavía no tenía ni idea de qué podía significar ese nuevo descubrimiento, o de cómo podía estar relacionado con Octobriano, la intuición inicial de Casio había sido correcta: al menos un miembro de los Hijos de Antioquía había estado involucrado en el robo del estandarte imperial.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Mayor.

—Por aquí.

Casio lo adelantó por la calle. Esperó a que pasara otro grupo de juerguistas y se acercó a la verja de la cofradía. Más allá de las rejas solo había oscuridad; no se veía ninguna luz en los jardines o en la villa. Casio intentó abrir la verja. Estaba cerrada con llave. Hizo señas a Mayor para que se acercara y sacó la espada. Había una campana como la que colgaba junto a la verja lateral. Llamó sin pararse a pensar, convencido por alguna razón de que no saldría nadie de la oscuridad.

Aparte del ligero golpeteo de la lluvia y el ruido de las festividades, lo único que se oía era el susurro de los altos árboles meciéndose en la brisa.

—Simo, ve a la taberna de la esquina. Necesito una escalera y un farol; paga lo que sea necesario. Date prisa, hombre. Mayor, tú sígueme.

Simo echó a correr hacia la taberna mientras empezaba a rodear el muro en dirección a la esquina. Un bullicioso grupo de jóvenes pasó junto a ellos, cantando y bebiendo. Casio subió la cuesta hasta la verja lateral y atisbó dentro. No había luces ni ruidos. Golpeó la campana, pero tampoco hubo respuesta.

Volvió sobre sus pasos y vio a Simo salir de la taberna con un farol en la mano. A poca distancia lo seguía un tipo menudo con una escalera de mano bajo el brazo. Casio enfundó la espada y cogió la escalera.

—Gracias. Ahora vete.

—No vas a entrar allí, ¿verdad? —le preguntó el hombre, señalando con la cabeza la cofradía.

—Eso no te incumbe. Vuelve a la taberna.

—Te lo devolveremos todo —dijo Simo.

—Después de lo que has pagado por ello, puedes quedártelo —replicó el hombre mientras se alejaba—. Pero no digas a nadie que te he ayudado a entrar en esa villa.

Casio apoyó la escalera contra la pared al lado de la verja.

—Tenemos que darnos prisa, esta noche habrá muchos sargentos rondando las calles.

Se subió a lo alto y se encaramó sobre el muro de piedra tosca.

—Ahora vosotros dos. Deprisa.

Sujetó la escalera mientras Mayor y a continuación Simo lo seguían. El muro tenía más de medio metro de ancho y tuvieron mucho espacio para maniobrar mientras recogían la escalera y la descolgaban por el otro lado. Una vez estuvo firmemente apoyada en el suelo, Casio bajó. Al saltar del último peldaño desenfundó de nuevo la espada. Las gruesas ramas de los árboles que tenían ante ellos ocultaban por completo la villa.

—Vamos.

Una vez que los demás saltaron, tomó el farol de Simo y, apartando las ramas, los condujo a la villa hasta que llegó a una extensión abierta de césped. Cuando vio la oscura mole del edificio alzarse ante él, se detuvo a escuchar. El ruido de las festividades de la orilla parecía distante. La villa estaba en silencio.

Mayor se acercó y le habló al oído.

—¿Qué clase de lugar es este?

—La sede de una cofradía. Y algo más.

—No me gusta. Hay demasiado silencio. ¿Por qué estamos aquí?

—Ya me preocupo yo de por qué. Tú preocúpate de si hay alguien más.

Casio se aventuró a acercarse a la puerta abovedada. Abrió del todo la pantalla lateral del farol y se lo tendió a Mayor. La puerta no estaba cerrada con llave, solo trabada. El miedo le secó la garganta cuando puso la mano en el picaporte, pero no lo detuvo. Se preguntó qué era lo que lo impulsaba a seguir adelante. ¿La curiosidad? ¿O un simple deseo de poner fin a ese maldito asunto? No importaba. Pero tenía que ver la villa por dentro.

Levantó lentamente el picaporte y abrió la pesada puerta. Mayor se acercó a él sosteniendo el farol en alto. Se quedaron mirando la enorme sala que ocupaba la parte delantera de la villa. Había un par de lámparas de aceite encendidas que proyectaban círculos de amarillo turbio en la profunda oscuridad.

Casio entró, seguido de Mayor y de Simo. La sala estaba aún más desnuda de lo que había parecido desde fuera, con solo unos pocos muebles y unas alfombras muy gastadas. Encima de una mesa había varias capas y mantos. Casio siguió andando, sabiendo que, si se detenía, tal vez no podría dar otro paso.

Llegó al fondo de la habitación. A la derecha había un amplio corredor que conducía a la parte trasera de la casa; a la izquierda, una pared. Delante de él, una escalera empinada descendía hasta una puerta que habían dejado entreabierta. Mientras bajaba hacia ella, a Casio le asaltó un olor que conocía bien. El olor de la sangre; el olor de la muerte.

Indavara se sorprendió; en primer lugar, porque había contado con que Abascantio avanzara despacio en lugar de darse prisa; y segundo, porque ante ellos no había un

grupo reducido, sino una docena de hombres por lo menos.

El pasadizo desembocaba en un gran almacén de altas paredes y techo abovedado iluminado por varios braseros gigantes. En los bordes del almacén había innumerables tarimas y herramientas amontonadas que recordaron a Indavara la fábrica de vidrio. Los hombres estaban reunidos alrededor de una gran mesa de madera. Lo que habían puesto encima estaba cubierto por una sola sábana blanca.

Todos los hombres se volvieron y observaron cómo los recién llegados entraban con resolución en el almacén. Indavara advirtió que no había miedo ni inquietud en sus rostros. Solo parecían sorprendidos. Reconoció un solo rostro: Octobriano.

El procurador estaba de pie junto a un hombre alto y delgado con un manto de color púrpura sobre la toga. Cuatro de los otros hombres parecían empleados o ayudantes. Los otros ocho eran legionarios y se acercaron a Octobriano y al hombre alto para protegerlos, apartando los mantos y agarrando las empuñaduras de las espadas. Uno era un centurión que llevaba un casco de penacho rojo como el de Córbulos.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó el hombre alto, entornando los ojos cuando Abascantio se detuvo junto a la mesa.

—Podría hacerte la misma pregunta, gobernador Gordio.

—Por todos los dioses, estás pisando terreno resbaladizo. Enfunda esa arma y diles a tus hombres que hagan lo mismo, y responde: ¿qué haces aquí?

Abascantio guardó la espada en la vaina e indicó con la cabeza a los demás, incluido Indavara, que hicieran lo mismo.

—Recordarás que me pidieron que llevara un cargamento muy valioso a la capital.

—Por supuesto —respondió Gordio con impaciencia.

—Tengo motivos para creer que el procurador aquí presente es responsable de su robo.

Octobriano se echó a reír.

—¿Cómo? —replicó el gobernador—. ¿Lo han robado? ¿Cuándo?

Abascantio asintió en señal de aprobación.

—Muy bueno, gobernador. Casi convincente.

—Esto es absurdo —siseó Gordio—. Primero me acusas de estar conchabado con los persas y ahora este ultraje.

Abascantio miró a Octobriano y continuó hablando tranquilamente.

—Estoy seguro de tu participación. Lo que me interesa ahora es averiguar tu papel en todo esto. Puedes olvidar todo el teatro; tu actuación es admirable, pero ni siquiera tú sobrevivirás en esta conspiración.

Gordio se encendió. El centurión había clavado en Abascantio una mirada pétrea y daba golpecitos en la espada con el pulgar.

—¡Por Júpiter, tienes coraje! —exclamó el gobernador—. No tengo ni idea de por qué Marcelino te confió a ti esa tarea. Ojalá los palmiranos te hubieran capturado...

nos habríamos ahorrado tu ineptitud y tus disparatadas fantasías.

—Gracias a este desgraciado, estuvieron en un tris de hacerlo —replicó Abascantio, señalando con la cabeza a Octobriano—. En cualquier caso, hay una forma muy sencilla de averiguar qué está pasando exactamente aquí.

Se precipitó hacia adelante, agarró la sábana y la arrancó de la mesa. Mientras caía flotando al suelo, todos los presentes se quedaron mirando el oro brillante que cubría la mesa. Indavara no vio plata ni piedras preciosas; solo hileras de monedas en cajas de madera con ranuras.

Abascantio se quedó inmóvil un instante antes de coger una de las monedas.

—Ya lo creo que la hay —respondió Gordio, mirando al agente con imperioso desdén.

Octobriano apoyó las manos en el borde de la mesa.

—Los primeros áureos romanos emitidos en Antioquía en casi tres años. Son prototipos..., los acabaron ayer. Una buena efigie del emperador, ¿no te parece?

—¿Por qué no se me ha informado? —preguntó Abascantio, tembloroso.

—¿Por qué, en nombre de los dioses, te crees lo bastante importante para ser informado? —bramó Gordio—. Tu ego desmesurado y tus métodos chapuceros ya han manchado durante demasiado tiempo la reputación de mi personal. Entregarás de inmediato tu cabeza de lanza. Estarás bajo arresto domiciliario hasta que regrese Marcelino. Él decidirá qué hacer contigo.

Abascantio miró primero a Gordio y luego a Octobriano. El procurador esbozó una sonrisa.

—Tú. Lo has montado todo para desacreditarme.

Octobriano negó con la cabeza. La sonrisa burlona persistió.

Abascantio dejó caer la cabeza de lanza y se precipitó hacia el otro extremo de la mesa, donde intentó agarrar al procurador por el cuello. Gordio se colocó frente al hombre más menudo y le obstruyó el paso. Abascantio solo tuvo tiempo para empujar al gobernador una vez. El centurión fue rápido; Indavara ni siquiera oyó desenfundar la daga. El soldado ya sostenía la hoja brillante cerca de la garganta de Abascantio.

Doce hombres se llevaron una mano a la espada.

—¡Que nadie se mueva! —bramó el centurión.

Con la mano libre empujó con suavidad al gobernador por la espalda y lo apartó de Abascantio. Bajó la vista hacia el agente, que seguía despatarrado en la esquina de la mesa.

—Si desenfundáis todas esas espadas, tendremos una escena sangrienta. Mis muchachos os superan en número en una proporción de dos a uno. Diles que se rindan, que entreguen sus armas y que nos acompañen.

Indavara solo veía la parte posterior de la cabeza de Abascantio.

El centurión acercó más la hoja.

—¿Y bien?

Indavara se volvió. Si echaba a correr, probablemente podría huir. Pero ¿qué

posibilidades tendría de cobrar su paga si abandonaba a Abascantio? ¿Y cuáles podían ser las consecuencias de resistirse a los soldados?

—Está bien —dijo al agente—. Hacedlo.

Indavara no había quedado particularmente impresionado con los otros tres agentes de Abascantio, y no se sorprendió cuando se descolgaron la correa portaespadas inmediatamente y las dejaron caer al suelo. Cuatro de los legionarios avanzaron hacia Indavara, que todavía tenía la mano en la espada.

—Tú también, hombre de una sola oreja —le ordenó el centurión.

—Haz lo que te dice, Indavara —dijo Abascantio sin volverse—. Recuperarás el arma más tarde. Esto no durará mucho.

Indavara se quitó la correa de la espada y la dejó en el suelo.

El centurión se apartó de la mesa, pero mantuvo el puñal en la mano mientras señalaba con la cabeza la correa portaespadas de Abascantio. Este se irguió y se la descolgó, y levantó la cabeza de lanza.

—Olvídate de un arresto domiciliario —gruñó Gordio, poniéndose bien la túnica—. Irás a la torre prisión con el resto de la chusma.

—¿Cómo? —repuso él entre dientes.

—Dejando a un lado tu osadía al poner tus sucias manos sobre mí, ¿crees que voy a dejaros sueltos a ti y a tus lacayos con la delegación persa que llega por la mañana? Ya has hecho bastante daño. Nos dirás exactamente lo que pasó y encargaré al general Ulpiano y al magistrado Quarto que recuperen lo que tú has extraviado. Reza para que no sea demasiado tarde.

—No se ha extraviado nada. Lo robaron. No puedes utilizar a Ulpiano o a Quarto; tiene que haber sido uno de ellos.

Meneando la cabeza, el gobernador extendió el brazo y tomó la cabeza de lanza de Abascantio.

—No tengo ni idea de por qué te obstinas en creer que Octobriano quiere desacreditarte cuando has hecho un trabajo impecable tú solo. —Gordio se volvió hacia el centurión—. Apartadlo de mi vista.

Al igual que las paredes de la caverna, el túnel había sido revestido de yeso y moldeado para que pareciera roca. Sobre la superficie ondulada se proyectaba el círculo de la luz procedente del farol semicerrado mientras Casio avanzaba por la suave pendiente del túnel. Cada pocos minutos se volvía para asegurarse de que Mayor y Simo estaban detrás de él. El olor era cada vez más intenso; el frío también iba en aumento.

El túnel se ensanchaba de repente. Ante ellos se erguía la parte posterior de la escultura de Mitra y más allá la oscura extensión de la caverna en sí. Solo había dos braseros encendidos cerca de los bancos del fondo. Casio se detuvo, y los tres permanecieron en silencio detrás de la escultura, escuchando de nuevo. Un viento

débil y sibilante recorría la caverna. Casio reparó en los orificios que había detrás de los ojos del dios. Dentro de cada uno había una especie de vidrio o cristal. Detrás había ceniza donde debían de haber colocado las brasas calientes. También había una jarra de agua en el suelo, debajo de la boca de la serpiente. Casio lamentó que Indavara no pudiera verlo; y admitió para sí que, si bien Mayor parecía lo bastante capaz, no le habría importado tener al exgladiador a su lado.

Se asomó por detrás de las patas traseras del toro. La parte delantera de la caverna estaba oscura. Se subió a la plataforma sabiendo que sería un blanco fácil para cualquiera que se escondiera en la oscuridad, pero no pasó nada. Caminó por delante de la escultura con el farol todavía en la mano.

La luz se reflejó en dos puntos verdes. Unos ojos lo miraban desde la parte delantera de la plataforma. Retrocedió hasta la escultura.

—¿Qué pasa? —le preguntó Mayor.

—He visto... algo.

—Por Plutón, vaya olor —susurró el guardaespaldas.

Casio volvió a avanzar. Enfundó la espada y abrió la pantalla del farol para iluminar bien todo. Notó el hierro caliente en los dedos. La luz se extendió por la caverna.

En el espacio entre la primera hilera de bancos y la base de la plataforma había por lo menos veinte cuerpos. Pese a notar la mano de Simo en el brazo, Casio siguió andando con el farol en alto.

Esos hombres no solo habían muerto asesinados, los habían despedazado. Los ojos que Casio había visto pertenecían a un hombre tendido contra la plataforma. La parte inferior del rostro —la boca, la barbilla y la mandíbula— era un amasijo sanguinolento de carne rosada y hueso saliente.

A Casio se le revolvió el estómago. Mayor vomitó, y el líquido cayó ruidosamente contra el suelo. Simo se apoyó contra la escultura. Se volvió y vio la expresión implacable del dios Mitra, mirando hacia el cielo mientras cortaba el cuello del toro.

—¿Quién ha podido hacer algo así, señor? ¿Y por qué?

Casio se dirigió al lado derecho de la plataforma y bajó los escalones. Se preguntó vagamente si todavía habría alguien con vida, pero en cuanto pasó junto a más cuerpos se dio cuenta de que los asesinos no habían dejado abierta la posibilidad. La mayoría de los muertos habían sido atacados al menos dos veces por encima del cuello; unos impactos demoledores que habían dejado profundas heridas en los rostros y los cráneos. Hundió las botas en la sangre al caminar entre los cadáveres.

Divisó una túnica roja y sostuvo el farol sobre el cuerpo sin vida. Le habían golpeado el rostro hasta dejarlo irreconocible, pero luego reparó en el brazo atrofiado. El centurión Turpo. No muy lejos estaba el comerciante de oro. Casio todavía no recordaba su nombre, pero sí la ostentosa colección de anillos que llevaba en ambas manos. Los asesinos se los habían dejado.

Más allá de la aglomeración principal de cadáveres, había un pequeño grupo de cuatro. Habían caído entre la primera y la segunda hilera de bancos. Uno era de una mujer, tendida boca abajo y con un corte irregular en la parte superior de la cabeza. Casio se arrodilló a su lado y le apartó el cabello del rostro. Los ojos de Bacara estaban abiertos, pero tenían las pupilas rodeadas de sangre ennegrecida.

A su lado estaba Silo tumbado de espaldas; le habían desgarrado toda la mejilla derecha.

Otro hombre yacía de lado, aferrando todavía una larga y estrecha espada de caballería entre los dedos. El cabello desgreñado era inconfundible. Había poca sangre en él; solo un gran agujero en la túnica y un orificio en la carne encima del corazón. Justio Pitión *Dos Dedos* era el único que había tenido el tiempo, la conciencia o el ingenio suficientes para sacar el arma y tratar de defenderse.

La espada del último hombre todavía estaba enfundada. En la empuñadura había grabada una dedicatoria a Marte. Casio examinó de cerca la hebilla de su cinturón. Era de plata y había un nombre grabado en ella. Tarquinio. Casio desplazó la luz sobre el desagradable corte que tenía en el cuello y vio un rostro hermoso de facciones duras y coronado por una fina mata de cabello cano.

Casio se irguió y reparó de nuevo en la posición de esos cuatro cuerpos. Se preguntó si Tarquinio y su viejo camarada Pitión —junto con Bacara y Silo— habían contemplado cómo los otros eran masacrados, esperando a que los asesinos se volvieran contra ellos.

Se dirigió al fondo de la caverna y se apoyó contra la pared, notando el calor de los braseros cerca. Simo y Mayor estaban hablando, pero Casio no oyó una palabra de lo que decían. Contempló la maraña de cadáveres. No había señales del cuerpo envejecido de Ulpiano ni de la inconfundible mole de Quarto. ¿Había tenido razón él desde un principio? ¿Habían tomado el estandarte y el tesoro uno de ellos o los dos? ¿Habían utilizado a los miembros de ese culto y a los demás para sus propios fines y los habían liquidado una vez que habían dejado de serles útiles?

Quienquiera que fuera quería cubrir sus huellas; atar todos los cabos sueltos en un frenesí asesino. Y su maniobra de distracción para alejar a Abascantio había tenido éxito. Casio se maldijo por haber formado parte de ello. Se había tragado cada palabra que había dicho Silo sobre Octobriano, sin ni siquiera molestarse en confirmar o corroborar nada. Se preguntó cuáles eran los verdaderos nombres de Bacara y del joven. Ya no importaba.

Salió precipitadamente de la caverna y entró en la antesala buscando un poco de agua. Solo había una botella polvorienta de vino viejo. Pero tenía que beber algo, llenar el amargo hueco en las entrañas.

Antes de que pudiera cogerla, se oyó un ruido metálico. Salió y vio que la leña que había ocupado el otro extremo del pasadizo había caído. Los leños estaban desperdigados por el suelo. Más allá había un túnel oscuro. El sonido provenía de allí.

Llegaron Mayor y Simo.

—Por todos los dioses, han estado aquí —susurró Casio.

Pasó junto a los demás a empujones y echó a correr de inmediato por el túnel. Este descendía durante unos cuarenta pasos y se nivelaba a medida que se curvaba a la derecha. Casio reconoció el sabor del agua salobre; se dirigía de nuevo al Orontes.

Por las múltiples huellas en el barro grisáceo que cubría el suelo Casio calculó que eran cinco o seis por lo menos. Cuando vio una luz ante ellos, cerró el farol y se detuvo.

—No deberíamos seguirlos —le susurró Mayor al acercarse a él.

—Señor, creo que tiene razón —añadió Simo—. Ya has visto lo que han hecho.

Haciendo caso omiso de ambos, Casio continuó avanzando. Tras otros cincuenta pasos divisaron una puerta. Había luz al otro lado de ella, a cierta distancia. El túnel era bajo por allí y tuvo que inclinar la cabeza.

Se acercó a la puerta, y vio que el túnel acababa justo por encima de un embarcadero. La luz provenía de un farol que colgaba de la mano de un hombre que iba detrás de un pequeño grupo. En un instante había desaparecido a grandes zancadas por el embarcadero en dirección a la plaza. Casio alcanzó a oír a los asistentes del festival cantando y gritando.

Abrió la pantalla del farol para iluminar bien la verja. Había sido excavada en los muros y estaba cerrada con llave.

—Ahí están —siseó cuando Mayor y Simo lo alcanzaron. Aferró las rejas de la verja y las sacudió—. ¡Ahí mismo!

Se dio media vuelta y volvió a abrirse paso entre ellos a empujones.

—¡Vamos!

Cuando, más tarde, evocara esa noche, Casio no recordaría que se había precipitado de nuevo a través del túnel, cruzado la villa y salido al jardín. Tampoco recordaría que había subido la escalera de mano y bajado a la calle. Sin embargo, siempre recrearía la escena que apareció ante él tras correr hasta el embarcadero.

Cada palmo de suelo parecía estar ocupado. Había dejado de llover, y las antorchas se balanceaban por encima de las cabezas de los juerguistas que lanzaban flores secas al aire o bailaban al ritmo de una cacofonía poco coordinada de tambores. Pandillas de jóvenes bebían directamente de botellas de vino riéndose, cantando y empujándose unos a otros.

Casio se precipitó hacia el lado de la calle y se subió de un salto a un barril. Miró hacia el mar de cuerpos y rostros. Debía de haber un millar de personas allí reunidas. Si los asesinos se dirigían de nuevo a la ciudad, tendrían que abrirse paso a través de la multitud.

Mayor fue el siguiente en llegar. Había enfundado la espada y jadeaba. Simo todavía bajaba trotando la colina, con una mano en el pecho. Casio había dejado el farol en el suelo, y mientras bajaba de un salto, reparó en que las botas del guardaespaldas estaban manchadas de sangre después de haber cruzado dos veces la caverna. Sus botas estaban en un estado parecido.

—Ellos también tendrán sangre en las botas —les dijo—. Irán en grupo y llevarán armas.

Sin pensárselo dos veces, Casio recogió el farol del suelo y echó a correr hacia la masa de gente. Se abrió paso hacia la izquierda, apretujándose entre los cuerpos, y en unos instantes quedó cubierto de flores y vino.

Le llamaron la atención dos figuras situadas a unos seis metros delante él, cerca del río, que se abrían camino con dificultad a través del gentío sosteniendo en alto unos faroles. Casio apartó a un anciano menudo para tener una perspectiva mejor. Había otros detrás de esos dos, avanzando también con determinación; era evidente que no participaban del ambiente festivo.

Casio cobró ánimo y una vez más se abrió paso a empujones. Era difícil hacer progresos, pero su estatura le permitía ver por encima de la multitud y seguir los faroles. El hombre que iba al frente se volvió y gritó algo a los demás. Luego cambió de dirección; se encaminó al cerro y a la ciudad que se extendía más allá.

Casio tropezó. Agitando las manos mientras caía, soltó el farol. Se hizo añicos al estrellarse y se encontró tendido en el suelo, mirando los fragmentos de vidrio que centelleaban a la luz de las antorchas que había en lo alto. Se puso de rodillas, y un hombre corpulento que estaba cerca lo sujetó por el cinturón y lo ayudó a levantarse.

—Ya está, amigo.

—Gracias.

—¡Un trago por Apolo! —exclamó el juerguista tendiéndole una botella de vino.

Ignorándolo, Casio se alejó. Miró por encima del mar de cabezas y vio al grupo cruzar de izquierda a derecha justo delante de él. Se coló entre dos hombres que cantaban a pleno pulmón, y de pronto se topó con el cabecilla. Este tenía una mueca llena de determinación mientras abría la marcha a través de la multitud.

Casio se detuvo cuando el hombre pasó a menos de un metro de distancia, y reparó en el grueso cinturón y en una espada en buen estado. Los demás iban ataviados del mismo modo. Casio bajó la vista hacia sus botas con clavos. No había rastro de sangre ni del lodo gris del túnel. El escuadrón de legionarios siguió su camino.

Se volvió en todas direcciones, buscando desesperadamente alguna señal. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que los hombres salieron del túnel? ¿Ya lo habían adelantado? ¿Podían haber cruzado la multitud incluso antes de que él llegara?

De pronto vio los tres bastones. No podía ver a los hombres que los blandían, pero los siguió. El camino no tardó en verse obstruido por unos veinte individuos colocados en círculo. En el centro había un tambor. Con los brazos entrelazados los demás levantaban las piernas siguiendo el ritmo.

Casio dio un golpecito en el hombro a uno de los hombres.

—¡Necesito cruzar el río!

El juerguista negó con la cabeza. Casio intentó pasar por la fuerza. El hombre lo empujó por el hombro.

—¡Da la vuelta, estúpido!

Casio se puso de puntillas. Los bastones se desplazaban hacia su izquierda, alejándose del río. Se agachó e intentó abrirse paso entre dos hombres. Creía que había pasado cuando de pronto notó que alguien tiraba de él por el cinturón. Se retorció y vio al mismo hombre mirándolo fijamente. El sirio era bajo pero fornido, y de repente se le veía muy borracho. Agarró a Casio por la túnica con la mano izquierda mientras le clavaba el puño derecho en el estómago. Jadeando, Casio se tambaleó hacia atrás. No consiguió recuperar el aliento y cayó. A continuación sintió dos manos debajo de los brazos.

—Te tengo, señor. —Simo lo ayudó a levantarse y lo sostuvo mientras se recobraba.

Mayor también apareció, lo que bastó para que el borracho se alejara rápidamente entre la multitud. El guardaespaldas despejó un camino mientras Simo sostenía a Casio para caminar hacia el río. Había un poco de espacio en el borde de la plaza, justo encima del embarcadero. Simo sentó a Casio contra un bolardo de piedra.

—Quédate un momento aquí, señor.

—Los hombres de los bastones...

—Espera a recobrar el aliento, señor.

Casio intentó levantarse para intentar señalar por lo menos, pero Simo le puso las dos manos sobre los hombros.

—No..., Simo..., podrían ser... —Casio se inclinó hacia adelante e hizo una mueca de dolor mientras tomaba profundas bocanadas de aire.

—Eso es, señor.

Al cabo de un rato levantó la cabeza y bajó la vista hacia el embarcadero. Amarrado al último pontón había un largo bote de remos. Al final del pontón había tres faroles colgados de un poste de madera. Debajo, cuatro hombres arrodillados se lavaban las manos en el río. Iban vestidos igual, con pantalones holgados negros y túnicas sin mangas.

—Eso es, señor —le dijo Simo—. Respiraciones profundas y lentas.

Uno de los hombres se había quitado las botas. Las sumergió en el agua, limpió la suela con la mano y se las puso de nuevo. Se levantó y se reunió con los otros, que estaban subiendo al bote de remos. Todos llevaban al hombro sacos pesados que dejaron en el fondo de la embarcación antes de coger un remo.

Casio se puso en pie.

—¿Señor? ¿Qué pasa?

Casio lo ignoró y, apretándose con una mano el estómago dolorido, se precipitó a lo largo de la pared en dirección al pontón.

Dos de los hombres habían llevado consigo faroles al bote. El último lo descolgó del poste una quinta figura que esperó a que las demás se acomodaran para subir a la popa. Los hombres soltaron las amarras e impulsaron el bote con las manos para alejarlo del embarcadero.

El quinto hombre tenía el farol en el regazo, y mientras el barco se acercaba a la corriente principal del río Casio alcanzó a verle claramente el rostro.

—Kaesó Escauro.

XXXI

En el interior del carro cubierto hacía calor y faltaba el aire. El legionario sentado a la derecha de Indavara dormitaba. Los hombres de Abascantio estaban sentados en hilera frente a él. Apenas habían parado de hablar desde que habían salido de la Casa de la Moneda.

—Llevo diez años trabajando en esta provincia, ¿y así es como me lo pagan?

—Creo que esta vez Cara Picada ha perdido. Te dije que no estábamos buscando donde debíamos. Octobriano no tiene el arrojo para hacer algo así.

—Callaos vosotros dos —les dijo Salviano, quien, además de ser el más corpulento, era el mayor de los tres—. Esto no se ha acabado, ni mucho menos. Gordio se ha pasado de la raya.

—Yo no estoy tan seguro. Aba agotó todos sus favores hace mucho. Marcelino y el resto estarán más que encantados de verlo caer en desgracia. ¿Y en qué posición nos deja eso?

Salviano habló de nuevo.

—Lo conozco desde hace mucho más tiempo que tú y ha pasado por cosas peores. Creo que nos habrá sacado a la calle al amanecer. Ahora callaos.

Indavara cobró ánimos al oír ese último comentario, pero cuando el carro se detuvo y los hicieron bajar esposados, cayó en la cuenta de que regresaba a la torre donde tenían preso al padre de Simo. Mientras los conducían a punta de lanza por las escaleras, le invadió una creciente sensación de pánico. Y en cuanto le llegó el hediondo olor que desprendían los presos y se acercó a los barrotes de hierro, vio con toda claridad que si dejaba que lo encerraran en esa celda, nunca saldría.

Herminio volvía a estar de guardia. Lanzando una mirada intrigada a Indavara — que era el último de la fila—, abrió la puerta de par en par. Los demás guardaron silencio. Un empujón en la espalda por parte de uno de los legionarios e Indavara se vio casi dentro de la celda. Se volvió.

—No voy a entrar ahí.

—No me lo digas: eres inocente —replicó Herminio con una sonrisa burlona.

—No lo entiendes. —Indavara se secó el sudor que le caía por la frente—. No puedo entrar ahí.

Los guardias se rieron.

—Es curioso, no tienes aspecto de cobarde —añadió Herminio—. Entra.

—Te lo he dicho. No puedo.

Otro de los guardias apuntó la lanza hacia el rostro de Indavara.

—Ya lo has oído.

Herminio empujó a Indavara en el hombro. No se movió.

—Tendré compasión de ti y daré por hecho que no oyes muy bien porque solo

tienes una oreja. Esta es tu última oportunidad. ¡Entra!

Herminio lo empujó otra vez. Pero Indavara le agarró la mano o, más exactamente, dos de los dedos. Con un solo movimiento de la muñeca se los dobló sobre sí mismos, clavándoselos justo debajo del nudillo.

Herminio dejó escapar un grito y se alejó tambaleándose, mirándose la mano.

Dos de los guardias arremetieron con sus lanzas. Indavara no tuvo más remedio que moverse hacia atrás. Tropezó con la parte inferior de la verja y cayó en el interior la celda. Uno de los guardias empujó la puerta. Se cerró con un sonido metálico, y otro hombre se adelantó y echó la llave.

—Cabrón de una sola oreja —espetó Herminio—. Pagarás por esto. ¡Por la ira de los dioses que pagarás!

Indavara se levantó del suelo. Apenas reparó en los demás presos mientras cruzaba la celda hasta la ventana. Se volvió y miró el cielo negro.

—Por César. Entonces tendremos que robar uno.

Tras despedir a Simo con órdenes de encontrar a Abascantio y contarle todo lo que habían visto, Casio y Mayor habían estado buscando en vano por el embarcadero un bote tripulado.

A lo largo del último pontón había un bote de remos de unos tres metros y medio de longitud. Casio corrió hacia él y se arrodilló buscando los remos. Encontró un par escondidos debajo de los tres asientos.

—No hay escálamos para fijarlos, pero servirán. Mayor, suelta las amarras.

Casio bajó y sacó los remos de debajo del asiento. El guardaespaldas dejó caer el amarre dentro de la embarcación y se subió después de él. Casio lo impulsó con una mano y le pasó un remo a Mayor.

—Tendremos que remar..., tú lo harás por la derecha.

El pequeño bote se zarandeó de forma alarmante mientras los dos hombres se acomodaban, Casio en el asiento delantero y Mayor en el trasero. Dándose cuenta de que la correa portaespadas lo entorpecería, Casio se la quitó pasándosela por la cabeza.

A continuación tomó el remo y lo sumergió en el agua, propulsando la embarcación hacia el río. Sintió un gran alivio al ver que bajaba la marea; habría supuesto un gran esfuerzo remar a contracorriente y seguir el ritmo de la embarcación de Escauro. Casio calculó que este estaba a unos cien metros de distancia, pero sería fácil seguirlo con los faroles todavía encendidos.

Así continuaron hasta que Casio notó que le ardían los brazos y le caía sudor por la espalda. A su izquierda había altos bancos de juncos; a su derecha, las luces diseminadas de la ciudad. De vez en cuando les llegaba un fragmento de canción a través del agua.

Kaeso Escauro. Casio no podía creerlo. ¿El ostentoso anfitrión, ese hombre

vulgar y casi cómico, un ladrón y asesino? Casio se recordó que ese hombre era traficante de esclavos. No iba contra toda lógica pensar que tenía en muy poca estima la vida humana, o que estaba dispuesto a utilizar y deshacerse de cualquier persona para salirse con la suya. En la cena que había dado se había producido esa escena con el joven esclavo en la que su naturaleza cruel se había puesto de manifiesto. Y Antonia creía que ya había renunciado a obtener un cargo en la ciudad, y se había mostrado inusitadamente grosero y poco político; ¿había sabido que sus días en Antioquía estaban contados?

¿Y qué había del estandarte? Si actuaba él solo, ¿entendía siquiera el verdadero significado del objeto que se hallaba en su posesión? Si trabajaba para otros, ¿para qué lo querían?

Obligándose a sí mismo a concentrarse en la tarea que tenía entre manos, Casio logró mantener el rumbo con varias remadas amplias. Mayor impulsaba el bote por detrás y él tenía que estar atento para compensarlo.

Pasaron por un tramo de la orilla rodeado de restos de las antiguas murallas de la ciudad y siguieron el canal oriental donde el Orontes se bifurcaba y rodeaba la isla. Una o dos veces Casio oyó el sonido de agua agitada cerca de la orilla; supuso que eran ratas. Miró y vio que el bote de Escauro se estaba alejando. Aumentó el impulso de la remada.

No tardaron en deslizarse bajo los arcos del puente más cercano, pasando junto a las algas saladas y malolientes que se aferraban a los ladrillos. En esos momentos había más embarcaciones fluviales circulando por el río; varios ricos a los que llevaban a sus casas sus sirvientes y algunos borrachos armando escándalo en un barco amarrado.

De pronto se alzaban en la oscuridad los amplios arcos del puente de Adriano. Casio aminoró el ritmo y observó cómo el barco de Escauro sorteaba el puente y a continuación se colocaba paralelo a la galera en un embarcadero privado. Señaló a la izquierda, y se dirigieron a la pared del arco más cercano. Levantó el remo y extendió las manos. Al principio solo tocó con los dedos la piedra lisa cubierta de algas, pero luego encontró una argolla de hierro que utilizó para tirar del barco. No tardó en darse cuenta de que había una hilera de argollas; entre Mayor y él impulsaron la pequeña embarcación a lo largo de la parte delantera del arco. Inclinandose sobre la proa, Casio miró el embarcadero.

Estaba bien iluminado por más de una docena de faroles. Escauro ya se había bajado del barco. Tuvo una breve conversación con un guardia cerca de la popa del *Radianes* y se dirigió con determinación a la Casa de los Delfines. Los otros cuatro —cargados aún con las pesadas bolsas que llevaban sobre los hombros— le andaban a la zaga.

Casio se volvió.

—Miremos más de cerca.

Soltaron amarras y dejaron que la marea los llevara más allá del embarcadero,

utilizando los remos solo para mantenerse lejos de la corriente principal. Casio examinó la galera. Calculó que medía veinticuatro metros de largo y unos seis de ancho. La vela y la verga estaban sobre la cubierta, y en esos momentos las cinco hileras de remos descansaban en los orificios practicados bajo la borda. Habían atado varios barriles detrás de la caseta de la cubierta. La galera parecía lista para zarpar.

Al deslizarse más allá de la popa, Casio divisó a un segundo guardia. Manejando con delicadeza el remo para evitar que la barcaza se desplazara, miró con atención el casco de la galera. ¿Había otros barriles debajo de las cubiertas? ¿Los dieciocho barriles pequeños y pesados que había seguido por toda Siria?

—Nos pondremos al costado —susurró.

—¿Cómo dices? —respondió Mayor.

Casio casi se echó atrás. Sería fácil dejar que el bote flotara corriente abajo. Mayor, sin duda, no se quejaría. Pero volvió a apoderarse de él la misma determinación que lo había impulsado en la villa. Si lograba demostrar que el estandarte y el tesoro estaban a bordo del *Radianes*, todo ese asunto estaría resuelto en cuestión de horas. Tenía que averiguarlo.

Casio sumergió de nuevo el remo en el agua y avanzó hacia la galera. Mayor soltó un largo suspiro, pero desempeñó su papel. Se acercaron a la galera muy despacio hasta detener la barcaza a escasos metros del casco alto. Maniobrando entre dos de los remos largos, se colocaron de costado con un ligero golpe. Casio recogió el cabo y lo ató alrededor del remo que tenía justo encima de la cabeza. Indicó a Mayor por señas que los separara con el brazo para evitar que los cascos chocaran de nuevo.

Casio bajó la vista hacia su correa portaespadas y pensó en cogerla, pero sabía que le estorbaría o la golpearía contra algo. Todavía tenía la daga. Regresó al asiento central y miró a Mayor.

—Si pasa algo, da unos golpecitos en el casco —susurró—. Regresaré lo antes posible.

Se puso en pie sobre el asiento, apoyándose con una mano en la galera para mantener el equilibrio. A continuación puso una bota en el orificio de un remo y, agarrándose con ambas manos a la barandilla lateral, tomó impulso hacia arriba y saltó por encima de la borda. Se agachó en la cubierta, que seguía mojada de la lluvia.

Se encontraba cerca del mástil. Se quedó ahí parado unos instantes viendo cómo los soldados seguían montando guardia a cada lado de la embarcación. En medio de la cubierta de popa había un cuadrado oscuro que supuso que era la escotilla principal. Se puso a cuatro patas y gateó hacia ella tanteando con una mano por si había algún obstáculo.

Una vez allí, levantó la cabeza y vio el camino iluminado que llevaba al ala sur de la villa. Hacia la derecha la hierba descendía hacia la explanada donde días atrás había contemplado las payasadas de Escauro y hablado con las hijas del gobernador.

Agachándose, rodeó el borde de la escotilla. Alcanzó el primero de los anchos peldaños y bajó de espaldas muy despacio. Reconoció el olor a brea; tal vez el casco

de la galera había sido recubierto hacía poco para emprender una larga travesía.

Cuando llegó al final, apenas veía un metro por delante de su rostro. Pero mientras se arrastraba hacia la proa confiando en que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad, se le ocurrió utilizar la luz procedente de los orificios de los remos para medir su avance. Más allá del último par de orificios había un corto tramo de escaleras que bajaban. Siguió avanzando y vio una escotilla abierta por la que entraba suficiente luz de la luna para iluminar la bodega de proa. Se levantó y emprendió su búsqueda.

Se movía despacio y con cuidado, para no mover nada y no hacer ruido. A la izquierda de la bodega solo encontró aparejos de navegación: vergas, cuerda, planchas, lona para velas. Junto a la popa había barriles de agua y bandejas de comida. Ya no había ninguna duda: el *Radianes* se dirigía a algún lugar.

A la derecha había una lona extendida sobre algo. Casio la apartó con cuidado y se arrodilló delante para averiguar qué había debajo. Alargó las manos y encontró el primero de los pequeños barriles. Parecía tener el tamaño adecuado. Lo agarró por ambos lados e intentó moverlo. Era pesado, muy pesado.

Intentó abrir la tapa pero estaba sujeta con clavos. Había más barriles, detrás y al lado. Los contó a medida que los tocaba, e iba por el décimo cuando encontró uno con la tapa suelta. Trató de abrirla con los dedos, pero seguía fijada por un par de clavos. Sacó la daga y concluyó el trabajo, levantando la mitad de la tapa poco a poco haciendo palanca. En cuanto hubo un par de centímetros de espacio libre, la abrió del todo con el cuchillo e introdujo una mano.

Deslizó los dedos sobre las monedas frías y amontonadas. Cogió una y, acercándose a la escotilla, la sostuvo en alto. Esa moneda estaba en excelente estado. Incluso a la luz de la luna alcanzó a ver las espadas entrecruzadas conmemorando Artaxata y la efigie de Marco Aurelio. Se la guardó en la bolsa del dinero y sonrió en la oscuridad. Era difícil resistir la tentación de buscar el estandarte, pero se marchó inmediatamente de allí.

Se encontraba a mitad de camino de la escotilla principal cuando escuchó pasos y voces. La embarcación se inclinó ligeramente cuando varias personas subieron a bordo. Casio se agachó junto a un remo, pero enseguida resultó evidente que el grupo se dirigía a la popa. Oyó cómo varios objetos pesados golpeaban la cubierta y rezó a los grandes dioses para que los hombres dejaran el cargamento y regresaran a la villa. Siguió avanzando hacia la escotilla y esperó al pie de la escalera, mirando hacia arriba. Podía oírlos; a juzgar por el ruido que hacían, eran siervos.

—Aquí ya está bien.

—No tan arriba.

—¿Lo atamos?

—No, eso es cosa de los marineros.

—Vamos, volvamos a la cocina. Esta noche traerá las verduras esa tal Helena..., quiero echarle otro vistazo.

—Espera. Necesito mear.

Dos hombres pasaron junto a la escotilla. Casio los oyó bajarse de la galera y oyó el ruido del tercer hombre orinando en el río.

—¡Eh! —El siervo tropezó con la escotilla y saltó al embarcadero, gritando—: ¡Allá hay un bote! ¡Guardias! Hay un bote. ¡Y un hombre!

Casio subió corriendo a cubierta. Casi había llegado a lo alto cuando un pie se le coló entre dos peldaños. Se recuperó y salió tambaleándose a la cubierta. El guardia de la popa acababa de subir a la galera.

—¡Aquí hay otro! —Corrió hacia Casio con la espada en alto.

Casio no se movió. Si conseguía esquivar la hoja, la velocidad del hombre podría arrojarlo por la escotilla. Se agachó, listo para apartarse, cuando algo golpeó al guardia en el rostro. Los pies del hombre desaparecieron por debajo de él y cayó de espaldas frente a Casio.

—¡Todo tuyo! —Mayor pasó de un salto mientras el segundo guardia se subía a la galera.

Los tres siervos corrían por el camino hacia la villa, pidiendo socorro a gritos.

Casio lanzó el puño hacia lo que creyó que era el estómago del guardia. El guardia gruñó, pero aun así logró levantar la espada. Mientras Casio se echaba hacia adelante para arrebatársela de las manos, rozó con la mano derecha un objeto redondo y duro que había sobre el suelo de la cubierta. Era el garrote de Mayor, el objeto que este había lanzado al guardia.

Procurando pasar por alto el entrecocar de espadas a su izquierda, Casio recogió el garrote y golpeó de nuevo con él el estómago del guardia. Este soltó el aire, pero continuó forcejeando. Casio atacó de nuevo, esta vez un poco más abajo. El guardia gimió y rodó sobre el costado.

Casio le arrebató la espada de los dedos al guardia. Se levantó y pasó por encima de él.

Mayor arremetió con la espada contra el segundo guardia. Este la esquivó y él mismo lo acometió con la suya, pero resbaló y cayó hacia delante, apartando la espada de Mayor de un golpe. Demasiado cerca para utilizar las espadas, los hombres lucharon cuerpo a cuerpo gruñendo sobre la cubierta resbaladiza.

Con la espada en una mano y el garrote en la otra, Casio buscó la forma de ayudar a Mayor, pero la pareja enzarzada en la pelea se alejó de él.

Se oyeron gritos en el camino. Los que habían acompañado a Escauro habían salido. Sacaron de la bolsa que llevaban al cinto largas y pesadas cachiporras, y tiraron las bolsas mientras corrían.

Casio estaba a punto de bajar el garrote sobre la cabeza del guardia cuando la pareja que peleaba se estrelló contra la cubierta. Mayor se recobró rápidamente y golpeó con la empuñadura de la espada la cabeza del hombre, dejándolo inconsciente.

—Vámonos —dijo entre jadeos.

Todavía no había visto avanzar a los hombres. Se puso en pie.

—¡Cuidado, Mayor! —le gritó Casio.

El primero de los hombres de las cachiporras se precipitó desde el embarcadero y saltó limpiamente por encima de la borda. Aterrizando pesadamente con las botas en la cubierta, hizo oscilar el arma en el preciso momento en que Mayor se volvía. Al guardaespaldas ni siquiera le dio tiempo de levantar el brazo.

El amasijo de carne sanguinolenta salpicó el rostro de Casio cuando la cachiporra alcanzó a Mayor, prácticamente decapitándolo. La cabeza giró cuarenta y cinco grados por el cuello y su cuerpo sin fuerzas se derrumbó mientras la sangre manaba de la herida abierta. Casio se quedó inmóvil.

El hombre de la cachiporra lo miró y luego se miró la mano. Uno de sus compañeros se detuvo a su lado. Miró lo que quedaba de Mayor y dijo algo. Se rieron.

Casio retrocedió, arrancándose un pedazo de piel ensangrentada de la comisura de los labios. Dio media vuelta y echó a correr. Estaba casi en la borda cuando algo le golpeó las piernas. Se cayó y oyó un chasquido al golpearse la cabeza contra la cubierta. Apretó las manos contra las maderas intentando levantarse, pero no podía moverse. El dolor le recorrió la cabeza. Un blanco deslumbrante. Luego, nada.

XXXII

Tomando una ruta en la que sabía que no habría tantos jueguistas, Simo ganó tiempo y llegó a la villa de Abascantio en tres cuartos de hora. Se secó el sudor de la frente cuando tocó el timbre y esperó. Un poco más arriba había un carruaje parado. Un joven daba de comer a los dos caballos de un saco de heno.

Shostra salió de las sombras con la daga en la mano. Simo alcanzó a ver detrás de él a una mujer con el rostro oculto bajo una capucha.

—Tú —dijo Shostra—. ¿Dónde está tu amo?

—No lo sé exactamente. Pero necesito ver al amo Abascantio.

Shostra abrió la puerta y lo hizo pasar.

—Será mejor que vengas con nosotros.

Mientras la mujer se apresuraba a pasar por delante, Simo alcanzó a ver un rostro joven y hermoso. En cuanto Shostra hubo cerrado la verja, Simo y él se reunieron con ella en el carruaje. Hablando con los caballos en arameo, el cochero se subió de un salto y tomó las riendas.

—Vamos, muchacho —dijo Shostra por encima del hombro—. A la isla. —Se volvió hacia Simo mientras partían—. ¿Y bien? ¿Qué está pasando?

—Creo que mi amo quería que hablara a solas con el amo Abascantio.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo. Me acaban de informar de que lo han llevado a la torre prisión.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Eso no te incumbe. ¿Qué ha sido del necio al que llamas amo?

Aunque la mención de la torre prisión le hizo pensar inevitablemente en su padre, Simo se obligó a concentrarse y comenzó a relatar la visita al piso de Pitión. Cuando terminó, estaban cruzando la avenida de Herodes y Tiberio.

—Es una suerte que nos hayas encontrado —dijo Shostra—. El amo Abascantio debe ser informado inmediatamente de esto.

—Pero ¿cómo le harás llegar el mensaje?

Shostra sonrió con lascivia y miró a la joven que tenía al lado.

—Hay maneras.

Indavara estaba sentado en el fondo de la celda, sin nada que esperar aparte de una paliza. Herminio se había ido para que le curaran los dedos, pero había prometido vengarse cuando regresara. Indavara estaba seguro de que cuando los guardias volvieran a buscarlo más de uno saldría herido.

Unos instantes antes un centurión había llevado allí a Abascantio procedente de la Casa de la Moneda. Los cinco hombres se encontraban en ese momento en la misma

pequeña habitación que Córbullo había utilizado el día anterior. Salviano y los otros dos agentes se encontraban en la parte delantera de la celda, absortos en una discusión.

Indavara estaba tan ensimismado que apenas reparó en que el padre de Simo se había acercado a él.

—Tú estabas con mi hijo.

Indavara asintió mientras Abito se sentaba.

—¿Sabes dónde está?

—No.

—¿Por qué te han metido aquí?

Indavara se encogió de hombros.

—Lo de siempre. Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Estoy seguro de que tu amo Córbullo te sacará de aquí muy pronto.

—No es mi amo.

—Tu amigo, entonces...

—Tampoco es mi amigo. —Indavara golpeó con un puño la pared por encima de la cabeza—. El yeso que rodea la reja de la ventana... parece muy endeble, ¿verdad?

—Sí.

—Como si pudiera desprenderse fácilmente.

—Todo este lugar se cae a pedazos. Pero, aunque logaras arrancar la reja, fuera hay una caída de unos quince metros.

Indavara se encogió de hombros.

—Es lo que hay.

—¿Cómo dices que te llamas?

—Indavara.

—No es un nombre común. ¿De dónde vienes?

Abito no obtuvo respuesta.

—¿Quieres rezar conmigo, Indavara? Creo que los dos necesitamos un poco de ayuda.

—¿A tu dios?

—Nosotros creemos que solo hay uno.

—¿Él me escucharía? ¿Me ayudaría?

—Escucha a todos los hombres.

—¿Por qué te ha castigado entonces a ti?

Abito miró por encima de los otros cristianos. La única lámpara estaba cerca de la sala de los guardias, proyectando un tenue resplandor sobre los hombres. Estos estaban colocados en hilera; unos durmiendo, otros mirando al techo.

—No creo que nos esté castigando. Tal vez nos pone a prueba.

—¿Qué quiere poner a prueba?

—Nuestra fe en él.

Indavara apoyó la cabeza contra la pared.

—Si a ti no te ayuda, a mí menos.

Abito rascó con los dedos el suelo de arcilla que se desmenuzaba.

—Quizá esto no es obra suya, sino de la bestia Satanás.

—¿Satanás?

—El enemigo de nuestro Señor. Sus demonios están sueltos en el mundo; son ellos los que desencadenan el dolor y la crueldad contra nosotros.

—¿Son hombres esos demonios?

—No lo sé —respondió Abito en voz baja.

—Yo creo que lo son.

Media hora más tarde se abrió la puerta de la pequeña habitación. Primero salieron el centurión y su secretario, y a continuación Abascantio y los dos legionarios. Mientras el secretario y los soldados esperaban, el centurión condujo a Abascantio a la celda y ordenó a los guardias que abrieran la verja.

Uno de los prisioneros sentados a la derecha de Indavara se levantó. Pese a que la mayoría de los otros dormían, aplaudió.

—¡Alabados sean los dioses! ¡Si es Cara Picada en persona! Tal vez hay un poco de justicia en Antioquía, después de todo.

Algunos de los otros prisioneros se despertaron y observaron cómo entraba Abascantio en la celda.

—Que paséis una buena noche —dijo secamente el centurión mientras él y sus hombres se marchaban.

En cuanto Abascantio se volvió el hombre gritón se acercó a él.

—Así que todos tus trucos solapados y tus embustes han acabado por salpicaros... —dijo con aire de suficiencia.

—Hola, Dexipo —respondió Abascantio—. ¿Aún no te han colgado?

—Ahora que estás aquí, tal vez vayas antes a la horca. Dime, ¿quién te ha tendido la trampa esta vez? ¿A quién has arruinado la vida?

Salviano se acercó para cortar el paso a Dexipo, pero Abascantio lo rechazó con un ademán.

—Hazte un favor, Dexipo. Cállate y siéntate. No estoy de humor.

—¿No estás de humor? Bueno, yo tampoco estaba particularmente de humor para que me destrozaras la vida. No estaba particularmente de humor para...

Abascantio dio un paso y clavó una bota con firmeza entre las piernas de Dexipo. El hombre cayó al suelo con fuerza, retorciéndose y gimiendo.

—Nunca has sabido cuándo mantener la boca cerrada —murmuró Abascantio mientras se juntaba con sus tres hombres.

Se quedaron entre los cristianos e Indavara, pero apenas se habían puesto a hablar cuando Herminio subió las escaleras con los dedos vendados. Entró derecho en la sala de los guardias y salió blandiendo una larga y gruesa vara con la mano buena. Se

acercó a los barrotes y atisbó en la celda tenebrosa.

—Eh, hombre de una sola oreja. Ven aquí.

Indavara se quedó mirándolo.

—Está bien —dijo Herminio, señalando con la cabeza la verja—. Sacadlo.

Dos de los guardias agarraron las lanzas. Otro descolgó la llave del gancho.

Abascantio se acercó rápidamente a Indavara.

—¿Debo entender que tú eres responsable de esa mano vendada?

Indavara asintió.

Abascantio regresó a la reja y se encaró con el jefe de los guardias a través de los barrotes. Bajó la vista hacia la mano de Herminio y se encogió de hombros.

—A veces es un poco impetuoso.

Herminio golpeó el suelo con la vara.

—Yo también, como estás a punto de descubrir.

—Verás, no puedo permitir que ataques a mis hombres —replicó Abascantio—. Tal vez pueda ofrecerte una pequeña compensación por el dolor, pero eso es lo único que sacarás. Baja la vara y toma un poco de vino.

El hombre de la llave todavía no había abierto la verja. Herminio cruzó una mirada con él y con los demás guardias; luego se volvió hacia Abascantio.

—Debo confesar que no esperaba verte aquí algún día, pero eres mi prisionero. Al igual que tu joven amigo.

—¿Cómo te llamas, legionario?

El guardia principal puso los ojos en blanco.

—Soy optio. Herminio.

—Muy bien, Herminio, ahora escucha. Eres libre de no hacerme caso, por supuesto. Como dices, soy tu prisionero. Pero asegúrate de que me quedo a este lado de las barrotes. Personalmente, no creo que vaya a estar aquí mucho más tiempo, pero si sabes algo que yo no sé, adelante. Haz de mí un enemigo, si eso es lo que quieres.

Herminio parecía de repente considerablemente menos seguro de sí mismo. Antes de que pudiera responder, apareció un legionario corriendo por las escaleras. Se acercó a Herminio y le susurró algo al oído. Tras reflexionar un instante y lanzar una última mirada a Abascantio, el jefe de los guardias dejó la vara en una mesa y bajó las escaleras.

Simo había recibido instrucciones de quedarse junto al carromato con el muchacho. Shostra y la mujer de la capucha esperaban en la puerta de la torre prisión. Simo reconoció las toscas facciones del jefe de la guardia cuando salió. Shostra le entregó una carta y comenzaron a hablar. Herminio negó con la cabeza varias veces.

Luego Shostra dijo algo y la mujer se bajó la capucha. Simo vio que tenía un rostro realmente hermoso de pálidas y delicadas facciones, y largas trenzas de sedoso cabello rubio; rasgos que no se veían a menudo tan al este. Herminio y los dos

centinelas se quedaron traspuestos. El jefe de la guardia desvió la vista el tiempo justo para examinar otra vez la carta. Lanzando una última mirada a la joven, asintió, le arrebató la carta de las manos a Shostra y entró de nuevo. Shostra ordenó a la joven que lo siguiera y los dos desaparecieron en el interior de la torre. Meneando la cabeza, los centinelas volvieron a sus puestos a ambos lados de la puerta.

Shostra regresó al carruaje con una sonrisa triunfal.

Un cuarto de hora más tarde, Herminio y la chica salieron de la torre. La joven volvía a llevar la capucha echada mientras corría hacia el carruaje.

—Buenas noches —le gritó Herminio antes de desaparecer por las escaleras.

—¿Dónde está ese vino? —exigió la joven mientras subía al carruaje.

Simo detectó un acento poco común; estaba seguro de que provenía de alguna provincia occidental lejana.

—Debajo del asiento —respondió Shostra.

Simo la observó mientras buscaba la botella, sacaba el corcho y bebía un largo sorbo. Nunca había visto algo así.

—¿Qué estás mirando, gordo?

—Disculpa, señora.

Shostra resopló.

—Yo no me preocuparía. No es una dama.

Sacó algunas monedas y se las dio a la joven. Ella dejó el vino y contó el dinero.

—Llévala a su casa —le dijo al joven cochero—. Y regresa aquí.

Mientras el muchacho daba la vuelta al carro, Shostra se rio de la expresión de Simo.

—No te sorprendas tanto. Tu amo también es un frumentario, así que ve acostumbrándote a los tratos sucios.

—¿Y ahora qué? —preguntó Simo.

—Esperaremos.

—¿Qué?

—Órdenes.

Abascantio había continuado hablando con sus hombres, pero desplazó la atención al jefe de la guardia cuando vio el papiro que este tenía en la mano. Indavara se deslizó por la pared hasta la parte delantera de la celda; quería saber qué ocurría. Herminio se acercó una vez más a los barrotes.

—Tienes unos amigos persuasivos.

Abascantio señaló con la cabeza la carta.

—¿Es para mí?

—Tengo órdenes de no dejarte recibir visitas. No se me ha dicho nada sobre

cartas.

—Me alegro de que estés entrando en razón.

—Has mencionado una compensación. Tengo una cifra en mente.

Herminio hizo señas a Abascantio para que se acercara y siguió una conversación a susurros. Al final los dos hombres asintieron y Herminio pasó la carta a través de los barrotes.

—Tu hombre está esperando una respuesta. Tienes media hora.

Abascantio apartó a los demás con un gesto y se apoyó contra la pared mientras leía la carta. Al cabo de un momento maldijo y dio una patada al suelo. Respiró hondo varias veces y siguió leyendo. Cuando terminó, pidió a Herminio algo para escribir. El jefe de la guardia fue a buscar una pluma y un tintero de la sala de los guardias y se los pasó a través de las rejas. Salviano los cogió y empezó a llenar la pluma de tinta. Abascantio se arrodilló en el suelo, volvió la hoja y la extendió sobre una tablilla de junco.

Indavara se acercó y se acuclilló junto a él.

—¿Qué está pasando, señor?

—Ahora no.

—Maldito trasto —dijo Salviano, sacudiendo la pluma para que bajara la tinta—. Enseguida estará lista.

Abascantio suspiró y se volvió hacia Indavara.

—Parece que Córbulos estaba en la pista correcta, después de todo. Puede que haya descubierto al que tiene lo que estamos buscando.

—¿Esos hombres lo saben? Me refiero al gobernador y a...

—No. Y no puedo correr el riesgo de decírselo. No hay forma de saber quién más está involucrado. Pero si puedo hacer llegar esa información a la persona adecuada, tal vez tengamos una oportunidad.

—¿Dónde está Córbulos?

—No estamos seguros. Y los embusteros de Silo y de su novia ramera también han desaparecido sin dejar rastro. Espero que a Córbulos no se le suba el éxito a la cabeza. No puede manejar todo esto él solo.

—¿Y si te dijera que puedo conseguir que salgamos de aquí? Con un poco de ayuda.

—Después de todos los errores que he cometido en los últimos días, supongo que debería estar abierto a sugerencias. Adelante.

Cuando Indavara hubo acabado de explicarle lo que tenía en mente, Abascantio esbozó una sonrisa forzada.

—¿Por qué no?

Simo y Shostra se agarraron con fuerza mientras el muchacho apremiaba a los caballos por las calles de la ciudad. La respuesta de Abascantio había llegado pasada

la medianoche y ellos habían emprendido al instante el regreso a través de la isla. Por lo que Simo había deducido, la carta contenía una especie de mensaje cifrado que Shostra había estado estudiando durante un tiempo.

—Debes saber lo que me propongo hacer por si encuentras a ese amo tuyo —dijo por fin—. Voy a pasar a recoger a la señora Antonia y a cabalgar con ella hacia el norte con un mensaje. Al parecer, el mariscal Marcelino va camino de Tarso. Mi amo cree que a ella la escuchará y se hará cargo de la situación.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó Simo.

—Te lo diré en un momento..., una tarea de lo más insólita. Pero antes debemos comprobar algo. ¡Para aquí!

Habían empezado a cruzar el puente de Adriano, y mientras los caballos aminoraban el paso hasta detenerse, Shostra saltó y miró por encima del muro. Soltó una maldición y dio una palmada en la piedra tosca.

—No hay tiempo que perder.

—¿Qué ocurre? —preguntó Simo, reuniéndose con él junto al muro.

Debajo se encontraba el embarcadero de la Casa de los Delfines.

—El barco de Escauro... Ya no está.

XXXIII

Empezaron en la madrugada mientras los otros prisioneros y los guardias dormían. Indavara había reclamado el espacio junto a la ventana, y Abascantio y sus hombres se habían unido a él. Tras el incidente con Dexipo, los otros colaboracionistas se habían mantenido apartados de los recién llegados, colocándose a lo largo de la pared del otro extremo de la celda. Los cristianos estaban más cerca, pero Abito les había asegurado que no interferirían. A Indavara sobre todo le preocupaba que Dexipo u otro alborotador descubriera lo que estaban haciendo, pero había al menos unos cuantos presos que roncaban profundamente enmascarando el ruido de su trabajo.

La reja consistía en un celosía de hierro de casi dos metros de largo clavada alrededor de la ventana. El yeso era tan antiguo que estaba seco y podrido, y con un simple esfuerzo conjunto fue posible arrancar los clavos haciendo palanca con hebillas de cinturón, monedas e incluso un viejo tenedor. Antes de que aparecieran los primeros trazos rojos en el horizonte, el trabajo estaba hecho. A simple vista, la reja tenía exactamente el mismo aspecto que el día anterior, pero en realidad solo estaba sujeta por seis clavos; dos en la parte inferior y dos en cada lado.

Abascantio montaba guardia; ya había decidido ceder la oportunidad de escapar a los más jóvenes y más atléticos de su grupo. Todos habían sido informados de que debían intentar interceptar a Escauro o por lo menos seguirlo hasta que llegaran los refuerzos de Marcelino. Salviano también había optado por quedarse atrás, pero Indavara había ganado un poco más de respeto ante los hombres del agente, que habían trabajado con ahínco durante varias horas.

Los guardias y los demás prisioneros estaban despertando cuando Abascantio finalmente decidió que había suficiente luz para seguir adelante. Indavara y los otros dos hombres se prepararon en silencio, ajustándose las botas y los cinturones. Abascantio y Salviano ya estaban tomando posiciones cuando un voz aguda hendió el silencio.

—¿Qué hacéis?

Uno de los prisioneros, un hombre delgado y de aspecto astuto que había estado durmiendo junto a Dexipo, bajó la vista hacia los pequeños montones de yeso y polvo que había debajo de la ventana. Salviano era el que más cerca estaba, pero no consiguió llegar hasta él antes de que gritara a los guardias. Un momento después Salviano le estampó el puño derecho en la boca, arrojándolo despatarrado al suelo con la sangre brotándole del labio partido.

—¡Ahora! —gritó Indavara.

Abascantio y Salviano sujetaron la reja.

Herminio salió bruscamente de la sala de los guardias abrochándose todavía el cinturón. Atisbó en el interior de la celda.

—¡Coged las lanzas! —gritó arrancando la llave del gancho y corriendo hacia la verja.

Abascantio y Salviano estaban teniendo dificultades para retirar la reja; algunos de los clavos estaban atascados. Indavara se acercó corriendo para ayudarlos. Agarró el borde de la reja con ambas manos.

—¡Apártate de la ventana! —bramó Herminio abriendo la puerta.

Los otros dos guardias se apiñaron detrás de él, lanzas en ristre. Abascantio y Salviano casi habían desprendido la reja, pero la soltaron. Indavara se volvió y vio a los guardias justo detrás de él.

—No veo por qué queríais salir por una ventana tan alta, pero a mi modo de ver esto es un intento de fuga. Tendré que tomar medidas. —El jefe de la guardia levantó la vara y apuntó a Indavara con ella—. Empezando por ti. Muchachos, traédmelo. Atizadlo si intenta algo.

Los guardias cercaron de nuevo a Indavara. Él se escabulló hacia la derecha, esquivando una hoja de lanza de quince centímetros de ancho, y corrió hacia la verja.

Pero en un instante Herminio la había cerrado de una patada detrás de él. Levantó la vara mientras Indavara se abalanzaba hacia delante.

Entre ellos se encontraba uno de los cristianos. Se escurrió llevándose la manta consigo; la manta que el pie izquierdo de Indavara acababa de pisar y con la que tropezó, estrellándose contra los barrotes implacables.

Mientras intentaba levantarse, Herminio le golpeó el hombro con la vara, una descarga pesada y dolorosa.

—Un gran intento —gruñó Herminio—. Vosotros dos, venid aquí.

Indavara se asió a los barrotes para ponerse en pie. Antes de que llegara a enderezarse, los guardias ya lo habían rodeado.

—¿Vas a venir tranquilamente esta vez? —le preguntó Herminio.

Indavara se tomó un momento para medir con la mirada a los dos guardias que tenía ante sí; sostenían las lanzas horizontalmente, apuntadas a su estómago. Luego miró a Abascantio, que estaba en el otro extremo.

—¿Confías en tu siervo?

Abascantio entornó los ojos, pero esbozó una media sonrisa enigmática.

—Sí.

Herminio frunció el entrecejo.

A continuación Indavara miró a Abito, que ya estaba de pie y lo observaba.

—¿Confías en tu hijo?

Abito tardó más tiempo en responder, pero la respuesta fue aún más rotunda.

—Absolutamente.

Indavara dio una patada al guardia más cercano, sacudiéndole la mano con que aferraba la parte superior de la lanza. Cuando el arma salió volando hacia el techo, Indavara agarró el astil y lo clavó en el rostro del guardia, golpeándole en la nariz. Mientras el guardia caía, Indavara balanceó el arma hacia la derecha y alcanzó al

segundo guardia en la frente con un golpe sordo. Agitando los brazos, este retrocedió tambaleándose y chocó con Herminio.

Abascantio y Salviano arrancaron la reja de la ventana y la tiraron al suelo.

Con los ojos clavados en el brillante cuadrado de luz, Indavara pasó corriendo entre ellos y saltó por la ventana con los pies por delante.

En el breve tiempo que tardó en descender los quince metros de caída, cerró los ojos. Si no había nada debajo de él, confiaba en partirse el cuello; quería morir rápidamente.

Pero aterrizó de espaldas e hizo un hoyo tan profundo en la paja amontonada que cuando abrió los ojos esta caía encima de él. Estaba sin aliento, pero no se había roto nada.

—¿Estás bien? —le gritó un voz que le resultaba familiar desde algún lugar a su derecha.

Indavara escupió un trozo de paja.

—¡Sí!

—¿Y los demás?

—Solo he saltado yo. ¡Vamos!

Mientras el carro se alejaba con gran estruendo, Indavara se deslizó hacia la izquierda y casi resbaló de la parte trasera. Levantó las manos y se agarró al lateral del carro con las piernas colgadas sobre el borde posterior. Se arrastró hacia adelante y continuó medio suspendido mientras el carro traqueteaba a través de terreno abrupto. Al mirar al frente vio la amplia espada de Simo. El galo iba encorvado con una mano en las riendas mientras se agarraba con la otra al lado del carro.

Solo cuando llegaron a la carretera Indavara fue capaz de moverse. Se arrastró a través de la paja hasta sentarse al lado de Simo. El galo, con el rostro enrojecido y mojado de sudor, miró hacia la prisión.

—Tranquilo. No nos sigue nadie —le dijo Indavara—. No tienen caballerías allí.

Manteniendo los caballos al trote, Simo se adentró en una calle más ancha y avanzó en sentido contrario al puente de Adriano, hacia el oeste de la isla. La ruta pasaba cerca de los extensos muros y las altas torres del palacio imperial, pero solo se veían unas pocas personas por allí.

—Gracias a Dios —dijo Simo, dando una palmada a Indavara en el brazo—. Debo de haber movido el carro veinte veces. Cada vez que los caballos se sacudían se me paraba el corazón.

—Lo has hecho muy bien —dijo Indavara—. Pero ve más despacio. Ya atraemos suficiente atención.

Debido a la velocidad, la mayor parte de la paja había desaparecido, pero seguían dejando una estela por el camino.

—Ah. —Indavara bajó la vista hacia la colección de armas y equipo que Simo había atado al asiento—. Perfecto.

—El arco y la aljaba. También te he encontrado una espada y una daga, y la

armadura del amo Casio.

—¿Y agua?

—En la bolsa.

Indavara encontró la calabaza dentro del morral de cuero y bebió un largo sorbo. Al pasar junto al palacio imperial vieron un escuadrón de legionarios y cuatro literas con cortinas que se dirigían a las puertas.

No tardaron en llegar al puente situado en el lado occidental de la isla, donde cuatro sargentos municipales contemplaban un barco que pasaba por debajo. Cuando oyeron el carro que se acercaba, uno de ellos bajó a la calzada e hizo gestos a Simo.

—No pares —ordenó Indavara—. Acelera.

—Dios mío.

Simo azotó a los caballos y el carro rodeó traqueteante al sargento y continuó cruzando el puente. Los sargentos les gritaron, pero se quedaron en sus puestos. Indavara se agarró con fuerza mientras pasaban raudos por encima del río.

—¿Nos siguen? ¿Nos siguen? —preguntó Simo sin aliento.

—Relájate y utiliza los ojos. Ellos tampoco tienen caballerías.

Simo solo redujo la velocidad cuando estuvieron al otro lado de la ancha carretera que se dirigía al oeste.

—¿Has visto a mi padre?

—Sí. Está bien. De hecho, nos ha ayudado.

—A este paso pronto estaré entre rejas como él —dijo el galo, sujetando las riendas con una mano para secarse el sudor de la frente con la otra—. Ahora también podrían tenerme a mí como un criminal. —Se volvió y miró el puente.

Dejaron atrás una serie de pequeñas aldeas y a unos cuantos granjeros y comerciantes que se dirigían a la ciudad para acudir al mercado, y llegaron a un cruce.

—Esta carretera corre paralela al río —dijo Simo—. Rezo para que no hayan llegado aún al puerto.

Guió los caballos a la izquierda.

Indavara levantó una mano.

—Para aquí.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Tú solo para.

Simo tiró de las riendas y el carro traqueteó hasta detenerse.

—No hay tiempo que perder —dijo el galo con impaciencia—. Abascantio quiere que vayas tras mi amo Casio. Él estaba siguiendo a ese tal Escauro y su barco ha desaparecido. Shostra cree que ha zarpado río abajo en un intento de escapar.

—No pienso seguir ningún barco —replicó Indavara con frialdad.

—Pero para eso organizamos todo esto.

—Lo organicé yo para salir de allí. Y ya estoy fuera. —Indavara se volvió para mirar el cartel del cruce—. ¿Qué pone?

Simo no respondió; todavía miraba a Indavara con incredulidad.

—Bueno —dijo Indavara mientras desataba las armas—, si esta carretera conduce a la costa, irá en dirección contraria.

—¿Y tu dinero?

Indavara bajó de un salto del carro.

—Todavía me queda un poco.

Se echó al hombro el arco, la aljaba y la bolsa, y cogió la espada y la daga.

—No puedes abandonarlo de este modo —dijo Simo—. Se supone que tienes que protegerlo.

El galo bajó a tierra y corrió tras Indavara. Lo encontró en la parte posterior del carro.

—Córbulo decidió que yo no estaba a la altura del trabajo, ¿recuerdas? Y ahora me alegro. Me hizo un favor. ¿Por qué arriesgar mi vida por un hombre que solo se preocupa por sí mismo?

—No hemos tenido noticias de él. Ese tal Escauro es malvado. Encontramos una cueva llena de cadáveres. Llena de sangre.

—Entonces tu amo probablemente también está muerto.

Simo bajó la cabeza.

—De todos modos, ¿sabes siquiera de qué va todo este asunto? —continuó Indavara—. ¿Qué es lo que hemos seguido a través de toda Siria? ¿Qué puede ser tan valioso para que tantos hombres mueran por ello? Deja a esos ricos idiotas con sus juegos. ¿Por qué no te vienes conmigo?

—No puedo —respondió el galo en voz baja.

Indavara le tendió la mano.

—Entonces me despido, Simo.

Simo ignoró la mano, pero respondió.

—Sé que no has conocido su mejor faceta, pero mi amo es un buen hombre y no puedo abandonarlo. Si sigue vivo, está solo y necesita ayuda.

—Me pregunto... si él haría lo mismo por ti.

—Creo que sí.

—Aquí es donde discrepamos. Adiós y buena suerte. —Indavara echó a andar en dirección contraria.

Simo lo observó unos instantes. Luego regresó a la parte delantera del carro, subió y condujo a los caballos por la carretera del río.

Indavara intentó detener a alguien para averiguar adónde se dirigía. Los conductores de los tres primeros carros pasaron de largo, tal vez debido a las armas que llevaba al hombro. El cuarto carro pertenecía a un anciano que solo se detuvo el tiempo suficiente para decirle que la carretera conducía a la ciudad de Alejandreta. Indavara nunca había oído hablar de ella.

Siguió andando y enseguida llegó a un mojón. Mientras trataba de descifrar las letras y los números, cuatro muchachos salieron de la ciénaga que había a un lado de la carretera. Lo adelantaron y se dirigieron al río. Llevaban cañas de pescar y redes, y uno tiraba de un caballo sin ensillar. No hablaban entre sí, pero se turnaban para dar patadas a una piedra. Indavara dejó el morral junto al mojón y puso el arco encima. Se acuclilló y observó cómo los muchachos se acercaban sin prisas al agua.

En Julia Pietas siempre había tenido gran cuidado en no hacer amigos, porque los gladiadores medían su vida en semanas y meses, y nunca sabían cuándo tendrían que enfrentarse unos a otros en combate. Él había sobrevivido a todos y cada uno de ellos. En cuanto había oído a Capito anunciar el trato, solo había pensado en el vigésimo combate. Durante seis largos años no había hecho más que entrenar y combatir.

Lo único que podía hacer —lo que había hecho— era cuidar de sí mismo.

Observó un minuto más a los muchachos mientras echaban a correr hacia el río.

La situación había cambiado. Era libre; libre para hacer lo que quisiera. Pero eso significaba que tenía opciones; y tanto si le gustaba como si no, las decisiones que tomara ese día tendrían consecuencias para los demás. ¿Y si Córbulos seguía con vida? ¿Y si Simo intentaba salvarlo él solo? No tendría ninguna posibilidad.

Indavara volvió la vista hacia el cruce.

Una cosa era combatir por obligación y otra muy distinta elegir combatir.

En lo alto del margen del río había un camino de sirga muy transitado que solían utilizar los esclavos para acarrear las barcazas arriba y abajo del Orontes. El camino era ancho y llano, y Simo avanzó rápido. Sabía que entre Antioquía y Seleucia había veinticinco kilómetros de río. Sin saber cuándo había zarpado la galera, era imposible calcular dónde se encontraba.

Durante la primera hora dejó atrás pequeñas embarcaciones río abajo y tres grandes cargueros de grano río arriba. Se topó con un muelle de carga y descarga no tripulado y se retrasó tomando el camino que lo rodeaba.

Otra hora, y el sendero seguía bordeando el río serpenteante a través de un pequeño bosque lleno de insectos. Los caballos se estaban agotando a marchas forzadas. Simo estaba a punto de detenerse y soltarlos cuando pasó junto a los últimos árboles y descubrió una embarcación más adelante.

La galera se movía deprisa, y los dieciséis remos se hundían en el agua y salían a gran velocidad dejando una gruesa estela de espuma. Simo frenó los caballos al acercarse a la embarcación por detrás. Bajo el codaste había una placa de bronce. Shostra le había dicho el nombre del barco y allí estaba: el *Radianes*. Un hombre manejaba el timón y otro —tal vez el capitán— estaba de pie junto a él. En la cubierta había otros seis marineros enrollando cabos. Enseguida repararon en Simo y lo observaron mientras trabajaban. El capitán también levantó la vista hacia la orilla.

Simo se mantuvo vuelto hacia delante sin apartar la vista de la galera. Mientras

pasaba por delante de las hileras de remos, observó más allá de los orificios los antebrazos oscuros y musculosos de los esclavos. No se veía a nadie más. Pasó junto a la proa instando a los caballos cansados a avanzar. Alcanzó a ver las grúas y los almacenes del puerto un par de kilómetros por delante.

—Señor, concédeme fuerzas.

XXXIV

Fue la tiritera lo que despertó a Casio; un intenso escalofrío le recorrió la columna vertebral hasta los hombros. Levantando las manos para frotarse los ojos, se dio cuenta de que tenía las muñecas atadas. Cambió de postura y sintió un dolor agudo en el lado izquierdo del cráneo. Podía oír un martilleo rítmico delante de él. Se obligó a permanecer quieto. Lentamente, el dolor remitió.

¿Dónde estoy?

Una luz brillaba en algún lugar por encima de él. Estaba sentado con las piernas estiradas y la espalda apoyada contra algo duro. Movié el cuello y sintió algo pegajoso en el lado izquierdo del cuello; supuso que era sangre seca.

¿Había soñado ese montón de cadáveres mutilados en la cueva? ¿O a Mayor siendo masacrado ante sus propios ojos por ese guerrero que se reía?

Le caían gotas de agua en el regazo. Levantó la vista y vio maderas ennegrecidas, y a continuación un cuadrado de cielo azul brillante. También nubes, y una gaviota descendiendo en picado con el viento. Ese ruido: el martilleo. Un tambor para los remeros. Se encontraba en la embarcación de Escauro.

Una llave giró. Delante de él la puerta se abrió hacia adentro y entró Kaeso Escauro. La sonrisa en el rostro de querubín parecía tan inocente, tan genuina, que Casio casi se la devolvió.

—Ah, por fin estás despierto.

Escauro llevaba una sencilla túnica de manga larga; solo los anillos en los dedos y la hebilla del cinturón bañada en oro lo señalaban como un hombre de recursos. Iba armado con un puñal largo y estrecho. Se detuvo sobre Casio y le miró la cabeza.

—Ay. —Pasándose una mano por los rizos, se recostó contra unas lonas para velas amontonadas—. Tengo algunas preguntas.

—Yo también —replicó Casio. Le chocó el sonido de su propia voz; débil y fina.

Escauro sonrió de nuevo.

—Me temo que tendré que insistir en la precisión de las respuestas.

—Yo también.

Escauro se rio entre dientes.

—Eres bastante atractivo, frumentario. Me gusta tu cara. Pero no te hagas ilusiones..., obtendré de ti lo que necesito.

Casio pensó en Simo; recordó que lo había mandado a buscar a Abascantio. Era por la mañana, de modo que eso había sido hacía horas. ¿Por qué no había acudido nadie en su auxilio?

—¿Qué sabe él? —le preguntó Escauro.

—¿Quién?

—Cara Picada.

—No tengo ni idea. La última vez que lo vi se dirigía a la Casa de la Moneda imperial. Pero sospecho que eso ya lo sabes.

Escauro se encogió de hombros.

—No hizo falta alentarlo mucho para que señalara a su viejo amigo el procurador, ¿verdad? Me pareció prudente mantener ocupado a ese orondo canalla. Me enteré por Quarto de que Octobriano iba a enseñar unas monedas nuevas a Gordio anoche. Imagino que fue toda una escena.

Casio se estaba despejando. Repasó los acontecimientos de los últimos días.

—Supongo que todo empezó con Nabor. La falsa pista.

Escauro asintió. Parecía bastante orgulloso de sí mismo.

—Has escapado por los pelos. Pitión quiso despacharte en cuanto empezaste a husmear. Pero eso habría atraído demasiada atención. Era mejor ponerte sobre otra pista. ¿Cómo llegaste hasta Nabor, por cierto?

Casio le habló del esclavo del comerciante y de que siguió a Nabor hasta la fábrica de vidrio.

—Fuiste afortunado.

—Tal vez —dijo Casio—. Pero tú no controlaste a tu gente.

—Fue un error de Pitión, no mío.

—¿Quiénes eran los otros? Los hombres que se llevaron el carro.

—Los primeros que pudo conseguir. Bandidos, mercenarios. Incluso algunos exlegionarios, si no recuerdo mal. No había tiempo para ser demasiado exigente.

—¿Y Silo? ¿Bacara? O como se llamaran. No encuentras un par de actores con tanto talento en cualquier parte.

—Cierto, cierto. Habían hecho algunos trabajos para mí antes. ¿Sabes cómo los conocí? Intentaron estafarme cinco mil denarios con el fraude de una propiedad. Eran amantes. Una vergüenza.

—Pero dejaron de serte útiles. Al igual que los demás. Turpo. Tarquinio. Incluso Pitión.

Escauro asintió en señal de aprobación.

—Has vuelto a ir a la cofradía.

—Te seguimos desde allí. ¿No tienes ni una pizca de respeto por la vida humana?

—Parece que tú mismo has respondido la pregunta. —Escauro se levantó de las lonas y se acercó—. Pero lo que me interesa saber es si le has enviado un mensaje a Abascantio. O a tu amigo el de una sola oreja. No me gustan las sorpresas.

—Te lo diré, porque he visto lo suficiente para saber lo que me harás si no lo hago. ¿Pero antes podrías satisfacer mi curiosidad sobre un par de cosas?

Escauro se encogió de hombros.

—Supongo que es más rápido que torturarte.

—Quarto y Ulpiano. ¿No saben nada de todo esto?

—¿Esos dos? Casi nada. Los llevé a dar una vuelta en barco hace un par de días. Estuvieron en la cubierta, justo encima de aquí, bebiendo mi mejor Falerno. Cuánto

me gustaría verles la cara cuando se enteren.

—¿Y los Hijos de Antioquía?

—Una farsa útil. Y debo añadir que no solo para mí. Pero en las últimas semanas ha resultado especialmente beneficiosa.

—¿Y qué ocurrió en los baños? Has dicho que decidiste no matarme.

—En cuanto Pitión se enteró de tu primera visita a la cofradía, le entró el pánico. Y cuando averiguó que estabas con Abascantio, se propuso actuar de inmediato. A veces puede ser un poco impetuoso.

—¿Cómo lo conociste?

—Oh, es mi hermanastro. Nuestro padre y él tienen en común una lamentable incapacidad para controlarse.

Casio meneó la cabeza; tanta crueldad era difícil de comprender.

—Siempre estaba tras algún plan para hacer dinero —continuó Escauro—. Me dijo que uno de sus compañeros soldados sabía de un botín procedente del tesoro de Palmira. De entrada le dije que no me interesaba. Luego empecé a darle vueltas... —Cerró la puerta—. Es mejor que no vean lo que tengo aquí. No quisiera provocar un amotinamiento.

Se acercó al barril que Casio había abierto a medias la noche anterior. Habían retirado la tapa. Escauro sacó puñados de monedas y a continuación retiró un lingote delgado de oro. Lo acercó a la luz que entraba a través de la escotilla.

—Mira qué belleza. Y hay cien más como él. ¡Cien!

Casio respiró hondo.

—¿Y qué ha sido del estandarte persa?

—Ah, sí, me preguntaba qué era ese viejo trapo. No podía preguntárselo a cualquiera, así que tuve que enviar a uno de mis empleados a la biblioteca.

—¿Está aquí?

—No. Lo quemé.

Casio dejar caer la cabeza contra el barril. Ni siquiera había encontrado el estandarte. Mayor había muerto absolutamente para nada, y ahora él se enfrentaba al mismo destino.

—Bromeaba —dijo Escauro con una risita satisfecha—. Está por ahí. Pero no veo por qué los persas lo consideran tan especial. Aunque me gustan las piedras preciosas.

Guardó el lingote en el barril.

Casio meneó la cabeza y suspiró aliviado.

—Pero tú ya eres rico. ¿Por qué?

—Era rico. El hombre más rico de Antioquía. Pero reinvertí la mayor parte de mi fortuna en la ciudad. Siempre querían otro templo, otra estatua, otro maldito muro. ¿Y para qué? Unas cuantas placas de bronce barateras y una palmadita en la espalda. Pero nunca poder de verdad. No para el hijo del legionario medio judío. —Escauro echó un vistazo a los barriles—. Hice cálculos. Incluso con todos los esclavos y la

propiedad, era apenas una tercera parte de lo que tengo aquí. Y esto puedo llevármelo conmigo.

—Pero no se trataba solo de dinero, ¿verdad?

Escauro se encogió de hombros de nuevo.

—¿La fama? —continuó Casio—. ¿O más bien la infamia?

—Creo que lo primero. —Escauro abrió las palmas—. Este es el mayor robo de todos los tiempos, frumentario. Todo el mundo conocerá mi nombre de aquí a Britania.

Casio miró el cielo a través de la escotilla; se veía tan brillante, tan benigno... Otro día más y, sin embargo, allí estaba él, prisionero en esa embarcación, conversando con ese asesino demente. Tantas vidas perdidas, ¿y para qué? ¿Por un retorcido anhelo de notoriedad?

Escauro se acercó de nuevo.

—Ya te he consentido bastante, chico guapo. Ahora dime, ¿qué sabe Abascantio? Seguro que le mandaste recado.

—Le envié un mensaje hablándole de la caverna que hay debajo de la cofradía y de los cadáveres, y que tú eras el responsable.

—¿Cuándo?

—Hacia la cuarta hora de la noche.

—Ja. Ya no es el que era, ¿verdad? —Una sonrisa de alivio apareció en su rostro esférico—. Estaremos en alta mar dentro de una hora. Ya no hay nada que puedas hacer.

—¿Y luego qué? —replicó Casio—. Abascantio es la menor de tus preocupaciones. En Seleucia está estacionada la mitad de la flota oriental. Mandarán a la marina de guerra a buscarte.

—Es posible. Pero empezaré con buen pie. El comandante de la flota es Rufo Bolano, un amigo personal. Actualmente está disfrutando de una semana de permiso en mi villa de Paltus.

—Aunque lograras salirte con la tuya, Marcelino y el emperador te perseguirán hasta los confines de la tierra.

—Tendrán que hacerlo, porque me voy a África. Hay tierras más allá de un gran desierto donde ningún hombre ha estado. Encontraré el modo de cruzarlo, y con todo esto construiré mi propia ciudad y mis propios ejércitos. Allí a nadie le importará un comino mi linaje. Y un día puede que regrese.

Casio sabía que tenía que alargar la conversación todo lo posible; hallar el modo de convencer a Escauro de que le perdonara la vida.

—Si yo hubiera logrado salir de este barco a tiempo, tú nunca habrías dejado Antioquía.

—Pero no lo has hecho, ¿verdad?

—No, pero me ha faltado poco para detenerte..., eso debes admitirlo.

—Menos que a Cara Picada, sin duda.

—Escucha, Escauro, llevo solo unos pocos meses en el Servicio. Mi padre me obligó a enrolarme en el ejército. Lo detesto; y parece que no hay muchas perspectivas de recuperar mi vida anterior. No soy un luchador, pero tengo más inteligencia que la mayoría. Podría serme útil. ¿Por qué no me dejas unirme a ti?

Una vez más, esa amplia sonrisa beatífica.

—Una táctica bien concebida, frumentario, pero desesperada. Conoces mi negocio: comercio con esclavos. He pasado la mayor parte de mi vida tratando con gente que me odia, que me quiere ver muerto. Y, por mucho que lo intentes, no puedes borrar el desprecio en tu mirada. No, tú también morirás. Levántate, no quiero ponerlo todo perdido. Ese amigo grandote tuyo sangró como un cerdo; dejó una mancha horrorosa en la cubierta.

Casio se quedó donde estaba.

Escauro desenfundó la fina hoja de la espada. Se acercó a Casio, se inclinó sobre él y le introdujo la punta del cuchillo en una de sus fosas nasales.

—Levántate.

Casio así lo hizo, muy despacio. Sin apartar la espada de donde estaba Escauro, le deslizó la otra mano por el muslo y entre las piernas. Dejó la mano allí unos instantes y continuó recorriéndole el pecho y el cuello. Llegó a la boca y presionó los labios con un dedo.

—Tal vez podrías serme útil. —Escauro bajó la hoja y se apartó—. Pero no, no debo permitir que me distraigas. Aún no estoy del todo fuera de peligro. —Hizo un gesto hacia la puerta—. Te rajaré la garganta y te tiraré por la borda. Deberías estarme agradecido..., una muerte rápida.

—Es más de lo que tú obtendrás —dijo Casio al pasar junto a él—. Espero que te crucifiquen.

—¿Cómo te llamas, chico guapo?

Casio levantó la barbilla.

—Casio Quintio Córbulu.

—Bueno, Casio Quintio Córbulu, yo, Kaeso Escauro, voy a matarte en este mismo instante.

Abrió la puerta, empujó a Casio a través de ella y le apoyó la punta de la hoja en el cuello. Casio oyó la puerta cerrarse detrás de ellos. Sintió la punta del cuchillo en la piel.

—Sube.

Casio subió tres peldaños y se encontró mirando a dieciséis esclavos africanos. Desnudos excepto por los taparrabos, los remeros eran los hombres más oscuros que jamás había visto. Aunque tenían el torso con los músculos marcados, las piernas parecían bastante poco desarrolladas en comparación. Cada hombre estaba encadenado a una cadena más larga que se extendía por el suelo.

Cerca de la escotilla el esclavo decimoséptimo tocaba un ritmo lento en un tambor que tenía entre las piernas. Los remeros tomaban largas bocanadas de aire

entre remada y remada. Casio vio que se trataba de un equipo experimentado y bien entrenado; aunque la piel castaña les brillaba por el sudor, todos parecían a gusto consigo mismos. Un par de ellos lo miró con curiosidad y desvió la vista.

Un capataz con una larga vara al cinto se paseaba por el pasillo entre los esclavos, bebiendo de un tazón de madera. Se abrió paso hasta Casio y lo miró de arriba abajo mientras Escauro y él pasaban. Junto a la escotilla, enfrente del que tocaba el tambor, había una mesa alrededor de la cual había cuatro hombres sentados, jugando a los dados en un tablero y bebiendo vino.

Los hombres del embarcadero: los hombres que habían matado a Mayor y se habían reído de ello. Los hombres que llevaban a cabo las matanzas bajo las órdenes de Escauro.

Parecían provenir de tierras de Oriente o del sur de Siria. Uno era entrado en años: calvo, de unos cuarenta años; los otros tres tenían más o menos la edad de Casio. Todos robustos y fuertes, llevaban todavía sus túnicas negras y sus pesadas botas de cuero. Apoyadas contra la mesa estaban sus cuatro cachiporras. La cabeza de una había sido adornada con tachones de metal clavados en la madera. Otras tenían dos púas que sobresalían. Casio examinó el rostro de cada uno, pero no tenía idea de cuál de ellos había matado a Mayor.

—¿Necesitas que te eche una mano, señor? —le preguntó el mayor de todos en un latín pasable.

—Creo que puedo ocuparme de este, Alikar —respondió Escauro—. Cuidado con el vino.

—Sí, señor.

Casio subió lentamente las escaleras.

—Mercenarios palestinos —explicó Escauro, con una mano en el brazo de Casio—. He comprado y vendido todo tipo de guerreros imaginables. No los hay mejores.

Casio salió a la cubierta e inclinó la cabeza bajo la luz del sol que se reflejaba en el río.

—Ven, frumentario.

Escauro lo llevó a la popa. Allí había dos hombres, uno con ambas manos en el timón, el otro de pie a su lado. Ambos vestían una túnica pálida ceñida con un cinturón y pantalones debajo, el atuendo típico de marinero. El de más edad tenía en la túnica una franja vertical azul. Estaba junto a la caseta de cubierta, un refugio construido sólidamente que ofrecía protección contra los elementos en alta mar.

—Esto es basura que hay que eliminar —dijo Escauro, señalando con la cabeza a Casio.

El timonel señaló de pronto hacia adelante.

—Señor, mira allí.

El capitán se quedó mirando a lo largo del río, luego se movió hacia la derecha para ver al otro lado del mástil. No daba crédito a lo que veían sus ojos. Echó a correr y gritó hacia la escotilla.

—¡A los remos! ¡A los remos!

Simo había rezado y creía que Dios le había respondido.

A algo menos de un kilómetro río abajo había encontrado tres viejas barcazas amarradas a un embarcadero desvencijado. Una de ellas estaba llena de agua y muy escorada, pero las otras dos todavía se mantenían a flote. Eran poco más que cascarones de madera con postes cerca de la proa para atar un cabo de remolque. Las embarcaciones eran estrechas, pero largas; lo suficientemente largas para lo que Simo tenía en mente.

Tras dejar el carro y los caballos en el camino de sirga, cortó una soga de la barcaza hundida y la utilizó para ligar las otras dos mediante los postes de remolque. Luego cortó todos los cabos menos el que sujetaba una de las proas de las barcazas al embarcadero.

Viendo lo cerca que estaba la galera, propulsó la popa de la otra embarcación hacia el río. La marea hizo el resto, empujando ambas embarcaciones por el canal hasta que el otro extremo de la segunda barcaza chocó contra el denso banco de juncos del otro margen. Durante un instante angustioso Simo creyó que la marea se la llevaría, pero las dos embarcaciones se detuvieron obstruyendo todo el ancho del río.

El corpulento galo regresó corriendo por el embarcadero y bajó de un salto al camino fangoso que conducía a la calzada. Se agachó y atisbó a través de los juncos. El *Radianes* seguía avanzando por el río a gran velocidad. Tres marineros corrían hacia la proa.

—¡Remad hacia atrás! —gritó el capitán—. ¡Rápido!

Extendió el brazo hacia la derecha. El timonel tiraba del timón.

Escauro todavía sujetaba a Casio por el brazo. En la otra mano tenía el cuchillo.

Casio observó cómo los remos giraban y se sumergían en el agua en el preciso momento en que la galera chocaba con la mitad de la primera barcaza. La embarcación entera se estremeció mientras la proa se hacía añicos contra los troncos podridos.

A diferencia de los marineros, Escauro no había tomado la precaución de agarrarse a algo; y Casio y él salieron despedidos hacia delante. Aunque tenía las muñecas atadas frente a él, Casio logró al menos volverse en el aire y cayó de lado. Escauro también cayó, pero se puso rápidamente en pie.

—¿Qué demonios pasa? —gritó.

El capitán lo ignoró.

—Centra el timón —ordenó al timonel antes de echar a andar con resolución.

Casio se quedó donde estaba, con el rostro a unos centímetros de la cubierta. Podía oler el aceite en las maderas cubiertas de brea. Junto a la escotilla principal

había una cajita cuadrada sujeta a la cubierta. En el interior había dos esponjas, unos trozos de tela y un pasador de cabo.

—Muy bien. ¿Y ahora qué?

Simo se volvió y vio a Indavara detrás de él, respirando con dificultad. El guardaespaldas se descolgó el arco y la aljaba del hombro y los dejó cuidadosamente en el suelo. También llevaba sujetas a la cintura la espada y la daga. En lo alto del camino había un caballo sin ensillar. Simo se quedó mirándolo.

—Me ha costado todas las monedas que tenía —explicó Indavara—. Es hora de ganar unas pocas más.

El galo no pudo evitar sonreír.

—El amo Casio está vivo. Está allí mismo.

—Lo sé. ¿Cuál es el plan?

Simo hizo un gesto hacia las barcazas.

—No he pensado mucho más después de eso.

Indavara se acercó y miró la galera a través de los juncos.

—Tenía el presentimiento de que dirías algo así. Ve a buscar la cota de malla de Córbulos.

Simo empezó a retroceder por el camino, luego se detuvo.

—¿Qué vas a hacer?

—Hay por lo menos veinte hombres en ese barco. Vamos a ver si podemos igualar las cosas.

Casio levantó la vista hacia el timonel. El marinero miraba al frente y no se enteró cuando Casio rodó hasta colocarse boca abajo y comenzó a arrastrarse a través de la cubierta en dirección a la caja.

Indavara sacó tres flechas de la aljaba y examinó la galera. No había señales de Córbulos en la popa. De hecho, parecía haber un solo hombre allí.

La proa de la galera se había empotrado en la barcaza. De ambas embarcaciones seguían cayendo pequeños pedazos de madera que se alejaban flotando. Los otros marineros estaban allí reunidos, asomándose por la borda para contemplar los daños. Un hombre grueso y entrado en años caminaba por la cubierta hacia ellos. Tenía un cuchillo pequeño en la mano.

—Es él —dijo Simo cuando volvió con la cota de malla—. Ese es Escauro.

—Rápido. Antes de que comprendan que no ha sido un accidente.

Indavara extendió las manos y se acuclilló. Simo levantó la cota de malla y se la pasó por la cabeza. Indavara sacó el rostro por el cuello y a continuación introdujo los

brazos en las mangas, pero se le quedó atascada sobre el pecho.

—Te aprieta mucho —dijo Simo mientras tiraba hacia abajo.

—Servirá. —Indavara se volvió hacia el río—. ¿Tiene guardaespaldas? ¿Ves a algún combatiente?

—No lo sé. Había varios hombres con él antes.

Indavara recogió el arco y una flecha. Se trasladó al camino y se apoyó en una rodilla para realizar un disparo limpio. Comprobó el trayecto de la flecha y a continuación la insertó en la cuerda. Tensándola solo a medias, apuntó a un lugar cercano a la proa del *Radianes*, a unos treinta centímetros por debajo de la borda.

Disparó, y dio exactamente donde quería. Uno de los marineros se quedó tan sorprendido que se tambaleó hacia atrás y cayó. Los demás levantaron la vista hacia el embarcadero y acto seguido hacia el banco. Algunos de ellos lo vieron. A Indavara no le preocupó.

Ya tenía la segunda flecha preparada. Esperó a que los hombres se escabulleran de la cubierta para disparar la segunda flecha al mástil. El marinero que iba a la cabeza del grupo se detuvo. Los demás —Escauro entre ellos— se amontonaron junto a él.

Indavara sacó la tercera flecha, apuntó bajo y disparó, y alcanzó a un hombre en el muslo. Mientras caía, varios de los marineros regresaron corriendo por la cubierta, se zambulleron al agua y nadaron hacia la otra orilla. Otros saltaron de la proa a la barcaza y se alejaron. Al quedarse solo, el hombre herido decidió abandonar también la nave y rodó hasta tirarse por la borda. Escauro regresó corriendo a la popa con la cabeza gacha.

Indavara se volvió hacia Simo y señaló la aljaba.

—Tráemela.

Bajó por el sendero y subió al embarcadero.

Casio cerró los dedos alrededor del pasador de cabo. Estaba a punto de atraerlo hacia sí cuando un pie calzado con una bota aterrizó en su muñeca. Se volvió y vio el rostro oscuro y los ojos claros del mercenario llamado Alikar. Al costado llevaba la cachiporra. Casio alcanzó a ver las muescas en la empuñadura. Había por lo menos cuarenta. Alikar retorció la bota sobre el brazo de Casio. Casio soltó el pasador.

El palestino se agachó con la mano libre, agarró a Casio por el cabello y lo levantó, y lo arrastró hacia la popa. Las botas de Casio resbalaban por la cubierta mientras trataba de mantenerse en pie. El mercenario lo dejó caer en una esquina de la caseta de cubierta.

—No te muevas.

Indavara recorrió la estrecha barcaza hasta la proa de la galera. Los marineros más

rápidos ya habían llegado a los juncos y trepaban por el margen. Se volvió hacia Simo y le pasó el arco.

—Quédate aquí. Si alguno de ellos vuelve al barco, dispara.

Simo bajó la vista hacia el arma que tenía en la mano, nervioso.

—¿Lo harás? —le preguntó Indavara—. Necesito que me cubras la espalda.

Simo asintió.

—Entonces prepara una flecha.

Indavara se asió de la proa y se subió a la galera.

Casio observó cómo los otros tres mercenarios salían de la escotilla. Escauro los alcanzó y golpeó a uno en el hombro.

—¡Vamos! ¡Solo es un hombre!

Alikar dijo algo a los demás en su idioma. Levantaron las cachiporras y se precipitaron hacia la proa.

Escauro corrió hacia la borda y vociferó a los marineros que huían.

—¡Volved, cobardes! —Escupió al agua—. ¡Sois todos unos canallas!

Se volvió mientras Casio se ponía en pie y miraba hacia la proa.

—Sí, es tu amigo de una sola oreja. Pero me temo que esta vez ha picado demasiado alto.

Todavía tenía en la mano la espada estrecha. Agachándose con el rostro encendido, avanzó hacia Casio.

—Bien, ¿por dónde íbamos?

XXXV

Cuando vio el tamaño y las armas de los cuatro hombres que avanzaban con determinación hacia él, Indavara pensó seriamente en regresar corriendo a la barcaza y arrebatarse el arco a Simo. Pero estaban a diez metros de distancia y se acercaban deprisa; estarían sobre él antes de que pudiera encajar una flecha en la cuerda.

Miró la espada corta que tenía en la mano, desesperado. Era tal vez su arma favorita, pero resultaba prácticamente inútil contra las cachiporras. Y como no tenía ninguna posibilidad de hacerse con una lanza larga o un escudo pesado en los próximos segundos, sus opciones eran limitadas.

El hombre de más edad bramó una orden y todos se desplegaron por todo lo ancho de la cubierta. Indavara se detuvo unos metros delante del mástil. Detrás de él estaba la verga: el palo de doce metros de largo del que colgaba la vela. La vela en sí estaba doblada en un saco alargado de cuero. El cabecilla y dos de sus hombres se encontraban a la izquierda de ese obstáculo, el otro hombre a la derecha. Ese guerrero también iba un poco por delante de los demás.

A Indavara no le gustó la idea de desprenderse de su arma principal, pero no había tiempo para titubear. Dio un par de pasos hacia la derecha y, agarrando con las dos manos la empuñadura de la espada, la alzó por encima del hombro y la dejó volar.

Cogido completamente por sorpresa, el mercenario bajó la vista hacia la espada temblorosa que le salía del pecho.

Los otros tres también se quedaron mirando, y ninguno de ellos se había movido aún cuando Indavara se precipitó hacia delante y agarró la cachiporra de las manos del guerrero. Con el rostro todavía paralizado de terror, el mercenario intentó arrancarse la espada mientras caía hacia atrás. Al golpear la cubierta, un gargajo de sangre le salió de la boca y le salpicó el rostro.

Indavara dejó la espada donde estaba; combatir con un tipo de arma que solo había manejado unas cinco veces en su vida ya era suficiente reto.

Los mercenarios seguían aturdidos. De pronto el de más edad lanzó un grito de guerra y rodearon el mástil a todo correr.

Indavara retrocedió pasando por delante del combatiente caído. No podía creer lo pesada que era el arma. Miró la cabeza de la cachiporra y vio que unos centímetros por debajo del tope había una gruesa arandela metálica sujeta con clavos. La asió mejor por el cuero pegajoso de la empuñadura y la levantó.

Los mercenarios aminoraron el paso. El primer hombre ya estaba muerto cuando los demás lo adelantaron. Los más jóvenes miraron el cuerpo. El cabecilla no.

Indavara ya había decidido que no tenía sentido atacar a los tres a la vez. Retrocedió hasta el final de la verga y la rodeó hacia el otro extremo de la

embarcación.

Con una palabra del cabecilla, los dos mercenarios más jóvenes salieron tras Indavara. El de más edad volvió sobre sus pasos y corrió alrededor del mástil para rodear a su presa.

De espaldas a la barandilla lateral, Indavara se volvió en un sentido y en otro. Los mercenarios avanzaron.

La luz del sol se reflejaba en la espada de Escauro. Casio trató de aislarse de los gritos de los esclavos que llegaban de las bodegas y de la visión de los marineros trepando por el margen meridional del río.

Escauro se precipitó hacia delante, obligándolo a retroceder entre la caseta y la popa. Aunque todavía tenía las manos atadas, Casio miró alrededor en busca de un arma. A su izquierda estaban los barriles que habían atado a la cubierta, pero no había nada más que pudiera utilizar.

Escauro llegó a la esquina de la caseta de cubierta, cortando la ruta por el lado derecho de la embarcación.

Casio se estaba quedando sin espacio. No sabía cómo le iría con las manos atadas en un río que corría tan rápido; pero, si era preciso, tendría que saltar por la borda.

Después de separar a los mercenarios, Indavara imaginó que esperarían que saliera tras el hombre solo, pero vio lo nerviosos que se habían quedado los más jóvenes con la muerte de su compañero. Púa y Clavo —como los había bautizado— estaban a seis metros de distancia y proferían maldiciones mientras se acercaban, con los ojos brillantes de odio. Los hombres enfurecidos no pensaban con claridad. Los movimientos del cabecilla eran tranquilos y mesurados. Habían tomado la decisión por él.

Con la cachiporra en la mano derecha, Indavara corrió hacia la popa.

Clavo estaba más cerca de la borda. Púa se apartó de él. Alzaron las cachiporras.

Indavara se desvió hacia la izquierda. Estaba a un metro y medio cuando Clavo salió a su encuentro con la cachiporra en alto.

Indavara hizo un amago a la derecha y a continuación se subió ágilmente a la borda. No medía más de quince centímetros de ancho, pero bailó a lo largo de ella, y ya había pasado a Clavo cuando este lanzó una torpe embestida. Solo golpeó el aire.

Indavara lo alcanzó en la parte posterior de la cabeza, no muy fuerte, pero con la fuerza suficiente para mandarlo tambaleando hacia adelante. Cuando Indavara bajó de nuevo a la cubierta, Púa atacó.

Alzándose por encima de su enemigo con un rugido feroz, el mercenario bajó la cachiporra por encima de la cabeza, dando a Indavara tiempo para apartarse de un salto y ver cómo esta se estrellaba contra la baranda. Una de las púas se hundió unos

cinco centímetros en la madera seca. Por increíble que pareciera, Púa seguía aferrado a la cachiporra con la intención de arrancarla.

A Indavara le preocupaba más la velocidad que la potencia, pero el golpe descendente fracturó el brazo del guerrero justo por debajo del codo. Un fragmento irregular de hueso le desgarró la piel. Púa todavía gritaba cuando el segundo golpe de Indavara lo alcanzó en la boca. La mitad inferior del rostro del mercenario se desintegró en un amasijo rosa de dientes, carne y sangre.

Indavara avanzó antes de caer a la cubierta. El hombre de más edad se abalanzaba sobre él.

Clavo todavía estaba aturdido, mirando el agua con la cachiporra en la mano. Miró a su cabecilla y gritó; pero se le vaciaron los pulmones de aire con el golpe que recibió entre los hombros. Voló por encima de la barandilla lateral y, chocando contra un remo, se hundió en el agua.

El último de los mercenarios aminoró el paso, mirando más allá de Indavara lo que había quedado de Púa.

Indavara no se volvió, pero oía las respiraciones entrecortadas y balbuceantes de un hombre a las puertas de la muerte. Con el rabillo del ojo vio que tenía algo pegado en la mejilla. Se lo arrancó con la mano libre: un diente perfectamente conservado y extraordinariamente blanco. Lo tiró por la borda.

El mercenario le habló en latín.

—Así es como morirás.

Casio estaba a solo unos palmos de la popa de la embarcación. Se preparó para zambullirse en el río. La orilla no estaba lejos. Si lograba mantener la cabeza fuera del agua creía que podía conseguirlo.

Escauro se acercó, cuchillo en mano, y Casio se preguntó por qué no se lo había clavado aún. Y de pronto lo comprendió. Escauro estaba asustado. Tenía un cuchillo, pero su adversario era más joven, más corpulento y más fuerte que él. No se atrevía a acercarse demasiado. Él era un canalla cruel, no un soldado.

Casio se dio cuenta de algo más. Había llegado a odiar a ese hombre. Quería verlo magullado y herido.

Aun así, no supo con certeza sí podía mantenerse en pie y luchar hasta que divisó en un estante situado junto a la popa un bichero.

Alikar utilizaba la cachiporra como una espada.

Indavara vio que era más larga que las demás y, al no tener los complementos metálicos, también más ligera.

El mercenario agarraba el arma con ambas manos y la blandía hacia Indavara, que solo podía detenerla y esquivarla. La cachiporra que tenía él en las manos era más

corta y más pesada, y no la dominaba.

Teniendo en cuenta su edad, el movimiento de pies de Alikar era impecable. Se mantenía en una posición encorvada de lucha: en constante movimiento, cambiando sin cesar el punto de ataque.

Trató de alcanzar la cabeza de Indavara y acto seguido fue a por el rostro. La cachiporra se escabulló del arma de Indavara y lo alcanzó en la nariz. No se la rompió, pero probó el sabor de la sangre en los labios. Se sentía extrañamente cansado: la cachiporra pesaba tanto, era tan difícil de manejar...

Un aluvión de golpes y barridas. Alikar le golpeó en el flanco.

Indavara no consiguió bajar el arma a tiempo. La cachiporra se le clavó en el costado y los aros de cota de malla se le clavaron en la piel. Jadeando, se tambaleó hacia atrás, mirando fijamente los ojos pálidos y furiosos del hombre que tenía ante sí.

Si no hacía algo enseguida, el mercenario lo agotaría y buscaría una oportunidad para acabar con él. Levantó de nuevo la cachiporra. Era tan pesada que resultaba difícil defenderse con ella.

Tenía que atacar.

Escauro no había dado otro paso cuando Casio agarró el bichero del estante. Era una asta de madera de casi dos metros de longitud rematada con una cabeza de bronce. Aun con las manos atadas podría manejarla.

Escauro miró alrededor buscando ayuda. En el margen meridional del río un grupo de marineros lo observaban.

—¡Volved aquí! ¡Os lo ordeno!

Pero los hombres no se movieron. Aunque no iban con grilletas como los africanos de las bodegas, Casio se preguntó si también eran esclavos. Sin duda parecían muy poco interesados en regresar a ayudar. De hecho, la mayoría ya había huido.

Escauro retrocedió más allá de la caseta de cubierta en dirección a la escotilla principal. Detrás de él Indavara y Alikar se movían en círculo. El mercenario parecía llevar ventaja.

Casio clavó el bichero en el hombro de Escauro, un golpe punzante que bastó para que soltara el cuchillo y se llevara una mano al brazo.

—Te desgarraré miembro por miembro por esto —siseó Escauro con un hilillo de saliva cayéndole por la barbilla.

—No lo creo, Escauro. —Casio asió mejor el bichero y se lo clavó en el muslo derecho—. Esto es por Mayor, maldito asesino.

—¡Juro por todos los dioses que me encargaré de que te desgarren! —gritó Escauro, con el rostro escarlata.

El tercer golpe de Casio dio a Escauro justo por encima de la oreja e hizo que se

tambaleara hacia atrás en dirección a la escotilla. Él trató desesperadamente de mantener el equilibrio, pero resbaló con el escalón superior. Pareció paralizarse en el aire por un instante antes de caer de cabeza a través del hueco y golpear la madera del fondo.

Casio se acercó y atisbó en la penumbra. Escauro yacía inmóvil junto a la mesa. Diecisiete pares de ojos contemplaban desde la oscuridad a su amo caído.

—Y esto por Gregorio.

Casio alzó la vista.

Indavara estaba a pocos metros de distancia, entre la escotilla y la baranda.

Alikar arremetió contra él.

Indavara no se atrevía a dejar que se acercara de nuevo. Retrocedió dos pasos rápidamente para tener espacio y a continuación golpeó con un amplio movimiento del brazo.

El mercenario lo detuvo con firmeza y el impacto causó temblores convulsivos en el brazo de Indavara. Apenas podía sostener el arma, pero vio por primera vez un atisbo de duda en los ojos del hombre de más edad. Arremetió una vez más, esta vez apuntando bajo.

Alikar lo vio venir y saltó hacia atrás. Lejos de alcanzarlo, Indavara casi perdió el equilibrio, pero continuó avanzando y levantando una vez más la cachiporra por encima del hombro. Tomó aire y, plantando el pie delantero en la cubierta, retorció el cuerpo para atestar un vigoroso golpe en la cabeza de su adversario. Alikar no tuvo más remedio que bloquearlo.

Las cachiporras entrechocaron con un crujido estremecedor. Los dos hombres las soltaron a la vez: la de Indavara salió volando de sus manos y se estrelló contra la cubierta, mientras la de Alikar dio vueltas en el aire. Antes de que tocara siquiera el suelo, Indavara se llevó una mano a la daga.

Alikar buscó su propia daga.

Indavara cerró los dedos alrededor de la empuñadura. Desenfundó la hoja.

Alikar titubeó. Bajó la vista.

Indavara clavó la daga directamente en el corazón de su adversario, hundiendo la hoja hasta el fondo.

Alikar todavía tenía en la mano la empuñadura de su daga.

Indavara hundió la hoja un poco más.

Al mercenario se le estremeció el cuerpo entero y dejó escapar un jadeo. Levantó las manos y rodeó el cuello de Indavara. Este intentó apartarlo, pero Alikar lo atrajo hacia sí y lo inmovilizó en un gran abrazo. Se tambaleó hacia atrás, arrastrando a Indavara consigo.

Casio dejó caer el bichero y, recogiendo el cuchillo de Escauro del suelo, echó a correr hacia ellos.

Dos pasos tambaleantes más y estaban junto a la borda. Indavara no podía mover los brazos. Intentó clavar una rodilla en la ingle del palestino, pero estaban demasiado juntos.

Estrelló la cabeza contra la nariz de Alikar en el preciso momento en que el mercenario daba un último tirón.

Saltaron por la borda y cayeron al río.

El agua estalló en la cara de Indavara. Cerró los ojos mientras se hundía, pero los abrió a medida que empezaba a ascender. Creyó que Alikar todavía lo sujetaba, pero enseguida se dio cuenta de que tenía los brazos libres. Rompió la superficie con la cabeza y vio el cuerpo que se alejaba a la deriva entre el barco y el embarcadero.

Por primera vez en toda su vida Indavara se encontró flotando en una masa de agua. La sensación de vacío líquido que experimentaba alrededor y por debajo de él lo aterrizó como nunca lo había hecho nada antes. Dio patadas intentando mantenerse a flote, pero el río parecía succionarlo.

Se hundió de nuevo, tragó agua, salió otra vez a la superficie y escupió, agitó los brazos y las piernas alrededor, tragó más agua.

Volvió a hundirse y esta vez no volvió a salir. La malla parecía haber triplicado su peso. Trató de sacársela, pero no logró moverla ni un ápice.

Se hundió aún más.

Una forma oscura delante de él. Intentó agarrarse al barco para detener su descenso, pero se le resbalaban los dedos por los tabloncillos lisos del casco.

Se sumergió aún más en la niebla verde. Unos dedos semejantes a zarcillos se le deslizaban por las piernas, tirando de él hacia abajo. Volvió a cerrar los ojos.

Así es como voy a morir.

XXXVI

—¡Córtate ya, maldita sea!

De rodillas junto a la borda con el cuchillo de Escario encajado entre las rodillas, Casio frotaba arriba y abajo las cuerdas que le asían las muñecas a lo largo de la hoja. Ya había cortado una, pero necesitaba desprenderse de la otra para ser libre.

Se llenó los pulmones de profundas y largas bocanadas de aire. Parecía que hacía una eternidad que había oído agitarse el agua. Indavara llevaba demasiado tiempo sumergido. Pero era muy fuerte. Podía aguantar.

Casio percibió movimiento a su izquierda: era Simo, corriendo por la barcaza hacia el embarcadero.

—¡Simo, no sabe nadar! ¡La cota de malla! ¡No sabe nadar!

Finalmente el cuchillo cortó. Casio se arrancó la cuerda de las muñecas y se quitó primero una bota y luego la otra. Se subió a la borda. Todo lo que veía era una fina estela de burbujas.

Se tiró al río. El impacto del frío cesó rápidamente, al igual que el impulso de la inmersión. Enseguida sintió que ascendía de nuevo, y movió las piernas hacia abajo mientras abría los ojos.

Nada aparte de verde oscuro. Con amplias brazadas se sumergió aún más. Le dolían los oídos.

Más abajo, a una distancia imposible, brillaba algo en la oscuridad. Movié de nuevo las piernas. Cinco metros de profundidad. Seis. Presión en los pulmones y la garganta.

Siete metros. Luego lo vio. El rostro de Indavara estaba difuminado. Todo lo que había bajo la cota de malla quedaba oculto por gruesas matas de juncos ondulantes.

Casio movió los piernas para avanzar hacia él. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, alargó las manos hacia los brazos que Indavara agitaba y, agarrándolo por el cinturón, le rodeó el cuello con un codo. Tiró del cinturón hacia arriba. Indavara se elevó un palmo, pero luego se detuvo. Los juncos parecían haberlo envuelto. El agua agitada se aclaró. Parecía un niño, aterrado e indefenso.

Casio sintió el roce de los juncos resbaladizos en las piernas. Cerró ambas manos alrededor del cinturón y volvió a tirar hacia arriba, pero Indavara estaba varado allí abajo.

Él vino a buscarme.

No puedo dejarlo morir.

Casio tenía el pecho en llamas, y el fuego se desplazó hasta la garganta. Sabía que solo le quedaban unos instantes de aire.

Soltó a Indavara. El instinto se hizo cargo de la situación. Empezó a ascender en el agua.

Percibió algo detrás de él y se volvió.

Una forma oscura, una manaza que se alargaba hacia él, luego un rostro amplio con una mueca dura.

A pesar de su tamaño, Casio sabía que Simo era un buen nadador. El galo pasó por delante de él y cogió la mano izquierda de Indavara. Casio alargó el brazo, le cogió la derecha, entrelazando los dedos con los suyos. Simo empezó a tirar hacia arriba. Casio cerró los ojos y, utilizando hasta el último gramo de fuerza que le quedaba, tomó impulso con los pies.

Indavara cambió de posición y de pronto estaba libre.

Agitando las piernas, se elevaron rápidamente hacia la oscura mole de la embarcación.

Casio tenía la boca y la garganta en llamas. Abría y cerraba los párpados. La oscuridad lo cercó. Luego comprendió que era la falta de aire. Estaba perdiendo el conocimiento.

El sol resplandecía en lo alto. Ante sus ojos brillaban manchas oscuras. Sentía el cuerpo ligero y hueco. Ya no agitaba las piernas siquiera.

Rompió la superficie con los dedos. Lo había conseguido.

Farfullando al tomar aire, soltó la mano de Indavara sin apenas percatarse de que los otros dos habían salido a la superficie a tres metros de distancia.

—¡Señor!

Casio no podía hacer nada para ayudar. Intentó llegar al barco, pero se dio cuenta de que estaba demasiado lejos. Pero mientras inhalaba se le empezó a despejar la visión. Se volvió y vio a Simo luchando por mantener la cabeza de Indavara por encima de la superficie. El guardaespaldas tenía los ojos cerrados. Escupía agua al toser.

—¡Allí! —gritó Simo, señalando con la cabeza los gruesos maderos que soportaban el embarcadero.

Casio logró moverse. Entre Simo y él llevaron a Indavara hasta el poste más cercano. Lo apoyaron contra él y se sujetaron con las piernas. Los tres se quedaron allí, recobrándose.

Al cabo de un rato Indavara abrió los ojos. Miraba al frente sin comprender, exhalando el aire en jadeos convulsivos. Simo lo golpeó en la espalda un par de veces para que expulsara toda el agua. El guardaespaldas no podía ni asirse al poste. Casio y Simo lo sujetaron por debajo de los brazos para mantenerlo fuera del agua y él apoyó la cabeza en la madera.

Casio no sabía cuánto tiempo habían estado allí. En algún momento le pareció que oía a los esclavos todavía gritándose unos a otros en su idioma. Y en cuanto se volvió hacia el barco pensó en Escauro y los barriles, y en el estandarte imperial. Tenía que saber.

—¿Estás bien, amo? —le preguntó Simo. Tenía en la frente un puñado de algas.

—Lo estaré —respondió Casio. Se dirigió a Indavara—. ¿Puedes moverte?

El guardaespaldas asintió.

De nuevo lo asieron cada uno por un brazo y nadaron hasta la orilla. Salieron por sí mismos del lodo espeso y viscoso hasta que estuvieron por encima del nivel del embarcadero. Luego se desplomaron sobre un lecho de juncos y se quedaron tumbados de espaldas un instante, con los ojos cerrados para protegerlos del sol.

—Por los dioses —jadeó Casio—. Y pensar que me encantaba la natación... Después de lo ocurrido ayer y hoy, no quiero abandonar nunca más el suelo firme.

—Yo tampoco —balbució Indavara.

Era lo primero que decía; y Casio y Simo se rieron fuerte, sobre todo de alivio.

Indavara se puso boca abajo y continuó escupiendo agua. Parecía como si el río le hubiera quitado el color de la cara.

—¿Puedes quitarme esto? —preguntó.

Simo se arrastró hasta él y, tras varios intentos, logró sacarle la cota de malla por la cabeza.

—Gracias —dijo Indavara—. A los dos.

Casio se puso en pie con dificultad.

—De nada. Venid conmigo. Espero poder enseñaros qué había detrás de todo este asunto atroz.

Mientras caminaban a lo largo del embarcadero vieron a un grupo de marineros que regresaba a Antioquía a todo correr. Una mirada rápida al margen septentrional del río confirmó por qué se marchaban con tanta precipitación. A casi un kilómetro de distancia, una columna de jinetes con un abanderado a la cabeza avanzaba por el camino de sirga.

—Ya era hora —dijo Casio—. Me pregunto quiénes son.

—Probablemente los hombres del mariscal Marcelino —sugirió Simo—. Shostra fue a llevarle un mensaje.

—Supongo que más vale tarde que nunca.

Retrocedieron por la barcaza —Indavara con especial cuidado— y se subieron a la galera. Los esclavos seguían susurrando abajo.

Pasaron junto a la primera víctima de Indavara. El guardaespaldas se acercó para recuperar su espada, pero apenas logró reunir fuerzas para sacar la hoja del cuerpo del muerto.

Casio recogió el cuchillo de Escauro de la cubierta y trató de no mirar al segundo mercenario caído.

—Cuidado —dijo mientras los precedía por la escotilla—. Esto podría ser peligroso.

Junto a la forma todavía inmóvil de Escauro yacía el capataz. Los esclavos habían logrado de algún modo derrotarlo, pero todos seguían encadenados. Un hombre alargó el brazo hacia la llave que colgaba del cinturón del capataz cuando Casio bajó el último peldaño.

—Deberíamos liberarlos —dijo Indavara.

—¿Por qué? —le preguntó Casio.

—Míralos. ¿Qué clase de vida es esta para un ser humano?

—La vida de un galeote.

Indavara miró de nuevo a los africanos, pero cuando Casio vio la expresión de su rostro renunció a discutir. Cogió la llave del cinturón del capataz y se la dio.

—Está bien, Espartaco, haz lo que quieras. Pero diles que se dirijan al sur del río o los legionarios los acorralarán. Y no me eches la culpa si alguno se vuelve contra ti.

Casio comprobó la respiración de Escauro y del capataz. Los dos seguían vivos. Encontró la llave de Escauro en la bolsa que llevaba al cinto.

Los esclavos tensaron las cadenas mientras intentaban acercarse a Indavara.

Casio señaló a los dos hombres inconscientes.

—Quítalos de en medio, Simo.

A continuación pasó rápidamente junto a los esclavos y bajó las escaleras de la bodega de proa. Abrió la puerta y entró, y se dispuso a abrir las tapas de los barriles con el cuchillo de Escauro. Mientras lo hacía, oyó los gritos de los esclavos; a continuación, a Indavara y a Simo intentando hablar con ellos; por último, ruido de pasos cuando los esclavos se apresuraron a subir las escaleras, cruzar la cubierta y saltar a la barcaza.

Ya había abierto nueve de los barriles —apartando las monedas antiguas para ver lo que había debajo— cuando llegó a uno en el que no había plata, ni oro ni joyas.

El estandarte había sido enrollado y guardado en el interior del barril. Casio lo sacó y lo extendió sobre el suelo. Habían arrancado las piedras preciosas y el color púrpura estaba desteñido, pero reconoció la estrella del centro y los diseños de hilo de oro por el boceto que Abascantio le había dado. Sonrió mientras deslizaba las manos por él.

—Ahora lo entiendo —dijo Indavara al entrar en la bodega y bajar la vista hacia los barriles. Cogió un lingote de plata y otro de oro, y los sostuvo en alto. Luego miró con curiosidad el estandarte imperial—. ¿Qué es eso?

—Solo una bandera.

—¿Tiene valor?

Casio asintió.

—No tiene precio.

XXXVII

El anciano apenas podía caminar. A pesar de ir con un asistente a cada lado asiéndolo por un codo, todo parecía suponer un gran esfuerzo. Inclina tanto la cabeza que casi se tocaba el pecho con la barbilla, y la piel reseca de su cabeza calva estaba cubierta de manchas y pecas. Sus pálidos ropajes le llegaban solo hasta las rodillas de sus retorcidas piernas marrón claro.

Deteniéndose junto a una mesa, se agarró al borde y tomó unas bocanadas de aire. Los asistentes se hicieron a un lado. Levantó un poco la cabeza y miró alrededor. No tenía pupilas en los ojos, que eran de un blanco lechoso.

Alargando una mano huesuda sobre la mesa, asió un puñado de tela y arrastró el estandarte hacia sí. Deslizó los dedos por un lado y a continuación dejó vagar las manos sobre el material. Recorrió los diseños de hilo, la superficie de las piedras preciosas recién cosidas.

Diez pasos atrás, la pequeña delegación persa observaba: cuatro ministros de mediana edad y ataviados con túnicas modestas y, un poco por delante de ellos, mirando por encima del hombro del anciano, el joven emperador en persona, Hormisd Ardashir. La delegación se encontraba en Antioquía de incógnito, por lo que había renunciado a la vestimenta regia y solo llevaba un manto oscuro sobre la túnica; no obstante, seguía proyectando la serena confianza de un hombre nacido para ostentar el poder. Era alto y delgado, y el cabello negro y liso le caía muy por debajo de los hombros.

En el otro extremo de la mesa estaban los romanos. También vestían atuendo informal; solo el gobernador Gordio llevaba toga. Miró con nerviosismo la imponente figura que tenía al lado. Con el cabello castaño y cortado al rape, la piel bronceada y el cuerpo fornido, el mariscal Marcelino tenía todo el aspecto de un hombre de acción. Solo el ribete purpúreo de su túnica insinuaba su estatus de segundo al mando de Aureliano.

A su izquierda se encontraban el general Ulpiano y la figura liviana y algo incongruente del procurador Octobriano. Los dos observaban ansiosos. El magistrado Quarto completaba el cuadro; con las manos juntas sobre el estómago, miraba al anciano persa. Los únicos otros hombres que se hallaban en la sala de reunión eran cinco soldados persas, ocho miembros de la guardia pretoriana y un guardaespaldas africano.

El anciano parecía haber revisado hasta el último detalle del estandarte. Lo extendió sobre la mesa, estirando cada pliegue y enderezando cada borde. Luego se volvió y asintió.

Hormisd sonrió. Marcelino empezó a aplaudir. El resto del grupo lo imitó; entonces Marcelino y Gordio se acercaron a hablar con el emperador persa y sus

ministros. Octobriano chasqueó los dedos y entraron dos secretarios con un estuche de cuero y útiles de escritura.

Abascantio dio la espalda a la escena que se desarrollaba abajo y, fingiendo que se limpiaba el sudor de la frente, sonrió. Se apartó de la gruesa columna detrás de la cual habían estado escondiéndose Casio y él y se acercó de puntillas a la puerta situada en la esquina de la galería del primer piso. Iba vestido con elegancia —de acuerdo con sus propias normas—, con una túnica prácticamente sin manchas y una capa ligera.

Había insistido en que los dos se quitaran las botas, y no cruzaron una palabra mientras bajaban por las escaleras, luego se sentaron y se las pusieron de nuevo bajo la mirada impasible de dos guardias pretorianos más. Un pasillo largo y vacío los llevó a la puerta trasera del foro, donde otro guardia los dejó salir, cerrando la puerta detrás de ellos. Abascantio tamborileó con los dedos en el cinturón mientras miraba el despejado cielo azul.

—Gracias a los dioses. —Miró a Casio mientras echaban a andar por la calle—. Has hecho un buen trabajo, Córbulos. Es una lástima que no puedas contar a nadie esta pequeña aventura, pero por Júpiter que has hecho un buen trabajo.

—Gracias, señor. Me gustaría decir que ha sido un placer, pero podría haber sido perfectamente el segundo peor mes de mi vida.

Abascantio se rio mientras doblaban la esquina. Era media tarde y las calurosas calles de la ciudad estaban silenciosas. Movi6 la cabeza.

—Un robo. Un simple robo.

—No fue tan simple, señor.

—Sabes lo que quiero decir. Estaba tan convencido de que estábamos investigando una red de intriga que los árboles no me dejaban ver el bosque. Tal vez llevo demasiado tiempo en este puesto. ¿Cómo tienes la cabeza?

Casio se llevó una mano al chichón y a la piel cubierta de costra del lado izquierdo del cráneo.

—A tu amigo cirujano le pareció que sanaría bien. Gracias por enviarlo, señor. Le dio a Simo toda una lista de instrucciones.

—Tienes un buen hombre, Córbulos..., cristiano o no.

—Lo sé, señor.

—Te sentirás al menos un poco renovado después de unos días de descanso. ¿Qué has hecho?

—Dormir, más que nada. Indavara también. Ha estado aún más callado de lo normal. Creo que el remojón en el Orontes lo ha afectado más que arremeter contra esos brutos palestinos.

—Es realmente excepcional. A Alikar y a sus hombres se les conocía en todas las ciudades de aquí a su patria. Pensar que se enfrentó él solo a ellos y salió victorioso... Y que saltó por la ventana de esa torre. Por los dioses, debe de tener unos huevos del tamaño de los de una avestruz. Espero que podamos retenerlo aquí.

—¿Qué hay de Escauro, señor? —le preguntó Casio mientras pasaban por debajo de un toldo bajo—. He oído decir que han anunciado su ejecución.

—Lo echarán a los animales en los próximos juegos. Quarto y Ulpiano se están encargando personalmente de los preparativos..., perros salvajes, creo. ¿Quieres una entrada? Estoy pensando en convertirlo en una fecha señalada.

A Casio se le revolvió el estómago. No perdería un momento en compadecer a Escauro, pero había tenido más que suficiente violencia y muerte en las últimas semanas.

—No, gracias. Debo decir que me sorprendió que el mariscal Marcelino decidiera no guardar todo el asunto en secreto.

—Habría sido difícil. Es mejor contar nueve décimas partes de la verdad. Solo se mantendrá en secreto el asunto del estandarte. Nuestros amigos persas ni siquiera saben que hubo un problema.

—¿Y cómo valora el mariscal el papel que ha desempeñado el Servicio en todo esto, señor?

Abascantio miró a Casio mientras rodeaban un gran puesto de fruta y se subió de nuevo a la acera.

—Muy diplomáticamente expresado, Córbulos. Pero, seamos francos, Escauro consiguió burlarme por completo. Si no fuera por tus esfuerzos, estoy casi seguro de que en estos momentos estaría camino de esa mina en Tesalónica con la que te amenacé. Pero él también dejó en ridículo a Ulpiano y a Quarto, y tengo entendido que Marcelino le dio una bofetada a Gordio en la muñeca por ponerme entre rejas. Mientras nuestro superior Pulcher tenga cierta influencia en el emperador, diría que mi posición es segura. Simplemente tendré que mantener la cabeza gacha un tiempo.

—¿Y Octobriano?

Abascantio escupió al suelo.

—Tuve que escribir una carta de disculpa, ¿puedes creértelo? Pero tarde o temprano meterá la pata. Y me aseguraré de estar allí cuando lo haga.

—Mmm..., ¿adónde vamos, señor?

Abascantio sonrió mientras conducía a Casio por un callejón estrecho.

—Por aquí.

De pie frente a una sórdida puerta en forma de arco había un individuo voluminoso hurgándose la nariz. Abascantio le arrojó una moneda y pasó a toda prisa por su lado a través de una cortina de cuentas. La taberna era un lugar sucio, con una barra en una esquina y media docena de clientes sentados alrededor de una mesa grande, jugando a los dados. Un hombre soltó una carcajada; los demás gruñeron.

Al ver entrar a Abascantio, un hombre menudo salió de detrás de la barra y los llevó sin decir una palabra hacia otra puerta pasando junto a los jugadores. Sacó una llave de un bolsillo del delantal y la abrió.

—¿Todavía tienes el Nomentamum de diez años? —le preguntó Abascantio mientras conducía a Casio a través de la puerta.

—Así es.

—Trae un poco. Y seis de tus mejores copas.

El tabernero asintió y cerró la puerta detrás de ellos. El estrecho pasillo estaba bordeado de botellas vacías de todos los tamaños, formas y descripciones. Más allá de un montón de taburetes había otra puerta a la derecha. Abascantio llamó. Abrió Shostra.

Entraron en una pequeña y oscura sala iluminada solo por un tragaluz alrededor del cual había varios pájaros posados gorjeando alegremente. Sentada a una mesa de cara a la puerta estaba la señora Antonia. Iba tan arreglada como siempre: el cutis perfecto, el cabello recogido en lo alto y ataviada con una capa con capucha verde sobre su *stola*. Lanzó a Abascantio una mirada impaciente que se suavizó al ver a Casio.

Simo estaba sentado delante de ella. Se levantó y se acercó.

—¿De qué va todo esto, señor? Shostra nos ha ido a buscar a la villa.

Casio se encogió de hombros y miró por encima del galo a Indavara. Estaba de pie en la esquina, con un pie apoyado en la pared y los brazos cruzados. Bajo la túnica sin mangas Casio vio los vendajes con que Simo le había envuelto los verdugones del costado.

—Toma asiento, Córbulos —dijo Abascantio, señalando la mesa—. Tú también, Indavara.

Se sentaron. Indavara lo hizo frente a Abascantio, que permaneció de pie; Casio junto a Simo. Shostra cerró la puerta, sacó de debajo de la mesa una cesta de mimbre y la puso delante de su amo. Estaba cubierta por un mantel.

—¿Nos vamos a comer al campo? —preguntó la señora Antonia.

Casio se rio.

Abascantio se lo tomó con humor y retiró el mantel.

—Todo se sabrá a su debido tiempo, querida.

—Espero que sea pronto. Llevo media hora esperando en este cuchitril.

—Si estás dispuesta a hacer pública nuestra asociación, podemos buscar otro local.

Antonia asintió a regañadientes.

Abascantio se echó hacia delante y plantó las manos sobre la mesa.

—Es una lástima, pero no puedo compartir con vosotros los detalles exactos de los acontecimientos en los que nos hemos visto involucrados; pero todos los aquí presentes habéis sido de gran ayuda para mí en las últimas semanas. Y la necesitaba.

—Vaya, vaya —lo interrumpió Antonia—. Humildad. Creo que te estás ablandando en la vejez, Aulo.

Abascantio continuó, resuelto.

—Al detener a Escauro, no solo habéis evitado uno de los más osados crímenes cometidos contra el imperio, también habéis contribuido a asegurar la paz en esta región, ahora y posiblemente en años venideros. He enviado misivas a Pulcher y al

mismo emperador informando de lo sucedido, y no tengo ninguna duda de que sumarán su más profunda gratitud a la mía. Ahora permitidme unas muestras de agradecimiento. Que no se diga que el Servicio no recompensa a quienes llevan a cabo su cometido.

Casio se sintió bastante eufórico al oír esas palabras. No tanto como para resarcirlo de las últimas semanas de pesadilla, pero al menos se sintió orgulloso. Se imaginó regresando a Rávena y recibiendo la recepción de un héroe, las calurosas felicitaciones de amigos y familiares. Pero no...

Abascantio introdujo una mano en la cesta y sacó tres lingotes de plata. Le ofreció uno a la señora Antonia, otro a Indavara y el tercero a Casio.

—He comprobado los precios esta mañana. Valen más de doscientos áureos cada uno. Están sin marcar.

—¿Y cómo te has recompensado a ti mismo, Aulo? —le preguntó Antonia.

Abascantio se llevó una mano al corazón.

—El privilegio de servir al emperador es recompensa suficiente —respondió, con un entusiasmo que rayaba en lo convincente.

Antonia sonrió.

—Ahora te toca a ti —dijo Abascantio mirando a Simo. Sacó una hoja plegada de papiro de la cesta y se la entregó—. Tu amo me ha contado lo que hiciste.

Simo se levantó y se inclinó.

—Léelo.

Mientras el galo lo hacía, Abascantio llamó la atención de Casio.

—Un indulto para su padre. Me temo que solo para él, pero queda en libertad. Tendrá que hacer trabajos en una cuadrilla durante un tiempo, pero saldrá sin cargos y no será preciso que jure lealtad a Domno.

—¿Y los demás?

—Eso depende de Gordio.

—¿Crees que querrá salir de la prisión? —le preguntó Casio a Simo.

—No lo sé, señor. Pero le insistiré para que lo haga. —El galo se volvió hacia Abascantio—. Gracias, señor.

Casio deslizó el lingote de plata por la mesa hacia Abascantio.

—Señor, ¿puedes dárselo a la familia de Mayor por mí?

—Ya te he dicho que me ocuparía de eso.

—El hombre dio su vida, señor.

Abascantio escudriñó el rostro de Casio unos instantes y cogió el lingote.

—De acuerdo.

Llamaron a la puerta. Shostra abrió y tomó la bandeja de las manos del tabernero.

—Una copa para cada uno —pidió Abascantio mientras el hombre servía el vino.

Un agradable aroma afrutado alcanzó a Casio.

—Para mí no —dijo la señora Antonia, levantándose y dejando el lingote en la mesa—. Puedo ver el polvo de esas copas desde aquí.

—Vamos, Antonia, bebe con nosotros —imploró Abascantio.

—Aulo, es media tarde. Debería estar echándome la siesta. —Señaló con la cabeza el lingote—. Gracias, es un pago insólitamente generoso y oportuno. Pero no me lo llevaré encima ahora. ¿Serías tan amable de enviármelo más tarde?

—Por supuesto. Te lo has ganado. ¿Quién más habría logrado convencer a la mano derecha del emperador para que detuviera su columna y acudiera en nuestro auxilio?

—Mano derecha o no, un hombre es un hombre.

—¿Me permites? —Abascantio le tomó la mano y se la besó.

Ella se dirigió hacia la puerta.

Casio se puso en pie.

—Que tengas un buen día.

—Lo mismo digo, joven. —Antonia se inclinó y le susurró al oído—: No te olvides de mi ofrecimiento. Fuera espera mi carruaje. Solo estaré unos instantes.

Casio se sonrojó mientras ella salía. Intentó hacer caso omiso del brillo especulativo en los ojos de Abascantio mientras bebía de su copa.

Simo declinó el vaso de vino.

—No, no. Insisto —dijo Abascantio.

Simo cogió una copa e Indavara otra.

—¡Por el éxito! —exclamó Abascantio.

Todos alzaron las copas y bebieron. Casio saboreó el vino dulce y fuerte. Nomentamum era uno de los favoritos de su padre; era carísimo y costaba mucho encontrarlo fuera de Italia.

Llamaron de nuevo a la puerta y resultó ser Salviano; llevaba una carta. Abascantio salió para hablar con él.

Casio se volvió hacia los demás. Indavara ya había vaciado la copa.

—Bueno, como esta parece ser una ocasión para hacer regalos... —Casio se volvió hacia Simo.

El galo introdujo una mano en el morral de Casio, que colgaba de su silla. Sacó un objeto un poco más largo que su mano, envuelto en tela. Se lo pasó a Casio y este se lo ofreció a Indavara.

—Esto es para ti.

Indavara tomó el objeto de sus manos y lo desenvolvió con cuidado. Era una estatuilla de factura impecable.

—Fortuna —murmuró.

—Laminado de plata. Lo mejor que hay en el mercado —declaró Casio.

—Aun así conservaré la antigua.

—Por supuesto.

—Gracias. —Indavara inclinó con torpeza la cabeza.

—Es lo menos que podía hacer. No estaría aquí si no fuera por ti.

—Yo tampoco si no me hubierais sacado del río entre los dos.

Casio se encogió de hombros.

—Digamos que estamos en paz.

—No del todo..., no olvides la taberna de Palmira.

—¿Y qué hay de los baños?

Casio tenía una expresión grave, al igual que Indavara, pero al instante los dos esbozaron una gran sonrisa.

—Es justo —respondió el escolta—. Estamos en paz.

—¿Qué planes tienes? —le preguntó Casio.

Antes de que Indavara pudiera responder, Abascantio habló.

—Caballeros.

Se volvieron. El agente sostenía la carta en alto.

—Parece que la situación en Cilicia se ha vuelto un poco problemática.

Casio hizo una mueca y se frotó la frente.

—Oh, no.

—No te preocupes, Córbulos; es una nimiedad comparada con esta última misión. Pero creo que podrías ser la persona adecuada para asumir esta tarea. Necesitarás a tu siervo Simo, por supuesto, y un guardaespaldas no estaría de más. —Abascantio lanzó una mirada interrogante a Indavara, que guardó silencio—. Bueno, no tienes que responder ahora —continuó—. Tal vez más adelante.

—No —terció Casio—. Estaré ocupado el resto del día.

Abascantio sonrió.

—¿Un compromiso previo, Córbulos?

Ignorándolo, Casio se volvió hacia Indavara.

—¿Qué te parece?

Indavara todavía tenía la pequeña estatuilla de Fortuna en la mano. Contempló las pálidas y delicadas facciones del rostro de la diosa y levantó la vista mientras Casio preguntaba:

—¿Y bien?

Nota histórica

He considerado que merecía la pena comentar el trasfondo histórico de esta historia y señalar algunos puntos interesantes.

Los gladiadores a menudo combatían en parejas y siempre se especializaban en un determinado estilo de lucha, pero los artífices de la escenografía de los combates (entre ellos, los emperadores) hacían gala de una singular capacidad inventiva, de ahí que crea que el desafío concebido por Capito entra dentro de lo posible. Algunos combatientes lograban obtener la libertad, ya fuera a través del favor de su dueño, del público, de un gobernador local o incluso del emperador en persona. La lógica y la información de que disponemos apuntan que solo unos pocos habrían alcanzado victorias de doble dígito, pero las inscripciones de las sepulturas atestiguan que un grupo selecto derrotó a un número asombroso de adversarios. El más impresionante de esos honores lo obtuvo un tal Asteropaeo, a quien se le atribuyen nada menos que ciento siete victorias.

El emperador Aureliano llegó a una especie de alianza con los persas en el año 272. Si bien las hostilidades se reanudaron a los pocos años (quizá hacia el final del reinado de Aureliano), ese tratado fue sin duda crucial para restablecer la estabilidad en el este de Roma durante ese período.

El estandarte de Faridun es solo uno de los numerosos nombres que recibió la bandera real de los reyes sasánidas. El estandarte (comúnmente conocido como el «Derafsh Kaviani») era tan reverenciado y significativo como he dado a entender, y sigue siendo un importante símbolo en la cultura persa-iraní. Por lo que sé, no hay constancia de que fuera robado. Los palmiranos llegaron a Ctesifonte hacia 262, pero hay diversidad de pareceres sobre si la ciudad fue capturada o no.

En cuanto al carácter «poco dramático» del asedio de Palmira, he intentado reflejar las opiniones modernas acerca de lo que realmente ocurrió cuando llegaron los ejércitos romanos a la ciudad. En realidad, la victoria ya había sido asegurada de forma efectiva mediante las victorias en Immae y Emesa.

Las anécdotas de la matanza de perros en Tiana y la del flechazo al defensor palmirano por parte de un arquero persa provienen de historiadores romanos.

Sabemos que Aureliano reclamó gran parte del tesoro de Palmira, principalmente para financiar el coste de la campaña, y que gran parte de él regresó a Roma.

Se saben pocos detalles sobre las legiones que participaron en la lucha. En esta historia, la que he llamado «cuarta legión» tiene la misión de vigilar Palmira y el este de Siria. La *Legio IV Scythica* parecía una opción lógica, pues estuvo estacionada en Zeugma en el siglo I y todavía seguía allí en el siglo IV. De forma similar, la decimosexta legión (*Legio XVI Flavia Firma*) estuvo estacionada en Samosata durante el reinado de Adriano y todavía se encontraba en Siria en tiempos de Diocleciano.

La figura de Marcelino aparece en las historias romanas. «Mariscal» solo es un término que me ha resultado útil, pero logra transmitir el alcance de su control sobre el imperio oriental.

Fue Marcelino quien informó al emperador de la inquietud que reinaba en Palmira un año después, en 273. La pequeña guarnición romana que se quedó atrás para vigilar la ciudad había perecido a manos de los rebeldes, seguramente bajo el mando de un palmirano llamado Apsaeo (que podría haber estado emparentado con Zenobia). No está muy claro a qué aspiraban los rebeldes, pero por segunda vez en un año Aureliano marchó sobre Palmira. La revuelta fue sofocada rápidamente y el emperador abandonó su contención inicial. La ciudad fue saqueada, las defensas desmanteladas y Palmira nunca se recobró. Las ruinas de la ciudad —entre ellas, el enorme templo de Bel— han sobrevivido hasta el día de hoy.

Aunque la mayoría de los historiadores coinciden en que Zenobia fue llevada a Roma y exhibida públicamente en el desfile triunfal de Aureliano, no es seguro su destino final. Es probable que el emperador le perdonara la vida. Según la *Historia Augusta*, incluso le dio una villa en Tibur (el Tívoli moderno), donde ella vivió con sus hijos.

La información de fondo sobre lo que he llamado el «Servicio de Seguridad Imperial» es exacta. El término «frumentario» está relacionado con el propósito original de la organización del abastecimiento de trigo a las legiones. Se ignora (por lo que he logrado averiguar) el papel que habían desempeñado sus agentes antes, durante o después del conflicto con Palmira. Sin embargo, viendo el compromiso de Aureliano con la disciplina militar estricta y la purga de los elementos «desestabilizadores» dentro del Senado, cuesta creer que no confiara en sus frumentarios como habían hecho sus predecesores. Los historiadores han ofrecido diferentes explicaciones sobre cómo funcionaba «el Servicio» dentro de las jerarquías militares y provinciales, pero como la organización estaba dirigida por un *Primus Pilus* desde Roma que respondía directamente ante el emperador, imagino que los agentes a menudo actuaban con considerable autonomía.

Existe consenso general acerca de la escasa popularidad de que gozaban los frumentarios debido a sus enigmáticas actividades, y el grado de corrupción y venalidad que en los últimos años cundió en la organización. Todavía me resisto a aceptar esta caracterización como «verdad absoluta». Alejandro Severo (emperador de 222 a 235), por ejemplo, recibió elogios por nombrar solo a individuos honrados como sus frumentarios. Por otra parte, cuando consideramos que los agentes se dedicaban ante todo a servir a los intereses del emperador, cabe pensar que su conducta a menudo reflejaba el gobierno del comandante en jefe: en el caso de Aureliano, una figura relativamente estridente y (según los criterios de hoy día) benévola. Asimismo, hay que reconocer que la corrupción en las tropas era un rasgo prácticamente distintivo de todo el ejército hacia finales del siglo III.

La representación que se hace de Pablo de Samosata refleja lo que se sabe por las

fuentes. Los historiadores disienten acerca de la naturaleza de su asociación con Zenobia, pero no hay duda de que fue obispo de Antioquía durante la ocupación de Palmira. Los acontecimientos que siguieron fueron significativos porque era la primera vez que la Iglesia invitaba a un emperador romano a emitir un juicio sobre sus asuntos.

Cabe señalar que la comunidad cristiana que se describe es vista, por lo general, desde el punto de vista de Casio, lo que equivale a decir el punto de vista de un romano de clase alta. Durante esos años, los cristianos no fueron objeto de la persecución extensiva que llevaron a cabo emperadores anteriores y posteriores, pero la vida rara vez era fácil para ellos. Los romanos estaban muy acostumbrados a tolerar una plétora de sistemas de creencias junto con la suya, pero insistían en adherirse a una «religión estatal», en particular la adoración del emperador. Fue la naturaleza «exclusivista» de la fe cristiana lo que engendró tanta frustración y tanto odio.

Otras cuestiones:

La simbólica cabeza de lanza —o «estandarte de lanza»— como la que se entregó a Casio estaba reservada exclusivamente para los oficiales que representaban al personal del gobernador en una determinada provincia. Han sobrevivido algunos ejemplos. Esos oficiales a menudo estaban también en posesión de un diploma, una autorización que les permitía utilizar el *cursus publicus* o sistema postal que hacía posible que los oficiales llevaran y trajeran mensajes por las calzadas militares. Había albergues en el camino para facilitar dicha comunicación.

Aunque he presentado un solo magistrado en la ciudad de Antioquía, había varios ediles, y entre sus responsabilidades figuraban la vigilancia de las carreteras, los mercados, los baños... He optado por no utilizar términos latinos en esta colección, por lo que hablo de «sargentos municipales» para referirme a los hombres del magistrado. Estos eran, por supuesto, los lictores, cuyas porras o *fasces* (más tarde el símbolo de los fascistas de Mussolini) representaban el poder del magistrado para castigar.

Describo a Lolio como «oficial de intendencia de la legión». El término latino correcto es «*praefectus castrorum*» (prefecto de campo).

La oficina de registro de la basílica puede parecer un anacronismo, pero los historiadores han demostrado que los «sistemas de archivo» del ejército romano eran muy sofisticados. Hay pruebas claras de la existencia de catálogos, anotaciones y referencias cruzadas. Es probable que quedaran registrados de una u otra forma los datos de cada soldado.

Parecerá extraño que en una ciudad del tamaño de Antioquía no hubiera una prisión permanente, pero la encarcelación no era una forma de castigo común. Los que estaban entre rejas por lo general esperaban a ser ejecutados o a tener un nuevo

juicio.

El mitraísmo fue realmente muy popular entre el ejército, sobre todo entre los rangos inferiores. Los templos mitraicos como el descrito todavía se ven en numerosos lugares. Hacen pensar en secretismo y misterio, pero en realidad muchos seguidores seguían su religión abiertamente. Tras la conversión de Constantino al cristianismo, el mitraísmo sufrió sus propias persecuciones y poco a poco dejó de existir como un movimiento religioso significativo.

Los mercenarios que aparecen en la novela están inspirados en los «hombres de las cachiporras» de Palestina, las temidas tropas auxiliares que, según dicen, desempeñaron una función importante en la victoria de Aureliano sobre Palmira.

Esta clase de novela no sería posible sin la labor de los historiadores, por lo que estoy en deuda con todos aquellos cuyas obras he utilizado.

He intentado ser lo más exacto posible dentro de los límites de una obra de ficción. Cualquier error o inexactitud es responsabilidad mía.

Agradecimientos

Escribí *El estandarte imperial* entre enero de 2010 y noviembre de 2011, y me llena de satisfacción agradecer el apoyo tanto en lo profesional como en lo personal que he recibido durante este tiempo.

De nuevo mi gratitud a «los lectores», es decir, a los que se tomaron el tiempo para echar un vistazo a los primeros borradores y me dieron su opinión: mi padre, Neil Brown; Adrian Smith, Becky Amiss, Matthew Amiss, Neil Harrison y Lindsey Roffe.

También merecen especial mención varias personas a las que cometí el crimen de omitir en los agradecimientos de mi primea novela: David y Debs Brown, Mark Sanderson y Milena Pierscinska.

Una vez más mi agente David Grossman me alentó y me orientó sabiamente.

Mi editor, Oliver Johnson, fue de nuevo de enorme ayuda planchando arrugas literarias. El entusiasmo que mostró por el rumbo en que yo quería conducir la serie fue y es muy de agradecer.

Asimismo merecen un reconocimiento Rosie Collins, que trazó el mapa del Imperio romano y el de Antioquía, y Larry Rostant, cuyas asombrosas cubiertas complementan tan bien los relatos.

Durante un principio la auxiliar editorial Harriet Bourton se mostró meticulosa, organizada y paciente (¡aunque le devolviera un borrador tarde y con un millar de cambios!). Gracias también a la correctora Morag Lyall, especialmente por encontrar los «días perdidos». Los esfuerzos de todos los miembros de Hodder & Stoughton que han colaborado son muy apreciados.